

LUIS DELGADO

La fragata *Ligera*

LA PALABRA FALSA DE UN REY

U N A S A G A M A R I N E R A E S P A Ñ O L A



Lectulandia

En este volumen vigésimo de su colección de novela histórica naval, Una Saga Marinera Española, Luis Delgado aborda el que fue llamado como Trienio Constitucional, desde el alzamiento del teniente coronel Rafael del Riego en 1820, hasta la rendición de los liberales frente a los Cien Mil Hijos de San Luis en 1823. En su conjunto, un turbulento periodo de nuestra historia, una fallida transición política con muy negativos efectos en la vida nacional y, de forma particular, en la Real Armada y algunos de sus más distinguidos oficiales. En el apartado puramente naval, se exponen con detalle las extraordinarias acciones llevadas a cabo por el capitán de fragata Ángel Laborde al mando de la fragata Ligera por aguas de Tierra Firme e islas antillanas. Al mando del apostadero de Puerto Cabello y de una pobre división naval, deberá apoyar las acciones del Ejército en las costas venezolanas y hacer frente a las fuerzas secesionistas cuyo poder naval aumenta día a día. Al tiempo que el jefe de escuadra Santiago Leñanza protagoniza las acciones que tienen lugar para defender Cádiz contra las fuerzas francesas, su hijo Francisco, cuarta generación de la familia en la mar, embarca en la Ligera como alférez de fragata, donde deberá afrontar duros episodios de mar y guerra.

Lectulandia

Luis M. Delgado Bañón

La fragata «Ligera»

La palabra falsa de un rey

Una saga marinera española - 20

ePub r1.0

Titivillus 11.09.2019

Luis M. Delgado Bañón, 2011

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Para mis queridos Martín, Mowgly, Rasputín, Cleopatra, Sierra,
Super-Mus, Cobra, Churra y Chispa, así como las
incomparables acompañantes de estos días, la cojita Oliva y el
guayabo Canela.
En conjunto, todos los perros de cuya lealtad y cariño he
disfrutado a lo largo de los años.

Diversas sugerencias recibidas de amigos y fieles lectores me obligan a recalcar que todos los hechos históricos narrados en las obras de esta colección, así como los escenarios geográficos, cargos, empleos, destinos, vicisitudes personales, especificaciones de unidades a flote o en tierra, así como las situaciones sufridas por ellos se ajustan en un cien por cien a la realidad histórica, de acuerdo a los fondos consultados con la necesaria profundidad y el compromiso adquirido ante documentaciones contrarias. Es mi intención escribir novela histórica y no ese tipo de historia-ficción utilizada con profusión por autores británicos de temas navales. Tan sólo aquellos personajes a los que aparejo las narraciones y episodios claramente novelescos son fruto absoluto de mi imaginación.

*Que siempre en aquel paraje
hay huracanes malinos.
Tanto, que de peregrinos
hicimos pleito homenaje.*

Poema que aparece en la obra de Cervantes:
La Entretenida.

*La Bermuda, al fin, no muda,
pues, con lóbregos celajes,
habla tanto, que la lloran
infinitos navegantes.*

Composición del siglo XVII.

Ambos poemas se refieren a la peligrosa navegación por el mar Caribe y, especialmente, en el entorno de las islas Bermudas, descubiertas en 1502 por Juan Bermúdez. De ahí la expresión marinera que significa prepararse a bordo para el peligro: *¡Santiguarse como de la Bermuda!*



Prólogo

Por fin alcanzo, queridos lectores, el volumen vigésimo de mi colección de novela histórica marítima, «Una Saga Marinera Española». Estimo, posiblemente con algún trazo de exacerbada ambición y la habitual egolatría de todo escritor, que un número tan redondo debería ser celebrado con sonata de fanfarrias y chirimías, como si se recibiese a importante personaje de la Real Familia a bordo de alguna de las galeras de España. Pero también se podría ensalzar la coyuntura a son de mar, como si se tratara del gozoso paso del Ecuador a bordo de un buque de la Real Armada y, de esa forma, homenajear con ricas especias y rendidos honores al dios Neptuno por las gracias recibidas. Porque en estos menesteres propios del escribidor, nunca sobran vientos de apoyo y bendiciones de cualquier origen o condición.

Saben quienes hayan leído alguno de los anteriores volúmenes de la Saga, que me obligo de forma un tanto desenfadada y con garbo marinero a estos prólogos, en los que intento aderezar de antemano la nueva obra con gotas de agua salada y dulces vientos por el anca. Y el número veinte se amadrina en mi cabeza con dulces escenas y alguna otra de carbón, como esa expresión tan conocida y poco agraciada de «a las veinte», cuando queremos exponer una acción a deshora o mucho más tardía de lo regular, nada más lejos del ritmo de marcha impuesto a esta colección. Prefiero la acepción del veintenario, acoplada al hombre que se mueve en la edad justa, cuando despliega todo su poder en cualquiera de las posibles actividades que se le conceden al ser humano. Pero no olvidemos, como es habitual en mis preámbulos, alguna referencia cartográfica al espléndido cardinal adosado al lomo de este volumen. Y podemos asegurar con plena rotundidad que, en ese glorioso apartado de dibujar cartas y derroteros a mano alzada entre olas preñadas de espuma, nuestros hombres de mar reinaron durante siglos de norte a sur sin comparación posible. Entrados en faena debemos recordar que por las riberas de los veinte grados de latitud norte, en el fondo del inolvidable Seno

Mexicano, pican tierra las plazas de Campeche y Veracruz, tan unidas a la historia de nuestra Real Armada y donde comenzara la verdadera conquista del fabuloso continente americano.

Creo que un número tan rotundo y elevado de ejemplares ofrece cuerpo suficiente a esta colección, para que no se dude más de mi tenacidad en la empresa atacada años atrás. Así puedo desbaratar a tachón de aguja las agoreras opiniones vertidas en los primeros momentos, por quienes pronosticaban una escasa derrota a la navegación impuesta a la Saga Marinera Española. En este volumen comienzo a correr aguas por el turbulento año de 1820, que movió España de banda a banda con inusitada violencia. Y poco a poco, pero sin concederme pausa, espero escalar la cima hasta alcanzar los penosos avatares de la Guerra Civil de 1936. Soy consciente de que todavía he de abordar muchos volúmenes de la colección y que se aparecerán a proa montañas de espuma blanca, elevadas en altura como orgullosa torre de catedral, pero sigo avante sin ceder una sola pulgada en el andar medio de la nave.

Para rematar esta Saga Marinera Española, tan querida para quien la escribe, quedan por fabricar solamente poco más de treinta volúmenes. Pero ya no me amedrentan los miles de millas a navegar con la pluma clavada de firme en el botalón del bauprés. Por el contrario, cada día me felicito más y más por haber iniciado esta primera colección de novela histórica marítima española, en la que deseo exponer a las claras y por sinceros la extraordinaria labor llevada a cabo por los hombres de mar y unidades de la Real Armada durante siglos.

Y como aspecto primero y principal, difundir la labor callada pero extraordinaria del día a día en el imperio ultramarino español, que se mantiene escondida entre polvorientos legajos de olvidados archivos.

Siempre es triste atacar periodos negros de nuestra historia, como los que he debido enfocar en estos últimos volúmenes de la colección. Pero no podemos saltarlos con garrocha larga, aunque sea a la brava, como si jamás hubieran existido. Nuestra historia se encuentra ahí de forma inamovible, y no sería honesto despreciar una sola de sus páginas. Se lo debemos por cientos a todos aquellos que dieron su vida por un ideal y por el engrandecimiento de su patria, aunque las manos rectoras no siempre merecieran recibir uno solo de tales sacrificios.

Y bien saben los genios de la mar que los vientos preñados en negro acaban por embarcar a dioses y demonios en un solo conjunto de tablas.

En este vigésimo volumen y en su aspecto puramente naval, continuaré abordando el penoso periodo, que desembocó en la definitiva independencia de nuestras provincias americanas. Al tiempo que España perdía las Indias, la Armada atacaba un problema de dimensiones colosales con pértigas de cristal. No obstante, apenas decrecía el espíritu de aquellos hombres, aunque flaqueara en algunos casos. Porque también aparecieron bolas blandas de frente que no debemos soslayar y que, precisamente, abordaré en un próximo volumen.

Soy consciente de que no es nada habitual la aparición de propios y sonoros fiascos nacionales en obras de novela histórica marítima. Especialmente, si tomamos como inevitable referencia a los prolíficos autores británicos, dueños del género sin posible duda, que manejan el oro propio como único metal a disposición. Así se me comentó cuando, en el volumen octavo, abordé como eje central de la obra el combate naval del cabo de San Vicente, una de las páginas más indecorosas de nuestra historia marítima. Pero no concuerdo con tal sistema en absoluto. Y menos todavía si pretendo exponer los momentos principales, negros y blancos, de la Real Armada a través de dos largos siglos.

Muchos pensarán que ninguna obra inglesa encara, ni de lejos, la experiencia del almirante Vernon cuando, al mando de poderosísima escuadra, jamás vista de tal envergadura sobre la mar, intentaba conquistar la importante plaza de Cartagena de Indias, defendida solamente por un puñado de bravos españoles. La soberbia y prepotencia británica fue humillada hasta límites insospechados por aquel general de mar, apodado como «el medio hombre», falto de un ojo, un brazo y una pierna, pero con los higadillos de colosal tamaño bien enjaretados en ayuste de fuerza. Y tal hazaña del general de la Armada don Blas de Lezo quedó sumergida en el olvido de forma obligada por los británicos, y de forma estúpida e inculta por los hispanos.

Nuestra estulticia alcanza límites de sonrojo cuando somos capaces de asistir a conmemoraciones del penoso combate sufrido junto al cabo Trafalgar, un triste y doloroso día para la Real Armada en el que tantos hombres de mar perdieron su vida, mientras el segundo centenario de la hazaña de don Blas de Lezo en la Cartagena americana, de mucha más importancia y repercusión histórica, pasaba de puntillas, sin ser recordada siquiera. Como tampoco se rememoró en su forma debida las repetidas gestas del jefe de escuadra don Santiago de Liniers y Bremond en el Río de la Plata contra la invasión británica, solamente un año después del combate tráfalgareño, cuyo segundo centenario copó todos los medios de

comunicación. Parece que nuestra historia naval, aunque presente páginas de gloria, a nadie interesa.

Los novelistas históricos británicos, reyes del género en su aspecto marítimo, ejercen una especie de *marketing* histórico de avalancha, en el que ensalzan a la Royal Navy hasta más allá de los cielos. Pero al mismo tiempo, retratan al resto de los hombres de mar como descerebrados sin valor ni un mínimo tarro de conocimientos marítimos. Y por supuesto, obvian de la manera más torticera sus grandes fracasos, que también los hubo en generoso número. Pero no debemos copiar el sistema. Nada más lejos de la honradez intelectual.

Aquí me vienen a la memoria, una vez más, las palabras de un buen amigo, historiador naval alemán, llamado Dieter Harwig. Decía en una de sus conferencias, que los españoles cargamos a nuestras espaldas con tal cantidad de hechos heroicos y fabulosos de los que enorgullecemos, que no les concedemos la debida importancia y, a veces, preferimos centrarnos con más ahínco en los fracasos. Se trata de un fiel retrato, en cuanto al apartado de la historia marítima española se refiere. Un caso excepcional, sin duda, en la historia del mundo. Pero todo ha de ampararse en esta vida con un término justo y medido, al que debemos ceñirnos en lo posible.

La historia de los pueblos es inamovible como piedra bautismal, y considero de obligado cumplimiento ofrecerla tal y como se produjo, aunque sea por autores que, como yo, empleen para su divulgación el género de la novela histórica. No encuentro admisibles esas variaciones torticeras que tanto abundan, normalmente por causa de la simple ignorancia, falta de la adecuada documentación o la tan manida libertad del autor. Y no sólo son profesionales extranjeros quienes atacan en falso nuestro acontecer histórico, que también algunos politicastro regionales del tres al cuarto lo hacen en casa propia. Claro que entran en el indecoroso camino por intereses propios y con objetivos inconfesables. Se trata, sin duda, de un ejercicio de maldad política imperdonable.

Regresando a los años en los que nos moveremos por este vigésimo volumen, tanto en las aguas del Atlántico como en las del Pacífico tuvieron lugar importantes acciones de mar. No se trata de reñidos combates entre poderosas escuadras, unas escenas lejanas atravesadas a popa con difícil o imposible retorno. Las unidades de la Armada sostuvieron encuentros entre escasas unidades de uno y otro bando que, sin embargo, revistieron una crucial y decisiva importancia en algunos casos concretos. Y ya les adelanto, entrado en justa y necesaria sinceridad, que de todo se apareció sobre las olas,

especialmente en el mar del Sur. Bien es cierto que por aquellos momentos la situación nacional alentaba muy poco a rendir lanzas con sangre propia.

En este volumen de la gloriosa veintena, gloriosa al menos para quien la escribe, en la parte que podemos denominar como histórica enfoco la situación que se vivió en España, y en concreto en la Real Armada, como consecuencia de la sublevación del teniente coronel don Rafael del Riego. En base a este acto de clara rebeldía militar, aunque recibiera la pomposa y desafortunada apelación de pronunciamiento, triunfó la revolución liberal, ese periodo que dio en llamarse como trienio constitucional. Y no trajo para los hombres de mar buenas correntías personales o institucionales, ni mucho menos. Al mismo tiempo, y en cuanto a las acciones más notables de nuestras unidades de mar, me centraré en las habidas por las aguas de Tierra Firme e islas antillanas, con la fragata Ligera como centro de atención. Y con su comandante, el capitán de fragata Angel Laborde, como cabeza de lanza y el valor encastrado hasta los tuétanos. Como en tantas otras ocasiones, muchos lectores se preguntarán qué habría sido capaz de llevar a cabo aquel gran personaje si hubiera dispuesto en su momento de un mínimo de unidades navales y hombres disponibles. Se trata de una malsana regla, que se aparece como de sufrida y penosa repetición a lo largo de nuestra historia.

En esta entrega que cierra la segunda decena de la Saga Marinera Española, y como en ocasiones anteriores, espero que los lectores disfruten con el examen de las historias generales o particulares, novelescas o históricas. Estoy seguro de que un elevado número descubrirá hechos poco conocidos pero de trascendental importancia en nuestra historia naval, ese apartado tan ignorado en general por el español de a pie y, no obstante, una parte tan importante en la propia de España. Siguiendo la línea marcada desde un principio para los volúmenes de la colección, a esos retazos importantes de nuestro acontecer naval a lo largo de aquellos años, incorporo los necesarios hechos novelescos de mis personajes de ficción. La saga familiar de los Leñanza en la que me apoyo para enhebrar estas narraciones históricas, que ya navega por su cuarta generación, aunque todavía la tercera entre al quite, ofrece el condimento imprescindible en toda obra para hacerla amena y atractiva al lector.

Cuando en mesas redondas, presentaciones o seminarios se discute sobre la novela histórica en general, suele establecerse de forma más que repetida la clásica pregunta, en cuanto a las necesarias cualidades que debe presentar toda obra de dicho género: ¿debemos entretener al lector o aumentar sus conocimientos históricos con el necesario rigor? O de forma más resumida,

¿divertir o enseñar? Siempre respondo de la misma forma: ¿por qué no conseguir los dos objetivos a la vez si, como estoy seguro, se trata de una meta asequible? Eso es, al menos, lo que persigo con cada volumen de esta colección.

Luis Delgado Bañón

1. Paz en Santa Rosalía

Aunque parezca difícil de creer, con serena placidez vivía la situación de destierro en la hacienda murciana de Santa Rosalía, allí donde don Fernando VII había tenido a bien confinarme en una más de sus incontables y arbitrarias decisiones. Los análisis de las actuaciones propias y ajenas que provocaran tal condición, quedaban perdidos en la memoria del tiempo y no requerían mayor atención. Porque no es fácil comprender que acabes por ser extrañado, cuando solamente has trabajado con la lealtad, sinceridad y honradez que se presupone a todo oficial de la Real Armada. Qué razón tenía don Antonio Valdés^[1] cuando, durante los años de lucha contra el francés, declaraba con la necesaria solemnidad su ferviente deseo de recibir a don Fernando con júbilo pero, al mismo tiempo, con una Constitución en la mano que limitara sus poderes. Nada más lejos de la triste realidad que se vivía en España, desde que el *Deseado* estableciera el más duro y despótico absolutismo a su regreso de Valençay.

Las causas de mi injusto destierro mordían raíces en la adquisición de la escuadra rusa por nuestro Señor, que cercenó las escasas esperanzas de la Real Armada y elevó las de los independentistas americanos, al evitar que se enviara el poderoso Ejército de treinta mil hombres preparado para sofocar las rebeliones. Como había analizado una y mil veces con amigos y compañeros, la mencionada adquisición de la escuadra rusa por parte de nuestro rey Fernando VII al zar Alejandro I, supuso una vergüenza nacional de tan elevada escala, que resulta ardua y espinosa de imaginar siquiera como posible. Porque difícilmente se encontrará en la historia de la administración española un negocio tan deshonesto, que merezca parecidas censuras y semejantes reproches. Su Majestad Católica caía hasta los más vergonzosos confines de actuación personal, al entrar en cambalaches de miseria con ministros extranjeros de escasa probidad y membrillos de su innoble camarilla.

Por fortuna para la Real Armada y su honorabilidad institucional, ninguno de sus miembros se vio involucrado de forma directa o indirecta en el penoso contubernio de los buques rusos. Más bien al contrario, muchos honrados oficiales y sus familias sufrieron de sus consecuencias, al elevar la voz en leal desacuerdo. Y en ese funesto cupo entraba el desterrado jefe de escuadra Santiago de Leñanza, duque de Montefrío, que les intenta resumir en estos pobres cuadernillos los retazos más importantes de su vida. No hago más que continuar la tarea emprendida por mi abuelo y continuada con pasión por mi padre. Unos cuadernillos familiares donde no sólo aparecen los pormenores de las vidas de los diferentes miembros de la familia Leñanza, sino también, y más importante, los momentos principales de nuestro acontecer en diferentes destinos de la Real Armada, gloriosa Institución a la que servimos con pasión, valor y lealtad probada desde que sentáramos plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas.

La situación de mi vida se había cuarteado de proa a popa a la velocidad del disparo, sin un sencillo resquicio de seguridad. Tras el inesperado y bochornoso destierro de la Corte, por el simple crimen de haber trabajado con lealtad junto al ministro de Marina don José Vázquez de Figueroa, partía hacia la querida hacienda familiar de Santa Rosalía, donde tantos pliegos de nuestras vidas se habían escrito. Después de todo, debía admitir que se trataba de una deferencia de Su Majestad para quien se mostraba como cabeza de una de las más importantes y nobles familias del Reino.

Si la situación personal que atravesaba por aquellos días no podía aparecerse más injusta, lamentable y penosa, bien sabe Dios que todo puede variar a peor en esta vida en cualquier momento. Porque al mismo tiempo y como si se tratara de infernal conjunción, saltaba contra la cara una espantosa sorpresa que afectaba a mi vida con mayor profundidad todavía. Beatriz, la preciosa joven criolla de la que me había enamorado y con la que matrimoniara meses atrás en la incomparable ciudad de Lima, mostraba su verdadero retrato, aunque fuese difícil de creerlo como cierto. Parecía que los dioses de la mar deseaban apartar de la mano el último tablero, que se mostraba a disposición del náufrago.

Resumiendo a trazo largo mi vida, debo reconocer con honestidad que, hasta el momento, mi carrera en la Real Armada parecía haberse amadrinado a la estela de una estrella fugaz de inconmensurable favor. Porque no es suficiente en la carrera de las armas el valor, la lealtad y el buen hacer del día a día, si ambas cualidades no quedan preñadas por la caprichosa suerte que imparten las olas en determinados momentos de cruce. Cercano a cumplir los

treinta y seis años, había recibido la faja^[2] de Su Majestad y mostraba en las vueltas los oros correspondientes al empleo de jefe de escuadra, equivalente al de mariscal de campo en el Ejército. Había mandado buques de diferente porte en todos los mares conocidos, incluido el de las Indias^[3], tan alejado de nuestros habituales intereses históricos y comerciales. Y había salido triunfante de olas blancas y balas negras con el decidido auxilio de la citada fortuna personal y el permanente favor de nuestra Patrona, Nuestra Señora del Rosario.

Por las citadas razones, tras más de veinte años de ininterrumpido servicio, me humillaba todavía más a fondo que se hubiera decidido así, de un miserable plumazo, promulgar mi destierro como si del pillo o truhán más despreciable se tratara. Aplicaba a mi alma las mismas palabras que me comunicara el ministro Figueroa, a quien había servido en el trance de la maldita escuadra rusa, en el momento de padecer similar calvario de extrañamiento. ¡Qué multitud de vejaciones! ¡Qué monstruosa degradación en un solo instante! No creo que nunca pueda comprender la humillación que me consume en estos momentos, increpado como un vulgar canalla e incapaz de comprender el delito de lesa majestad que ha podido provocar tal actuación de nuestro Señor don Fernando contra mi persona. Pero así se conducía a diario y al capricho quien manejaba desde el Real Palacio los asuntos de España, como si se tratara de su cortijo propio y particular.

Si mi vida profesional podía considerarse fulgurante y de éxito continuo, no podía acoplar los mismos adjetivos al aspecto personal y familiar. Bien es cierto que Dios Nuestro Señor, en su infinita bondad, me había colmado de beneficios materiales desde el mismo día del nacimiento. Como cabeza de la casa ducal de Montefrío y condal de Tarfí, gozaba de un extraordinario patrimonio familiar. Y tal condición se presentaba muy importante cuando, precisamente, más se sufría de la espantosa penuria en la Real Armada, con el personal sin recibir pagas en meses y años.

Es necesario recordar que, por aquella época, muchos oficiales apenas disponían de un sencillo puchero como única alimentación diaria de la familia. Sin contar que otros ni siquiera podían asistir a sus puestos de trabajo, por no disponer de una casaca sin vergonzosas fisuras a la vista o medias deterioradas en fila. Pero no todo en esta vida se centra en ese aspecto puramente material, por importante que sea. Mi vida amorosa podía ser declarada como un fiasco de monumental altura, como si hubiera rendido escuadra propia con manifiesto deshonor. Y no admitía consuelos de ningún

tipo aunque, en mis adentros, no me considerara merecedor de tales frustraciones en absoluto.

Antes de continuar, creo necesario ponerles al día de mi acontecer familiar y amoroso en los diez o doce últimos años, un conjunto de acaecimientos que se alzan ante mis ojos como más propios de una vida entera atravesada por fuegos en rápida sucesión. Casé con Eugenia, única mujer a la que había amado con pureza y honor hasta la aparición de Beatriz, tras rematar una peligrosa comisión a Cartagena de Indias a bordo del bergantín Penélope, bajo mi mando. De dicha unión había nacido mi hijo Francisco, el alocado Pecas, como era llamado por todos en la familia, que ya de guardiamarina esperaba recibir la charretera^[4] de un momento a otro. Por desgracia, que así lo estimo sin duda, pocos años después me sentí arrastrado por una pasión irrefrenable y pecaminosa con una joven gallega de sangre escocesa, Audrey, que conociera en el puerto de Mahón cuando mandaba la corbeta Mosca. Se trataba de una bastarda y pasional ceguera que me conducía por el peor de los caminos y con elevado riesgo, aunque fuera incapaz de comprenderlo en aquellos días. De ese arrebató carnal había venido al mundo mi hija María, que la bondadosa Eugenia había tomado de su mano como propia. Con aquel detalle no sólo exponía su generosidad y amor hacia mí, sino que estimaba, como yo, que la mujer del cabello bermejo había muerto.

Para infortunio general de la familia, aquella hembra de especial belleza y maldad alocada aparecía de nuevo en mi vida, al punto de ser responsable de la muerte de la pobre Eugenia, santa mujer que no merecía tan triste final. Pero Audrey también había pasado al mundo de los muertos por efecto de mi mano directa, aunque se tratara de involuntario accidente bien guardado en el cajón de los secretos particulares. De esta forma, me mantenía como señor viudo, esperanzado en que los cielos me enviaran a quien mereciese ser la madre de mis dos hijos, si es que recibía la concesión de tal prebenda.

Cuando llevé a cabo la comisión por el mar de las Indias a bordo de la fragata Proserpina, en busca de la fragata mercante portuguesa Andorinha, había gozado de un profundo y rápido enamoramiento con una inteligente y atractiva señora lusitana, María Leonor de Almeida. Con mucha fortuna por mi parte, la había rescatado de las garras de la muerte y de otras circunstancias posiblemente más dolorosas. Sin embargo, aquella mujer de ley sin posible mengua, rechazaba mis proposiciones de matrimonio, o así lo había creído entonces, con argumentos irrefutables. Pero continuando con la alargada letanía, pocos meses después sufría las ardorosas e incomprensibles

acometidas amorosas de mi prima Cristina, a las que me negué por quererla como verdadera hermana desde su nacimiento. Se trataba de unas vergonzosas acciones, que la alocada joven remataba con una insensata sesión nocturna en la que me hacía tomar un bebedizo de amores rendidos. No obstante, esperaba poder olvidar la inesperada y penosa situación cuando abandoné el puerto de Cádiz al mando del navío Asia, en comisión hacia La Habana y el Seno Mexicano^[5].

De tal forma, me encontraba con el ánimo en mar llana y libertad de duelos cuando fui presentado a Beatriz de Lastra y Moncada, una preciosa joven californiana, en la plaza de Veracruz. No podía imaginar, ni a mil millas de distancia, que esa joven fuera la única hija de una mujer que tan relevante papel jugara en la vida de mi padre. Y puedo jurar que lo presenté antes de que se me certificara tal condición. Porque al observar su rostro por primera vez, recordé las palabras escritas por mi progenitor en sus cuadernillos de memoria propia, al describir a una mujer, también llamada Beatriz, de conocida familia en la ciudad californiana de Monterrey, de la que acabó profunda y pecaminosamente obsesionado.

Me prometí en matrimonio con Beatriz por haberme enamorado de ella en escasos segundos, esa aceleración amorosa tan habitual en los hombres de mar. Sin embargo, pocas semanas después recibía en la ciudad de La Habana noticias de mi madre, en las que me comunicaba el inesperado embarazo de la prima Cristina. Se trataba de una terrible sorpresa, porque si había colaborado en aquel nefasto contubernio carnal, había sido de forma totalmente involuntaria y muy por fuera de mis deseos. De esta forma y para guardar el honor de la casa, tragaba estopa por boquera estrecha y me veía obligado a romper el compromiso trazado con la bella criolla. Y era consciente de que adoptaba una situación con evidente desdoro personal, tras la promesa impuesta a su familia. Pero ya les digo que todo corría a borbotón de espuma en mi vida, una aceleración inmediata a la que, para bien o para mal, me hallaba acostumbrado.

Por lo visto, en algunas ocasiones se impone la ley desde el más allá, para conjugar en positivo indeseados entuertos. Porque mi prima Cristina y el inocente fruto de su vientre morían en el alumbramiento, con dolor amadrinado en toda la familia. Tras el penoso incidente, de nuevo quedaba en el estado de viudedad y con entera libertad. Por tal razón, corría en vuelta hacia la plaza de Veracruz a bordo de la fragata Venganza. Intentaba recuperar el amor perdido, al tiempo que, pasando a Indias, podía evitar indeseables anotaciones personales entre los partidarios del liberalismo

político. Pero todo cuadraba en bastos de rocín sin remedio a la vista. Una vez en la plaza veracruzana, me comunicaban que Beatriz había casado tras mi poca caballerosa espantada.

Regresé a La Habana con el alma abatida de dolor y escasas esperanzas en el futuro. Sin embargo, como la vida nos suele ofrecer sal y azúcar en trueque voraz sin descanso, pocos días después recibía la inesperada noticia de mi promoción al empleo de jefe de escuadra. Y al mismo tiempo, el capitán general de la isla, don Juan Ruiz de Apodaca, me concedía el mando de una división naval con la misión de transportar tropas del Ejército hacia Tierra Firme^[6] y El Callao.

Cumplía la misión impuesta con decisión, acabando por arribar al previsto puerto de destino final. Una vez en la capital limeña, el virrey me ordenaba proseguir con el bergantín Potrillo hacia la plaza de Acapulco para acallar las voces rebeldes, en acuerdo con el general Ruiz de Apodaca, recién nombrado virrey de Nueva España.

En la bahía de Acapulco forzaba un pequeño combate en el que destruía dos buques rebeldes y apresaba la balandra Carmen, una excelente unidad de combate. Allí mismo tenía conocimiento de que las fuerzas rebeldes, en sus movimientos de lucha por el noroeste, habían reunido a la fuerza un buen número de familias españolas en el puerto de San Blas, cabecera del departamento marítimo del mismo nombre. Sin pensarlo dos veces, aproba decidido hacia el norte con objeto de liberar mujeres y niños, que se mantenían en indecorosa situación.

En el puerto de San Blas, donde mi padre ejerciera el mando del departamento marítimo más vasto del imperio español, se produjo el inesperado milagro, que así podía catalogarlo sin posible duda. Entre las mujeres allí emplazadas, que comencé a embarcar en las diferentes unidades para su transporte al virreinato del Perú, se encontraba Beatriz, casada y enviudada a la máxima rapidez. Y sin pensarlo dos veces, allí mismo le pedía perdón una vez más y le ofrecía unir nuestras vidas para siempre. Me consideré asombrado y feliz al comprobar que la preciosa joven accedía a mis deseos.

De regreso a la bella ciudad limeña y tras entregar el mando de la división naval, me unía con Beatriz en santo matrimonio en la catedral de la ciudad. Atravesé unas semanas de entera felicidad, una etapa que ahora se me aparece en el cerebro con rastros azules difíciles de creer. En dicha situación esperamos a que apareciese en el puerto de El Callao alguna unidad naval, en la que poder llevar a cabo el tornaviaje a la Península con la necesaria

seguridad. Por fin, lo hicimos a bordo de la fragata mercante británica *Emerald*, en la que arribamos al puerto de Cádiz tras una accidentada y peligrosa navegación. Parecía que la vida colmaba por fin mis aspiraciones en ese apartado sentimental, unos deseos a los que me creía merecedor.

Tras unas pocas semanas atravesadas en situación de cuartel, el ministro Figueroa me llamaba a su lado, como jefe de la sección de adquisición de buques en el extranjero. Se trataba de una vital y urgente necesidad para la Real Armada y para España, al deber trasladar un poderoso Ejército cercano a los treinta mil hombres desde Cádiz al Río de la Plata, con el que acallar de una vez y con mano dura los alzamientos rebeldes. Trasladados a Madrid, en unión de mi cuñado y gran amigo, el capitán de navío Adalberto Pignatti, conocido por todos como Beto, trabajamos a tachón de muerte en el tema perseguido. Giramos diversas visitas a arsenales extranjeros, principalmente franceses, cuando comenzó a rumorearse por babor y estribor la adquisición de la famosa escuadra de buques rusos.

Aunque no lo creyéramos como posible en un principio, acabó por rematarse la nefasta empresa por fuera de toda vereda legal. Pero la peor condición no se centraba en el sistema seguido, ya de por sí clandestino y arbitrario, sino en el verdadero estado de los buques adquiridos sin una mínima inspección previa por parte de la Armada. De la noche a la mañana, la operación dirigida por mano real se convertía en el gran fiasco nacional. Porque las unidades que arribaban a Cádiz, cinco navíos y tres fragatas, presentaban a la vista un conjunto de maderas podridas, sin una sola condición favorable para navegar miles de millas por los mares del Norte y del Sur^[7].

Una vez enterados en la secretaría de Marina de forma oficial, el ministro Figueroa exponía a Su Majestad el verdadero estado de los buques, adquiridos con la simple recomendación del embajador ruso Tatichev y Antonio Ugarte, en fraudulento contubernio de esa camarilla palaciega que tanto dañaba a la nación. Como había resuelto en otros casos anteriores con quien le elevaba informes sinceros pero muy negativos, Figueroa salía desterrado de improviso y de forma fulminante durante la noche hacia Santiago de Galicia. Y como en los días posteriores me declaraba a favor del ministro exonerado, seguía sus pasos con extrema rapidez. Por fortuna, en vez de extrañarme hacia alguna población inhóspita del norte, Su Majestad me desterraba a uno de los predios de mi propiedad más queridos por tierras murcianas, cercano de la villa de Cehegín.

Regresando a mi vida familiar y amorosa, llevaba unos pocos días en la hacienda de Santa Rosalía, sufriendo ese estado de postración personal y profesional, cuando mi cuñado Beto llegaba en cabalgada de lomos desde la Corte. Su urgente misión consistía en comunicarme las acciones abordadas por quien estimada como querida y amada esposa. La joven Beatriz, que hasta entonces vivía en el palacio familiar de Montefrío con mis hijos y la familia de mi única hermana, Rosalía, había tomado posada propia nada despreciable, un bello palacete en los Prados. Pero al mismo tiempo, amenazaba con arruinarnos en base a un poder legal entregado por mi persona a su favor, cuando viajaba por diferentes naciones europeas. Pero no me refiero solamente a la posible ruina económica, difícil de conseguir, sino de su expreso deseo de arrastrar por el fango más infame la categoría y honor de la casa de Montefrío. La inesperada causa no era otra que conseguir una monstruosa venganza contra todos los miembros de mi sangre.

Y resultaba muy triste comprobar, que tan irracional deseo lo guardada en su enfermizo cerebro desde que, siendo niña, su madre, en el lecho de muerte, le narrara los sufrimientos padecidos a causa de las acciones llevadas a cabo por mi padre. Todo era falso y producto de una mala mujer, posiblemente enajenada, que inyectaba odio sin límites en el pecho de su hija a tan temprana edad.

Gracias al beneficio inesperado de los cielos, mi cuñado Beto pudo resolver con extrema decisión y elevado riesgo personal el entuerto que tanto nos amenazaba. En una arriesgada maniobra entraba por la noche en el palacete de Beatriz, tomaba el poder en sus manos así como todas las joyas de la casa de Montefrío robadas por la joven. Y con extrema rapidez, en la mañana siguiente le ofrecía un ultimátum definitivo e inevitable. Debía abandonar la Península en el primer buque que hiciera derrota hacia Nueva España y pasar así a su hacienda en tierras californianas, si quería recibir una digna pensión y no ser denunciada a Justicia por robo para su ingreso en prisión. Además, jamás podría volver a utilizar el título de duquesa de Montefrío que le correspondía. Tras el inevitable forcejeo verbal, la habilidad de Beto conseguía el fin perseguido. Y mucho debe a mi cuñado la casa de Montefrío, al resolver tan grave problema en un momento en el que me encontraba atado de pies y manos.

Supongo que no es fácil comprender que me repusiera con tal rapidez de tamaño bombazo espiritual y personal. Es posible que mi cerebro se encontrara a rebosar y colapsado de malas nuevas. Pero también entraba a favor el haberse resuelto el grave problema con tamaña rapidez, un entuerto

que había enfocado en un principio como golpe a la contra sin posible solución. Por extraño que les pueda parecer, quedé cubierto de paz y tranquilidad, dispuesto a que el tiempo transcurriera en aquella tierra de Santa Rosalía, hasta que Su Majestad decidiera levantar mi destierro, si es que a bien lo tenía. Era consciente de que jamás volvería a ser un hombre libre y que la despreciable californiana seguiría siendo mi legal esposa mientras viviera. Pero ya no me preocupaba ese especial apartado sentimental de mi existencia, que estimaba a rebosar de espuma por ambas bandas.

Como les he comentado, creía que en aquella situación podría mantenerme en paz y sin nuevos sobresaltos, dedicado a la caza y a la lectura de nuestra historia, un tema que siempre me había apasionado. Sin embargo, embutido en el permanente vaivén de colores, una norma insoslayable en mi vida sentimental, las olas regresaron de nuevo aunque, en esta ocasión, se tratara de una marejadilla suelta y muy favorable. La más inesperada de las sorpresas se producía de sopetón, cuando ya los fríos de diciembre apretaban las grietas. Leonor de Almeida aparecía en Santa Rosalía. Aquella bella mujer portuguesa a la que ofreciera mi amor a bordo de la fragata Proserpina, se presentaba en la hacienda de Santa Rosalía acompañada de su único hijo, Marco, un joven que me dedicaba especial cariño. Aunque debiera apretar mis entrañas en repetición de asombro, ante mis ojos se aparecía la hermosa dama como una santera aparición. Llegaba desde la Corte, donde había tenido conocimiento por un primo suyo, embajador del Reino de Portugal ante Su Majestad Católica, de la penosa estadía que atravesaba.

Estoy seguro de que aquella mujer me era enviada por un benéfico dios de la mar, de esos que comprenden el pecado más habitual en los hombres, en el momento preciso y más necesitado de mi vida. Y la presencia de Marco fraguaba la necesaria carabina, que conseguía no desmerecer la visita de una señora viuda a la hacienda de quien se encontraba en mi delicada situación. Se trataba en apariencia de una mera visita de cortesía de madre e hijo, que se sienten en deuda con quien los había salvado de las garras del demonio.

Leonor me declaró por sinceros y con extrema rapidez su profundo amor hacia mí, una conducta poco habitual en una dama. Pero en esta particular ocasión, justificada por tratarse de una acción parecida a la necesaria excusa. Debió explicarme que lo entendido por mi parte como un definitivo rechazo no era más que una invitación para pensar con detenimiento en el futuro que se nos podría abrir. Como si dejara abierta la puerta para próximos y deseados contactos, una condición que mi cerebro no llegó a entrever en su momento.

En pocas pero definitivas palabras, aquella mujer de extraordinaria dulzura y sensatez se convirtió en mi amante el mismo día de su llegada. Y por todos los dioses de la mar, que me aferré a ella como si se tratara de la única jangada a disposición, tras el hundimiento de mi buque. Sé que muchos no estarán de acuerdo con esta opinión y postura personal, posiblemente lasa por más, pero no creo que Leonor y yo pecáramos en ningún momento contra ley divina o humana. Ella era viuda de aquel deshonesto capitán portugués cuya muerte produjo, actuación que le salvó la vida. Marco, su hijo, se encontraba agradecido a mi persona como si se tratara de su inesperado redentor. Y en los brazos de la dama portuguesa encontré el refugio, al que merecía entrar de arribada forzosa.

De esta forma, regresó a mi pecho un sentimiento de felicidad casi olvidado en la memoria del tiempo y cuando menos podía esperarlo. Mi amada portuguesa y yo éramos conscientes de que en nuestras vidas se perfilaba un futuro difícil y complicado, pero nos lanzamos a él con la sensatez que los años ofrecen y pensando solamente en el presente. Leonor se mantuvo en la hacienda de Santa Rosalía durante poco más de dos inolvidables semanas. Disfrutamos de aquellos días minuto a minuto y a lo largo de las veinticuatro horas de cada jornada. Nos dedicábamos a cabalgar por las tierras de la hacienda, caza, en la que Marco destacaba por alto, a disfrutar de largos paseos y de la simple observación del paisaje. Leonor tocaba el piano, levantaba mi ánimo cuarta a cuarta, bebíamos, reíamos y comíamos escogiendo cada onza a la mano. Y por las noches gozábamos de nuestros cuerpos a batir espumas, como si se tratara del encuentro de dos novicios entrados en calenturas de carne trémula por primera vez.

Por desgracia, todo lo bueno en esta vida acaba por presentar el indeseado cierre. Cuando se acercaban las fiestas navideñas, Leonor decidió que debía regresar a Portugal. Lo comprendí porque ya se me había avisado de la llegada a Santa Rosalía de mi hermana Rosalía con su marido, acompañados de su hijo Santiago y mi preciosa niña María. También esperábamos que concedieran el oportuno permiso a mi querido hijo Francisco y a mi sobrino Beto, que cursaba su primer año en la Real Compañía de Guardiamarinas. Entendimos que llegaba el momento de separarnos, aunque planeáramos con placer y detalle el próximo encuentro. Así lo comentábamos en la última noche, desmadejados en la cama tras haber gozado una vez más de nuestro amor.

—No estoy seguro de poder soportar una sola semana tu ausencia de mi lado, querida —apreté su delgado cuerpo contra el mío.

—No será difícil en esta ocasión, mi amor —Leonor volvió a besarme suavidad, al tiempo que acariciaba mi cara—. En pocos días te verás rodeado por los seres queridos. Serán muchas las noticias que deberán narrarte. Y ambos podremos seguir pensando...

—En el próximo encuentro. Así será para siempre —entoné con tristeza.

—Arriba el ánimo por siempre, Santiago. Decidimos con sensatez que debíamos contemplar nuestra vida con el necesario optimismo. Cada encuentro que consigamos significará un especial regalo.

—Me duele en el alma que, con el paso del tiempo, comiencen a surgir comentarios que puedan dañar tu reputación.

—Que ladren los podencos bien acollarados, que poca fortuna les aparejo en lomos. Ya sabes que mi única familia de verdad es Marco y solamente su opinión me importa. Es todo un hombre y comprende perfectamente nuestra situación. Te quiere y admira mucho. Pero también tiene deberes y trabajo en nuestra tierra, como único miembro de los Almeida.

—También yo lo aprecio mucho. Pero no podrás mantenerlo de carabina permanente...

—Calla y no pienses en problemas que todavía no han aparecido. Como siempre dices, tomemos cada ola cuando nos alcance la proa. No necesito a Marco para regresar a Santa Rosalía. Además, no durará mucho tiempo este absurdo destierro al que te han sometido. Pronto regresarás a la Corte y de allí...

—Y de allí a la raya portuguesa. Porque mientras Su Majestad me mantenga extrañado, no podré abandonar estas tierras.

—Ya te digo que puedo cruzar la Península sin mayor auxilio. Buscaré una dama de compañía o alguna amiga para cubrir el expediente.

—Es terrible pensar que Beatriz continuará siendo mi verdadera esposa mientras viva. Sufro al constatar que nunca podré ofrecerte...

—Te he repetido mil veces que no necesito matrimoniar contigo para amarte con locura, Santiago. No eres culpable de haber sufrido ese terrible descalabro familiar. Te entregaste a Beatriz con extrema honradez y no debes verte forzado por tan penosa y extraordinaria contingencia. Además, no soy una niña sino una mujer que ha vivido varias vidas de diferentes colores. Pero deja de pensar en futuros problemas y ámame una vez más. Es nuestra última noche..., por ahora.

En la siguiente jornada, Leonor y Marco abandonaron la hacienda de Santa Rosalía. De nuevo sufría esa triste sensación que produce en el alma la despedida del ser querido, repetida tantas veces en los hombres de mar y a la

que jamás conseguí atemperar venas y corazón. Y si en otras ocasiones deseaba encontrarme cuanto antes a bordo en la mar para olvidar las penas embastadas en tierra, ahora quedaba en la hacienda de Santa Rosalía, que no presentaba la misma redención de melancolía y desconsuelo. Atravesé la madeja con el esperado dolor.

Abracé a Marco con fuerza y el verdadero cariño que por él sentía, junto al carruaje. A continuación besé la mano de Leonor con especial dulzura, mientras clavaba mis ojos en los suyos. Sus últimas palabras, dictadas con cierta sordina, las repetí muchas veces en las jornadas siguientes.

—Hasta la próxima ocasión, mi amor. Y será mucho antes de lo que estimas como posible. Estoy segura.

Quedé mudo mientras el carruaje rodeaba la rotonda de la rosaleta para encarar la vereda de salida. Ya en la distancia, todavía la mano de Marco se agitaba con fuerza a través de uno de los vidrios. Escuché el característico sonido de la pata de palo de mi criado Miguelillo, al golpear el piso de chinarro, movimiento que solía efectuar cuando entraba en situación de nervios. Y como concedía mucha confianza al joven y noble gaviero, que perdiera su pierna en combate a bordo de la fragata Proserpina, llegaron sus palabras.

—Se trata de una gran dama, señor. Lástima que nos abandone tan pronto. Espero que regrese a Santa Rosalía cuanto antes.

—¿Por qué dices eso, rapaz?

—Porque el señor se ha convertido en otra persona mientras doña Leonor ha permanecido en la hacienda. No lo veía tan feliz y risueño desde aquellos días en la ciudad de Lima, recién desposado con... —Quedó en suspenso, como si fuera consciente de que había entrado en una falta de orden mayor.

—No menciones la bicha en mi presencia, gaviero del demonio. —Golpeé su hombro con afecto—. Siempre son tristes las despedidas. Pero volverá doña Leonor, no lo dudes. Y si Su Majestad me levanta la pena de extrañamiento, tomaremos el carruaje al día siguiente.

—Y marcharemos hacia la raya de Portugal al tiro de espuelas. —Ahora sonreía con evidente felicidad—. Me dijo don Marcos que en sus tierras también disponen de excelentes piezas de caza. Sería buena cosa matar alguna cuerna portuguesa de generosas puntas, para colgar en el pabellón de caza.

—Parece que Marco lo ha pasado muy bien con tus aguardos y mató una res de puntas en bandeja.

—Es muy bueno con las armas en la mano y sabe oler los vientos como un pistero experimentado. El señor ha dedicado poco tiempo en esta ocasión a

la caza y no ha podido comprobarlo con sus ojos. Claro que es comprensible. Atendía a su señora madre y...

—Calla la boca, mastuerzo, o te haré colgar por los dedos de los pies desde la verga mayor, hasta que largues todo el vino que has bebido.

—Si largara todo el vino bebido, señor, arrasaría los parterres de rosas.

Y para hacerlo posible, deberíamos instalar un palo mayor en esta preciosa rotonda. Bueno, no sería mala idea. Así podríamos izar en él la bandera de la Real Armada. Siempre, claro está, que el árbol^[8] no sea de maderas rusas. Porque rendiría palo y verga con los primeros vientos.

Quedamos en silencio, mientras mantenía la mirada en la vereda por la que había desaparecido el carruaje portugués. Me sentía atacado por la soledad al golpe, como si se tratara de un disparo recibido a escasa distancia. Miguelillo entró de nuevo al quite.

—¿Cuándo llegará el resto de la familia, señor? Pocos días quedan para que debemos celebrar la Natividad de Nuestro Señor.

—Según me comunicaron en el último recado, deben aparecer en Santa Rosalía esta misma tarde o mañana con las primeras horas.

—¿Y los caballeros guardiamarinas?

—Nada sé con certeza. Pero no creo que tarden mucho, si se mantienen los periodos habituales de permiso en la Real Compañía. Bueno, a mi hijo se le puede complicar la situación, si se le ha concedido la prometida charretera, por la que tanto suspira. Puede que haya debido embarcar como alférez de fragata en alguna unidad. El joven está deseando partir de comisión a Indias, tras la fallida ocasión a bordo del putañero navío Alejandro I, uno de esos rusos del demonio. En fin, ya comprobaremos las tortas dulces o amargas que nos envían desde los cielos. Espero que todos se mantengan en salud.

—Seguro, señor. Por cierto, que con su permiso debo trasladarme a la villa de Cehegín y adquirir las regalías habituales que se toman en la mesa durante las fiestas navideñas.

—Toma el carretón cuando lo estimes oportuno. Y compra también para las familias de la hacienda, como es norma habitual de la casa.

—Así lo haré, señor, sin olvidar ese aguardiente que tanto le gusta. Y no crea que es tarea sencilla acopiarlo en la necesaria cantidad, que mucho lo exigen desde otros reinos.

—Supongo que la casa de Montefrío mantendrá su habitual preferencia. Gracias a nosotros, especialmente a mi abuelo, es conocido ese delicioso caldo por fuera de estas tierras.

—Los marchantes poco saben de agradecimientos, señor, y solamente buscan la moneda gruesa.

—Pues dales con el rebenque en los lomos, si se hacen merecedores.

Me mantuve en silencio, con los pensamientos lanzados hacia Portugal. Así debió entenderlo Barbate con su perspicacia habitual.

—No se preocupe, señor, que con el bullicio de la familia pronto se le pasará la tristeza.

—¿De qué tristeza hablas, culebrón? —ladré con fingido enfado.

—Bueno, señor, me refería a la ausencia de... —Movié la cabeza como si hubiera decidido cambiar el tema—. En fin, mejor será que vaya a ocuparme del carretón, si le parece oportuno.

—Lárgate de una putañera vez y deja de golpear la pata de palo contra las piedras, como los toros sin fuste. Pero que me den noticia en cuanto se aviste algún carruaje en dirección a la hacienda.

—Quedo enterado, señor.

Regresé con lentitud hacia el Castillo, como se denominaba habitualmente al viejo caserón de Santa Rosalía, incapaz de centrar los pensamientos en dirección alguna. Sin embargo, detuve los pasos en seco ante la puerta principal. Me sentí asaltado por una sensación de miedo, como si al cruzar la entrada se eclipsara por completo y para siempre la presencia de Leonor. También sabía que se mantendría su personal perfume en salas y corredores, para aumentar de fuerza entre las ropas de mi cama. Me alcanzaría la añoranza a pulso firme y debería resistir esa soledad a veces deseada, y a la que ahora temía como si se tratara de andanada caliente. Pero así se mueve nuestra vida en más ocasiones de las deseadas. Tan sólo los sueños podrían concederme el necesario alivio. Y los sueños se centrarían en Leonor con una fuerza tremenda. Pensaría en el siguiente encuentro, en su cuerpo junto al mío, ya fuera en España o en Portugal.

2. En familia

Cuando mis amigos portugueses abandonaron la hacienda de Santa Rosalía, el silencio más profundo se estableció por cuarteras a lo largo y ancho de toda la hacienda. Y no lo entiendan como una exageración habitual del alma enamorada, que podía demostrarlo de banda a banda. Embutido en mi mundo interno, ni siquiera era capaz de escuchar el habitual y maravilloso sonido que se produce de norte a sur cuando el campo despierta al alba, como si los Almeida hubieran atrapado la vida propia del predio en sus baúles particulares y marchado con ella hacia el Reino vecino. Y así me sentía, vacío de cuerpo y alma, con los pensamientos prendidos en el más allá, en la raya portuguesa y sus ofertas de futuro.

Para bien de mi alma, dos jornadas después aparecían por la vereda de los olivares los carruajes que transportaban cuerpos y bagajes de la familia Leñanza desde la Corte. Uno más de los momentos de gloria, como si arribase a puerto tras alargada navegación. Por encima de cualquier otro detalle, disfruté de forma muy especial y por cientos al tomar entre mis brazos a la pequeña María y recibir sus besos sin fin, esa preciosa niña de nueve años y sonrisa permanente, que ya despuntaba con una belleza arrolladora y unos ojos que recordaban experiencias atravesadas en ascuas años atrás. También llegaba mi hermana Rosalía con su esposo Beto, mi gran amigo y compañero, capitán de navío en situación de cuartel tras haber trabajado a mí lado junto al ministro Figueroa, así como su segundo hijo, Santiago, de edad ligeramente inferior a la niña. Tan sólo faltaba para coronar la cima del gozo y rellenar el cuadro del placer los dos caballeros entrados en la Real Armada, cuya presencia quedaba prendida en el aire sin mayores noticias hasta el momento.

Si ya la estancia de Leonor y Marco había atemperado mi espíritu y ofrecido motivos de aliento con vistas al futuro sentimental, que se abría en mi propia derrota^[9] con esperanza millas adelante, la presencia de la familia en fechas tan entrañables y esperanza de que mi hijo también apareciera,

colmaban los sentimientos de felicidad en mi pecho por aquellos días. Por fortuna para el ánimo, disponía de escaso tiempo para dejar volar los pensamientos con entera libertad, unas dulces visiones que se centraban al ciento y con inmenso placer en la dama portuguesa, cuyo perfume todavía degustaba con oleadas de regusto en mi propia alcoba, Pero también entraba en sueños de gloria, con sólo imaginar las futuras experiencias que con ella podría vivir.

Como en demasiadas ocasiones el rostro es fiel reflejo del estado del alma, y en mi particular caso ambas cualidades se amadrinaban con excesiva claridad, tanto Rosalía como Beto se apercibieron con rapidez del cambio sufrido en mi ánimo. Y como jamás había conseguido mantener secreto alguno con mi hermana, a la que tan unido me sentía desde nuestros primeros años de vida, dejé caer alguna prenda de verdad en nuestras conversaciones.

—Parece que mucho y bien te ha beneficiado la visita de esos amigos portugueses, de los que no teníamos conocimiento. Creo que todos los hombres de mar mantenéis a buen recaudo y puerta cerrada retazos importantes de vuestras vidas. Ya me explicó Beto que habías..., bueno, que habías intimado ligeramente con Leonor a bordo de la fragata Proserpina. Nada me habías contado.

—No presentaba mayor importancia, Rosalía. Y como le expuse a Beto, un impenitente bocazas que ya te lo habrá contado con todo detalle —dirigí las últimas palabras hacia mi cuñado, que sonreía tripas adentro—, esa extraordinaria mujer me rechazó por derecho y sin dudarle. Bueno, eso es lo que entendí entonces, aunque... —Me detuve al comprender que resbalaba en exceso.

—¿Aunque? Acaba la frase.

—No tiene importancia, hermana.

—Seguro que la tiene. Te rechazó pero, posiblemente, entendiste mal sus palabras. ¿Es eso? Y ahora te sientes un tanto defraudado.

Comprendí que Rosalía podía leer mis pensamientos con extrema facilidad, aunque intenté esquivar las olas.

—Te repito que se trata de agua pasada, un asunto que no presenta mayor importancia.

—Creo que la presencia de esa atractiva señora le ha beneficiado más que la de su hijo —medió Beto entre sonrisas.

—No digas tonterías, querido —sentenció mi hermana con su habitual energía, como si encontrara descabellada la alusión de su esposo—. Tras mi conversación con ella en Madrid, entiendo, que se trata de una señora

encantadora y noble de la cabeza a los pies, incapaz de acciones dignas de oprobio. Y ya sé que le salvaste la vida, Santiago. Debió de ser muy emocionante, actuar como antiguo caballero en defensa de la dama.

—Más que emocionante, diría yo. Se trató de una empresa muy peligrosa para ella.

—Te aseguro que me encantó conocerla —Rosalía hablaba de memoria y con entonación a la baja—. Espero que se repita la ocasión y pueda degustar de su amena conversación. Ni siquiera conozco el Reino hermano de Portugal. Una verdadera lástima que no..., bueno, quiero decir que habría sido muy...

—¿Quieres decir que fue una verdadera lástima que no aceptara mi ofrecimiento de matrimonio en aquellos días? —Sonreí al comprender las palabras de mi hermana—. No podemos remover el pasado a voluntad. Las cuentas nos vienen dadas por celestial sorteo y no queda más que tomarlas.

—El hecho de que Santiago no pueda matrimoniarse con otra mujer —medió Beto entrado en seriedad—, mientras viva esa enajenada y vengativa criolla que en mal día apareció en su vida, no quiere decir que el amor entre dos personas deba quedar constreñido por...

—¿Estás loco, Beto? ¿De qué amor hablas? —Rosalía cuadraba sus ideas propias con expeditiva resolución—. No mientes el amor cuando se trata de la más pura concupiscencia. Santiago es un hombre casado, aunque le pese, y Leonor una señora viuda. No le creo capaz de poner en peligro su dignidad y decoro. Tan sólo puede unirles una buena amistad, ampliada por la admiración de su hijo hacia quien les salvó de las garras de aquel bandido. Pero sin traspasar en ningún momento los lindes establecidos de la honestidad.

—¿De qué honestidad hablas, querida esposa? —Beto mostraba convicción en sus palabras—. Conoces en la Corte un buen número de casos parecidos, en los que un hombre y una mujer se aman con fuerza y sinceridad, por fuera de los matrimonios a los que se vieron obligados. ¿Por qué ha de pagar Santiago, de por vida, la mala fe de esa mujer que lo engañó al copo?

—Porque así ha de ser, querido. Lo que se promete ante Dios, ya sea para bien o para mal, ahí debe quedar prendido por toda la eternidad. El hecho de que algunas parejas se mantengan en escandaloso pecado, por muy numerosas que se cuenten, no debe significar que se puedan imitar tan inmorales conductas. Además, Santiago es cabeza de la casa de Montefrío y...

Creo que os anticipáis en vuestros vaticinios —dije con seguridad—. Leonor y yo somos dos buenos amigos, que comparten inolvidables

experiencias. Pero nada más —mentía con serenidad—. No obstante, cuando acabe mi destierro, si tan benéfica solución se produce alguna vez, pienso marchar a Portugal a visitarlos y agradecer su cortesía. Marco es muy aficionado a la caza y me ha invitado a la quinta que poseen cerca de Extremadura, Así podría visitar nuestra hacienda de El Bergantín y, al mismo tiempo, corresponder a su ofrecimiento.

—¿Ofrecimiento de Marco solamente? —preguntó Beto, de nuevo entrado en ironía—. Espero que la madre se encuentre de acuerdo.

—¿Por qué muchos hombres, con mi querido esposo a la cabeza, no comprenden como posible la sincera y honesta amistad entre hombre y mujer? —protestó Rosalía—. Jamás pude entenderlo.

—Estoy de acuerdo contigo, hermana. Tu esposo solamente contempla la relación de hombre y mujer en su más pura versión carnal, sin comprender que ambos pueden disfrutar con una amena conversación, paseos por hermosos parajes, gustos culturales afines y tantos otros detalles que la vida nos ofrece. —Ahora era yo quien entraba en caminos de leyenda con la mayor seriedad en el rostro, aunque Beto riera a la vista y Rosalía nos mirara con desconfianza.

—La verdad es que no sé quien de los dos es peor. Pero, ahora hablando en serio, confío en tu seriedad y en la de Leonor. No os creo capaces de forzar un escándalo. Bueno, sería más correcto decir que no creo en la posibilidad de que Leonor accediera a mantener una situación pecaminosa.

—Bien, para dejar caminos absurdos y entrar en temas importantes, espero que aparezcan cuanto antes nuestros hijos, los caballeros guardiamarinas —dije para apartar el tema a la banda.

—Según nos comunicó Beto en su último recado —entraba mi cuñado en danza—, dispondrían de permiso reglamentario a partir del vigésimo día de este mes decembrino. Y eso se cumplió en el día de ayer. Pueden aparecer en cualquier momento, si aprietan a los animales.

—El caso del joven Beto es más sencillo, con periodos de permiso reglamentados en la Academia. Por el contrario, si Pecas ha recibido la charretera con la que tanto sueña, puede haber sido embarcado. ¿Y quién sabe hacia dónde? En fin, espero que nos sonría la suerte y todos juntos podamos disfrutar de estas fiestas navideñas.

—Así será, no lo dudes —declaró Rosalía sin dudar.

Como siempre he defendido el sabio refrán mariner, que anuncia vientos bonancibles en cascada tras los periodos de mar dura y soplos atemporalados, estaba convencido de que, desde los cielos, me concederían el deseo de la

presencia de los dos guardiamarinas en aquellas fiestas que pensaba celebrar con el ánimo recobrado y renovado optimismo. De esta forma, no me sorprendí una mota cuando, por la mañana del mismo día en el que todos los hogares españoles suelen celebrar la noche de la vigilia de Navidad, esa Nochebuena de cánticos al Dios nacido y manjares preñados de golosinas, apareció un carruaje de postas de aleros con los dos jóvenes a su bordo. Y se nos abrió en gloria el pecho a los progenitores, al observar sus rostros y cuerpos. Porque sí Beto mostraba con orgullo su uniforme y rezumaba perfume de mar por los cuatro costados, Pecas movía de forma especial e instintiva su hombro izquierdo, para que se comprobara con claridad el bamboleo de los flecos^[10] dorados de su recién estrenada charretera.

—Por los delfines azules que acarician las proas de nuestros buques, hijo mío, recibe mi más sincera enhorabuena —dije emocionado, al tiempo que lo apretaba contra mi pecho—. Ya eres todo un alférez de fragata. Temía que hubieras embarcado y no pudieras acudir a esta hacienda.

—Bueno, padre, a pesar de la promesa recibida bastantes meses atrás, no se nos concedió la bendita charretera hasta la pasada semana. Los escogidos de mi brigada ya desconfiábamos de que nos alcanzara la promoción algún día en estos tiempos tan revueltos que vivimos. Por fortuna, pasaré la Navidad en Santa Rosalía, porque no deberé embarcar hasta cuatro días después de la Santa Epifanía.

—¿Te han asignado buque o todavía entráis en cuadros de sorteo?

Mientras mi hermana Rosalía se mantenía en fuerte abrazo con su hijo y la pequeña María revoloteaba alrededor de su hermano, pudimos entrar en el Castillo y tomar asiento. Pero Pecas continuaba con su información sin necesidad de pausa.

—Nada de eso, padre. Me entregaron la correspondiente orden de embarco y el pertinente pasaporte para la fragata *Ligera*. Y según se comentaba en corrillos por la Academia, saldrá en operaciones de guerra hacia el mar de las Antillas, al mando de una división naval compuesta por otros buques menores, todavía sin determinar. —El joven mostraba rastros de placer y orgullo al declarar su próximo futuro—. Bueno, eso es lo que aseguraba el oficial que nos entregó los pasaportes.

—¿Has dicho la fragata *Ligera*? —Saltó Beto con rapidez—. Por todos los dioses negros de la mar y sus jodidas infantas. Parece que la influencia rusa te persigue, querido sobrino. Esa gacela es una de las tres fragatas que llegaron desde el Báltico como segunda hornada, posiblemente a causa del

avergonzamiento que debió sufrir el Zar de todas las Rusias al escuchar los comentarios que corrían por España sobre su podrida escuadra.

—Pero las fragatas se encontraban en mejores condiciones que los navíos, sin posible comparación, tío Beto —protestó el joven por alto—. Además, se comenta que la fragata *Ligera*, a la que solamente debieron realizar algunas obras menores en la jarcia de fuerza y completar los aparejos de respeto, se mantiene en dulce para salir a la mar y cumplir comisión.

—En dulce pero con la misma calidad en todas sus maderas —insistía Beto.

—Bueno, fue construida en el arsenal de San Petersburgo hace poco más de tres años solamente —intervine para no machacar la ilusión del joven en exceso—. Por poco que se haya mantenido, debe encontrarse en buen estado. Seguro que esa gacela volará sobre las aguas azules del mar de las Antillas, con Pecas izado en la cofa del palo trinquete.

—Pero que no vuele muy alto o la caída será de muerte y escarcha —Beto continuaba en media chanza.

—No sea agorero, tío Beto. Bien que le gustaría mandar esa fragata.

—No marras una mota en ese comentario, sobrino. La mandaría con extremo placer, aunque se trate de maderas en plena descomposición.

—Nada de maderas en descomposición, tío. Correremos la milla como alcatraz —insistía Pecas.

A partir de aquel momento y durante los primeros días, los dos jóvenes recién entrados en la mar, aunque Pecas presumiera de su paso por el Ecuador a bordo del navío *Alejandro I* y sus terribles dificultades para arribar a Cádiz en pavoroso tornaviaje, asemejaban la función de máquinas parlantes. Porque no cesaban un solo segundo en sus comentarios profesionales, la mayor parte de ellos posiblemente acaecidos solamente en sus cerebros. Pero así es la vida de los que a la mar se entregan millas adelante. Y se podía observar cómo el joven Beto observaba con arrobó la charretera de su primo, esos flecos por los que todo guardiamarina suspira como si se tratara de la mujer más hermosa y de curvas más sensuales a la vista.

* * *

Disfruté durante aquellos días como no recordaba haberlo hecho desde bastantes años atrás. Si ya la vida puramente familiar en la hacienda se hacía placentera hasta rebosar cuarterolas, sin un solo dardo a la contra, en los momentos de soledad, especialmente durante las noches, dejaba volar mis

pensamientos hacia la raya portuguesa en dulce libertad. La imagen de Leonor, desnuda en el lecho junto a mí, se presentaba con claridad en el cerebro, al punto de arrimar ascuas vivas. Recordaba con extremo detalle sus caricias y palabras de amor, lanzadas con ese seseo portugués ligeramente gutural, que tanto abanica el alma enamorada. Todo cuajaba tan a la medida, que ni siquiera recordaba mi situación de penoso destierro, al tiempo que la figura de la criolla californiana se evaporaba y desteñía entre las nubes del tiempo como por encanto.

Durante las sobremesas destacaban las discusiones marineras, con los dos oficialillos en tarea de despunte y orgullo de mar. Beto no se dejaba achantar por su primo mayor y relataba los escasos días de mar llevados a cabo en prácticas primerizas, atravesados a bordo de la corbeta *Aretusa* por las riberas mediterráneas, como si se tratara de peligrosas navegaciones allá por las aguas heladas de las Altas Californias. No obstante, creo que tanto Beto como yo sentíamos cierta envidia en los fondos, al contemplar en esa prolongación de nuestras propias vidas que son los hijos, los momentos de gloria en la carrera de todo hombre de mar. Gozábamos al contemplar su extrema situación de ensueño, cuando la ilusión se eleva en nubes blancas y la rumazón ni siquiera se atisba como posible en el lejano horizonte.

También salió a colación el momento político que se vivía. Y no porque los mozalbetes elevaran opiniones propias sobre unos asuntos que tan poco les interesaban en aquellos momentos, sino por las repercusiones que podían arrastrar en su cola a los próximos embarques y expectativas puramente profesionales de sus carreras. Pecas fue el primero en entrar en un tema tan presente en nuestras vidas.

—Por otra parte, padre, mucho y por largo se había entre los mandos sobre el momento político que atravesamos, aunque solamente nos lleguen retazos medio perdidos. Sin embargo, tenemos un profesor de Geometría en la Academia, el teniente de navío don Joaquín de Lorenzo, que durante las clases se explaya en los pronunciamientos militares. Además, nos vaticina momentos revueltos, que han de llegar sin remisión más pronto que tarde. ¿Estáis de acuerdo con esa opinión?

—Mira, Pecas, como decía el teniente general de la Real Armada don Antonio de Escaño, a quien tanto admiraba, eso que ahora denominan como pronunciamiento no es más que una palabra inventada, que solamente intenta eludir la verdadera. Y me refiero con toda claridad al motín o a la sublevación, así de llano y sencillo. Porque más vale denominar a las cosas por su verdadero nombre y dejar las gaitas menores a la banda contraria. Pero,

en efecto, mucho se mueve la cota hoy en día en esas direcciones por miembros del Ejército.

—Parecen muy fuertes esas palabras que decís, padre. Habéis mencionado el motín y la sublevación... ¿acaso contra Su Majestad?

—Bueno, no necesariamente dirigida contra su persona o la institución que encarna. Como muchas cualificadas voces alegaban en el periodo de redacción de la Constitución, llamada de 1812, salvo la santa religión y la monarquía todo puede entrar a discusión sin asustarse. Normalmente, la protesta se dirige contra el sistema que el Monarca emplea para ejercer el poder. Hay quien estima, sin dudarlo, que el Soberano sólo debe rendir cuentas de sus actos a Dios, por cuya gracia ha sido elevado al Trono. Es la inequívoca posición de los llamados como absolutistas, realistas o legitimistas. Por el contrario, otros muchos entienden que todo Soberano ha de rendir cuentas a sus súbditos y ajustarse a un modelo de conducta por el mismo pueblo decidido e impuesto. Y casi todos se refieren a la citada Constitución, una santa y superior regla escrita a la que todo ser humano, de Rey a plebeyo, ha de ajustarse. Los pronunciamientos o movimientos en tal sentido se dirigen a que. Su Majestad jure la Constitución que el pueblo se dio en las Cortes, y a ella se ciña de forma estricta como limitación de su omnímodo poder.

—Ya comprendo, padre. ¿Y se han producido muchos pronunciamientos? Deben mantenerse muy a la callada, porque en la Academia no tuvimos conocimiento, salvo los comentarios que expone ese teniente de navío del que os he hablado.

—Para bien o para mal, los ha habido en abundancia desde que Su Majestad abolió la Constitución y las leyes emanadas de ella, al poco de regresar a España desde su cautiverio francés. Ese movimiento de don Fernando fue catalogado por muchos como un verdadero golpe de Estado. Con la Constitución se creía haber inaugurado un nuevo sistema de Gobierno, moderno, justo y necesario. Nuestro Soberano decidió restaurar con mano dura lo que se ha dado en llamar como Antiguo Régimen, es decir, el poder absoluto y sin posible control del Monarca. Al mismo tiempo, llevaba a cabo una férrea represión de la postura política favorable al liberalismo. Tal conducta socavó una diferencia todavía mayor entre esas dos Españas, absolutistas y liberales, que cada día parecen más irreconciliables.

—¿Y quién defiende ambas posturas, tío Santiago? —preguntaba el joven Beto con interés.

—Por una parte, y te hablo de forma general, el absolutismo es defendido por los representantes de los estamentos privilegiados, que intentan mantener su posición social, sus bienes y derechos con su participación en el gobierno del país. Por el contrario, gran parte de los españoles, al constatar ese hecho, comprenden que los sacrificios de la guerra contra los franceses, si bien han servido para devolverle al deseado Monarca, no provocaron cambio alguno en la situación social y económica de la nación. El disgusto de la llamada burguesía, que en base a la Constitución gozaba de las primicias de la anunciada igualdad de posibilidades sociales, alcanza un punto importante en los militares de toda graduación, al estimar que la carencia de linaje se traduce en un motivo de postergación en sus carreras. Pero no es tan sencillo de desentrañar el ovillo político, como puedes imaginar. Porque encontrarás a personajes de estamentos privilegiados que optan por la defensa de la Constitución, y lo mismo en la línea contraria.

—¿Cómo vos? —Pecas me dirigía la mirada con inesperada seriedad.

—Es muy posible, hijo mío, muy posible. Pero os recomiendo que, a estas alturas de vuestras carreras —ahora me dirigía a los dos jóvenes—, no expongáis en público con excesiva vehemencia las querencias políticas propias, por mucho que las sintáis en el pecho. Por encima de cualquier otro detalle, debéis disfrutar de vuestras vidas recién entradas a la mar.

—Pero no creáis que todo pensamiento contra el sistema de Gobierno utilizado por nuestro Señor ha sido expuesto de forma violenta con las armas —añadió Beto—. Ha habido personajes importantes que le han dirigido serias y razonadas representaciones a Su Majestad, para que modifique el camino escogido. Ese fue el caso del brigadier Juan Martín, alias el *Empecinado*, desde la misma Corte, o el de Flores Estrada desde Londres. El primero de ellos protestaba contra las prisiones políticas y reclamaba la reunión de Cortes.

—¿Y es cierto que la masonería apoya el liberalismo sin fisuras? —preguntó el joven Beto—. Un compañero me lo dijo convencido, como si se tratara del eje central de todos los males.

—No hagas caso jamás de posturas cerradas sin la debida explicación. La masonería, durante el siglo XVIII, no puede considerarse como dañina porque se dedicaba principalmente a promover principios filosóficos y, en muchos casos, altruistas. Sin embargo, conforme entramos en el siglo actual, ha experimentado un penoso y profundo estado de politización. Por tal razón, las tenidas masónicas se han convertido en simples reuniones, donde discuten sin fin los conspiradores liberales. Por tal razón, los masones se rodean del

conocido y criticado oscurantismo. Y tal situación condiciona en mucho y a la baja la masonería en su movimiento inicial, como línea de pensamiento. Pero nada es blanco o negro al ciento en esta vida, muchachos.

—¿Y creéis que alguno de esos pronunciamientos o rebeliones pueda llegar a tener éxito algún día? Algún día cercano quiero decir —preguntó Pecas, infatigable en su interrogatorio.

—Hasta ahora han fracasado todas —medió Beto—, bien sea por precipitación, desconexión de esfuerzos o la actuación de la policía política de Su Majestad, que mantiene oídos prendidos hasta en el infierno. Creo que los primeros de cierta importancia fueron consecuencia de la propia Guerra de la Independencia. Como en gran parte nuestros ejércitos se mantenían a costa de vivir en el propio país, dado lo limitado de los recursos proporcionados por el Gobierno, esta situación reducía la influencia del propio Gobierno al mínimo y ofrecía a los generales atribuciones tanto más extensas, cuanto más precario era el apoyo logístico con el que podían contar. Una vez acabada la guerra, era de todo punto necesario readaptar a los combatientes, desde luego, pero todo se entremezcló con el cambio político impulsado por don Fernando, recién llegado a España. Los combatientes comenzaron a sentirse desatendidos e incluso traicionados, aunque en algunos casos se tratara del propio egoísmo de sus jefes. Y de esa forma podemos decir que aparece el primer pronunciamiento de importancia, con el general Espoz y Mina a la cabeza.

—¿Espoz y Mina? ¿No fue uno de los que mucho brilló en la Guerra de la Independencia? —preguntó Pecas.

—Este soldado que tanto destacó en la lucha contra el francés —medió Beto— se encontró en mayo de 1814 con que se había desmontado la administración autónoma concedida para el mantenimiento de las necesidades de su división. En escaso tiempo, pasó de ser una indiscutible autoridad en el Reino de Navarra, a mandar unos pocos regimientos acantonados y con escasa intendencia. Lo que entendía como manifiesta ingratitud para los combatientes, el clásico tránsito de la guerra a la paz, lo impulsó a acudir directamente ante don Fernando para hacer valer sus merecimientos y los de sus hombres.

—Se trata de una postura valiente y que mucho dice a su favor —alegué para completar la información de Beto, que continuaba.

—Según parece, le expuso claramente a Su Majestad que no marchaban bien las cosas del Gobierno de la nación, exponiendo con claridad sus puntos de vista. En julio, Mina regresó a Navarra para hacerse cargo del mando

divisionario. Sin embargo, encuentra que la población civil se niega a subvenir las necesidades de su tropa. Y para colmo, el 28 de julio aparece un decreto que licenciaba a los componentes de las guerrillas, al que siguió otro por el que pasaban a Mina a la situación de cuartel en Pamplona, la misma que sufro yo en estos días.

—Sin dudarle mucho, Mina pasó por derecho a la conspiración, una vez en la Corte, poco antes de ser pasado a cuartel —tomé el mando de la narración—. Bien es cierto que la trama se reducía a un acuerdo de principios con algunos otros coroneles con mando de regimientos en Navarra y en el Alto Aragón. El pronunciamiento se precipitó, precisamente, al deber regresar Mina a Pamplona para cumplir la orden de su nueva situación. A finales de septiembre, toma el mando del Regimiento acantonado en Puente la Reina, para conducirlo al asalto de Pamplona. El fracaso fue absoluto. Mientras Mina y otro coronel pasaban huidos a Francia, el tercer implicado, coronel Gorriz, era degradado y fusilado.

—Ese fue el primer pronunciamiento verdadero —Beto deseaba aclarar un punto importante—. Pero debéis tener en cuenta que dicho movimiento presentaba fines más personales que políticos, lo que se ha repetido en bastantes ocasiones. Porque en aquellos momentos no proclamaron manifiesto alguno en el sentido de restaurar la Constitución o convocar a Cortes.

—Eso tuvo lugar en 1814, el mismo año en que regresó Su Majestad de Francia —dijo el joven Beto en media pregunta.

—Pocos meses después de lo que se dio en llamar como el golpe de Estado de Valencia.

—¿Y ha habido más?

—Al año siguiente se produjo el pronunciamiento de Juan Díaz Porlier. Precisamente, lo conocí y pude tratarlo en varias ocasiones, la última de ellas cuando mandaba los cañoneros durante la Expedición Cántabra, que rematé con la pérdida de este ojo. —Palpé el parche negro que cruzaba mi frente—. Sentó plaza de guardiamarina y tomó parte en el combate de Trafalgar con la charretera al hombro. En esos días lo conocí. Como tantos otros oficiales de la Armada, pasó a los cuadros del Ejército, donde mostró su extraordinario valor durante la guerra al francés, al punto de ser ascendido rápida y sucesivamente hasta alcanzar el empleo de mariscal de campo. Liberal convencido, fue uno de los procesados tras el retorno de don Fernando y condenado en julio de 1814 a la suspensión de empleo y confinamiento en el castillo de San Antón en La Coruña. Desde allí comenzó pronto a intentar aunar voluntades para llevar a cabo un pronunciamiento. En septiembre de 1815, al frente de las

fuerzas que guarnecían la plaza, proclamó por derecho la Constitución de 1812. Y sin pararse en barras, detuvo al capitán general, al Gobernador y al intendente. Un nuevo fracaso porque solamente se le unió la guarnición de Ferrol.

—Sin embargo, este caso muestra una importante diferencia —remató Beto—. Porlier redactó una proclama en la que establecía su deseo de que España disfrutara de una monarquía sometida a leyes justas y prudentes, que garantizara por igual las prerrogativas del trono y los derechos de la nación. Solicitaba el reconocimiento a la Constitución y que se reformaran las leyes constitucionales como se había hecho en otras monarquías limitadas de Europa.

—¿Fracasó también? —preguntó Beto a su padre.

—El manifiesto no consiguió crear nuevas adhesiones, por lo que intentó el uso de la fuerza. Se puso al frente de sus tropas en dirección a Santiago. Pero la oposición era grande y sus propios hombres le defraudaron. Fue apresado en compañía de otros treinta y cuatro oficiales. El consejo de guerra fue muy lento para todos los encausados menos para el pobre Porlier, que a los cuatro días de ser apresado era ejecutado en La Coruña.

—Supongo que la lista de pronunciamientos continuará —dijo Pecas con el tono de voz un tanto abatido, como si descubriera una nueva historia de España.

—Por desgracia se trata de una lista generosa —dije entre sonrisas—. En 1816 apareció la que dio en llamarse como «conspiración del triángulo», achacada a la masonería en su mayor parte. En ella destacaron personajes como Richard, O'Donoghue el loco de Renovales, Calatrava y Yandiola. Y en 1817 una más importante, a cargo de los generales Lacy y Milans del Bosch, destinados en Barcelona y Gerona, que aunaron esfuerzos. Lacy fue quien pagó la prenda más amarga. Enviado a Mallorca a bordo del falucho de guerra *El Catalán*, allí fue ejecutado.

—Cuánta muerte por unas ideas. Parece un sinsentido —alegó Pecas.

—Y en el fondo lo es, hijo mío. Te repito que no debes olvidar los intereses y orgullos personales, que afloran en demasía. Pero continuando la estirpe de pronunciamientos, en 1818 tuvo lugar la que se llamó de las Sociedades Secretas, eminentemente política, aunque otros la denominaron como la de Torrijos, inspirada en uno de aquellos cenáculos masónico-conspiradores. Engañado, fue apresado con todos los oficiales implicados. Tan sólo se salvó el general Van Halen, que escapó de la cárcel al sorprender al alcaide, a quien encerró en su propia celda. Por último y para rematar la

lista, este mismo año parece que se ha desbaratado otro pronunciamiento, en el que han intervenido el coronel Vidal, el *Empecinado*, Van Halen y otros. Parece que el plan era detener al capitán general de Valencia, Elío, y proclamar a Carlos IV como Rey constitucional, lo que, en mi opinión, no debería ser tarea fácil ni aceptada por muchos. Sólo faltaba que nos apareciera otra vez don Manuel Godoy por estos pagos con mando en plaza. El propio general Elío hirió con su espada a Vidal, que murió por tal causa durante los traslados. El resto de implicados fueron ejecutados sin vacilación. Y que yo sepa, no ha habido más rebeliones, aunque es posible que no todas llegaran a mis oídos.

—Podéis observar, muchachos, un detalle digno de tener en cuenta —entraba Beto de nuevo—. En ninguno de estos movimientos, que muchos han denominado erróneamente como revolución, se intentaba arrebatar la vida a Su Majestad o proclamar otro sistema político alternativo a la monarquía, como fue el caso de Francia o Gran Bretaña en su momento. Tan sólo se intenta que nuestro Señor gobierne con cierto control y límites establecidos. Vamos, que no se puedan repetir las arbitrariedades a las que ha sometido a todo español que no comulgue con sus ideas, o que se produzcan casos tan vergonzosos en la administración del Estado como la adquisición de la escuadra rusa, por fuera de todo camino legal. Y como resultado final, que paguen los justos, como es el caso de vuestro padre y tío, mientras otros bellacos rellenan la faltriquera y salen airoso de la trama.

—Lo que he comprobado es que todos los pronunciamientos han sido llevados a cabo en cuadros del Ejército. ¿Y qué es de la Armada? ¿No toma parte de esas deliberaciones? ¿No le preocupa el estado de la política actual? —preguntó Pecas, interesado.

—Por desgracia para España y sus Indias, la Real Armada no existe en estos días.

Beto expuso estas últimas palabras con tanta vehemencia, que entendí necesario disolver un tanto el triste mensaje.

—Lo que quiere decir el tío Beto es que el Ejército, al caer la Armada bajo mínimos, ha tomado el control de la milicia casi al ciento, al tiempo que ejerce presión sobre la política desde uno u otro lado. El movimiento producido en Valencia, en el que don Fernando se decide por el absolutismo, fue apoyado por la iglesia, las castas privilegiadas y los generales del Ejército en un elevado porcentaje. Por el contrario, los hombres más prestigiosos de la Real Armada se posicionaban con claridad en el bando liberal.

—Como don Cayetano Valdés que continúa en el castillo de Alicante —dijo Pecas, concedor de mi admiración por el personaje.

—En efecto. Además, con gran parte de sus miembros pasados a cuartel y las pocas unidades operativas empleadas al copo por fuera de la Península, la Armada no dispone de poder para intentar imponer sus opiniones políticas. Pero tampoco creo que le haya pasado por la cabeza a algún oficial. Y como las relaciones institucionales Armada-Ejército no han sido muy positivas a lo largo de la historia, más bien al contrario, los cuadros del Ejército no han buscado nuestro apoyo porque, sencillamente, no lo estiman necesario. La Real Armada no existe para ellos. Los pronunciamientos, en su mayor parte, arrancan desde oficiales con empleos medios. Vamos, con escasos generales de prestigio a la cabeza. Y si alguno de esos movimientos llega a triunfar, será porque se ha establecido la necesaria conexión entre las fuerzas comprometidas, una adecuada preparación, un claro motivo político y con mandos de regimiento como mucho.

Se hizo por fin el silencio. Los dos jóvenes parecían intentar retener y descifrar toda la información recibida, como si se tratara de una lección de Historia. Y de forma muy oportuna, fue Pecas quien cambió el tema de conversación en veinte cuartas.

—No os conté algo importante. ¿Saben que he navegado en un buque movido por bomba de fuego? —ahora mostraba un rostro abierto en sonrisas.

—¿Has navegado en uno de esos artefactos más propios del demonio, que lanzan al aire cenizas encendidas? —preguntó Beto con rapidez—. ¿Y has sobrevivido a tal empresa, sobrino?

—No creo que sean productos del demonio, tío Beto. Por el contrario, estimo que en pocos años casi todos los buques de la Real Armada se moverán gracias al giro de esas grandes ruedas a banda y banda, por medio del efecto del vapor producido en una caldera. Como se drenan los diques de carenar.

—No es lo mismo establecer una bomba de fuego en tierra que instalarla en un buque con maderas que pueden arder con facilidad. Supongo que navegarías por el Guadalquivir.

—En efecto. Nos llevaron a los dos últimos cursos de la Academia hasta la ciudad de Sevilla. Y allí embarcamos en el primero de esos buques contruidos en España, que hace el trayecto fluvial desde la Torre del Oro hasta Sanlúcar de Barrameda.

—¿Cómo navegaba?

—Pues bastante bien, sin cabezadas ni balances pronunciados.

—Estudiamos sus planos con detenimiento cuando nos manteníamos en la secretaría de Marina —dije para aclararles algunos puntos—. Y en los astilleros franceses de Rochefort disfrutamos la oportunidad de comprobar las primeras pruebas del buque movido por bomba de vapor llamado *Elise*, construido por el ingeniero Pierre Andriel, que había atravesado el canal inglés sin necesidad de dar una sola vela. El director del astillero, que había tomado parte importante en la financiación del proyecto, defendía el uso del vapor como propulsión para los buques con encendida pasión.

—Lo comprendo perfectamente, padre. Este en el que embarcamos, al que han bautizado como *Real Fernando*, ha sido construido en un pequeño astillero sevillano situado en Remedios de Triana, Y nada de ingenieros ni complicados sistemas de arsenales. Un carpintero de ribera llamado Antón Cabrera consiguió acoplar una máquina inglesa de vapor al casco de un pequeño buque. Bueno, quiero decir máquina y caldera. Solamente presenta veintiocho varas de eslora, ocho y cuarto de manga y cuatro de calado. Se mueve por medio de dos ruedas monstruosas, que mucho impresionan a la vista, así como las humaredas que brotan de su chimenea. Y su andar alcanza los cuatro nudos, sin tener en cuenta la corriente. Está siendo utilizado para el traslado de personas por el río Guadalquivir. Puede transportar sesenta y cinco viajeros instalados con cierta comodidad en las cámaras, así como otros cincuenta en cubierta.

—Entiendo que para tal fin quedarán esos buques, utilizados en trayectos fluviales o de escasa distancia. Y, desde luego, sin posibilidad de sacar cabeza a mares abiertas con olas de respeto —insistía Beto en su opinión—. Además, será necesario comprobar cuántos meses aguantan las tablas de sus cubiertas los pesos de la caldera sobre la crujía.

—Presenta muchas ventajas, tío Beto —insistía Pecas con inesperado entusiasmo—. Debemos tener en cuenta que su dotación es verdaderamente ridícula. Solamente necesita un capitán, un sobrecargo, tres maquinistas, dos pilotos y cuatro marineros. ¡Nada más! Con el concurso de once hombres, es capaz de transportar a más de cien. Y parece que se trata de un buen negocio.

—Según me comentaron, presenta problemas diarios en su máquina y sólo tres de cada siete días se puede considerar operativo —alegué a la contra—. Calculan que no durará más de un año en servicio. Y el coste ha sido elevado. Como dice el tío Beto, es posible que para navegar escasas millas a través de un río, pueda resultar un sistema asequible. Pero ¿te figuras la cantidad de madera seca de pino que se debería almacenar a bordo para atravesar el mar del Norte?

—Según nos comentaba un profesor de la Academia, que estudia con detalle el uso del vapor a bordo de los buques, todos esos problemas que aparecen no son más que los inconvenientes habituales en todo nuevo sistema —insistía Pecas, que mostraba una extraordinaria euforia en su defensa sobre las máquinas de vapor y su aplicación a la propulsión naval—. Todo mejorará, conforme evolucionen las pruebas e investigaciones. Y poco a poco, aumentarán las esloras. Conforme aumente el porte, podrán almacenar más madera. Según el capitán de fragata Rondón, ahí se encuentra el futuro de la navegación. Asegura que antes de lo que podemos imaginar, los navíos y fragatas de la Real Armada surcarán los mares movidos solamente por máquinas de vapor. Eso si, escupiendo humo negro y chispas de fuego por sus alargadas chimeneas.

—Dios no lo quiera —contesté entre sonrisas—. Supongo que será un sistema muy ruidoso, que dejará las cabezas medio atontadas.

—Ahí sí que debo darle la razón, padre. Se hace difícil de soportar el ruido producido por la máquina y se echa de menos el silencio a bordo de cualquier buque con el aparejo largado.

—No debemos olvidar que la Armada necesita buques capaces de combatir.

—Eso mismo le preguntó un caballero al profesor. Nos contestó que se trata de un problema menor a tener en cuenta. Aseguraba que se les montarán cañones, al igual que se hizo con los buques de vela. Y sin tanta cabuyería, que mucho entorpece, el empleo de la artillería y obliga a un elevadísimo número de marineros.

—Bueno, el tiempo dará o quitará razones, sobrino —aseguró Beto—. De momento, me conformo con mandar una fragata que se mueva con un aparejo de lona recia, aunque haya sido construida con maderas podridas por la carcoma y la broma.

—Debería ser nombrado comandante de la *Ligera*, con proa hacia las Antillas, tío Beto.

—Dios te oiga. Daría una de mis manos a cambio. Bueno, y una pierna también.

Aunque intenté pasar a un nuevo tema, Pecas se mantuvo con insistencia en la defensa del vapor. Me sentí feliz al comprobar lo bien que defendía su postura y los muchos detalles que conocía, por haberse dedicado a leer diversos libros ingleses sobre el tema. Comencé a pensar que podía caberle la razón y que los tiempos cambian a gran velocidad. No obstante, me costaba

imaginar un gran navío en la mar, largando humo por una chimenea instalada en su cubierta.

3. Sucesos inesperados

Como suele ser ley de vida sin posible excepción, los momentos de mayor felicidad se atraviesan a la velocidad de caída del rayo, muchas veces sin tiempo suficiente para acariciar los segundos de gozo con la necesaria intensidad. Y con posterioridad, al rematar esos periodos de extrema satisfacción, cercanos a la más pura embriaguez intelectual, nos queda bien dentro un rescoldo de amargo descontento, como si hubiéramos dejado escapar de las manos el objeto más perseguido, incapaces de comunicar a los seres queridos los pensamientos que en realidad circulaban por nuestro corazón.

Los dos primos entrados a la mar abandonaron la hacienda el mismo día, aunque Beto debiera presentarse en la Academia una jornada después a la techa prevista del embarco de Pecas a bordo de la fragata *Ligera*, Y su ausencia se instaló en Santa Rosalía como una pesada losa, que nos dificultaba la respiración. En verdad que la vida durante las fechas navideñas se había centrado casi por completo a su alrededor, satisfechos al ciento cuando comprobábamos sus ganas de vivir, las esperanzas de futuro intactas y sus ansias centradas en las próximas experiencias de mar. En esta faceta destacaba Pecas, con un futuro marinero cierto al alcance de su mano. Y si en ocasiones parecía entrar en ensoñaciones propias, estaba convencido de que su cerebro navegaba ya por aguas antillanas en avance, a muchas millas de distancia de la hacienda de Santa Rosalía. Pero lo comprendía perfectamente porque ya había vivido tales sensaciones con repetición en mi alma años atrás.

Por fortuna para mi estado de ánimo, el resto de la familia se mantuvo en mi compañía en Santa Rosalía. Nada les urgía de momento, aunque Beto debiera encontrarse presente en la Corte, su lugar de prescrita residencia a cuartel No se esperaba ninguna comunicación por parte de la secretaría de Marina, pero nunca se sabe cuando puede saltar la liebre a nuestro paso, lo que le hacía mantenerse con cierta inquietud. Y podía considerarse, en

acuerdo con las Reales Ordenanzas, como falta muy grave el abandono de su ubicación de destino sin la preceptiva autorización de la Superior Autoridad, condición que en ningún momento había pensado solicitar. Sin embargo, pasaron las semanas del mes de enero del nuevo año del Señor de 1820, turbio y acechante en noticias de todo tipo, para entrar con lasitud en el de febrero. Y para amarrar los machos, este mes se presentó con fríos estragados y nieve por las zonas altas de la hacienda, así como un viento noroeste frescachón que nos obligaba a cargarlas chimeneas a tope con madera de carrasca.

Dejábamos pasar el tiempo, como si con ello consiguiéramos alcanzar un invisible objetivo o restar distancia a la meta impuesta, unos días perdidos que se añoran años después. Y de esta forma entramos en las primeras jornadas de marzo, que revolverían al compás nuestras tripas y las de media España. De tal forma, la tranquilidad establecida a plan en Santa Rosalía saltó por los aires cuando recibimos en la hacienda una inesperada visita. Y digo inesperada porque tuvo lugar en la tarde de un martes preñado de aguacha, que siempre recordaré. Se trataba del ayudante del párroco, don Enrique, el joven curica que escandalizaba al pueblo por sus ideas ligeramente liberales, condición tan apartada de la normal situación política que se vivía en el seno de la Santa Madre Iglesia. Lo recibimos en la sala familiar, dada nuestra confianza con persona a quien mucho estimábamos, donde le ofrecimos el habitual refrigerio que nunca despreciaba.

—Una visita que se traduce en agradable sorpresa, don Enrique. ¿Acaso se ha impuesto un nuevo día de precepto o, más probable, la falta de carne hace mella en su cuerpo? —Como lo sabía de buen diente, solía entrarle en chanzas relativas al escaso condumio del que disponía.

—Nada de eso, señor de Leñanza. La falta de carnes rojas, tan necesarias para el sustento del cuerpo en su justa medida, es condición sufrida habitualmente en mis cueros, ya lo sabe bien su señoría. Sin embargo, muy apartados de los deseos de la Santa Madre Iglesia son las noticias que debo transmitirles, aunque de momento se basen en rumores lanzados con cerbatana. No obstante, debo serles sincero y asegurarles que les concedo mucho crédito. —Movi6 sus manos con cierto nerviosismo, antes de sentenciar—. Bueno, con mayor sinceridad todavía, puedo certificarles que el crédito es absoluto.

—¿Importantes noticias? —Entró Beto con interés—. Cuando habla de rumores con esos rastros de regusto florido en su rostro, supongo que se trata de asuntos políticos. E imagino con escasas dudas, la dirección por las que caminan. ¿Se ha producido un nuevo pronunciamiento por estas tierras?

Parece que la zona de Murcia se encuentra muy cercana a las tesis liberales y con demostrada beligerancia.

—Así es, señor Pignatti. Y acierta en la suposición general, pero marra de lleno en la zona geográfica asignada, aunque sea de forma inicial. En efecto, se ha producido un importante pronunciamiento militar, encabezado por el teniente coronel don Rafael del Riego, en la localidad de Cabezas de San Juan.

—¿En el ejército expedicionario? No podía ser de otra forma. Antes o después debía saltar la moscarda negra entre aquellas fuerzas, acantonadas a la brava y en plena descomposición —aseguró Beto con decisión—. Creo que se concedió el mando de dichas fuerzas al general don Enrique O'Donell, conde de La Bisbal. Y se hablaba de él como cercano a las posturas liberales, lo que personalmente no creo.

—Tampoco yo —corroboré con firmeza—. Bueno, la verdad es que no creo que O'Donell disponga de ninguna línea política clara. Siempre ha sido de los que adopta una postura ambigua y las deja venir, para tomar la ola en la mejor disposición acorde a sus propios intereses. Pero no salgamos del tema principal. ¿Se trata de un pronunciamiento con posibilidades de éxito? ¿De verdad son dignas de crédito sus fuentes? —pregunté al sacerdote con seriedad.

—Como sé de sus verdaderos sentimientos políticos, señor de Leñanza, aunque mucho guste de guardarlos bien dentro de la bolsa —exhibió una cerrada sonrisa de connivencia—, puedo asegurarle que no marra jamás un tiro mi primo Alfredo, que anoche arribó a la villa de Cehegín desde la Corte. De él he recibido las nuevas con bastante detalle.

Se mantuvo en silencio el curica durante unos pocos segundos. Dirigía su mirada en derredor, como si sospechara de oídos ocultos. Beto, con su impaciencia habitual, le entró por cueros.

—Vamos, páter, que no se encuentra ningún miembro de la policía política de don Fernando tras las cortinas. Al menos, por ahora. Ándeale con la prenda y desembuche los detalles de una vez.

—Nunca se sabe, señor Pignatti, por donde pueden aparecer esos esbirros en acecho. Pero entrando en el tema, en efecto, desde meses atrás se conspiraba entre los mandos intermedios del ejército expedicionario. Y aciertan de lleno en cuanto a la postura del general O'Donell, porque en unión de su segundo, el general Sarsfield, consiguió decapitar la inicial conjura, arrestando entre otros a los coroneles Quiroga, Rotén y Agüero, impenitentes liberales implicados de lleno y a la cabeza de la conspiración. Por tales

servicios, O'Donnell recibió la gran Cruz de Carlos III, aunque se le relevara del mando. Pero las medidas contra los implicados no fueron de fuerza extrema, un gran error de los absolutistas, y la conspiración siguió engordando el buche en Sanlúcar, Jerez, Puerto Real, Medina-Sidonia, San Fernando y Cádiz. Se unían otros coroneles y tenientes coroneles, entre los que se contaba con este hombre que tanto se significa, don Rafael del Riego y Núñez.

—¿Rafael del Riego? —Beto parecía pensar—. No creo haber oído hablar jamás de él. ¿Ningún civil entraba en la conspiración como muñidor de escenario? Sería condición de extrañar.

—Desde luego que se unieron voces civiles. Destacaba por alto, como era de esperar, don Antonio Alcalá Galiano y el conspicuo Mendizábal. Precisamente, el primero se desplazó a visitar a Riego en la localidad de Cabezas de San Juan. En la noche del 28 de diciembre tuvo lugar la reunión decisiva y por parte de Riego en persona se detalló el plan de operaciones de la conjura. De acuerdo con él, se llevarían a cabo tres movimientos de forma simultánea, que dirigirían el propio Riego, Quiroga y López Baños. Riego marcharía sobre Arcos para hacer prisionero al conde de Calderón y su cuartel general. Los batallones de España y la Corona, tras liberar a Quiroga, ocuparían el puente de Zuazo, llave para pasar a San Fernando. Allí entrarían en contacto con los conjurados gaditanos, que les abrirían las puertas de la ciudad.

—Como todos los pronunciamientos, buen plan de operaciones, más teórico que otra cosa. Porque luego fallarían las fuerzas o alguna de las cabezas conjuradas. Y desde luego, sin pronunciamiento político, madre que debe amparar todo pronunciamiento con cierta seriedad —aseguró Beto con evidente desesperanza.

—Tiene razón en parte, señor Pignatti. Desde luego que el plan político debería haber sido discutido con la suficiente profundidad como punto fundamental. Por el contrario, Alcalá Galiano lo redactó por su cuenta en Jerez, para entregarlo a Quiroga como jefe de los sublevados. Riego, por su parte, redactó uno propio poco más tarde. El del primero no entraba en detalles sino que, dirigido a los soldados, se limitaba a declarar que el Gobierno actual acabaría con la nación y consigo mismo, lo que no se podía sufrir por más tiempo. También aseguraba que el Gobierno debía ser amado y respetado para que la patria fuese feliz. Por su parte, Riego insistía en los peligros del embarque del ejército expedicionario y en la necesidad de establecer un

Gobierno moderado y paternal, así como una Constitución que asegurara los derechos de todos los ciudadanos.

—Vamos, páter, entre al grano de una vez sin tantos rodeos de guadaña — insistí, nervioso, ante la lentitud en la exposición.

—Ya conocen, señores míos, por haberme escuchado en el púlpito, mi habitual lentitud en orquestar los razonamientos propios. Si me aprietan en varas, pierdo el hilo con extrema facilidad. —Abrió las manos en petición de excusa, antes de continuar—. El primero de enero de este año 1820, el teniente coronel Riego, al frente de sus hombres, proclamó la Constitución de 1812, tras la lectura del citado manifiesto en la localidad de Cabezas de San Juan. Dueño del pueblo, sustituyó al gobierno local por alcaldes constitucionales. Y marchó con sus hombres, de acuerdo al plan previsto. Llegó a la localidad de Arcos, que tomaba en escasos minutos sin oposición, arrestando al general en jefe y a sus más directos colaboradores. Y aquí comenzó lo que podemos calificar como un largo, penoso y triste recorrido.

—¿Penoso? ¿Lo abandonaron sus fuerzas, como de costumbre?

—En principio, el coronel Quiroga, una vez liberado, alcanzó el puente de Zuazo —don Enrique hacía oídos sordos a nuestra impaciencia—. En San Fernando fueron detenidos el ministro de Marina, teniente general Hidalgo de Cisneros, y los jefes de la plaza.

—¿El general Cisneros detenido? —Expuse con evidente satisfacción—. Buena medida, vive Dios. Mucho nos hizo sufrir su ambigua postura, cuando la adquisición de los buques rusos.

—Por desgracia para la causa, Quiroga, que se creía dueño de la situación, se retrasó demasiado y ofreció tiempo a que, por medio del telégrafo, se informara a las autoridades gaditanas de la situación. En la Cortadura fue rechazado sin mayores problemas. De esta forma, la organización de un gobierno provisional y las restantes disposiciones políticas quedaban aplazadas. Cuando Riego tuvo conocimiento del fracaso de Quiroga, nominal caudillo de la revuelta, decidió marchar a reunirse con él. Y aquí dio comienzo ese largo peregrinar que les avanzaba. La reunión de los jefes revolucionarios ratificó a Quiroga como general en jefe de la empresa, mientras a Arco Agüero se le nombraba jefe del Estado Mayor Central y Riego recibía el mando de las tropas nombradas como primera división del Ejército Nacional.

Ante nuestro silencio, el sacerdote se removió inquieto, para entrar de nuevo en la exposición.

—Quiroga dirigió por escrito un manifiesto en, nombre del Ejército a nuestro Señor don Fernando, en el que detallaba los móviles del alzamiento: *Resucitar la Constitución* española. Y exponía de forma sabia —el curica, liberal hasta las cejas, se emocionaba al entonar sus palabras—, que las luces de Europa no permiten ya que las naciones fueran gobernadas como posesiones absolutas de los reyes. Es la nación legítimamente representada quien tiene el derecho de darse las leyes a sí misma.

—Palabras y más palabras, páter —dije con voz tendida a la baja.

—No sólo palabras, señor. Como Cádiz no caía, Riego decidió moverse para levantar al resto de los pueblos de Andalucía y Extremadura. Por desgracia y como de costumbre, se demostraba la inhibición política del país y la falta de fiabilidad de los mandos militares en cuanto a la fidelidad de sus tropas. Riego marchó hacia Algeciras, donde se le recibió con efusivas muestras de apoyo, pero escaso auxilio material. Y el establecimiento de una línea de bloqueo de los realistas leales en torno a San Fernando, obligó a Riego a modificar su marcha. Se dirigió en primer lugar hacia al noroeste y luego a Málaga, donde esperaba encontrar masivas adhesiones.

—Que con absoluta seguridad, no encontré —sentenció Beto.

—Entró en Málaga sin oposición, al haber sido evacuada su guarnición. Porque los fieles a la política de don Fernando observaban, controlaban, pero nada hacían con las armas. Y pudieron acabar con la intentona sin mayor dificultad. Porque en su marcha, Riego sufría una importante descomposición interna de su fuerza. Pasó a Antequera, Cañete, donde ya solamente le restaban novecientos soldados, y tras entrar en Ronda se establecieron en Grazalema. Pasó luego a Morón, donde se produjo un ligero combate con pérdidas para Riego. Pero este hombre es tenaz por gracia de los cielos y prosiguió su infatigable marcha, ya con sólo cuatrocientos hombres, con los que ocupó la ciudad de Córdoba. Allí solamente le restaban a su lado unos trescientos soldados. No obstante, recibió del ayuntamiento suministros para pernoctar. Tres días después fueron atacados en Fuenteovejuna y evacuaron para llegar a Azuaga con medio centenar de hombres. Y en una última etapa hacia Bienvenida, Riego acordó con harto dolor disolverse. No sabía que, precisamente, don Fernando acababa de jurar la Constitución.

¿Qué dice, padre? ¿Acaso se ha vuelto loco? Debe ser debido al escaso condumio que recibe a diario. ¿Asegura que don Fernando ha jurado...?

—Así es, señores míos. —Ahora don Enrique exhibía una incontestable sonrisa de triunfo—. Resulta que el alzamiento del teniente coronel Riego y las diversas sublevaciones se corrieron por toda España, y comenzaron a

provocar nuevos pronunciamientos, La primera tuvo lugar en La Coruña, con participación de civiles y militares. Se creaba, como en otras localidades y al estilo de la guerra contra el francés, diversas juntas que declaraban la Constitución de 1812 como fórmula política de la nueva etapa histórica. Pero a diferencia de lo ocurrido en otros países con tales movimientos revolucionarios, el manifiesto excusaba de forma clara al Monarca, pues, como se exponía en los manifiestos, *ni los reyes pueden jamás obrar con malicia ni contra los intereses de sus pueblos, por estar identificados con los de ellos mismos*. Proponía, como aspecto final del pronunciamiento, la liberación del Rey *de las garras de la pérfida seducción, estrecharlo entre sus filiales brazos y cobijarlo dentro de su corazón*.

—Una expresión poco acorde a los merecimientos personales que se ha ganado don Fernando —expuso Beto con gravedad.

—Mantengamos la calma en nuestras palabras, Beto —dije para serenar el ánimo de mi cuñado.

—Bueno, señor Pignatti, ya sabe que no se pretende en ningún momento revocar el sistema monárquico, sino reconducirlo al estilo de las potencias europeas modernas, como la Gran Bretaña. Todos sabemos cómo es y cómo ha obrado don Fernando desde que regresara, de Francia, y que estas palabras jamás las achaquen a esta humilde persona. —Don Enrique se santiguaba con evidente temor en sus ojos—. Pero no sería posible otro camino, a no ser que se produjera en España un derramamiento masivo de sangre, que supondría el fin de esta gran nación.

Pense que el curica era mucho más inteligente de lo que habíamos pensado hasta el momento. Liberal de pensamiento, sin duda, pero con las ideas políticas muy claras en su cerebro.

—¿Y el movimiento constitucionalista se extendió por toda España? —pregunté con precaución.

—Así es, señor de Leñanza. Toda Galicia, poco a poco, y después Oviedo, Zaragoza, Barcelona, Pamplona y mil localidades de toda España. La fuerza de la razón es arrolladora cuando se permite al pueblo expresarse con libertad —don Enrique elevaba su emoción por momentos, como político en ejercicio de parlamento—. En Murcia, que ya la saben muy proclive a la acción liberal, fue asaltado el edificio de la inquisición y se proclamó la Constitución con todo orgullo hace pocos días, por mucho que la influencia del general Elío intentara oponerse desde Valencia. La verdad es que todos miraban con más atención a la Corte y a la postura del Rey, que a los sucesos propios del lugar. Muchos creían que la suerte estaba largada en plan definitivo sobre la pradera,

aunque otros se temieran una terrible represión por parte del Monarca. Porque la fuerza en un gran tanto por ciento permanecía fiel a don Fernando o, digamos de forma más cautelosa, a la forma de gobierno del Antiguo Régimen. Por otro lado, la Armada... —cayó al pronto el curica, como si temiera entrar en imperdonable desliz.

—¿Qué sucede con la Armada? —Preguntó Beto—. No se detenga, por favor.

—Bueno, aunque la Armada ha destacado siempre por su postura liberal y ánimo constitucional, si me permiten hablarles con entera claridad, ofreció la blanda en los sucesos de Cádiz.

—¿La blanda? ¿Quién mostró tal postura? —insistió Beto con cierto nerviosismo.

—Pues en el clásico tira y afloja producido en Cádiz, con algunas declaraciones a favor del Rey y enfrentamientos armados entre fuerzas de uno y otro bando, el comandante general de la escuadra, teniente general don Juan María de Villavicencio, con su insignia izada a bordo del navío *Numancia*, ratificó la fidelidad de la escuadra a la causa absolutista.

—No me extraña nada en absoluto dicha postura —dije con sinceridad—. Conozco muy bien al teniente general de la Armada don Juan María Villavicencio y de la Serna, bajo cuyo mando desempeñé la segunda comandancia en la fragata *Casilda*. No ha escondido en ningún momento su decantación absoluta y sincera por el absolutismo. Con el general Ruiz de Apodaca, a quien mucho debo, forman un tándem defensor de tal postura política, aunque nunca lo declararan por alto. Bien es cierto que podemos calificarlo de una excepción en cuanto a la generalidad de los mandos superiores de la Armada.

—Bueno, Santiago —entraba Beto a la contra—, eso que aseguras con tanta rotundidad es dudoso. Ruiz de Apodaca fue nombrado por el Consejo Supremo de Regencia como representante de la España libre con poderes de ministro plenipotenciario en la corte británica, al comienzo de la guerra contra el francés. Por aquel entonces no presumía en ningún caso...

—Ya sé que llevó a cabo un papel fundamental en aquellos difíciles momentos. Pero jamás se declaró partidario de ninguna línea política, hasta el regreso de don Fernando.

—Otro aspecto importante —insistía don Enrique, que parecía haber olvidado un importante detalle— apareció cuando los huidos a Francia se concentraron en localidades cercanas a los Pirineos. Sin dudarlo, Espoz y

Mina entró en España y marchó hacia Pamplona al frente de muchos emigrados.

—Sin embargo, don Enrique, ¿qué sucedió en la Corte, conforme llegaban las informaciones del resto de España? Porque ahí se centra el meollo de la cuestión.

—En principio, el pronunciamiento de Riego no encontró en la Corte más que reacciones tardías e insuficientes, tanto si se trataba de contener la llamada por algunos como revolución, como de ganar la iniciativa mediante promesas de reformas. Parece ser que la única medida adoptada por el Gobierno de Su Majestad fue alistar un Ejército en la Mancha, destinado a reforzar las tropas del cuerpo llamado expedicionario. El general Elío se presentaba en Madrid con rapidez, para solicitar el mando de una expedición represiva hacia Galicia. Por fortuna, se le ordenó regresar a Valencia.

—Ese hombre no es más que un descerebrado —comentó Beto con acritud—. Su postura fue desastrosa en el trágico desenlace del escenario rioplatense.

—¿Qué postura adoptó Su Majestad? —insistí en la misma línea.

—En un primer momento, creó una Junta de Estado, presidida por el infante don Carlos. El 3 de marzo emitía la primera de sus disposiciones, por la que Su Majestad reformaba el Consejo de Estado, que se dividiría en siete secciones para aconsejar a los ministros en relación con *las reformas conducentes al bien de la monarquía*. Don Fernando, como de costumbre, intentaba ofrecer estopa poco a poco. El Consejo celebró sesiones con opiniones contrapuestas, en las que se exponía la inminente necesidad de la convocatoria a Cortes. Unos declaraban la necesidad de una nueva Constitución, mientras otros pocos la puesta en vigor de la aprobada en 1812. En el primer bando destacaba la opinión del general Vigodet.

—¡Santo Dios! ¡Con la bicha negra hemos topado! ¡Que le recuerden sus hazañas en la plaza de Montevideo! Nos dejó colgados de la escala —Beto pronunciaba sus palabras con evidente exaltación, incapaz de olvidar las acciones del general Vigodet en el Río de la Plata, que condujeron a la pérdida definitiva de aquel enclave, cuando mandaba el queche *Hiena*.

—Beto, por los clavos de Cristo, deja que acabe don Enrique su información —las entradas de mi cuñado en temas laterales acababan por crispar mis nervios—. Además, Vigodet es claramente de pensamiento liberal.

El sacerdote, tras mirarnos con cierta inquietud, continuó su relato.

—La promesa del Rey fue tardía. Bien es cierto que el detonante lo produjo el general O'Donell. El conde de La Bisbal, desde Ocaña, al frente del ejército destinado a reprimir el levantamiento, proclamaba con decisión la Constitución de 1812.

—¡Por los huevos del Sultán! —exclamé sin poder contenerme—. Perdone mis palabras, padre, pero esa información es de una...

—Comprendo sus palabras, hijo, que comparto.

—Ya les decía que O'Donell bebería los vientos propicios en el momento oportuno.

—El 7 de marzo, hace pocos días, don Fernando capitulaba en roda línea. Declaró las siguientes palabras, que colmaron de felicidad a gran parte de los españoles: *Siendo la voluntad general del pueblo, me he decidido a jurar la Constitución promulgada por las Cortes Generales y extraordinarias en el año 1812.*

—No puedo creerlo —alegó Beto.

—Pues créalo, señor mío. Y al día siguiente, se hizo público un decreto que mucho le afecta, señor de Leñanza. Se ordenaba liberar a todos aquellos detenidos por opiniones políticas. Bueno, se trata, de una medida que ya se había ejecutado en la parte de España pronunciada a favor de la Constitución. Y otra noticia de bombarda se producía casi al unísono.

Don Enrique nos dirigió la mirada con una alargada sonrisa, en espera de nuestra entrada.

—Desde luego, páter, es usted más lento que una tartana de puerto. Remate la presa de una vez —Beto lo señaló con el dedo en clara amenaza.

—Perdonen, hijos míos, pero aquí puedo decir que la emoción me embarga todavía. Porque ha quedado abolido el Santo Tribunal de la Inquisición.

—Don Enrique, extraña mucho escuchar esas palabras en un miembro de la Santa Madre Iglesia —dije sin aspavientos y con una alargada sonrisa—. Pero era de esperar. Ya se había propuesto en algunas ocasiones recientes, aparte de la cancelación que se produjo en 1812. No podía persistir en activo tan atrasarlo estamento.

—Pero no todo han sido caminos de rosas en Madrid. El mismo día que Su Majestad se declaraba a favor de la Constitución de 1812, fue asaltada la planta baja del palacio real.

—¿Asalto a Palacio? ¿Con derramamiento de sangre? —pregunté con cierto temor.

—Gracias a Dios sin sangre ni movimientos de fuerza extrema. Tan sólo muestras de alegría. No obstante, Fernando VII se vio obligado a ordenar la reposición del Ayuntamiento constitucional de 1814. Los marqueses de Miraflores y Las Hornazas, alcaldes en 1813 y 1814 fueron encargados. Pero lo han rechazado de plano por diferentes motivos. Y por último debo citarles la más famosa frase jamás pronunciada por nuestro Señor, que les costará creer como cierta: *Marchemos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional*. Y el infante don Carlos, absolutista acérrimo hasta límites difíciles de sospechar, sorprendió asimismo al declarar, como jefe del Ejército: *Amar y defender la patria. Sostener el Trono y la persona sagrada del Monarca, respetar las leyes, mantener el orden público, unirnos a los demás españoles y concurrir con ellos al establecimiento del sistema constitucional: he aquí nuestras obligaciones sacrosantas, he aquí lo que el Rey espera de vosotros y de lo que promete daros ejemplo vuestro compañero de armas*.

—Tiene razón, Padre. El infante don Carlos es el más absolutista de todos los absolutistas que se aparejan en España. Como se advierte la necesidad del espíritu en el momento —intercalo Beto.

—¿Pero ha jurado don Fernando con la necesaria formalidad la Constitución? —pregunté, nervioso.

De facto lo ha hecho, aunque se reserva una especial ceremonia para las próximas semanas. Pero ya ha sido jurada por ayuntamientos, batallones y todo cuerpo legal. El general O'Donnell ha sustituido a Freyte y Riego se dirige hacia Cádiz para entrar en gloria de honores.

Se hizo el silencio por primera vez a tachón de espuelas, como si se hubieran evaporado las ideas. Cada uno recorría su propio camino mental. Fue don Enrique quien entró en vereda transitada.

—Creo que no le emociona, señor de Leñanza, saber que se produce el final de su destierro.

—El que se ordene la libertad de esos hombres no quiere; decir que sean anulados los decretos de destierro. No me considero preso político en absoluto. Sin embargo, con la Constitución de 1812 en vigor, no pueden producirse destierros sin la correspondiente causa judicial. Y eso significaría que puedo regresar a la Corte en situación de cuartel, cuando lo considere oportuno. Por el contrario, supongo que don Cayetano Valdés habrá abandonado el castillo de Alicante.

—Así es. Muchos personajes liberales lo sacaron de su prisión entre aplausos y vítores, el mismo día que se declaró la Constitución en Alicante.

Creo que marchó hacia la Corte.

—Será nombrado para algún alto destino, estoy seguro —dije con escasa convicción.

—¿Por qué os mostráis decepcionado, señor de Leñanza? —Preguntó don Enrique con rostro de extrañeza—. Bueno, eso me parece al menos. Creo que vivimos unos días de gloria y fundada esperanza en el futuro de España. Podemos demostrar a la vieja y absolutista Europa que somos de los que podemos destacar en el liberalismo y la libertad de pensamiento.

—Unas hermosas palabras, sin duda. No me crea decepcionado, padre, en absoluto. Sin embargo, los vaivenes extremos de todo tipo son malos porque no aparejan la unidad nacional.

—¿Los vaivenes? ¿De qué vaivenes habla, señor? —Don Enrique no parecía comprender mis palabras.

—Mucho me temo que ahora tomen el mando los liberales y no sean lo suficientemente generosos con los absolutistas. O que estos últimos no acepten con sinceridad y lealtad el nuevo sistema político. Pero, bueno, estoy de acuerdo en que toca a su fin mi situación de destierro. Ya veremos como se cuece esta perola política, en la que me gustaría depositar más esperanzas.

—Hay que ser optimista, señor de Leñanza. —Don Enrique no parecía dispuesto a arriar sus esperanzas una sola pulgada—. El triunfo del liberalismo será el detalle que nos lanzará hacia grandes empresas y colocará a España en el lugar que le corresponde en el concierto internacional. Incluso es muy posible que se detengan las guerras en nuestras Indias. Porque muchos independentistas en el fondo persiguen la causa liberal.

—Dios le oiga, don Enrique, aunque no lo creo en absoluto. Los independentistas solamente persiguen colocarse en los puestos que ocupamos nosotros ahora, bien sean liberales o absolutistas.

Dios quiera que se equivoque.

Tras rematar la visita con emotivas palabras, acompañamos a don Enrique hacia la modesta mula que lo había trasladado hasta, la hacienda, un detalle que siempre le reconocería. Por fin, cuando Beto y yo quedamos en soledad, escuché sus primeras palabras.

—¿Qué opinas, Santiago?

—Pues ya lo has oído. Mucho me temo los excesos de los líderes liberales, especialmente los que no se acomodan en el grupo de los moderados. Pero también pienso en las posibles conspiraciones de los absolutistas, que no son pocos ni con escasa fuerza. Me alegro especialmente por don Cayetano Valdés, don Gabriel Ciscar y todos aquellos relegados en la

carrera por sus ideas. Espero que sean generosos y no se apliquen con mano dura en vuelta de retortero.

—Comprendo tus temores y los comparto. No obstante estimo que podemos considerar a un elevado porcentaje del pueblo español como liberal, con mayor o menor moderación. Por desgracia, los exaltados de cada bando pueden acabar por destrozar la piñata sin beneficio. Pero una cuestión importante sobrevuela por encima de todo y ahora te hablo con absoluta seriedad. Cuando don Fernando declara que se acoge al constitucionalismo como el primero de los españoles, ¿lo crees realmente?

—Entre tú y yo, no creo una sola de sus palabras. Si se ha declarado en juramento por la vía constitucional, ha sido obligado por los acontecimientos, no me cabe la menor duda. Por el bien de España, espero que no se dedique a meter barras en las ruedas del carro político, o a fomentar las conspiraciones y pronunciamientos que ahora podrán producirse de signo contrario, una actitud a la que ha sido tan proclive desde su más tierna infancia. Son muchas las interrogantes que se mantienen en alto y viviremos momentos de incertidumbre más o menos peligrosa. Bueno, espero que mi hijo Francisco salga a la mar a bordo de la fragata *Ligera* cuanto antes, y se aleje muchos miles de millas de esta poza de vacilaciones y dudas, en la que se convertirá España.

—Te comprendo. También yo confío en que el joven Beto se mantenga aislado de estos movimientos. Pero, bueno, de momento podemos brindar por que, como dice el pueblo, *se hayan roto las cadenas*, aunque se trate de una frase un tanto ampulosa. Y que podamos regresar todos a la Corte. Por cierto, que con don Cayetano Valdés en puesto de tronío, te auguro un brillante porvenir.

—Unido al liberalismo. No me gusta mucho quedar prendido en esas garras, bien lo sabe Dios, aunque no parezca posible otra solución, brindemos, como dices, porque don Fernando jure la Constitución en toda regla y se mantenga fiel a ella. Y que Dios reparta la suerte que tanto necesita esta sufrida nación, que debería ser una de sus hijas predilectas.

Bebimos a gusto y por largo, aunque los grillos tronaran en mis tripas de forma desahogada. Sé que no eran lógicos aquellos pensamientos y debía mostrar un generalizado contento. Pero el duende entraba de nuevo en trance de luces y con recorrido sin fin. Por gracia de los cielos, la imagen de Leonor se abrió con extrema claridad en mi cerebro. Una vez libre del destierro, podría volar hacia la raya portuguesa y hacia sus brazos. Este consiguió borrar las trazas oscuras.

4. Dulce libertad

Aunque Beto defendiera de forma insistente y tozuda la opinión de que podía abandonar la hacienda de Santa Rosalía y pasar a la Corte sin la necesaria autorización superior, una vez que la Constitución me facultaba para ello, negué tal posibilidad en redondo. Declaraba a la contra que se me había desterrado por orden de Su Majestad y solamente a él le competía largar los vientos de mi libertad, aunque se tratara de una manifiesta arbitrariedad. Sin embargo, pocos días después recibía una notificación por encargo de postas y a la mano, con sello real en borda de unión. En ella, el secretario privado de don Fernando me comunicaba que, por orden de Su Majestad, quedaba liberado de la orden de extrañamiento en el Reino de Murcia. Y no llegaba en orden de comisión la nota a mi poder, porque el dictamen incorporaba la fecha del 6 de marzo.

Don Fernando prestó el debido juramento a la Constitución y, pocos días después, se creaba la junta Provisional Consultiva, destinada a dirigir y controlar la actuación política de la monarquía hasta el momento en que se reuniesen las Cortes, con el cardenal de Borbón a su cabeza como presidente. Y aunque se le adjuntara el apelativo de *consultiva*, en realidad se trataba de una junta de *co-gobernación* con el Monarca, el famoso control soñado por los pensadores liberales, esa frase que le había escuchado una y mil veces a mi admirado teniente general de la Armada don Cayetano Valdés. Todas las decisiones deberían ser consultadas y aprobadas por la junta, hasta que se instalaran de forma definitiva y constitucional las Cortes, bien ordinarias o extraordinarias, cuestión muy discutida en aquellos primeros días.

En realidad, la Junta perseguía la ineludible tarea de restablecer el régimen destruido de forma abrupta por don Fernando en 1814, piedra a piedra, como si nada hubiese sucedido en el interregno. No obstante, incluso fue criticada en voz baja y por corrillos de pensamientos exaltados. Porque, a pesar de que sus diez miembros se consideraran liberales y con la supuesta

confianza del pueblo, los personajes más relevantes de las Cortes de Cádiz se mantenían todavía encarcelados y en proceso de liberación, desterrados o exiliados. Por fortuna, las liberaciones se produjeron con la necesaria diligencia y este sentimiento se solucionó con rapidez, al formarse el primer Gobierno. Sin embargo, el hecho de regresar a la situación y con el sistema jurídico abortado en 1814 al golpe, y sin enmienda alguna a pesar de los seis años transcurridos, asemejaba situación de muy difícil o imposible ejecución. Y pocos podían olvidar que el principal protagonista de la catástrofe había sido el propio Monarca.

De inmediato, don Fernando nombraba un nuevo Gobierno, con personajes de su confianza y teórico talante liberal. Se trataba de una real jugada que, sin embargo, fallaba a la rápida y sin vacilaciones. Porque pocos días después, la Junta reclamaba de don Fernando la formación de un Gabinete integrado por auténticos constitucionalistas. El étnico ministerio que mantenía su cabeza, de los nombrados por Su Majestad, era el de la Guerra, en manos del marqués de las Amarillas. Mientras tanto, algunos políticos, hasta entonces mantenidos en prisión por sus ideas, se incorporaban al Gobierno, con Arguelles a la cabeza. Por tal razón, se comentaba que el Monarca denominaba a su Gabinete, entre los miembros de su indecente camarilla, como *gobierno de presidiarios*, fiel reflejo de sus verdaderos sentimientos.

La cartera de Marina de aquel primer Gobierno constitucionalista se encomendaba al jefe de escuadra don Juan Javat y Aztal. En cuanto a las fuerzas armadas en general, eran importantes los rápidos decretos de ascenso al generalato de los principales autores del pronunciamiento constitucional, desproporcionados y fuera de norma en algunos casos. Pero también se restauraba la milicia nacional, donde se concentraba una proporción bastante alta de la caballería aristocrática, al tiempo que se autorizaba el regreso de los afrancesados y se producía la licencia de un notable porcentaje del ejército expedicionario.

Por mi parte, una vez recuperada la libertad de movimientos e instalado con la familia en el palacio de Montefrío, centrado en la madrileña calle del Barquillo, recibí encantado la noticia de que Javat hubiese sido nombrado para dirigir nuestra secretaría de Marina. Así se lo comentaba a mi cuñado, quien no parecía comprender mi satisfacción.

—¿Por qué te alegras tanto? —preguntó Beto con extrañeza—. Ese puesto debería haber sido ocupado por don Cayetano Valdés.

—Estoy de acuerdo en que tanto Valdés como Ciscar habrían desempeñado el cargo a la perfección. No obstante, creo que don Cayetano regresará a su puesto de Gobernador y jefe político de Cádiz. O será llamado para más altos cargos de la nación. Pero Javat también es un hombre decidido, auténtico liberal y con las ideas muy claras. Un navarro noble y muy inteligente.

¿De qué lo conoces? —preguntó Beto—. La verdad es que apenas recuerdo su nombre.

—Sentó plaza de guardiamarina con mi padre, del que era muy amigo. Coincidieron en el Gran Sitio de Gibraltar, marinando lanchas cañoneras y embarcando en las flotantes. Fue ascendido un par de veces por méritos contraídos en combate, uno bastante comentado cuantío mandaba la goleta *Santa Teresa* y entabló desigual combate contra un bergantín británico frente a la bahía de La Habana. Ambos buques acabaron desplumados por alto y por bajo, pero el inglés con llamas lamiendo los palos que lo enviaron a los infiernos. Recogió más de cuarenta enemigos de las aguas en penosas condiciones de maniobra.

Un dato a su favor.

—Posteriormente y tras el combate sufrido frente al cabo Finisterre, donde fue herido, se retiró del servicio activo. Pero regresó con rapidez en 1808, para combatir al francés. En la bahía de Cádiz lo conocí, cuando rendimos a la escuadra del almirante Rosilly. Se encontraba destinado en la mayoría general de Ruiz de Apodaca, y me dedicó especial afecto en recuerdo de mi padre. Después y como se trataba de un hombre con grandes conocimientos de diversos idiomas, así como especiales dotes de negociación, fue destinado como ministro plenipotenciario ante la corte de la Sublime Puerta en Constantinopla. Creo que desempeñó tan importante destino durante varios años. Era brigadier hasta el momento de su nombramiento como ministro del ramo, en que ha sido ascendido al empleo de jefe de escuadra.

—Eso quiere decir que, ahora mismo, es más moderno que tú. Tiene gracia, pensando que casi cuadra a la edad de tu padre.

—En efecto. Ya te digo que, por motivos familiares, se ha encontrado separado del servicio en un par de ocasiones. Creo que su esposa criolla posee ricas haciendas en el virreinato del Perú, donde ha vivido largas temporadas. Pero lo recuerdo muy bien. Me presentaré a él esta misma semana.

—¿Esta semana? ¿Para qué tanta prisa? Disfruta de tu libertad durante un par de meses, por lo menos. No creo que te pueda ofrecer destino alguno de

interés.

—No deseo destino alguno, Beto, al menos de momento. Como dices, ningún destino apetecible se abre a la vista portas afuera. —Dudé unos segundos antes de continuar—. Bueno, lo que de verdad quiero es pedir permiso para pasar cuanto antes a Portugal.

—¡Vaya por Dios! —Beto chascaba los dedos en una de sus clásicas señales—. El tirón de los amores navega de nuevo con todo el aparejo largado. Había olvidado a nuestra querida señora portuguesa. Rosalía asegurará sin dudarle que el hecho de que acudas en soledad a visitarla puede ser visto con cierta...

—Poco o nada me importa ese detalle, Beto. En teoría, solamente me limito a aceptar la invitación de su hijo Marco, para cazar en la quinta propiedad de la familia Almeida. Se encuentra a pocas leguas de la ciudad de Badajoz. Pero ya te digo que los comentarios emponzoñados me pasan palos arriba.

—Vamos, Santiago. Ya sabes que las voces correrán como gacela en libertad.

—Que corran las voces por riberas de aceite y ladren los perros del demonio hasta que les revientes los intestinos. No pienso renunciar a Leonor, bien lo sabes, aunque solamente a ti lo confiese. Los demás, que crean lo que estimen oportuno.

—Bien, la verdad es que lo comprendo y aplaudo. Nadie más que vosotros dos ha de decidir vuestro futuro, aunque sería demonizado por todos nuestros conocidos si escuchasen estas palabras. De todas formas, si quieres podemos acompañarte Rosalía y yo.

—¿A una hacienda en Portugal? Prefiero que permanezcáis aquí con los pequeños Santiago y María. Además, tú sí que deberías intentar recibir el mando de una fragata o un navío, que bien lo mereces, aunque se trate de garbanzos contados.

—Ya lo he pensado, aunque se me aparezca en el cerebro como una fabulosa quimera. También yo me presentaré en la secretaría, a ver qué puedo pescar. Por desgracia, este momento político que vivimos absorberá el trabajo de media España. Muchos importantes personajes solamente piensan en estabilizar el constitucionalismo, olvidando grandes problemas nacionales.

—Tienes razón y por ello no me importa abandonar la casa de grillos hispánica por unas cuantas semanas. Si te parece bien, le hablaré de ti al ministro y de tu extrema ilusión por recibir el mando, que mucho mereces. Nada perderás con ello.

—Por mí, encantado. Por cierto y cambiando de tema, ¿has leído las palabras pronunciadas por Su Majestad, que aparecen en la Gaceta? Aseguran que es el más fervoroso de los manifiestos a favor del nuevo Régimen.

—No la he leído pero supongo que expresará su máxima fe en la Constitución.

—Así es, aunque cueste mucho creerlo. Espera un par de segundos, que la tengo aquí a mano y prefiero citar las palabras exactas. —Beto se giro hacia una mesa lateral, en la que tomó la Gaceta, para pasar a leer con irónica entonación:

He oído vuestros votos y cual tierno padre he condescendido a lo que mis hijos reputan conducente a su felicidad, he jurado esa Constitución, por la cual suspirabais y seré siempre su más firme apoyo. Ya he lomado las medidas oportunas para la pronta convocación de las Cortes. En ellas, reunido a vuestros representantes, me gozaré de concurrir a la grande obra de la prosperidad nacional.

—Preciosas palabras, sin duda. Supongo que pocos políticos las creerán.

—Casi todos creen posible embridar los deseos del Monarca en la debida dirección. Los que han entrado ahora en el Gobierno se consideran como moderados. Incluso Argüellies pide que no se entone el famoso *Trágala, perro*, canción gaditana necia y soez, según sus propias palabras. Es lógico que esa tonada popular moleste en alto grado a nuestro Soberano, porque lo insulta directamente. Pero al mismo tiempo muestran la suficiente firmeza. Se convocarán Cortes ordinarias y nuevas elecciones, en lugar de reponer las que fueron disueltas en 1814. Parece lógico. Y de nuevo el poder constituido, al igual que sucedió en 1810 con la Regencia, se inhibirá de toda colaboración concerniente a la organización interna de la que será la más alta institución de la nación.

—Sin embargo, entiendo como absurdo que a esas *Sociedades Patrióticas*, que no son más que tertulias políticas de café, se les admita adoptar iniciativas políticas que elevarán a las Cortes.

—La primera y más famosa hasta ahora es la del café de Lorencini, en la Puerta del Sol. Se pronuncian discursos parecidos a los de las Cortes, con los sujetos elevados sobre una mesa. Los considero actos verdaderamente ridículos. Unos personajillos que por nadie han sido elegidos. Debe ser el orgullo de hablar en libertad, que también pesa. Y ya han solicitado que se cambie al ministro de la Guerra, marqués de las Amarillas, por no considerarlo acorde con los principios liberales.

—Y no marran el tiro. No obstante, espero que se trate solamente del rebufo inicial, que acabará por disolverse. Más peligros contemplo en los sermones de algunos sacerdotes desde el púlpito, en los que combaten a la magra el nuevo régimen.

—Totalmente de acuerdo. Todavía no se han reunido las Cortes y ya les disparan con bala. Y no solamente los eclesiásticos, que también han tenido lugar algunos alborotos y conspiraciones militares de escasa monta en contra del movimiento liberal.

—Sólo nos falta que ahora comiencen los pronunciamientos de distinto color. Por todos los cristos, que necesitamos de una vez suficiente tranquilidad para levantar el país.

—No se cambia de régimen en veinticuatro horas. Demasiado bien vuela la cometa, de momento, para el vuelco que se ha dado al sistema de gobierno.

—Tienes razón.

Tal y como había comunicado a Beto, una semana después vestí el uniforme grande para presentarme al ministro de Marina, previa petición de audiencia que me había sido concedida con extrema rapidez. Aunque solamente habían transcurrido algunos meses desde que abandonara aquel edificio en el que: trabajé muy duro bajo las órdenes del secretario Vázquez de Figueroa, padecí un sentimiento de lejana añoranza al ascender por las escaleras de madera casi negra que tan bien conocía.

Cuando penetré en la sala de trabajo donde tantas horas de tirante expectación sufriera meses atrás, no exentas de triste decepción, me enfrenté de cara con quien ejercía la mayor autoridad en la Real Armada. El jefe de escuadra Javat era un hombre alto y espigado con esqueleto en percha, moreno de piel y cabello abundante para su edad, todavía negro y cortado en sierra. Su rostro mostraba perfil de cuchillo, en el que destacaba una nariz en gancho de bichero sobre un mostacho digno de infante dieciochesco. No había cambiado mucho desde que coincidiera con él en la escuadra doce años atrás, salvo ciertas arrugas en las bolsas. Me reconoció con rapidez, al tiempo que exhibía una franca sonrisa, mientras entraba en presentación de ordenanza.

—Quedo a las órdenes y servicio del señor ministro de Marina, para todo...

Una agradable sorpresa en esta dura mañana —cortó mi parla con rapidez. Tras estrecharme la mano con firmeza, me prendía con entera confianza por el brazo para tomar asiento en un sofá de corte, en el que quedamos medio enfrentados—. Cuando me comunicaron su petición de audiencia y comprobé

el empleo adosado de jefe de escuadra, apenas podía creerlo. Cómo pasa el tiempo, santo Dios. Bueno, y qué rápido ha ascendido, amigo Leñanza. En puridad, soy yo quien debo quedar a vuestras órdenes, que mis vueltas de oro son más recientes que las gachas de la mañana.

—Le ofrezco mi más sincera enhorabuena por su ascenso y nombramiento.

—Bueno, no es dulce de leche el mochuelo que han cargado sobre mis hombros, ni mucho menos. Pero se trata de un reto y, tras algunos años de sesteo campero, me apetece regresar a la brega dura, especialmente si es por el bien de la patria. —Volvió a repasar mi figura, sin desprender la sonrisa—. Me parece mentira. Creo que fue ayer cuando un joven teniente de fragata solicitaba el mando de un falucho, para atacar a la escuadra de los franceses fondeada en la bahía gaditana. También recuerdo muy bien a su padre, un magnífico compañero de quien recibí inolvidables lecciones como hombre y como oficial de la Armada.

Le agradezco sus palabras, señor.

—En los días que llevo anclado en esta sala, uno de los trabajos que he leído a fondo es el de su comisión girada a los astilleros y arsenales franceses, acompañado del capitán de navío Pignatti, cuñado suyo según creo. Un trabajo magnífico. Parece mentira que Su Majestad no hiciera caso del memorando elevado por el ministro Vázquez Figueroa en dicho sentido y se decantara por los malditos buques rusos. Bueno, no merece la pena remover la ciénaga una pulgada más, especialmente en estos días de vaivén y expectación. Por desgracia, ya no disponemos de crédito alguno y hemos de apechugar con la perola abierta en el rancho del día.

—Una perola escasa de magra.

—Y tan escasa. Precisamente, estoy preparando las palabras que he de pronunciar ante las Cortes, como miembro del Gobierno. Y no les gustará escuchar mis lamentos, aunque se trate de un tema trillado que a pocos parece preocupar. Hay quien todavía no es consciente de que sin Armada perderemos nuestros territorios en Indias en un periodo de tiempo muy escaso.

—Parece que se han pacificado algunos virreinos y ondea nuestro pabellón de norte a sur.

—No lo crea. Se ha llevado a cabo una especie de armisticio parcial con algunos jefes sublevados, que no será respetado. Tan sólo hasta que les convenga y encuentren el momento oportuno de dar de nuevo la cara. Aunque parezca derrotista, una postura que yo entiendo como realista, le repito que, en mi opinión, perderemos las Indias sin remedio y en cuestión de pocos

meses. Y tal condición retrasará de forma notable nuestra puesta a flote como nación.

—Dígalo en alta voz donde puedan oírle, señor.

—Por supuesto que hablaré a las claras en las Cortes, sin duda alguna. — Tomó unas cuartillas de la mesa, para pasar a leer algunas frases que había preparado para la ocasión—. Penosa y triste comparación de la Armada de 1808 con la actual. Expondré sin rubor lo poco que se consiguió para la Armada durante el periodo de las Regencias y las Cortes de Cádiz, alertando del peligro de caer en semejante vereda. Aseguraré que con las unidades actuales no podemos defender siquiera nuestras costas peninsulares de los corsarios americanos, algunos de los cuales han alcanzado con tremenda osadía las aguas de las islas Baleares. También deberé mencionar el fiasco de la escuadra rusa. Considero que, de una vez por todas y con extrema claridad, el pueblo ha de saber que nada tuvo que ver la Real Armada en tan bochornoso asunto, aunque se encuentre Su Majestad presente.

—Escocerá mucho a don Fernando escuchar esa aseveración. Por mucho menos salieron desterrados o expulsados de la Armada muy buenos oficiales.

—Pues lo sentiré a fondo por el debido respeto que le debo a su Real persona, pero no debemos ocultar la realidad. Y eso que puede considerarme como *doceañista* convencido, aunque no corra mi alma con alas exaltadas en ningún momento.

—¿Doceañista? La verdad, señor, que he escuchado tal expresión hace pocos días, pero todavía no la comprendo. ¿Acaso se trata de un nuevo movimiento?

—Dentro de los liberales, entre los que me cuento a careta quitada, aparecen dos bandos cada vez más identificados en sus propias ideas y, por qué no decirlo, distanciados entre sí. Porque España no se divide solamente en absolutistas y liberales. Dentro de nuestra causa aparecen los doceañistas, apelación que proviene de 1812. Pretendemos modificar la Constitución y buscar lo que consideramos como una necesaria transacción con el Rey. Entendemos muy importante conceder un mayor poder al Monarca y crear una segunda cámara, reservada a las clases más altas y con derecho de veto, al estilo de la británica. En la práctica, también nos denominan como *moderados* y lo entiendo como un halago personal. En este cupo nos encontramos Valdés, Ciscar, Agar y tantos otros compañeros de la Armada. Ya sé que no se debería politizar a los mandos de la Armada y el Ejército porque no es su misión. Sin embargo, vivimos momentos excepcionales y debemos alistarnos en línea para no ser barridos.

—Si existe esa facción de los moderados, supongo que también habrá otra más populista.

En efecto, los llamados como *veintenos* o *veinteañistas*. Este grupo, también denominado como los *exaltados*, exigen aplicar de forma estricta y sin concesión alguna la Constitución de 1812. Creo sinceramente que se equivocan de parte a parte. Hemos de pasar de un régimen antiguo y absolutista, a este otro de co-gobernación con la suficiente tranquilidad y sensatez. Pero esa transición debe ser tranquila y moderada, si no queremos perder la bolsa al completo en el camino. Ya llegará el momento de ir apretando los balduques a la carpeta, si se considera necesario. No debemos propiciar que don Fernando se instale a la contra de forma belicosa porque, sencillamente, es muy peligroso. Y entre los exaltados también se amparan quienes, en realidad, intentan establecer el sistema republicano y abolir la monarquía, lo que sería un verdadero desastre para España en mi opinión.

—Muestro mi acuerdo con sus opiniones, señor. ¿Y qué es del general Valdés? Nunca me he significado políticamente en abierto, pero tan sólo el hecho de visitarlo en su prisión del castillo de Alicante, me hizo perder el mando del navío *Asia*. Y poco después, un alargado destierro por decir la verdad y defender a mi jefe, el ministro Vázquez Figueroa. Pero mucho le debo a don Cayetano Valdés y lo considero como uno de los mejores oficiales de la Real Armada.

—Desde luego. Cuando me ofrecieron esta secretaría, sugerí la persona del general Valdés como la más idónea para el cargo. Se me dijo que debíamos reservar a don Cayetano para puestos de mayor importancia o riesgo, llegado el momento, dado su enorme prestigio y valor demostrado a lo largo de estos seis años, sin renunciar un solo día a sus principios. Y no ha tardado en saltar la liebre. Es posible que sea el próximo ministro de la Guerra.

—¿El general Valdés ministro de la Guerra? Creía entendido que se mantenía en dicho puesto el marqués de las Amarillas. Poco gustará tal medida en el Ejército y con razón.

—Lo que sucede es que Su Majestad nos lanzó un órdago a la cara, nada más constituirse el Gobierno. Cuando la junta indicó la necesidad de cambiar a su inicial Gobierno, don Fernando se empeñó en mantener al ministro de la Guerra. Corrieron los días, hasta que el nuevo Gabinete levantó la voz. La verdad es que al Monarca lo ampara la Constitución, al otorgarle derecho de veto. Pero si tragamos por esa vía ya de entrada, será peor en el futuro. No se puede consentir que el ministro de la Guerra sea un redomado absolutista y

que a la cabeza del Ejército se encuentre el infante don Carlos, cuyos pensamientos de querencia al Antiguo Régimen todos conocemos. Por otro lado, no aparecía en el horizonte un teniente general del Ejército, al que los liberales pudieran entregar su confianza. Y como algunas medidas que se han de tomar son duras para el Ejército y el marqués de las Amarillas se negaba a aplicarlas, se le entregará la bombardera a su querido jefe.

—¿Ha sido nombrado?

—Todavía nos encontramos en el tira y afloja de hábito con Su Majestad. Pero espero que se resuelva favorablemente en pocos días. Bueno, dejemos de lado la política, que consume casi todos los pensamientos actuales y pasemos a su vida y carrera. ¿Qué piensa hacer? ¿Ha pensado en algún destino concreto?

—Pues la verdad, señor, tras el largo periodo de destierro que he sufrido, deseo solamente vivir en libertad algún tiempo. Y como debo resolver unos asuntos en Portugal, es mi intención pedirle autorización para cruzar la raya.

—Por mi parte, autorizado. Pero no pienso perderlo de vista. Necesitamos oficiales generales como usted. ¿Y la familia? ¿Todo corre en orden?

Dudé unos segundos antes de contestar. Quedaba claro que el ministro Javat nada conocía de mis tribulaciones familiares, por lo que tampoco entré en detalles que para mí quedaban en el olvido.

—Todo en orden, señor. Mi hijo mayor, recién recibida la charretera, ha embarcado en la fragata *Ligera*, que debe marchar un día de estos hacia las Antillas. Mi cuñado, el capitán de navío Adalberto Pignatti, suspira por el mando de una fragata. Y le aseguro que se trata de un magnífico oficial, a quien nunca ha sonreído la suerte. Merece ese mando, sin duda.

—Sé de él con cierto detalle. Fue quien acusaba al capitán de navío de la Sierra del desastre sufrido en el Plata. Y con toda la razón, porque le debían haber entrado a fuego a quien aceptó arrostrar aquel desastre. Pignatti mostró mucho valor en el mando del queche *Hiena* y más todavía en sus declaraciones ante el Consejo de Guerra. No lo olvidaré. La Armada se encuentra en deuda con él. Por otro lado, ya le veo orgulloso de que su hijo se haya incorporado a la mar, aunque sea en días de penuria y miseria. Pero no podemos arriar el pabellón mental o nos hundiremos del todo. Confiemos en que las medidas económicas que va a tomar el Gobierno recorran el camino sin demasiados obstáculos.

—En efecto, señor, es todo un orgullo que nuestra propia sangre continúe el camino trazado. Bien es verdad que poco confío en esas maderas rusas. Y ya las sufrió el joven a bordo del navío *Alejandro I*.

—Parece que la fragata *Ligera* es lo único aprovechable que nos queda de los buques negros^[11]. Bien poco hemos aprovechado esa escuadra. Por la sal mamada en la niñez, que ha sido una verdadera pena. Solamente con pensar en contar con cinco navíos y seis fragatas, muero de placer. Sin embargo y en efecto, el comandante de la *Ligera*, capitán de fragata Laborde, informa de la mala calidad de las maderas. Al mismo tiempo que se le ha entregado el mando de la división, oficiará como comandante del apostadero de Puerto Cabello.

—¿Tan mal andan las cosas por Tierra Firme?

—Ya le comentaba que, en estos momentos, disfrutamos de un ligero descanso, mal llamado armisticio. Pero saltará el temporal más pronto que tarde contra la cara, no lo dude, y con más fuerza todavía. Porque ellos aumentan fuerzas y armas, mientras los realistas cunden a la baja. Y es penoso aceptar que nos encontramos atados de pies y manos, especialmente en la Armada, único medio posible para convoyar las fuerzas que allí se necesitan con tanta urgencia. Bien sabe Dios que enviaremos todo vaso que pueda navegar, aunque sea con perchas de caña, pero es necesario que el resto del ejército expedicionario se apreste al traslado. Para nuestra desgracia, no todos lo comprenden. Incluso hay quien aboga por licenciar esas fuerzas y enviar diputados a Indias, para mostrarles el camino de rosas emprendido en la Metrópoli. Son tan estúpidos, que estiman el problema secesionista como simplemente político, cuando la ambición de poder es la madre del cordero. Ahí juegan un importante papel las sociedades secretas, muchas de ellas amparadas con capital indiano.

Completamente de acuerdo, señor. Bueno, desde un punto de vista puramente egoísta, espero que a la división de Laborde le rueden bien los gavilanes. No creo que deban enfrentar unidades de fuerza.

—Por esa vía puede quedar tranquilo. Sin embargo, parece que son muchas las unidades ligeras de las que disponen los rebeldes, especialmente en los puertos de Tierra Firme. De esa forma, los combates se entablarán a vista de la costa y entre restingas. Podemos quedar tranquilos porque Ángel Laborde es un oficial extraordinario, aunque disponga de escasa fuerza.

Se hizo el silencio, mientras el ministro parecía dirigir sus pensamientos hacia las costas antillanas. Entendí que llegaba el momento de la retirada, por lo que elevé la fórmula.

—Pues si no ordena nada a la contra, señor ministro, partiré hacia Portugal en algunos días.

—Tómese el tiempo necesario. Venga a verme cuando regrese. Es posible que necesite su ayuda. Creo entrever, como me habían avisado, que sois de pensamiento claramente liberal.

—Tan sólo me conceptúo como un sencillo oficial de la Real Armada, señor.

—Ya me gustaría poder decir esas palabras, Leñanza. Y no sabe cómo. Pero lo comprendo y aplaudo.

Abandoné la secretaría con un runruneo incómodo por el vientre. Y por todos los dioses de la mar, que no se entienda como protesta respecto a la postura del ministro, contra quien ningún sentimiento preñaba a la contra. Estaba convencido de que Javat desempeñaría su misión con honestidad y correcta visión de lo que España necesitaba en aquellos días, aunque no fuese escuchado. No obstante, si meses atrás pensábamos en la negra condición que podía producirse y que España se partiera en dos bandos políticos irrenunciables, ahora comprendía que serían tres las bandas a manejar y con las personalidades de la milicia claramente identificados con alguna de ellas. Y si los fusiles armados piensan y deciden en la política, la sima se podía agrandar hasta alcanzar los fuegos del infierno. Sentí una profunda pena por mí patria, como si se le asestara una puñalada cada día más profunda.

5. Don Cayetano Valdés

Tras la visita girada al ministro, intenté centrar mis pensamientos al copo en dirección a la raya portuguesa, única imagen que, en aquellos momentos, insuflaba algunos aires de confianza en mi vida. Y no estimen que hubiera perdido mi visceral optimismo y ansias de contemplar azul la raya entera del horizonte. Pero en verdad que no contemplaba el ambiente nacional, como para aventurar delicias. Al menos, por aquellos días recibí recado de mi hijo Francisco, que me reconfortó sobremanera. El joven oficialillo continuaba con sus más esplendorosos sueños trazados a proa y las imágenes de las aguas caribeñas grabadas a fuego en la sesera. Aseguraba que esperaban salir a la mar con proa firme hacia las Antillas en pocas semanas y que su fragata se encontraba en flor de oros, una condición difícil de creer.

El día 9 de julio tuvo lugar la esperada ceremonia de apertura de las Cortes. Arrancó de forma solemne con la renovación por parte de Su Majestad del juramento de la Constitución, aunque lo hubiese realizado anteriormente de tapado y en circunstancias más que comprometidas. Para sorpresa general, tras unas breves palabras del presidente de las Cortes, don Fernando VII dio lectura a un manifiesto personal. Causó sensación tal iniciativa porque jamás la Corona había llevado a cabo un acto de tales características^[12] más cercano a los regímenes abiertos. Y se estimó como muy adecuado que el propio Rey expusiera a su pueblo las líneas fundamentales del programa de gobierno del Gabinete. En sus palabras, además de expresar algunas críticas a la época anterior, concluía con la solemne promesa de mantener y defender la Constitución, palabras que fueron refrendadas con sonoros aplausos por parte de los diputados y público asistente, entre el que me encontraba.

A continuación se llevaron a cabo las lecturas de las diferentes memorias ministeriales. Y por todos los dioses blancos y negros de la mar, que el cuadro presentado a voces no animaba a elevar una sola flor al altar del futuro.

Porque en todos los ramos de la administración, instrucción pública, sanidad, hacienda, agricultura, industria, comercio, obras públicas y todo negocio particular de la nación se llamaba al más puro desastre, con descensos notables y hasta escandalosos respecto a 1799, año tomado como referencia comparativa. Y todavía restaba la exposición del aspecto militar, donde las palabras de los responsables del Ejército y de la Armada, especialmente de esta última, rezumaban desesperanza, imposibilidad de cumplir medianamente el papel impuesto, incompreensión general y penuria más propia de infectas cochiqueras.

Con la necesaria prontitud, se disolvieron tanto la Junta Provisional como las Superiores de las provincias, al tiempo que se felicitaba a Su Majestad con motivo de la reunión a Cortes. Pocos días después comenzaba a reunirse el Gabinete con don Fernando, esa co-gobernación en la que tantas esperanzas se habían depositado. Pero como muchos auguraban, no tardaron en aparecer las primeras fricciones. Pero estos detalles, que poco alentaban en principio, los recibí de boca de uno de los personajes afectados por la decisión. Y se trató de una sorpresa en toda regla llegada a mi mano, inesperada como el viento negro.

Pocas semanas después de la presentación ante el ministro Javat, cuando mis criados Barbate y Guanche comenzaban la preparación de bagajes y elementos personales para su inmediato traslado a Portugal, recibí una petición de recibo en el palacio de Montefrío, que me dejó con el ánimo en suspenso. Leía una y otra vez el recado, como si no fuera capaz de creerlo como cierto, cuando fui atacado por la habitual impaciencia de Beto y de mi hermana Rosalía.

—¿Qué sucede? Te ha cambiado el color de la cara al leer ese recado. — Beto me urgía con movimientos frenéticos de sus brazos—. ¿Quién te lo dirige? ¿Se trata de algún problema importante?

—Cuándo aprenderás a calmar los nervios, amigo mío. No existe problema alguno. Se trata del teniente general de la Real Armada don Cayetano Valdés. Por medio de este recado, solicita autorización de recibo para su persona en el palacio de Montefrío.

—¿El general Valdés en persona? —preguntó Rosalía, excitada.

¿El recién nombrado como ministro de la Guerra? —también Beto expresaba su incredulidad—. ¿Cómo es posible? ¿No pensabas visitarlo en su secretaría, antes de partir hacia Portugal?

—Así es, pero este recado no miente y se adelanta por largo a mis intenciones —lo leía una vez más en voz alta, para que creyeran mis palabras

—. Dice que, si a bien lo tengo y no produce molestia ni inconveniente alguno en la familia, desearía girar visita a este palacio el próximo domingo, a la hora que el duque de Montefrío estime más oportuna.

—Uno de los personajes más importantes de hoy en día en la nación, al que mucho debes, solicita tal honor para nuestra casa. Bueno, tampoco debe extrañarnos tanto porque lo has tratado mucho. Incluso lo visitaste en su prisión de Alicante, cuando andaba dejado de lado por casi todos los que ahora lo ensalzan en vítores de excelsa gloria. Y con negativos efectos para tu persona. Santiago, por favor, contéstale de inmediato —insistió Rosalía, también entrada en nervios.

—Mantengamos la calma al torno. Por supuesto que le contestaré en afirmativo. Y no por obligada cortesía, sino porque en mucho lo aprecio y me encantará departir con él. Lo invitaré para el almuerzo de ese domingo, si le parece oportuno.

Creo que aciertas de lleno —dijo Beto—. ¿Es hombre de diente largo?

—No demasiado, aunque mucho guste de las carnes rojas y buenos caldos de compañía. Pero sin excesos y en su justa medida.

Deja ese apartado de mi parte —intervino Rosalía con decisión, como señora de la casa—. Envíale invitación para el almuerzo y ya prepararemos lo conveniente a sus gustos personales. Confía en mí, hermano.

—Confío plenamente en ti, Rosalía.

—Su nombramiento como ministro de la Guerra ha sido un sonoro bombazo —medió Beto con rostro preocupado—. Y dicen que don Fernando se oponía de frente.

—Eso se comenta. Y no debería ser así. No encontrará Su Majestad persona más desinteresada y fiel a la Corona, al tiempo que de muy alta responsabilidad. Pero, por favor, os pido que ni siquiera rochemos el tema político en las conversaciones ante su presencia, a no ser que el general lo aborde en persona y por deseo propio.

—Por supuesto.

Don Cayetano contestó en rápida aceptación, confirmando su asistencia al almuerzo del próximo domingo, con lo que el palacio de Montefrío entró en zafarrancho general de comandante a paje de escoba. Rosalía mostraba sable y pistola a la cabeza, como director de orquesta con rebenque de estrecho mojel en la mano. Y aunque en los primeros momentos cobijara algunos sentimientos de aprensión y dudas, poco a poco serenó el ánimo al ras. Después de todo, no se trataba más que de una visita de cortesía de un teniente general de la Armada a un fiel subordinado, en quien siempre había

podido confiar plenamente. Tan sólo el duende mostraba posibles trazas de trabajo personal a su lado, que no cuadraban una ligera mota a la situación de mi vida en aquellos momentos. Pero también las rechacé de plano. Porque nada podía hacer por mi parte al lado del ministro de la Guerra, con una faena de descomunal tamaño que se le abría a la mano. Y se trataba de una tarea muy particular sobre los graves problemas del Ejército, en la que poco o nada podía colaborar mi persona.

El día señalado asistimos a la Iglesia de San José a primeras horas de la mañana, con objeto de cumplir el habitual precepto religioso dominical. Se trataba de la parroquia más cercana al palacio, con el convento de la orden de los Carmelitas Descalzos en anexo. Aunque nuestra permanente costumbre se centrara en el oficio de mediodía, tras el que gozábamos de un ligero paseo por los Prados, Rosalía impuso aquel horario temprano a machamartillo. Según sus propias palabras, deseaba disponer de tiempo suficiente para repasar hasta la última chaza del palacio y, de esa forma, verificar que todo se mantenía en orden, circunstancia que había sido comprobada en el día anterior una y mil veces con resultado más que positivo. Por mi parte, me mantenía tranquilo porque conocía la sencillez personal de don Cayetano Valdés. Por tal razón, intentaba rebajar los cueros en la oportuna medida.

—No exageremos la nota, Rosalía. Tan malo es pasarse de la yarda como no llegar a ella. Piensa que no recibimos a príncipe alguno de casa reinante, sino a un general de la Armada sencillo y tolerante.

—¿Sencillo? ¡Por favor, Santiago! —Me dirigió la mirada en dura recriminación—. Recibimos a un ministro muy importante del Gabinete de Su Majestad. Y la casa de Montefrío siempre ha mostrado su categoría en recibos de orden.

—Lo que tú digas, hermana.

Como no deseaba discutir y comprobaba con inesperado regusto el placer de Rosalía al ejercer de anfitriona en el palacio de Montefrío, me dejé llevar por la corriente con cierta placidez. Porque conforme transcurría el tiempo y se acercaba el momento definitivo, más me apetecía entablar conversación con el general Valdés. No había tenido oportunidad de platicar con él desde que lo visitara en el castillo de Alicante, en unos momentos de dura situación personal para ambos. Por mi cabeza pasaron imágenes a ritmo de relámpago, como fogonazos de disparos en la noche. En ellas se mostraban nuestras alargadas conversaciones en su cámara de comandante general de la escuadra, al concederme el mando de la fragata *Proserpina* y me exponía con detalle las misiones impuestas en aguas del Río de la Plata y, de forma especial, en el

mar de las Indias con la persecución del malvado capitán Silveira. Todo ello sin contar con experiencias anteriores, como cuando debí entregarle a puerta cerrada la peligrosa nota de parte de don Antonio de Escaño, para que evitara a todo trance la entrega de la escuadra del Mediterráneo a los franceses en los primeros meses de 1808. Mucha historia propia vivida entrambos, que es difícil olvidar.

Diez minutos antes de la hora prevista, todavía Rosalía se movía con vaivenes de circo y nervios encorsetados a tachón. Por mi parte, le repetía la extrema puntualidad del general, así como la seguridad de que no arribaría hasta el mediodía con repique de campana. Y en efecto, marcaban los toques del cercano convento Carmelita a la misa mediana, cuando un negro carruaje con las armas de la nación en contraste embocaba el portón del palacio. Una vez detenido frente a nosotros, alargué los pasos con evidente calma en su dirección, al tiempo que el viejo Eufemiano abría el picaporte de reja y desplegaba el estribo.

Atisé por fin el rostro de don Cayetano, que descendía con lentitud y una sonrisa de placer en su rostro. Cuadraba pernos frente a él, al tiempo que le ofrecía las frases de rigor y respeto.

—Bienvenidos seáis al palacio de Montefrío, señor ministro y estimado general. Quedo a vuestras órdenes y servicio con el debido respeto, como ha sido norma habitual en mi carrera durante bastantes años.

El general me miraba a los ojos, al tiempo que alargaba todavía más la mueca cercana a una extendido regocijo. Y de forma inesperada, sin haber pronunciado todavía una sola palabra, don Cayetano nos sorprendía a todos al estrecharme contra su pecho en un sentido y largo abrazo. Al tiempo que sentía un inmenso orgullo y como un ramalazo de placer inesperado, comprendí la fuerza interior de aquel hombre, capaz de mantenerse en prisión durante lustros antes que ceder un ápice en sus principios. Una vez separado, escuché su voz.

—Querido Santiago, debo comenzar asegurando que soy yo quien siempre le estará muy agradecido. No es fácil hoy en día encontrar lealtades de bronce como la suya, una formidable suerte para mí. Y en primer lugar, deseo ofrecerle mi más sincera enhorabuena por su promoción al empleo de jefe de escuadra. Recordará lo mucho que debí batallar con la Dirección General de la Armada, para que le concedieran el empleo de brigadier, cuando ya merecía más de un ascenso por destacadas acciones de guerra. También debo reconocer en lo que vale su extrema cordialidad, al invitarme a un almuerzo en su casa. Mucho echo de menos encontrarme entre amigos de

verdad y sin ánimos interesados o de cruce. La soledad de la Corte puede aplastar a un elefante.

—¿Se encuentra solo en Madrid, señor?

—Así es. La familia se mudará a la Corte en pocos días, o eso espero. Pero, por favor, presénteme a la que, según deduzco, es su hermana.

—Perdone, señor, que con la emoción de encontrarle de nuevo cara a cara, olvidaba las más pequeñas normas de cortesía.

Me giré, al tiempo que don Cayetano se acercaba a Rosalía y Beto. Me adelanté ligeramente.

—Señor, tengo el placer de presentarle a mi hermana Rosalía, señora de Pignatti. A su esposo creo que ya lo conoce.

—Es un verdadero placer, señora. —Valdés besó la mano de mi hermana con su habitual elegancia—. Y en efecto, recuerdo muy bien a Pignatti, segundo comandante de la fragata *Proserpina*.

Pasamos al salón de los relojes, donde se le ofreció un ligero refrigerio. Pero pronto comprendí que el general deseaba charlar de lo divino y de lo humano, como si no se hubiera encontrado en trance de sincera confianza durante las últimas semanas o meses. Por mi parte, sentía de nuevo un profundo orgullo al comprobar la confianza que me dispensaba. Porque no recordaba que se hubiera dirigido jamás a mi persona por mi nombre bautismal, norma que comenzó a utilizar aquel mismo día.

—Antes de que lo olvide, Santiago, siento mucho que su visita de cortesía y amistoso consuelo en el castillo de Alicante, que de eso se trataba a pesar de lo que otros pudieran alegar, le reportara negativos efectos. Y me refiero en concreto a que le supusiera la pérdida del mando del navío *Asia*.

—Después de todo, señor, no aparejó esa maniobra a la larga tan malos efectos. No hay mal que por bien no venga. Incluso es posible que tal circunstancia influyera en que me concedieran el mando de una división naval y, posiblemente, mi último ascenso. También yo deseo agradecerle el honor que nos confiere al visitar nuestra casa. Pensaba presentarme a vos cuando se serenaran un poco los ambientes.

—Nada ha de agradecerme. Tan sólo cumplo con una agradable y esperada obligación. Debía devolverle la visita que me giró en Alicante, aunque este maravilloso palacete muestre trazas mucho más agradables que el húmedo camarote que me ofrecieron los esbirros de don Fernando. También le doy las gracias por la invitación al almuerzo y espero que no le haya causado trastornos —ahora parecía dirigirse a mi hermana.

—¿Trastornos? Ninguno en absoluto, señor —entró Rosalía de frente—, más bien al contrario. Somos nosotros los agraciados por el honor que nos concede.

De pronto, como si el duende hubiese extendido sus alas en arco, el silencio se adueñó de la escena de forma un tanto incómoda. Y me decidí a cortarlo al tajo, cuando don Cayetano se dirigía a mí con voz queda.

—Santiago, supongo que concede a su hermana y cuñado la necesaria confianza, como para que podamos hablar con entera...

—Por supuesto, señor. Se trata de la única familia de la que dispongo, sin contar nuestros hijos. No tengo secretos para ellos y le garantizo su más absoluta discreción.

—La verdad es que no estoy seguro de que deba atacar este tema y todavía dudo de su oportunidad. Pero estimo que nos une la suficiente confianza. Quería expresarle mi dolor por... por los sucesos familiares que ha debido vivir, tal y como llegaron a mis oídos. Bien sabe Dios que no deseo conocer detalle alguno, lo que debe permanecer en la crónica propia. Pero por lo que sé y conociendo su bonhomía y rectitud, puedo asegurar sin posibilidad de error, que no merecía tal adversidad. Pero bien sabe que los caminos de Dios no siempre siguen la derrota más corta entre puertos. También es triste que sufriera situación de injusto destierro, tras el magnífico trabajo llevado a cabo con el ministro Vázquez de Figueroa.

—Le agradezco sus palabras con toda sinceridad, señor.

—¿Cómo piensa orientar su vida ahora, tras el cambio político que hemos sufrido? Y conste que lo estimo como un don celestial, que nos ha caído en las manos y debemos aferrar con guante de seda para que no se escape.

—Pues ya me presenté al nuevo secretario de Marina en su gabinete. No obstante y de momento, deseo quedar en libertad algunas semanas y pasar a Portugal, donde he de resolver unos asuntos particulares de cierta importancia. Al regreso, ya veremos cómo se mueve el buque entre las olas de molde.

—Pues serán olas preñadas de colores blancos y negros, no lo dude, incluso es posible que la niebla nos cubra el horizonte en demasía. Porque como no cuidemos con extrema delicadeza la situación y nos alejemos de posturas extremas, podría desencadenarse la peor de las epidemias. Espero que me comprendan.

—Desde luego, señor. Y aunque peque de indiscreción, sé por medio del jefe de escuadra Javat, que se encuentra alineado de firme entre los llamados

doceañistas. Y bien conocen los cielos, que mucho me molesta aplicar pensamientos políticos a los oficiales de la Armada o del Ejército.

—Como decía su querido general Escaño, jamás debe el militar dejar entrever su posicionamiento político a las claras. Ya veo que mantiene vivo su ideario, un rasgo más de su acendrada lealtad.

—Lo recuerdo en muchas ocasiones.

—Es para recordarlo, sin duda. Pues le declaro que estoy plenamente de acuerdo con esas ideas. No obstante y por desgracia, tal condición no es posible hoy en día. Recibí a don Fernando con los brazos abiertos, tras haber luchado contra el francés en su apoyo de forma incondicional. Por desgracia, no se entendió mi postura y fui encarcelado, a pesar de haber cumplido día a día con mi obligación. Para que se produjera la liberación que tantos solicitaban, con mi tío el bailío^[13] a la cabeza, se me exigía una repudia por escrito de los actos llevados a cabo durante la guerra citada. Pero no podía hacerlo porque, en conciencia, no creía haber obrado en contra de mis obligaciones y principios un solo segundo, más bien al contrario. Otros cambiaron de luces del día a la mañana sin mayor problema, pero allá ellos con su conciencia personal. Créanme si les digo, que no pensaba entrar en cambalaches políticos y mantenerme al margen, una vez recobrada la libertad. Pero pronto comprendí que se trataba de una misión imposible. Y llegados a ese caso, me ofrecían la Gobernación de Cádiz con la capitánía general de Andalucía y jefatura política añadida, que aceptaría como mal menor. Por desgracia, se ha sufrido lo que podemos llamar como primera crisis de gobierno y he debido aceptar un puesto que, por los dioses blancos y negros, no le deseo al peor de mis enemigos.

Aunque el general Valdés se dirigía a un mismo tiempo a los tres, que le escuchábamos con especial atención, la conversación era mantenida por nosotros dos como si nadie más se encontrara presente en el salón. De pronto, don Cayetano decidió cortar y alterar el rumbo de la conversación.

—¿Y su hijo Francisco? Recuerdo su nombre porque mantenía el de su abuelo, un hombre inolvidable, creo que el jovenzuelo ya luce la charretera.

—En efecto, señor. Se encuentra embarcado en la fragata *Ligera* y con los sueños prendidos en su próxima derrota hacia las Antillas.

—La división de Ángel Laborde. Tiene suerte de rendir servicios bajo el mando de un gran oficial. ¿Y los demás jóvenes de la familia?

—El hijo mayor de mi hermana se encuentra en la Real Compañía. Y a popa solamente quedan mi hija María y el pequeño Santiago Pignatti.

—Ya veo que continúan regantío de Leñanzas los cuadros de la Armada. Lástima que se encuentren con el panorama actual y tan escasas perspectivas de futuro. Aunque duela, es la pura verdad.

Como parecíamos entrar en una nueva fase de incertidumbre, Rosalía intervino con acierto, ofreciéndonos pasar al comedor para el almuerzo. Y lo aceptó con alegría el general.

—Estoy seguro de que tomaré viandas de mejor sabor a las que me sirven en el ministerio de la Guerra.

—Eso espero, señor.

El almuerzo transcurrió en un ambiente distendido y casi familiar. Porque don Cayetano nos trataba como a los queridos hijos que no veía desde muchos meses atrás. Y como Rosalía echó el resto con su habitual sabiduría y buen hacer, una vez conocidas las debilidades del invitado, atacamos un conjunto de platos de todo tipo capaces de provocar las delicias de cualquier paladar escogido. Don Cayetano, tras haber ingerido más alimentos de los que solía consumir en su frugal almuerzo habitual, decidió arriar el pabellón cuando Rosalía insistía en que probara unas tortas de miel y almendra.

—Señora mía, creo que jamás he comido tal cantidad de manjares extraordinarios en toda mi vida. Si tomo una cucharada más de esa memorable torta, podría sucumbir y bajar hasta la sentina como fardo en libertad. Bueno, y sin olvidar este vino rojo, con más cuerpo que un regimiento de Dragones y aroma celestial. Debe corresponder a añadas de la época del descubrimiento de América.

—Mi abuelo presumía ante don Carlos III de una muy seleccionada y abundante bodega, señor.

—Pues presumía con justicia.

Rosalía, atenta en todo momento al tempo y los posibles silencios, que tanto dañan una buena velada, se dirigió al general.

—¿Le parece bien que pasemos al saloncito para tomar los licores, don Cayetano?

—Nunca se puede decir que no a una gran señora, especialmente tras este memorable almuerzo, que me será muy difícil olvidar. Además, los licores son excelentes bajativos estomacales, tan necesarios en momentos como los que atravesamos.

El general parecía encantado con la velada, lo que mucho me satisfacía. También Rosalía mostraba rastros de entera felicidad en su rostro, consciente de haber triunfado con su particular empresa en toda línea. Don Cayetano también probó con generosidad los licores, alabando como era norma habitual

el aguardiente de Cehegín, del que habíamos efectuado adecuado acopio al regresar a Madrid. Mi hermana creyó llegado el momento de retirarse, para dejarnos en libertad de conversación, por mucho que lo sintiera.

—Si me lo permiten, señores, les dejo con plena tranquilidad.

—No sabe como le agradezco el ágape, señora. —Don Cayetano se levantaba para tomar la mano de Rosalía y besarla una vez más—. Unas viandas extraordinarias, dignas del palacio real o superior todavía. Creo que, en un par de horas solamente, he recuperado las fuerzas perdidas a lo largo de seis años.

—Se lo agradezco mucho, señor general. Me alegro de que le hayan gustado los productos elaborados en nuestra cocina.

Una vez a solas, rellené la copa del general, que ya cargaba cejas en alto. Y animado por los caldos, le largué la primera de las preguntas que bullían a fuego en mi cerebro.

—¿Cree que superaremos estos difíciles momentos que atravesamos, señor?

—Difícil respuesta me solicita, Santiago. —Valdés pareció pensar a fondo sus palabras, antes de continuar—. Dicho con plena sinceridad, hay momentos en los que mucho confío, convencido de que nos será posible entrar en la deseada normalidad política. Porque entiendo que el absolutismo no es más que una anormalidad existencial, antigualla del pensamiento y pura cerrazón del entendimiento. Por desgracia, vivimos un delicado momento en Europa, donde se despliegan vientos de acendrado absolutismo en demasiadas naciones como Prusia, Austria o Rusia, por citar las más importantes. Bueno, olvidaba la Francia republicana, recuperada con Luis XVIII su dinastía secular. Bien es cierto que los seis años del reinado de don Fernando superaron en rigidez y arbitrariedad al resto de las naciones mencionadas. No obstante, en otros momentos sufro mucho al comprobar la obcecación y escasa inteligencia de un gran número de españoles que, en contra de sus propias opiniones, parecen desear que nos internemos entre las brasas del infierno.

—Me parece que se refiere a los exaltados.

—Así es. Y pocas veces una apelación política es más exacta. Exaltados y faltos de miras.

—¿Y las relaciones del Gobierno con Su Majestad? Bueno, señor, es posible que no deba elevar...

—Por favor, Santiago, sabe que le otorgo toda mi confianza. Además, no diré nada que no haya aparecido en la Gaceta o se mantenga como tema de

diaria y abierta discusión en las Sociedades Patrióticas. Entrando a saco, les aseguro que defendiendo una postura indeclinable, al menos en mi opinión. Debemos apoyar a don Fernando a todo trance y comprender que no le será fácil pasar de un dominio político absoluto, a tener que gobernar con el freno de sus ministros y las propias Cortes. Por tal razón, deberíamos edulcorar algunos puntos de la propia Constitución y que los ministros se mantengan en calma. Y desde luego, que nadie se asuste por las diarias destemplanzas del Monarca, incluso groserías, a las que se encuentra tan habituado desde que era un mozalbete. La madre se irá encubando en la barrica poco a poco.

—Lo comprendo, señor.

—Como un claro ejemplo tenemos la primera crisis importante de gobierno que, precisamente, me ha llevado a ocupar este puesto. Se presentaron algunas decisiones que afectaban al Ejército. Se achacaron con mayor o mentir ligereza a su ministro, Girón, marqués de las Amarillas. Riego, personaje demasiado exaltado y poco positivo para el futuro devenir político, solicitó en las Cortes la inmediata exoneración del ministro. Como exquisito detalle y para evitar discusiones negativas, Girón puso su cargo en manos de don Fernando. Sin embargo, Su Majestad se negó a admitir la renuncia. Como todo el Gabinete apoyaba la exoneración, Girón repitió la renuncia en presencia de Su Majestad, en una reunión del Gobierno. Se produjo un momento peligroso porque el Monarca estalló en denuedos contra los ministros. Les llamó hatajo de cobardes que lo abandonaban, cuando conformaban la única defensa ante sus derechos constitucionales. Y debemos reconocer que en esta ocasión don Fernando tenía razón. Porque la Constitución le otorga el privilegio de nombrar y separar los ministros del Gobierno. La sesión acabó en flores de camposanto y con rifadas de luto. Porque el Gobierno en pleno fue expulsado con cajas destempladas del salón del Consejo.

—¿Expulsó el Rey a su propio Gobierno? —preguntó Beto por primera vez.

Más o menos —Valdés intentó dulcificar sus palabras—. Como le he explicado a tantos, hay que conocer a don Fernando. Debo reconocer que el marqués de las Amarillas no es de talante liberal, desde luego, pero tiene su mérito la labor desarrollada en tan difíciles momentos. Consiguió convencer al infante don Carlos para que fuera sustituido, lo que supone un mérito de cazo. Pero el órdago se encontraba sobre la mesa y comenzó un penoso tira y afloja entre Cortes, Gobierno y Monarca.

—Pero al final cedió don Fernando en varas —asegué en media pregunta.

—Por gracia de los cielos. Y no expresó estas palabras porque tal hecho concluyera con mi nombramiento, bien lo sabe el dios Neptuno. Me congratulé porque de esa forma se cerraba la primera sangría de competencias sin demasiado daño. Por mi parte, me presenté ante Su Majestad, para asegurarle que no aceptaría el puesto si no era de su real agrado y confianza. Y la verdad es que se mostró extremadamente cariñoso conmigo. Me solicitó de forma encarecida que lo aceptase, que prefería mi presencia en el Gabinete a otros posibles postores. Hablamos durante una alargada sesión, muy interesante.

—Supongo que aparecería el problema, del ejército expedicionario.

—Desde luego, un grave problema. La autoridad de las Cortes se verá disminuida mientras se mantenga acantonado el ejército de la Isla^[14], como suele denominarse. Sobrevuela la escena como una inadmisibles amenaza. Y la disputa política se centraba entre los moderados, integrados en su mayor parte por los que asistimos a las Cortes de Cádiz, y los exaltados, que se incorporaron a la cohorte liberal con posterioridad. La trifulca se limita, en la práctica, a decidir el tempo político que debemos emplear. Unos deseamos, como les indicaba anteriormente, una transición lenta pero necesaria, mientras los exaltados son proclives a ejercer medidas radicales desde el primer momento. Para estos últimos, el ejército de la Isla supone la garantía necesaria para impedir cualquier intento reaccionario. Además, yo lo entiendo como una clara intimidación a los moderados, una amenaza inadmisibles. Estoy convencido de que, como triunfen las tesis exaltadas, regresaremos sin posible remedio al absolutismo. Y en un tiempo menor de lo que piensan.

—En ese caso, parece que la situación es más delicada de lo que estimaba —dije con el tono a la baja.

—Lo es, sin duda. Y a mí me tocó en el sorteo la bola más negra de la bolsa. El Ejército expedicionario es necesario, sin duda, pero no para amenazar sino para que sea trasladado a las Indias, donde su presencia es imprescindible. Pero ni siquiera en esos temas nos mostramos de acuerdo. Cualquiera diría que los exaltados ven con buenos ojos la emancipación de nuestros territorios indianos.

—Tengo entendido, señor, que el propio Riego ha cantado el *Trágala, perro*, en el teatro del Príncipe. Cuesta creer como cierto que un general...

—Cuesta creerlo, desde luego, pero así ha sido, lo que define perfectamente al personaje. Y no son pocos los que lo adulan y forman su cohorte de alucinados. Quieren romper la baraja para que no se pueda jugar en limpio. Y solamente existen en mi opinión dos posturas. Los liberales

hemos alegado siempre que no deseamos abolir la monarquía ni guillotinar al Rey, sino establecer un freno a su posible arbitrariedad y evitarla. Pues en la práctica, los exaltados se mueven más en el camino de la verdadera revolución, pero con Monarca a la cabeza. En ese grupo aparecen demasiados grillos con cantos de muy diferente tono.

—Son las Cortes las que deben decidir, señor, una vez han sido elegidos los diputados.

—En efecto. Pero no es posible saltarse las disposiciones de las Cortes a la torera, por mucho que se proclamen otras soluciones en cafés y tertulias políticas. En fin, ya veremos cómo se mueve la liebre.

—Y en cuanto a la Armada, más miseria.

—Desde luego y es bien triste. Dispusimos de una oportunidad de oro, cuando pudimos adquirir una buena escuadra en arsenales franceses o británicos. Bien que lo sabéis, por haber trabajado en el tema. Ahí sí que don Fernando actuó de forma aberrante.

—Mal aconsejado por su infecta camarilla.

—Infecta, deshonesto y bochornoso, pero escogida personalmente por Su Majestad, lo que no achica una onza de su responsabilidad. En fin, que el pobre Javat ha de lidiar con los mismos elementos, que disminuyen día a día. El ejército expedicionario acabará fragmentado, podéis estar seguros. Ya no se piensa en un traslado de veinte o treinta mil hombres al Río de la Plata, necesario desde cualquier punto de vista. Incluso los mercantes designados para el transporte de las tropas han sido liberados. Y no contamos con la protección necesaria por falta de unidades de guerra. Es muy triste reconocer que ya no podemos ejercer dominio en ningún teatro marítimo, salvo en las Antillas y con ciertos reparos.

—Las Indias se independizarán y jamás recuperaremos una posición de fuerza en el teatro internacional —Beto parecía recitar una oración de pésame.

—La única ventaja es que los secesionistas, como son tan españoles como nosotros, acabarán en trifulca propia hasta convertir nuestras Indias en un reino de taifas. Ahí puede ser importante nuestra presencia. Pero, bueno, no seamos tan derrotistas, aunque no le falte razón en sus palabras, Pignatti. Aunque sea por puro egoísmo, más me preocupa la situación en el Ejército, politizada al ciento como no pueden imaginar. La guerra contra Francia nos destruyó en todos los sentidos. Hay quien tiene razón al considerar que todos los males nos llegaron desde el norte de los Pirineos.

—Estoy de acuerdo con quien declare esa condición, señor. No nos apoyaron como debían cuando éramos aliados y después nos invadieron con perfidia.

Es cierto.

—Pues no aparecen como grano fino las medidas que ha de tomar, señor —apostillé con tristeza.

—Y que lo diga, Santiago. Sé que no me haré muy popular entre bastantes generales del Ejército, pero he de afrontar la situación de cara. Ya he firmado mis primeros decretos, que mucho darán que hablar. Intento tomar medidas disciplinarias contra los militares más radicales, como los que asistieron al teatro del Príncipe. No se pueden admitir tales actos de indisciplina. He destinado a Riego a Asturias en situación de cuartel. Velasco será exonerado del gobierno. Pero también a Manzanares, San Miguel y una alargada lista quedarán a cuartel fuera de Madrid. Tan solo espero que cumplan las órdenes de su ministro.

Se hizo el silencio, mientras la alegría parecía haber caído hasta la última cubierta del palacio. Y fue el propio general quien enhebró una sonrisa para elevar el ánimo alguna cuarta.

—No olvidemos que España ha atravesado momentos peores y siempre ha salido avante como la gran nación que es. También superaremos esta coyuntura, si no nos volvemos locos casi todos, Como decía don Antonio Barceló, elevemos la cabeza con alegría y hablemos de mujeres y vinos. La verdad es que este aguardiente es más fuerte que la pólvora mexicana.

Pasamos a temas intrascendentes, conforme decaía la conversación y los cuerpos llamaban a desbarate, tras el copioso almuerzo y elevados caldos ingeridos. De esta forma, pasaba de las seis de la tarde cuando don Cayetano indicaba la necesidad de marcharse. Se produjeron los efusivos agradecimientos de cortesía, aunque adivinaba en el rostro del general una absoluta sinceridad. Repitió el abrazo en la despedida, momento en el que sentí cierta pena por tan gran hombre. Y así pareció entenderlo, como si descifrara mis propios pensamientos.

—Santiago, daría uno de mis brazos o una de mis piernas porque me dejaran ser solamente un sencillo teniente general de la Real Armada. Navegar por parajes desconocidos, regresar a las labores cartográficas y otras ciencias náuticas que tanto he amado, componen mi más permanente sueño. Para mi desgracia, que así lo siento con fuerza en el alma, me ha tocado vivir una etapa que no he deseado. Pero debemos ser francos y honrados con nuestros principios personales. No podemos achicar a la banda sin deshonor.

—Le comprendo perfectamente, señor. Y bien sabe que le deseo de todo corazón la mejor de las suertes.

—La necesitaré.

Despedimos al general en el mismo sitio de recibo, ante el porche principal. Y allí nos mantuvimos como estatuas de sal durante alargados minutos, como si hubiésemos perdido una de las esperanzas más gloriosas. Regresamos al interior todavía en silencio y con el ánimo a la baja. No obstante, le dirigí a mi hermana las palabras que más le podían agradar.

—El almuerzo ha supuesto un éxito colosal, Rosalía. Has dejado impresionado al general. Bueno, y nutrido para varias semanas. Menos mal que este palacio tiene una gran señora, como siempre ha sido.

—Gracias, hermano. ¿De verdad crees que le ha gustado todo? Creo que las carnes rojas se encontraban un poco insípidas.

—¿Insípidas? Por favor, Rosalía, le juro que jamás probé algo igual.

Mientras mi hermana mostraba rostro de completa felicidad, pasamos a la sala familiar. Por fortuna, la pequeña María se acercó hacia mí, corriendo, para rodearme con sus brazos y besarme mil veces. La apreté contra mi pecho a fuerza de bajel, sin poder apartar de la cabeza el negro futuro que aventuraba para España. Horas después, en la soledad de la alcoba, dejé volar los pensamientos hacia la raya de Portugal, hacia una desconocida hacienda y un rostro al que amaba con pasión desbocada. Se trataba de las únicas estampas que podían edulcorar el ánimo de mi corazón.

6. A bordo de la fragata *Ligera*

Tomo parte de nuevo en estos cuadernillos familiares, que ya se alargan en la biblioteca familiar como voluminosa enciclopedia. Y en este caso, con afección muy directa a mis propias carnes, desde la cabeza a los pies. Porque espero que las aventuras ganadas a bordo de la fragata *Ligera*, que les he de narrar con detalle, se muevan con un mayor recorrido y más alicientes, que los afrontados en los meses de embarque en el navío *Alejandro I*. Todavía recordaba la fallida expedición a los mares del Sur en el mencionado navío, ensamblado con maderas rusas, un monumental fiasco que golpeó mis sienes en machetazos durante meses.

Recordarán que soy el cuarto miembro de la saga de los Leñanza, cuatro generaciones abiertas a la mar y a los sueños, dos conceptos amadrinados en jareta común casi siempre. Y meto cuchara con todo orgullo en estas narraciones, basadas en nuestras experiencias de mar como miembros de la Real Armada, una tradición que nadie deberá obviar en el futuro. No obstante, las desventuras del primer personaje, el desdichado galeote de Fuentelahiguera de Albatages, se han de mantener a buen recaudo y a puerta cerrada entre los de mi sangre, sin concederles en ningún momento aires de generalidad.

Tras el periodo de vacaciones navideñas, atravesado en la hacienda de Santa Rosalía en plena felicidad con el resto de la familia, regresé a la ciudad de Cádiz con los nervios aferrados por corto y la ilusión elevada hasta la galleta, bien es cierto que, a lo largo del interminable recorrido, desde los vidrios del carruaje no observaba paisajes de olivos y tablas de cereal, sino el perfil de las aguas antillanas en bendito anticipo. Ante la insistencia de mi padre, cuyos sabios consejos han conformado una norma invariable en mi vida, incorporaba a mi lado la presencia del joven Pepillo como criado particular. Se trataba del hijo de Tomeo el Chato, viejo y experto armero de la casa en Santa Rosalía, de quien había recibido excelentes lecciones.

Nunca me arrepentí de la decisión tomada, bien lo saben las toninas mediterráneas. Porque en la figura de Pepillo se aunaba un gran número de ventajas y lealtades hacia mi persona. Presentaba especial interés su extraordinaria habilidad para cargar con maestría las armas. Y aunque desempeñara la función normalmente en las faenas de caza, se podía aplicar su pericia a mis armas personales, en acciones que pudieran aparecer por la proa. Además, a pesar de ser de edad pareja a la mía, se parecía en mucho a la figura de mi padre debido a su fortaleza y recias hechuras. Se trataba de un joven noble y leal hasta las cimas, con quien mucho había jugado de niño en la hacienda familiar. Mostraba sonrisa de cuadro y plena felicidad al abandonar la tierra donde había vivido sus quince años de edad, para salir a la mar y pasar a Indias. Primo hermano de Miguelillo, criado de mi tío Beto, había escuchado de su boca mil y una aventuras atravesadas en las costas americanas, que le hacían salivar de envidia. Tomeo, su padre, me agradeció con especial fervor el haberlo elegido para tan importante misión.

Como les decía, realicé el largo viaje con la mente preñada en nubes de colores y los pensamientos prendidos con arpeos en las aguas de Tierra Firme y mar de las Antillas. Me encontraba dispuesto y ansioso por embarcar en la fragata *Ligera*, a la que había sido destinado como alférez de fragata con la charretera en cuadro de luces. Y no mostraba escaso orgullo en mi rostro al pisar por primera vez sus tablas, tras haber transbordado en la falúa de barqueo para oficiales, desde el muelle gaditano hasta el fondeadero.

Todavía la fragata se movía con escasa dotación a bordo. Incluso mantenía los costados pintados de negro, norma habitual en los buques de la Marina Imperial rusa. Porque deben recordar que esta fragata era una de las tres que arribaron a Cádiz meses después de los cinco navíos y tres hermanas del primer lote, que causaron mucha zozobra en los cuadros de la Armada y en mi propia familia, con el destierro del ministro y de mi padre, que trabajara a sus órdenes. Parecía que las autoridades rusas o el propio Zar debían sentirse avergonzados del alboroto causado en España y enviaban tres unidades más como obsequio especial para Su Majestad Católica. La fragata mostraba en su coronamiento la palabra Legkii en caracteres cirílicos, que fue sustituida en aquellos días por los carpinteros de lo blanco para mostrar ese adjetivo, ligera, muy acorde con los buques de su clase, esas gacelas capaces de volar sobre las olas.

Aunque en las cartas enviadas a mi padre, así como en comentarios corridos con otros compañeros, tanto yo como el resto de los oficiales de la *Ligera* intentáramos oscurecer las bolas negras que se alumbraban a bordo, es

cierto que los contraмаestres y carpinteros abominaban de la pésima calidad de las maderas con las que había sido construida. Era ciertamente penoso comprobar que una fragata largada a las aguas del mar Báltico solamente cuatro años atrás mostrara tal debilidad en su estructura. Sin embargo y para contrarrestar a favor en algún punto, parecía ligera de alas y bastante marinera, con cuarenta cañones como artillería principal.

Hablo de posibilidades porque, aunque embarcara en el mes de enero, no salimos a la mar en pruebas de aparejo y bondades hasta tres meses después, una vez reconocidos los fondos del buque, condición que tanto preocupaba en general a los mandos de todas las unidades rusas. Todavía trabajaban los maestros veleros en el arsenal, para cuadrar el aparejo de respeto que toda unidad ha de poseer a bordo como necesario seguro de vida. Porque la fragata había llegado a Cádiz desde los puertos del Báltico pelada en ese fundamental aspecto, sin trapo alguno de repuesto salvo el correspondiente a las velas mayores y los juanetes mayor y de proa. Una mala noticia porque nunca se acoplan las velas originales en cuadro de luces, como las ajustadas de otros gálibos.

Como comandante de la fragata, así como insignia de una división naval compuesta por un número de buques todavía sin concretar, se había nombrado al capitán de fragata don Angel Laborde y Navarro. Este oficial venía precedido de ganada fama en cuanto a sus cualidades de mar y combate, con un buen número de muescas de guerra grabadas en su cinto. Lo conocí con más detalle a las dos semanas de embarcar, momento en el que nos reunió a los oficiales de guerra y mayores, todavía sin completar en número. Porque ya les adelanto que se trataba de un jefe deseoso de que sus oficiales se encontraran en todo momento al día de la situación y planes futuros. Con algunos nervios en las tripas, al menos por mi parte, tomamos asiento en la cámara de oficiales.

Antes de entrar en los temas concretos que se trataron, debo indicar que el comandante mostraba demasiada edad para el empleo de capitán de fragata.

Así al menos me lo parecía, aunque dispusiera de experiencia bien escasa en tales disquisiciones. Laborde había cumplido los cuarenta y siete años de edad, mientras algunos en dicha estadía de la vida profesional cuadraban entorchados de oro en las vueltas. Mi padre, por ejemplo, a los treinta y seis años ostentaba el empleo de jefe de escuadra, en el que ya llevaba algunos años.

Hombre de mediana estatura, robusto de cuerpo y ligeramente entrado en carnes, Angel Laborde mostraba un rostro muy expresivo con ojos pequeños

y rasgados, de un color gris llamativo. Mantenía el cabello negro muy a la moderna, con corte lateral de cuchara y ausencia total de rizos o bolsas. Pero lo que más llamaba la atención, aparte de una nariz afilada en risco, era su penetrante mirada, que parecía desnudar el alma de los que enfrentaba cara a cara. Nos miró con detenimiento, como si contara el número de sus oficiales e inspeccionara al tiempo los diferentes empleos y edades. Por el contrario, su voz sonó al disparo y sin sordina, ese tono recio y de mando capaz de despertar a los moribundos.

—Señores oficiales de la fragata *Ligera* bajo mi mando, les ruego que me disculpen si no he saludado a cada uno de ustedes con el debido detenimiento. Lo haré conforme me lo permitan las obligaciones impuestas, que no son pocas. Pero deben saber que mucho me interesan sus problemas, tanto personales como profesionales, que asumo como propios desde el primer momento. De todas formas, aprovecho la ocasión para ofrecerles mi más sincera bienvenida a bordo de la fragata *Ligera*, que se convertirá en su casa propia a partir de este momento y espero que durante muchos meses, si la suerte nos sonríe a favor con alguna onza.

Un ligero respiro, mientras giraba la vista sobre cada uno en especial rondo, antes de continuar.

—Aprovecho la ocasión para nombrarlos a todos ustedes y espero no marrar en ninguno de sus apellidos. Para comenzar el listado, lo haré con el teniente de navío don Juan Vigodet, que ocupa el puesto de mi mayor confianza como segundo comandante. Es posible que a la llegada a Indias haya ascendido al empleo de capitán de fragata, que mucho lo merece desde hace algunos años. Todavía nos falta otro teniente de navío, don Clemente Cárdenas, que embarcará en los próximos días procedente de la Escuela de Pilotos.

El comandante se detuvo de nuevo en su recio parlamento, como si deseara inspeccionar de nuevo los rostros de sus oficiales. Mostró una sonrisa de cuartos, antes de regresar a la vereda.

—A continuación, y siguiendo el orden de antigüedad entre los oficiales de guerra, tenemos al teniente de fragata don Cayetano Oramas. Lo conozco bien desde hace bastantes años. —Le dirigió una sonrisa de complicidad en reconocimiento—. Se trata del hijo de un buen amigo y compañero que, por desgracia, perdió su vida a bordo del navío *Santísima Trinidad* en la funesta jornada frente al cabo Trafalgar. Que Dios lo guarde entre sus paños con todo fervor. Continúo con los tres alféreces de navío presentes a bordo. En primer

lugar, don Gabriel Descazar. Por cierto que todavía no he tenido ocasión de hablar con usted. ¿Acaso sois hijo del brigadier Descazar?

—Sobrino carnal, señor comandante. Mi padre y hermano mayor pertenece al arma de Artillería del Ejército.

—Bienvenido a bordo, Descazar, y ofrezca mis saludos a su tío Romualdo cuando lo vea. Bien, a continuación aparecen los de su mismo empleo don Juan Lasso de la Vega y don Nicolás María Martín, con quienes he hablado ligeramente. Ahora entramos en los dos alféreces de fragata. Nos falta uno de ellos, que será don Pedro Junquera, si no aparecen contratiempos de última hora. Debe encontrarse cercano su embarque. Y por último, don Francisco de Leñanza, aquí presente.

Se detuvo para dirigir su mirada por derecho hacia mi persona. Como no había cruzado más que las frases rituales de protocolo y cortesía de presentación hasta el momento, no estaba seguro de que conociese a mi padre. Sin embargo, me sorprendió al retrasar los comentarios en una generación.

—Leñanza, su presencia a bordo me hace sentirme más viejo que una tortuga de las islas Galápagos. Pero no muestre rostro de preocupación, que no es culpable de ningún pecado. Se lo digo porque durante la Guerra a la Convención francesa, allá por 1793 más o menos, me encontraba en la escuadra del general Lángara con la que arribamos a Tolón, para defender a los realistas franceses. Allí desembarqué para luchar en tierra bajo las órdenes del general Gravina. Y su abuelo se movía a su lado, creo que en el puesto de edecán. Lo recuerdo muy bien porque fue herido de gravedad en una pierna y ayudé a su evacuación. Un gran hombre, que también perdimos a causa de las heridas recibidas a bordo del navío insignia en el combate frente al cabo Trafalgar. Y ahora tengo bajo mis órdenes a su nieto. ¡Cómo corre la vida, señores!

Sentí un rumor de orgullo en las tripas. No había conocido a mi abuelo Francisco, en recuerdo de quien mostraba mi propio nombre, aunque me halagaron por alto sus palabras de reconocimiento. Pero no acabó ahí sus alusiones a mi familia.

—Y su padre ascendió a jefe de escuadra a edad muy temprana, por méritos propios de guerra más que justificados. Para su desgracia y de la Real Armada, fue desterrado de forma injusta y vergonzosa, solamente por servir con lealtad al secretario Vázquez de Figueroa. Gracias a los cielos que se ha repuesto la normalidad con los oficiales generales o particulares mantenidos en indebida situación. Bien, para rematar el cuadro de oficiales de guerra, aparecen tres guardiamarinas que han de embarcar en los próximos días,

pertenecientes a la Real Compañía y cuyo nombre o antigüedad desconozco. Como uno de ellos ha de ocupar puesto de oficial efectivo a bordo, espero que muestren suficiente antigüedad y días de mar.

—Creo que embarcarán el próximo lunes, señor —añadió el segundo comandante.

—Cuanto antes, mejor. En cuanto a los oficiales mayores, el monto total se ajusta casi por completo al marcado en el Reglamento General de Tripulaciones y Guarniciones. Aquí entre ustedes se encuentra el contador don José Bravo, que mucho ha corrido en estos días por el arsenal y con frutos más que evidentes a la vista; el cirujano 2.º don José de Sierra, que tampoco había podido saludar hasta ahora, y el capellán don José Taboada. Aunque en fragatas con navegación a Indias se ordena en el Reglamento la presencia de dos capellanes, solamente dispondremos de uno en la ocasión. Espero que la dedicación de don José Taboada abarque a todas las almas bajo su custodia. Por cierto, don José —ahora se dirigía al cirujano—, ¿posee experiencia de sangre?

—He llevado a cabo cinco viajes redondos a Indias, señor comandante —mostraba cierto repunte de ofensa en su respuesta—. En uno de ellos, a bordo de la fragata *Sabina*, con demasiada sangre a bordo.

—Siento las pérdidas, desde luego, pero me alegro de la experiencia cobrada. Bien, por último me falta por nombrar el cupo de pilotos, del que les adelanto mi entera satisfacción. Porque hoy en día es raro que se cubran dichos empleos al ciento, dada su escasez. He esgrimido mi condición como jefe de la división naval, razón por la que he conseguido la presencia a bordo de un piloto primero muy experimentado y con quien ya he navegado cuando mandaba el navío *San Julián*. Se trata de don Matías Ramos. —Lo señaló con la mano entre sonrisas—. Un excelente profesional, con mucho conocimiento de las costas de Tierra Firme e islas adyacentes, por donde debemos suponer que se centrarán nuestras próximas actividades.

—Muchas gracias por su confianza, señor.

—Además, contamos con el piloto segundo don Fernando Bienvenida y el pilotín don Angel Beltrán. Bien, con esto acabo de exponerles el cuadro de oficiales de guerra y mayores, con el que contaremos para cumplir con la comisión a Indias si no aparece variación de última hora, condición demasiado habitual en nuestra Armada. ¿Se me olvida algo, segundo? —Dirigió la mirada hacia el teniente de navío Vigodet.

—Creo que deseaba, señor, ofrecer con cierto detalle el resto de la dotación.

—Tiene razón. Le cedo la palabra en ese apartado, segundo.

Con bastante aplomo elevó su cuerpo el segundo comandante. Hombre de extraordinaria fortaleza física y bonachón teórico, exhibía tamaño de rodera en cuerpo, cabeza y, de forma especial, en unas manos más propias de gigante. Cercano a los treinta años de edad, destacaba el color rojizo de sus mejillas, con evidente indicación de su querencia a los caldos generosos. Tomó la palabra con decisión.

—En cuanto al resto de la dotación, creo que teniendo en cuenta las penurias de los últimos años, con buques entablados en media dotación tan sólo, podemos elevar gracias a los cielos porque cubrimos el plantel casi el ciento. Una gracia que pocos esperábamos. Por lo visto, cada día disponemos de menos unidades y parece que se ofrece a esta división especial la debida importancia. En el cupo de oficiales de mar contamos con veintiuno, solamente cuatro menos de lo que indica el reglamento. Entre los ocho de maniobra previstos, nos falta uno nada más. Pero por gracia de los cielos, contamos con un primer contramaestre de absoluta garantía, don Nicasio Baltra, acompañado de un segundo, un primer guardián^[15], un segundo en lugar de dos, que al tiempo rendirá como patrón de lancha, un patrón de bote y dos maestros veleros. En cuanto a oficiales de la Maestranza aparecen dos mermas. Contamos con un primer carpintero, tres segundos, falta el tercero, un primer calafate, dos segundos en lugar de tres, un tercero, un boca de fragua, un oficial de macho con su aprendiz, un buzo, un armero, un farolero y un cocinero de equipaje. Creo que no nos podemos quejar una mota porque, además, el nivel es bueno en general.

El segundo miró hacia el comandante, que asintió con la cabeza, como si se tratara de señal convenida.

—Continuando con la dotación, la tropa de infantería se eleva a cincuenta y seis, veintiocho menos al reglamento; tropa de artillería a diecinueve, con cinco mermas; cincuenta y cuatro artilleros entre preferentes y ordinarios, once por menos; sesenta y tres marineros, tres por más. Por último, señores, pueden abrir los ojos al palmo porque es muy difícil de creer. Disponemos de treinta y ocho grumetes a bordo, dos por menos solamente, y diez pajes. Como adorno necesario, quince criados particulares. En total, doscientos noventa y dos hombres.

En aquel momento comprendí las razones de mi padre, al aconsejarme la presencia de un criado particular al menos, para rendir servicio a bordo junto a mí. Pero ya regresaba el comandante con sus comentarios.

—Como pueden imaginar al haber escuchado el monto total de la dotación, cuesta creerlo como cierto —aseguró Laborde con los ojos muy abiertos y sonrisa larga—. Tengan en cuenta que el número total de la dotación se acerca en mucho a la que disponía a bordo del navío de dos puentes y setenta y cuatro cañones *San Julián* un par de años atrás, con el que llevé a cabo dos viajes redondos a Filipinas y complicadas escalas en diferentes puertos de la China, Java y la India. He mejorado con el paso de los años. Bueno, señores, ahora pueden preguntar lo que entiendan necesario y sin cortapisa alguna. Más vale que larguen la bolsa ahora que disponemos de tiempo suficiente.

El comandante tomó asiento en la cabecera de la mesa. Dirigía una vez más la mirada en redondo, en espera de nuestras preguntas. Tras unos segundos de silencio cerrado, el teniente de fragata Oramas fue el primero en saltar al ruedo.

—¿Se sabe por fin el conjunto de buques que formarán la división, señor?

—Casi con certeza, dentro de la seguridad que puedo ofrecerles por ahora, quedarán encuadrados en la división bajo mi mando la fragata *Viva*, corbeta *Aretusa*, así como los bergantines *Jacinta*, *Hércules* y *Hiena*. Y se confirmará la presencia de la *Viva*, si se lleva a cabo la oportuna revisión de sus fondos y se considera apropiada. Porque ya saben que se trata de otra fragata correspondiente al lote ruso y, precisamente, la construida en 1817, con sólo tres años de vida en sus cuadernas. Pero también es cierto que ofrece sus dudas. Por otra parte, el último de los bergantines mencionados es el famoso queche *Hiena*, apresado por el tío del alférez de fragata Leñanza en el río Negro, al sur del Plata. Una hazaña del entonces capitán de fragata Pignatti.

—¿Y ahora lo han transformado en bergantín, señor? —me atreví a preguntar.

—Pocos comprenden que, con las penurias sufridas en los arsenales cuando su tío arribó con el queche a Cádiz, tras el combate de Montevideo, se le cambiara el aparejo. No se trataba de un queche realmente, pero tampoco de un bergantín. Un buque magnífico, con una razón muy elevada y difícil de cazar a la milla. Ahora presenta aparejo de cruz y vela redonda. A veces los ingenieros parecen perder la cabeza.

—¿Embarcaremos tropas del Ejército en la división, señor? —preguntó el contador.

—En efecto. Y es mi intención que sea escasa en número porque, la verdad, los buques no dan para más. Ya saben que la operación de enviar treinta mil hombres al Río de la Plata para recuperar la soberanía en aquellas

aguas y sofocar de forma definitiva las sublevaciones, se descabezó por diversas razones. En primer lugar porque la escuadra de protección, bajo el mando del brigadier don Francisco Mourelle, en la que me encontraba integrado con el navío *San Julián*, se la denominaba como escuadra de papel con toda razón. Porque se alistaban en ella un elevado número de buques, como los navíos rusos, que no ofrecían posibilidad real alguna de salir a la mar. Además, tras el pronunciamiento que nos ha llevado al estado político actual, gran parte del ejército expedicionario ha sido licenciado y el resto se mueve con prendas al quite. De todas formas, embarcaremos las tropas que se nos soliciten, siempre de acuerdo a la seguridad de cada buque, probablemente con destino a Puerto Cabello, Portobello y La Habana.

—Puedo, preguntarle, señor, su opinión sobre las cualidades reales de esta fragata —la pregunta resonó a botazón en cuelgue, lanzada por el cirujano—. Lo digo porque se habla tan en negativo de los buques rusos y esta fragata...

—Les seré absolutamente sincero, señores. Ustedes deben saber la verdad, aunque no sea aconsejable airearla en exceso. Porque en las Indias apareceremos a bordo de una fragata de fuerza de la Real Armada con poderoso armamento, que ha de rebajar los humos a los rebeldes. Como miembros de la dotación de la fragata *Ligera*, debemos pensar que nuestro buque es el mejor del mundo y que podremos cumplir las misiones asignadas al ciento. De los cinco navíos y seis fragatas que recibimos de la Marina Imperial, los famosos buques negros, no ha sido posible aprovechar los navíos, para desgracia de nuestra Armada y de España en un momento de tanto compromiso en Indias. Bien lo sabe Leñanza que se encontraba embarcado en el *Alejandro I* en misión a las costas del mar del Sur. Debieron regresar cuando cruzaron la línea equinoccial, porque el buque hacía tanta agua que por poco dan con las tablas en los reinos del dios Neptuno. Las fragatas son mejores, sin duda. De todas formas, la *Reina María Isabel*, perdida en las costas chilenas, y esta *Ligera* parecen ser las más aprovechables. Queda por comprobar que la *Viva* también muestra la necesaria firmeza en sus fondos, comprobación que se lleva a cabo en estos días.

Se hizo un ligero silencio. El comandante creyó que no había respondido la pregunta, por lo que entró de nuevo al quite.

—Ahora en concreto sobre esta fragata *Ligera*, deben saber que solamente le cuadran cuatro años en sus cuadernas desde que fuera botada a las aguas. Y parece muy marinera a ojo de cormorán, lo que hemos de comprobar en unas pocas semanas. Sin olvidar que dispone de una artillería envidiable, con

cuarenta piezas bastante nuevas y todas ellas con pistolete de fuego en seguro. Y es posible que nos embarquen cuatro obuses de los proyectados por el ingeniero Revira, ordenanza de 1795, que hasta ahora han sido poco aprovechados en nuestra Armada y, en mi opinión, poco o nada han de envidiar a las carroñadas inglesas. Por cierto, que en el arsenal se encuentran cuatro de estas últimas piezas, que pienso solicitar al comandante general por si nos tocan en el sorteo de cruces.

—¿Cuatro carroñadas más, señor? —preguntó de la Vega con rapidez—. ¿No será demasiada la artillería para una sencilla fragata?

—No lo creo. Ahora se construyen fragatas con cincuenta cañones de porte, sin problemas. La parte negativa es que no dispongamos de artilleros suficientes para cubrirla toda al tiempo y que aumente en exceso el cargo de munición, con la santabárbara a tope. Deben tener en cuenta que, probablemente, en las Antillas entraremos en combate contra unidades menores, en donde proliferarán los fusileros. Y en ese caso, será mi intención barrer cubiertas en sangre, para lo que los obuses y carroñadas en castillo y toldilla cargados de metralla pueden ejercer un papel fundamental. Las encontró don José María en una de sus incursiones —sonrió al contador— y espero que continúen sin dueño. Asimismo, comprobarán que estamos embarcando más cantidad de cargas de metralla que de bala rasa, por la misma razón. Así lo expuse al capitán general y se me ha aceptado. Pero una vez, dicho esto, sin embargo...

El comandante hizo un ligero descanso, al tiempo que mesaba sus cabellos con lentitud.

—Sin embargo, no podemos negar la peor evidencia. Las maderas utilizadas en la construcción de esta fragata son de muy mala calidad y escasa vida, pensando en futuros temporales o combates. Se llevó a cabo la revisión de fondos, esa petición que costó renuncias y expulsiones de oficiales años atrás. El resultado ha sido normal. El forro de cobre de la obra viva se encuentra en buen estado y tras extraerlo en parte, las maderas se mostraban en cuerdas de bonanza. Por desgracia, no se trataba de roble sino pino cuadrado de poros, muy habitual en Rusia, que vaticina malos futuros. También es difícil de creer que no hayan utilizado las maderas de Riga para las perchas^[16], las mejores y más nombradas.

—Bien que las echamos de menos para nuestras arboladuras, cuando los britanos pasaron a dominar el Báltico y cortaron el suministro —medió el segundo comandante.

—Así es. Por desgracia, nuestros palos y masteleros son también de pobre calidad. Incluso las mesas de guarnición no muestran la debida y necesaria fortaleza. Cualidades peligrosas, sin duda. Por el contrario, disponemos de dos bombas de picar^[17] privilegiadas, de doble émbolo, y dos más sencillas, capaces de extraer mucho líquido llegado el momento. Pero no debemos entrar en desánimo, ni mucho menos. En la Armada hemos de dar avance con el material del que se disponga en cada momento. Con nuestro afán y trabajo debemos compensar las mermas. Formamos una división naval poderosa, para el estado actual de nuestras fuerzas. Y la espero aumentar en Puerto Cabello a costa de los rebeldes, de cuyo apostadero he sido nombrado comandante, y dar la batalla en momentos decisivos.

—¿Tan mala es la situación en Tierra Firme, señor? —preguntó el alférez de navío Marín.

—Ese es un punto de difícil respuesta. La situación es mala de norte a sur, por supuesto, con falta de soldados, artillería, pólvora y caudales en todos los teatros. Pero es muy variable, especialmente desde que se firmaron algunos armisticios parciales que, en mi opinión, solamente a los insurgentes benefician. Porque los cortan de cuajo y sin aviso cuando a ellos conviene. La información llega a la Península muy atrasada y a veces deformada por intereses propios. Por todo ello, conoceremos la realidad en su punto exacto, cuando allí arribemos. Pero es de suponer que se nos soliciten movimientos de tropas, apoyo de nuestra artillería en operaciones concretas, limpieza de unidades menores y mil socorros más a los que nos aprestaremos con el alma por delante.

Se hizo el silencio, como si toda la menestra hubiese sido servida por los rancheros. Y parecía que el comandante levantaba la sesión, cuando el segundo solicitaba su venia para recalcar algún punto más.

—Deben saber, señores, que embarcaremos víveres y aguada para cuatro meses. No obstante y en vista de lo que hemos recibido hasta ahora, aparecen de muy baja calidad y no exagero una onza. Bueno, ya lo habrán podido comprobar en estos pocos días. El vino es garraspón de presidio y medio avinagrado, antes de cruzar una sola milla. Por tal razón, los oficiales que dispongas de posibles, pueden enviar a sus criados a tierra para acopiar una despensa personal acorde a sus deseos.

—De momento —el comandante tomó la palabra de nuevo—, el plan es continuar reponiendo el velamen de respeto, ajustar la artillería de nuevo embarque y comenzar a salir a la mar para comprobar el trapo y otros sistemas, que poco sabemos con certeza de esta fragata. Calculo que en dos o

tres semanas podremos salir a la bahía. El personal necesita ejercicios doctrinales en doble sesión. Los artilleros pasarán tres días a la semana a la Batería Doctrinal, para efectuar los necesarios ejercicios de fuego real. Y achuchen a tirios y troyanos, que debemos aprovechar estas semanas de tranquilidad. Quiero marineros y grumetes bragados, aunque les sangren las manos de tanto repetir las maniobras. Y un buen ritmo de fuego en los artilleros, con punterías adecuadas. Para los oficiales a cargo de la artillería, les recomiendo encarecidamente el cuadernillo de órdenes e instrucciones artilleras de nuevo cuño. En realidad están basadas en las originales de don Cosme Damián Churruga, que Dios guarde en su gloria. Badana de fuerza y grillos sin jaulas de capitán a paje de escoba. Y si aparece alguna jeta más o menos ariscada, grillos y racionamiento. Deben saber que soy comprensivo con mis hombres, pero no me temblará el pulso una mota si he de entrar en cangrena.

Ahora sí que rematamos la velada. Y debo asegurar que quedé con el alma en balance. Por un lado, me sentía muy orgulloso de encontrarme embarcado en la fragata *Ligera* y cercano a entrar en comisión de guerra por el mar de las Antillas. Sin embargo, me dolía que no sé, tratara de una de las fragatas construidas en nuestros arsenales con todas las garantías. Echaría de menos el roble español, que tanta garantía ofrece. Deben recordar que mi experiencia con los buques rusos, como había comentado el comandante, no era muy positiva. Pero el sol superaba en cuajo a la sombra, y el espíritu se elevaba a los cielos con facilidad a los quince años.

Aunque Pepillo había comprado para mi despensa particular vino, así como algunas piezas de embutidos y carnes al poco de embarcar, lo tomé de la mano para los encargos con vistas a la navegación de muchas millas y meses abiertos por la proa. Y como tanto su primo como Barbate, el gaviero-criado de mi padre, lo habían aleccionado a fondo en casi todos sus menesteres, además de su innata sabiduría para los manejos de todo tipo, sabía que no me dejaría en seco.

—Pepillo, un par de semanas antes de salir a la mar de forma definitiva, has de pasar a Cádiz para acopiar alimentos y bebida en suficiente cantidad.

—Ya lo suponía, señor. Barbate me comentó un par de marchantes con los que he de tratar y regatear hasta dejar los nudos.

—Necesitaremos vino, paletillas, cuadriles adobados, cecinas, buenas ristras de chorizos, un bocoy de aguardiente...

—No se preocupe, señor, que tengo una lista completa en la cabeza. De nada le faltará en el futuro. Y hará bien porque con la menestra de a bordo,

perderá alguna pieza de la boca. Sin olvidar que el tocino huele a rancio desde la cofa de los palos.

—De acuerdo. Ya te avisaré, llegado el momento.

Todo quedó cuadrado y comenzamos a purgar los días de espera, con la ignorancia del futuro concreto en fechas. Porque batimos cuerdas a fondo en el adiestramiento de la dotación de sol a sol. Había sido asignado a las piezas artilleras de la toldilla. Pero quedé casi en cuadro durante tres semanas, hasta que embarcaron cuatro obuses de a veinticuatro y dos carroñadas del mismo calibre, de las mencionadas por el comandante. Con ellas a bordo y el personal nombrado para las mismas en doble marca, comencé su instrucción con el alma a cuajos, tras leerme una y otra vez hasta memorizarlo la instrucción para el manejo de dichas piezas. Fueron semanas cargadas de lomos duros, en las que cada día acababa para tomar el jergón y rendir sueños sin una sola figura a empeñar.

Embarcaron los dos oficiales que remataban el cuadro, así como los tres caballeros guardiamarinas prometidos. El más antiguo de ellos, Juan Salomón, perteneciente a mi brigada en el Colegio Naval, fue habilitado por el comandante para cubrir puesto de oficial efectivo de menor antigüedad. Los dos más jóvenes mostraban cuerdas y trazas de caballeros de primer embarque. Se trataba de Hermenegildo Lanza y Baldomero Cuartas. Estos últimos más cercanos a la teta materna que a las tablas de un buque en comisión de guerra, como habría dicho mi padre. Bien es cierto que poco podía alegar en tal sentido, porque los tres me superaban en una cuarta de estatura.

El tiempo comenzó a correr a tranco largo y sin pausa aparente. Cada vez veía más cerca las Indias, esa imagen que mantuviera grabada por fuegos en la sesera aun antes de sentar plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas. No me comían los nervios porque una situación parecida había vivido a bordo del *Alejandro I* durante muchas semanas. Y como el comandante, en dos reuniones posteriores, no mostraba rastros negativos sino muy al contrario, me mantenía con la esperanza abierta y en espera de abandonar la Península con proa firme hacia poniente. Me esperaban las aguas cristalinas del mar Caribe, pero también algún cuadro de combate y sangre que atravesaba mi mente sin rozarla apenas.

7. Proa firme hacia las Indias

El undécimo día del mes de noviembre del año del Señor de 1820, consol en lo alto de la bóveda y vientos sin arrimar ascuas, abandonamos la inigualable bahía de Cádiz a bordo de la fragata *Ligera*, con proa cierta hacia las aguas del mar de las Antillas. Y, más en concreto, con destino a Puerto Cabello en las costas de Tierra Firme, de cuyo apostadero debía tomar el mando el capitán de fragata don Angel Laborde. Tanto la específica preparación del buque insignia, como el embarque de las tropas, el alistamiento del resto de las unidades de la división y mil pormenores más, que saltaban contra los ojos día tras día, retrasaron en unos pocos meses los planes iniciales. Pero no hay mal que por bien no se remate en gloria. Porque a pesar de las penurias que se sufrían en todos los ramos de la Marina, con el paso de las semanas, la buena mano del comandante para el brujuleo de asuntos oficiales y particulares en tierra, y el amparo de los amigos situados en destinos de empaque, colaboraron de firme para que el buque saliera a la mar con una dotación en un nivel profesional, que ni los más optimistas podían soñar. Incluso las condiciones en el importante apartado de pertrechos y armamento se cubrían al máximo de sus posibilidades.

De los buques previstos inicialmente para formar la división naval bajo el mando de don Angel Laborde, se descolgó a última hora la fragata Viva. Y bien que lo sintió nuestro comandante, porque se trataba de una gacela muy parecida a la *Ligera* y con más de cuarenta piezas de a dieciocho y a veinticuatro en su bordo, cantidad que no era de desmerecer, ni mucho menos. Sin embargo, la revisión de sus putañeros fondos no aparejaba muestras de alborozo. Se consideraba necesario descalzar el forro de cobre en la mitad de su extensión proel y retocar las tablas bajo el tajamar hasta la quilla, por donde hacía demasiada agua en estado de reposo. Tal situación recordaba a la de los navíos rusos, que se mantenían fondeados con las bombas de picar en permanente funcionamiento. Parecía difícil de creer que una fragata con tres

años de vida solamente pudiera presentar un deterioro tan pronunciado en su obra viva, además de extrema flojedad en su estructura. No obstante, se decidió su alistamiento, para pasar posteriormente de forma independiente a La Habana con tropas embarcadas.

Poco alentaba en futuros la situación certificada en el arsenal de La Carraca, en cuanto al estado de la Viva. Porque todos pensábamos en pura lógica que, en unión de la María Isabel y la Mercurio, se trataba de fragatas construidas en el arsenal de San Petersburgo con los mismos planos, manos profesionales gemelas y maderas de los mismos bosques rusos que la *Ligera* de nuestros amores. Pero ya se sabe que dos barcos construidos bajo idénticos gálibos^[18] y en las mismas gradas pueden salir a la vida como crías paridas de una misma madre y conductas diferentes de oración o presidio. Sin embargo, la mar se encontraba ya corriendo espuma bajo nuestra quilla, momento en el que tales pensamientos negros vuelan a popa con rapidez, al menos en los primeros momentos.

Habíamos salido por fuera de la bahía en cinco ocasiones con la fragata *Ligera*, para comprobar sus aptitudes generales y acoplar a los miembros de la dotación en sus puestos de mar y guerra. Y en todas ellas podíamos sacar las mismas conclusiones. La gacela rendía bien sobre las aguas, se mostraba ligera de alas y capaz de bolinear a la cuarta sin fisuras. No obstante, uno de aquellos días, en el que sufrimos un sudoeste cascarrón con mar sucia y espuma deshecha, con el comandante apretando el aparejo para mostrar las posibles llagas, comprobamos que las maderas del buque sufrían en exceso, sin que viento y mar alcanzaran la estadía propia para padecer tal situación. Los palos cimbreaban temerosos como cuerdas de violín, la estructura de la proa gemía por más y las mesas de guarnición^[19], un aspecto de la mayor importancia, mostraban excesiva debilidad. Llegó un momento en el que el comandante consiguió, tras repetidas peticiones, que se atacara dicho problema por personal del arsenal, aunque se tratara de ramaje en fortuna. De esta forma, se asentaron cuarterones a la brava con pernos de quejío, lo que, en opinión del ingeniero Moneada, debía ofrecer a las mesas una mayor fortaleza.

A pesar de las mermas expuestas, teóricas o prácticas, todos a bordo conocíamos con detalle el material del que disponíamos y a él nos hicimos por derecho. Porque ya se sabe que a la mar con el queso de recibo, ya sea con flores o de gusanos podrido. Debíamos cuidar a nuestra gacelita cual niña recién destetada a la vida, como repetía una y otra vez el comandante, si la mar nos permitía tales atenciones. Y como largaba sus comentarios entre

sonrisas abiertas, tal condición nos animaba por alto a cuadrar el alma y rendir hasta la última gota.

Otra nota positiva, gracias a que debiéramos aguardar tantos meses con las manos rendidas por esteras, se produjo al contemplar el cambio producido en el estado de adiestramiento de la dotación. Porque ya les decía que corrimos la badana con mojel fino de proa a popa, sin descanso y durante muchas semanas. La gente de mar se hizo a sus puestos con la suficiente garantía, un inesperado éxito. Pero también los artilleros llegaron a conseguir un ritmo de fuego más que aceptable, incluso cuando se hacía necesario circular entre las baterías de cada banda y las piezas del castillo con puestos doblados. En este último aspecto precisamente, que quedaba bajo mi mando, conseguí triunfos de los que mucho elevan la moral.

Pronto comprendí las palabras del comandante, al alabar los obuses conocidos en la Armada como de Rovira^[20], que en poco o nada debían envidiar a las carroñadas británicas. Y no sólo tenía en cuenta la obra del afamado ingeniero, Tratado de artillería para el uso de los caballeros guardiamarinas en su Academia, con la que había estudiado años atrás. De forma especial atacaba día y noche otra titulada Ejercicios de cañón y mortero, con información fundamental para el uso de estas piezas, con la que planeé a fondo los periodos de adiestramiento. Debo aquí reconocer la generosidad del segundo comandante, teniente de navío Vigodet, que me entregó la citada obra de su propiedad, condición poco habitual, al comprender que intentaba perfeccionar mis conocimientos sobre un arma pobremente utilizada en la Armada hasta el momento. La verdad es que el segundo comandante nos ofrecía plena seguridad, dada su antigüedad y experiencia, cualidades que se dejaban notar a millas de distancia.

Las tropas del Ejército embarcaron con sus mandos respectivos cinco días antes de la salida a la mar, para conseguir su necesario acoplo a la vida de a bordo. Y como era habitual en estos casos, entraron de número en el plan de combate, para el caso de que fuese necesaria su asistencia. Porque podían presentar un extraordinario alivio, tanto en situación de cubierta corrida de sangre, un número de fusileros digno de tener en cuenta cuando se peleaba a tocapiñoles^[21], como de maniobra en los casos que el temporal arrecia y se necesitan manos duras en las tiras o en las bombas de picar.

En cuanto a los víveres, se embarcaron para cuatro meses con alguna gota más de cuajo, gracias a la habilidad conejera del contador, que se movía por los almacenes del arsenal como balandra en puerto. Pero como avisara el segundo comandante, presentaban una muy baja calidad y con animales vivos

en movimiento desde el primer día. Bien es cierto que todo alimenta la puchera de a bordo, de forma especial cuando el hambre muerde tripas adentro. Por su parte y como necesario complemento, la pipería^[22] se aparecía en orden celestial, elemento fundamental a bordo, porque nada hace sufrir más al personal que el racionamiento del líquido al cazo. Tanto pipas como toneles, toneletes y cuarterolas parecían fabricados con mimo y excelente material. Posiblemente y para extrañeza general, las maderas más nobles del buque.

Comprendí que el comandante se encontrara satisfecho de los oficiales de su dotación. Porque no aparecía ni siquiera el clásico garbanzo tetón, que suele cardar demasiada lana y al bulto. Tan sólo puedo declarar que el teniente de navío Cárdenas, último embarcado, presentaba ojos de bitoque y voces demasiado duras en el trato. Pero se trataba de una impresión inicial que se desmontó con rapidez, por mucho que esas miradas atravesadas amadrinen en su cola malos augurios. Y se trataba de asunto importante porque quedaba mi alma bajo su mando directo, como jefe de la batería auxiliar. Pero desde el primer momento me mostró su apoyo más incondicional y comprensión cuando, a causa de mi escasa experiencia, marraba por exceso.

En cuanto a los guardiamarinas embarcados, debido a mi cercanía a ese estado, les dediqué todo mi auxilio y comprensión. Intenté que su camareta, la habitual cochiguera establecida entre lonas recias, presentara una mínima decencia. Y aunque se encontraran en el proceso de aprendizaje noche y día, perseguí que no cayeran en momentos de desesperación, tan habitual en los caballeros de la Real Compañía. También presentaban buena madera de futuro. De acuerdo con las directrices del comandante, bajo mi mando directo quedó el más moderno del trío, Baldomero Cuartas, de catorce años, aunque mostraba hechuras de mozo bragado. Se trataba de un valenciano sano y con espíritu de llagas, dispuesto a dar el do de pecho en cada momento y sin necesidad de que se le atizaran los cueros.

El día anterior al previsto para la salida definitiva a la mar, el comandante volvió a reunimos en la cámara de oficiales, para una última y definitiva ronda de información. Y sé bien que tal condición, habitual en el proceder del capitán de fragata Laborde, ofrece resultados muy positivos en toda la dotación. Para colmo de bienes, aquella mañana parecía de excelente humor cuando tomó la palabra.

—Señores oficiales, todo llega en esta vida para bien o para mal de nuestras almas. Vamos a charlar por última vez antes de la salida a la mar y

les informaré de las noticias recibidas ayer, cuando me despedí de la Superior Autoridad. Pueden interrumpirme en cualquier momento, si les queda algún punto en oscuro. —Abrió las manos en nuestra dirección, para ofrecer la necesaria fuerza a sus recias palabras—. Bien, si no acaece ningún factor anormal, en la amanecida de mañana abandonaremos esta bahía para aproar definitivamente hacia nuestro previsto destino de operaciones. Como ya conocen la composición final de la división, solamente debo indicarles el plan diseñado para cada una de ellas, poco acorde a mis deseos. Una vez a la vista de Tierra Firme y antes de entrar en Puerto Cabello, el bergantín *Jacinta* aproará por su cuenta hacia La Habana, para desembarcar allí los hombres y armamento embarcados a su bordo. Y la misma función queda reservada para el *Hiena*, con destino a la plaza de Portobello. Por su parte, la corbeta *Aretusa*, una vez desembarcadas las fuerzas de transporte en Puerto Cabello, deberá regresar a la Península sin pérdida de tiempo, transportando a los tan cacareados comisarios y diputados de la paz. Ya saben que no ofrezco crédito alguno a dichas actividades, que para colmo costará mucha plata y nos despluma de una buena unidad. Pero debemos cumplir las órdenes, aunque nos suponga esa pérdida que, estoy seguro, echaremos de menos más adelante.

—Eso significa, señor —apuntaba Oramas—, que la división quedará reducida a...

—De momento, una vez la *Aretusa* inicie su tornaviaje a la Península, la división bajo mi mando quedará reducida a la fragata *Ligera* de nuestros amores, acompañados solamente por el bergantín *Hércules*. Pero las dos unidades destacadas, bergantines *Jacinta* y *Hiena*, deberían regresar a nuestro lado en escaso tiempo. Y hablo en condicional, porque poco fío en el capitán general de La Habana, a quien creo capaz de tomar el *Jacinta* de la mano e incluirlo entre sus menguadas fuerzas. Es una práctica deleznable, pero así se tiene concedido privilegio a los capitanes generales de forma absurda. Espero que el *Hiena* nos llegue en vuelta en escasas semanas, porque mucho aprecio sus cualidades. Además, según las órdenes recibidas, deberé hacerme cargo de las unidades presentes en Puerto Cabello y puntos cercanos como La Guayra, Cumaná y otras localidades de Tierra Firme. Pero no es difícil suponer lo que podemos encontrar en dichos, puertos, si ni siquiera en la comandancia general de la escuadra podían adelantarlo. Bueno, no es momento de caer en malos presentimientos. También es posible que apresemos alguna unidad rebelde de suficiente porte, para aumentar nuestras

fuerzas. Dios proveerá a sus mis queridos hijos —el comandante entonaba ahora en chanza.

—En ese caso, señor comandante, listos para llevar al alba —apuntilló el segundo.

—En efecto. Con las primeras luces, avante las ruedas. Si se mantiene este viento bonancible, nos permitirá abandonar la bahía sin mayores dificultades. Es mi intención enhebrar una derrota clásica. Proa inicial hacia las islas Canarias, para caer a favor de los vientos Alisios sobre los veinte grados de latitud, más o menos. Espero que podamos recalar sobre la hermosa isla Trinidad, si la Patrona, Nuestra Señora del Rosario, sopla a favor. En cuanto a los guardiamarinas, especialmente los dos más jóvenes, no deseo una instrucción en conjunto, que ya deben olvidar la situación de borregos en manada. Cada oficial al que se le ha asignado un caballero, será responsable de su diaria formación. Y para comenzar, deberán exponerles la derrota que vamos a seguir y las razones teóricas que nos impulsan a ello.

—¿En cuanto a ejercicios doctrinales en la mar, señor? —era Cárdenas quien preguntaba.

—Creo que ya hemos batido a nuestros hombres por cuerdas en suficiente proporción. Solamente estableceremos los periodos mínimos que se marcan en la norma, en caso de que el estado de la mar lo permita.

El comandante dirigió la mirada en redondo, en espera de alguna pregunta más. Pero ya se mantenía toda la harina molida y sólo deseábamos salir con espuma a popa hacia las Indias. De esta forma, disolvió la reunión con rapidez y órdenes de preparar el buque para la próxima salida a la mar. Poco después, el caballero Cuartas se pegaba a mi casaca una vez más como una sombra. Y estimé que deseaba preguntarme algún detalle, por lo que lo atacé de inmediato.

—Dejemos un aspecto aclarado con la necesaria exactitud, caballero^[23] Cuartas. Cuando dude de cualquier información o desee profundizar en algún aspecto determinado del servicio, diríjase a mí con entera confianza y sin rodeos, que para nada sirven. ¿Quiere saber algo?

—Bueno, señor, eso de la derrota... de la derrota clásica que ha mencionado el señor comandante me ha quedado un poco...

—Vaya por Dios. Pues ese detalle, caballero, debería haberlo aprendido a fondo en la Academia. —Le sonreía con afecto para rebajar su evidente tirantez—. No se preocupe, que para eso han embarcado. Se entiende por derrota clásica a la que han tomado los buques hacia Indias al ciento desde el siglo xv, hasta que aparecieron otras derrotas más modernas en las que no

todos fían. Lo más sencillo es dejarse caer hacia el sur hasta tomar los vientos alisios del norte, que soplan normalmente durante todo el año en los mares del Norte, del Sur y de las Indias^[24]. En el caso que nos ocupa, los alisios del norte aparecen aproximadamente entre los ocho y veintidós grados de latitud, con dirección nordeste y una velocidad de unas doce millas^[25] de media. Dependiendo de la época del año, pueden variar en latitud de cuatro a seis grados y del nordeste al norte-nordeste en su dirección. Los alisios del sur, con parecidas normas, soplan en dirección sudeste. Ambos se encuentran separados por la zona llamada de las calmas, que tan poco agradan al hombre de mar. Pero en nuestro caso y como debemos dirigimos hacia las costas de Tierra Firme, que se encuentran sobre los diez grados y medio de latitud norte, procuraremos evitar esas calmarías del demonio.

—En ese caso, señor, rodearemos las islas Canarias sin entrar en ninguno de sus puertos.

—Nada nos obliga a tocar Tenerife u otra isla, condición de la que me alegro. No guardo buenos recuerdos de mi embarque en el navío Alejandro I y nuestra estancia en las islas. De todas formas, la decisión dependerá del viento que nos sople hasta las islas Afortunadas. Es posible que tomemos el paso entre Lanzarote y la costa africana, para caer posteriormente a estribor. Pero a veces, cuando no es obligada la escala en Tenerife, es posible dejar el archipiélago por babor, si los vientos ya se abren en beneficio. Pero todas estas informaciones que aparecen en los tratados como Biblia pastoral, no son más que papel escrito sobre las aguas. Quiero decir que luego la mar y los vientos obran al capricho propio en demasiadas ocasiones. En cada momento, el comandante decidirá lo que estime más oportuno, de acuerdo con las condiciones que atravesemos. ¿Me comprende, caballero?

—Desde luego, señor.

—Pues ahora, a comprobar que todo se encuentra preparado para la salida a la mar. No deje una sola chaza de popa sin repasar a la vista. Recuerde que, en situación de maniobra, nuestro puesto es el palo mesana. Así que ordene formar la brigada y que el primer guardián a cargo del palo, don Sinforoso Parra, pase cuentas de cabuyería, retén y puestos.

—Quedo enterado, señor.

Estaba contento con el comportamiento del caballero Cuartas. Tan sólo le faltaba hacerse poco a poco con el barco, disfrutar de suficientes días de mar y cobrar un poco más de confianza en sí mismo. También era importante que olvidara ciertos usos y resquemores tan habituales en la Academia, cuando las acciones se llevan a cabo como norma en conjunto y la independencia

desaparece casi por completo. Ahora debía comprender que formaba parte del alma de aquella fragata, a la que deberíamos unirnos por chicote corto durante bastantes meses.

Aquella misma tarde, el comandante llevó a cabo en su propia cámara el habitual consejo de comandantes, previo a la salida a la mar de toda formación naval. A la misma asistieron todos los de las unidades nombradas para formar parte de la división, así como el segundo comandante de la *Ligera*, que oficiaba en la práctica como un mayor general sin mayoría^[26]. Por las noticias que nos llegaron en ondas, se habló de la formación de marcha, el código de señales, acciones previstas ante peligros de todo tipo que pudieran aparecer, las habituales recomendaciones y un posible punto de reunión para el caso, muy común, de que la fuerza se viera dispersada por las condiciones de mar y viento. No debieron saltar discrepancias de orden, porque a la salida todos mostraban rostros de cuadro y sonrisas de felicidad. Nada quedaba por aclarar y solamente esperábamos el momento de salir a la mar abierta.

Todo el pescado se encontraba vendido y me sentía inmensamente feliz. Porque por fin encaraba mi segunda oportunidad de pasar a Indias, con cuyas costas y aguas recreaba el cerebro noche y día. Suponía que aquella última noche en aguas peninsulares, anterior a su primera salida a la mar con derrota larga, los caballeros guardiamarinas soñarían con los perfiles del dios Neptuno y sus hermosas crías. Ese fue al menos mi caso, con las pestañas revoloteando en las aguas antillanas por adelantado.

* * *

Por fin y como estaba previsto, con las primeras luces de la mañana del 11 de noviembre, bendecidos con un sudoeste flojito y mar en cabrillas sueltas, levamos las anclas de la fragata *Ligera* para abandonar la bahía. Se dio la oportuna orden a los buques de la división, que también ofrecieron la voz de arriba y clara^[27] sin que se movieran los duendes a la contra, ni apareciera problema alguno de rosca. Entendí que arrancábamos la primera singladura con excelente cariz de cielos, viento y mar. Y como mano primera se larga entera, al menos eso aseguraba don Sinforoso, muy calado por las antiguas tradiciones de la mar, abandonamos los puestos de maniobra con la gacela bebiendo las aguas.

Si a la navegación que debimos cubrir entre Cádiz y Puerto Cabello se le pudiera aparejar algún adjetivo, marinero o de seco, este sería el de máxima

bondad en la señora de los mares y suerte por arrobas con los soplos del dios Eolo en feliz conjunción. Porque todo acaeció, tal y como en los sueños aparecen las vírgenes sirenas de la mar. Cuando nos convenía arrumbar hacia el sur para aproar a ese Pico del Teide, que se divisa majestuoso a bordo a ochenta millas de distancia, el viento se entabló del noroeste y fresco^[28] de fuerza. Y como nada agradece más una fragata que el soplo de todas las velas, la *Ligera* tragaba millas como cortesana en ejercicio de placer intenso. Tanto así, que llegamos a olvidar la penosa calidad de sus maderas y el origen que la lastraba en nuestros cerebros.

Una vez montadas las islas Canarias en el paso con la costa africana, el viento se fue recostando poco a poco hasta quedar entablado en un bendito nordeste, esos Alisios septentrionales que han amparado a los hombres de mar a lo largo de los siglos, desde el grande almirante hasta nuestros días, en sus derrotas hacia las Indias. Es cierto que siempre en la mar surge alguna casaca vieja sobre las aguas y a deshora, pero en nuestro caso se redujo a un par de días con viento caído al suspiro, rápidamente reemplazado por el nordeste fresco, que se había hecho dueño de nuestras existencias.

La vida se manejó a bordo con guante de gamuza y sin apreturas de ningún tipo. No sufrimos un solo contusionado en las maniobras generales, condición difícil de creer, ni la habitual aparición de las enfermedades marineras con bajas de todo tipo. Solamente cuando ya nos restaban unas cien leguas para recalar en las Indias, el momento tan esperado por muchos que no las habían divisado jamás, unos pocos marineros y soldados alegaron fuertes pujos de vientre, que hicieron temer al cirujano en unas posibles fiebres pútridas, ese mal epidémico que ha diezmado tantos buques de la Real Armada. Pero ni siquiera esa condición se alargó más de dos o tres singladuras y sin baja alguna que lamentar. Tan placentera resultaba la navegación, que debí advertir a los caballeros guardiamarinas para que no creyeran que la gran señora muestra gasas tan finas en permanencia.

—Parece que han aparejado la suerte con su embarque, caballeros. Pero no crean que van a observar las aguas con estas galanuras durante semanas. Ya aparecerán los vientos de corte, momento en el que esta fragata deberá demostrar sus cualidades.

—Ya lo suponemos, señor —contestó el caballero Lanza con aplomo—. Pero más vale disfrutar del momento y dejar las bolas negras para cuando nos alcancen.

—Por supuesto. Hemos conseguido mantenernos sobre los trece grados de latitud sin mayor esfuerzo, ni necesidad de atacar bordada de fuego. Supongo

que, más pronto que tarde, el comandante caerá alguna cuarta de rumbo al sur. Bueno, siempre que se mantenga en su cerebro la idea de recalar sobre la isla Trinidad. Y todo parece indicarlo en ese sentido.

—Una isla británica tan cerca de la Tierra Firme española —exclamó Lanza con cierta tristeza.

—Una maravillosa isla, que nos fue arrebatada hace escasos años, en 1802, a causa del nefasto cambalache a que nos sometió el maldito corso Bonaparte en la Paz de Amiens. Parece mentira que tan cerca de nuestra Tierra Firme aparezca ese pabellón britano. Casi todas las islas antillanas que descubrimos y tomamos, nos fueron arrebatadas una a una por todas las naciones europeas, hasta dejarnos con Cuba y Puerto Rico solamente. Pero, bueno, elevemos un rezo a los cielos para que no perdamos el resto del continente con pabellón español.

Tal y como había supuesto, el comandante forzó el rumbo un par de cuartas a babor, para entrar en una empopada de dulce. El resto de las unidades siguió aguas a la capitana, de acuerdo a la formación de marcha impuesta. Hasta en este particular aspecto, la travesía del mar del Norte había resultado un éxito rotundo. Era condición habitual en toda formación naval que las unidades fueran dispersadas por la mar y el viento en alguna ocasión. Tanto así que, precisamente, se había concertado el punto de reunión en un fondeadero del golfo de Parias, cercano a nuestra situación actual. Pero no era el caso porque en ningún momento de la travesía habíamos dejado de observar a los buques situados a popa en conserva, rebajando a veces el trapo para que no se descolgara la corbeta *Aretusa*, la más lenta de la división.

Deben tener en cuenta que a lo largo de casi toda la corrida por el mar del Norte, el sol se había mantenido en lo alto con escasa aparición de nubes. Por tal razón, el piloto mantenía un punto de observación^[29] de la mayor confianza. Y en base a tales circunstancias, el día tercero de diciembre, el vigiador del palo mayor dio la voz que tan bien resuena en los oídos del hombre de mar.

—¡Tierra, dos cuartas a babor!

Todos los oficiales nos congregamos en el alcázar alrededor del comandante, que dirigía su anteojo hacia la dirección apuntada. Y escasos minutos después alzaba la voz en dirección al piloto.

—Recalada perfecta, don Matías, sin una milla de error. Ahí se nos aparece orgullosa la punta Galera, espolón nordeste de la isla Trinidad, si no yerro en mis apreciaciones.

—Acierta de lleno, señor. Punta Galera dos cuartas a babor. Pero el mérito no es mío, sino de estas benditas condiciones que hemos disfrutado desde que abandonamos la bahía gaditana.

—No le falta razón. Creo que jamás crucé a Indias con una navegación tan galana y exenta de problemas, más propia de señoras recogidas en gabinete. Pero veamos como andamos de conocimientos, caballero Cuartas — el comandante se dirigía al más joven de los guardiamarinas—. Hagamos un poco de historia, que siempre es buena medida para la formación del oficial de guerra. ¿Quién descubrió esta hermosa isla?

—Creo que fue el grande almirante don Cristóbal Colón en 1498, señor comandante. —El joven se destocaba en obligada cortesía para responder al comandante—. Al nombrarla así, deseaba honrar a las tres personas unidas en un solo Dios.

—Muy bien, caballero. Me sorprende gratamente. La Trinidad es una isla preciosa y de las más vastas bañadas por el mar Caribe. Tan sólo la superan en extensión Cuba, Jamaica, La Española y Puerto Rico. Su contorno se parece bastante al de Puerto Rico, aunque con su perfil invertido ocho cuartas^[30] en dirección norte-sur. Y como muchos navegantes aseguran, su forma se asemeja al pellejo de un buey, a causa de los dos apéndices peninsulares que prolongan el cuadrado de la isla en dirección al continente vecino, de forma que rodean las aguas del golfo de Paria, llamado de las Perlas por don Cristóbal Colón en 1498. Se trata de un buen punto de recalada para las navegaciones que proceden de la Península, al encontrarse comprendida en la zona de los vientos Alisios del norte. Le lanzaré una nueva pregunta, un poco más difícil. ¿Cuál es su ciudad más importante?

En ese punto cedió por corcheras el caballero Cuartas, mostrando los nervios aferrados. Miró hacia mí, como si deseara encontrar la solución en mi rostro. No obstante, el comandante entonó de forma agradable.

—No sufra, caballero. No debe sentirse obligado a conocer tal detalle. La ciudad más importante de la isla Trinidad es Puerto España, que se abre a una rada de escaso fondo y bien protegida. Pero ahora hemos de proseguir nuestra derrota hacia el oeste puro. Dada nuestra situación actual, pasaremos entre esta isla y la de Tobago, para continuar proa a la isla Margarita, que costaremos a escasa distancia si se encuentra todavía en nuestro poder. Dejaremos a popa Cumaná, Barcelona y, más a poniente, La Guayra. Por último, entraremos desde el norte para abordar Puerto Cabello, nuestro destino final. Ya les preguntaré algo más sobre dicho establecimiento.

—¿Y el resto de la división? —preguntó el segundo comandante.

—¡Por los clavos de Cristo! —El comandante golpeó su frente con la mano, al tiempo que sonreía de excelente humor—. Tan galana ha sido la navegación, que he olvidado los planes impuestos. En primer lugar y como habíamos planeado, fondearemos en el golfo de Parias, para que cada unidad prosiga derrota con las órdenes recibidas. ¡Don Matías!

—Mande, señor comandante.

—Vamos a repasar el golfo de Paria a la vista. Si no aparece una vela sospechosa, largaremos las anclas donde me recomiende. ¿Existe algún tenedero de garantía cerca de Campano?

—Sin dudar, señor, frente al Morro de Puerto Santo. —El piloto se acercaba hasta el comandante con una carta alzada en la mano—. Precisamente, el que le he señalado esta misma mañana, a unas tres millas de Campano. Un tenedero^[31] de absoluta garantía, incluso para una escuadra completa. Ha sido muy utilizado en anteriores ocasiones y sin problemas a la vista.

—Muy bien. En ese caso, segundo, ordene al resto de la división fondeo libre frente al Morro de Puerto Santo con entera independencia. Y que queden a medio cable de distancia entre unidades. Una vez en seguridad, consejo de comandantes a nuestro bordo.

—Muy bien, señor.

—Y que el bergantín *Hércules* entre por la canal que se forma entre las islas Coche y Cubagua, por si descubre presencia de velas propias o ajenas. Lo dudo, pero no viene mal una comprobación.

—Quedo enterado, señor.

Continuamos la navegación de acuerdo con las directrices impuestas por el comandante. Y si a veces los miembros de la dotación piensan en posibles varadas o percances contra aspectos desconocidas del fondo o de la costa, no era el caso. Porque tanto don Angel Laborde como el piloto, don Matías Ramos, parecían moverse como peces en aguas propias y muy conocidas. Para colmo de bienes, ese nordeste bendito que parecía haberse clavado en los cielos con placas de bronce, todavía nos abanicaba por la aleta en relumbrón. Un par de horas después, quedábamos todos los buques fondeados frente al Morro de Puerto Santo, una especie de restinga dirigida hacia el norte, que ofrecía excelente abrigo en las dos direcciones. El comandante continuaba de excelente humor.

—Bueno, señores, no podemos decir que nos haya llegado el momento del descanso, tras una navegación tan placentera. Por el contrario, más bien entiendo que hemos alcanzado el tiempo de comenzar la verdadera faena.

Quiera la bendita Patrona que se abra en dulce. Desde aquí destacaré a los bergantines *Jacinta* y *Hiena*, para que acudan a sus puertos de destino inicial y desembarquen las tropas. Y que Dios les permita regresar a nuestros pechos cuanto antes. Mañana continuaremos la derrota prevista hacia Puerto Cabello con la *Aretusa* y el *Hércules*.

—Creo que tiene razón, señor —apuntó el segundo comandante—. Ahora comenzaremos a talar leña del bosque y con sierras mordidas. Pero ya de entrada, debemos comprobar la bandera que se exhibe en cada uno de los puertos e islas. Con una situación tan cambiante, se han podido producir cambios importantes.

—En efecto. Hasta que arribemos a Puerto Cabello y nos informen con cierto detalle, no conoceremos el verdadero estado de la situación de guerra. Así que cuatro ojos a las bandas y sin confiar en un solo cormorán. Muchos buques se han perdido por la excesiva confianza.

Se siguieron las directrices del comandante, sin perder una sola línea. No obstante, en el consejo de comandantes se decidió retrasar la salida de los dos bergantines que debían partir hacia La Habana y Portobello, hasta la mañana siguiente. De esta forma, nos mantuvimos en el fondeadero frente al Morro de Puerto Santo durante toda la noche en bendita paz y tranquilidad del alma. Porque ya el bergantín *Hércules* había inspeccionado los alrededores de la isla Margarita y sus dos pequeñas barrigas de Coche y Cubagua, sin que apareciese una vela sospechosa. Noche con mar en calma y miles de estrellas brillando en una bóveda de corte celestial.

Me sentía emocionado desde que habíamos avistado en la distancia el bulto grisáceo de la isla Trinidad, convertido posteriormente en perfiles de verde clamoroso. Por fin se hacía realidad ese sueño encajado en el cerebro desde mi más tierna infancia. Y no mentían las imágenes trazadas en sueños, porque las aguas se aparecían del color de la aguamarina y transparentes como el cristal, al punto de poder observar los cables de amarre de las anclas en su descenso hacia los fondos. Sin embargo, ahora llegaba el momento de la verdad. Porque un duende en los higadillos me declaraba con voz en grito que no tardaría mucho en llegar mi primer enfrentamiento con sangre propia o ajena en la cubierta.

Y por todos los Leñanza inhumados en la ermita de Santa Rosalía, que no podía ofrecer la blanda en ningún momento. Me lo juré con extrema seriedad aquella misma noche, mientras intentaba entrar en sueños de arenas doradas.

8. Puerto Cabello

La mar y el viento continuaron bendiciendo a la fragata *Ligera* en su apacible navegación hacia Puerto Cabello, punto final de destino. Desde la isla Margarita navegamos a escasa distancia de la costa, con lo que era posible contemplar esa paleta de mil diferentes tonalidades, que solamente en algunos escenarios del mundo se nos ofrece como divina prebenda. Las cimas de una cercana cordillera desfilaban desde el negro más encamado, hasta el blanco dorado de las arenas que besaban la mar. Se mostraban abruptas y dominantes, como si quisieran detener todo un continente sable en mano, para dejar en paz y soledad las aguas turquesas del mar Caribe. Sin embargo, era el verde el color que dominaba de forma absoluta en el cuadro, hasta penetrar con fuerza en el fondo del alma. Verde de montaña, de esperanza, de pasto, de manglar y hasta ese verde infantil que acababa por morder el azul de las aguas.

Para el conjunto de las dotaciones defraudaba un tanto que la división se viera degradada en número, de forma tan importante. Porque calaba poco a poco en rebaja de cuartos, desde que se anunciara en Cádiz su primera composición. Y tal condición no colaboraba a elevar la moral, teniendo en cuenta la importante misión asignada. No obstante, pensábamos que la situación podría restablecerse a favor en pocas semanas, con el retorno de los bergantines y el envío de alguna fragata desde la Península. Una promesa esta última en la que, con sinceridad, pocos creían.

De esta forma, en la mañana del sexto día de diciembre de aquel año del Señor de 1820, que agonizaba con mil interrogantes en la cresta roja, nos encontrábamos tanto avante con la isla del Rey, a poco menos de media milla de distancia al norte de la barra natural que cierra el fondeadero interior de Puerto Cabello. Mientras los anteojos de los oficiales jóvenes se movían en rondo sin descanso, el comandante ordenaba fachear^[32] a las tres unidades. Deseaba detener el avance de los buques y observar la ciudad con cierto

detenimiento, antes de atacar sus fauces. Y como se mantenía firme en su situación de humor alzado y optimismo sin mengua, comentó diversos detalles con el resto de los oficiales que lo rodeaban en el alcázar.

—Bien, señores, ante sus ojos se aparece el destino tantos meses perseguido. Uno de los puertos españoles más importantes en Tierra Firme y, sin duda alguna, el más seguro en todos los aspectos. Y me refiero tanto a las condiciones de mar, como de su posible defensa. La verdad es que no puedo exponerles fecha alguna sobre la fundación de la ciudad de Puerto Cabello, y bien que lo siento. Se asegura que su origen no siguió las pautas de otras ciudades hispanas marcadas en Indias, cuando el acto de su fundación oficial seguía unas pautas muy precisas, dictadas con todo detalle en un decreto de la Corona. Incluso implicaba el trazado al punto de la localidad, acto oficial de la fundación ante el Rollo de justicia, reparto de tierras a los colonos, nombramientos de autoridades y otros muchos detalles. Por el contrario, Puerto Cabello se formó con la llegada paulatina de habitantes de otras ciudades u hombres de mar, que a su abrigo fondeadero arribaban. Por ejemplo, parece cierto que los habitantes de Borburata y Capén se trasladaron en pleno, al comprobar su mejor situación geográfica, salubridad y excelentes posibilidades de defensa contra los ataques piratas. Esta última fue la razón de que se convirtiera en uno de los puertos más importantes de Tierra Firme. ¿Quién conoce el origen de su nombre?

Tras unos segundos de silencio, fue el segundo comandante quien entró en danza.

—La tranquilidad de las aguas en el interior de su puerto llevaba a asegurar a los navegantes que los buques podían fondear en ellas por medio de un cable del grosor de la hebra de un cabello y, aun así, quedar anclados en plena seguridad. De ahí la acepción de Puerto Cabello. Bueno, eso marca la tradición oral, porque no aparecen tales razones en escrito alguno.

—En efecto, segundo. Así lo canta la tradición, incluso en coplas y chanzas de taberna. Sin embargo, también hay quien asegura que sobre 1540, un aventurero y corsario llamado Andrés Cabello, metido en asuntos de contrabando, estableció en estas aguas interiores su base de ilegales operaciones. Fondeaba sus buques, los carenaba en la orilla del manglar y almacenaba en tinglados sus ilegales mercancías. Y con el paso del tiempo, la ciudad que se fue formando acabó por concederle su nombre. Personalmente, no creo en esta segunda acepción, pues constaría algún detalle en nuestros anales. Me inclino más por la explicación expuesta por el segundo comandante, la más conocida entre los hombres de mar. Y en verdad que se

ajusta mucho a la realidad, lo que podrán comprobar en pocas horas. Lo que sí les puedo asegurar es que el nombre de Puerto Cabello aparece documentado por primera vez en el plano de la provincia de Caracas, elaborado por Juan Pimentel en el año 1578. Y de forma oficial, a pesar de su innegable importancia, no adquirió el rango de ciudad hasta hace unos nueve años, allá por 1811. Es el momento en el que se le impuso el oficial nombre de San Juan Bautista de Puerto Cabello.

—¿No era ciudad hasta entonces, señor? —preguntó Oramas, extrañado—. Parece difícil de creer en puerto de tal renombre.

—Pues así es, puede estar seguro. Hasta ese momento, presentaba solamente el estamento de diputación y tenientazgo dependiente de la ciudad de Valencia, de la que quedó segregada en el año citado.

—Supongo, señor, que sería atacada por bucaneros en bastantes ocasiones —medió Cárdenas.

—Desde el mismo siglo XVI hasta finales del siglo pasado, ha sido objeto de ataques por parte de bucaneros, filibusteros y piratas de la Hermandad de la Costa, así como por buques de potencias oficiales que mantuvieran litigios con España. Conforme aumentaba la importancia de Puerto Cabello, en cuanto al comercio con la metrópoli u otros puertos americanos, fueron más periódicos los ataques. Podemos citar como famosos por sus consecuencias los de Hawkins, Drake, Myngs, una escuadra francesa bajo el mando de Dubonier y, quizás el más importante, la incursión llevada a cabo por el almirante Charles Knowles a finales del siglo pasado. Pero no consiguieron disminuir el auge creciente del puerto. Desde aquí salían en cantidades importantes productos como cacao, café, algodón, maderas nobles y el índigo.

—Por tal razón se construiría ese castillo que se aprecia en su bocana, señor comandante —comentó el alférez de fragata Junquera.

—En efecto. Se trata del castillo de San Felipe, construido por el ingeniero Barrón en 1732. Es fácil comprobar a la vista que controlaba bastante bien la entrada del puerto y podía defender la ciudad con ciertas garantías. Pero como no se consideraba suficiente, años después se levantó el Fortín Solano, así llamado porque fue el capitán general de Venezuela, don José Solano y Bote, quien ordenó su instalación y comprobó los planos personalmente. Lo pueden observar allí —el comandante señalaba hacia el sur, donde aparecían las faldas de las montañas—, en la cresta del Vigía. También pueden observar en el extremo norte del espigón natural, formado por islotes y tierra faldera, un faro de especial belleza. Decía un compañero mío, natural de Cartagena de Levante, que se parecía bastante al del cabo de

Palos, en el Mediterráneo. Por desgracia, en tiempos de hostilidades y posibles acechos desde la mar, se mantiene apagado, como debe ser la ocasión actual. También pueden observar desde aquí con claridad el edificio de la Aduana, de especial prepotencia y galanura, posiblemente el de mayor extensión en América dedicado a tales menesteres, y un Real Hospital servido por los padres agustinos. Y los que sean aficionados a tomar tabaco al chupete con humo, podrán adquirir en la ciudad cigarros de excelente sabor y a muy buen precio.

—Parece ciudad rodeada por montañas, señor —comentó Descazar.

—Así es. El círculo de montañas que limita la elipse en que se estructura la ciudad, se encuentra formada por la cordillera de la costa. Los puntos más altos son el cerro de Patanemo y los dos picachos —ahora el comandante movía su dedo índice hacia el sudoeste—, que se conocen como las Tetas de Hilaria. Por último, aparece el citado cerro del Vigía, con el fortín del que les he hablado.

—¿Quién sería esa tal Hilaria, señor? —comentó el segundo comandante entre risas—. Debía ser hembra bien dotada.

—No me cabe duda. A lo mejor nos sonríe la suerte y encontramos en la ciudad alguna de sus hermosas descendientes. —El comandante también entraba en risas, antes de continuar—. El castillo de San Felipe ha funcionado también como presidio, y es muy posible que en tal situación permanezca. Durante los primeros choques independentistas, los españoles leales, que se encontraban apresados en él, se apoderaron de la fortaleza y retomaron la ciudad con facilidad.

—Su actividad comercial habrá descendido de forma notable, señor —apuntilló Cárdenas—. No se observa mucha actividad portuaria.

—Por motivo de las hostilidades, que alejan a los buques extranjeros de líneas regulares. No obstante y en mi opinión, lo que hizo despegar a Puerto Cabello en el aspecto comercial fue la ubicación en esta ciudad de la Compañía Guipuzcoana, durante el primer tercio del siglo pasado. Porque ella fue la que construyó la Iglesia de Santa María, la Aduana, algunos nobles edificios y los muelles de atraque. Por desgracia, cuando se le privó de determinados privilegios y acabaron sus trabajos, decayó Puerto Cabello de forma notable.

—Hay una canción que define a Puerto Cabello, señor —dijo el segundo entre sonrisas.

—¿Sí? No la conozco.

—Es la que dice:

*¿Viste de la garza el cuello,
una casa, un templo, un cura?
Pues ya tienes la figura
que ostenta Puerto cabello.*

—Tiene su gracia —aplaudió el comandante—. Se lo agradezco, segundo, porque no la conocía. Cada día se aprende algo nuevo.

—Parece, señor, que en el interior del puerto, además de tres buques dedicados al comercio, se encuentran otras embarcaciones de guerra. Si no me falla la vista, creo que se trata de una pequeña corbeta, una goleta y un pailebot o embarcación parecida —informaba Cayetano Oramas, que no cesaba en su repaso con el anteojo—. Pero juraría que esas unidades se encuentran casi desarmadas.

—Es posible. Ya me avisaron en capitanía general de que tal situación sería posible. Ya veremos si son aprovechables para complementar la división. Porque no podemos dejar una sola chalupa sin carga a favor. El problema principal se nos abrirá en el aspecto del personal. Las bajas propias, que las habrá, más los hombres que dediquemos a otras unidades, no podrán ser reemplazados. Esa es la principal ventaja que poseen los rebeldes sobre nosotros.

—Por cierto, señor —comentó el segundo—, que desconocemos por completo la presencia de autoridades en la ciudad.

—Ya lo he pensado. La situación de beligerancia y cambio de manos en tantas localidades durante esta guerra contra los rebeldes, hace que no se sepan con seguridad tales detalles. El general Latorre, al mando de las tropas realistas, no debe moverse muy lejos de aquí. Posiblemente se encuentre acuartelado en la ciudad de Valencia, con el grueso de sus hombres. Y me gustaría mantener una entrevista con él. Debo desembarcar las fuerzas que a su ejército se destinan y ofrecerme por si desea apoyo de nuestra artillería en algún punto de la costa o desembarco de fuerzas. En fin, lo que sea preciso. Para eso hemos llegado hasta aquí. Por supuesto, intentaremos ejercer dominio en estas aguas de Tierra Firme, eliminando todo buque rebelde que por ellas asome las narices. También sería interesante recibir información precisa de ese aspecto. Porque ahora mismo no tenemos idea alguna de lo que podemos enfrentar en el aspecto naval. Y, cosa rara, no hemos cruzado derrota ni avistado una miserable vela desde que recalamos en la isla Trinidad. Se debe haber corrido la voz de nuestra presencia. Bueno, creo que ha llegado el momento de entrar a fuego. Por fortuna, ondea el pabellón español en el castillo de San Felipe.

—También en un par de edificios de aspecto oficial en el centro de la ciudad, señor —apuntó el alférez de navío de la Vega, que dirigía con insistencia su anteojo hacia el interior de la urbe.

—Espero que no se trate de una de las jugarretas habituales de los rebeldes. Recuerden que así perdimos la fragata Reina Isabel en las costas chilenas un par de años atrás. Sin embargo, es difícil que hayamos perdido Puerto Cabello, con sus defensas. —El comandante se giró hacia el piloto—. Pero entremos al grano de una putañera vez. ¿Preparado, don Matías?

—Cuando quiera, señor. Le recomiendo abrirnos bastante hacia fuera, para encarar la bocana con claridad de oeste a leste.

—Eso recuerdo de mi última entrada. Y bien pegado a la punta norte de la ciudad.

—En efecto, señor. En las faldas del castillo, que dejaremos por babor, aparecen unas piedras que, por fortuna, velan en pleamar. Ahora mismo debe estar entrando la marea y es buen momento.

—¿Hasta dónde podemos progresar?

—Una vez en el interior, puede continuar con la misma dirección leste, hasta sobrepasar los dos picos del cangrejo. A continuación, se abre una pequeña dársena de aguas en leche con un fondo variable entre las cuatro y las ocho brazas, de la mediana hacia el sur. Un fondeadero perfecto.

—Recuerdo que el mejor sitio para largar las anclas cuadraba frente al manglar, pero sin acercar la proa a más de cien varas.

—Así es, señor. El único problema aparece en la calidad del fondo, que se mueve entre rocas y arena conforme progresa hacia levante. A veces, las anclas muerden en piedra al tajo y ha de bajar el buzo para despeinarlas.

—De acuerdo. Pasen señal a los dos buques y comencemos la sinfonía. Arriba con mayores y foques. Proa a poniente, de momento.

La fragata comenzó a beber aguas con cierta lentitud, conforme el trapo chupaba viento. Los dos buques de la división se mantuvieron en facha durante algunos minutos más, para separar derrotas y no molestar en las maniobras interiores. Nos alejamos milla y media hacia poniente con facilidad, con una ligera caída hacia fuera, para virar en redondo antes de alcanzar la posición de la isla Guaiguaza. Como el viento se mantenía del nordeste, fue necesario bolinear a las cinco cuartas, con proa firme hacia el pico norte de la ciudad. Por fin atravesamos la bocana, con el castillo de San Felipe elevándose en desfile de forma majestuosa por nuestro costado de babor. Ahora progresábamos solamente con los foques, que nos concedían suficiente andar y seguridad de maniobra. Y cuando el comandante estimó

haber llegado a la deseada posición, con el manglar a proa y a escasa distancia, largamos dos anclas en secuencia de fardos, para quedar fondeados al abrigo en lo que más asemejaba laguna de plata. Me convencí con rapidez de que el nombre asignado al puerto mostraba la más pura realidad, porque con un solo cabello habría quedado asegurado el fondeo.

Por fin me encontraba afincado en nuestras Indias, esa idea perseguida tanto tiempo. Y no dejaba de maravillarme mientras observaba el manglar, las verdes vertientes, la cordillera y las aguas transparentes, de forma que se reflejaba con claridad el fondo con alguna piedra en llamada. Recordé las palabras de mi padre cuando aseguraba que los sueños, una vez realizados, acaban por entristecernos en muchos casos, al comprobar que la estampa del cerebro no asemeja tantos oros. No era mi situación de aquellos momentos, puedo jurarlo. Comprendí ese amor que se ha despertado en tantos españoles, hasta considerar aquellas tierras como parte inseparable del alma propia. Y por mantenerlas en poder de la Corona española, deberíamos luchar hasta el último esfuerzo, sin ofrecer la espalda al enemigo en ningún momento.

* * *

Aquella misma mañana, el comandante desembarcó en la falúa vestido con uniforme grande en paños de oro, acompañado por los comandantes de la *Aretusa* y del *Hércules*, así como del segundo en funciones de mayor general. Pensé que el sudor correría por sus espaldas a chorro llano, debido a la elevada temperatura y humedad máxima que se sufría. Saltaban a tierra realmente a ciegas, porque nada sabían de la autoridad que podía mandar en puerto o ciudad, una condición poco habitual pero obligada por la situación de incertidumbre que se vivía en Tierra Firme. Sin embargo, no tardaron en conocer la situación con todo detalle. Regresaron a bordo a mediodía, aunque el comandante, acompañado por el segundo, volvía a salir con rapidez, una vez mudados con indumento apropiado a los extremos calores. En tierra tomaban un carruaje prestado por el mando militar, para entrevistarse con el general Latorre, avisado de que se encontraba en el paraje denominado las Brisas, a dos leguas solamente de Puerto Cabello, en dirección a la localidad de Valencia.

Durante el resto del día trabajamos a bordo para conformar la situación de fondeo con la necesaria seguridad. Y, de acuerdo a las precisas órdenes del comandante, con vigiadores izados a los palos con los cuatro ojos abiertos, que no podíamos confiar una mota en posibles ataques rebeldes, hasta

conocer la situación real que se vivía en la zona. Por mi parte, perdí bastante tiempo ensimismado en sueños de trance. Ejercía el placer de la simple observación, que puede llegar a alcanzar cotas sublimes. Incluso el aroma que se respiraba parecía diferente y más dulce.

Comenzamos a impacientarnos por la ausencia de nuestros jefes, al transcurrir demasiado tiempo sin noticias. Por fin, unas tres horas después de haber atravesado la puesta de sol, con la luna como única iluminación cierta, que los faroles de la Alameda apenas dejaban atisbar perfiles, comprobamos cómo el carruaje regresaba hasta la escala de embarque. Aunque quedaban escasas horas para entrar en un nuevo día, una vez a bordo el comandante ordenó reunir a todos los oficiales en nuestra cámara. A pesar de la escasa brisa terral que soplaba desde la cordillera y las lumbreras abiertas a torrentera, el calor se ceñía sofocante en el compartimento. Pero, fiel a sus costumbres, no tardó Laborde en entrar a guadaña fina.

—Siento, señores, citarlos a hora tan tardía. Pero prefiero abordar ahora mismo los temas que hemos tratado, todavía frescos en la memoria. Bien, les explicaré que esta mañana, en primer lugar accedimos a presencia del Gobernador, un tal Fernando Maltones que, en mi opinión, corroborada por la del segundo, templa gaitas de desesperanza, pesimismo y escaso valor en puertas. Más parece colegiala de casón acristalado, que sufre situación de gemidos en faldas. Una triste conversación. Pero me puso en aviso de que los diputados y comisarios nombrados por las diferentes autoridades para tomar parte en la convención de la paz, se encuentran preparados para abandonar la plaza hacia la Península. Le contesté que, en cuanto desembarque las fuerzas del Ejército a bordo de la corbeta *Aretusa* y el buque haya repuesto víveres y aguada, dicha unidad podrá salir a la mar en tornaviaje con ese grupito que, en opinión de casi todas las cabezas pensantes, de nada ha de servir. Muchos de ellos solamente intentan pasar a España y alejarse de esta jaula de grillos alocados.

El comandante movía los brazos en señal de evidente disgusto, como si el día le hubiera decepcionado profundamente. No obstante, consiguió continuar con voz de alivio.

—Después visitamos al Regidor, don Matías Botero. Otra experiencia de ronza y Satanás. Se trata de un indiano de buen carácter, a quien el segundo estima presto a mudar voluntad y lealtades, si llega el momento de necesidad, como ha sucedido por estos pagos en demasiadas ocasiones. Y la verdad es que le concedo razón. Buenas palabras, ofrecimientos de auxilio y poco más. Por último, rendimos visita al castillo de San Felipe, donde nos pusimos a las

órdenes del brigadier Valencey, que en estos momentos manda la guarnición militar de Puerto Cabello. Creo que he entablado con él una buena relación. Y para gracia de los cielos, se trata de un hombre de verdad que muestra orgullo, valor y voluntad más que suficiente en defender el terreno español hasta las últimas consecuencias. Él fue quien me comentó que el general Latorre se encontraba a escasas leguas de aquí y sería conveniente mantener una charla con él. A todo esto y antes de continuar, espero que haya aparecido a bordo el teniente de navío Sebastián y algún otro oficial para informar de esos tres buques que aparecen fondeados y sin caras por la cubierta.

—En efecto, señor. —Entró el teniente de navío Cárdenas, que había quedado al mando a bordo por sucesión de antigüedad—. Poco después de que abandonaran la *Ligera*, se presentó el citado oficial, teniente de fragata Juan Sebastián, al mando de lo poco que de la Armada aparece en Puerto Cabello.

—Bien, más tarde me pondrá al día de los detalles. Ya les digo que no podemos despreciar ni una miserable tartana del comercio. Pero continuaré con la narración. De acuerdo con la sugerencia del brigadier y en su propio carruaje, cedido con extrema cortesía, marché con el segundo en dirección a la ciudad de Valencia. Encontré al general Latorre en ese paraje que nos habían indicado. De forma generosa, nos invitó a un ligero almuerzo. Hemos hablado largo y tendido. Y creo que nos ha tocado la bola blanca en el sorteo, porque quien manda las fuerzas del Ejército en la zona, parece un hombre muy cuerdo y con las ideas muy claras.

—Y con bastantes años en el terreno —completó el segundo.

—Además y como apunta el segundo, su larga experiencia en estas tierras le concede el privilegio de conocer cada valle y cada sierra palmo a palmo. En general, puedo adelantarles que el armisticio firmado con Bolívar ha saltado por los aires, cuando realmente le ha interesado, una acción predicha por muchos. Y como era de esperar, se han recrudecido las acciones de guerra. El general estima que los rebeldes, bajo el mando de ese sacamantecas sin palabra ni honor llamado Simón Bolívar, cuentan con unas fuerzas ligeramente superiores a los seis mil hombres, bien armados y con escasa artillería. Pero con bastante caballería de cuellos alzados. Sus tres generales se llaman Páez, Cedeño y Plaza, a los que considera malos estrategas pero con reconocido valor.

—Mucho se ha molestado al conocer las escasas fuerzas que embarcamos —medió el segundo—. Me refiero al general Latorre, señor.

—El general, como tantos otros jefes del Ejército, parecen creer que en una fragata, una corbeta y un bergantín se puede embarcar un cuerpo de Ejército. O que disponemos de una lista inacabable de unidades a flote, listas para dar la vela. Lo he sacado de su error, naturalmente. No comprenden que ellos también deberían elevar la voz en España, en el sentido de que, sin Armada, sus fuerzas en este continente quedarán bajo la bota del adversario —por primera vez, el comandante elevaba la voz con evidente enojo—. Nada más podemos hacer, si no se adquieren o se construyen los buques necesarios. El caso definitivo es que, contando con estas fuerzas que desembarcaremos mañana mismo, Latorre cuenta en la práctica con poco menos de cinco mil hombres. Como suele suceder, las tropas realistas han sido mermadas de forma notable por las enfermedades tropicales y no se dispone de suficientes caudales para establecer los necesarios hospitales de campaña. Aun así, estima que, hoy por hoy, puede hacer frente al enemigo con posibilidades de éxito, incluso en una batalla decisiva.

—Lo que supone un verdadero alivio, desde luego —apostilló el segundo.

—No obstante —insistía el comandante—, el general es partidario de intentar desgastar a las fuerzas de Bolívar día a día con nuestro apoyo. Deberemos concretarlo más al punto, pero puedo adelantarles que llevaremos a cabo desembarcos simulados como diversión, acciones que les obliguen a mover hombres y animales sin provecho y de forma casi continua. Pero también efectuaremos desembarcos puntuales de fuerzas, cuando se tenga conocimiento de que alguna partida no muy numerosa se mueve hacia alguna posición cercana a la costa. En los próximos días nos enviará a su jefe de estado mayor y con él estableceremos algunas acciones concretas.

—¿Se tienen noticias de las fuerzas navales rebeldes, señor? —preguntó Cárdenas.

—Algo me han contado aunque no de forma muy concreta, por no conocerse los detalles en el estado mayor del general. Pero me adelantaron que, a pesar del armisticio pactado, los corsarios colombianos, habiendo cambiado la bandera por la de la República del Plata, han dañado mucho nuestro comercio. Ahora ya pueden actuar de nuevo sin careta, una vez rota la falsa tregua. No disponen de unidades de fuerza, pero sí de bastantes buques de pequeño porte que, en conjunto, pueden constituir un peligroso enemigo. A partir de ahora, solamente se moverán los buques españoles del comercio desde los puertos de Tierra Firme, normalmente con derrota hacia La Habana o Puerto Rico, protegidos por nuestras fuerzas a lo largo de toda la travesía y

formados en convoyes. Creo que se trata de la única forma de evitar las acciones de esos malditos espumadores.

—En ese caso, señor, se puede asegurar definitivamente que ya no se encuentra en vigor el armisticio —aseguró Descazar.

—Miren, el armisticio con la suspensión de acciones armadas en tierra ha durado solamente lo que a la mala fe del caudillo Bolívar convenía. Y dicha maniobra se veía venir a millas de distancia, aunque algunas voces ingenuas clamaran en contra.

Se hizo el silencio, como si todas las cartas se encontraran repartidas sobre la mesa. El comandante volvió a tomar la palabra, ahora más sereno.

—Creo que lo que les acabo de narrar es lo más importante. Ahora, Cárdenas, explíqueme la situación de esos tres buques que he visto fondeados. El brigadier Valencey me habló de ese tal Sebastián.

—Me explicó el teniente de fragata Sebastián, oficial más antiguo de la Armada en Puerto Cabello hasta nuestra llegada, que dentro de la dársena dispone de la corbeta Bailén, desarmada por falta de dotación, pólvora y pertrechos. Se trata de una pequeña unidad con doce cañones de mediano y pequeño calibre. Y en caso de que deseemos integrarla en la división, deberíamos armarla y pertrecharla. También se encuentra fondeada la goleta *Morillo* y el pailebot *Conejo*, ambos armados solamente con un cañón giratorio de a ocho. El *Conejo* fue apresado a los rebeldes a escasas millas de aquí, hace algunos meses. Los dos buques presentan escaso porte y no mantienen a bordo ni un tercio de la dotación. También sufren la misma escasez de pertrechos.

—¡Por todos los cristos! A qué carajo se ha dedicado ese Sebastián del demonio en los últimos meses, además de rascarse los huevos noche y día. ¿No dispone de más oficiales?

—Solamente de dos pilotos, graduados de alférez de fragata, cinco oficiales de mar, doce soldados de Marina, tres de Artillería y una veintena de hombres entre marineros y grumetes. La verdad, señor, que su penuria es absoluta.

—¡Así se pudran las bichas amargas en los intestinos de quienes sean responsables del monstruoso desfecho! ¡No se dan cuenta de que nos jugamos la presencia de España en las Indias! Todavía hay un buen número de descerebrados, defendiendo la opinión de que, con el cambio político habido en la Península, se remansará la revolución del continente al ras en unos minutos. ¡Ciegos y bueyes malparidos de cojones sueltos! No conocen la ambición de los jefes rebeldes. La independencia puede que les importe un

jodido plumero, pero quieren mandar ellos y no recibir órdenes de la lejana Corte. Nada cambiará en estas tierras con un Gobierno liberal, aunque debamos perder la corbeta *Aretusa* en ese intento. ¡Ciegos y sordos!

El comandante mesaba sus cabellos a fuerza, con tintes de clara desesperación. Por fortuna, aquellos arrebatos solían durarle al capitán de fragata Laborde escasos segundos. Con rapidez, pasaba a remansar cielos y pensar en las posibles soluciones.

—Mañana inspeccionaremos a fondo esas tres unidades y pensaremos cómo nos sería posible alistarlas. Las necesitamos a toda costa y pueden ser efectivas, si sus maderas no andan podridas. Y no lo parece en la distancia. Gracias a los cielos que disponemos de una dotación numerosa en nuestra fragata. Pero debemos intentar conseguir hombres de mar a toda costa, aunque sea del infierno. Es posible que en La Guayra, Cumaná o en otro puerto, aparezca alguna unidad más con marineros y grumetes. En último caso y si fuese necesario, por mis huevos que acudiría a la leva forzosa, aunque sea en los prostíbulos más tirados.

—Deberíamos solicitar permiso al Gobernador para atacar dicha medida, señor —entró el segundo con la necesaria medida—. Y no estoy muy convencido de que ese culebrón nos lo conceda.

—¿Ese mamón de cuernos verdes? Pues si no lo concede, los tomaremos de la misma forma y diremos que se trata de voluntarios. Que levante su culo del despacho y venga a comprobarlo.

Nuevo silencio, ahora más alargado y tenso. Pero rápido en sus mutaciones, el comandante nos ofreció una sonrisa inesperada.

—Bueno, señores, basta de cargar las venas por hoy, no vayan a reventar antes de tiempo. Creo que ya hemos hablado todo lo necesario. Mañana comenzaremos a menear la cola sin descanso. Debemos dormir cuanto nos sea posible, que nos espera una faena de gigantes a proa.

Se levantó la sesión con rapidez y abandonamos la cámara. Tras un ligero rato en cubierta con la mirada perdida en unas estrellas que titilaban con extraordinario fulgor, me retiré al camarote de oficiales. Cuando por fin me tumbé sobre el jergón, no pude conciliar el sueño durante demasiados minutos, condición poco habitual en mi persona. Las explicaciones del comandante me habían dejado un regusto amargo en el estómago. Pero no crean que me asustaba el futuro, más bien al contrario. Deseaba a todo trance salir a la mar y encarar a los rebeldes, partirles los ojos en sangre y arrebatarles sus unidades. Sentí un escalofrío de placer al pensar en los futuros combates que, con toda seguridad, mantendríamos en los meses

siguientes. Podía ser una locura, pero así me habían parido y esa vida en la Real Armada había decidido seguir.

9. En danza

Tal y como nos había adelantado el comandante y era fácil presuponer, los días que siguieron a nuestro arribo a Puerto Cabello se presentaron de lanza en ristre y a descabargar entuertos. Ganchos de metralla en los hombros durante muchas horas al día y periodos de descanso reducidos al mínimo. En primer lugar, giramos visita a las tres unidades fondeadas en el puerto, besando el manglar con evidente peligro, para reconocer maderas, aparejos y posibilidades. Pero no deben pensar que la corbeta, la goleta y el pailebot se ajustaban a la norma expuesta para tales buques en los tratados de construcción naval, tomados en su sentido más estricto y marinero. Porque se trataba de ejemplares de tercer orden, con medidas reducidas, contruidos al quite de empeños y sin un mínimo de pertrechos a disposición. Su valor guerrero se encontraba muy cercano al cero absoluto y debíamos elevarlo hasta un nivel mínimo que presentara algunas posibilidades, aunque fueran teóricas, contra el enemigo.

Al tiempo que, para felicidad de nuestras dotaciones, se desembarcaban al completo las fuerzas del Ejército de las tres unidades llegadas de la Península y eran trasladadas hasta el paraje conocido como Las Brisas, donde los hombres del general Latorre formaban cuadros, se crearon a bordo de la *Ligera* tres grupos de trabajo, uno para cada nueva unidad de la división. El dirigido por el teniente de navío Cárdenas, en el que se me incluyó con rapidez, debía levantar pliegos ciertos de la situación real de la corbeta Bailén, así como de las necesidades de todo tipo de pertrechos y dotación que le posibilitara salir a la mar y presentar cabeza sobre las aguas. Cualquier solución se consideraba de razón positiva, aunque solamente consiguiera ser capaz de encarar a las famosas flecheras^[33], unidades tan habituales entre las fuerzas rebeldes.

Los problemas principales se centraban en el aparejo, con escaso trapo a disposición y trabado en malas condiciones. Pero también presentaban

cuadros de miseria en cuanto a un número mínimo de piezas artilleras utilizables, que le ofreciera alguna posibilidad real de combate. En el primer aspecto, ni siquiera disponía de un juego completo de velamen, donde se echaban en falta los juanetes, velacho, contrafoque y estays. Pero también se estimaba imprescindible un número suficiente de piezas de respeto y cabuyería de resistencia. Como es de suponer, los maestros veleros y contramaestres de la división comenzaron a ejercer su facultad a fondo, trazando gálibos en copia o a simple ojo mariner. En tal necesidad nos sonrió la suerte por troneras, cuando se consiguieron en tierra bastantes lotes de lona recia a rayas, de la llamada de franquía, de escasa anchura en bardo pero hábiles para salir del problema. Pero también en el caso de cordelería y tiraje de cruces, se consiguió mena de orden para componer la cabuyería en mengua. Para sorpresa de nuestros jefes, colaboró en tal empeño el mismísimo Gobernador, dictando órdenes para que se nos facilitara en puerto lo que estimáramos de máxima necesidad. Bien es cierto que, tanto en Puerto Cabello como en las restantes localidades de la provincia de Caracas, faltaba casi de todo y no podía considerarse como zona apta para adquisiciones extraordinarias.

En cuanto a la artillería, aspecto principal del buque de cara al enemigo, el problema se presentaba en principio de muy difícil solución. Pero no se detenía en cuartos Laborde. A bordo de la *Bailén* solamente aparecían dos viejos cañones de a ocho que, no obstante, se recuperaron para su uso aunque presentaran vientos excesivos. Se le entregaron cuatro esmeriles por parte del bergantín *Hércules* y seis por la fragata *Ligera*, diversa fusilería, así como frascos de fuego en elevada proporción. Por último, se le trasvasaron jarras de pólvora y mechas con sus respectivos botafuegos, que los carpinteros habían fabricado con rapidez. Y como primer tajo de muerte a la corbeta *Aretusa*, que no debería enfrentar enemigos poderosos en su tornaviaje a la Península, se le restaron seis piezas de a ocho, lo que disminuyó su capacidad de combate en un elevado porcentaje, Pero había que armar a la *Bailén* a toda costa, aunque fuera a costa de los propios hijos. Laborde le ofreció a su comandante un pliego firmado de su mano, para que le fuesen repuestas en Cádiz a cargo de la división, papel mojado que mucho molestó al teniente de navío Cifuentes.

En este citado e importante aspecto guerrero, también el brigadier Valençey del Ejército nos largó una buena estacha de remolque. Porque nos entregó cuatro piezas de a ocho, hábiles para presentar bocas negras a las bandas, así como suficiente balerío y jarras de pólvora. De esta forma y en

principio, podíamos declarar que la corbeta Bailen pasaba a conformar una unidad preparada para el combate con diez cañones de a ocho y elementos de armamento auxiliar. Tan sólo le restaba disponer de suficientes manos para afrontar comisiones de mar y guerra, apartado en el que también debimos llevar a cabo cómputos alzados y números de martirio. Pero entre el personal existente en puerto a nuestra llegada, más los que sacamos de la división, se cubrió el papel. Claro que a la sufrida corbeta *Aretusa* le ofrecimos un segundo mordisco de león al arrebatarle treinta hombres, la mayor parte marineros y grumetes, a pesar de las elevadas protestas de su comandante. Y porque salió a la mar con espuma, que en caso contrario habríamos continuado la mordida. Otros quince hombres salieron de la *Ligera* y del *Hércules*.

Por el contrario, la goleta *Morillo* y el pailebot *Conejo* no necesitaron más que pólvora, balerío y escasas manos. Porque la virtud del cañón giratorio, cada vez más en uso para pequeñas unidades, necesitaba pocos sirvientes en función, aparte de su sencillo aparejo. Como resumen final podemos declarar, que en una semana de estrago físico y mental, la división bajo el mando del capitán de fragata Laborde pasaba a contar con cinco unidades de mar, a la espera de que regresaran las dos enviadas a La Habana y Portobello.

Al mismo tiempo que todos los hombres de la división trabajaban de sol a sol y alguna hora bajo los tarros de luz, un coronel y un comandante del estado mayor del general Latorre aparecieron a bordo de la fragata *Ligera* para concretar y planificar los primeros movimientos de apoyo. Y el primero de ellos fue embarcar cuarenta hombres del Ejército, bajo el mando del capitán Estremerà, para llevar a cabo dos misiones por la costa. En la primera, se intentaba dificultar las operaciones de transporte de fuerzas rebeldes hacia la zona de Maracaybo, desembarcando las fuerzas si se atisbaba posibilidad de dar un golpe de mano efectivo. En la segunda solamente se trataba de simular tales acciones cerca de La Guayra que, según se comentaba, comenzaba a ser sitiada por las fuerzas de Bolívar.

En la primera salida a la mar, con la insignia del capitán de fragata Laborde izada en el palo de la fragata *Ligera*, cubrían aguas a popa el bergantín *Hércules* y la goleta *Morillo*, esta última bajo el mando del piloto graduado de alférez de fragata, don Martín Carpena. Se trataba de un malagueño entrado en años, pero hábil en navegación y con arrestos suficientes para batir cobres en momentos de riesgo. La corbeta Bailén, bajo el mando del teniente de fragata Sebastián, quedaba en Puerto Cabello para llevar a cabo salidas a la mar diarias y acoplar al personal en sus nuevos

puestos de mar y combate. Al pailebot *Conejo*, bajo el mando del piloto graduado de alférez de fragata don Pedro Esquivia, se le concedía la misión de apoyo, para el caso de que saltara peligro a las bandas.

Como en la obligada derrota hacia poniente, la costa aconchada a Puerto Cabello, perteneciente a la provincia de Coro, se elevaba hacia el norte de forma abrupta, y el viento tontoneaba en cruces del nordeste hacia el más puro septentrión, debimos separar suficientes millas de la costa en bordada hacia levante. Al menos, nos beneficiaba en este sentido la cancha ofrecida por el golfo Triste. Pero si desde la salida de Cádiz el dios Eolo se había amadrinado con lazos de seda a nuestros deseos, no parecía dispuesto a concedernos un favor más en esta navegación. Tras dos días de bordos duros con mucha entrega y escasa ganancia, por fin pudimos doblar la punta Tucacas y los Cayos de San Juan, para meter proa hacia el noroeste, bolineando al límite. El viento aumentaba de intensidad y los temores sobre nuestra fragata saltaban de nuevo, al observar el palo trinquete en movimiento más propio de caderas femeninas.

Comenzamos el forzoso paso por la fosa de Bonaire, que separa la costa de Tierra Firme de las islas holandesas de Buen Ayre, Curazao y Oraba^[34]. Pero podíamos comprobar que ya la fragata *Ligera* no bebía aguas tan al gusto. El viento, frescachón con rachas de malos humores, se había entablado del norte, extraña condición en aquellas aguas, con lo que nos hacía sufrir tripas adentro. Tanto así, que llegamos a temer la posibilidad de no ser capaces de montar el cabo de San Román, pico septentrional de la península de Paraguaná, separada del continente por el estrecho istmo de Médanos, que pasa a formar el precioso golfete de Coro. Pero no podían cuadrar las sinfonías al negro absoluto y aunque con navegación castrada al límite, entramos en el esplendoroso golfo llamado de Venezuela o de Maracaybo, amplio como un mar menor y prensado entre las penínsulas de La Guajira y Paraguaná, con las dos unidades bien pegadas a nuestra popa. Para sorpresa general, la goleta *Morillo* tomaba bien la mar y seguía aguas sin mayor complicación, aunque a veces quedara sotaventada, más por falta de manos de mar que otra cosa.

Como el objetivo concreto se centraba en la vía de roderas que corre pegada a la costa a lo largo de la península de La Guajira, nación de los indios cocinas, desde la punta de Espada hasta las cercanías de la ciudad de Maracaybo atravesamos el golfo sin mayores problemas. Por mi parte, puedo declarar que la felicidad más absoluta subía en poderosas oleadas desde el pecho hasta las cejas. Además de navegar por parajes soñados, buscaba con el

anteojo alguna unidad enemiga que pudiéramos batir a mordiscos de balerío. Debía ser mi bautismo de fuego en un buque de la Real Armada y bien que lo deseaba. Después de todo, esa era la misión para la que me había preparado de forma voluntaria. Por tal razón, me saltó el corazón a batientes en el pecho cuando, metidos en la pequeña ensenada del Calabozo, en la ribera occidental del lago y cerca de la pequeña localidad de Cojoro, avistamos lo que parecía un pailebot^[35] mercante, escoltado por seis flecheras de generoso tamaño. Por las noticias recibidas del general Latorre y en la idea de que aquella zona podía encontrarse dominada por las fuerzas rebeldes, no lo dudó el comandante un solo segundo, al suponer a las unidades como enemigas. A las voces de avistamiento respondió con voz de trueno.

—¡Segundo! Señales al bergantín *Hércules* con máxima urgencia. Que aprobe al sur con todo el trapo posible, para cerrar la derrota de retirada de estas unidades hacia el lago de Maracaybo. Si lo alcanzan por alguna de sus boqueras, podemos darlas por perdidas. La fragata *Ligera* no creo que pueda atravesar libre de movimientos más allá de la isla de Mangles.

—Quedo enterado, señor.

Con precisa diligencia, el caballero Hermenegildo de Lanza, guardiamarina responsable del uso del cuaderno de señales por banderas, ordenaba izar la correspondiente a las palabras del comandante. Y poco tiempo necesitó el *Hércules* para cumplir la orden. Al tiempo que nosotros, seguidos por la goleta *Morillo*, arrumbábamos por derecho hacia la proa del pailebot para cortar su derrota, el bergantín arribaba con toda la pala y desplegaba hasta la última pañoleta con proa decidida hacia el sur. Pronto quedó demostrado que el pailebot y su cohorte no desplegaban pabellón propio ni ajeno y entraban en temores. Y la indecisión, tan mala en asuntos de mar y guerra, les costó una pérdida notable. Por fin, todos aproaron al sudeste para intentar forzar el paso de Maracaybo antes de que lo hiciera el *Hércules*. Pero también la *Ligera* desplegaba todo el aparejo y ganaba millas con proa al sudoeste.

Poco a poco cerrábamos distancias, al tiempo que la alegría saltaba en mi alma por cuarterones de gloria. La carga transportada por el pailebot debía ser importante porque se apreciaba muy bajo su bordo y escaso el andar, razón por la que las flecheras se colocaron a su barlovento y suficiente distancia, como madre amorosa que cubre a las crías en peligro. Laborde sonreía con evidente placer, al observar las maniobras del enemigo con su anteojo.

—Benditas sean las vírgenes del harén de Alí Pachá y sus futuras crías. Parece que nos salta la suerte de cara en la primera oportunidad. ¡Temblad,

rebeldes, que ha llegado la fragata *Ligera* de la Real Armada para batiros los cueros en tiras y romper vuestras almas en sangre! —Laborde parecía disfrutar como un niño en barrida de piñatas—. No les dará tiempo a esos bigardos malparidos, especialmente al pailebot con su elevada carga. Y por los huevos del grande almirante, que si las flecheras intentan mantenerlo en conserva, lo sufrirán en sus carnes. ¡Icen señal al *Morillo*, para que se acodere lo máximo a nuestra popa y con rumbo paralelo de ataque! Deberá imitar nuestros movimientos y atacar al compás de la *Ligera*. Nueva orden al bergantín *Hércules*. Que regrese a la escena de la acción, en cuanto entienda que cubre la retirada del buque enemigo con seguridad.

—Quedo enterado, señor.

Como si se tratara de un milagro santero, la fragata *Ligera*, en una más de las sorpresas que nos otorgaba cada día, decidió comportarse como un buque de raza. Es cierto que el viento, su caballo cierto de batalla, había caído a fresco de fuerza y lo tomábamos a un largo. Pero se la veía alzar la proa con orgullo, dispuesta a repartir sangre de babor a estribor. Cuando el pailebot se encontraba a poco más de una milla, las flecheras, de forma un tanto desesperada pero valiente, aproaron hacia la capitana en la que ondeaba la insignia, como si de esa forma nos hicieran desistir del empeño guerrero. Por el contrario, a nuestro bordo, ocupados los puestos de combate con rapidez, se preparaba toda la artillería con cargas de metralla, para ofrecer una bienvenida de cortadillos de muerte a los malditos. En mi puesto de la toldilla, había ordenado con tiempo suficiente cargar los obuses y carroñadas, preparado para abrir fuego a la orden. Asimismo, los miembros del Ejército se alistaban en la borda para disparar sus armas, un buen aumento en la fusilería de la *Ligera*, cuyos miembros trepaban jarcias arriba con los fusiles en bandolera.

Se mostraba a las claras que nuestro comandante no pertenecía al grupo de humanos que se apresura en exceso, ni pierde la paciencia con facilidad en momentos de peligro. Porque ya las flecheras disparaban lo que más parecían trabucos de borda o matacapitanes, con los fusileros en sus puestos, cuando todavía no había ordenado abrir fuego. Y nos silbaban las jodidas balas mosqueteras bien calientes cerca de las orejas. Pero llegó el momento de la verdad, mientras enfajaba en el cinto la pistola regalada por mi padre y alzaba el sable a los cielos con gallardía.

—¡Piezas a barrer las cubiertas de las flecheras! —El comandante, elevado sobre la timonera como un Dios orgulloso y particular, dictaba sus órdenes a voz en grito con decisión y aplomo—. ¡Punterías en asignación de

blancos de proa a popa! ¡Fusileros preparados! ¡Por Dios, por el Rey y por España! ¡Fuego!

La andanada de las veintiséis piezas dispuestas a la banda de estribor, que dispararon a un tiempo con una magnífica conjunción, tronó en los aires como el supremo órdago del infierno. Una sensación de extremo placer y orgullo me inundó el pecho, al escuchar el bramido y recibir el aroma de la pólvora quemada en las fosas nasales. Después de todo, tal maniobra me iniciaba en la acción como oficial de guerra de la Real Armada. Por fin, cuando se disipó la nube de humo, comprobé el demoledor efecto conseguido. Tres de las flecheras, las más cercanas a nuestro buque, volteaban por el impacto de la metralla y el errático movimiento de sus hombres a bordo, mientras en las restantes debía correr la sangre a borbotón de espuma. Pero no se arredraron los rebeldes, con valor más que suficiente en las venas. Los que se mantenían con vida disparaban sus fusiles y alguna de las piezas de borda sobre nosotros. Porque ya la distancia se centraba a tiro de pistola. Por su parte, el pailebot intentaba escurrir el bulto con clara derrota al sur, aunque se topó proa con proa con el bergantín *Hércules*, que había virado en redondo y acudía de vuelta encontrada en un alarde de perfecta maniobra.

Dos de las flecheras, a pesar de haber sido diezmadas en bulto, consiguieron mudar su posición a la banda contraria, pasando a popa de nuestro coronamiento. Se trataba de una situación inesperada, porque pocas piezas de la *Ligera* se habían cubierto a estribor. Sin embargo, me apresuré en la toldilla con los obuses y carroñadas de babor, algunas corridas de la banda contraria a la velocidad del rayo. Una de las canoas quedaba a escasas cincuenta yardas de distancia y a ella apuntamos con saña, mientras nos disparaban contra la cara. Y al tiempo que un artillero muy joven caía a mi lado, envuelto el rostro en sangre y sin un solo gemido elevado a los cielos, disparábamos con rabia. Trueno de hora suprema y esperanzas de gloria en el aire. Toda la zona de su popa quedaba reducida a muerte, con el patrón mojando en rojo las aguas. Pero ya cargábamos con las escasas fuerzas a disposición, para repetir la faena más hacia su proa.

El resultado fue tan rápido y victorioso para nuestras armas, que yo mismo quedé sorprendido. Aunque esperara un alargado combate entre las flecheras y la fragata, así como alguna acción del pailebot con sus cañones, el asunto se resolvió en apenas media hora. Y no estimen que esas canoas asemejaban falúas de puerto, que más de la mitad mostraban esloras superiores a los sesenta pies, con unos cuarenta hombres armados a su bordo. Por su parte, la goleta *Morillo* había aproado de forma valiente para introducirse entre las

unidades enemigas, disparando con su cañón giratorio a banda y banda. Consiguió abordar de lleno a una de ellas, consiguiendo dejar su quilla al sol. Por último, se aproximaba poco a poco al pailebot.

Para regusto de los miembros de la *Ligera* que se mantenían en observación, el bergantín *Hércules* había actuado con bendita perfección y excelente maniobra. Cuando el buque considerado como enemigo se encontraba a dos millas solamente del castillo de Payjana, puerta de entrada a la estrecha y peligrosa boca occidental del lago de Maracaybo y listo para penetrar en él, se interponía franco de costado en su derrota. Y aunque se jugaba la quilla tan cerca de la ribera, apuntaba toda su artillería en enfilada y con el comandante sable en mano dispuesto a dar la orden definitiva. No esperaron un solo segundo a bordo del que, como después supimos, se llamaba pailebot Teresita. Todos sus hombres sin excepción comenzaron a mover brazos y paños de tela blanca en inequívoca señal de rendición. Ni siquiera habían alistado alguno de los seis cañones de pequeño calibre, que montaba a su bordo.

La victoria, aunque esperada al comparar inicialmente las fuerzas, se produjo de forma rápida, limpia y definitiva. De las seis flecheras enemigas, solamente una quedó en inestable bamboleo sobre las aguas, siendo definitivamente enviada a los fondos con la proa de la *Ligera*. Recogimos en total de la mar ochenta y dos hombres, de los que más de treinta presentaban heridas de consideración y escasas posibilidades de futuro. Todos ellos se embarcaron en la fragata insignia, donde se engrilletaron a conciencia antes de llevar a cabo el oportuno interrogatorio, del que bastante información podríamos obtener.

En cuanto al Teresita, nos sonrió la suerte a barrer cruzadas, esa buena estrella que parecía largada por la Patrona sobre nuestros hombros desde que abandonáramos el puerto de Cádiz. Pasé a su bordo con el grupo de inspección mandado por el segundo comandante, donde fuimos recibidos por un patrón español nacido en La Habana, que, como era norma habitual, se declaró ferviente realista y obligado por los malditos rebeldes a la función de transporte con el buque de su propiedad. Como es lógico pensar, no le creímos una sola palabra, aunque sería asunto a tratar más tarde. Pero lo principal fue la agradable sorpresa que recibimos al comprobar su importante carga. Aunque el buque no presentara posibilidades reales como unidad a ser armada con miras a futuros combates, podía suponer un buen conjunto de repuestos para las unidades de la división, tanto por su aparejo, muy parecido

al del pailebot *Conejo*, como de sus buenas maderas, cabuyería en orden y otros elementos.

Sin embargo, el aspecto principal fue contemplar los numerosos sacos de café, maíz, harina, cecina, carne de puerco en salmuera y, como espectáculo imborrable, un elevado número de cajas de pólvora relucientes y elevado número de fusiles, que estimamos de procedencia norteamericana, con abundante munición. La sorpresa final, inesperada y de muy agradable gusto al paladar, se nos ofreció al descubrir en la cámara de proa un precioso cargamento de vino rojo en frascas de arroba empajilladas, así como un par de bocoyes de aguardiente de caña, un conjunto que nos hizo salivar a la brava.

Habíamos conseguido, en la primera salida a la mar en comisión de guerra de la fragata *Ligera*, un clamoroso éxito que ni el más optimista de los pajes de escoba podía imaginar. Un botín digno de pasar a nuestros pliegos particulares en plena gloria. No me podía quejar de la primera misión de combate en la que había tomado parte. Habíamos repartido fuego a muerte, destrozado seis flecheras de porte, apresado un pailebot con preciosa carga y abatido un buen número de rebeldes. Tan sólo recordaba con cierto dolor a Sastrón, el joven artillero catalán que perdiera su vida junto a mí, una bala mosquera que bien podía haber rascado mi piel. Por primera vez comprobaba la muerte tan cerca y la sangre que manchaba mis botas de cuña, una dolorosa experiencia que, como todo en la guerra y en la mar, acabas por tomar como un factor más de nuestra existencia.

Mucho se alegró nuestro comandante al recibir tan halagüeñas noticias. Y como según sus propias palabras, los veintiocho hombres enlistados en el *Teresita*, buenos marineros y grumetes, juraban por la memoria de sus antepasados que habían sido obligados a servir en el bando rebelde, se les ofreció la oportunidad de redimir sus pecados. O bien pasaban a servir de forma voluntaria en las unidades de la división naval, o pasaban al castillo de San Felipe con negros interrogantes de futuro. Todos aceptaron de forma simuladamente alborozada, incluso cinco mulatos nacidos en la isla de Curazao, lo que aumentaba en un considerable número el monto total de nuestras dotaciones. Y como no era faena propia la de fiar en exceso de sus cambiantes voluntades, serían repartidos entre todas las unidades de la división, donde se mantendrían noche y día bajo estrecha vigilancia.

La misma propuesta se hizo a las dotaciones de las flecheras. Por el contrario, en este caso plantaron cara de rebelde arrogancia poco más de una docena, que pasaron a la prisión de la *Ligera*, engrilletados y a ración mínima, hasta ser entregados en el castillo de Puerto Cabello. El resto, ligeramente

superior a los cuarenta miembros, también se ofreció de forma voluntaria a marinar nuestras unidades, con repetidas expresiones de lealtad al Rey de España. Tendríamos que mirarlos día a día bajo lupa de cartógrafo, pero era tanta la escasez de personal sufrida en carnes propias, que no aparecía mejor solución a la vista.

A bordo de las tres unidades de la división, solamente sufrimos dos bajas entre los hombres de la fragata *Ligera*. Un grumete de proa, al que apodaban Camarón, y el artillero nombrado bajo mi mando directo. Pero también aparecían ocho heridos, de escasa monta por gracia de los cielos, la mayor parte de ellos miembros de la dotación de nuestro buque. Se trataba de los primeros caídos a bordo y llevamos a cabo su entrega a las aguas con el debido respeto de todo ceremonial fúnebre marítimo. Pero el rápido combate se había resuelto enoros de ley para las Armas del Rey, sin duda. Y una vez lanzados en la danza guerrera, no debíamos olvidar el fin para el que nos habíamos aprestado desde la salida de Puerto Cabello. Y este no era otro que repasar la vía de roderas en la ribera oriental de la península de La Guajira. Dejamos a la goleta *Morillo* a cargo del Teresita en aguas tranquilas, con el alférez de navío Martín como comandante de presa, y nos alistamos para la nueva función de orden.

Como nuestra posición se ceñía por más al sur de la ensenada del Calabozo, en el extremo sudoccidental del golfo venezolano, decidimos correr la pasada de vigilancia hacia el norte. El comandante y el piloto no apartaban un ojo de la carta náutica en ningún momento. Aunque se tratara de costa limpia en teoría, entre la punta de Peret y la de Tucacas debíamos andar atentos de continuo a la posible presencia de piedras. Por fortuna, reinaba el sol y la transparencia de las aguas ayudaba a favor, con dos vigiadores instalados en el peñol del botalón del bauprés, por si se avistaba alguna morrona no apercebida.

Desde la ensenada de partida corrimos más de treinta millas por la costa de esas tierras, inicialmente pobladas por indios cocinas y guajiros, sin observar movimiento alguno de tropas, paisanos o recuas de carga. Sin embargo, fue al trasponer la punta de Piedras, cuando comprobamos la presencia de una columna con dos cañones de campaña de pequeño calibre. Se movían con lento y cansino caminar, escasamente animados en su misión. Eso al menos se apreciaba a bordo. Y pronto comprobaron el pabellón de la Real Armada, que no escondimos en ningún momento, porque se lanzaron dunas adentro con prisas y cierta precipitación. El comandante lo comentó en el alcázar.

—Por mucho que acerquemos la fragata a las piedras, van a quedar fuera de nuestra distancia de tiro en escasos segundos. ¡Capitán! —Laborde se dirigía al capitán Estremerà, que se mantenía al mando de las tropas del Ejército embarcadas.

—Mande, señor comandante.

—¿Qué fuerza le estima a esa columna?

—Unos sesenta hombres, señor. Y un par de cañones de campaña, metralлерos de a cuatro.

—¿Nos compensaría desembarcar sus hombres, con apoyo directo de los nuestros? Deberían correr arena adentro con rapidez. Solamente me preocupa que pudieran recibir refuerzos y nuestros hombres quedaran empantanados en esas dunas.

—Podemos largarles una andanada a los que se mueven rezagados, señor —medió el segundo—. No les alcanzaremos, pero les entrará el miedo en el cuerpo.

—Muestro mi completo de acuerdo con esa idea, segundo. Vamos a ofrecer una pasada, rascando las piedras malparidas. Que preparen la batería de babor, cargadas ahora con bala rasa.

Se cumplieron las órdenes con rapidez y cuando pocos minutos después besábamos la ribera, la fragata *Ligera* hizo fuego con toda su batería de babor y cuñas en su máximo alcance. Tal y como se esperaba, los impactos levantaron nubes de arena a una milla de distancia de las fuerzas rebeldes que, no obstante, entraron a la carrera en prevención de males mayores. Pero todavía dudaba el comandante.

—No sé si sería buena idea desembarcar las tropas. Para la acción solamente se nos abre en condiciones esa playa redonda, que aparece a proa y a unas dos millas de distancia. Y cuando lleguen a pisar tierra, esos malnacidos se encontrarán cercanos a la sierra de Aceyte. Si se instalan en las faldas con sus dos cañones, podrían desbaratarnos con suma facilidad. Creo que sería una temeridad sin ningún provecho propio.

—Estoy de acuerdo, señor —confirmó el capitán Estremerà—. No conseguiríamos beneficio alguno y arriesgaríamos demasiado. Pero quedo dispuesto a lo que ordene.

—Bueno, no seamos golosos por más. Ya hemos conseguido un rico botín y dañado de forma notable los suministros de esos hombres. Sin embargo, nos mantendremos corriendo esta línea, hasta que dispongamos de suficiente luz. Al menos, les joderemos la tranquilidad y deberán progresar por sierras y dunas. Porque no se atreverán a regresar a la vereda, estoy seguro. Y así lo

hicimos sin dudar. Al tiempo que se servía rancho extraordinario a bordo de los buques para celebrar el éxito, cebado con ración especial de carne fresca en salazón y reparto de generosa porción de vino, ambos productos apresados al Teresita que no constarían en la carga de presa, el buque se movía ahora hacia el sur con mayores y gavias solamente. Pero no perdíamos ojo a las fuerzas que, en efecto, sufrían en su caminata por la sierra y las dunas del interior, con los dos cañones en penoso traslado. No les ofreceríamos cuartel en ningún momento. De esa forma, podíamos demostrar que la fragata *Ligera* y la división bajo su insignia habían llegado a las costas de Tierra Firme no solamente con la intención de mostrar el pabellón, sino para producirles escozor de serpientes en sus cuerpos y fuego en los bigotes.

Entrados en la noche, el comandante ordenó fondear a las cuatro unidades con dos anclas tendidas por largo en la, ensenada del Calabozo, a suficiente distancia de la costa para que no pudiéramos ser batidos por piezas instaladas en tierra. Y como apenas se movían las aguas en aquel magnífico tenedero, con el viento caído al ras, se redujeron las guardias para que todos descansaran el mayor tiempo posible. Sin embargo, debo reconocer que me costó conciliar el sueño una vez más aquella noche. Y no se trataba de nerviosismo alguno por los acaecimientos sufridos a lo largo del día, puedo jurarlo. Por el contrario, era muy difícil apartar de mi cerebro los treinta minutos que había durado el combate. Volvían a aparecer imágenes de rostros enemigos en quejidos de último suspiro, las flecheras en desesperado ataque, el pailebot en rendición, pero también los cuerpos de nuestros hombres que habían sido lanzados a la mar con una bala endosada en su recosido coy. Escenas de guerra en la mar, que elevan el espíritu cuando se culmina con gloria para las armas propias. No podía haber gozado de un mejor comienzo como oficial de guerra a bordo de la fragata *Ligera*. Al tiempo que lo agradecía en preces a la Patrona, deseaba proclamarlo a los cuatro vientos, aunque ya el simple recuerdo llenara el pecho hasta reventar.

10. Misión avante

Todavía permanecemos en las tranquilas aguas del golfo de Venezuela durante cuatro singladuras más. Y mucho que disfruté navegando en la fragata *Ligera* con el aparejo largado al copo bajo un viento fresquito del nordeste, que abanicaba mis pensamientos de gloria e interna satisfacción. La razón principal que indujo al comandante a tomar tal decisión se debía a las informaciones suministradas por los rebeldes, especialmente por quien parecía comandar el grupo de las flecheras, un fortachón intitulado como comandante. Ese cabrito de cuernos alargados, navarro desnaturalizado y traidor, respondía al nombre, cierto o no, de Domingo Arzuaya. Aunque el indiano presumiera de fortaleza en los momentos iniciales y pertinaz obcecación en mantener el más absoluto silencio, acabó por cantar hasta las nanas de arrullo aprendidas en la niñez. Claro que debimos ayudarle con más de cincuenta rebencazos en los lomos, propinados por el guardián primero don Evaristo Andrada, un gallego bisojo y de malos humores, con brazos del tamaño de un martinete. De esta forma, tuvimos conocimiento de que, en efecto, las provincias de Maracaybo y de La Guajira habían pasado a manos de los rebeldes mandados por el caudillo Cedeño, razón por la que se intentaba aprovisionar a fondo la zona, y en escala principal la ciudad de Maracaybo.

También el remilgado patrón del Teresita, más cercano al rango de marica plumero, cantó de plano la estrofa completa y a la primera pregunta. El muy mamalón, cubano de nacimiento y, según sus palabras, español de bien, intentaba mostrarse colaborador, como si odiara de lleno a las fuerzas del bando secesionista. Y en beneficio propio le seguimos la corriente, aunque pensáramos en cubrirlo de cadenas de por vida u ofrecerle un nudo de ahorcaperros alrededor del cuello, que así deberían acabar todos los que propician el bien de los enemigos de su patria. Nos explicó con sencillez y máximo detalle que, siguiendo los consejos de quien lo había contratado, un

comisionado rebelde en la isla Trinidad llamado Pierre Domenque había cargado el buque de su propiedad en dicha ínsula británica con cobranza en oro por adelantado. Y este apartado se mostraba cierto de toda ley, porque encontramos en su camarote un cofre con monedas del noble metal en abundancia, que pasaron de inmediato a la contaduría de la fragata *Ligera*. El material ordenado se centraba de forma principal en el armamento, una buena partida de fusiles norteamericanos a estrenar, procedentes del puerto de Boston, así como pólvora británica en gran cantidad y de extrema calidad. Por último, debía rellenar su buque con alimentos de todo tipo, hasta elevar la carga al bordo máximo.

También comentó el habanero perjuro y renegado que, según su contratante, podía acometer la navegación con entera tranquilidad. No se estimaban fuerzas navales de orden entre los realistas, por encontrarse la Real Armada bajo mínimos. No obstante y por mera preocupación, le habían aconsejado izar pabellón británico y seguir una derrota franca desde Puerto España hacia fuera, para aventear las islas holandesas por su parte septentrional y entrar después en el golfo de Venezuela de norte a sur. En la punta de Espada y de acuerdo al plan previsto, sería esperado por fuerzas navales patriotas, que debían brindarle la necesaria protección y escolta hasta el lago de Maracaybo.

La aparición de una fragata española en aquellas aguas se había considerado por todos como una monumental sorpresa, que había desbaratado al ciento los planes trazados durante semanas. Y tal había sido la rapidez en la acción, que ni siquiera habían caído en la cuenta de mostrar el pabellón de conveniencia. En seca y definitiva respuesta, el segundo comandante le comunicó que su buque quedaba apresado en norma de ley, y él mismo pasaría a rendir cuentas por sus criminales actos de extrema traición a la patria ante las autoridades de Puerto Cabello. Fue el momento en el que aquel culebrón de flores rojas comenzó a llorar como niño desvalido, clamando por una debida clemencia ante el arrepentimiento mostrado y sus deseos de colaboración. Solamente recibió como respuesta los insultos de cobarde y traidor.

Como las informaciones de los malditos especificaban posibles transportes de parecido tipo con dirección a la ciudad de Maracaybo, donde parecían centrarse por aquellos días los esfuerzos invasores más importantes, llevamos a cabo continuas derrotas de exploración hacia el norte y el nordeste del golfo, en busca de nuevas presas. Pero llegamos con rapidez al convencimiento, de que la noticia de la presencia de la fragata *Ligera* en

aquellas aguas debía ser conocida y divulgada, por lo que se intentarían puertos alternativos por las fuerzas rebeldes. A pesar de tal situación, el comandante decidió llevar a cabo una aproximación exploratoria a la ciudad de Maracaybo con el bergantín *Hércules*, unidad de menor calado y mayores posibilidades de maniobra en aguas someras. Sin embargo, entrado en la bocana por la isla Mangles y a la altura de la ensenada de Uraba, fue recibido con un cañoneo tan nutrido, que le obligó a virar en redondo y salir con espuma a popa. Por tal causa, se decidió iniciar derrota de regreso a Puerto Cabello, ese barlovento tan poco deseado, con el *Teresita* a remolque del bergantín *Hércules* y la satisfacción que produce en el pecho haber cumplido con el deber impuesto hasta la galleta.

La moral a bordo de las dotaciones de la división había subido muchos enteros, un factor que el comandante estimaba de la mayor importancia. Y dicha situación deberíamos trasladarla al resto de habitantes en nuestra base de operaciones. No obstante, poco nos agradó la información recibida del jefe indiano, en el sentido de que la escuadra rebelde se componía de unas veinte unidades bajo el mando del intitulado como almirante Luis Brión, un independentista convencido y de garra, que mantenía a un angloamericano aventurero llamado Eugene Daniells como segundo. Su misión consistía en formar escuadrillas que cubrieran las aguas de Tierra Firme dentro de sus posibilidades, y atacar el comercio español entre dichos puertos y las islas madre de Cuba y Puerto Rico, desde donde se enviaban la mayor parte de socorros a las fuerzas del general Latorre. Entre las unidades principales se encontraban cinco bergantines, tres de ellos de nueva construcción en los Estados Americanos del Norte, y algunos con más de dieciséis cañones de porte. También disponían de varias goletas fuertemente armadas.

No preocupaban al comandante la presencia de los bergantines rebeldes, siempre que no se agruparan en compacta formación de combate. Pero como parecía que disgregaban sus fuerzas en demasiadas millas, tal situación nos beneficiaba al considerar que podríamos enfrentarlas una a una, si se aparecían a la mano. Y al mismo tiempo, Laborde se reafirmaba en la opinión de utilizar, sin posible excepción, el necesario convoy para todo buque del comercio que cubriera las derrotas habituales entre Tierra Firme e islas.

Aunque la necesaria navegación hacia levante en permanente barlovento se hizo tediosa y alargada en demasiadas singladuras, el regreso de los tres buques de la división a Puerto Cabello, con la presa a remolque y bandera de presa izada, lo consideramos como apoteósico. Nuevos aires de orgullo, tan necesarios en toda guerra, batiendo con fuerza en el pecho. Pronto se

corrieron por la ciudad los detalles del combate, que acabó por llamarse como del Golfo. Porque se trataba de mención incuestionable el éxito clamoroso de nuestras armas en la mar. Se habían destruido seis unidades flecheras enemigas, acopiados numerosos prisioneros a bordo y una jugosa presa obtenida con su precioso cargamento.

Como es habitual en dichos trances, dichos comentarios fueron sabiamente condimentados y exagerados en adecuada línea, para aumentar el necesario culto popular que tanto eleva la moral de los pueblos. El brigadier Valencey acudió a bordo de la *Ligera* para ofrecer la más efusiva enhorabuena al comandante. Y constituida con la necesaria urgencia la Junta de Presas de Puerto Cabello, desaparecida en aquellos días, se decretó como buena presa de la fragata *Ligera* al pailebot *Teresita*, así como la necesidad de entregar su carga a las autoridades, quedando el buque en propiedad de la Real Armada. Pero de acuerdo a un silencioso convenio por todos aceptado en pura y necesaria connivencia, los alimentos fueron repartidos en generosa hermandad entre los buques de la división y los mandos del Castillo, sin olvidar alguna regalía en forma líquida para Regidor y Gobernador. Los fusiles, considerados de último diseño, pasaron al Ejército en su mayor parte, mientras los seis cañones de a cuatro, en muy buen estado, y las jarras de pólvora se asignaban a las unidades de la división naval, que las recibían como agua de mayo. Por su parte y de forma un tanto irregular, que la guerra suele consentir, también el oro en monedas quedaba a cargo del contador de la *Ligera*, para los muchos gastos que se deberían afrontar en futuras semanas.

Por su parte, el *Teresita* fue prácticamente desguazado en el arenal existente junto al manglar de levante. Contramaestres, carpinteros, veleros y calafates entraron en el pailebot a destajo de tornas, lo que redundó de forma muy beneficiosa en el alistamiento de las unidades aprestadas, especialmente en la corbeta Bailén que, poco a poco, tomaba cuerpo y forma de unidad de combate. Llegaba a contar con una artillería de catorce piezas, aunque de calibres y sistemas tan dispersos, que redundaba bastante en negativo. Y no se apartaron en sesión de desprecio una sola de sus maderas, velas, cabuyería, toneles de brea, herramientas y hasta el último elemento de clavazón. De tal forma, llegamos a levantar un tinglado modesto a pocas varas del manglar, al que denominamos con cierta sorna como pequeño arsenal del apostadero de Puerto Cabello. De esa forma, todo el material quedaba debidamente almacenado y conservado para presentes y futuras necesidades.

No fue sencillo y alentó ciertos regueros de desconfianza y temor, la inclusión de los marineros y fusileros apresados en los buques de la división. Porque sin posible duda, la mayor parte de ellos podíamos cargarlos en el grupo de aventureros que, sin patria ni ley, solamente buscaban una generosa soldada que meter en la faltriquera. Pero era tal la escasez de manos a bordo de las unidades, que no quedaba más función que representar, a no ser que recurriéramos a la leva forzosa, sistema que tan poco gusta en las ciudades. Los había realmente creyentes en una nueva patria, cupo que fue entregado al castillo de San Felipe para una alargada prisión. Pero aquellos que declararon eterna lealtad a España y a su Rey, se dividieron en pequeños grupos, siendo el de mayor volumen asignado a la *Ligera*. Pero con órdenes taxativas en todos los buques, para que fueran estrechamente vigilados, especialmente durante las estancias en puerto, cuando les sería posible intentar la habitual desertión que tanto diezmaba nuestros cuadros.

Tras unos días de merecido descanso, nuestro comandante decidió salir a la mar con todos los buques de la división en una demostración de poder naval. Con la necesaria ampulosidad, nominó a la división como escuadra de Tierra Firme y la dividió en dos pequeñas divisiones. Bajo el mando general del capitán de fragata Laborde, quedaban enlistadas con insignias izadas en la fragata *Ligera* y la corbeta *Bailén*. En esta última mantenía al teniente de fragata Sebastián al mando, por considerar que mucho y bien había trabajado en su alistamiento. Y por todos los cristos prendidos en dolor, que se trataba de una fuerza heterogénea por más, aunque a la vista y en formación de dos columnas, aquellos cinco buques asemejaran fuerza de orden, con más consistencia y poder ofensivo del real.

Laborde era consciente de que no siempre se aparecerían ocasiones como la disfrutada en aguas del golfo de Venezuela, en la que habíamos dominado como señores feudales y con fuerza mayor a la mano. Los rebeldes irían a más y deberíamos comprobar cómo se moverían nuestras unidades con temporales malparidos o en situación de estrago. Pero ya sabíamos del optimismo impenitente de nuestro jefe, que en cualquier actividad apreciaba el aspecto más positivo. Y bien que se corría ese sentimiento entre sus subordinados con entera satisfacción.

* * *

Celebramos las fiestas navideñas en Puerto Cabello, unos días entrañables en los que el comandante del apostadero echó el resto para que las dotaciones,

tan ajetreadas noche y día con trabajos y combates, disfrutaran al máximo y no añoraran en exceso su lejana tierra. Y llegó al punto de correcto ejercicio parte del oro acopiado del buque rebelde. Porque don Ángel Laborde, ante la sorpresa general y sin que nadie supiera los conductos acometidos, consiguió una parva de gallos negros y brillantes, enhebrados con una cresta roja y alargada, que hicieron el disfrute de las lenguas por anticipado. Se celebró la Natividad de Nuestro Señor y se cantaron los cantos navideños españoles en todos los buques, con vino reforzado de aguardiente. En cuanto a mi persona, por primera vez atravesé aquellos días alejado de la familia, momentos en los que siempre se recuerda a los seres queridos.

De esta forma entramos en el nuevo año del Señor de 1821, que traería coyunturas importantes y decisivas a nuestras vidas. La moral se mantenía alta porque, de momento, todo rodaba a favor de espuelas y sin olas blancas contra la cara. Comenzaron a transcurrir las semanas con brega diaria y una misión general que nos superaba en su conjunto de norte a sur. Porque eran muchas las millas que, en teoría, debíamos proteger y, en lo posible, dominar. No obstante y ante la patente seguridad, más teórica que cierta, que nuestras fuerzas navales podían ofrecer, aumentó el tráfico marítimo de forma considerable. Y tal condición redundó positivamente en la vida comercial de los puertos y, muy en especial, en el aprovisionamiento de las fuerzas del general Latorre. Formábamos convoyes que eran protegidos por alguna de las dos divisiones o incluso por unidades sueltas llegada la necesidad. Pero en este último caso solamente podíamos emplazar a la fragata *Ligera*, la corbeta *Bailén* o el bergantín *Hércules*, pero ninguno más. Demasiada puchera para unas pocas cucharas y de muy reducido tamaño. Y por desgracia, no siempre se controlaban las acciones al punto exacto ordenado por don Angel Laborde.

Como tras la calma suele aparecer por norma cierta la tempestad, la primera bola negra de envidia la sufrimos tres meses después del exitoso combate habido en el golfo venezolano y diversas operaciones de escolta sin problemas. A finales del mes de marzo, tuvimos conocimiento de que un convoy formado por tres bergantines del comercio, con refuerzos a bordo que se debían transportar desde San Juan de Puerto Rico hacia Puerto Cabello, había sufrido un severo correctivo. Custodiado por la corbeta *Bailén* y el pailebot *Conejo*, se las había visto contra una fuerza naval rebelde compuesta por los bergantines de dieciséis cañones *Libertador* y *Colombia*, así como dos goletas de fuerza y numerosas flecheras. Para colmo de desgracias, al convoy se había unido en la mar la goleta *Galga*, correo directo de España con destino a La Habana, que arribaba a las aguas antillanas tras un mes de brega contra

temporal corrido. El buque había quedado en mantas trilladas, con escaso personal, ausencia de víveres y casi sin armamento, mientras picaba las bombas a destajo. Tras ofrecerle el necesario auxilio, fue emparejada con los mercantes protegidos.

Una vez avistada la fuerza enemiga, que superaba por largo en números y calidades a la propia, el teniente de fragata Sebastián presentó frente de batalla con arrojo y valor alzado en brega de gigantes. Las acciones se desarrollaron a levante y unas ciento cincuenta millas de Puerto Cabello, entre la isla Uñare y la desembocadura del río Orquilla, allí donde un fuerte viento del noroeste los había arrastrado. Con buen criterio y ante la inminente posibilidad de perder las unidades propias, Sebastián ordenó rumbo general de aconchamiento hacia tierra, mientras ofrecía en prenda la corbeta de su mando a los dos bergantines. Y sin dudarlo entró en duro y desigual cañoneo.

La suerte que había acompañado a las armas de España hasta el momento cayó a la sentina baja de un severo plumazo. Porque tras recibir las cuatro primeras andanadas de los dos bergantines, con nutrido tiro de fusilería de las flecheras a corta distancia que diezmaba su cubierta, la Bailén saltó por los aires en ensordecedora explosión. Algunos miembros de otras unidades informaron posteriormente, en el sentido de que la santabárbara debía haber reventado por una desafortunada rasa o un incendio cercano. Y como era de esperar, una vez desaparecida la unidad de más fortaleza, el enemigo se lanzó contra la fuerza restante, en verdad compuesta solamente por el *Conejo*, armado únicamente con su pobre cañón giratorio. Con rapidez, el enemigo centró sus tiros contra la Galga, entendiéndola como unidad más poderosa. Su comandante, con el buque incapacitado para la lucha, aproó hacia tierra, varando en la costa donde se deshizo en maderas. Por su parte, el enemigo dejó el pailebot *Conejo* para que fuese objeto de las flecheras, que lo acosaban en elevado número sin descanso, mientras su comandante arribaba a la desembocadura del río Orquilla para varar en la arena.

Cuatro largas horas duró el desigual combate, poco afortunado para nuestras armas. Y como resultado final, podemos declarar la pérdida en varada contra tierra de la Galga y el pailebot *Conejo*, así como la previa de la corbeta Bailén. No obstante y para regusto propio, ninguna unidad propia de combate cayó en poder del enemigo, que intentaba su apresamiento. Tan sólo uno de los mercantes fue tomado por el bergantín Libertador en presa, mientras los otros dos, con fuerza de vela y buenas condiciones marineras, aprovecharon los momentos iniciales de combate y confusión para escapar y acercarse lo suficiente a Puerto Cabello, sin posibilidad de que fueran

perseguidos. Pero también se llevó a cabo alguna acción positiva. Porque tres de las flecheras que perseguían al *Conejo* vararon con él en la arena. Y tras combate en tierra de las dotaciones flecheras con los marineros del pailebot y de la goleta Galga, fueron apresados en número superior a la treintena. Así se puede declarar que el resultado no fue tan desastroso como se podía prever al inicio del combate, posiblemente por la obcecación de los dos bergantines enemigos en intentar apresar a la corbeta Bailen, a la que estimaron, sin duda, muy por encima de sus reales posibilidades de mar y guerra.

Sin embargo y a pesar de que el resultado se le presentara a Laborde con vuelos de tintes blancos, nuestro comandante saltó a grito con solfas destempladas. El peor de los aspectos era el de haber perdido dos unidades de su escuadrilla, así como la Galga que podía haber incorporado a sus fuerzas. Porque mientras los rebeldes podían adquirir unidades, financiados siempre por naciones que mucho miraban el futuro de aquellas tierras independientes de España, con los norteamericanos y los británicos a la cabeza de un crédito que no cesaba, la división de Laborde quedaba reducida en realidad a la fragata *Ligera* y al bergantín *Hércules*. Porque el pailebot *Morillo* presentaba casi nulas posibilidades de combate.

Como las malas acuden en bandadas como las aves de rapiña, pocos días después se tenía conocimiento de que el bergantín *Jacinta* quedaba perdido para nuestra división, al ser enlistado en las fuerzas navales del capitán general de La Habana. Como aseguraba con evidente enfado el segundo comandante, poco parecía importar a dicha autoridad la negativa situación que se sufría en Tierra Firme, unas costas bajo su dependencia directa. Y para colmar la vasija a la mala, también el queche *Hiena*, en el que tantas esperanzas habíamos depositado, seguía los mismos pasos del *Jacinta* en Portobello. Estas noticias nos las comunicó el comandante a los oficiales, en una de las periódicas reuniones informativas a bordo de la fragata *Ligera*.

—Pues ya ven como evoluciona la situación de guerra en la mar, señores. Parece que retrocedemos como los reptiles, en cuanto a las fuerzas a disposición se refiere. Ya sé que el combate habido dos semanas atrás pudo desarrollarse con peor final y que, al menos, no les fue posible a los rebeldes obtener más que un mercante de escaso valor, aunque con importante cargamento para nuestras necesidades. Y mucho he sufrido al pensar en los hombres de la corbeta Bailén, con el teniente de fragata Sebastián al frente, porque nadie sobrevivió a la voladura. En fin, era de esperar que nos sucediera tarde o temprano alguno de tales accidentes, teniendo en cuenta que las fuerzas enemigas aumentan día a día y pueden sorprendernos. Por tal

razón, he decidido que el tráfico mercante se englobe en convoyes más importantes y que siempre acudan protegidos por la fragata *Ligera* y el bergantín *Hércules*. No nos queda más remedio. Y debemos aumentar el grado de secretismo en nuestras operaciones, para que no lleguen noticias ciertas sobre nuestros movimientos al enemigo.

—También debemos cuidar como se merece esta fragata, señor, convertida en la joya de la Corona —alegó el teniente de navío Cárdenas—. En cualquier momento nos puede dar un disgusto de difícil reparación.

—Ya lo sé, Cárdenas, ya lo sé. —Laborde entristeció el semblante—. Para nuestra desgracia, estimo que poca vida le restan a las maderas de la *Ligera* y que el día menos pensado se nos vendrá abajo el palo mayor, por mucho que reforcemos encapilladuras y mesas de guarnición con las tablas del buque apresado. Estas putas maderas rusas se van deshaciendo como el serrín de las empresas madereras. Pero debemos confiar en que aguantarán hasta que se necesite de nuestra presencia.

—Se habla de un posible combate decisivo entre los rebeldes y las fuerzas del general Latorre, señor —dijo el contador Bravo con su clásica voz de convicción—. Y no apareja buenos auspicios.

—Eso me comentó el brigadier Valencey, que se ha incorporado al grueso del ejército con gran parte de las fuerzas que protegían Puerto Cabello. Si en estos momentos fuéramos atacados, deberíamos recurrir a una defensa numantina. Esperemos que nuestros soldados salgan victoriosos y consigan que el culebrón de Bolívar capitule y sea apresado. Por todos los demonios, Dios quiera que siga los pasos de Miranda y acabe apresado en el penal de las Cuatro Torres^[36].

—El mismo Bolívar se declaró contra él —insistió el contador.

—Cuando comprobó la derrota de Miranda ante Monteverde, Bolívar le dio la espalda. Y bien que le vino la caída del dictador.

Los oficiales jóvenes del Ejército aseguran que no ven tan clara la situación de guerra en tierra, señor —apuntó el teniente de fragata Oramas, que deseaba regresar al tema perdido—. Las fuerzas se encuentran igualadas en número pero nos superan en caballería, artillería y trenes de municionamiento. Además, Bolívar y sus generales conocen el terreno a la pulgada y presentarán batalla donde mejor les convenga.

—Supongo que lo mismo intentará hacer el general Latorre, que también conoce esas tierras al dedillo. Y de producirse el esperado combate, no creo que tenga lugar muy lejos de Puerto Cabello, que es su punto de retirada

segura y posible línea de abastecimiento. Les aseguro que, en mi opinión, cuanto antes se llegue a ese decisivo encuentro, mejor para nosotros.

—Si resultamos victoriosos, desde luego —entonó el segundo a la baja.

Mucho se discutía sobre el posible desenlace del inminente combate en aquellos días. Y ahí sí que nos cayó la lengua muerta sin posible remisión, al tiempo que la moral descendía hasta las bocas del infierno. A finales del mes de junio, comenzaron a alcanzar Puerto Cabello algunas compañías disueltas o simples columnas con gran número de heridos y señales de derrota en los ojos. Aunque no se comentaba un resultado definitivo, el aumento de tales elementos día a día no propiciaba entrar en alientos positivos. Por fin, tuvimos conocimiento cierto de que el 21 de junio, en las sabanas de Carabobo, el Ejército realista había sido derrotado en toda línea por el de Bolívar, con sus fuerzas comandadas por los generales Cedeño, Plaza y Páez. Y debía haber sido dura la jornada de capitán a paje, porque los dos primeros habían perdido la vida.

Con unos seis mil hombres aproximadamente por cada bando, en el combate que se denominó como de Carabobo, la lucha se empeñó de forma valiente y arriesgada por ambos bandos. Cuando se habían gastado fuerzas y municiones en elevado porcentaje, la acción del general Páez, al comprobar las escasas municiones disponibles, atacando a la bayoneta con inesperada intrepidez, acabó por desbaratar el flanco español. Por fortuna, el brigadier Valencey, en acción de extraordinario mérito, supo cubrir la retirada de su cuerpo, el único que se salvó casi en su totalidad, novecientos hombres que resistieron con denodado valor los ataques de la caballería enemiga.

Por fin, todas las fuerzas españolas que formaban el Ejército del general Latorre acabaron concentradas en Puerto Cabello, salvo algunas partidas llegadas a la carrera hasta Caracas, La Guayra o Cumaná, Nuestro centro de operaciones quedaba sitiado por los rebeldes a fuerza de cantón. Se organizó la defensa en profundidad, instalando artillería en los cerros, lo que convirtió la plaza en un enclave casi inexpugnable. Y era de esperar que localidades como Caracas, Cumaná, Coro, La Guayra y otras fueran atacadas y, a la vista de sus escasas defensas, tomadas por los rebeldes a la brava. Por tal razón, se consideraba como función a la vista que las fuerzas navales cooperaran en la evacuación, llegado el caso. Pero de esta forma, nuestra base de operaciones quedaría como último reducto en poder español a lo largo de las costas de Tierra Firme. Y si eran numerosas las tropas del Ejército y aumentaba la población civil, para su manutención solamente quedaban las fuerzas navales bajo el mando del capitán de fragata don Angel Laborde.

Nuestro comandante mantuvo varias reuniones con el general Latorre y otros jefes del Ejército en el castillo de San Felipe, en las que se discutieron las posibilidades a la vista. Y como era su inalterable costumbre, nos reunió en la cámara de oficiales, para exponernos la dura realidad de la plaza con la necesaria claridad.

—Bien, señores, les supongo al día de la situación que se vive en Puerto Cabello, tras el desastre que trajo consigo la derrota de Carabobo. Si la fragata *Ligera* era un elemento importante hasta la fecha para importunar los movimientos rebeldes, ahora se convierte en la madre de todos los ángeles. Hemos de colaborar al máximo para aprovisionar a Puerto Cabello de alimentos, municiones, así como todo tipo de pertrechos y necesidades. Por fortuna, las fuerzas navales rebeldes presentan especial respeto a esta fragata porque, en verdad, desconocen su real estado. Pero todavía podríamos regarlos de sangre si intentaran alguna acción contra nosotros, acompañados por el bergantín *Hércules*.

—¿Comenzaremos a proteger convoyes de nuevo, señor? —preguntó el alférez de navío Descazar, que todavía mostraba el brazo izquierdo fuertemente vendado. Y bien que podía declararse con suerte de no haberlo perdido, tras el combate del golfo.

—Protegeremos convoyes, pero también a nuestro bordo, si es necesario, completaremos la carga hasta que el agua alcance la tapa de la regala. Pueden estar seguros de que se nos va a pedir hasta el último suspiro, y debemos prepararnos para ello.

—¿Hasta cuándo cree que podremos resistir, señor? —preguntó Cárdenas—. Me refiero a las fuerzas del Ejército, si los rebeldes comienzan a acumular tropas y artillería a nuestro alrededor.

—Tras la derrota de Carabobo y la previsible rendición de otras localidades donde todavía ondea nuestro pabellón, es muy probable que debamos apoyar su evacuación por mar, única vía de escape posible. Por el contrario, Puerto Cabello, en vista de las fuerzas del Ejército disponibles y si es defendido con el necesario valor, lo considero inexpugnable por mar y tierra. Pero como he hablado con el general Latorre, no debemos quedar aquí, empantanados mano sobre mano. Le he sugerido la posibilidad de efectuar desembarcos selectivos. Bolívar centrará sus fuerzas en esta provincia, seguro. Pero otros puntos quedarán indefensos, lo que debemos aprovechar. Además de las habituales misiones de escolta y transporte, se nos ofrecerán otras de cierta importancia.

Quedó en silencio Laborde, mientras comenzaba a mover las manos con cierto nerviosismo. Y de pronto, saltó como percha de pólvora, en uno de sus trances de absoluta indignación.

—¡No lo ven con sus propios ojos ni aunque se encuentre a una pulgada de sus caras! ¡Huevos plantados en poltronas de seda! Estas costas dependen de la capitanía general de La Habana. ¡Pues que el teniente general Gastón, al mando, obre en acuerdo! ¡Necesitamos unidades de mar! ¡Les juro por todos los Laborde inhumados en el camposanto, que con un par de fragatas solamente, podríamos reponer en orden estas tierras! Por Dios bendito, que no es mucho lo que pido.

—No se haga ilusiones en ese sentido, señor —dijo el segundo con indisimulada decepción—. Para las autoridades de La Habana, los problemas de Tierra Firme quedan a demasiada distancia.

—¡Por supuesto que no me hago ilusión alguna, segundo! ¡Por tal razón debemos mantener esta fragata, como si se tratara de la niña de nuestros ojos y de los ojos de toda España! Pero dejemos los lamentos de concubinas a la banda, señores, que en poco benefician la empresa. Debemos empeñar hasta el último esfuerzo por nuestra patria. Todo es posible en la guerra, si se clavan los huevos en las picas bien por alto.

Guardó silencio de nuevo nuestro comandante, con el rostro ligeramente enrojecido. Sin embargo, reaccionó con rapidez en extraordinaria mutación, para enhebrar una beatífica sonrisa, antes de continuar.

—Por cierto, señores, que, entrando en temas menores, debo ofrecerles una grata noticia, al menos para mi persona. Me ha llegado esta misma mañana en la correspondencia amparada a bordo de la goleta Venturosa. Bueno, alguna flor debía crecer entre la maldita rocalla del demonio. Su Majestad don Fernando VII ha tenido a bien ascenderme al empleo de capitán de navío. Bueno, la promoción se produjo con antigüedad de algunos meses atrás, pero acabo de tener conocimiento. Eso quiere decir que de las muchas pagas que me adeuda la Real Hacienda, algunas deben ser satisfechas con el nuevo sueldo —aumentaba su sonrisa de clara ironía—. Pero no estimen que espero me alcance alguna mesada en estas aguas, como les sucede a todos ustedes y hasta el último paje de la división. No es que lleve una carrera profesional rápida y lanzada hacia las estrellas —ahora reía con gusto sus propias chanzas—, pero debo reconocer que siempre alegra el alma una promoción.

Todos prorrumpimos en frases de enhorabuena y golpes repetidos sobre la mesa. Y en verdad que pensábamos, a coro sin excepción, que bien merecía

don Ángel Laborde aquel ascenso. No obstante, aplacó nuestros cirios exaltados con rapidez.

—Muchas gracias, señores. Puedo jurarles en ley de honor que preferiría una y mil veces que me hubieran asignado una fragata o un bergantín, para aumentar la fuerza de la división. Con el aumento en las vueltas^[37] no se ganan las guerras. Sin embargo, les ofreceré un especial almuerzo en su cámara, en honor de mi nuevo empleo. Y rancho extraordinario para toda la dotación.

—Tomo nota, señor —dijo el segundo, siguiendo la racha de buen humor.

—Bueno, señores, al grano y sin titubeos.

Pocos días después nos alcanzó la noticia de la evacuación de Caracas hacia La Guayra, tal y como se había previsto. Todavía se pudo utilizar un corredor, por no haberse cerrado la tenaza sobre la localidad marítima. Sin embargo, un par de semanas después nos comunicó el general Latorre con cierta urgencia que la situación en La Guayra se hacía insostenible por momentos, con elevado número de civiles y militares que debían abandonarla para no caer en manos de los rebeldes. Consideraba necesario que acudiéramos cuanto antes en su auxilio. Y no lo dudó un segundo nuestro comandante. Porque en la mañana del día siguiente, una vez hecha la pertinente aguada, salimos a la mar para cubrir las poco más de doscientas millas que nos alejaban del puerto amenazado. Nos acompañaba toda unidad capaz de navegar, es decir, el bergantín *Hércules*, la goleta *Morillo* y un mercante, el paquebote *Extremadura*, que acababa de descargar mercancías de Puerto Rico en el puerto. Y mucho protestó el capitán por el uso al que se dedicaba de forma obligada su buque, protestas que Laborde abortó con serias amenazas.

Una vez en la mar, el comandante comenzó a maldecir en llagas de sangre a babor y estribor. Porque el viento se mantenía entablado del nordeste y fresquito de fuerza, situación que nos impedía progresar en la necesaria derrota directa hacia levante y con la velocidad que la situación imponía. Por el contrario, se hizo inevitable iniciar la bolina al límite con bordos largos. Pero no todo podía saltar a la contra en tales momentos de angustia, y los rezos alzados hicieron su efecto. Como si los dioses benéficos de la mar hubieran escuchado las protestas elevadas por el comandante hasta las nubes, se produjeron dos efectos en un mismo día de extraordinario valor para nosotros.

Por una parte, cuando amanecía con bruma espesa en la siguiente jornada, nos topábamos con un mercante cargado hasta la regala de plomo en barras.

Como más tarde supimos, se trataba del bergantín de carga *San Benedicto*, buque de escaso porte, demasiados años de vida y construido en La Habana. Se dio la alarma de avistamiento cuando se encontraba solamente a una milla de distancia por nuestra proa. Laborde ordenó hacer por él y aunque mostraba bandera británica, lo abordamos, inspeccionamos a fondo y declaramos como buque español en transporte de material para los rebeldes, apresándolo y uniéndolo a nuestra división sin dudar. También el capitán elevó protestas hasta las nubes. Se trataba de un colombiano moreno y revirado, con documentación de fletes, cargamento, derrota y roles más falsos que el beso de Judas.

Nuestro jefe nombró comandante de presa al alférez de navío Descazar, que embarcaba rápidamente con el alférez de fragata Junquera como segundo en su compañía. También se le asignaban el guardiamarina de Lanza, así como algunos oficiales de mar y una veintena de hombres escogidos con armas a la mano. Y sin pérdida de tiempo, se le ordenaba largar todo el plomo embarcado al agua, material que no se necesitaba en aquellos momentos y, por el contrario, ocupaba un espacio precioso que sería de uso vital en los próximos días. También protestó el capitán por la citada medida, en esta ocasión con demasiada descortesía ante nuestro comandante. Laborde, sin despeinar uno solo de sus cabellos, ordenó que fuera engrilletado de manos y pies en una celda de la fragata *Ligera*. Y como segundo obsequio celestial, aquella misma tarde, el viento rolaba en ocho cuartas para quedar en frescachón del noroeste, un soplido impensable en aquellas aguas. Dos preciadas gracias de una sola tacada que, en mi opinión, bien merecíamos.

Aunque el viento adquiriría rachas de cuernos espumosos y las maderas de la fragata *Ligera* gemían por más, el comandante mantuvo izado todo el aparejo con excepción de los juanetes. De esta forma, solamente una jornada después, cuando nos hallábamos tanto avante con la punta Maiquetía, avistamos entre la bruma matinal la recogida ciudad portuaria de La Guayra por la proa. Comenzaba para nosotros una ardua labor, que podía guardar peligros de orden en las tripas. Porque no sabíamos realmente la situación que podríamos enfrentar en las siguientes horas. Sin embargo, suponíamos una población y unas tropas en estado de máximo nerviosismo y temor, ante la casi total indefensión contra las fuerzas rebeldes. Y se trataba de unas fuerzas que, según se comentaba, cercaban cada vez más por corto a la localidad. Pero no era Laborde de los hombres que dudaban una mota y su rostro mostraba la decisión bien grabada. Podían estar seguros en la española ciudad, de que daríamos el do de pecho por ellos y por su seguridad.

11. La Guayra^[38]

Como sabrán aquellos que han ojeado alguno de estos cuadernillos familiares, la ciudad de La Guayra se encontraba situada en la parte central de Tierra Firme, en las estribaciones de la Cordillera de la Costa, allí donde las montañas se deslizan de forma abrupta sobre la mar como depredador a medio camino de la presa. Por tal razón, la población se asentaba a lo largo de la entera franja costera, extendiéndose por las faldas de la citada cordillera. En cuanto al navegante, se trata de zona poco apetecible para moverse por sus inmediaciones con esos vientos de componente nordeste tan habituales. Porque no aparecen muchas playas de posibles varadas y, por el contrario, lucen demasiadas piedras con muescas de muerte marinera grabada en repetición. Para su desgracia, quedaba a menos de veinte millas de la capital de Caracas y, por lo tanto, demasiado cerca del escenario guerrero sufrido en las últimas jornadas, allí donde se habían declarado en retirada las tropas españolas.

Aunque en el alcázar de la fragata *Ligera* se mostraban pocos o ningún rostro de ensueño precisamente, no por ello modificó el comandante sus didácticas costumbres. Y con una sonrisa que parecía sincera, le entró por cuartas a uno de los guardiamarinas, tras una especial admonición.

—No estimen, señores oficiales, que por acudir al puerto de La Guayra con razones de peso negro y escamas en la piel, debemos olvidar lo que constituye un elemento de formación imprescindible en todo oficial de mar. Supongo que ya saben a qué me refiero. Veamos, caballero Cuartas, ¿qué conoce sobre la particular historia de esta ciudad de La Guayra?

—Pues con toda sinceridad, señor, bien poco o casi nada —contestó el guardiamarina, sorprendido, como si entendiera que no venía a cuento entrar en danza de aprendizaje, con la situación de guerra que debíamos abordar—. Supongo que serían indios caribes los primeros habitantes.

—Falla por largo, caballero. Los indios caribes fueron desplazados por los araucos medio siglo antes de la llegada a estas costas del Grande Almirante. Pero no deseaba remontarme tan atrás. Parece ser que, a mediados del siglo XVI, un mestizo guayquerí llamado Francisco Fajardo fundó la que recibió el nombre de Villa del Rosario. Y queda constatado que los españoles sufrieron muchos problemas con los indios nativos en aquellos primeros momentos. Pero de forma definitiva, la antigua ciudad conocida como Huayra y, en el día de hoy, por La Guayra, fue fundada por Diego de Osorio con el nombre de San Pedro de La Guayra. Y con rapidez se convirtió en el principal centro naval de toda la Venezuela. Por tal razón, fue atacada repetidas veces por piratas, bucaneros, filibusteros, corsarios y armadas enemigas de España. Un caso parecido al de Puerto Cabello y toda plaza fuerte marítima española establecida en el Nuevo Mundo.

Calló Laborde, comprobando que el interés de sus hombres por nuestros episodios históricos no se elevaba en el nivel adecuado.

—Animen esas caras, señores, que no asistimos a funeral de orden. Es mucha la historia propia de esta población hispana, que se unió por camino de herradura trazado sobre las colinas hasta la ciudad de Caracas, declarada como capital de la Venezuela. La ventaja principal se presentaba a causa de la ensenada formada en el saliente de la Punta de Cabo Blanco, donde los buques podían surgir^[39] con cierta seguridad. Y a tal punto de importancia llegó dicho detalle, que alrededor de La Guayra se centraron todos los medios de defensa. Y como dato de importancia en esta lucha fraterna, que mantenemos con quienes desean romper el cordón umbilical que los une con sus antepasados españoles, aquí llegaron Bolívar y Miranda en 1810. Precisamente fue apresado el caudillo Miranda que, como saben, murió en el Penal de las Cuatro Torres, en el gaditano arsenal de La Carraca, hace pocos años. Y mucho habría que preguntar al que denominan como excelso libertador Bolívar, sobre quién propició tal apresamiento que lo elevaba al mando absoluto.

—Hay quien responsabiliza directamente a Simón Bolívar de dicho apresamiento, señor —aseguró el segundo comandante—. Y en 1814, en la noche del maléfico 13 de febrero, fueron pasados por las armas más de ochocientos prisioneros españoles. Lo llevaron a cabo los rebeldes de la forma más cruel. Incluso fueron decapitados poco más de cien hombres, que se encontraban enfermos en el hospital, la mayor parte de ellos canarios.

—En efecto. Así fue por triste y escandaloso que parezca. Muchas gracias, segundo. Al menos hay un oficial que concede la debida importancia

a conocer los detalles de nuestra historia y su aneja geografía, tan decisiva en nuestra carrera cuando soplan vientos preñados. En efecto, todavía se pueden visitar las celdas que se extienden bajo las calles principales cercanas a la muralla del mar, donde se encontraban aquellos españoles diezmados a cuchillo. En 1812, el terremoto que arruinó la ciudad de Caracas se dejó notar a fondo en esta tierra. Podrán comprobarlo cuando observen los restos del palacio del Gobernador, que aún muestra profundas heridas.

Ahora los oficiales asentían con mayor interés, aunque se tratara de rayas afuera. Pero ya el comandante cambiaba el discurso.

—Bueno, ya nos movemos cerca de nuestro objetivo y hemos de atacar la puchera que nos han servido sobre la mesa estos jodidos rebeldes. —Dirigió el antejo hacia el alargado perfil de la ciudad, para pasar a dictar voz en orden—. Las unidades bajo mi mando fondearán con un ancla solamente a escasas varas del muelle viejo, de reciente construcción. Me refiero a ese espigón de piedra clara, que se divisa al sudoeste de la ciudad. Y quedarán listos para levar a la orden con la necesaria rapidez. Con la fragata *Ligera* penetraré hasta besar la muralla. Deseo conocer de primera mano la verdadera situación que se vive en la ciudad.

Se siguieron las órdenes del comandante al punto y, dos horas después, al tiempo que los buques *Hércules*, *Morillo*, *Extremadura* y *San Benedicto* fondeaban en la situación ordenada por el comandante de la división, la fragata *Ligera* se acercaba con escaso andar hasta besar la muralla del mar. Por fin, a la altura de la catedral de San Pedro Apóstol, frente a una zona en la que aparecía una escala real de generoso tamaño y con fuertes desconchaduras a la vista, se daba la voz para fondear una sola de las anclas. El comandante, tras repasar una vez más el contorno de la ciudad con el antejo, se dirigió al teniente de navío Vigodet.

—Segundo, creo que deberé bajar a tierra y hablar con quien ejerza algún tipo de autoridad, civil o militar, en esta plaza, si es que aparece. Observo demasiados carromatos en nerviosos movimientos, lo que no vaticina mercedes a la cara.

—Deben pertenecer a todos aquellos que han escapado de Caracas a la carrera, señor.

—Eso debe ser, sin duda. Que echen al agua mi falúa. Me acompañará Leñanza como ayudante de jornada. Mantenga cuatro ojos en corrida y atento a un posible garreo^[40], segundo, que poco fío...

El comandante apagó la voz al escuchar la del segundo, que le señalaba con la mano.

—Un bote se dirige hacia nosotros, señor. Y parece que embarca un oficial a su bordo. —Mantén el antejo dirigido en la citada dirección—. En efecto, señor, juraría que se trata de un coronel de artillería.

—Pues que se dé el portalón de estribor con la mayor velocidad. Vayamos a recibirlo.

Pocos minutos después, tal y como había anunciado el segundo comandante, un bote de generoso porte y unos catorce remos se acoderaba a nuestro portalón. Y con rapidez lo tomaba un coronel con uniforme en cuadros y barba repuntada de varios días. Parecía llegar directamente del frente de combate con su cuerpo magro y espigado, al tiempo que movía los brazos de forma nerviosa. Laborde lo recibió en la meseta con la debida formalidad.

—Bienvenido a bordo de la fragata *Ligera*, señor coronel. Capitán de navío Laborde, comandante de la división naval, a su servicio.

—Coronel de Artillería Martín Pereira —estrechó la mano de Laborde con energía y una sonrisa de declarada alegría en su rostro—, oficial más antiguo presente en la ciudad de La Guayra. No sabe cómo me alegra la visión de esta fragata y, más todavía, la compañía de otros cuatro buques. Creía que casi no disponíamos de unidades navales en estas aguas.

—Y así es, coronel. No obstante, como me avisaron de que sería posible la necesidad de evacuar tropas, armamento, pertrechos y personal civil, me tomé la libertad de aparejar a la división un paquebote mercante en Puerto Cabello. Y en la derrota hacia este puerto, nos sonrió la suerte por troneras, bien lo sabe Dios. Cruzamos derrota con ese bergantín de carga que puede observar allí fondeado. —Señalaba en la dirección del *San Benedicto*—. Lo declararé con rapidez como unidad mercante en apoyo a la causa rebelde. Por tal razón, lo he apresado con la ley en pliego y agregado a la división con dotación de presa.

—Le ha favorecido esa suerte que nos da su espalda de forma pertinaz en las últimas semanas. Nos harán falta todos los buques porque la situación es insostenible, comandante. Deberá evacuar a nuestras fuerzas, muy pocas por desgracia, y gran parte de la población civil. Muchos han llegado de Caracas con pertenencias propias, ante el riesgo de que los rebeldes tomaran represalias con los considerados como realistas. Y otras familias de La Guayra se unirán al grupo. Porque recuerdan cómo esos malditos decapitaron a muchos patriotas españoles años atrás.

—Embarcaré todo lo que nos sea posible en las cinco unidades, aunque la regala bese las aguas. Por cierto, he observado una balandra de regular

tamaño, fondeada un poco más a levante.

—En efecto, se trata de la balandra Golondrina y pertenece a la Aduana. Se encuentra desarmada, es vieja pero puede navegar. Sin embargo, no dispongo de jurisdicción alguna sobre...

—Vamos, coronel, que no nos movemos en momentos de jurisdicciones ni quites de empresas al aire. La tomaremos por derecho y a la brava, sin dudarle. Espero que sirva para colaborar en el empeño, si sus tablas aguantan. No pretenderá que se la dejemos a los rebeldes como trofeo. ¿Y el Gobernador? ¿También desea...?

—No hay Gobernador, Regidor ni autoridad civil alguna, salvo el director de la Aduana, que ha embalado todas sus pertenencias. El resto ha desaparecido como por encanto en los dos últimos días. Podemos considerar, con escaso margen de error, que se ha producido una repentina muda de sus voluntades.

—Cerdos traidores de cuernos floridos. Así les revienten las tripas. ¿Y me habla de jurisdicciones, coronel? —Laborde sonreía—. ¿Cuánta tropa se encuentra bajo su mando? ¿Y el estado de las defensas?

—Las defensas de La Guayra se encuentran casi destruidas, aunque todavía disfrutamos de más de veinte piezas artilleras en buen estado y con pólvora almacenada. Pero solamente dispongo de unos ochenta hombres, más otros cuarenta heridos en la batalla de Carabobo, que arribaron en penoso estado. Y no dispongo de un solo cirujano. Mi idea es concentrarlos en el muelle y que comiencen a embarcar.

—Perdone, señor. ¿Han clavado los cañones y dado fuego a la pólvora almacenada?

—No hay tiempo, comandante. Creo que las tropas enemigas de Páez se encuentran a pocas leguas.

—Pues no se escucha disparo alguno. Mire, coronel, no abandonaré La Guayra sin haber clavado esos cañones. Bueno, si es que no se nos ofrece tiempo suficiente para embarcar alguno de ellos. Y si la pólvora en jarras se encuentra en buen estado, será un magnífico regalo para mi división. Que se encarguen sus hombres del traslado, así como de clavar los cañones en defensas alejadas o cuyo movimiento se considere desaconsejable. Comenzaré a embarcar a los soldados heridos, que serán cuidados por nuestros cirujanos, y a las familias que deseen abandonar La Guayra con sus efectos personales, siempre que no se excedan en estos cargos.

No parecieron gustar al coronel las palabras de nuestro comandante, que le hablaba con voz en orden aunque se tratara de inferior en la escala de

mando. Y así lo expuso tras tragar saliva un par de veces y avinagrar el rostro.

—No creo que deba recordarle, comandante, que ejerzo la mayor autoridad en La Guayra y debo ser yo quien establezca las prioridades...

—Mire, coronel —Laborde entraba en clara descortesía, al detener las palabras de un superior—, perdone que le interrumpa, pero parece ser que disponemos de muy poco tiempo y es mucha la faena avistada a proa. No le discuto su mando en la ciudad de La Guayra, por supuesto, pero puede estar seguro de que en esta división solamente se reconocerán mis órdenes. Como comandante del apostadero de Puerto Cabello y de la división naval, el general Latorre se dirigió a mí para que acudiera a este puerto y llevara a cabo la posible evacuación, de acuerdo a mi propio criterio. En esta división mando yo sin limitación alguna. Le repito que no dejaré un solo cañón en esas defensas sin ser clavado, que transportaré los que sean posibles y embarcaré la pólvora que tanto escasea en mi división. Si no dispone de suficientes hombres para tal cometido, desembarcarán algunos soldados de Marina, marineros o grumetes en su auxilio. Lo que sí debe organizar con prontitud y meticulosidad es el barqueo del personal, que comenzaremos para embarcar en las unidades fondeadas frente al muelle. Y si los rebeldes se encuentran tan cerca como asegura, no deberíamos perder un solo segundo.

El coronel tragó saliva una vez más, pero aceptó el envite como le llegaba en cueros.

—De acuerdo, comandante. Necesitaré de sus hombres. Lo de embarcar algunas piezas artilleras lo encuentro desacertado, pero si así lo desea, se hará.

—Si comprobara la escasez en el armamento de mis buques, no lo dudaría. Esta guerra puede durar mucho tiempo, o eso deseamos. En cuanto al embarque, por supuesto que las personas, especialmente las heridas, tomarán primacía. Pero si nos resta suficiente espacio en los buques, no debemos perder elementos de combate. Y de forma especial, que el enemigo no pueda utilizar lo que dejemos a popa. Parece ser que Puerto Cabello quedará como única plaza con nuestro pabellón izado en estas aguas, por lo que será importante disponer del mayor armamento posible. Pero entremos en faena cuanto antes.

Sin decir una palabra más, el comandante reunió a los oficiales para exponerles la situación y las acciones que se llevarían a cabo. Al mismo tiempo, enviaba notas escritas a los comandantes de los buques restantes, en el mismo sentido. El coronel expresó su deseo de regresar a tierra cuanto antes, para comenzar la tarea. Y Laborde quiso acompañarlo para comprobar con sus ojos la verdadera situación y el tiempo del que dispondría. Las cartas

se encontraban bien tendidas sobre la mesa y no quedaba más remedio que jugar la partida con prisas y a un envite de plenario.

* * *

Tal y como había expuesto el coronel Pereira, la situación podía considerarse como dramática sin exagerar una sola mota, especialmente en las calles de la ciudad con el pavor encastrado en los rostros de gran parte de los civiles. Muchas familias de Caracas, así como otras propias de La Guayra, todas ellas comprometidas a fondo con los realistas, cargaban sus pertenencias en carromatos de cualquier tipo y tamaño, algunos incluso con varas a la mano, dirigiéndose con rapidez hacia el muelle. Allí se instalaron fuerzas de los buques para tranquilizar los ánimos, ordenar el embarque, así como eliminar determinadas pertenencias personales, declarándolas no aptas para el transporte. Porque algunos vecinos deseaban salir con sus propias caballerías u otros elementos que ocuparían excesivo espacio a bordo. Y no fue tarea sencilla convencerlos de su error. Por otra parte, los soldados capaces de realizar servicio, más cincuenta hombres de los buques, pasaron bajo el mando del capitán Donoso y el segundo comandante de la *Ligera* a inspeccionar las defensas y comprobar la situación real del enemigo. Pero también para escoger las piezas con tren propio que merecieran la pena embarcar, armamento portátil y, como importante cometido, clavar cañones a conciencia y machota dura. Sin olvidar, por supuesto, las jarras de pólvora, por las que suspiraba el capitán de navío Laborde.

Con extrema rapidez, se decidió transportar hacia el muelle en sus propios carretines diez piezas de a seis, que se mostraban a la vista en muy buen estado, doscientas jarras de pólvora y quince cajas de fusiles con su propio armamento. Por el contrario, veintidós cañones de calibres entre a ocho y a doce fueron clavados a conciencia en las defensas, evitando su futura utilización por los rebeldes. Como una decisión inesperada de última hora, el comandante Laborde también decidió embarcar los alimentos almacenados, especialmente los que se encontraban en mejor estado de conservación por el almacén municipal. Con buena lógica pensaba en tanta boca embarcada, que acabaría por arribar a Puerto Cabello, donde no sobraba una mazorca. Y una de las sorpresas más agradables de la jornada nos llegó por boca del administrador del palacio del Gobernador. En sus sótanos aparecieron más de cincuenta bocoyes de un excelente aguardiente y unas veinte presas de frascas

de vino rojo, que no se podían abandonar sin que el espíritu quedara en sufrimiento.

Entramos en aquella primera noche de fondeo en La Guayra con vigiadores reforzados, pero sin contratiempos a la cara. Y como el viento se mostraba demasiado tontón por cuartos, se ordenó largar una segunda ancla a todos los buques. Las operaciones se llevaban a buen ritmo porque ya había embarcado un elevado número de personas con sus posibles pertenencias y todos los heridos, que fueron tratados por los dos cirujanos y los tres sangradores presentes a bordo, aunque dispusieran de escasos elementos de cura en las respectivas enfermerías. Por fortuna, cuando el sol caía a plomo, no se observaban fuerzas rebeldes desde la colina, lo que permitía conjeturar un margen de tiempo suficiente para la completa maniobra. No obstante, cambió la torta en dieciséis cuartas cuando, con las primeras luces del siguiente día, comenzó a escucharse un fuerte cañoneo en la distancia y disparos sueltos de fusilería. Poco después, se acercaba un bote de servicio de ronda a la fragata, con el capitán Donoso a su bordo. Y con escaso protocolo, se presentó con rapidez ante el comandante, que se adelantó a sus informes.

—Veo por su cara que no aparece buenas noticias, capitán. ¿Se acercan mucho los rebeldes?

—Bastante, señor comandante. Y para nuestra fortuna, deben entender que las defensas de los altos se encuentran bien servidas por nuestras fuerzas. Porque disparan con su artillería contra ellas, a pesar de que hayan sido evacuadas. Nuestros hombres tan sólo se encuentran todavía en las tres pequeñas del sudeste, acabando de clavar los cañones allí establecidos. Y he ordenado disparar algunos de ellos en dirección sur, para que las estimen bien dotadas. Por nuestra parte, acabaremos la faena a mediodía. Pero todavía continúan llegando familias con enseres al muelle. Parece un río sin posible final.

—Pues ha de tenerlo y bien pronto. Espero que el segundo comandante me informe del espacio que resta en nuestros buques y las necesidades que se aprecian a la vista. Voy a levar para mudar el fondeadero junto al muelle y comenzar a cargar también en la fragata *Ligera*. Espero que se nos conceda el tiempo necesario.

—En mi opinión, señor, mañana quedaremos a tiro de los malditos.

—Pues no perdamos un solo minuto. Transmítale al coronel mis intenciones.

—Muy bien, señor.

Regresamos a la faena con rapidez. Aquella misma tarde, la fragata *Ligera*, una vez mudado el fondeadero, se encontraba casi al tope de sus posibilidades de carga. El capitán de la balandra Golondrina expuso su negativa a embarcar un grano más, por seguridad de su buque. Y al comprobar que todavía le restaba mucho espacio sin entrar en marcas de inseguridad, se le conminó a continuar la carga, bajo pena de arresto y entrega del mando a uno de nuestros oficiales. Pero ya los buques comenzaban a mostrar sus bordas muy a la baja y con escasas o nulas posibilidades.

En las últimas horas de aquella tarde, comenzaron a escucharse disparos de cañón cercanos, con humaredas negras en alza por los arrabales septentrionales de la ciudad. También los disparos de fusilería se escuchaban en la distancia, arreciando por momentos. Y se trataba de condición difícil de comprender, porque no se había establecido línea alguna de defensa en profundidad. Tan sólo intentábamos acabar de cargar hombres, pertenencias y pertrechos, para levar las anclas y marchar cuanto antes con viento fresco mar afuera. Por fin, cuando estimábamos que todo se encontraba embarcado y el jefe de la división se disponía a dar la definitiva orden de levar, apareció un carromato en el muelle con bastantes personas en su interior. Fue el momento en el que, por primera vez, un disparo de cañón sacudió el comienzo del pantalán, con muestras de pánico en muchos grupos civiles. Me preocupó porque tal condición podía afectar a la seguridad de los buques.

Al tiempo que el comandante Laborde ordenaba levar a todos los buques, para abandonar el surgidero lo antes posible, se dirigía hacia mí con rapidez.

—Leñanza, que no acaben por izar mi falúa y la dejen en el agua. Tome su gobierno a la carrera y acuda al muelle a recoger esa familia, que ha aparecido a última hora y nos hace señales desesperadas. Pero no ofrezca descanso alguno a los hombres y aligere pernos al viento. Voy a levar de inmediato y los esperaré en facha.

—Quedo enterado, señor comandante.

Embarqué en la falúa al salto y tomé su caña sin dudarle. Una vez ordenados los remos al plomo, ordené boga de fuerza y muerte a los grumetes alistados, escogidos para la faena, aunque mostraran rastros de severo agotamiento en sus rostros. No podíamos olvidar que se encontraban en faenas de barqueo permanente durante más de una jornada. Al dos por tres nos acercamos con rapidez al extremo sudeste del muelle, al tiempo que hacíamos señales para que el carromato se acercara en dicha dirección. Cuando por fin tendimos un firme a la escala de embarque, un disparo cayó tan cerca de nosotros, que me temí hubiese dañado alguna persona. Pero la

peor sorpresa se produjo cuando, a punto de embarcar unos doce miembros de numerosa familia, otro carromato llegaba al tiro desesperado de sus animales con una nueva carga. De él se bajó un señor de cierta edad, que se dirigió a mí.

—Por favor, señor oficial, no nos abandonen. Los rebeldes comienzan a entrar en la ciudad.

—Lo siento mucho, señor, pero la falúa se encuentra al tope de sus posibilidades. Puede comprobarlo con sus ojos, si observa donde alcanza la línea de aguas, tan cerca de la borda. Y debemos abandonar el muelle lo antes posible porque la fragata peligra ante el cañoneo enemigo.

—Por favor, señor. —Ahora eran tres mujeres con niños en los brazos y otros dos hombres, todos descendidos del carruaje, los que suplicaban, al tiempo que dos jóvenes comenzaban a llorar.

Se me rompió el corazón a cuartos y tomé una temeraria decisión.

—Bien, embarquen con rapidez y que Dios nos acoja en su seno.

—Por favor, señor oficial —me indicaba el guardián don Evaristo Andrada con el miedo grabado en su rostro—, con esas personas se hundirá la falúa sin remedio. Mire la regala a un par de pulgadas del agua.

Comprobé la exactitud de sus palabras, cuando una señora de abultadas carnes pisaba las tablas de la falúa y otras tres se dirigían a efectuar la misma maniobra. El sencillo balance de sus pesos, hizo entrar bastante cantidad de agua a bordo. Sin saber bien lo que ordenaba, grité al guardián.

—Don Evaristo, que seis remeros, entre los buenos nadadores, se lancen al agua y progresen hacia la fragata. Que lo hagan junto a la falúa por si se agotan y deben prender las manos a la borda. Y no me mire con esa cara, por los huevos del culebrón Bolívar. ¿Quiere dejar tirados a esos niños?

El guardián acabó por asentir, mientras los miembros de la familia, todavía en tierra, nos observaban asustados y expectantes. Se siguieron mis órdenes al punto, aunque muchos rostros en la falúa mostraran un completo desacuerdo. Pero por fin embarcó el último de los hombres, cuando ya ocho grumetes se encontraban en el agua. Por fortuna, la distancia hasta la *Ligera* había disminuido con su facheo, aunque arriesgaba por la cercanía de las piedras. Los pocos remeros alistados todavía a bordo, ahora en menor número y con mayor faena por brazo, sudaban sangre para cubrir cada vara de distancia. Pero la falúa se movía a la vista hacia su objetivo con la caña en mi mano. Por desgracia, embarcaba agua poco a poco por gracia de los mínimos balances, con lo que el peligro se mantenía a la vista.

—Don Evaristo, parece que entra demasiada agua. Que la achiquen los civiles con los potes, si alcanza límites de peligro inminente.

—Enterado, señor.

Ofrecí gracias a los cielos porque las aguas se mantuvieran en suaves cabrillas, que apenas alzaban la cresta una cuarta. No obstante, la falúa se movía como vaca panzuda y con esporádicas entradas de líquido, cuando se producía algún pequeño balance. Pero todo se alcanza en esta vida de dolor. Aunque en mi cerebro no parecía decrecer la distancia a la fragata, llegamos a su costado en unos quince o veinte eternos minutos, momento en el que una bomba de cachetes explosionaba por la proa de la *Ligera* con un pique de agua que roció su león^[41].

Salté a la meseta del portalón de la fragata con la boza en la mano para aligerar la maniobra. Don Evaristo me siguió a la brava, con un niño de pocos meses entre sus brazos. Y como la Patrona no podía olvidarse de nuestras penas, las matronas desembarcaron de la sufrida falúa, momento en el que pude respirar. Y no poco nos costó elevar aquellos pesados cuerpos hasta el enjaretado. Por fin, una vez desaparecido el peligro, pensaba retirarme para ofrecer la novedad al comandante, cuando se agarró a mis brazos una joven, casi una niña, con una esclavina que cerraba su rostro como monje eremita. Al jalar de ella en auxilio hacia la borda de la *Ligera* y evitar su caída al agua, se deslizó la capucha hacia atrás y me vi envuelto por unos ojos muy claros, como el azul de la mar en las playas doradas. Tan sólo escuché unas pocas palabras de su boca, cuando la depositaba en cubierta.

—Muchas gracias, señor oficial, por haber salvado la vida de mi familia. Y una vez más en este caso particular, al evitar que haya caído al agua. Y Aunque había quedado vivamente impresionado por la belleza del rostro de aquella joven, pude responder con cierta soltura.

—Es nuestra obligación, señorita. Pero perdóneme, que debo atender otras obligaciones importantes.

Ni siquiera fui capaz de encontrar las palabras adecuadas en la fugaz despedida. Por último, me destoqué en obligada cortesía y salí casi a la carrera en dirección al alcázar. Encontré al comandante, que daba las órdenes para tomar el viento hacia fuera.

—Sin novedad en el último y peligroso embarque de la falúa, señor. Aparecieron más personas de las previstas a última hora y no pude negarme. La embarcación quedará estibada a bordo en pocos minutos.

—Ha tomado una buena e imprevista decisión, Leñanza. —Me dirigió una sonrisa de complicidad—. No creo que se hayan escuchado órdenes como la

suya y que media dotación de la falúa debiera efectuar el recorrido a nado. Pero ha sido acertada y ha salvado la vida de esa familia. Menos mal que las aguas se encuentran a una temperatura muy agradable. Después de todo, deben haberlo agradecido nuestros hombres. Es mucho más agradable nadar unas pocas varas que bogar como galeote.

—Muchas gracias, señor.

Mientras Laborde reía, me incorporé al puesto de maniobra en el mesana, cuando ya la fragata *Ligera* se movía bajo el impulso de mayores y gavias en dirección noroeste. El viento se mantenía fresquito del primer cuadrante, pero con visos de mudar al capricho en las próximas horas. Y en efecto, una vez entrada la noche, el soplo, entablado por fin del sudeste, aumentaba por grillos con demasiada velocidad, al punto de que se cargaran juanetes y estays en lógica prevención. Cuando entré de guardia de media, pude comprobar que se había tomado la primera faja de rizos. Porque el viento rascaba trapo en cascarrón, lo que hacía gemir las maderas de la fragata *Ligera* en lastimoso proceso.

Desde la toldilla comprobé con la mirada que los otros cinco buques de la división se movían sobre las aguas con extrema pereza. Ofrecían cabezadas en pico y extraños balances de ronda, a pesar de navegar a un largo y sin demasiada presión en el trapo. Todos se encontraban cargados por encima de sus posibilidades, condición que muchos profesionales habrían catalogado como demasiado atrevida y peligrosa. Pero en verdad que nos temíamos a fondo la posibilidad cierta de que el viento y la mar cargaran en exceso. Porque, posiblemente, sería necesario comenzar a largar pesos por la borda, que no era de recibo comenzar a cargar aguas y picar bombas a destajo.

Aunque la marejada se mantenía dura en exceso para la situación a bordo, el viento no llegó a traspasar la estadía del cascarrón. Y en la mañana siguiente se dejó caer a un frescachón sucio que, sin embargo, tomábamos por la aleta con extraordinaria galanura. Progresábamos a muy escasa velocidad, pero en nada nos preocupaba tal detalle. Tragábamos millas hacia poniente y ya aparecería Puerto Cabello por la proa.

Creo que fue cerca del mediodía cuando encontré en la toldilla a los miembros de la familia embarcada en último lugar. Se había recomendado a los pasajeros que tomaran el benéfico aire por las cubiertas altas, para hacer olvidar una noche de pesadilla. Porque los no habituados a la mar, como es habitual, habían sufrido ese mal característico que hace perder la noción de la vida y los tiempos, hasta dejar los cuerpos y mentes estragados al ciento. Intentaba comprobar si todos se encontraban dentro de un orden y no

necesitaban los servicios del cirujano. De pronto, un señor bajo y regordete, cuarentón largo vestido con una noble casaca, se acercó a mí.

—Creo que sois el alférez de fragata Leñanza, señor, a quien debemos vida y hacienda. Salustiano Muñoz Rueda a su eterno servicio. —Me ofreció con decisión su mano, que apreté con fuerza—. Quería agradecerle de nuevo en mi nombre, el de mi santa esposa, sus hermanas y mis cinco hijos, que llevara a cabo la peligrosa maniobra de nuestro embarque en ese bote. Y que por nuestra culpa algunos pobres marineros debieran alcanzar la fragata a nado. Por muchos años que transcurran, nunca lo olvidaré, lo juro por Santa Casilda.

—No es más que un ejemplo de la rutina marinera, señor Muñoz. Solamente cumplí con mi deber, como habría hecho todo oficial de la Real Armada.

—Creo que superasteis con claridad, ese linde de normalidad en el cumplimiento del deber que mencionáis, señor. Le repito que siempre tendrá a la familia Muñoz Rueda a su servicio, cuando nos necesite o así lo estime oportuno.

—Claro que superó la normalidad, padre, y con creces. El señor oficial puso en peligro la seguridad de ese bote y de sus hombres por salvarnos la vida. Tampoco yo olvidaré jamás a nuestro ángel redentor que, en el acto final, evitó mi caída a las aguas.

Había entrado en la conversación, de forma un tanto inapropiada con las normas al uso, la joven que traspasara a la cubierta con mis brazos en último lugar. Ahora a la luz del día, su rostro me dejó la respiración entrecortada y el ánimo sin posible respuesta. De cabello rubio dorado, casi blanco, y ojos del color de la aguamarina, me dirigía la mirada sin la cohibición habitual en jóvenes señoritas. Respiré dos veces con profundidad, mientras contemplaba un rostro de una hermosura como jamás había observado en mis años de vida. El padre entró con rapidez en la debida llamada al orden, con una mirada hacia la joven que no dejaba lugar a dudas.

—No seas impertinente, Rosario —exclamó con disgusto antes de girarse hacia mí y mostrar de nuevo la más agradable de las sonrisas—. Deberá perdonar a mi hija mayor, señor Leñanza. Se trata de una joven demasiado impetuosa.

—Nada he de perdonar, señor, a una joven de tan extraordinaria belleza, por el contrario, mucho me halagan sus comentarios. —No estaba seguro de que aquellas palabras las hubieran ordenado mis tripas de forma consciente, debiendo achacarlas al duende adormilado—. Y además, con un nombre que

tanto agrada a los hombres de mar, por ser el de nuestra Santa Patrona. Fue todo un honor ayudarles a embarcar con seguridad en la fragata *Ligera*. Y no crean que los grumetes sufrieron por la remojada. Más penoso se derivó la boga para los que restaron a bordo. ¿Proceden de Caracas?

—En efecto, señor. Y como mucho colaboramos en la causa legal de España, éramos señalados con demasiada frecuencia por los amigos de los rebeldes, que por la capital se movían. Debimos dejar gran parte de nuestras pertenencias en una casa que no volveremos a vivir, para desgracia de nuestra patria.

—No diga eso, señor Muñoz. Acabaremos por derrotar a los rebeldes y estas provincias continuarán bajo nuestro pabellón.

—Sinceramente, no lo creo, señor, aunque mucho desearía equivocarme. Por todos sitios se arría la bandera de España y no parece que esta locura pueda dar giro en regreso. De todas formas y en nuestro particular caso, ya habíamos decidido regresar a la tierra de mis padres. Bueno, y de mi juventud. Como no soy tonto, en los últimos años fui vendiendo casi todo mi patrimonio. Por fin, quedó apalabrado de firme en casas de banca británicas. Nos trasladaremos de forma definitiva, en cuanto podamos tomar pasaje con seguridad en algún buque que navegue hacia la Península. Aunque considere esta tierra como propia, y mucho sienta abandonarla, creo que será lo mejor para mis hijos.

Mientras aquel hombre bueno hablaba, apenas podía apartar la vista de la joven Rosario. Y tampoco ella parecía dispuesta a abandonar la escena. Pero continué escuchando las palabras del padre, como si me llegaran desde muy lejos.

—Pero le repito con absoluta sinceridad que si algún día necesita cualquier empresa o auxilio de los Muñoz Rueda, nos encontrará en la villa de Cehegín, allá por tierras del Reino de Murcia. No recuerdo bien la hacienda de mis padres, llamada las Madagañas, que abandoné cuando contaba menos de diez años, pero en ella viviremos con plena y ganada tranquilidad.

—¿Ha mencionado la villa de Cehegín? —Mis gestos de sorpresa eran sinceros—. Se trata de una inesperada casualidad. Porque también esa tierra se encuentra muy unida a mi familia.

—¿Hablamos de la misma ciudad, en el Reino de Murcia? —También don Salustiano parecía sorprendido.

—Así es. Mi padre nació en una hacienda situada a orillas del río Quipar, muy cerca de la villa, llamada Santa Rosalía. Precisamente, de allí regresé antes de embarcar en esta fragata.

—¿Ha dicho Santa Rosalía? —Don Salustiano rascaba su calva a renglón, como si hubiese escuchado la más importante de las noticias—. ¿No es esa la hacienda de los duques de Montefrío? Creo recordar que se trataba de la familia Cisneros. Mi pobre padre, que en gloria se encuentre, hablaba mucho del señor duque, que ejercía la importantísima misión de secretario privado de Su Majestad don Carlos III.

—Habla de mi bisabuelo. El actual duque de Montefrío es mi padre, Santiago de Leñanza y Cisneros, jefe de escuadra de la Real Armada. Me encanta aquella tierra, donde he pasado los mejores momentos de mi vida. Se trata, sin duda, de una inesperada coincidencia. Tenga por seguro que les giraré una visita cuando vuelva por allí.

—Nos alegrará mucho, señor de Leñanza, puede estar seguro —entró de nuevo Rosario en repiquete, con una sonrisa en sus labios que congeló mis pensamientos al nublado—. Así podremos corresponder de alguna forma a sus esfuerzos.

—Nada deben corresponder, señorita Rosario. Puede estar segura de que ha sido un placer.

Cuando regresé hacia el alcázar, creo que los pies no pisaban la cubierta. La imagen de esa joven se había clavado con pernos de fuego en mi cerebro y todo se movía alrededor de sus ojos azules. Y tan fuera del mundo real me encontraba, que el segundo debió tocar mi brazo con energía.

—¡Leñanza! ¿Dónde carajo se encuentran sus pensamientos? Le repito que debe presentarse al comandante en su cámara a la mayor brevedad.

—Perdone, señor. Acudo ahora mismo.

El comandante solamente deseaba ofrecerme su enhorabuena por las acciones llevadas a cabo en La Guayra, lo que pensaba anotar en pliego en mi hoja de servicios. Escuché sus palabras con alegría, aunque creo que esta procedía de otros derroteros bien distintos.

El viento rebajó sus faldas en el momento oportuno. Porque la *Ligera* andaba en situación crítica, hacia agua con necesidad de picar las bombas de continuo y el contraamaestre vigilaba la mesa de guarnición del palo mayor una y otra vez. Se temía una tragedia de difícil solución en aquellas críticas condiciones en que nos movíamos. Pero debo reconocer que poco o nada me preocupaban los comentarios que don Nicasio exponía con rastros de preocupación. Porque puedo jurar por el tridente del dios Neptuno, que, el rostro de Rosario se aparecía en cualquier rincón del buque que atravesaba, hasta inundar mis sueños en la noche.

12. Cruces al cielo

El andar^[42] medio de la división en su navegación hacia nuestra base en Puerto Cabello, se asemejaba a ritmo de tortuga con doble caparazón a la chepa. Los accidentes de la costa parecían clavados en nuestro cerebro con gacheta gruesa y sin la habitual corrida de perfiles hacia popa. Tampoco se acolchaba al gusto tener que rebajar trapo con demasiada periodicidad, especialmente a causa de la putorrón balandra Golondrina, que más parecía chata podrida de arsenal. Para colmo de males, bien entrada la mañana, el viento cayó al suspiro de cubierta, aunque las luces en vuelo por el horizonte no cuajaran al gusto. Porque los recalmones de color gris auspician, en demasiadas ocasiones, jornadas de violentas rifadas y vidrios rotos.

En efecto, pocas horas después saltaba al golpe un noroeste de malos augurios, un maestral suzaño^[43] que hacía torcer el gesto al comandante y a don Nicasio. Porque jamás aparecen con buena compañía a las bandas, los vientos anormales en estación y zona geográfica. Y así se mostraba aquel soplo, que chocaba con sus principios más elementales. Poco me agradaba observar cómo Laborde y el nostramo cuchicheaban a la baja, con aparición de rostros sombríos y gestos de manos al quite. Deben tener en cuenta la especial situación de los buques, cargados hasta la borda y con demasiado personal civil en sus cubiertas, que estorba demasiado en momentos de cruce. Sin olvidar a la fragata *Ligera* como penoso extra negativo, con sus especiales características de escasa fortaleza en las maderas propias. Habría sido deseable para esa corta navegación, trazada en tan especiales condiciones, un viento y una mar normales, de las que soplan desde levante en bendición. No obstante y para mal de los cuerpos, la suerte parecía haberse torcido de proa a popa.

Aunque solamente nos encontrábamos a unas veinte millas a levante de la isla Alcatraz, roca situada al nordeste de la punta Brava de Puerto Cabello y escasa distancia, las condiciones giraron a la mala con demasiada rapidez. El

viento acabó por entablarse del noroeste, la peor y menos habitual de las direcciones posibles, aumentando de fuerza hasta elevarse por encima del frescachón y sin ánimos de rebajar sus faldas ni media pollera. El comandante sufría al pensar en una posible dispersión de la fuerza, con la escasa dotación que disfrutaba cada unidad. Pero la primera alarma sería provino de la Golondrina y a ritmo de bombardera. La balandra izó señales por banderas, en el sentido de padecer una seria vía de agua, que amenazaba con inundar el buque. Como es fácil imaginar, aquella noticia cayó a bordo de la *Ligera* como una losa de granito en los hombros. Laborde, con la tranquilidad de espíritu que mostraba en tales situaciones, le ordenó aproximarse en lo posible a la capitana, para recibir auxilio.

Al tiempo que la Golondrina intentaba caer a babor con su proa en nuestra dirección, una tarea harto complicada, la fragata quedaba al paio^[44] para no entrar en virada que poco convenía al momento. La balandra insistía con demasiada periodicidad en sus señales de socorro y cuando la teníamos a menos de media milla, podíamos observar movimientos de alarma en su cubierta, que poco jalaban en positivo. Nuestro comandante ordenó preparar falúa y bote para su arriado, por si se hicieran necesarios sus concursos en un definitivo momento. Por fin y tras denodado esfuerzo, con la Golondrina a escasas yardas de distancia por nuestra banda de babor, comenzamos a lanzar los arpeos de abordaje, intentando amadrinar en lo posible ambos buques. Y no se consiguió la maniobra hasta una hora después, por culpa de los movimientos erráticos de la pequeña.

Aunque faltaran, en dos ocasiones los cabos de los arpeos, con blasfemias corridas entre los nostramos y cabos de mar al tiempo que se reponían, conseguimos amadrinarnos hasta besar maderas. Los posteleros y varaderas^[45] se cuadraban en las curvas bandas, mientras algunos grumetes intentaban mantener la distancia entre costados con espetones y bicheros de defensa. Poco antes se había ordenado a la balandra rendir su palo maestro, lo que llevó a cabo con desesperante lentitud. Con esta medida se intentaba prevenir males mayores en ambas unidades, aunque los aconchones entre los costados nos hicieran sufrir en demasía. Por fin, escuchamos la voz del capitán, que mostraba, el cabello revuelto al viento y empleaba ademanes más propios de endemoniado.

—¡Importante vía de agua en la amura de babor a la lumbre!^[46] ¡Buque en peligro inminente! ¡Bombas picando al máximo pero continúa progresando la entrada de agua! ¡No aguantaremos a flote más de una o dos horas! ¡Necesitamos auxilio inmediato!

—¡Abandonen el buque! ¡Daremos redes sobre andariveles para que comiencen a trasvasar el personal! ¡No cobren demasiado y dejen el necesario huelgo! —gritaba Laborde con la bocina dorada contra su boca—. ¡Mujeres y niños en primer lugar!

—¡No nos dará tiempo! ¡Moriremos todos! —insistía el capitán en una reacción muy poco profesional.

—¡Capitán, deje de hablar, rebaje esos nervios y trabajen a muerte!

Se tendieron las redes de combate a la altura del combés de la fragata con un ángulo bastante caído, a causa de la diferencia de altura, entre las respectivas bordas. Sus perfiles quedaban amadrinados con dos andariveles de fuerza, que le ofrecían una relativa seguridad. Y por los clavos de Cristo, que angustiaba comprobar cómo el agua barría la cubierta de la balandra, donde se podía observar el movimiento errático y peligroso de algunos cajones destrincados.

A pesar de los muchos inconvenientes, comenzaron a pasar los civiles embarcados, que en su trepa por las redes caían y se reponían, con el rostro marcado por el mayor de los pánicos. Para orgullo propio, el único que mostraba serenidad a bordo de la Golondrina era el guardiamarina Juan Salomón, más antiguo de los caballeros de la *Ligera*, que se le había traspasado en puerto con un cuadernillo de señales e instrucciones para su uso. Ante el pavor que demostraba el capitán, lo que se traducía en órdenes y contraórdenes sin motivo, alaridos desesperados y un comportamiento poco adecuado a quien manda en la mar, lo que acrecentaba el peligro, el comandante entregó el mando sin dudarle al caballero Salomón entre gritos. Y bien que mostró su alegría el joven, que comenzó a tomar decisiones importantes sin pausa.

Habían sido traspasados a la fragata *Ligera* más de treinta civiles y comenzaban a hacerlo los miembros de la propia dotación, cuando el capitán destronado intentó lanzarse de forma desesperada sobre una de las redes. Pero allí estaba Salomón, que lo tomó por el hombro para empujarlo sin miramientos contra la cubierta, por la que rodó de forma vergonzosa. El peligro de que faltaran los andariveles aumentaba por momentos, así como el nivel de agua que comenzaba a entrar en la balandra a borbotones. Y cuando escuchamos un formidable chasquido, con la balandra mantenida entre dos aguas, comprendí que habían faltado los fuertes y las redes quedaban colgando de manera informe en nuestro costado de babor. Todavía restaban a bordo de la Golondrina seis o siete marineros, el capitán y el guardiamarina Salomón, que se lanzaron al agua sin dudarle un segundo.

Pude observar, emocionado, cómo el guardiamarina nadaba a toda fuerza sobre las olas para asirse a las redes que, sin embargo, se abrían poco a poco en distancia. Como si se tratara de una escena vivida en sueños negros, comprobé cómo la Golondrina comenzaba a escorarse hacia babor de forma violenta, al tiempo que hociaba de popa en función de hundimiento inminente. Con rapidez, se lanzaron desde la *Ligera* cabos salvavidas con doble extensión y piña añadida. Y por gracia de los cielos, al último de ellos se aferraba Juan Salomón con manos y dientes, esas presas que jamás se sueltan. Comenzamos a cobrar con energía desde la fragata, al tiempo que se auxiliaba a los que se mantenían colgados en las redes con inestable seguridad. Nuestra Santa Patrona debió cargar a fondo aquellos cabos salvavidas, que rindieron el benéfico efecto del nombre asignado. Porque en ellos llegaron a nuestro costado dos marineros, el guardiamarina Salomón y el capitán, mientras nuestros hombres recogían de las redes a los últimos supervivientes.

La maniobra de rescate se había alargado una hora solamente que, no obstante, se apareció en mi cerebro como una completa jornada de trabajos forzados. Aunque fuera difícil de creer, no perdimos un solo hombre o mujer en la faena de salvamento, que también ellas treparon con valentía entre las redes. Por desgracia, en la balandra se encontraban almacenados los víveres en su mayor cantidad, una pérdida irreparable. Y es posible que tan importante o más todavía, en la Golondrina se habían estibado los bocoyes de aguardiente, que la mar se tragó para entregarlos en bandeja de plata al dios de las profundidades. Así exclamaba el comandante de forma desenfadada.

—Buena fiesta disfrutará el dios Neptuno y su cohorte con esos bocoyes de caña que le llegan en rocío. El muy culebrón no ha querido dejarnos uno solo. Espero que duerma bien la borrachera y amanse las aguas en su justa medida. Pero, bueno, debemos elevar rezos a la Patrona por el auxilio recibido —se giró hacia el caballero guardiamarina, rendido de fuerzas, antes de continuar. Y felicito públicamente al caballero guardiamarina don Juan Salomón, a quien propondré para su inmediato ascenso por el valor demostrado en momentos críticos, ese valor que tanto ha faltado en otros a quien correspondía la responsabilidad. —Laborde miraba con infinito desprecio al capitán, todavía descompuesto y avergonzado por sus actos—. Como máxima autoridad naval del apostadero de Puerto Cabello y de acuerdo a las normas establecidas para la situación de guerra que vivimos, puede darse por ascendido, alférez de fragata Salomón. Reciba mi más sincera

enhorabuena. Ya le impondré la preciada charretera sobre el hombro, cuando regresemos a puerto.

—Muchas gracias, señor comandante. —El joven, empapado de agua, mostraba sonrisa de cuartos, como si todavía no creyera en las palabras que acababa de escuchar.

—Y ahora, esperemos que no prosiga la escalada del viento o acabaremos por perder todas las unidades.

Por desgracia para los buques de la división, el viento no sólo no decayó una onza de peso, sino que saltó a cascarrón de costras verdes en las dos siguientes horas. Por orden del comandante, anoté la posición de cada buque, así como la situación de navegación y seguridad que les estimaba. Los bergantines *Hércules* y *San Benedicto* no sufrían mucho, aunque el agua saltara por sus imbornales a chorro grueso. Peor se encontraba el paquebote *Extremadura*, que hociaba en exceso y necesitaba de mucho esfuerzo para sacar la proa de las aguas entre temblores de cría. Y para sorpresa general, la pequeña goleta *Morillo* se aparecía sobre las olas como una espléndida señora de cuartel, escupiendo espuma por su bauprés con orgullo y sin males aparentes.

Peor se movía la situación a bordo de la fragata *Ligera*. El comandante decidió arribar las cuartas necesarias, hasta conseguir que las olas nos entraran a favor por el anca y, de esta forma, reducir los bandazos al mínimo. En cuanto al resto de buques, ordenó que cada uno tornara de forma independiente la proa más adecuada a su situación, y que llegado el caso de necesidad, arrojaran el material de carga que estimaran oportuno por la borda. Y como ninguno deseaba despegarse mucho de la madre, arribaron en paralelo, para quedar a rumbos muy cercanos al nuestro. Con la nueva proa, la *Ligera* parecía entrar por mejores roderas. Sin embargo, de cuando en cuando tomaba alguna ola malparida, que nos hacía vibrar a quemado. Y muy mal debía escardar Laborde el futuro, porque largó una frase que no deseábamos escuchar.

—Por los malditos cabrones malparidos, que si continuamos así deberemos largar por la borda lo que nada me gustaría.

—Puede que sea lo mejor, señor, aunque mucho nos duela —aseguró el segundo con tono lastimero—. Es demasiada la carga que llevamos.

—Tampoco debemos exagerar, segundo. He observado a fragatas mercantes con la borda al ras y tragando temporal de borlas, sin largar al agua una sola frasca de vino. Lo que sucede es que, en el fondo de nuestras almas,

confiamos muy poco en estas tablas rusas, aunque presenten escasos años de vida.

—Tiene razón, señor.

Aunque se había ordenado a todos los pasajeros civiles que no abandonaran sus compartimentos bajo circunstancia alguna y no aparecieran por la cubierta alta en ningún momento, cuando me dirigía a la cámara de oficiales para que Pepillo me ofreciera un poco de queso y vino, encontré a la joven Rosario Muñoz en la escotilla que daba acceso a su camarote enlonado. La pobre joven exhibía un rostro cuajado con un miedo tan expresivo, que sentí punzadas de verdadero dolor en el pecho. No obstante, no perdía una sola onza de su belleza.

—¿Qué hace por aquí, Rosario? ¿Se ha vuelto loca? No debe subir a cubierta. Se encuentra terminantemente prohibido. Puede ser comprometido en varas altas moverse con estos violentos balances y cabezadas. Hasta un pesado cañón puede quedar destrincado y bailar con extremo peligro para las personas. Regrese a su zona y quede bien sujeta a los pernos.

—Tengo mucho miedo, señor de Leñanza. Un sentimiento muy superior a mis fuerzas. ¿Cree que nos hundiremos como esa barquita pequeña? Ha sido una visión espantosa que jamás olvidaré. Soy muy joven para morir y debe ser horrible caer entre las aguas, para ser devorada poco a poco por...

—Ni lo piense siquiera. Nadie devorará ese precioso rostro, se lo juro por mis antepasados en coro redondo. —Intenté sonreír con seguridad al tiempo que, de forma un tanto osada e inesperada en mi conducta, acariciaba una de sus mejillas, un contacto de la piel que me hizo olvidar la mar y las velas—. En el peor de los casos, deberemos arrojar al agua las pertenencias de los pasajeros y, posiblemente, algunas cajas de munición. Puede estar segura de que la fragata *Ligera* será capaz de resistir esta mar y otras mucho peores. Mañana mismo nos encontraremos en Puerto Cabello. Ya lo comentaremos tiempo avante en su hacienda de Cehegín, entre sonrisas. Recordará estos momentos como una inolvidable experiencia. Regrese con sus padres y descanse si puede.

—Sus palabras me dejan en paz y tranquila, señor de Leñanza. —Apareció en su rostro una sonrisa, que me impulsó con Liego prendido hacia los cielos—. Debe saber que confío en vos por completo, pero solamente en vos. Muchas gracias otra vez.

Entraba en la cámara de oficiales con renovada energía y una sonrisa en la boca, cuando por todo el buque se pudo escuchar un terrible chasquido, como si un rayo hubiera traspasado la estructura de la fragata de banda a banda,

seguido de otros latigazos de menor intensidad. Supuse la realidad sin avistarla, aunque no hubiera sufrido tal experiencia en la mar con anterioridad. Regresé a la carrera hacia el alcázar, momento en el que comprobé que el temor anidado durante tantos meses se justificaba de lleno. Los restos del palo mayor aparecían tumbados en desordenado cuelgue por la banda de estribor. El árbol había partido a tochón de espuma, unos cinco pies por encima del cubichete de cubierta. Las velas, envueltas entre las olas, ejercían una perniciosa labor de ancla flotante y la *Ligera* se mantenía parada, con violentos balances al haber perdido la proa de referencia. Escuché las palabras del comandante, dictadas con determinación y confianza.

—¡Don Nicasio! ¡Que se aclare la maniobra a la máxima velocidad posible, aunque no quede a bordo ni un sencillo peñol!

—Señor, estas maderas nos serán de máxima necesidad llegado el...

—No me preocupa una jodida mota tal condición en estos momentos, nostramo. No obstante, afirmen una retenida muy por largo, por si fuera posible recuperar el conjunto más adelante. Pero ahora necesito una proa de alivio con la máxima urgencia.

—Quedo enterado, señor comandante.

Con todo el personal de mar entrado a la faena, se picaron, cables y tonchas con extrema rapidez. Y aunque el nostramo deseara dejar aclarados los masteleros para emplearlos en la futura reparación, no le fue posible. Porque el conjunto, aunque muy por largo, nos anclaba a la mala sin posible mengua. De esta forma y a la orden del comandante, se acabó por picar la maniobra aglomerada en bolsa a la brava, para quedar liberados del todo, momento en el que la *Ligera* recobró su proa hacia sotavento en ocho cuartas. Y podía tratarse de una impresión personal tras el estallido producido, pero parecía que ahora tomábamos la mar con mayor seguridad. El comandante mascullaba sus pensamientos.

—Veía venir este desastre desde hace meses. Lo esperaba en cualquier momento, bien lo sabe nuestra Señora de la mar. Y no entiendan que lo achaco por cientos a los efectos producidos por la carga. Este jodido palo se encontraba sentenciado desde el mismo día en que lo guindaron manos poco profesionales por las aguas del mar Báltico. La madera podrida acaba por rendirse más pronto que tarde, si no entra en llamas.

—Aunque la percha no fuera de la necesaria calidad, el mayor de los defectos —entraba a tono el contramaestre primero—, podemos endosarlo sin dudas a las mesas de guarnición. Sin una obencadura recia y con la debida tensión, ningún palo puede sobrevivir en pie mucho tiempo. Y si además ha

sido ensamblado con una madera de tan pobre resistencia, peor todavía. Pero estoy con usted, señor. Este árbol se habría rendido algún día, aún navegando con mar de leche.

—¡Leñanza! —El comandante se dirigía hacia mí—. ¿Cómo se mantienen los demás buques? ¿Alguno ha comenzado a largar carga al agua?

—Solamente el paquebote *Extremadura* se ha deshecho de algunas cajas y baúles, señor. Pero entiendo que se trata de las pertenencias del pasaje. En su conjunto, parece que nuestras unidades aguantan bien.

—Pues deberemos navegar todavía más con la popa en muestra hacia Puerto Cabello. Quiera la Santa Patrona que este viento acabe por amainar de una putañera vez o role en dieciséis cuartas.

A pesar de los ruegos del comandante, todavía sufrimos aquellas duras condiciones durante una jornada más por entero, con noche cerrada y olas catedralicias en vuelo por encima de nuestras galletas. Para tranquilidad de las almas estibadas a bordo, en la oscuridad podíamos oír con nitidez los gemidos de la *Ligera*, pero no observar si sus mesas de guarnición restantes, el caballo de batalla, se alzaban cual varaderas en cuelgue.

Como la angustia entre los civiles mantenidos en situación de transporte aumentaba por momentos, fui comisionado por el comandante para que hablara con ellos. Y allí en los camarotes improvisados entre lonas, me alcé sobre un taburete para intentar calmar sus ánimos. No les mentí al asegurar que Puerto Cabello se encontraba a escasas millas de distancia, pero tampoco les dije que, de momento, navegábamos en dirección contraria obligados por el viento y la mar. Algunos llegaron a preguntar que cuándo se les ofrecería el necesario transporte, para, pasar a La Habana o San Juan de Puerto Rico, al considerar que Puerto Cabello acabaría por caer ante las tropas de Bolívar. Pasé como pude por tan delicado tema, que no aparecía en momento oportuno, asegurando que Puerto Cabello mostraba trazas de plaza inexpugnable y no debían temer tal contingencia. Y así debería ser, desde luego, aunque en nuestra historia reciente hubiéramos perdido plazas teóricamente inasequibles al enemigo. Rosario no elevó pregunta alguna en esta ocasión, pero sentí sus ojos clavados sobre los míos durante toda la arenga.

Aunque un poco tarde, al mediodía de la siguiente jornada comenzó a plancharse la mar con caída efectiva del viento. Y digo que tal bien aparecía con retraso porque el desastre del palo mayor se clavaba en nuestros corazones cada vez que elevábamos la mirada hacia los cielos. Pero ya se hacían planes para su posible reparación en puerto, aunque no hubiésemos

acopiado uno solo de los masteleros ni verga debilitada. Poco a poco, con los necesarios tientos, comenzamos a modificar el rumbo, hasta quedar aproados al norte con una bolina rascosa y empobrecida. Y como parecía que los desastres estaban acolchados hacia atrás, el viento acababa por rolar de nuevo, en ese vaivén noroeste-nordeste al que nos sometían desde dos semanas atrás. Y no se trataba de condición habitual en una zona, Tierra Firme y mar de las Antillas, en la que denominan al levante como barlovento y al poniente como sotavento, clara indicación de la dirección de los vientos en su habitual y diaria norma.

El resto de la fuerza apenas se había dispersado y quien lo hiciera en quedada había ganado terreno para el retorno a proas de poniente. El caso es que, para júbilo de moros y cristianos, dos días después, las cinco unidades de la división fondeaban al abrigo y con dos anclas frente al manglar de Puerto Cabello. Los civiles salían a cubierta y nos vitoreaban como si hubiéramos llevado a cabo una heroicidad digna de gigantes. Bien es cierto que la faena de evacuación de La Guayra podía considerarse como toda una gesta, que solamente al capitán de navío Laborde se le debía conceder. Porque gracias a su resolución y arrojo no había quedado un alma en La Guayra deseosa de abandonar el terreno conquistado por el enemigo.

Especialmente emotiva fue la despedida de la familia Muñoz Rueda. Don Salustiano me ofreció un sentido abrazo en cubierta, pocos minutos antes de abandonar la fragata *Ligera*.

—Mucho hemos sufrido en los últimos días, señor de Leñanza, desde que debimos abandonar nuestra querida ciudad de Caracas. Pero la recompensa final es inigualable. La Real Armada ha mostrado su capacidad y no me refiero solamente a la material con buques y cañones, sino a la de sus hombres. Vos entráis por derecho propio en ese cupo y muy por alto, al menos en lo que se refiere a nuestra familia. Le renuevo los votos expresados en nuestro embarque y mantengo multiplicados mis ofrecimientos personales. Espero que se haga realidad esa velada que hemos planeado en las cercanías de la villa de Cehegín. Y que se produzca cuanto antes.

—Así será, no lo dude. Para mí también ha sido un gran honor conocerles y un placer ayudarles. Espero que encuentren pasaje adecuado hacia La Habana o San Juan de Puerto Rico y, posteriormente, hacia la Península.

—Nunca le olvidaré, señor de Leñanza. —De nuevo entraba Rosario, demostrando que la ascendencia sobre su padre era grande. Además, clavaba sus ojos en los míos con tal profundidad, que me anegaba el alma entre aguas

—. Gracias a su aliento, he podido sobrevivir a bordo de la fragata sin excesiva angustia.

—No diga eso, Rosario. Sois fuerte como vuestro padre. Me alegro de haberla conocido y tampoco yo la olvidaré, puede estar segura.

Besé su mano con lentitud y especial retardo. Si la felicidad de arribada a puerto se agrandaba en mi pecho, tal sensación se veía multiplicada por mil en aquellos momentos. El padre pareció comprender que allí nacían sentimientos con posibles derivaciones futuras, por lo que dirigió la mirada a un lado. No obstante, es habitual que poco se espere de los hombres de mar. Predomina por encima de todo su alocada vida de una parte a otra del mundo y esa fama, justa o no, de ser capaces de olvidar en escasas millas amores enquistados bien dentro. Pero no entiendan que pensara de esa forma en aquellos momentos. Porque mucho disfruté en los siguientes días con el simple recuerdo del rostro blanco, el cabello dorado y los ojos del color de la aguamarina.

* * *

Como era de esperar, la fragata *Ligera* presentaba tal cantidad de muescas de dolor en su esqueleto, que se consideraba necesario entrar en un periodo de alargada puesta a punto. Para ello, cuadramos el fondeo al límite del manglar, con dos anclas a proa y un muerto a popa, que nos afirmara de justicia y sin posibles sobresaltos. Y poco agradaba tal situación a los mandos del Ejército presentes en Puerto Cabello, con el general Latorre a la cabeza. Sin embargo, poco o nada me preocupaba la situación en la ciudad. Tras la derrota en el combate de Carabobo y el regreso a empellones de diversas compañías y partidas aisladas, se podían cifrar entre cuatro y cinco mil los veteranos disponibles para ejercer la defensa de Puerto Cabello. Porque en escasas semanas se podía considerar a la plaza como formalmente sitiada por las fuerzas rebeldes. Y como se trataba de un número suficiente, con abundante artillería a disposición, podíamos considerar la plaza realmente inexpugnable.

Con la fragata *Ligera* anclada a la fuerza y en postes, se perdían las oportunidades de ofender al enemigo, así como la posibilidad de efectuar desembarcos selectivos e intentar recuperar algunas plazas de la costa. Estos pensamientos los trató nuestro comandante con el general, su estado mayor y algunos mandos principales, durante una reunión mantenida en la residencia del Gobernador. Por fortuna para mi propia inquietud, don Ángel Laborde me

designó como ayudante de jornada, y a ello me preparé con recado de escribir a la mano.

Una vez emplazados en una alargada mesa, situado por mi parte tras el comandante Laborde, el general entró por derecho y sin preámbulos en la cuestión principal.

—Bienvenidos sean todos a esta improvisada reunión. Y en primer lugar agradezco la delicadeza del Gobernador, por invitarnos a su sala de reuniones.

—Es un verdadero placer. Pero actúe con entera libertad, señor general, como si se encontrara en capitanía bajo su mando.

—Comenzaré con la principal de las preguntas, dirigidas al capitán de navío Laborde. ¿Cuál es la situación real de la fragata *Ligera*? Por otra parte, ¿cuánto tiempo estima que deberá permanecer sin posibilidad de salir a la mar?

—La verdadera situación de la fragata bajo mi mando es, básicamente, la misma que mostraba a nuestro arribo a Puerto Cabello, meses atrás, señor general. Padece los males descubiertos en todos los buques adquiridos a la Marina Imperial rusa. Las maderas empleadas en su construcción son de una calidad pobre en extremo y con una rápida degeneración en ruina. Es muy difícil comprender que se llegara a construir con materiales de tan escasa propiedad. Somos conscientes de que puede partir un palo, un mastelero o una verga en cualquier momento, pero asimismo sufrir vías de agua por el mal estado de sus fondos. En estos momentos, por ejemplo, entra agua en la sentina en demasía, lo que nos obliga a periódicos funcionamientos de las bombas de achique. Y el nivel de entrada puede aumentar sin previo aviso por causa de un madero desventado u otra negativa condición. Y no se me ocurre pensar en reparar los fondos, no sólo por imposibilidad al carecer de dique seco, sino porque ojos que no ven...

—¿Sobre la duración de las obras?

—En cuanto a su pregunta de cuándo podré salir a la mar, ya me gustaría saberlo con suficiente exactitud. Todo dependerá de las posibilidades que encontremos para amparar un nuevo mástil con la suficiente garantía. Pero ya trabajamos en ello, con extraordinario auxilio del Gobernador —Laborde se giró hacia la mencionada autoridad—, cuyo apoyo debo agradecer en su justa medida.

—No es más que nuestra obligación, comandante —contestó el Gobernador, en quien poco confiaba Laborde—. Esos árboles enterizos se almacenaban en el aserradero y nada más importante en estos momentos que poner a punto nuestro buque más importante.

—Una vez que consigamos clavar el árbol con la necesaria seguridad —continuó Laborde—, la labor de guindar masteleros será más sencilla. Por fortuna, es mucha la madera que almacenamos con el desguace del pailebot Teresita. Pero, al mismo tiempo, estamos trabajando en las mesas de guarnición, un aspecto muy importante, en la pala del timón, que presenta un cuadro poco seguro, y otros muchos aspectos. Pero en la más pura verdad y sin que jamás lleguen tales noticias a oídos de nuestros enemigos, que mucho respetan los cuarenta cañones de la fragata *Ligera*, el estado de las maderas y estructura general del buque no abanicen la mente en sueños de gloria.

—Mucho me apena escuchar esas palabras, comandante —comentaba el general Latorre con evidente tristeza—. Ahora comprendo bien las protestas de los generales de la Armada, en cuanto a las verdaderas posibilidades de su fuerza. Maldito sea el negocio de esos buques rusos, malparidos por el demonio.

—Maldito sea el sistema de haberlos adquirido sin que ningún miembro de la Real Armada pudiera opinar sobre su verdadero estado, paso obligado en la adquisición de todo buque, señor.

—Bien, no entremos en cargas de bulto, que nada bueno conllevan. Aunque la situación general de la guerra en estas tierras se ha volteado a la mala, la particular en Puerto Cabello no es mala. Podemos dar la plaza como oficialmente sitiada, pero disponemos de fuerzas y armamento suficientes para rechazar cualquier tipo de ataque. Por desgracia, poco a poco van cayendo todas las plazas de la costa, todavía en poder de nuestras Armas. Puedo comunicarles, con evidente tristeza, que Cumaná se ha rendido a los rebeldes.

—¿Rendición? —exclamó Laborde con tono de inesperada incredulidad.

—Me llegó una solicitud de extrema urgencia, en la que sus mandos solicitaban víveres y armamento a la mayor brevedad para intentar resistir algunas semanas más. Con gran dolor debí comunicarles que no era posible de momento, por carecer de unidades navales.

—Bueno, señor, el bergantín *Hércules* habría podido llevar a cabo...

—Un solo bergantín no era suficiente. Debe tener en cuenta, comandante, que las fuerzas navales enemigas se elevan ya por encima de las veinte unidades, ahora bajo el mando de ese aventurero llamado Daniells.

—Algo había escuchado en tal sentido. Parece que quien titulaba como almirante Luis Brión, buen hombre de mar y valiente, ha muerto.

—Así es. Sitiaron y atacaron Cumaná con fuerzas muy superiores. Pero se resistió hasta que no les quedaba una bala de cañón. Por fortuna; en las

conversaciones para aceptar la intimación a la rendición, consiguieron unas buenas condiciones. Porque tanto las fuerzas sitiadas, como la población civil que así lo deseaba, fueron trasladados por su cuenta con armas y equipajes a San Juan de Puerto Rico.

—Un detalle de esos malditos que no apareció en La Guayra —masculló Laborde entre dientes.

—Y es muy posible —proseguía el general— que, si tienen conocimiento de que la *Ligera* no se encuentra operativa, intenten un ataque por mar al tiempo que aprietan contra las colinas.

—Es difícil que tengan éxito, señor —aseguró Laborde con decisión—. El bergantín *Hércules* se encontrará preparado y podemos varar el bergantín de carga apresado, me refiero al *San Benedicto*, en corcheras bajo el castillo e instalarle fuerte artillería. Además, deberíamos armar a los dos pontones de la guarda con cañones de a veinticuatro.

—¿No será un calibre excesivo para instalar en los pontones? —preguntó el brigadier Paragón.

—En absoluto, señor. Recuerde cómo empleamos las lanchas cañoneras desde el Gran Sitio de Gibraltar. Y que tan buen resultado nos han ofrecido posteriormente en la defensa de Cádiz contra los ingleses, y contra las tropas de Bonaparte, sin contar otros escenarios. Cualquier lancha o bote puede ser armado con un cañón y ser utilizado en conveniencia. Además, los pontones ofrecen una mayor fortaleza. Y en un ataque nocturno, porque los rebeldes aprovecharían sin duda el periodo sin luz, pueden ser decisivos.

—Completamente de acuerdo, comandante —sentenció el general—. Puedo exponer que mi plan, se extiende con mayor amplitud todavía. No pretendo quedar encerrado de pies y manos en Puerto Cabello. Por supuesto que deberemos organizar convoyes hacia Puerto Rico con todo el personal civil que desea salir de esta zona. Y es buena medida porque cuantas menos bocas civiles debamos alimentar, mejor que mejor. Pero aparte de estos convoyes, que en el tornaviaje vendrán cargados de alimentos y munición, es mi intención dar golpes de mano allí donde menos se esperen. El enemigo no puede dispersar sus fuerzas por todo el territorio. Por tal razón, creo que podríamos recuperar algunas plazas y, de esa forma, obligarles a un continuo movimiento, sin centrarse exclusivamente en el sitio de Puerto Cabello.

—Me parece una idea excelente, señor —exclamó Laborde con entusiasmo—. Supongo que pensará en Vela de Coro y Cumaná para abrir boca.

—Podrían ser los dos primeros objetivos, desde luego, dependiendo de las defensas que hayan dejado instaladas. Pero también pienso en la península de Paraguaná, tras un desembarco en Los Tanques. Y como necesitaremos a la fragata *Ligera*, de ahí mi interés en conocer cuándo podría quedar lista con ese palo mayor nuevo.

—Si no se tuerce ninguna punta de clavazón, señor, puede calcular que en un par de meses podríamos encontrarnos listos para salir a la mar. Pero le repito, dada su importancia, que los problemas de la fragata *Ligera* irán a más con el paso del tiempo. Sería necesario que, desde La Habana, nos enviaran una fragata que ofrezca garantías. Creo que en estos días disponen de dos o tres en permanencia. Por ejemplo, la fragata Sabina o la corbeta Ceres. Hay que pensar en el relevo de la *Ligera*, antes de que muestre su mala cara.

—¿De verdad cree que el capitán general de La Habana nos concederá ese privilegio? —El general Latorre sonreía—. Por lo menos que nos devuelva el bergantín *Jacinta*, del que se apropió con malas artes. No debemos pensar en utopías, comandante. Comeremos del grano que se encuentra molido y nada más para nuestra desgracia. A ver si le sonrío la suerte otra vez y apresa alguna unida de fuerza enemiga.

—Ya me gustaría, pero esos malditos evitan a la *Ligera* a todo trance. La estiman con una fortaleza de la que no disponemos. Otro problema a tener en cuenta es el del personal. Liemos ido perdiendo hombres a lo largo de los últimos meses, bien, por embarcarlos en otras unidades, pérdidas en la mar o, el peor de los casos, por las enfermedades tropicales que diezman las dotaciones. Eso sin hablar de que no hemos recibido una sola paga desde que salimos de la Península, aunque se trate de cantar repetido. Pero en cuanto a las dotaciones, que es el aspecto principal, ahora mismo en la *Ligera* cuento con ciento sesenta y siete hombres solamente, ciento veinticinco menos de los que arranchaban a mi bordo cuando arribamos a Puerto Cabello. También desde La Habana...

—Olvídese de La Habana, comandante, aunque sea de quien dependen las fuerzas navales asignadas a estas costas. Intentaré echarle una mano, especialmente con artilleros que sean voluntarios para embarcar en la fragata *Ligera*.

—Mucho se lo agradecería, señor.

—Por cierto —el general parecía haber recordado un detalle importante—, debo comunicarles que, posiblemente, sea relevado en algunas semanas.

—¿Va a ser relevado? —pronunciaron dos brigadieres al salto con interrogantes en sus rostros—. ¿Sabe por quién, señor?

—Bueno, creo que seré relevado por el general Francisco Tomás Morales. Parece que... parece que seré nombrado capitán general de Puerto Rico. Bueno, el real decreto ya se encuentra firmado.

—Le expreso mi más sincera enhorabuena, señor —exclamó Laborde, al tiempo que el resto de asistentes se sumaban a la felicitación—. Me alegro por usted, pero lo siento por el éxito de la empresa. Mantiene prestigio ganado y conoce muy bien estas tierras.

—No debe preocuparse, comandante, el general Morales es muy capaz.

Se hizo el silencio, como si se hubiera repartido toda la menestra y no quedara un solo garbanzo en la perola. El general estimó oportuno cerrar la sesión.

—Bueno, creo que hemos tocado los puntos principales. Al tiempo que el comandante Laborde intenta alistar a la fragata bajo su mando con la mayor rapidez, por nuestra parte —señalaba a los miembros de su estado mayor—, prepararemos los golpes de mano de los que hemos hablado. Y continuaremos reforzando las defensas de Puerto Cabello en todo lo que nos sea posible, de forma especial consolidando las fortificaciones por las laderas. Pero nada de obras pasajeras. Quiero fábrica de mortero, como si esas piedras debieran mantenerse en firme durante siglos. Supongo que me comprenden.

Abandonamos la estancia con sentimientos contrapuestos en el pecho. Nos mantuvimos en silencio hasta alcanzar la escala para el necesario barqueo. El capitán de navío Laborde no parecía entusiasmado con la situación, lo que dejó traslucir en algunos comentarios.

—Comprendo que el general Latorre se encuentre encantado con su nombramiento, como nuevo capitán general de Puerto Rico. Se trata de una isla preciosa. No obstante y en mi opinión, no es momento oportuno para llevar a cabo un relevo en estas tierras. Ya veremos quién nos aparece en la fiesta como moneda de cambio. Porque he tratado a bastantes generales, y de todo se encuentra en la viña del Señor.

—No debería cambiar la situación, señor —dije para elevar el ánimo—. Puerto Cabello es una plaza inexpugnable y podemos comenzar a recuperar otras localidades por la costa, de forma que...

—Me alegra escuchar esas palabras, preñadas de ardor guerrero, entusiasmo y cierta inocencia, Leñanza. Espero que la Patrona nos largue un cable de remolque bastante grueso, y que el nuevo general, del que nada he oído, siga la línea impuesta por Latorre.

—Todo se moverá a mejor, señor comandante.

—Me gusta su optimismo.

Regresamos a la fragata *Ligera*, donde el comandante reunió a los oficiales de todos los buques para ponerlos al día de las últimas noticias. Y aunque intentara cubrir sus palabras con la mejor melaza y almíbar cuadrado, no parecía que el entusiasmo se desparramara por la cubierta. Pero debíamos continuar el empeño y, de momento, todo se centraba en recuperar nuestra fragata cuanto antes y poder salir a la mar.

13. Restañando heridas

En esta ocasión y para asombro de algunos miembros de nuestra dotación, el capitán de navío Labórde se tomó las operaciones de reparación y puesta a punto de la fragata *Ligera* con relativa tranquilidad, una cualidad muy alejada de su habitual proceder. Pero no lo estimen como un sentimiento de dejadez o ausencia de deseos para que la unidad pudiera salir a la mar de nuevo en el menor tiempo posible, más bien al contrario. Consciente de que la fragata continuaría siendo, para desgracia de nuestras armas y durante bastante tiempo, el verdadero Palladiun de la dominación española en aquellas aguas, el único buque con fuerza suficiente para alzar el pabellón con orgullo y poder, estimó que se debían acometer todas las obras posibles a conciencia, dentro de las limitaciones propias y del lugar. El fin no era otro que asegurar en su punto máximo la confianza que todo hombre de mar debe depositar en las maderas que pisa. Y, en feliz consecuencia, alargar en lo posible la vida de la que ya denominaban, en grata sinfonía para nuestros oídos, como la capitana de las aguas venezolanas.

El problema principal que debimos atacar desde el primer momento, se presentaba por esteras corridas con la necesaria reposición del palo mayor, madre cierta y primera del conjunto de inconvenientes alzados a la vista. Y aunque mucho despótricara en sus adentros el contramaestre primero, pensando en el generoso conjunto de maderas, velas, aparejos y cabuyería que habíamos debido abandonar entre las aguas, se nos abrieron las luces del alma con una intensidad muy superior a la esperada. Por gracia especial de la santa y divina Patrona, que obra milagros de orden para con sus hijos de mar en los momentos precisos, se localizaron cuatro árboles enterizos de leña roja resistente y fácil de trabajar, en un depósito de maderas perteneciente a don Ambrosio Antón. El descubrimiento lo había propiciado el carpintero segundo Meneses, que se manejaba en los almacenes de tierra como rata de sentina en las aguas bajas. La noticia se apareció a bordo como inesperado

maná de los cielos. Pero no cuadraba el empresario andaluz en trazas de cooperación voluntaria, al estimar unos costos imposibles de acometer por nuestra parte. De tal forma y tras la necesaria consulta personal del comandante, debió ser el propio Gobernador quien ejerciera en fuerza noble para torcer la voluntad del maderero. Por fin, se nos concedió carta blanca en cuanto al material que necesitáramos.

Debo declarar con orgullo y muy por alto, que los carpinteros de la división, auxiliados por contraмаestres, guardianes y calafates, consiguieron formar una percha fantástica. Y nada de berlinga o arbolillo de la tierra, sino una percha digna de un navío de cuatro puentes. Uno de esos hechos que no se creen, si no se aprecia a la vista y al tacto. Y juro por los dioses negros que en poco envidiaba la construida con elementos de fortuna, a las mejores procedentes de Riga u otros lugares del mar Báltico. Bien es cierto que nuestros profesionales actuaron un poco en memoria de siluetas, aunque los palos trinquetes y mesana les ofrecieran incomparables referencias.

Debo aquí ensalzar una vez más como es debido y lo merece muy por alto, la extraordinaria profesionalidad, calidad en el trabajo, dedicación y amor al servicio de esos hombres pertenecientes a la Real Maestranza, encuadrados de forma un tanto absurda en los cupos de oficiales de mar. Esa Maestranza que había sido machacada por las más altas magistraturas, al punto de encontrarse casi desaparecida de nuestros arsenales. En su conjunto, una pérdida que sería de muy difícil reposición y a lo largo de muchos años, si la Armada decidía relanzar las obras en nuestros principales astilleros.

Pero una vez con los materiales sueltos preparados en tierra, llegaba el momento decisivo de guindar^[47] la faena por oros, de forma que la arboladura quedara perfectamente proporcionada y dispuesta. El árbol maestro^[48] se arboló con un complicado sistema de cabrias, aparejos reales y otros elementos de manejo, preparados por los contraмаestres en diseño más propio de ingenieros especializados. Necesitamos para la tarea una jornada entera, con chorros de sudor en caída libre desde los lomos desnudos hasta la cubierta. Y sufrimos momentos de duda y desilusión, conforme aparecían uno y mil problemas en la operación de mastelar^[49]. Deben tener en cuenta que la complicada maniobra suele realizarse normalmente en arsenal dotado de poderosa machina^[50] y con todo tipo de complementos. Por el contrario, en este caso se llevaba a cabo por unos pocos hombres en un manglar perdido de Tierra Firme y con escaso o nulo apoyo de fábrica. Sin embargo, siempre recordaré cuando lo observamos orgullosamente alzado sobre nuestras cabezas, momento en el que nuestro comandante hizo repartir vino entre los

hombres empeñados en la faena y brindamos por aquel nuevo palo, que lanzaba una vez más a la fragata *Ligera* hacia los cielos.

La operación de guindar los masteleros se abrió mucho más sencilla. Porque no es igual partir de cero en el dique, que cebar la poza húmeda con nuevos baldes. Pero cuando algunos entendían que se había afrontado con éxito el mayor de los problemas, aparecieron, los mil colaterales, de tanta o mayor importancia. Una vez aseguradas las mesas de guarnición, todo lo que fue posible, madre de los corderos reunidos y trabajo de negros con escasos elementos de fuerza, se debieron formar las jarcias, esa obencadura que ofrece la seguridad máxima al palo en sus esfuerzos bajo las olas y el viento cascarrón. Y fue opinión generalizada que, en este particular caso y bajo los soplos habituales con brisotes^[51] de fuerza de componente leste, sería necesario asegurar la arboladura al límite. Para conseguirlo, se tezaron^[52] las jarcias al tronco, hasta rebosar espuma.

Otro éxito de nuestras incursiones en los almacenes de tierra apareció al descubrir un depósito de fibras que mucho necesitábamos. Y pata colmo de bienes, en este caso se trataba de una especie de pita excelente, elástica y con cuerpo meollar, muy parecida al geniquén de Veracruz o al guambé de la provincia de Buenos Aires. De esta forma, una vez establecidas las torniquetas en tierra para formar cabos de todo tipo de mena, se procedió a elaborar la cabuyería a pelo y giro de brazo, desde la guía más fina hasta los obenques, burdas y brandales. Pero todo llevaba su tiempo y esfuerzo, sin que el comandante exigiera trabajos de sol a sol en estrago de cuerpos, sino mesura y buenos modos, de forma que se asegurara el producto final al máximo nivel.

También los maestros veleros debieron entrar en faena de agujas lebreras para su particular faena. Porque todo el trapo del palo mayor había quedado rendido en los reinos de Neptuno sin posible remisión. Se fabricó un aparejo completo aunque, en este caso, la lona adquirida no cuadrara a vela de general, ni mucho menos. Y como su referencia consistía en algunos casos, como el juanete del palo mayor, en copia de una copia, fue necesario engazar y relingar en demasiadas ocasiones, con pruebas llevadas a cabo en tierra que no suelen ofrecer la debida garantía. Pero como repetía el comandante Laborde una y otra vez, que cada grano de arena anidara por su boquera de orden. Se mantenía la necesaria calma en los cuerpos y mesura en los trabajos.

Otro apartado al que se dedicó el máximo esfuerzo y dedicación, como es lógico suponer, fue al de la entrada del agua a bordo a través de la obra

viva^[53]. Aunque no forzaba la situación en preocupación de límites, de capitán a paje éramos conscientes de que, si en el benéfico estado de fondeo puerto adentro se hacía necesario picar las bombas para achicar la sentina en días alternativos, podría alcanzar niveles de terror bajo temporal corrido y con la fragata *Ligera* encapillando olas de catedral. Por tal razón, una vez en orden y concierto de luces la arboladura del palo mayor, todos los profesionales se dedicaron a tan fundamental aspecto. Y en este caso rindió muy por alto el trabajo de don Ernesto Buffón, el buzo de la fragata *Ligera*.

Pues ya les digo que el gordo Buffón, como así lo llamaban a bordo sus compañeros, se empleó a fondo con su ayudante durante muchas jornadas y con escasos periodos de descanso. Y a veces regresaba el buen hombre a cubierta con la respiración agitada y el rostro manchado en rojo subido. Bien es cierto que no se llegó a encontrar defecto de horcas, pero sí bastantes detalles negativos, casi todos ellos en la obra viva, que podían colaborar a la maldita y permanente entrada del líquido. Y como no era siquiera pensable dar la quilla y dejar los fondos al aire, se atacó el problema con lo que el calafate llamaba como gacheta de porcelana, una especie de brea gruesa mezclada con otros elementos de metales en polvo, que se podía aplicar sobre mojado, aplicando fuerza de mano y presión de órdago en lugar de los habituales golpes de machota. Como es fácil imaginar, el sistema no ofrecía la seguridad de la brea en hervor de cubierta, pero se cifraban bastantes esperanzas en esta medida.

También se renovaron algunas tablas en chazas interiores, función en la que ganó muchos enteros el carpintero tercero don Pascualillo, un joven de cuerpo parecido al de un gazapillo, capaz de penetrar entre chazas y holguras como esos niños que buscan las vetas en las minas de plata. El resultado final se consideró muy positivo, al comprobar que la entrada de agua en la sentina había disminuido de forma notable, hasta alcanzar un nivel aceptable en todo buque. No obstante, todos nos preguntábamos tripas adentro hasta cuándo se mantendría tan benéfica situación, especialmente cuanto topáramos con olas abiertas en espuma blanca.

Ya les he comentado que el capitán de navío Laborde no pensaba dejar de mano uno solo de los aspectos negativos manifestados a bordo. Porque ya que se cae de frente en la poza del calafate, caída y media generan el trance con seguridad. El último y capital garbanzo negro se presentaba, sin duda, al considerar la dotación del buque, caballo de batalla en toda unidad de mar. Una vez entregado el paquebote *Extremadura* en debido regreso a su dueño,

que lo recibió con sonrisa de guantes, se preparó una remodelación general del personal, de acuerdo a los esfuerzos futuros que se preveían.

Tal y como había avanzado el comandante Laborde al general Latorre, el paquebote *San Benedicto* fue varado con precisión de cartógrafo, de forma que aumentara el frente artillero a la entrada del puerto. Pero su personal fue tomado a la brava, voluntarios o no, para aumentar nuestros cupos. También contábamos con la docena larga de los hombres de la balandra Golondrina, salvados de las aguas por la *Ligera*, así como algunos jóvenes de Caracas y de La Guayra que se decidieron por la aventura marinera y patriótica de forma voluntaria. No se trataba, desde luego, de cosecha de altura, pero en nuestra fragata se produjo un aumento significativo hasta alcanzar los ciento noventa y dos hombres, mientras el bergantín *Hércules* también rellenaba de orden en una docena. Por su parte, la goleta *Morillo* se mantenía en los mismos cuadros de penuria, dada su escasa posibilidad de combate.

Les acabo de narrar algunos de los trabajos atravesados a bordo de la fragata *Ligera* durante cuatro interminables meses, que se alargaron en nuestros cuerpos con estrago de azufre día a día. Y durante ese periodo, no entiendan que se ofrecía al comandante la necesaria tranquilidad, porque el general Latorre pregunta día sí y al siguiente también sobre los progresos en el alistamiento. Y nos lanzaba en sonrisas de tripas comprobar cómo aumenta la preocupación de los mandos del Ejército respecto a la Armada mientras se mantienen en Indias, para olvidarse por completo del tema a su regreso a la Península. Laborde, harto de tantos mensajes y advertencias, lo invitó a visitar la fragata *Ligera* cuando se había completado la arboladura del palo mayor. Y como recordaba el lamentable estado del buque a nuestro arribo a Puerto Cabello, quedó asombrado, incapaz de creer que una obra de tal categoría hubiese sido llevada a cabo por unos pocos hombres con herramientas y pertrechos de fortuna. Felicitó a tirios y troyanos, sin entrar a partir de entonces en más preguntas absurdas.

Sin embargo, no estimen que esos meses se lidiaron a bordo con tranquilidad de cuerpo y en situación de bendita paz interior sin sobresaltos. Porque las lenguas son largas y los hombres hablan por más en demasiadas ocasiones, especialmente cuando el aguardiente ha entrado por sus venas en coro de luces. Una vez corrida en voces por las aguas de Tierra Firme de leste a oeste, la desventura sufrida en la mar por la fragata *Ligera* y su necesidad de acometer obras de importancia alargadas en el tiempo, el enemigo creyó llegado el momento de entrar al diente largo en Puerto Cabello, la plaza considerada como la joya de la Corona en Tierra Firme. De esa forma,

intentaban a un mismo tiempo la toma de Puerto Cabello, tarea muy difícil con la defensa impuesta, pero al menos causar elevado destrozo en el puerto y, si era posible, dar en fuegos a la fragata *Ligera*, verdadero demonio que abortaba casi todos sus planes de dominio. Pero no estimen que aguardábamos nuestro particular destino como presas encamadas de firme e incapaces de mostrar la dentadura. Nada más lejos de la realidad.

* * *

La esperada y temida sacudida por parte de las fuerzas rebeldes tuvo lugar en la segunda quincena del mes de abril, sobre el día vigésimo segundo más o menos, si a estas alturas no me fallan los recuerdos. Tal y como el comandante Labórde había avanzado a los oficiales del Ejército, las acciones tuvieron lugar durante una noche en la que la luna mostraba un gajo mínimo, y la oscuridad que rodeaba Puerto Cabello no permitía atisbar el perfil de la dama propia entrada en cariños, norma de decencia matrimonial.

Como supimos posteriormente, los rebeldes habían preparado la intentona a fondo y teniendo en cuenta hasta el más mínimo detalle. E intentaron mantener la operación en el mayor de los secretos, de forma que pudieran cebar el efecto sorpresa a favor de sus armas. En la parte que podíamos considerar como terrestre, se llevaría a cabo un bombardeo de las defensas realistas en las colinas con toda la artillería capaz de ser utilizada, al tiempo que algunas columnas intentaban abrirse camino por los llanos de Berribade, al sur del Arrabal, la parte menos defendida del escenario. Y en el aspecto puramente naval, el aventurero Daniells al mando de las fuerzas a flote, reunía todas las unidades posibles, elevadas hasta la veintiuna, reforzadas por seis flecheras con numerosa fusilería a su bordo, incluso habían previsto la utilización de un brulote^[54], con destino cierto hacia la fragata *Ligera*. El viejo casco de un pailebot se había cargado hasta la borda de paja embreada, mixtos de cristal y pólvora suelta, listo para dar el fuego si, como esperaban, soplaban un mínimo viento de componente leste. Se trataba de uno de los más viejos sistemas alumbrados en la guerra naval a lo largo de los siglos que, sin embargo, todavía ofrecía buenas posibilidades de éxito si se marcaba en cuerdas.

Por nuestra parte y al habernos llegado rumores sobre la posible acción enemiga, sin fecha ni momento aproximado, además de la varada del *San Benedicto* sobre las piedras lavadas al sur del fuerte de San Felipe, se habían instalado doce piezas en la escollera meridional. Y los llanos al sur del

Arrabal se encontraban bien atrincherados con piezas de campaña en suficiente número, entre ellas las que habíamos trasladado a bordo del *Hercules* desde La Guayra. También las dos pontoneras de la guarda, acoderadas entre el norte de la ciudad y las piedras negras, disponían cada una de dos relucientes cañones de a veinticuatro, preparados con un buen número de cargas de metralla, alistadas con artilleros de la fragata *Ligera*, así como tropa de artillería e infantería de Marina en elevado número. Y para rematar la faena por alto, las falúas y botes de la división, en número de cinco, habían instalado a su bordo un cañón, al uso y estilo de las lanchas cañoneras clásicas, esos artefactos inventados por el genial marino mallorquín don Antonio Barceló a finales del pasado siglo. Y se encontraban durante las noches preparados para actuar a la orden, con el armamento a plan y dotaciones a bordo listas para su embarque.

La primera señal de alarma se produjo sobre las dos de la mañana, cuando se escuchó el disparo de artillería procedente de la mar. Entendimos que, en principio, dirigían sus fuegos en bardos contra el *San Benedicto*, como si se tratara de buque importante a batir y sin advertir su posición de varada permanente. Los disparos desgajaron las tinieblas, al punto de ofrecer luz suficiente a las baterías del castillo de San Felipe, paquebote varado y pontoneras, que respondieron con extraordinaria rapidez en nutrida lluvia de cortadillos de metralla, disparados con punterías al ras.

Pocos minutos después, entrábamos en escena las falúas y botes de la división, que nos separamos de las madres para navegar la escasa distancia hacia poniente, de forma que nos permitiera meter cabeza entre las pontoneras. El propio capitán de navío Laborde mandaba la falúa de la fragata *Ligera*, con un cañón de a dieciocho en su proa y veinticuatro cargas a disposición. Me había concedido el honor de patronearla caña en mano, mientras el resto de oficiales se repartía entre las restantes embarcaciones. Sentí un escalofrío de placer al comprender que tomaba acción similar a la de mi abuelo en el Gran Sitio de Gibraltar, cuando de noche atacaban con las famosas cucarachas^[55] la Roca para, según las propias palabras del general Barceló, joder en lo posible el sueño del puto inglés.

El aventurero Daniells, al mando de las unidades rebeldes, había cometido un error más propio de caballerete, poco avezado en la táctica naval. Porque se fregaba al trapo con extrema decisión a bordo de su bergantín insignia. Sin embargo, los demás elementos de su fuerza entraban en corrida desde la posición de la isla Guaiguaza casi en línea de fila, con lo que nos facilitaba un tiro de enfilada perfecto y disminuía sus posibilidades reales de fuego.

Daniells obraba en solitario, olvidando el necesario acopio en las acciones de las diferentes unidades para toda una división naval. Solamente otro bergantín de menor porte, con el brulote a remolque, se dejaba tender con claridad hacia el sur, con evidente peligro para sus fondos si no enmendaba a fuerza de pala poco después. Una vez que, a bordo de la falúa capitana, alcanzamos la situación de las pontoneras, pregunté en grito al comandante.

—¿Nos mantenemos a esta altura con la debida ciaboga, señor comandante?

—Nada de eso, Leñanza —Laborde también hablaba con voz en alto, como mozalbete deseoso de entrar a cuchillo en carne enemiga—. He cambiado de opinión. Hay que dar con los cuernos por alto sin más remedio. Progrese hacia fuera hasta que le ordene a la contra. Así podré hacerme una mejor idea de la disposición de la fuerza enemiga y de sus posibles acciones. Y que el bote más pequeño y rápido nos acompañe acoderado, por si debiera impartir precisas órdenes al resto de las unidades.

—Quedo enterado, señor.

Aunque parezca una conversación normal entre mando y subordinado, en aquellos momentos los disparos enemigos y amigos se sucedían a ritmo de fogatas de San Juan. También se escuchaban lejanos disparos en tierra, que anunciaban las acciones de los soldados por las laderas, aunque no se trataba de tema de interés para nosotros. Quien ejercía un papel magnífico en aquellos momentos era el grupo de los cuatro cañones alistados en las pontoneras, que barrían toda madera que quedara a la vista en seis cuartas a banda y banda de su poniente. También el Benedicto largaba fuego a destajo con toda la artillería a disposición, aunque fuera el primero en recibir impactos de bulto por toda su cubierta y a la lumbre, esta última puntería de manifiesto error por parte de los rebeldes.

El capitán de navío Laborde me hizo progresar unas cincuenta varas más, hasta llegar a reconocer un bulto negro de suficiente tamaño, que estimé como bergantín, a escasa distancia de nosotros. Supusimos con bastante acierto que se trataba del buque insignia enemigo. Por fortuna, lo teníamos localizado en base a sus disparos, mientras ellos desconocían nuestra silenciosa presencia. Y a un tiempo, en unión de las tres lanchas que nos acompañaban, que habían seguido nuestras aguas sin mover un cabello, abríamos fuego contra el bergantín por su popa, una dirección que no podía sospechar como posible. Y la distancia era tan escasa, que pudimos escuchar el sonido de maderas y vidrios cercenados en vuelo libre, tras producirse nuestros impactos contra la balconada.

Es cierto que nuestra acción, como se comentó más tarde, no dejaba de ser una alocada temeridad. Porque llegamos a encontrarnos bajo la influencia de los fuegos propios y de los enemigos. Sin embargo, Laborde insistía en que es muy difícil acertar en la noche a una pequeña embarcación en la mar, base primera de su eficaz funcionamiento como lancha cañonera. Y aunque nos calababan los rociones de los piques de cañonazos propios o ajenos, batimos de nuevo y con furor al bergantín y a otra sombra que aparecía por su aleta, al tiempo que nuestros fusileros descargaban contra sus cubiertas con ensañamiento. Fue el momento en el que, tras una conjunción de fogonazos, Laborde avistó el brulote remolcado por lo que parecía un pequeño bergantín, esa sombra avistada en principio por la aleta del insignia. Y sin dudarlo un segundo, ordenó hacer por él a remo de fuerza.

—¡Ese debe ser el brulote ramplón, que esos bujarrones de huevos sin marcas querían introducir a nuestra fragata por el trasero! Por los cristos de las batallas, todos a remo de muerte hacia su sombra.

En efecto, el brulote se dejaba remolcar con docilidad. Y lo suponíamos bien atrincherado de pajas embreadas y tarros de fuego con pólvora por toda su cubierta. Como es de suponer, no lo dudamos un momento. Tres de las unidades alistadas como cañoneras, una vez a distancia de tiro de pistola, comenzamos a disparar sobre él con el alma preñada de odio, intentando que los cortadillos le entraran por cuernos en su cubierta. Y cuando ya habíamos disparado tres andanadas y comenzaban a escasear las cargas a bordo, prendió la noria al placer de los dioses. Porque una vez comenzada la chispa a la altura de la aleta, se corrieron las llamas como alentadas por el mismísimo Satanás. Un par de minutos después, el brulote se alzaba como formidable antorcha, que todo lo iluminaba a la luz del día. Y no era buena condición para nosotros, que jugábamos en aguas enemigas y a cara destapada.

Laborde ordenó retirada hacia el puerto a la mayor boga posible. Y así obedecieron las improvisadas cañoneras, aunque ya los brazos de grumetes y marineros prestos al remo comenzaran a temblar como percha entrada en el agua. En ese momento se produjo la primera pérdida, muy desgraciada y notable, al reventar el bote del bergantín *Hércules* como si le hubiesen montado una carga de pólvora bajo la quilla. Y aunque acudimos en su auxilio con la mayor rapidez, solamente pudimos recoger cinco heridos de los dieciocho hombres que lo marinaban, patriotas que debieron descender a los fondos sin vida, incluido el alférez de navío Gabriel Descazar que lo marinaba. Aunque fuera en unos pocos segundos, recordé con tremenda claridad la cara de mi compañero, recién entrado a la vida. Pero el combate no

concede lapsos para pensamientos de orden. Nuestro comandante, entre blasfemias que debían alcanzar las nubes, tomó otra peligrosa decisión. Siguiendo el camino hacia la entrada del puerto, nos topamos de nuevo con el bergantín de Daniells, que ejercía de capitana. Pero comprobamos con alegría que el muy malandrín nos ofrecía la popa al gusto como bujarrón en ejercicio. De esa forma y aunque solamente nos quedaran dos cargas a bordo, escuché con claridad su orden.

—¡Leñanza! Proa firme al coronamiento de ese puto bergantín.

—¡Quedo enterado, señor! ¡Proa firme a su coronamiento!

Supuse su intención antes de que alcanzáramos el puesto perseguido. Y aunque ahora, iluminada la escena con las elevadas llamas del brulote, nos disparaban desde la cubierta del insignia a muy corta distancia y con elevado peligro, que las balas me silbaban bien calientes cerca de las orejas, Laborde se decidió con claridad. Escuché sus órdenes, dictadas con claridad al artillero, mientras se movía a bordo sin amagar su cuerpo una onza.

—Don Damián, prometo un bocoy de aguardiente para la dotación del cañón, si le arranca la pala del timón a ese jodido bergantín.

—Por todas las putonas del burdel, que lo intentaré con toda el alma, señor. Pero no acorte distancias una vara más o me será incapaz conseguir la necesaria puntería en elevación. Más bien unas varas hacia popa.

—De las órdenes de posición directamente al alférez de fragata Leñanza. Pero por todas las barraganas rebeldes, que quiero dejarlo sin gobierno.

Don Damián me solicitó una ciada a brazo partido, hasta alcanzar la posición ideal. El fuego enemigo continuaba nutrido y dos grumetes al remo encontraron la muerte sin emitir un solo gemido a través de sus bocas. Por mi parte, movía la caña y ordenaba la boga de acuerdo a las indicaciones del artillero, con el cuerpo elevado en notable peligro. Y llegó el momento deseado. Don Damián hizo la señal de la cruz sobre la contera del cañón, antes de ajustar por última vez la línea de tiro y dar la orden de fuego. Retumbó la pieza una vez más, haciendo retrasar la falúa, que parecía a punto de descomponer sus maderas en astillas. Pero como si se tratara del mejor y más fabuloso espectáculo jamás soñado, pudimos observar cómo la parte de la pala del timón del bergantín que quedaba por fuera del agua, salía despedida con fuerza, dejando un buen trecho de guardianes en cuelgue. Y no esperó un segundo más el comandante.

—¡Boga de fuerza y con los huevos por alto, señores! Proa hacia las piedras de la entrada. Ya veremos cómo se cuece la salsa negra en este jodido bergantín, a partir de ahora. Leñanza, transmita al bote de órdenes, que se

centren todos los fuegos en la capitana rebelde, a ver si nos fuera posible tomarlo en presa. Sería el mejor venado de la camada.

Corrimos hacia levante, seguidos por la falúa del *Hércules*, mientras el bote ligero se adelantaba para transmitir las órdenes del comandante Laborde. Bien es cierto que no se necesitaban tales indicaciones, porque de las siete unidades enemigas a tiro, todos los fuegos propios se centraban ahora en el bergantín que ejercía de capitana y se encontraba más cercano. Pensé para mis tripas que ese aventurero Daniells podría ser poco conocedor de la táctica naval, pero no se encamaba como los cobardes entre corcheras. Daba la cara más que el resto de sus subordinados, mantenidos a prudente distancia. Porque de las veintiún unidades dispuestas para la brega de sangre en el bando enemigo, solamente siete u ocho tomaron parte activa en las acciones de combate, más las seis flecheras ligeras, que metieron cabeza con valentía muy cerca de las pontoneras.

En esta ocasión, el combate se alargó en demasiadas horas, lo que debería traducirse en elevado número de bajas por ambas partes, aunque en mi interior le vaticinara muchas más al enemigo. Los disparos desde el bergantín de Daniells se rebajaban en ritmo y cantidad a la vista, al tiempo que sus hombres de mar se agolpaban en el coronamiento para intentar sopesar las posibilidades del timón despeñado por el certero tiro de nuestro cañón. Y me sentía muy feliz cuando ya las pontoneras se apartaban para darnos franco paso al interior, cuando las nubes cuajaron en rumazón negra sobre mi cabeza. Manejaba la caña con fuerza a babor, cuando sentí como si un pesado fardo golpeará sobre mi costado izquierdo. Me mantuve en equilibrio con supremo esfuerzo, para sentir a continuación un fuerte dolor a lo largo de todo el brazo izquierdo. Intenté doblarlo para ampararlo en la casaca, lo que me resultó movimiento imposible por el desgarrado dolor. Solamente lo podía dejar en cuelgue, al tiempo que sentía correr la sangre a chorro por mi brazo, que debía caer sobre la cubierta.

Nada dije, aunque me costaba un inhumano esfuerzo mantener la caña en la debida posición. El líquido seguía corriendo por el brazo, al punto de embadurnar la mano izquierda de un líquido viscoso que imaginaba en mi cerebro muy rojo. Y cuando, una vez atravesadas las pontoneras, el comandante me ordenada meter caña fuerte a babor para ampararnos en ellas, no pude obedecer. Porque al tiempo que el dolor me subía en oleadas de terror por todo el cuerpo, comprendí que las fuerzas me abandonaban poco a poco. La última sensación recibida fue la de verme caer sobre la poceta de la falúa,

al tiempo que mis pensamientos se perdían entre las estrellas que surcaban el firmamento.

* * *

Cuando recuperé la consciencia, me encontraba tendido sobre la mesa del cirujano en la enfermería de la fragata *Ligera*. El tarro de luz, que ilumina la penosa escena, de toda enfermería en un buque tras combate rendido, se movía en equilibrio inestable desde la parte superior. Un bamboleo perezoso hacia las bandas, efecto que atribuí a un posible mareo de mi cabeza. Poco a poco conseguí que los borrosos perfiles se definieran con suficiente nitidez, hasta comprobar la presencia junto a mi cuerpo del cirujano segundo, don José de la Sierra, y del propio comandante Laborde. Sentía un fuerte dolor y extrema presión sobre el brazo, comprendiendo con rapidez la existencia de un torniquete aferrado en tuerca dura sobre la parte alta. Intenté alzar el cuerpo en un movimiento instintivo, lo que no conseguí pese al esfuerzo. El galeno presionó mi pecho para que mantuviera la quietud.

—No se mueva una mínima pulgada, Leñanza. Ha perdido mucha sangre, demasiada, y no conviene que malgaste una sola gota de energía.

—Creo que me han herido en el brazo, señor —aseguré en media pregunta—. También me duele mucho la cabeza.

—Lo de la cabeza no presenta mayor importancia. —Realizó un gesto en abanico con sus manos, como si deseara apartar un molesto moscón de su cara—. Perdió el conocimiento y al caer sobre el plan de la falúa, debió golpearse con fuerza, lo que propició la pérdida de consciencia. Sin embargo, tiene una herida muy fea junto al codo. Puedo aclararle que se trata del impacto de un cortadillo de metralla muy cerca de la articulación. Una zona muy dolorosa. Y como se trata de un caso que estudiamos a fondo en el Real Colegio de Medicina, puedo asegurarle que sufre una herida muy parecida a la que le infligieron al teniente general don Federico Gravina durante el combate de Trafalgar.

—Mi abuelo se encontraba a su lado. Y a causa de dicha herida, el capitán general perdió la vida unos meses después.

—Usted no la perderá, Leñanza, se lo aseguro por la salud de mi alma —afirmó Laborde con energía, como si le fuera posible ordenar la vida y la muerte de los hombres bajo su mando—. Le felicito porque demostró su valor hasta las nubes, mientras se mantuvo a la caña de la falúa, sin esconder la casaca en ningún momento. El cirujano arreglará el entuerto.

—Si al general Gravina le hubiesen amputado el brazo en su momento —intervino de la Sierra con seriedad—, como se hizo con el almirante Nelson tras su fallido ataque a Tenerife, no hubiese perdido la vida. Ambas heridas mostraban caracteres similares a la suya.

—Pero al almirante britano le amputaron el brazo derecho —mascullé con una falsa sonrisa, que sacaba a machete desde los fondos.

—El problema con el general Gravina vino provocado por factores... digamos que factores externos. Dado el prestigio de su persona, se quiso emplear el mayor de los cuidados para evitar el doloroso trance de la amputación. Desde la Corte, tanto don Manuel Godoy como el mismísimo Monarca solicitaban periódicos informes y severas recomendaciones para que el enfermo fuera tratado con extrema diligencia. Los cirujanos se encontraban sometidos a una presión excesiva y estimaron posible que mantuviera el brazo. A pesar de las curas que le realizaron durante más de tres meses, acabó por costarle la vida.

—Entremos al grano gordo, señor. ¿Me van a cortar el brazo? —dejé la pregunta en el aire, aunque no necesitaba respuesta.

—Siempre prefiero hablar con sinceridad, Leñanza —el cirujano dulcificaba el tono de su voz—. Y ahora es posible porque se encuentra consciente. Aconsejo la inmediata amputación por encima del codo, con objeto de salvarle la vida. Le repito que ha perdido demasiada sangre, lo que puede complicar...

—Pues tome la sierra, señor, y adelante con la maniobra de capa —mostraba en mis palabras una firmeza que no sentía realmente en el alma.

—También debo indicarle que nos quedan solamente unas pocas gotas de láudano. Han sido muchos los heridos que llegaban hasta mis manos y creo que abusé de su uso en los primeros momentos. El dolor puede ser...

—No necesito el láudano, señor. Una buena mordaza será suficiente.

—Claro que necesita el láudano —intervino Laborde con voz de mando—. Se le ofrecerá todo lo que quede. Hemos enviado a un marinero hacia el hospitalillo de sangre, por si es posible que nos entreguen algún frasco. Por desgracia, con tanto herido es posible que tampoco dispongan de una sola gota.

Y como el cirujano asegura que es necesaria una inmediata...

—Haga lo que entienda necesario, señor.

—Como ha manado mucha sangre de la herida desde que lo hirieron, creo que perderá el sentido en escaso tiempo y acabará con el dolor en pocos

segundos. Y he de amputar con la mayor rapidez, para que no aumente la pérdida a límites peligrosos.

—Que la Patrona, Nuestra Señora del Rosario, se apiade de mi alma en este trance.

—No se preocupe en exceso, Leñanza, que saldrá de esta mar avante — afirmaba Labórde con cierta emoción en su voz, al tiempo que tomaba mi mano derecha—. La Patrona auxilia de forma especial a los valientes, y aquí se le entrega uno de cuerpo entero.

A partir de aquel momento, todo se desarrolló a la mayor velocidad, como un ataque preñado en garfios de fuego y a tocapiños. Aunque en el fondo de mi ser estimaba que era otra persona la que se encontraba sobre la mesa de mármol, una sensación de miedo insuperable se apoderó de mi alma en pocos segundos. Un ligero temblor de murmullo apareció en las piernas, lo que intenté ocultar con el mayor esfuerzo, un ejercicio que me produjo un enorme cansancio. Por encima de todo, no deseaba aparentar los verdaderos sentimientos que bullían en mi interior. Por fin, me ofrecieron un pequeño bote de cristal a los labios, el esperado láudano cuyas pocas gotas tragué con avidez. Y sí que eran escasas, bien lo sabe Dios. Porque al tomar la mordaza de cuero entre los dientes, me sentía muy despierto y con los sentidos en alerta.

Aunque el sangrador apartó mi cara hacia la derecha, ya había observado el instrumental del cirujano sobre una bandeja e imaginaba con detalle lo que sucedería a continuación. Y no necesitó el galeno de mucho tiempo para comenzar la penosa tarea. La primera sensación fue un profundo dolor, conforme una especie de afilada daga cortaba la carne. Eso imaginaba, al menos. Pero nada fue comparable al efecto de la sierra sobre el hueso, momento en el que el padecimiento se elevó a cotas de martirio. Menos mal que la Patrona llegó en mi auxilio y perdí la consciencia de nuevo. Sin embargo, aquellos segundos con el sonido de la sierra penetrando hasta el último rincón de mi cuerpo, quedaron grabados en el cerebro a golpe de machota. Porque ya apretaba con tal fuerza la mordaza en la boca, que los dientes podían saltar como cortadillos de metralla en cualquier momento. En este caso, no fue una nube blanca la que me aconchó de dulce entre sus gasas. Por el contrario, un telón negro y brillante me hizo saltar hacia lo que, más bien, asemejaba la antesala del infierno.

14. Nubes blancas y negras

Aunque me aseguraron que dormí el sueño de las pasiones durante más de cinco días completos, con delirios propios de muerte y fiebre elevada al nivel del máximo peligro, esa que los galenos catalogaban como capaz de descerebrar, puedo asegurar que no es cierto. Esos cinco días los viví minuto a minuto y con escenas de vivos colores en mi alma medio perdida, aunque dominaran el blanco y el negro por encima de todos los cuadros. En ocasiones me veía encerrado en el interior de una tinaja campera gigantesca y de color granate vivo, con el sudor chorreando por cada poro de mi cuerpo, al punto de inundar el recipiente donde acababa por morir asfixiado. Pero en otros momentos, unos ángeles de alas etéreas me recogían entre sábanas blancas, donde mecían mis sueños con infinito primor y cuidados más propios de madre amorosa. Pasaba de esas escenas de extremo dolor a las de infinito placer con demasiada rapidez, lo que me hacía gritar, al menos en mis sueños, para recuperar aquellas más apetecibles. Porque el maná dulce se me entregaba y quitaba de la boca como a niño a quien se quiere educar con ristas de fuerza en el bien y en el mal.

Además de esas extrañas sensaciones, imposibles de explicar al detalle y posiblemente producidas por la cercanía a una muerte que rondaba mi alma, entraban en el cuadro por derecho propio otras más mundanas. Porque aunque todos estimaran que mantenía la conciencia perdida en el más allá y se preocuparan por mi cada vez más difícil restablecimiento, en el que fundaban escasas esperanzas, también podía escuchar a veces las conversaciones que se desarrollaban a mi alrededor como llegadas en velas trazadoras. Por ejemplo, recuerdo con especial nitidez las palabras del cirujano de la Sierra, cuando explicaba al comandante Laborde los pasos que había efectuado para amputar mi brazo. Con extrema rapidez y tras cortar hueso, carne, músculos y venas, había aplicado el ferro candente que posibilitara una rápida cauterización de

estas últimas y, de esa forma, evitar una masiva pérdida de sangre, primer y principal problema a acometer.

Aunque el sistema empleado, aquel denominado como intervención cum ferro e igne, fuera catalogado por los profesionales de la Medicina de antiguo y rechazable por aquellos días, el galeno lo calificaba como el más rápido y necesario en la particular ocasión de mi extrema debilidad y sangre derramada en exceso. A continuación y para evitar las infecciones que podían producir purulencias gangrenosas, envolvía el muñón en vendas empapadas con manteca de cerdo y clara de huevo, dos sistemas diferentes que don José de la Sierra consideró adecuado aplicar en su conjunto. Escuchaba su voz al echar de menos disponer de aceite de saúco y terebinto, elementos muy saludables en la ocasión pero inasequibles a bordo. De esta forma, intentaba evitar la formación de humores malignos y brotes pustulosos que llegaran a embotar e infectar la sangre hasta su corrupción definitiva, lo que originaría una dolorosa e irreparable muerte.

Dos días después de haber llevado a cabo la amputación, el cirujano y el comandante, con grave pesar, concedían muy pocas posibilidades de que pudiera superar el difícil trance que atravesaba. La fiebre me consumía a mordaza de grados, a pesar de los paños fríos que aplicaban en diversas partes del cuerpo en rápida sucesión, y la extrema debilidad que se apreciaba en mi cuerpo aumentaba por momentos. Mi criado Pepillo se multiplicaba con la aplicación de unguentos, sin mejora aparente. Al mismo tiempo, deliraba con fuertes espasmos, que poco colaboraban a la necesaria templanza de la sangre. No obstante, la suerte se cebó a mi alrededor con esponjas benéficas de colosal tamaño. Porque cuando entraba en la cuarta o quinta jornada de lo que estimaban como delirio de muerte, una extraña placidez se apoderó de mi cuerpo al pronto. Y se trataba de un cambio tan inesperado y profundo, que lo estimaron como la definitiva entrada en el mundo oscuro, al punto de que el capellán me ofreciera los últimos óleos con la debida resignación. Sin embargo, ese fue el momento en el que la suerte corrió más a favor de postas, por la decisión que tomó don Ángel Laborde.

Como el número de heridos trasladados a la fragata *Ligera* era muy elevado, se estimó que debían evacuar a tierra aquellos que requirieran de un cuidado especial y permanente, que no se les podía conceder a bordo. Y debo reconocer que tal medida fue idea del propio Gobernador, a quien tenía en poca estima. Por encontrarse el Hospitalillo de Sangre a rebosar de carnes tumefactas, algunos vecinos pudientes de Puerto Cabello se ofrecieron para instalar y cuidar en sus casas de los oficiales empeñados entre la vida y la

muerte. En mi caso, el especial sorteo me concedió ser trasladado en unas angarillas de bardera hasta la residencia de un acaudalado comerciante llamado Belarmino Cifuentes. Y para que cuadraran las nubes blancas al ciento, allí era donde se había instalado la familia de don Salustiano Muñoz Rueda, por ser amigo y socio del mencionado comerciante.

La explosión de luz y esperanza me alcanzó ocho o nueve días después de la terrible amputación. Había regresado a periodos de delirio, pero de menor intensidad y corta duración. Aunque ya digo que mi vida circulaba bien adentro con idas y venidas más o menos delirantes, así como escenas de todo tipo imposibles de explicar al detalle, el definitivo regreso a la vida tuvo lugar cuando ya me cuidaban en la residencia de don Belarmino durante más de cuatro jornadas. Abrí los ojos y una luz blanca me cegó casi por completo. Escuchaba voces a mi alrededor, aunque todavía no fuera capaz de reconocerlas ni estimar que se trataba de la auténtica realidad. Sin embargo, poco a poco se fueron centrando las imágenes, al tiempo que las palabras cobraban sentido en mis oídos. Y como milagro más propio de santero ahicani con ceremonia de patas de gallina por círculos y sangre en rocío, el primer rostro que distinguí fue el de Rosario, la joven que tanta impresión había dejado en mis adentros. Creí que debía haber muerto y se trataba de una visión celestial. Aunque me costó un sobrehumano esfuerzo y varios intentos fallidos, conseguí articular las primeras palabras.

—¿Acaso sois vos en verdad, Rosario? ¿Santa Madre de Dios, dónde me encuentro? ¿En el cielo quizás?

—Nada de eso, señor de Leñanza. —El sonido de su aleare voz me hizo vibrar en cuerdas de emoción, por entender que regresaba a la vida en capuzón de ideas—. Se encuentra rodeado de buenos amigos, que intentamos cuidarlo como merece. Los cielos pueden esperar por ahora, que no nos mueve la prisa. De momento, se mantiene aquí en la tierra, donde deberá continuar la brega por el bien de España durante muchos años.

—¡Ha despertado! —exclamó el padre de la joven, don Salustiano, con tintes de contenida alegría, al tiempo que abrazaba a su hija por los hombros—. Bendito sea Dios y su santa madre, que lo han amparado de regreso a la vida, señor de Leñanza.

—¿Don Salustiano Muñoz? ¿Pero dónde me encuentro realmente? La enfermería de la fragata *Ligera* no posee una cama tan confortable, ni entra la luz del sol a raudales como puedo observar.

Fue el momento en el que me explicaron la situación de mi penosa convalecencia en la residencia del comerciante Cifuentes y la casual presencia

de la familia Muñoz en ella. Y mucho me alegró disfrutar de aquella especial situación, no he de negarlo. Escuché de nuevo la voz de Rosario.

—Cuando lo trajeron desde su fragata, deliraba de forma horrorosa y todavía la fiebre lo consumía. Poco crédito ofrecían por su posible recuperación, tras haber recibido la extremaunción, por su capellán. Pero ya les aseguré a todos que sería capaz de superar el terrible trance. Estaba convencida de que no podía morir. El alférez de fragata Leñanza me había prometido una reunión en la hacienda de Cehegín, y un oficial tan entero como vos no podía faltar a su palabra.

—Puede estar segura, Rosario, de que no daré la blanda en la ocasión.

—Ahora solamente debe pensar en tomar caídos de grasa espesa, carne tierna en hebras, frutas de salud y reponerse. El cirujano viene todas las tardes para comprobar la evolución general de su estado y, en particular, el de su herida. Según sus propias palabras, parece que cicatriza en orden. Lo que más nos preocupaba era su alargada permanencia en el delirio y la inconsciencia, una situación de la que no parecía ser capaz de regresar. Pero todo se va superando.

—Todos nos hemos volcado hasta el límite en su recuperación, señor de Leñanza, comenzando por don Belarmino Cifuentes, que tan generosamente ofreció su morada. Pero debo reconocer la abnegación demostrada por mi hija Rosario con su persona. Se negaba a apartarse un segundo de su cabecera.

No podía apartar los ojos del precioso rostro de la jovencita, que me abanicaba el alma en brisas de placer. Movía los labios para expresar su alegría, y en verdad que estimaba encontrarme en el cielo más dulce.

—Creo que siempre le deberé mi regreso a la vida, Rosario. Y se trata de una deuda eterna.

—No diga eso, por favor. Somos nosotros los que estaremos en deuda permanente con usted.

Dirigí la mirada hacia la izquierda, para comprobar por primera vez con mis propios ojos el brazo embutido en camisola a media caña, con su extremo protegido con fuertes vendajes. Y aunque sea difícil de creer, sentí a un mismo tiempo tristeza y alegría ante tan conmovedora visión. Sería por siempre un tullido, sin duda, pero muy orgulloso de haber ofrecido un miembro de mi cuerpo por la Armada y por mi patria. No existía condecoración más poderosa, que la visión de mi brazo perdido. Como mantenía la mirada prendida en la extremidad, Rosario entró de nuevo en dulce entonación.

—No debe preocuparle haber perdido un brazo. Los hombres más importantes de nuestra historia mostraban alguna merma de guerra en su cuerpo. Por lo que nos expuso con todo detalle el capitán de navío Laborde, demostró un valor extraordinario en el combate. Gracias a acciones como la suya, no hemos caído en manos de esos malditos.

—Tiene razón, Rosario. Ha sido una estampa habitual en el oficial de la Armada mostrar alguna pérdida de su cuerpo. Mi abuelo perdió una mano en las aguas frías de las Altas Californias, que le fue repuesta en madera. Y mi padre un ojo en la guerra contra los franceses, que le obliga al uso de un parche. Así es nuestra vida. Por fortuna, en mi caso se trata de la extremidad izquierda y podré emplear el sable o el pistolón con energía en la derecha. Además, no necesitaré aprender a escribir con la mano izquierda, como le sucedió al almirante Nelson.

—Su mano derecha vale más que cien enemigas —recalcó Rosario con un tono de voz cercano a la más pura veneración.

—Gracias por sus palabras, Rosario. Su sola presencia supone ya una recompensa inigualable.

Continué en la morada de don Belarmino Cifuentes, mientras recobraba las fuerzas poco a poco. Como decía el comerciante de origen aragonés, no hay mejor ungüento que la juventud para conseguir la sanación definitiva del cuerpo. Por gracia de los cielos, no volví a caer en sueños de muerte, aunque en ocasiones atravesara periodos más o menos largos con un fuerte dolor en la extremidad, como si me clavaran afiladas picas a tenazón. Y pueden creer que lo sentía como si todavía cuadrara el brazo completo en su sitio. Porque en aquel estado, creía, sufrir de hormigueo en los dedos de una mano que habría sido enviada con otros miembros amputados a la mar. No obstante, intentaba evitar que las muecas de dolor se percibieran en mi rostro, aunque Rosario, mi celestial cuidadora, las percibiera con facilidad.

—¿Desea una infusión de alivio, señor de Leñanza? El cirujano de su fragata nos recetó unas especiales tisanas para rebajar el dolor que, en su opinión, continuaría apareciendo de forma periódica. Y creo que en estos momentos sufre demasiado.

—No es necesario, aunque se lo agradezco como merece. Pero si me sigue llamando como señor de Leñanza, tendré que emplear el tratamiento de señorita Rosario cuando me dirija a usted. Mi nombre es Francisco y así debe dirigirse a mí, si en algo me aprecia.

—¿Si en algo le aprecio ha dicho? —Mostraba un mohín de protesta, que le ofrecía un especial y delicioso atractivo—. No creo que lo dude, señor de...

Bueno, no creo que lo dude un solo segundo, Francisco.

—Así me gusta. Sus cuidados son más propios de santero dedicado. Creo que me encuentro casi listo para regresar a la fragata...

—¿Para regresar al servicio? ¿Acaso ha perdido la razón? Todavía debe cicatrizar la herida al completo, dejar de sentir dolor y cobrar bastantes libras de peso. Hoy comenzará a comer buenas carnes y la puchera de chícharos que prepara la cocinera de la familia Cifuentes, más propia de palacio real. Debe engordar y recuperar con el debido ejercicio los músculos dormidos.

—Con escuchar su voz será más que suficiente. Creo que esa fue la razón de que regresara al mundo de los vivos: volver a verla.

Enrojeció el rostro de Rosario tras mis palabras. Y no me estimen dado al requiebro amoroso con las mujeres, que recorría aquellos terrenos de peligrosas arenas por primera vez. Pero para bien o para mal, coincidió en aquellos momentos la llegada a la alcoba del cirujano de la Sierra, en esta ocasión acompañado por el capitán de navío Laborde y el señor Cifuentes. El comandante de la fragata *Ligera* mostró inmensa alegría al comprobar mi estado.

—¡Vaya por Dios! Más parece un milagro de los cielos que la dura realidad. Mostráis una nueva cara, Leñanza, y una nueva vida. Aunque debe considerarse normal tal evolución, con los cuidados que ha recibido. Según ha llegado a mis oídos, esta preciosa joven se ha convertido en su hada madrina.

—Así es, señor comandante. Un hada madrina de especiales encantos y gran fortaleza. Rosario muestra mayor entereza que yo al efectuar las curas. Le debo la vida y algo más.

—La cicatrización camina por rastros de oro, Leñanza. —El cirujano inspeccionaba el muñón, con detenimiento, tras haber apartado los vendajes—. Se reconoce que una mano experta llevó a cabo la difícil amputación. —Reía sus propias palabras—. Y ahora puedo reconocerle que, con la cantidad de sangre perdida cuando llegó a la enfermería, no daba una moneda de cobre por su vida cuando comencé a sajar su brazo. Pero todo ha cambiado a buenas. Pronto podrá vestir la casaca con la manga derecha aparejada en doblete. ¿Siente muchos dolores?

—Pocos, señor, y cada día más espaciados en el tiempo. Pero ya en grado muy tolerable.

—Perfecto. Se trata de un dato muy importante. Aunque todavía no se conozcan las causas reales, aparecen casos en los que, tras una severa amputación, los dolores se mantienen durante mucho tiempo, incluso toda una vida. Tal situación sufrió el almirante Nelson, después de serle amputado el

brazo derecho, posiblemente por una incorrecta operación. Y conste que no deseo largar flores sobre mis hombros. Tal condición sufrida por el famoso almirante británico ha sido analizada con profundidad en el mundo de la ciencia médica.

—Me encuentro fuerte y casi listo para regresar al servicio, señor. En cuanto me autoricen a pasear unos pocos días y...

—Nada de eso, Leñanza —afirmó el comandante con autoridad—. Seguirá las recomendaciones del galeno de a bordo al punto y sin salirse una pulgada de la vereda. Según me ha comunicado, deberá pasar una semana más antes de que pueda abandonar el lecho. Y después, recuperar las piernas con paseos diarios en progresivo avance. Esta casa posee un hermoso jardín y ya encontrará alguna jovencita que le acompañe en esos recorridos. ¿No cree que mantengo la razón, señorita Rosario?

—Desde luego, señor comandante. —No se arredraba la jovencita con las indirectas—. Cualquiera jovencita se mostraría orgullosa por recibir tanpreciado encargo.

—Pues es muy posible que tal responsabilidad recaiga sobre sus hombros.

—¿Y la fragata, señor? —Metí baza para apartar las frases con terceras—. ¿Se encuentra lista para salir a la mar?

—Si todo corre en norma de ley, la semana próxima abandonaremos el fondeadero para llevar a cabo las necesarias pruebas en la mar. Y que los dioses de las aguas nos presten el necesario auxilio. Seguro que los maestros veleros deberán ajustar el trapo en el aparejo del palo mayor. Y en cuanto nos sea posible, convoyaremos a los buques disponibles hacia Puerto Rico, donde han de pasar las familias evacuadas en La Guayra que lo deseen. No debemos mantener una población tan elevada en Puerto Cabello, donde comienzan a escasear los más necesarios alimentos. Pero es misión de trapo suelto y no lo necesito a bordo. Prefiero que se recupere al ciento para la siguiente comisión que, estoy seguro, será de guerra preñada.

—¿Marchan a Puerto Rico? —pregunté al comandante, aunque dirigí la mirada hacia Rosario. Fue su padre, incorporado a la reunión, quien respondió.

—Así es, señor de Leñanza. Nada nos retiene aquí, como ya le adelanté a bordo de la fragata *Ligera*. Y de San Juan de Puerto Rico pasaremos a la Península en la primera oportunidad.

—Deberá quedar en Puerto Cabello sin la compañía de su hada madrina. Bueno, cuando zarpemos ya se encontrará repuesto casi al ciento. —El comandante miraba de reojo a Rosario, que había mudado su gesto a la mayor

seriedad—. Por cierto, que no debo olvidar un especial recado. Después de siete meses, hemos recibido correspondencia con una goleta correo. Y le llegó nota personal de su padre.

Don Ángel Laborde sacó un pliego lacrado del interior de su casaca, para entregármelo.

—¿Son buenas las noticias recibidas de España, señor? ¿Se mantiene la calma?

—La verdad es que no puedo decir que sí, aunque mucho me gustaría. Parece ser que la escisión de los liberales se acentúa, esos doceañistas y veinteañistas que adoptan posturas cada vez más enfrentadas e, incluso, irreconciliables. Por otra parte, también se intensifica, la política anticlerical de los diferentes Gobiernos. Se ha expulsado a los jesuitas de nuevo, abolido el diezmo, suprimida la Inquisición, se ha comenzado con la desamortización de los bienes de las órdenes religiosas y otras medidas en ese sentido.

—Los liberales intentan por todos los medios debilitar a la Santa. Madre Iglesia —intervino con decisión don Belarmino, cuya posición política absolutista era bien conocida por todos.

—Bueno, amigo Belarmino —entraba a la contra el padre de Rosario—, debes reconocer que se trata de una postura lógica y de legítima defensa. No podemos olvidar que la Iglesia conforma una poderosísima institución, que se opone a las ciaras con todas sus fuerzas y desde los púlpitos al desmantelamiento del Antiguo Régimen. No obstante, considero que una oposición frontal contra la Iglesia en una postura poco inteligente y puede ser un elemento negativo fundamental en la revolución liberal. Pero se comenta que el propio Rey conspira contra el movimiento liberal, a pesar de sus juramentos y promesas que, estoy seguro, no cumplirá. Como además la situación económica es terrorífica y con escasos visos de solución en un próximo futuro, surgen movimientos de protesta contra el Gobierno. Se trata de movimientos fomentados, sin duda, por aquellos estamentos que pierden sus ancestrales prebendas, tan alejadas de la modernidad.

—La contrarrevolución realista aumenta por momentos —intervino el comandante Laborde, a quien estimaba como liberal aunque no hubiera declarado jamás ante sus hombres posición política alguna—. Parece que, de momento, se concreta en la aparición de numerosas partidas de campesinos, muy influenciados por las voces de la Iglesia en las Vascongadas, Navarra, Aragón y Cataluña. Pero al igual que los liberales se dividen entre moderados y exaltados, a los absolutistas les aparece un movimiento más extremo, al que denominan como apostólicos. Se trata de un partido político que, a su más

incontrovertible absolutismo, suma la exigencia de la mayor pureza del dogma católico. Y supongo que algunos militares del Ejército entrarán en escena aunque sea como muñidores de escenario tras las cortinas.

—¿Solamente del Ejército? ¿Ninguno de la Real Armada? —preguntó don Belarmino con cierto retintín.

—También hay furibundos absolutistas en la Armada, como los tenientes generales Ruiz de Apodaca, Villavicencio y alguno más. Pero estoy convencido de que, una vez aceptado el nuevo régimen, no moverán un solo dedo a la contra.

—Pues me han llegado ciertas noticias preocupantes —entraba de nuevo don Salustiano—. Parece que los absolutistas más reticentes han creado la Regencia Suprema de España en la localidad de Urgel. Intentan formar un Gobierno absolutista, muy cercano a los apostólicos, como alternativa fehaciente al Gobierno liberal legítimo —recalcó esta última palabra con énfasis.

—Fracasará con rapidez —insistía Laborde con seguridad—. No olviden que a los coroneles y tenientes coroneles que propiciaron el alzamiento definitivo en enero del pasado año, se les ascendió a los más altos empleos y mandan las principales fuerzas. El único peligro real del nuevo régimen, aparte de las disensiones internas cainitas, se centra en los contactos de don Fernando con las potencias extranjeras.

—¿Con potencias extranjeras? —preguntó don Salustiano con tintes de cierta indignación en sus palabras—. ¿Qué pintan los extranjeros en un problema puramente español, que solamente nosotros hemos de resolver?

—Amigo mío —ahora Laborde entonaba con cierta condescendencia—, quien confíe ciegamente en las palabras de don Fernando debe entrar en hospital de enloquecidos. Recuerden que, tras la derrota de las fuerzas napoleónicas, las grandes potencias absolutistas reunidas en el Congreso de Viena y coaligadas de firme en la Santa Alianza, se comprometieron a intervenir de hecho ante cualquier amenaza liberal que surgiera en el continente contra los sagrados principios de la Restauración. Llamando como restauración, desde luego, al Antiguo Régimen, absolutista al ciento. Y no son de despreciar esas potencias entre las que se cuentan Prusia, Austria, Rusia y la Francia de Luis XVIII, que abrazó la causa con extraordinario vigor. Ya en octubre del pasado año se comentaba el envío de ciertos emisarios de don Fernando ante las Cortes mencionadas, para que se reunieran en congreso y declararan su firme posición de intervenir en España si los liberales mantenían sus posturas.

—Se trataría de una reacción lógica —apuntó don Belarmino—, aunque reniegue de que la solución deba llegarnos desde el extranjero. Para nada quiero una nueva guerra en las ensangrentadas tierras de nuestra depauperada España.

—Precisamente a causa de nuestra absoluta debilidad —insistía Laborde—, triunfarían en toda regla las iniciativas extranjeras con un mínimo esfuerzo. Don Fernando abrazaría el absolutismo que tanto le complace con fuerza y comenzaría a lanzar dentelladas de muerte contra los liberales.

—No pudo rendirnos Napoleón con más de trescientos mil hombres del Ejército más poderoso del mundo —ahora don Salustiano entonaba con fuerza—, y no lo conseguirán esos profetas del tres al cuarto.

—Dios le oiga. Sería un retraso enorme en nuestras escasas posibilidades de progreso. Especialmente, si perdemos el imperio ultramarino y los posibles caudales. Pero, bueno, de momento nuestra mayor preocupación debe centrarse en estas costas de Tierra Firme e intentar recobrar parte del terreno perdido, si es que se aparece como objetivo al alcance de la mano.

—¿Atacaremos puertos o localizaciones rebeldes, señor? —pregunté con inocencia.

Es posible. Pero en primer lugar debemos conseguir que la fragata *Ligera* recupere la potencia debida y su capacidad de maniobra. Porque su sola presencia sobre las aguas suele ahuyentar a esos malditos. Por fortuna, no parecen muy bragadas en la mar las fuerzas rebeldes, aunque ese Daniells mostrara valor y audacia en el combate nocturno de Puerto Cabello, que fracasó en toda línea. Por desgracia, no pudimos tomarle en presa su bergantín, aunque debiera salir de la escena remolcado y con grandes destrozos en su estructura.

—Estaba a punto de colgar pendones, señor, cuando lo dejamos sin gobierno. Poco más recuerdo del combate, porque acabé por desplomarme en aquel los momentos.

—No disponíamos de suficiente fuerza en la mar. Es posible que debiéramos haber dispuesto el bergantín *Hércules* para la faena, aunque habría sido una temeridad ante la poderosa fuerza enemiga. No podemos arriesgar las escasas unidades a disposición porque, sencillamente, no se prevé su reposición en caso de pérdida. Necesitamos apresar buques enemigos, como único método de aumentar nuestra división. Con la fragata *Ligera* alistada y en la mar, cambiará la torta de banda.

Cuando los visitantes abandonaron la alcoba, quedé a solas con Rosario. La joven mantenía un rictus de tristeza en su boca. La pregunta escapó de mis

labios sin posible retención.

—¿Cuándo marcháis hacia Puerto Rico?

—Parece que depende de la situación de la fragata *Ligera*, que ha de escoltarnos en la navegación. Pero queda suficiente tiempo todavía. Mucho amo a esa fragata, que nos salvó de las garras rebeldes. Pero ahora vería con buenos ojos que se retrasara algunas semanas su definitiva puesta a punto.

—Espero volver a verla.

—Por supuesto que me verá, Francisco —intentó animar alguna cuarta el tono de su voz—. De entrada, todavía no hemos abandonado Puerto Cabello y pronto comenzaremos con sus paseos. Ya ha escuchado de los labios de su comandante y del cirujano, la necesidad de ejercitar piernas. Además, la cita en nuestra hacienda de Cehegín debe mantenerse inquebrantable.

—Asistiré aunque deba arrastrarme por la vereda sin brazos ni piernas.

—¿Por qué se va a arrastrar? Prefiero verle llegar a lomos de una hermosa yegua. Por cierto, Francisco, recuerde que ha recibido noticias de su padre. — Me entregaba el pliego cerrado, que había depositado en una mesilla auxiliar —. Si lo desea, puedo dejarle en soledad para que efectúe su lectura...

Leí las palabras escritas por mi padre con evidente placer. Una vez recuperada la libertad de movimientos y asentado de nuevo en la Corte, había conseguido permiso oficial para atravesar la raya de Portugal y permanecer durante una temporada en la hacienda de los Almeida. Estaba seguro de que, más pronto que tarde, aparecerían voces cluecas de alarma, de esas que miran el mal ajeno con alegría y se escandalizan de los sentimientos de felicidad tan alejados de su propia vida. Pero por mi parte sentí una inmensa alegría, al comprobar que mi progenitor volvía a disfrutar de la vida y del amor, lo que se apreciaba con claridad en sus frases. Y bien que lo merecía ese buen hombre, maltratado por la suerte largada desde los cielos en su vida amorosa de forma más que repetida. Además, con las noticias que había escuchado, prefería que se mantuviera alejado del polvorín español que, en mi opinión, acabaría por reventar más pronto que tarde.

* * *

Mi etapa de recuperación continuó avante con buena marcha, más placentera cada día. Recuperé el apetito y pasé a devorar los caldos, carnes y pucheros de la cocinera, que Rosario me ofrecía de su mano como si se tratara de la única persona autorizada por la más alta magistratura, para acercarse a mí. Y llegó el glorioso día de plantar los pies en el suelo. Aunque el cirujano me

hubiese asegurado que debería sentir un profundo mareo y sensación de extrema debilidad en todos los músculos del cuerpo, puedo asegurar que, tras un ligero atontamiento, parecido a cuando se pisa tierra tras alargada navegación, comencé a moverme sin mayores problemas. Es cierto que el cansancio aparecía por todas las extremidades en escasos minutos, pero la fortaleza de piernas comenzó a aumentar día a día con evidentes resultados a la vista.

Paseaba por el jardín de los Cifuentes todas las mañanas, acompañado por Rosario. Una inolvidable experiencia, lo juro por los dioses de la mar. Y ya se aparecía como situación natural entre los moradores de la vivienda esa especial atención que nos dedicábamos, muy cercana al sentimiento amoroso. No cuadraba duda alguna por mi parte, aunque estimaba demasiado audaz entrar por la vereda de la posible relación en tan escaso tiempo. Pero a veces el duende se mueve por libre y con los vientos a favor que el mismo propicia. Recuerdo como si lo estuviera viviendo en estos momentos, la que consideré como mi primera conversación entrada en amores. Y yo mismo me sentí extrañado por una locuacidad y atrevimiento de los que no me creía capaz.

—Aunque no debería decirlo como miembro de su dotación, estimo como soplo a favor que la fragata *Ligera* retrase su puesta a punto. Todavía presenta problemas en las velas altas del palo mayor. Sin embargo, es posible que en una semana o diez días se haga a la mar de forma definitiva.

—Así es.

—Me costará mucho dejar de verla. Su compañía y nuestras conversaciones se han convertido en una maravillosa rutina.

—¿En verdad disfruta de mi compañía, Francisco? —Rosario lanzó la pregunta, al tiempo que dirigía su mirada hacia una rosaleta abierta a nuestra derecha. Fue el momento en el que las aguas se desbordaron del cauce sin posible retención.

—No creo que lo dudéis un solo segundo, Rosario. Todos en esta vivienda deben comprender con claridad el profundo amor que siento por vos.

Rosario detuvo sus pasos. Trazaba círculos con su zapato sobre la arenilla, como si no fuera capaz de dirigir sus ojos hacia los míos.

—Habláis de amor, Francisco. Creo que la debilidad que habéis padecido durante tanto tiempo, os afecta todavía. Además, es posible que os equivoquéis al mezclar el agradecimiento que sentís y ese otro...

—Rosario, míreme a los ojos, por favor.

Por fin, la joven detuvo sus movimientos un tanto erráticos y nerviosos, para clavar sus ojos azules sobre los míos. Una extraña sensación de placer,

dulce y alargada, recorrió mi cuerpo en maravillosas oleadas. Y ahí lancé los dardos sin pensar en el más allá.

—No mezclo ningún sentimiento porque los distingo perfectamente por separado. Es indudable que me encuentro muy agradecido por todo lo que habéis hecho por mí, que no ha sido moscarda de escasos vuelos. Pero paralelo a esos sentimientos de gratitud, se abre otro mucho más poderoso, que comenzó en el pantalán de La Guayra cuando os vi a mi lado por primera vez. La verdad es que..., la verdad es que os quiero con toda mi alma, Rosario, nadie puede cambiar tal aseveración. Y mucho sufro al pensar que no me correspondáis, lo que sería comprensible. Después de todo, no soy más que un sencillo alférez de fragata, de cuerpo menudo y con un brazo perdido. Sé que se trata de muy poco bagaje para una...

—¡Callad la boca, por favor! —Rosario apretó dos de sus dedos contra mis labios para impedir mis palabras, al tiempo que me ofrecía una encantadora sonrisa—. ¿Cómo podéis dudar de mis sentimientos? Hasta un ciego y un endemoniado comprenderían que os amo desde el primer momento. ¿Menudo y manco decís? Lo principal se encuentra mucho más adentro, Francisco. Por el contrario, soy yo la que no me considero merecedora de que un hombre de vuestra elevada posición social, una de las casas nobles más importantes del Reino, pueda fijarse en esta pobre jovencita.

—¿De verdad me amáis? No sé si he entendido bien vuestras palabras.

—Pues sus oídos no han sufrido merma alguna en el combate, que yo sepa. —Volvía a sonreír con esa especial luz que irradiaban sus ojos—. Claro que os amo, Francisco. Pero siento un profundo temor al pensar en separarnos. Seguro que me olvidaréis con la misma rapidez que nació este amor. Ya encontraréis otra joven en La Habana o en cualquier otro puerto, a la que dedicar vuestros cariños. Dicen que la ausencia y la distancia conforman el inevitable fin del amor. ¿De verdad regresaréis a mí?

—Ni cien bergantines rebeldes podrán impedirlo, amor mío. Te lo juro por todos mis antepasados, enterrados en la ermita de Santa Rosalía.

En un alarde inesperado, tomé su mano derecha con la mía. En vez de rehuir el contacto, Rosario acaparó mi extremidad entre las suyas con inesperada caricia. Creí que mis piernas se separaban del suelo y me sentía capaz de entrar en vuelo de cometa.

—Me hacéis muy feliz, Francisco, al escuchar esas palabras. De verdad que siento como si un sueño imposible se hiciera realidad.

—Nada de sueños imposibles. Seremos felices y formaremos una familia, llegado el momento. Y bien sabe Dios mis deseos, de que no se alargue

mucho la espera. Deseo estrecharte entre mis brazos y...

—Me parece que recuperáis las fuerzas con extraordinaria rapidez.

Rosario reía, como niña que ha conseguido el regalo apetecido. Por mi parte, volví a posar ligeramente la boca contra sus dedos. Y en un alarde guerrero, pasé a acariciar sus mejillas.

—Definitivamente, vuestra curación va por buen camino. —Ahora fue ella quien pasó su mano por mi mejilla, un contacto que elevó mis sentimientos hasta la galleta.

—Creo que deberé hablar con vuestro padre. No quiero que piense que...

—No seas tonto, Francisco. —El grado de confianza concedido en el trato me hizo inmensamente feliz—. Mis padres se encuentran al día y a la hora de la situación porque no son ciegos. Y puedo adelantarte que se sienten muy felices.

Allí quedé empeñado como estatua de sal. Miraba los ojos de Rosario, al tiempo que con mi mano acariciaba las suyas. Y por todos los dioses de las profundidades, que jamás había deseado tanto besar a una mujer como en aquellos momentos. Pero como el alarde estaba lanzado, tras mirar hacia ambos lados y comprobar que nos encontrábamos a solas en un rincón del jardín, tomé sus mejillas con mi mano y acerqué mis labios a ellas. El roce me hizo volar jarcia arriba, ahora por encima de los palos de un navío de tres puentes.

—Perdona, pero no he podido...

—Nada he de perdonar porque también yo lo deseaba y... y todavía lo deseo.

Ahora fue Rosario la que me besó en la mejilla con sus labios en alargado contacto.

—Hablaré con tu padre ahora mismo.

—Me parece muy bien. Pero lo que me importa es que cumplas tus promesas y no me olvides.

—¿Estás loca? ¿Cómo se puede olvidar el cielo, cuando se ha pisado la alfombra de su jardín?

A partir de aquel momento, mi rehabilitación aumentó de grado. Hablé con don Salustiano Muñoz, que me trató como a un hijo querido y me ofreció un sentido abrazo. Nos recomendó mesura, discreción y la necesaria espera, dada nuestra juventud. Y para colmar el vaso, consideraba un gran honor la unión de nuestras familias. Sin embargo, nunca olvidaré los paseos por el jardín de aquella mansión en los siguientes días, cuando el alférez de fragata Francisco de Leñanza, cercano a cumplir los diecisiete años, se había

prometido con la joven Rosario Muñoz, de quince solamente. La vida me sometía a un ritmo vertiginoso, es cierto, pero no deseaba bajarme de las alas de la nube blanca en ningún momento.

15. Un regalo inesperado

Entramos en la segunda quincena de un mes de mayo húmedo y caluroso en extremo, momento en el que volvieron a acelerarse nuestras vidas en Puerto Cabello. Por un lado, tras varios retrasos que llegaron a descabezar nervios propios y ajenos, habituales en toda plaza sitiada, el comandante Laborde ofrecía a las autoridades civiles y al general Latorre la tan esperada novedad de «fragata *Ligera* lista para salir a la mar en comisión de guerra». Y tal pronunciamiento era seguido por otro, que señalaba el alistamiento de la división naval bajo su mando. No se podían achacar aquellas tías últimas semanas de retraso a falta de ocupación o laboriosidad de nuestro personal profesional, por supuesto, sino a los conocidos defectos estructurales del buque, así como la agobiante escasez de repuestos, pertrechos, material de base y capacidades propias del puerto.

Como eran muchas las misiones previstas para la fragata *Ligera*, pergeñadas con mayor o menor detalle en alargada lista de espera, el comandante naval del apostadero de Puerto Cabello y de la división de buques en él integrada, acompañado por los comandantes del bergantín *Hércules*, de la goleta *Morillo* y alguno de sus oficiales, mantuvo una tensa y prolongada reunión con el general Latorre y miembros de su estado mayor. Intentaban establecer un nivel adecuado de prioridades, cuestión nada sencilla teniendo en cuenta la situación que se sufría en la plaza y con las unidades navales como única prenda de contacto con el resto de plazas españolas.

Por fin, se estimó como primer y principal objetivo, efectuar el traslado de familias y elementos civiles a la capital puertorriqueña. De esa forma, se mataban dos perdices de un solo escopetazo. Por una parte, se complacía a quienes deseaban abandonar el escenario bélico de Tierra Firme, donde nada les empeñaba personalmente. Pero al mismo tiempo, se conseguían disminuir las necesidades de manutención en Puerto Cabello y, en el necesario

tornaviaje, se podrían embarcar en los diferentes buques las provisiones, armamento y pertrechos que se necesitaban en la plaza con urgencia.

Gracias al retraso producido en el alistamiento definitivo de la *Ligera*, conseguí que se me diera el alta al ciento y el comandante Laborde me permitiera embarcar de nuevo en la fragata, unos días antes de su definitiva salida a la mar. Bien es cierto que mucho debí esforzar miembros y pensamientos en los paseos y ejercicios a los que me sometía, para alcanzar el fin perseguido. Y no cuadró en tarea sencilla la maniobra, ni mucho menos. Porque el cirujano de la Sierra rezongaba a la contra, con alegaciones doctrinales que, por fortuna, nadie comprendía ni por alardes. Pero la verdad es que mi aspecto físico aparentaba formas inmejorables a la vista y me movía con cierta soltura, aunque callara los dolores que todavía me aquejaban de forma esporádica en el miembro perdido, esa maldita extremidad que todavía sentía como propia y que, en algunos momentos, alcanzaban la estadía de la máxima angustia.

Aunque no se tratara de despedida definitiva, caló muy hondo en mi ánimo tener que abandonar aquella mansión en la que no sólo había regresado a la vida, sino donde había establecido los cimientos para mi futuro personal y familiar. Habían sido semanas con momentos de dolor, desesperanza y, al mismo tiempo, placer consumido. Las familias Cifuentes y Muñoz me ofrecieron un especial almuerzo de despedida, en el que llegué a observar ojos emocionados cuando dicté unas sentidas palabras de agradecimiento. Mi relación con Rosario se había consolidado de firme y nos sentíamos felices hasta rebosar cuerdas. Y al comprender que navegaríamos juntos a bordo de la fragata *Ligera*, no era necesario entrar en despedidas de aquellarre y sollozos femeninos, situación que ya deberíamos acometer más adelante en la plaza portorriqueña de San Juan.

Sentí una especial emoción cuando pisé de nuevo las tablas de la *Ligera*, como si se tratara del gozoso regreso del guerrero herido al hogar familiar, tras alargada ausencia. Ocupé mi destino a bordo como si el tiempo no hubiera dejado huella alguna, y arrimé el hombro para cuadrar las muchas necesidades que todavía se abrían a bordo. Porque a pesar de que se hubiera recorrido el buque de proa a popa sin dejar chaza al aire, reforzando las debilidades en todo lo posible, el sentimiento de seguridad en las maderas propias quedaba rebajado en elevado porcentaje para todos, aunque no lo declaráramos en abierto. Y ya deseábamos entrar en aguas duras para comprobar cómo se comportaba la gacela, y si la entrada de agua en sentina volvía a producirse en parecidos términos de preocupación.

Como se pretendía un traslado masivo de familias y, de esa forma, cuadrar en una primera navegación el fin perseguido al completo, el propio Gobernador apalabró los necesarios fletes con tres unidades mercantes. Se trataba de dos britanas y una holandesa, aparecidas en la plaza sitiada al olor de las buenas cobranzas. El conjunto sería convoyado por la fragata *Ligera* y el bergantín *Hércules*. Y no debí de maniobrar en oscuro para que la familia Muñoz fuera de las elegidas en el grupo a embarcar a nuestro bordo, porque el segundo comandante, al mando de las listas definitivas, lo tomó de su mano con silencioso y sincero agradecimiento por mi parte.

Salimos a la mar bajo un viento raspón del nordeste, que en poco colaboraba a nuestra necesaria navegación hacia el norte. Debíamos atravesar la fosa de Bonaire en la que cuadran las islas de Sotavento, para progresar con proas del cuarto y primer cuadrante en los necesarios bordos al deseo del dios Eolo, durante unas quinientas millas de distancia aproximadamente. Posteriormente y dependiendo de la derrota más favorable, pasaríamos a la costa septentrional borinqueña^[56], donde se abría la bahía de San Juan, posiblemente en el paso limitado entre Vieques y las islas Vírgenes.

Conforme nos alejábamos de la costa, comprobamos que la *Ligera* se movía en orden de líneas bajo una marejada suave y un soplo fresco, entablado de firme en nordeste con alguna favorable caída al leste, mientras el resto de las unidades progresaba sin problemas aparentes en la dirección ordenada. Tan sólo el trapo alto del palo mayor en la *Ligera* bufaba con demasiada frecuencia en relingas torpes, pero en escasa monta. Y no podíamos esperar mejora alguna en tal detalle porque ya se habían desencajado los cerebros el conjunto de maestros veleros, sin conseguir una pulgada de mejora más. Bien es cierto que se trataba de una obra más propia de ángeles especialistas el trabar con lona nueva y a ojo de buen plumero los perfiles de gavia, juanete y sobrejuanete, sin más referencia firme que las correspondientes al palo trinquete. Como en resumen final podíamos declarar que la fragata apenas perdía una milla en su andar, nos acostumbremos a la visión más o menos agradable sin mayores problemas.

Las dos primeras singladuras fueron cubiertas sin sobresaltos y con el único inconveniente de vernos forzados a mantener proas al noroeste, con un bordo posterior de guarda y retroceso que nos permitiera ganar el suficiente barlovento. Pero como la misión parecía trazada a pulso por los ángeles en beneficio, cuando habíamos recorrido la mitad de la distancia, el viento se recostó en dulce al levante casi puro. Parecía llegarnos desde las lejanas islas de Barlovento, mantenido en fuerza de fresco a fresquito, lo que nos permitió

entrar en rumbos de derrota casi directa a la isla de Puerto Rico y con el trapo largado al copo.

En mis ratos libres, que no se prodigaban en exceso, coincidiendo con las horas que se concedían a los miembros del pasaje para ventilar cuerpos y mentes en la toldilla, conseguí mantener conversaciones sueltas con Rosario. En su conjunto, palabras de amor y promesas de eterna querencia, entrelazadas con la suficiente seriedad, de forma que no aparentáramos en público acciones más propias de cohorte de enamorados. Ya me había acostumbrado a mantener la manga izquierda de mi casaca en doblete cosido, lo que me hacía elevar la estatura moral más de dos cuartas. Y bien que me satisfacía, cuando marineros y grumetes observaban mi brazo en cosida, con abierta admiración y respeto.

Durante la quinta amanecida, el vigiador cantó tierra abierta dos cuartas a estribor. Pocas horas después reconocimos el perfil como los extremos de Guayama, con sus cayos de Barca y la punta Ola Grande en avance. Como el viento se mantenía del leste-sudeste en beneficio, el comandante ordenó aproar en conveniencia y avanzar ceñidos a Vieques y Culebra, para pasar a la costa septentrional, de la isla de Puerto Rico. Y como nos tomó la caída del sol cuando ya empopábamos tanto avante con la punta Fajardo, se ordenó rebajar trapo en conveniencia para quedar en posición de entrar en San Juan a lo largo de la mañana del día siguiente.

Se cumplieron mis más escondidos deseos, al conseguir aligerar al máximo la maniobra de despedida. El desembarco del pasaje se llevó a cabo con diligencia, para pasar a embarcar víveres, armamento y pertrechos que ya el jefe de escuadra Benítez, al mando de la Comandancia Naval del apostadero puertorriqueño, mantenía preparados en el muelle de Infantes. No obstante, bajé a tierra y me uní al grupo de la familia Muñoz, que comenzaba a cargar baúles, valijas y bultos en un carretón de tiro, mientras se acomodaban en un elegante carruaje de peralta. Con exquisita prudencia, permitieron que la pareja prometida quedara unos segundos a solas. Y no necesitó Rosario de mucho tiempo para expresar la pregunta escuchada una y mil veces.

—¿Seguro que no me olvidarás, Francisco? No sabes cómo le temo a la distancia, que nos separará durante un tiempo que solamente Dios conoce.

—Puedes estar segura y quedar en plena tranquilidad, querida. La cita en vuestra hacienda murciana se producirá antes de lo que imaginas —mentía con extraordinario convencimiento, una cualidad que me concedía la situación amorosa que atravesaba.

—Pero no se sabe cuándo regresaréis a la Península. Ni siquiera puedo soñar en una fecha determinada. Pueden ser meses o años.

—No exageres la nota hasta el campanario. Has de tener paciencia. No olvides que te amo y eso nadie será capaz de cambiarlo.

—Tampoco conseguirán que mude una mota mis sentimientos en ese sentido, Francisco. Eres el primer hombre que he amado y con ese sentimiento me mantendré durante toda la vida.

Como el momento era definitivo, rozamos nuestras mejillas como si se tratara de un movimiento inesperado. Y la hice subir al carruaje con prisas, como si ya los animales se encontraran dispuestos a lanzarse al galope. Pero siempre sufrí con esas situaciones, que intentaba acortar en lo posible. Cuando ya partían, Rosario sacaba la cabeza por la ventanilla y agitaba su brazo. Estaba seguro de que ya las lágrimas, acoderadas de firme en sus ojos, caerían en libertad por las mejillas. Pero también yo sufrí el nudo en el estómago, de esos que se retuercen en coca con dolor añadido.

Cuando regresé a la cubierta de la fragata *Ligera*, el comandante entró en una de sus habituales chanzas con sonrisa alargada.

—Dicen que las separaciones amorosas duelen tanto como el impacto de una bala mosquetera contra el pecho, Leñanza, especialmente en sus primeras experiencias. Pero no se preocupe en exceso, que la mar cicatrizará las heridas con extrema rapidez.

—Por supuesto, señor. Razón le sobraba al comandante Laborde en sus palabras, que tantas veces había escuchado en boca de mi padre. Porque para beneficio del alma de los hombres de mar, así nos conducimos de norte a sur. Es cierto, como la muerte que a todos nos aguarda, que las penas embastadas en tierra parecen diluirse entre las aguas de la mar como un azucarillo. La imagen de Rosario se aparecía en mi cerebro con frecuencia, especialmente cuando me encontraba cercano a entrar en sueños, y bien que deseaba regresar a ella cuanto antes. Sin embargo, poco a poco cedía el dolor de la separación, hasta convertirse en una estampa querida que se alejaba con las aguas largadas a popa.

Una vez cargados a besar aguas el bergantín *Hércules* y la fragata *Ligera*, nos hicimos a la mar para llevar a cabo el necesario tornaviaje hacia Puerto Cabello. De los tres buques mercantes amparados al inicio de la comisión, solamente utilizamos el paquebote holandés, que también cargó material para nuestra plaza. No podíamos emplear un fardo más en la pareja de unidades de la Armada y el comandante Laborde lo consideró imprescindible. De esa

forma, firmó el contrato sin dudarlo aunque no hubiera ajustado el flete, condición que largamos a la mano del Gobernador en futuros conciertos.

Con el viento mantenido del leste con pocas cuartas de variación a banda y banda, alcanzamos Puerto Cabello en cuatro singladuras solamente, sin que apareciera una moscarda negra a bordo de la fragata *Ligera*. No obstante, deben tener en cuenta que la mar y el viento se cobraban a favor de damas. Para sorpresa general, comprobamos que el paquebote holandés, cuando navegaba a un largo, largaba espuma a popa como unidad velera. Se apreciaban hechuras de hierro y forja en su estructura, lo que nos producía cierta envidia a los que conocíamos a fondo el estado de la *Ligera*.

Como había predicho don Federico Lampas, el mejor maestro velero de la división, el trapo nuevo acababa por ajustarse a su debida forma como los lujos se aconchan, al pecho de la madre en leche. Y aunque parezca condición extraña y más propia de marinos enloquecidos, acertaba de lleno. Porque sin llegar a alcanzar la perfección de bolsas que se requería, los bufetes disminuían de tamaño y entrada, mejorando la visión general del trapo de forma generosa.

Fondeamos en el pozo de las agujas frente al manglar de Puerto Cabello, con arenas de fondo taladradas mil veces por las uñas de nuestras anclas. Y con el ánimo elevado a las nubes, a pesar de la propia rumazón. Porque en el último día de navegación habíamos cruzado derrota con un pequeño pesquero, muy adicto a nuestra causa, que nos comunicó el nerviosismo producido en las fuerzas navales rebeldes, al tener conocimiento de que la fragata *Ligera* se encontraba de nuevo operativa en la mar. También supimos que el rebelde Daniells había preparado una operación contra el traslado de familias desde Puerto Cabello hacia Puerto Rico, pensando en los tres mercantes convoyados por el bergantín *Hércules* en solitario. Sin embargo, había cejado en su empresa, al conocer que la fragata andaba sobre las aguas bebiendo vientos y al mando de la operación. Debíamos reconocer que, observada en la distancia, nuestra fragata mostraba un cuadro de espléndido poder con sus más de cuarenta cañones alistados para el fuego. Se trataba de un ejemplo más del cuerpo vistoso y juvenil a la vista, aunque fuera carcomido en sus entrañas por fuerzas ocultas.

* * *

Una vez de regreso en plaza propia, todos a bordo éramos conscientes de que deberíamos entrar en faena de guerra sin mayores dilaciones. No obstante, el

primer problema a afrontar para que la fragata *Ligera* se encontrara al ciento de sus posibilidades, o una situación cercana, era el del personal. Aunque el capitán de navío Laborde había solicitado en rendida súplica al comandante del apostadero de San Juan de Puerto Rico la máxima asistencia en dicho apartado, tras exponer la penosa realidad que se vivía en Tierra Firme, nada había conseguido salvo la incorporación voluntaria de cinco grumetes con escasos días de mar en la sangre. Las pérdidas durante el ataque nocturno a Puerto Cabello habían sido elevadas, hasta superar la veintena. Y como de costumbre, se mostraba una vez más la gran diferencia entre los dos bandos en pelea. Porque en nuestro caso, no aparecía relevo posible para nada, ya fuera en el aspecto del personal o en el del material.

Como debíamos entrar en nueva reunión con los miembros del Ejército, para concretar al detalle las siguientes misiones a realizar, nuestro comandante decidió presentar sobre la mesa la cuestión, considerada como vital. Porque vital se consideraba el papel asignado a la fragata. Una solución podía ser el embarco de artilleros del Ejército, como se había hecho en tantas otras ocasiones, si queríamos que la *Ligera* pudiera rendir al máximo de su poder de fuego. Porque en la situación actual seríamos capaces de cubrir solamente la batería de una banda y unas pocas piezas de la contraria. Y no podía correrse la voz de que la gacela madre andaba escasa de recurso alguno en el personal, ni merma en cuanto a armamento, aparejo o material.

La única sorpresa recibida en San Juan de Puerto Rico había sido la incorporación de un aventurero^[57], don José María Pardo, un empleo que observaba por primera vez a bordo de una unidad de la Real Armada. Aunque se tratara de una figura muy habitual en nuestros buques a lo largo de la segunda mitad del pasado siglo, cuando oficiales de la Armada debían reponer el honor perdido en combates donde no habían mostrado el necesario valor, el sistema se encontraba claramente en desuso. También lo utilizaban oficiales del Ejército con parecidos fines, aunque se tratara de excepciones en la norma.

Recordaba haber leído en los cuadernillos familiares el caso del aventurero don Alvaro de Galdomar a bordo del jabeque Murciano, cuando mi abuelo pisaba su cubierta. Y precisamente al lado de mi antepasado había encontrado la muerte, cuando intentaban prender en fuegos a una fragata argelina. Pero en este caso particular, desconocíamos la verdadera causa de su embarco por orden del jefe de escuadra Benítez. Y ni siquiera sabíamos de su dedicación anterior en el servicio de las armas, si es que tal función había existido o, por el contrario, solamente intentaba embarcar como meritorio.

Pero como la discreción era la inamovible regla que se seguía con tales elementos noche y día, se le recibió a bordo sin elevarle una sola pregunta personal.

Tras las pertinentes reuniones, se decidió llevar a cabo la primera acción ofensiva contra la península de Paraguaná, en la provincia de Coro. Dada su especial configuración geográfica, casi una isla desplegada en pivote hacia el norte en la parte oriental del golfo de Maracaybo, se encontraba unida a tierra solamente por el istmo de Médanos, de unas veinte millas de distancia. De esta forma, si eran ciertas las noticias recibidas de su escasa fuerza de defensa, podría ser tomada con escasas pérdidas y fácilmente defendida con apoyo naval, cual ínsula enemiga enclavada en tierras propias. Además, un poco más al sur se ofrecía a la mano la importante población de Vela de Coro. Aunque, según las informaciones suministradas por los adeptos, se encontraba bien defendida por los rebeldes, se mostraba con claridad como el posible objetivo final de la empresa.

Para aumentar el ánimo guerrero y las esperanzas en ofrecer un vuelco significativo a la situación, se recibió una muy oportuna información, que desplazó la misión a Paraguaná para más tarde. Se nos comunicaba por medio del estado mayor del general Latorre con toda garantía, que al sur de la isla de Buen Ayre, a unas cuarenta millas del farallón del Soldado, se movían tres mercantes con bandera britana y muy cargados. Como es lógico, sospechamos con escasas vacilaciones que se trataba de unidades con armamento y pertrechos para las fuerzas rebeldes, embarcados en algún puerto anglo-americano. Y sin dudarle un segundo, con el apoyo expreso del Gobernador y del general Latorre, aunque no los hubiese solicitado el comandante Laborde, abandonamos Puerto Cabello en compañía del bergantín *Hércules*, nuestra inseparable pareja. Inicialmente establecimos una derrota noroeste de cruce, bien pegada a la costa, que pudiera cubrir los rumbos del convoy. Porque en esa meta, el posible apresamiento de unidades enemigas y jugosos cargamentos de guerra, cifrábamos gran parte de nuestras posibilidades en cuanto a aumentar el número de buques a disposición, así como armamento y pertrechos.

Beneficiados por un viento de levante que centraba la norma habitual de la costa, progresamos con buen andar, de forma que en la noche del mismo día habíamos cubierto poco más de sesenta millas, situándonos en la línea norte-sur de la isla de Buen Ayre y a unas diez millas de costa. Dudaba el comandante Laborde de la proa a mantener hasta que se aclararan las luces, y así lo discutimos por llano en el alcázar de la fragata *Ligera*.

—Entiendo, señores, que esos buques deben amparar armamentos en elevada cantidad para los rebeldes que se fortalecen en el lago y golfo de Maracaybo, su zona más debilitada. Por tal razón, en cuanto alcancemos el paralelo de los once grados y medio, correremos hacia el poniente puro. Y si esos pailebotes no prenden alas, deberemos cortar su derrota tarde o temprano.

—Todo dependerá de lo que hayan progresado esos buques en su navegación, desde el momento del avistamiento, señor —intervino el piloto, que trazaba posibles líneas de derrota en la carta con los perfiles de la costa—. Ya sabe que muy poco fío en las informaciones de quienes prestan voluntades a dos partidos de forma simultánea. Además, también esos tres buques se verán favorecidos por el viento de levante en su derrota.

—Muestro mi acuerdo con todas sus palabras, don Matías. Pero si es cierto que mostraban línea de carga hasta la regala, se moverán como vacas panzudas y con pocos nudos de andar. Elevemos un rezo a los cielos y que la suerte caiga por nuestra banda. Tan sólo me extraña que no sean escoltados por buque alguno de la división del aventurero Daniells. Ya sé que los rebeldes no son muy decididos, en cuanto a adelantar sus fuerzas navales millas al norte. Y a saber de dónde proceden realmente estos buques, ya sea de la isla Trinidad o desde un puerto continental como Boston. También es posible que confíen al ciento en el poder que concede mostrar la bandera británica.

—Las instrucciones sobre posibles apresamientos a buques bajo pabellón británico, señor, no admiten duda alguna y son de extrema severidad —comentó el segundo comandante con cierta lentitud.

—Me importa un carajo de espigas verdes el pabellón que muestren, si esos buques se encuentra cargados de armamento y con proa cierta hacia terreno enemigo. No nos encontramos en un escenario como el Río de la Plata, donde los buques contrabandistas bajo pabellón británico podían alegar derrotas hacia el mar del Sur. Si abordamos unidades con las premisas impuestas en el golfo de Maracaybo o aguas cercanas, y con proa cierta hacia puertos enemigos, no es posible razón alguna a su favor. Además, nuestra situación es límite. Que protesten después con las piernas por alto en las Cortes europeas, que de momento acopiaremos el material si se nos ofrece la ocasión a la mano.

Atravesamos gran parte de la noche con todo el aparejo largado a rumbo poniente, con el bergantín *Hércules* ajustado por nuestro través de babor a un cable de distancia. Como era de norma precisa, se ordenó no mostrar un solo

tarro de luz, bajo penas severas de corrección. Y pueden estar seguros de que todos rezábamos para avistar a los jenízaros con tiempo suficiente, y entrarles a besar maderas sin cortarles una sola driza. Porque el apresamiento de un convoy de ese porte sin mermas propias de combate, podía beneficiarnos en lo material y en lo espiritual muy por alto. Y ya en nuestros cerebros dibujábamos escenas de gozo, con tres buques apresados y un cargamento digno de un poderoso Ejército. Mantuvimos al personal con media batería preparada, aunque no fuera tarea sencilla entrar en sueños, cuando se nos iban los ojos por los largomiras casi en permanencia. Tanto así, que ni siquiera apareció el rostro de Rosario en mis pensamientos, cuando decidí tenderme en el jergón para descansar alguna hora.

Con las primeras luces del alba todos los oficiales de guerra nos encontrábamos en el alcázar, rodeando al comandante y con vigilancia permanente en el sector que se abría desde nuestra proa hacia el través de estribor. Llamaba la atención la presencia del aventurero José María Pardo, ataviado como caballero dispuesto a entrar en lance de honor al alba. Y en verdad que presentaba orgullosa apostura con su elevada, estatura, digno porte y carnes magras pero bien cuajadas de músculo. Y por uno de esos caprichos tan habituales del destino, fue él quien, gracias a un magnífico antejo propio adornado en pavones de colores brillantes, el clásico catalejo terrestre de cuatro cuerpos, ofreció la primera noticia. Escuchamos su voz tendida a la baja.

—No estoy seguro, señor comandante, pero creo que... —cesó en su parla de repente, temeroso de las posibles reacciones, sin apartar la mira del ojo derecho.

—¡Acabe de una putañera vez la frase, caballero Pardo! —bramó el comandante—. ¿De qué no está seguro?

—Pues juraría, señor, que he observado una luz en movimiento. Una o dos diría yo.

—¿Dos luces? ¿En qué dirección?

—Por allí. —Señalaba con la mano en la dirección de su catalejo, de forma dubitativa.

—Por los huevos del mamón culebrero y sus crías, caballero Pardo, a bordo no se dice por allí para indicar una dirección. —Laborde fingía enfado en exceso—. ¿Quién se encuentra a cargo de la instrucción marinera del caballero Pardo?

—El alférez de fragata Junquera, señor —contestó el segundo con rapidez.

—Pues a ver si le explica al caballero nuestra forma de hablar a bordo, Junquera. Porque se mueve en ese aspecto como labrador de esteras.

—Desde luego, señor.

—Por la dirección que señala con su mano, señor —aventuré con decisión—, debe referirse casi hacia nuestra proa, una cuarta solamente a estribor.

Cuando habíamos barrido en la dirección señalada durante unos pocos segundos, escuchamos la voz del vigiador que nos llenó las orejas de ninfas blancas.

—¡Dos velas a proa!

—Vamos, que trepe el guardiamarina de guardia a la cofa con la velocidad de un mandril, para aumentar la información. —El comandante chascaba los dedos con visible felicidad—. Y caigamos un par de cuartas a babor, para que se nos facilite la visión.

Antes de que se rematara la orden, ya trepaba el caballero Cuartas por la jarcia de estribor con el catalejo prendido de firme en el fajín. Y necesitó de un tiempo demasiado alargado para dejarnos escuchar su voz, cuando ya los grillos se movían por nuestras tripas al concierto de luces.

—¡Dos pailebotes, tres cuartas a estribor! ¡Navegan con todo el aparejo largado, proa a poniente cuarta al sur! ¡No se aprecia pabellón ni armamento!

—¡Joder, bostas del demonio y ratas Clementinas! —El comandante mantenía el antejo prendido sin resultado—. Que el caballero Cuartas amplíe esa puñetera información, especialmente en cuanto a su tamaño. Pailebote es una acepción demasiado genérica. Hoy en día se aplica a todo lo que se asemeja en aparejo a una goleta, aun con gavias a disposición, aunque su porte varíe en cientos.

Como si hubiera escuchado las palabras del comandante, el caballero izado a la cofa del palo mayor volvía a gritar.

—Dos pailebotes grandes, panzudos y muy cargados, con unas cuatro piezas de pequeño calibre por banda. No muestran pabellón.

Ya las luces se aclaraban lo suficiente, de forma que pasamos a avistar las dos velas desde el alcázar con cierto detalle, momento en el que el caballero Cuartas ofrecía una nueva información.

—¡Una tercera vela a proa de las dos anteriores! Aparejo de fragata. Posiblemente una corbeta de carga o unidad inferior. Diez o doce piezas por banda y alguna en cubierta. No muestra pabellón.

—¡Buenas son esas nuevas, al aparecer la tercera coneja! ¡Ahí tenemos a los tres malditos, cagados por Satanás sobre las aguas! ¡Los tomaremos por

sus partes más nobles, hasta que escupan sangre a borbotones! —Laborde golpeaba la borda con evidente alegría.

—Como larguen la carga al agua y tomen el viento a un largo, señor, escaparán con rapidez —expuso el segundo—. No deberíamos aparentar rumbo de encuentro ni agresividad inicial.

—Por favor, segundo, sabrán quienes somos con todo detalle en cuanto nos vean. Hasta los ciegos serían capaces de identificar a la fragata *Ligera* en estas aguas. Confío en que la bandera britana, que acabarán por mostrar, les conceda la suficiente confianza. Hasta ahora se ha respetado con bastante rigor. Pero por si acaso, que se ice orden inmediata al *Hércules*. Que caiga a estribor y progrese para rodear a las piezas por sus bandas de fuera. De esa forma, deberá cerrarles un posible rumbo de escape hacia el norte. Por nuestra parte, quiero caer un par de cuartas al sur, al límite que nos permita la línea de costa.

Al tiempo que el bergantín *Hércules*, una vez recibida la orden, arribaba con claridad para quedar con su proa ajustada a un rumbo norte-noroeste, la fragata *Ligera* caía hasta casi cuadrar con el sudoeste. Y poco parecía agradar tal condición al piloto, que entró en una de sus habituales recomendaciones.

—Con esta proa, señor, pasaremos rascando las piedras que defienden el islote del Libero.

—Ya lo suponía, don Matías. Si lo entiende como necesario, le ofreceremos un ligero resguardo de mallas cortas más adelante.

El tiempo parecía alargarse hasta el infinito como filástica vieja, al tiempo que las luces y la proximidad creciente entre los buques ofrecían más detalles a la vista. Y como había predicho el comandante, las tres unidades acabaron por mostrar el pabellón.

—¡Los tres buques izan pabellón británico! —gritaba el caballero Cuartas, antes de que se le ordenara bajar a cubierta.

—¡Británicos de pura cepa! ¡Mamones de mierda! —Laborde expresaba sus sentimientos con claridad ante la proximidad de la acción—. No creo que se encuentre a bordo ningún hijo verdadero de las islas británicas. Y no lo digo porque esos bandoleros sean incapaces de vender su alma al diablo por unas onzas de plata. Pero últimamente los rebeldes emplean dotaciones mezcladas, de lo que denominan como patriotas independentistas y gente de mar de cualquier puerto putero del Caribe. Sin embargo, estoy de acuerdo con la opinión del segundo. No realicemos todavía maniobras que indiquen nuestras intenciones. Y que se prepare la señal por banderas para que queden en facha, así como reconocimiento de carga a bordo.

Las distancias disminuían claramente a la vista. Y podíamos agradecerlo a la máxima carga de los tres mercantes, porque en condiciones normales nos habrían avanteado con extrema facilidad, especialmente las dos goletas. La que había sido cantada en tercer lugar, que ahora cerraba yardas hacia sus compañeras, se mostraba con claridad como un paquebote clásico, con un pequeño palo a popa o mesanilla donde largar la cangreja, circunstancia que había hecho marrar al caballero en su primera descripción como aparejo de fragata. Pero se trataba de una excelente unidad a la vista, muy parecida a los paquebotes empleados por la Armada durante años como correo entre islas.

Necesitamos de bastante tiempo para acortar suficiente distancia con la fragata *Ligera*, al navegar a rumbos casi paralelos, mientras el *Hércules* ocupaba su posición al nordeste del grupo, muy cercano al punto en el que podría cortar la derrota de los buques en escape. No se observaba ningún movimiento anormal en los mercantes, como si se hubiese ordenado a bordo mantener la calma a todo trance. Sin embargo, habían abierto su proa ligeramente un par de cuartas a estribor, como si desearan demostrar a los cielos que no seguían derrota cierta hacia Vela de Coro u otro punto del golfo venezolano. Sin embargo, todos a bordo coincidíamos en que los tres buques se dirigían al puerto descrito sin posible duda, una vez comprobada su situación y rumbo inicial. Pero era llegado el momento de mostrar las cartas propias a la vista y no esperó el comandante Laborde una milla más, cuando habíamos avanteado el islote Libero a distancia de mano, con el rostro del piloto entrado en blancos propios de cera.

—¡Comencemos la función, señores! Icen señal por banderas a los tres buques para que paren arrancada y se mantengan en facha inmediatamente. Y que se preparen para recibir visita de inspección.

—Quedo enterado, señor comandante —gritó el caballero Lanza, con el código de señales internacionales abierto en la mano.

—¿Y si no obedecen la orden, señor? —preguntó Vigodet con una sonrisa en su boca.

—Pues habrá que darle caña de fuego a la rana, segundo. —También el comandante sonreía en feliz complicidad—. Que se preparen dos piezas en caza, cargadas con bala rasa para disparar en aviso por su proa.

La distancia desde la fragata *Ligera* a los tres mercantes agrupados en exceso, como preparados para prestarse apoyo mutuo, se reducía a la milla escasa de distancia. En sus cubiertas se observaba el movimiento habitual en todo buque, sin aspavientos de tormenta ni explosión de nervios. Y en el paquebote que había pasado a ocupar la situación más cercana a nuestra

fragata, como madre que defiende a sus crías, podíamos comprobar la presencia de una casaca en el alcázar. Sin embargo, todavía no podíamos distinguir los rasgos de quien parecía mandar el buque.

El paquebote, que ahora mostraba su porte y aparejo con claridad, empleaba vela redonda en mayor y trinquete, con juanetes de ronda y estays. Destacaba su gavia, rebajada a tope como si se le hubieran amparado bonetas. Tan sólo en el mesanilla ofrecía una cangreja de proporción. Pero era demasiado panzudo para forzar mucha vela y menos en la situación actual, cargado hasta con fardos espesos en su cubierta. Dada la situación que ocupaban en aquellos momentos, no les quedaba más solución que esperar un respeto por nuestra parte hacia el pabellón británico que ondeaban a popa. No obstante, el tiempo discurría con mayor rapidez de lo que parecía deseable. Porque ya la *Ligera* cruzaba la línea norte-sur con la punta del Cañón, a levante de la isla de Curazao. Y la costa enemiga, que podría quedar amparada con baterías de tierra en su defensa, se nos ofrecía solamente a unas veinte millas de distancia.

—Bueno, señores, estos mamones de huevos empernados se mantienen como si la faena no se trabara con ellos. Ya ha transcurrido demasiado tiempo desde que se les ordenó ponerse en facha.

—Alegarán como de costumbre, señor, que no disponen de cuadernillo con las señales universales. Y así a su aire, continúan enmendando la proa a babor, ahora con más claridad. Con ese rumbo deben alcanzar Vela de Coro en unas tres o cuatro horas.

—¡Alcanzarán los fuegos del infierno con sus cuernos dorados! ¡Segundo!

—Mande, señor.

—Dos disparos por la proa del grupo. Los quiero bien ajustados. Y cinco minutos después, si no hay respuesta de maniobra, otros dos en su dirección y cortos en distancia. Pero no muy cortos. No me importa que el rebote de las balas alcance alguno de los cascos. No suelen hacer daño pero los ruidos de los impactos rebajan el ardor de los corazones emputecidos.

—Quedo enterado, señor.

No necesitó mucho tiempo el jefe de la batería para ejecutar las órdenes del comandante. Los dos disparos con bala rasa a proa de las tres unidades se llevaron a cabo con prontitud y eficacia. Y una de ellas tan ajustada en distancia, que el roción de agua producido por su pique debió regar la cara del figurón^[58] de proa. Y como si se hubiera tratado de señal inconfundible largada desde los cielos, las tres unidades largaban escotas y braceaban de inmediato, para entrar en facha con extrema rapidez. Bien es cierto que el

estruendo del cañón es capaz de rebajar los humos con celeridad y eficacia. El segundo se acercó al comandante.

—¿Quién desea que mande la inspección del paquebote, señor?

—Aunque se trate de situación poco habitual, me gustaría que lo hiciera usted personalmente, segundo. Lo digo por la importancia que le concedo a esta misión, y al valor que nos puede producir el material que transportan los tres buques. Nos movemos en situaciones límites y no debemos perder la ocasión de gloria que se nos ofrece.

—Por supuesto, señor —contestó el teniente de navío Vigodet, al tiempo que asentía con la cabeza—. Lo comprendo perfectamente.

—Torne una docena de fusileros de garantía con un cabo de confianza a la cabeza y buen equipo de boga. Que lo acompañen el alférez de fragata Leñanza y un guardiamarina. Éntrele al mando con extrema dureza desde el primer momento, sin miramiento alguno, con amenazas de acabar colgado de la verga de la mayor a bordo de esta fragata. Recuérdele que, como comandante del apostadero de Puerto Cabello, el comandante de la fragata *Ligera* dispone de jurisdicción para ello. Debe conseguir que se venga abajo y cante la canción al completo. Grite y amenace, que respondo personalmente de lo que pueda suceder. Lleve a cabo una inspección a fondo, comprobación de permisos y fletes, revisión de cuadernos de bitácora, derrotas en la carta y hasta la cruz del calvario. Y no se preocupe, que al menor movimiento sospechoso los enviaremos al infierno desde aquí. Pero ya sabe, pistolón amartillado en mano y disparo a la barriga del capitán a la menor insolencia. Por otra parte, que el teniente de fragata Oramas mande el grupo de inspección al pailebote más cercano y un oficial del bergantín *Hércules* al tercero.

—Quedo enterado, señor.

—¡Leñanza! —gritó Laborde.

Mande, señor comandante.

—Prepárese y demuestre que se vale con un solo brazo, como me aseguré. Embarcará en la falúa con el segundo comandante y el caballero Cuartas.

—Enterado, señor.

Se trataba de un gran honor, pero no dejaban de hormiguar los grillos por mis tripas. Aunque lo había ejercitado en diversas ocasiones, no se trataba de cuestión sencilla trepar por una escala de gato con un solo brazo. De esta forma y sin necesidad de largar una sola palabra, me llegó Pepillo con las armas reglamentarias. Encastré el pistolón que me entregara mi padre, de forma que el gatillo encajara en fuerza doble tras el fajín. Al mismo tiempo, el

sable lo amadrinaba por corto al biricú. Y de esta forma embarqué en la falúa, donde torné su caña por orden del segundo comandante, un momento que me recordó el trance sufrido al impactar el cortadillo de metralla en mi brazo. Pero ya embarcaba el segundo con su uniforme grande y armas a disposición, momento en el que, bajo su permiso, ordené la boga para aproximarnos al buque que estimábamos como mando del grupo contrabandista.

Cuando llegamos a la altura del paquebote, en cuya popa se marcaban con claridad las letras *Destiny*, nos largaron una escala de gato que, por suerte, era de doble traza y manguera ancha, lo que facilitaba mi tarea. Y sin pensarlo dos veces pasé a su cubierta, trepando en primer lugar, seguido por los fusileros de Marina que adoptaban posiciones inequívocas con cara de pocos amigos. Y cuando el segundo comandante pisaba las tablas, se acercaba hasta él un hombre regordete, bajito, rubicundo y con piel sonrosada, embutido en un correcto uniforme de capitán británico. El conjunto asemejaba a cómico de feria en disfraz de lances. Porque se trataba de un ejemplar demasiado nuevo y demasiado grande para su persona. Se destocó con delicadeza, al tiempo que inclinaba su cuerpo en cortesía y enhebraba sus primeras palabras.

—*Welcome on board, sir*^[59].

—Deje de pulsar pijadas en ese idioma inglés que nos es ajeno, y hábleme en puro cristiano.

El segundo utilizaba un tono duro, elevado en volumen y claramente descortés desde el primer momento. El rostro de quien parecía mandar a bordo se contrajo en una mueca muy cercana al miedo, tras observar el corpachón del teniente de navío Vigodet, que empuñaba una pistola reglamentaria en la mano derecha. Dudó y tartamudeó unos pocos segundos, antes de contestar, ahora en correcto castellano.

—Capitán John Flanders a su servicio, señor. Pero debo comunicarle que se encuentra a bordo del paquebote de la Compañía de Indias de Su Majestad Británica *Destiny*, con destino hacia la plaza británica de Belice. Aunque he aprendido suficientemente su idioma, no puede obligarme a hablar...

—Le obligaré a todo aquello que se me plante entre los huevos. ¿Me ha comprendido, capitán Flanders, si ese es su verdadero y jodido nombre?

El segundo blandía la pistola amartillada ante los ojos del capitán a escasa distancia. Y aunque era consciente por mi parte de que entraba un tanto en función teatral, comprendía el pánico que debía sufrir aquel hombre, al escuchar los alaridos del gigante Vigodet y sus movimientos cercanos a la locura. El capitán intentó todavía un último esfuerzo, para mantener la necesaria compostura.

—Le repito, señor, que se encuentra a bordo de un buque bajo pabellón...

—¡Ya he escuchado lo de Su Majestad Británica y la puta letanía completa, cojones! —Vigodet aumentaba si era posible el tono de su voz—. Y deberá demostrarlo al detalle. Porque esa broma de su destino a Belice, se lo creerán, en los infiernos, cuando allí llegue con cadena arracimada al cuello. ¿Me toma por imbécil? ¿Sabe dónde se encuentra Belice? ¿No cree que mantiene una derrota un tanto equivocada?

—Por supuesto, señor, pero un temporal nos desvió...

—¿Temporal? ¿De qué mierda me habla? No ha soplado temporal en las últimas tres semanas por todo el mar de las Antillas. Es muy peligrosa su postura, capitán. Le aseguro que como descubramos que transporta armamento para los rebeldes, el comandante de la fragata *Ligera* de la Real Armada, don Ángel Laborde, comandante de la división naval y del apostadero de Puerto Cabello, lo hará colgar del peñol de la verga del palo mayor en escasos minutos —ahora le sonreía, al tiempo que con el cañón de la pistola le indicaba de donde podría colgar su cuello—. Y no sería el primer contrabandista mamón que baila bajo el nudo de ahorcaperros. Más le vale sincerarse y no mentir. Pienso revisar hasta la última chaza del barco, su carga, documentación y hasta su partida bautismal. ¿Me ha comprendido, capitán Flanders, Flenders, Flinders o como cojones lo bautizaran, si es que recibió alguna vez el sacramento del bautismo, lo que mucho dudo?

La resistencia del capitán se vino abajo al golpe. Y era de comprender porque yo mismo sentía un rumor intenso en los higadillos. Aquel hombre estaba muy cercano a largar sus necesidades líquidas y menos líquidas sobre la cubierta en cualquier momento. Contestó en castellano de corrido y casi entrado en sollozos.

—Nada malo he hecho, señor. Tan sólo se me contrató para embarcar material en Puerto España, capital de la isla Trinidad, y transportarla hasta...

—¡Calle la boca, capitán!

Un hombre vestido de paisano con buen aspecto se había adelantado del grupo de marineros en el que se ocultaba. Se situó con decisión junto al capitán, al que continuó hablando con autoridad.

—Nadie puede obligarle a declarar nada. Manda usted un buque británico y...

—¡Vaya por Dios! Una nueva gallina aparece en el puto gallinero. ¿Quién coño es usted? ¿Quién le autoriza a hablar así al capitán? No vestís como marinero. ¿Acaso sois un espía camuflado?

—Soy el capitán Martínez de la Hoz, encargado de este transporte en buques británicos, en los que no dispone de jurisdicción alguna. Pertenezco al glorioso Ejército de la República de...

—¡Ejército de mierda! En estas tierras no existe más Ejército que el de Su Majestad don Fernando VII, Rey de España, a quien pertenecen estas costas y estas aguas. El resto solamente conforman una pandilla de rebeldes y traidores. ¿Dónde están sus insignias y su uniforme, capitán? Capitán de bandoleros debe ser. Y como tan claro me lo pone, declaro este buque oficialmente apresado. Será trasladado a Puerto Cabello, donde se legalizará la presa y le será arrebatada la carga. Y usted, al ser militar vestido de civil y en clara misión de espionaje...

—¡No dispone de ninguna autoridad a bordo de este buque para...!

Aunque había comenzado su perorata con voz elevada, calló porque ya se le acercaba Vigodet con el pistolón amartillado, apuntado entre sus ojos a escasa distancia. Pero no se amilanó el hispano sino que, con deje de desprecio, largó las más peligrosas palabras.

—No sois más que un jodido realista, esquilmador de estas tierras. No tenéis el valor suficiente para disparar contra un oficial de...

Aunque lo esperaba, el estruendo del disparo resonó a bordo como si se tratara de trueno infernal. El cuerpo del rebelde, con los ojos reventados en sangre, salió despedido hacia atrás, donde fue amparado por los brazos de los marineros con rostro de espanto. Vigodet, como si no hubiera sucedido nada anormal hasta el momento, preguntó en voz alta.

—¿Existe a bordo algún miembro más de esa pandilla de facinerosos? ¿Alguien estima que no tengo derecho a declarar al paquebote *Destiny* como presa legal?

El silencio se podía cortar con una daga. Los miembros de la dotación, con el pavor reflejado en sus rostros, se retranqueaban poco a poco, intentando distanciarse del que consideraban como verdugo entrado en locura. Ahora el segundo se dirigió de nuevo al capitán.

—Entiendo que transporta material de guerra para los rebeldes desde la isla Trinidad hacia...

—Debía descargar el material en Maracaybo y, en caso de que surgieran problemas, tomar Vela de Coro como puerto alternativo. Y eso fue lo que me ordenó el capitán al mando de la expedición, al observar que la fragata *Ligera* se dirigía hacia nosotros. La reconocimos en pocos segundos. Y mucho se extrañó porque me aseguró que se encontraba en reparación y sin palos. Pero

respondiendo a su pregunta, señor, transportarnos cañones, balerío, pólvora, fusiles, munición, paños para uniformes y diversos pertrechos de guerra.

—¿Nada de víveres?

—También, señor, aunque se concedió preponderancia al armamento. Cargamos toneles de salazón de carne y pescado, ron en abundancia y algunas pipas de vino cubano.

—Muy bien. El alférez de fragata Leñanza —me señaló con el pistolón— queda al mando de este paquebote como comandante de presa. Y a él deberá obedecerle en todo lo que mande. Embarcará un pelotón más de fusileros. Entiendo que las dos goletas seguirán su ejemplo. ¿Disponen de algún miembro rebelde a su bordo?

—Un sargento en cada uno. Pero como han podido observar la escena sufrida a nuestro bordo, no creo que les creen problemas.

En efecto, un par de horas después los tres buques quedaban apresados en ley y con dotación de presa, siguiendo aguas a la fragata *Ligera*, El bergantín *Hércules* cerraba la formación a popa, para evitar malos pensamientos. Por parte del enemigo, con la costa a la vista, no se produjo movimiento alguno. Tan sólo aparecieron unas diez o doce flecheras, que parecían salir de Vela de Coro. No obstante, regresaron a puerto sin hacer por nosotros una sola milla.

Al mando del paquebote *Destiny*, me sentí dueño de medio mundo y príncipe del resto. Todos a bordo debían obedecer mis órdenes sin dudarlos, como si se tratara de palabras llegadas del Altísimo. Y bien que ofrecían el mayor de los respetos al circular cerca de mí, lo que mucho elevaba el espíritu. Hablé a la dotación reunida en el alcázar, exponiendo con la mayor dureza posible, las penas a las que se exponían si desobedecían cualquiera de las órdenes. Como silenciosa respuesta, observé rostros de acatamiento y miedos nerviosos, que me tranquilizaron al completo.

A. pesar del éxito conseguido, llevamos a cabo una severa inspección de todo el buque por nuestros hombres. Y no se trataba de encontrar armamento, sino de comprobar que no aparecían más soldados del bando rebelde, que pudieran intentar algún movimiento en la noche y la represa del buque. Ahora debíamos progresar hacia barlovento, con lo que la navegación se alargaría por más con los necesarios bordos. Y poco después solicitaba comida y bebida, que me sirvieron con extraordinaria cordialidad. Y qué carne más sabrosa metí por boquera, mientras bebía de un vino cubano que respondía bien al gusto.

La más inmensa felicidad inundaba mi pecho. Habíamos ofrecido un golpe de tremenda importancia a los rebeldes, que habían gastado una

verdadera fortuna en aquellos transportes y su carga. Sin embargo, todos coincidimos en lo extraño de la situación. Me refiero a que ningún buque de la división rebelde de Daniells convoyara tan importantes mercancías. Lo fiaban todo a que no apareciera la fragata *Ligera*, norma bastante habitual y con posible éxito porque la mar es casi infinita. Por fortuna, en esta ocasión la suerte se había cebado en su contra, y en beneficio de las armas de España.

16. La península de Paraguaná

El regreso de la fragata *Ligera* y el bergantín *Hércules* al apostadero de Puerto Cabello, con los tres buques apresados mantenidos en conserva^[60] y con dotaciones de presa, fue considerado como una proeza digna de la mayor alabanza. Y así lo expresó el pueblo llano en muelles, plazas y avenidas con algarabía general, improvisados saraos callejeros y alborozo en alabanzas de júbilo desbordado. Como si se tratara de la victoria final y definitiva, hombres y mujeres lanzaban gritos de entusiasmo hacia nuestros hombres, al punto de que las unidades de guerra llegaran a ser denominadas de boca en boca como los dos reyes del mar.

Bien que necesitaba la población de la plaza en general y las fuerzas armadas en particular esa inyección de moral, cuando casi todas las voces se tendían a la baja y las esperanzas en un resurgimiento realista se encontraban entabladas en la mínima estadía. Además, la visión del paquebote y las dos goletas, cargadas de fardos hasta la borda y sin un solo rasguño en sus cascos, alentaban a futuras acciones en las que todavía podíamos demostrar de lo que éramos capaces. Sencillamente, presentaban la casi única posibilidad de unos necesarios relevos y acopios de material y personal, que nunca habríamos recibido. Ya lo decía el general de la Armada don Antonio Barceló, al asegurar que cuando la pólvora del Rey escasea a bordo, hay que tomarla del enemigo a careta quitada.

La navegación hacia levante en permanente barlovente, con bordos diarios de ronza y castigo, brisotes a la contra y soplos que oscilaban en su fuerza entre fresco y frescachón, se hizo alargada y penosa. Ya se sabe que esa es la norma de la navegación por aguas de Tierra Firme, con el viento mantenido de componente leste en trescientos días del año. Y yo, un joven alférez de fragata, navegaba al mando como comandante de presa de un paquebote, alistado con dotación enemiga y pabellón en doble figura^[61]. Una

permanente sensación de gozo y orgullo, capaz de erizar la piel con roderas de boca.

Aunque desde la fragata *Ligera* me hubieran, embarcado un guardián y siete hombres de mar, con fusilería reforzada, no se trataba de tarea fácil comandar la presa. Porque se trataba de un buque desconocido, con maniobra y movimientos propios, especialmente en los primeros momentos. En beneficio, conforme progresamos hacia levante, el capitán y armador, que no se llamaba Flanders ni Flenders sino Salvador Cortez, español oriundo de Santo Domingo, decidió cooperar conmigo al máximo. Y a tal punto llegó su colaboración, que muchos marineros de la dotación inicial, españoles o caribeños sin patria ni destino, con la promesa de revisión de sus penas, entraron a la brega con formidable generosidad. Pero también debo destacar como se merece la actitud del jovencito caballero guardiamarina Baldomero Cuartas, que se mantuvo a mi lado sin descabezar un minuto de sueño y con una energía digna de superior empleo.

Por desgracia y para que los grillos comenzaran a tronar de nuevo en nuestros corazones, el aumento del nivel de entrada de agua en la sentina de la fragata *Ligera* regresó a niveles de preocupación, cuando la mar la golpeaba de proa hacia el través. Y para nuestra desgracia, se trataba de la condición habitual, cuando se necesita barloventear sin remedio. Aunque se entrara a las bombas de picar con espíritu renovado y pocas voces en clamor de cruces, las bajadas a la sentina se multiplicaban con demasiada frecuencia. No obstante y como repetía el capitán de navío Laborde con extraordinaria determinación, había que jugar la partida en las aguas de Tierra Firme con las cartas servidas a la mano, sin reclamar envites imposibles. Debíamos mantener operativa nuestra fragata *Ligera* a toda costa y a cualquier precio. Pero también discutir sobre sus problemas y posibles soluciones a puerta cerrada.

Desde el primer momento, el comandante Laborde se había marcado con claridad el futuro de las embarcaciones apresadas. Propuso y consiguió de la Superior Autoridad que mantuviéramos el paquebote *Destiny* encuadrado de forma oficial en la división, para su utilización como buque de carga y transporte. Pensaba de forma concreta en las futuras operaciones con embarque de soldados del Ejército, que habíamos previsto realizar por las costas de sotavento. De esta forma y con una rapidez inesperada, que ningún profesional de la Armada podía estimar como cierta, el capitán de navío Laborde presentó ante la Junta de Presas del Apostadero de Puerto Cabello, creada aquel mismo día, la documentación de los buques apresados, así como las circunstancias de su carga, navegación, pabellón falso y mil detalles más,

pergeñados a la rápida y sin la debida officiosidad que marcan las leyes. Pero así lo estimó en acuerdo con el Gobernador, que también con extraordinaria rapidez dictó sin vacilar la catalogación de «buenas presas» para las tres unidades tomadas a la espada.

Aunque de acuerdo con nuestra legislación, el paquebote debería haberse denominado inicialmente como *Destino-presa*, y continuar con dicha denominación hasta que Su Majestad le otorgara otra para ser reconocido en la lista oficial de buques de la Real Armada, nada se hizo en este particular aspecto. La situación de guerra otorgaba algunas ligerezas y a la brava pasó a ser nominado como el paquebote *Destino*, propiedad del Apostadero de Puerto Cabello, sin más zarandajas leguleyas. Las dos goletas también se dejaron a la mano, sin dotación, por si su utilización fuera necesaria en el futuro, o se necesitaran algunas de sus tablas, palos y aparejos.

También en el particular aspecto de los juicios a las dotaciones de los tres buques, se aplicó el rasero y la diligencia convenientes. A todos ellos se les ofreció libertad sin proceso, siempre que se decidieran por colaborar con la causa que llamaban realista a bordo de nuestros buques. El personal del *Destino* fue relevado en un cincuenta por ciento, mientras que el resto y el correspondiente a las goletas pasaban a incorporarse a la fragata *Ligera*, bergantín *Hércules* y goleta *Morillo*. Es de reseñar la excepción de seis hombres, que renunciaron a dicha prebenda y exigieron un juicio justo por considerarse miembros de las fuerzas patriotas. Se les explicó que no reconocíamos esas fuerzas rebeldes, por lo que pasaron a la cárcel del castillo de San Felipe por derecho y con rapidez.

En cuanto a la carga transportada, se consideró como extraordinaria en su conjunto, especialmente por parte del personal del Ejército. Porque en verdad que casi todo se refería a sus necesidades propias de armamento. La alegría del general Latorre y sus mandos ofrecía una idea bastante precisa de la importancia que su pérdida habría supuesto para las fuerzas rebeldes. Bien es cierto que el comandante Laborde, tras una detallada inspección, previa al desembarco, había tomado por su cuenta seis cañones nuevos de a ocho para instalar en el paquebote, con el balerío y jarras de pólvora necesarios. Pero también extrajo del saco una generosa cantidad de carne en salazón, recién oreada y de muy buena calidad, elevado porcentaje de ron y todo el vino cubano que, aunque raspón y con escasa fuerza de tinte, encontramos como manjar divino. Todo ese material no apareció en los listados de carga correspondientes a las presas, como si jamás hubiese existido. Pero ya digo que la situación de guerra y sitio en que nos encontrábamos proporcionaban

las máximas facilidades y se conseguía apartar la estricta burocracia de un manotazo con extremo fervor.

Regresé a la fragata *Ligera* cuando se concedió el mando del paquebote *Destino* al piloto graduado de alférez de fragata don Juan José Domínguez, uno de los evacuados en La Guayra. Y como segundo se ofreció Salvador Cortez, decidido, según sus propias palabras, a recuperar el crédito perdido. Y como no sobraba una sola rosa en el ramo, se le aceptó con buena cara. Acabé por entablar una buena amistad con este hombre, a quien llegué a comprender en ciertos aspectos, tras escuchar los desastrosos jirones que componían la historia de su vida. Y como el pobre hombre me repetía en diversas ocasiones, todavía sufría pesadillas en las que observaba la cara desencajada del teniente de navío Vigodet, con el pistolón amartillado contra sus ojos. En verdad que se trataba de situación difícil de creer, para quien conociera a nuestro segundo comandante, de diario persona más bien catalogada como de espíritu bonachón y excelente corazón. Pero así hemos de virar a veces el comportamiento propio en situación de guerra y llevar a cabo acciones que, con el culo pegado al sillón mullido de una secretaria, no se comprenderían. Fue felicitado en pliego y de forma efusiva por el comandante, como lo había merecido. Y nadie volvió a hablar de aquel otro hombre valiente y alocado, intitulado como capitán de milicias, cuya muerte violenta acabó por deshacer los problemas del apresamiento.

Regresados a las necesidades propias del día a día, acabó por planificarse con todo detalle la operación que deberíamos llevar a cabo contra la península de Paraguaná. Y coincidió la reunión final con el definitivo relevo del general Latorre, para desgracia de nuestro destino. Porque su sustituto, el general Morales, aunque hombre valeroso, quedaba a muchas millas de distancia de su predecesor en cuanto a conocimientos y comprensión del escenario de guerra que se vivía en Tierra Firme. Y al mismo tiempo, poco capaz al analizar las verdaderas posibilidades de las fuerzas navales a disposición y la necesaria conjunción de ideas. Así como el capitán de navío Laborde había llegado a entablar una muy buena relación personal con el general Latorre, con quien coincidía en casi todos los aspectos de la guerra, chocó contra un muro rocoso al entrar en discusiones con Morales. Y en más de una ocasión tuvo que alzar la cresta nuestro jefe, hasta afirmar con decisión que solamente él ejercía como comandante naval del apostadero y jefe de la división de las fuerzas navales, lo que se traducía en reuniones donde la tirantez y la discordia se elevaron en demasiadas cuartas.

Aunque Morales no mostraba decidido acuerdo con la operación planeada contra la península de Paraguaná, lo que se podía presumir con sólo observar su rostro, a su llegada se encontró la perola casi servida y de imposible retorno. Además, en la reunión mantenida con los dos generales, que suponía la despedida de Latorre, este todavía impuso su criterio, apoyado por su estado mayor y los oficiales de la Armada presentes. De esta forma, se preparó a fondo la operación, en las líneas trazadas desde semanas atrás. Quedó decidido que, con una fuerza de cuatrocientos cincuenta hombres, embarcados en el paquebote *Destino*, se llevaría a cabo un desembarco en la zona nordeste de la península llamada Los Tanques, para progresar después en dominio hacia el sur. Y si las acciones fructificaban como se esperaba, otros doscientos cincuenta hombres embarcados en la fragata *Ligera* y bergantín *Hércules* atacarían por derecho y con la necesaria conjunción de esfuerzos a la población de Vela de Coro, al parecer defendida con poco más de veinte piezas. Se intentaría un ataque simultáneo desde el istmo de Médanos, desembarco en la localidad y apoyo con la artillería de los buques.

También aprobó el general Morales, con ciertas reticencias, el embarque en la fragata *Ligera* de veinte artilleros del Ejército, necesarios desde todo punto de vista para conseguir el éxito de la operación. Ya digo que la presencia de Latorre en la última reunión fue clave para no reventar unas acciones que ofrecían los mejores visos de éxito en principio. Morales no estimaba adecuado el empleo de artilleros del Ejército a bordo de los buques. Y contestó altivo Laborde, que también él prefería utilizar artilleros de Marina, avezados en las acciones de mar y el tiro desde piezas instaladas en permanente movimiento. El general olvidaba que si la operación contra Paraguaná se llevaba a cabo y si se mantenía la plaza convenientemente aprovisionada era, precisamente, gracias al empleo de aquellas pocas unidades navales que daban cada día todo lo que tenían y un poco más, a costa de un tremendo sacrificio en vista de la calidad de sus maderas.

En cuanto a mis pensamientos más íntimos, el precioso rostro de Rosario recalaba de nuevo en mi cerebro con estampas dulces y promesas de futuro. De forma especial durante las noches, cuando el dolor entraba a jirones y tales cuadros de luz ejercían la labor del láudano. A veces soñaba con ese encuentro programado en la hacienda de Cehegín, donde volveríamos a encontrarnos si la Patrona decidía mantenerme a salvo de las balas y la metralla enemiga.

También había enviado recado para mi padre desde San Juan de Puerto Rico, en el que le explicaba la situación general de la guerra por Tierra Firme

y la mía particular, tras el combate mantenido en defensa de Puerto Cabello. Le exponía mi buen estado físico tras la amputación del brazo izquierdo, pero mostrando en todo momento el espíritu por alto y ningún sentimiento negativo. También le mencionaba mi amor por la joven caraqueña y la promesa tendida sobre un esperanzador futuro. Después de todo, no era más que el clásico conjunto de acontecimientos que suelen atacar cuerpos y almas de los hombres de mar, mantenidos en situaciones como la que atravesaba mi persona por aquellos días.

* * *

En la última semana del mes de agosto, salimos a la mar de acuerdo a las condiciones establecidas de antemano, para afrontar una nueva comisión de guerra. Abandonaban el fondeadero la fragata «*Ligera*» y su digna compañía, como se comentaba de forma desenfadada entre los habitantes de la plaza sitiada, únicas fuerzas que podían desplegar el pabellón español en las aguas de Tierra Firme. Pero también debíamos hacer frente a un enemigo que se había hecho fuerte en toda la costa, con excepción de Puerto Cabello, una posesión que intentábamos ensanchar en la operación que encarábamos con el ánimo por adelante y algunas dudas en la sesera.

Nos sonrió la suerte en principio porque, como mando de las fuerzas del Ejército, embarqué en la fragata *Ligera* el coronel de infantería Mombudio, con quien nuestro comandante mantenía excelentes relaciones. Navegamos hacia sotavento con viento del nordeste y frescachón de fuerza. Y aunque el soplo nos acariciara por el anca en bendición de luces, al elevar la cresta hizo sonar a bordo los golpes de las bombas de picar con demasiada frecuencia. Al menos, nos tranquilizaba comprobar que, con el uso de dos bombas y sin forzar manos, manteníamos el nivel de agua en niveles de seguridad. Y para evitar disgustos posteriores, los maestros carpinteros y herreros fabricaron los émbolos, latiguillos y otras piezas que normalmente se averían, en tales ingenios por el uso continuo. Porque era habitual que alguna bomba quedara fuera de servicio durante algunas horas, hasta que se le reemplazaran las piezas rodadas en exceso.

Tras dos singladuras de bendita tranquilidad, cuando nos encontrábamos tanto adelante con Santa Ana, capital de la isla de Curazao, el capitán de navío Laborde y el coronel Mombudio discutieron una brillante idea, que podía facilitar la operación, prevista.

—Coronel —decía Laborde con entera confianza—, ¿y si llevamos a cabo la diversión cercana a Vela de Coro que analizamos el mes pasado, al tiempo que desembarcamos las fuerzas en los Tanques?

—¿Y de esa forma dividir las fuerzas enemigas en los primeros momentos?

—Y exigirles un esfuerzo añadido, sin desgaste alguno por nuestra parte.

—También lo pensé en su momento. No sé por qué rechazamos esa posibilidad, que tan buenos tintes aparece. Mientras esta fragata apoya el desembarco de las fuerzas transportadas en el paquebote *Destino*, el bergantín *Hércules* puede simular un desembarco de sus cien hombres a levante de Vela de Coro.

—No supondría problema alguno. Y ningún riesgo para el buque o los hombres. En el extremo meridional del istmo de Médanos, donde desagua el río de Coro —Laborde le señalaba los detalles de una carta náutica desplegada en la timonera—, disponemos de una playa aplacerada muy al gusto. Se encuentra demasiado cerca de Vela de Coro, pero a partir de la punta de los Frailes se amontonan las piedras en vela dura y con evidente peligro.

—Pues ahí mismo —afirmó Mombudio, interesado, al tiempo que marcaba con el dedo—. Ni siquiera es necesario que lleguen a desembarcar.

—Desde luego que no. Deberán cargar los hombres que les sea posible en la lancha y el bote, para dirigirse a continuación hacia la playa mencionada. Parodiarán en boga paralela a la costa durante algunas horas y regresarán a bordo, como si no hubiesen podido efectuar el desembarco. Seguro que los rebeldes destacarán fuerzas en dicha dirección, por zonas de dunas y con escasa movilidad de los animales en trasiego de piezas. Poco después, cuando ya la fragata *Ligera* acuda hacia el istmo, los embarcará para pasar a la operación prevista.

—Me parece una idea excelente, comandante. Y como dejaron la responsabilidad de la operación sobre mis hombros, la asumo sin dudarlo. Bueno, como dicen ustedes, siempre que las condiciones del viento y la mar nos lo permiten. —Ahora sonreía de excelente humor.

—Por supuesto. Es posible que el general Morales mostrara alguna opinión a la contra —comentaba Laborde con ironía.

—Muy posible, comandante. —Mombudio entraba en risas, tras intentar pronunciar sus palabras de la forma engolada que lo hacía su general.

—Por la mar no hemos de preocuparnos en principio. Parece que se rebajan los tintes negros en este viento leste-nordeste. Y bien que lo deseo por

la salud de esta gacela.

—No soy experto en cosas de la mar, comandante, pero tampoco ciego ni sordo. Se siguen escuchando esas jodidas bombas de achique con demasiada claridad. ¿Cuánto tiempo cree que será posible mantener la fragata *Ligera* como unidad operativa sobre las aguas?

—Si le soy sincero, comandante, no tengo ni idea. —Laborde movía la cara hacia ambos lados con cierta desesperanza—. A mis hombres les digo que debemos mantener esta fragata operativa cueste lo que cueste. Pero soy consciente de que cada día de mar que atravesamos, marcamos una muesca más de dolor en sus maderas. Por desgracia, todo irá a peor.

—En ese caso, necesitaríamos un relevo urgente. Pero una unidad que pueda ejercer primacía en la mar y el respeto de los rebeldes, como ocurre con esta. Si se mantiene el sitio de Puerto Cabello, deberemos ser abastecidos a través de las aguas. Necesitamos que nos envíen otra fragata desde La Habana. De esa forma, la pobre *Ligera* podría pasar al arsenal cubano para...

—Olvídese del relevo, comandante. Pero también del arsenal cubano y de las flores estibadas en los cielos. No creo que, de momento, nos envíen desde La Habana ni un miserable falucho. A no ser, claro, que aparezca en Puerto Cabello una división arribada directamente desde la Península y con instrucciones concretas, como ocurrió con esta fragata a nuestra llegada. El futuro de la fragata *Ligera* es rematar su vida en descomposición de maderas, o así lo entiendo. Si acabáramos por perderla, es posible que el capitán general de La Habana se viera obligado a un deseado relevo. Pero, bueno, la Patrona sopla casi siempre a favor.

—Me parece que confía demasiado en su Patrona.

—No lo crea.

Continuamos la navegación sin problemas a la vista. En cuanto a la posible aparición de unidades navales enemigas, en las que siempre pensábamos, nada se apreciaba por el horizonte. No obstante, manteníamos los vigiadores reforzados y con calzas ajustadas. Y bien que deseábamos la presencia de algún hermoso bergantín rebelde, que pudiéramos apresar y, de esa forma, engordar en número nuestra pobre división. Salvo la presencia de un par de faluchos pesqueros, ninguna vela fue avistada.

En la mañana siguiente y tras una reunión mantenida con el comandante del bergantín *Hércules*, Laborde ordenó dividir las fuerzas. Mientras la fragata *Ligera* y el paquebote *Destino* continuaban a rumbo leste cuarta al noroeste con proa firme hacia los Tanques, el bergantín arribaba lo necesario a babor, para aproar hacia el extremo meridional del istmo de Médanos y,

posteriormente, correrse hacia la desembocadura del Coro. Y no crean que nos preocupaba la diversión del *Hércules* por el sur, que estimábamos sin compromiso alguno. Por nuestra parte, avistamos las arenas de la playa seleccionada a mediodía. Se adelantó la fragata *Ligera* en misión de descubierta, hasta poder observar con detalle las inmediaciones de la zona escogida para el desembarco. Sin embargo, no observamos presencia alguna de fuerzas enemigas cerca del punto escogido, al menos en cinco millas nortesur. De esta forma, se izó señal para que el paquebote, que debía llevar a cabo el desembarco del grueso de los hombres y su armamento, prosiguiera adelante en acuerdo con las órdenes establecidas.

Como en el paquebote habían sido alistadas las dos lanchas de las goletas apresadas, el *Destino* puso en el agua todas sus embarcaciones, con las que comenzó a desembarcar a los hombres del Ejército. Por fortuna, el viento se rebajaba a fresco y la mar con cabrillas sueltas y escasa marea no entorpecía una mota las acciones. Salvo alguna contrariedad de las habituales en este tipo de operaciones, como la varada en cuadros de una lancha, que se repuso con rapidez, pudimos poner en tierra los cuatrocientos cincuenta hombres con sus piezas de campaña en un tiempo aceptable. Y de acuerdo al plan establecido, las fuerzas bajo el mando del comandante Silviño se dividieron en columnas para progresar por la vereda que corría cercana a la mar en dirección sur.

Aunque no lo supimos con certeza hasta algunas horas después, la acción de diversión llevada a cabo por el bergantín *Hércules* se tradujo en un éxito rotundo. Porque una vez fueron observadas sus embarcaciones menores desde la punta de Vela de Coro, los mandos rebeldes destacaron unos doscientos hombres con cuatro piezas de campaña en dirección leste, dispuestos a repeler el simulado desembarco. Y como había asegurado el capitán de navío Laborde, tal acción significaba un esfuerzo añadido, al necesitar un tránsito por dunas que tan poco agradecen hombres y animales. Lancha y bote merodearon como si buscaran el punto adecuado de desembarco, mientras el enemigo intentaba seguir sus movimientos.

Conforme las fuerzas desembarcadas en los Tanques desfilaban hacia el sur, nos sorprendió que no encontraran oposición alguna durante las tres primeras leguas de marcha. Tan sólo a la altura del pequeño cerro del Pipiribán, en cuya falda se asentaba el pequeño caserío de Santa Ana, comprobaron la presencia de una columna, de unos cincuenta hombres, que en perfecto orden comenzó a retroceder hacia el sur. Supusimos que se replegaban hacia Vela de Coro, punto que constituía nuestro siguiente y más importante objetivo, aunque se tratara de una decisión que habían dejado en

las manos de Mombudio y Laborde, de acuerdo a como se presentara el escenario en el momento definitivo. Y así lo discutieron ambos mandos en el alcázar de la fragata *Ligera*.

—Parece que la situación se acopla por completo a la prevista en sus mejores perspectivas, coronel. La península de Paraguaná queda en nuestras manos sin haber disparado un solo tiro. Parece que son de garantía los informadores que colaboran con el estado mayor. Ahora debemos decidir si ordenamos el definitivo desembarco de los hombres, que todavía se encuentran a bordo del bergantín *Hércules* y de esta fragata, para atacar Vela de Coro.

—Esos hombres continúan hacia el sur por el istmo. —Mombudio dirigía el antejo hacia la columna rebelde—. Pero tampoco parece que se hayan reforzando las posiciones en Vela de Coro. Debe ser cierto que cuentan solamente con poco más de quinientos hombres y veinticuatro piezas artilleras.

—Pues a los que se corren hacia el sur podemos darles un disgusto en pocos minutos, cuando deban estrechar el camino por el istmo junto a los lagos cercanos a la aduanada de Paragüida. No les queda más remedio que acercarse a la misma orilla. Quedarán a tiro primoroso de nuestras piezas.

—Pues leña al mono, comandante.

Una vez traspuestos los bajos llamados de las Carretillas, el comandante ordenó caer con fuerza de caña a babor, para ceñirnos al istmo de Médanos. Aunque el capitán de navío Laborde conocía muy bien aquellas aguas, preguntó al piloto.

—Don Matías, supongo que podemos acercarnos a besar las arenas en el istmo, sin mayores preocupaciones a la vista.

—Así debe ser señor. Una vez que hayamos avanteado esas piedras malditas en negro serpenteo, ningún problema deberá aparecer hasta que alcancemos la mismísima playa de Vela de Coro.

—Pues entremos en hiena de metralla.

Cuando la columna rebelde desfilaba con esfuerzo a la altura del segundo lago, la fragata *Ligera* enmendó su proa ligeramente a babor para abrir fuego contra ellos. Utilizamos solamente la batería principal de estribor, con las piezas cargadas con metralla de corte a unas quinientas yardas de distancia. Y por todos los dioses negros, que el efecto fue demoledor. No debían esperar que los atacaran desde la mar y el pánico les hizo salir a escape en cualquier dirección, para evitar los cortadillos que sembraban sangre en la arena. Al mismo tiempo, como ya nuestros hombres en tierra alcanzaban los lagos y

apenas nos separaba distancia de Vela de Coro, Mombudio y Laborde solamente necesitaron una mirada y un gesto de asentimiento para tomar la decisión final. Se ordenó por banderas al bergantín *Hércules* que desembarcara de inmediato sus cien hombres, al tiempo que lo hacía la fragata *Ligera* con los suyos para unificar el asalto a la ciudad, que significaba nuestro inmediato objetivo.

Aunque sea difícil de creer que, con tan escasas fuerzas, pudiéramos concertar tan importante y efectivo ataque, se llevó a cabo con la puntualidad del mejor reloj de bitácora. Los rebeldes que habían salido en persecución del falso desembarco, aligeraban pasos cansinos para regresar a Vela de Coro, al tiempo que, por fin, desembarcaban en verdad los soldados embarcados en el *Hércules*. Por su parte, los de la fragata *Ligera* lo hacían para unirse a los que bajaban por el istmo de Médanos. Mientras acabamos por barrer la columna rebelde en huida y nuestras fuerzas atravesaban las yardas finales del istmo, todos nuestros hombres se conjuntaban en sólido atrincheramiento a las puertas de la ciudad.

La única sorpresa nos llegó al golpe de fuego, cuando comprobamos la presencia de un pequeño bergantín de guerra, bien acoderado al espigón de portas, que comenzaba a disparar sus fuegos sobre nosotros. Como gritaba el comandante con demonios al aire, un glorioso fallo por nuestra parte. Medio tapado por unas columnas de fardos, que apenas dejaban divisar las galletas de sus palos, lo habíamos estimado como un sencillo buque de carga, que pensábamos tomar de la mano para aumentar nuestras fuerzas y su cargamento. Una vez retranqueado a la espía, comenzó a utilizar sus ocho cañones de escaso calibre que, sin embargo, nos ofendían con dureza por el flanco. Sin embargo, en el fondo nos alegró la noticia, al comprender que podíamos tomar una presa más al enemigo.

Por la parte naval de los rebeldes, también cuatro flecheras de medio tamaño hicieron acto de presencia con demostrado valor. Intentaron rodear al *Hércules*, buque más adelantado, al que disparaban con todo el poder de su fusilería. Pero maniobraba bien el bergantín, que serpenteó con soltura, antes de que dejara el campo libre a la batería de la *Ligera*. Tras la primera descarga, las flecheras tomaron el regreso a la máxima boga. Para su desgracia, una de ellas quedó sobre las aguas envuelta en sangre, medio volteada por el impacto de una rasa a la lumbre en su costado.

Comenzó un duelo en toda regla, con fuego de artillería por parte de los dos bandos. Y en este ataque artillero destacaron las piezas de la *Ligera* y del *Hércules*, que batían con calibres superiores a los empeñados en la defensa de

la ciudad. A bordo de nuestra fragata comenzamos a utilizar bala rasa que, aunque con menor efecto, añade un poder de destrucción de defensas y edificios que en mucho rebaja la moral enemiga. Y mucho gustó al comandante comprobar cómo se unía el paquebote *Destino* a la fiesta de fuego, con sus ocho piezas amparadas pocos días antes en batiportes falsos. Pero se unía al trueno general y ampliaba la sensación de poder por nuestra parte. Como consecuencia del fuego flanqueado del jodido bergantín enemigo, la fragata *Ligera* acabó por correrse hacia el leste al máximo posible, casi rascando la arena, hasta quedar a unas doscientas yardas del objetivo, al que comenzamos a castigar con la mayor energía.

Las fuerzas enemigas de Vela de Coro resistían, condición natural porque en su conjunto les estimamos una fuerza en hombres ligeramente superior a la nuestra. De esta forma, entramos en la noche. Sin embargo y en rápido acuerdo de Mombudio y Laborde, se siguió bombardeando la ciudad de forma esporádica, con escasa respuesta por parte del enemigo. Y fue a media noche cuando se produjo un hecho que nos alegró y disgustó al tiempo. Porque el bergantín, que casi había cesado en sus fuegos por el castigo recibido, comenzó a levantar llamas a la altura del palo trinquete. No llegamos a saber con certeza si se había producido por el efecto de alguno de nuestros disparos o una medida tomada a propósito, al comprender que podría acabar en nuestras manos. Lo sentimos porque, en pocos minutos, el buque entero elevaba sus llamas en ruegos de muerte hacia la galleta de los palos, hasta acabar por consumirse como una tea.

Conforme transcurría la noche, Laborde dio la orden para que los buques redujeran el ritmo de fuego. De forma especial, a bordo de la fragata *Ligera* se había consumido mucha pólvora desde que comenzáramos a castigar a la columna rebelde en el istmo. Apenas nos restaban a bordo dos andanadas completas de metralla y unas veinticinco de bala rasa. Se trataba del único aspecto negativo que comprometía la suerte de la operación, si el enemigo continuaba resistiendo durante mucho tiempo.

Con las primeras luces del siguiente día, se reanudó el combate con renovadas fuerzas. Ahora la fragata *Ligera* centraba sus fuegos contra las defensas de la ciudad con efectos muy positivos a la vista. Pero debimos reducir claramente el ritmo de nuestros fuegos, conforme se nos avisaba de las existencias reales de munición a bordo. No obstante y para colmo de bienes, los rebeldes se rindieron cuando ya la meridiana se encontraba cercana. Y no sólo lucían bandera de parlamento, sino que los verdaderos patriotas españoles de la población salían a la calle con las banderas de don

Fernando para celebrar nuestra victoria. Cuando regresé al alcázar, tras haber mantenido mi puesto al mando de las piezas de la toldilla que, en verdad, poco efecto podían, ofrecer, me sentí invadido por la euforia general. Porque habíamos triunfado en toda regla. Y no se trataba de operación de guerra sencilla, ni mucho menos. Nos habíamos apoderado de la completa península de Paraguaná y de la ciudad de Vela de Coro. Pero aparte del efecto moral que tal conquista producía, constituía una posición de especial importancia estratégica con vistas a futuras operaciones en el golfo de Maracaybo, su lago y su ciudad.

De acuerdo a la actuación habitual de nuestras fuerzas, en primer lugar se ofreció perdón a los soldados que declararan haberse unido a las fuerzas rebeldes de forma obligada, siempre que mudaran fidelidad a la verdadera bandera de España. Y en gran proporción se produjo el trueque de voluntades, como era norma habitual, porque pocos son los que desean entrar en prisión con peligro de cuerpos y almas, si se les ofrece posibilidad de redención. De esta forma, solamente unos cien hombres con casi todos los oficiales se declararon convencidos independentistas, un conjunto que fueron embarcados en los tres buques de la división en calidad de prisioneros, con objeto de que acabaran con sus huesos en el castillo de San Felipe en Puerto Cabello.

Los tres buques fondearon con dos anclas al abrigo a escasas varas del pontonero de Vela de Coro, mientras el coronel Mombudio pasaba a la ciudad para llevar a cabo las acciones de toma pertinentes. Por necesidad de mudar autoridades y establecer la adecuada defensa de la plaza, permanecimos al ancla durante tres días más, lo que nos ofreció la posibilidad de bajar a tierra por turnos y pasear por aquella ciudad, en la que pasaba a ondear de nuevo el pabellón español. Y fue una feliz experiencia, al sentirnos agasajados por la población con muestras de efusión e invitaciones de toda índole.

El día primero de septiembre levamos las anclas para abandonar el fondeadero y comenzar el tornaviaje a Puerto Cabello. Por fortuna, en Vela de Coro encontramos un fortín de reciente fabricación con una extraordinaria existencia de pólvora y munición. De esta forma, los tres buques pudimos rellenar nuestras santabárbaras y navegar con cierta confianza. Porque no hay peor situación para un buque de guerra en la mar que encontrarte indefenso e incapaz de repeler un ataque por falta de munición, aunque sea por parte de una balandra portuaria. Sabíamos que el regreso sería duro con el viento en contra permanente, pero el orgullo nos elevaba hasta los cielos. Porque, en verdad, habíamos ofrecido un golpe muy importante a las fuerzas rebeldes y

elevado la moral de los que todavía creían en las posibilidades de los verdaderos patriotas.

Arrancamos el tornaviaje de permanente barlovente con soplo fresquito del leste-nordeste y mar en cabrillas, lo que mucho nos agradaba pensando en futuros. Sin embargo, en la segunda singladura el viento se amamantó a fresco y frescachón de levante en rápida escalada. En consecuencia, la marejada en alza que tomábamos por la amura y el través comenzó a hacernos sufrir en dientes. Y no me refiero solamente al barlovente del día a día con bordos de fortuna, sino a la entrada de agua en la sentina. Es cierto que no se alcanzaban límites de extrema preocupación, pero todos comprendíamos que el nivel progresaba en aumento y de forma proporcional a los meses transcurridos, sin merma. Al mismo tiempo, éramos conscientes de que las medidas tomadas durante las obras, solamente habían supuesto un remiendo boyero que saltaba con las primeras olas de proa. Los hombres entraban a las bombas con caras vacías porque se trata de un ejercicio más propio de forzados, sin que se avistara el final del túnel. Y bien que se agradecía la ayuda de los soldados del Ejército, que participaban de la rueda como uno más a bordo.

Aquel primer día de viento en alza, capté una frase largada a la baja por el comandante Laborde al coronel Mombudio y al segundo, que presentaba toda una declaración de principios.

—¿Continua subiendo el nivel de agua en la sentina, comandante? — preguntaba Mombudio con clara preocupación en su rostro.

—Seamos sinceros, coronel. —Laborde abría las palmas de sus manos, al tiempo que bajaba el tono de su voz—. Cualquier oficial a bordo es consciente de que un temporal de mayor o menor grado nos alcanzará tarde o temprano. Y en dichas circunstancias, si no disponemos de puerto amigo a la necesaria distancia, la fragata *Ligera* acabará sus días sin remisión.

—No debe ser plato de gusto moverse en tales circunstancias.

—Desde luego. Pero así debemos tomar la puchera, coronel, aunque reviente el estómago.

Me impresionaron aquellas palabras. Y no a causa de su verdadero significado porque, como aseguraba el comandante, en el fondo de nuestras almas todos los profesionales a bordo éramos conscientes de la verdadera situación que se nos alzaría a proa en un futuro más o menos cercano. En verdad que se trataba de un contrasentido. Porque habíamos rematado una operación de guerra en clamoroso éxito y, sin embargo, a bordo se movían las almas en procesión de entuerto. Y para calar voluntades a la baja, parecía que

el tornaviaje se había cruzado a la bicha negra sin posible remedio. Fue en el tercer o cuarto día, que ya las ideas se me escurren de la memoria, cuando muy cerca de rematar la guardia de media que cubría con el teniente de navío Cárdenas, saltó la liebre al concierto desafinado. Me encontraba discutiendo con el pilotín sobre los efectos del barómetro y sus posibilidades de análisis, cuando los dos marineros alistados en guarda a la caña, largaron la voz de alarma.

—¡Buque sin gobierno! ¡Rueda libre! ¡No responde el timón a la rueda!

Como el comandante se había retirado una hora antes a descansar algunos minutos en su cámara, fue Cárdenas quien se acercó con rapidez hacia la rueda del timón. Cuando llegué a su altura, comprobamos que, en efecto, la rueda se giraba sin esfuerzo alguno y sin efecto sobre la proa del barco.

—¡Maldita sea la moscarda que parió estas jodidas maderas rusas! — gritaba el teniente de navío Cárdenas con la mirada lanzada hacia los cielos en ofensa—. ¡Don Nicasio! ¡Escotas al aire en emergencia! ¡Al paio!^[62] Leñanza, avise al señor comandante sin demora. Y que se ice señal sobre la situación que atrevamos a los otros dos buques.

—Enterado, señor.

Mientras el contra maestre hacía sonar el pito en sinfonía clara y el guardiamarina Cuartas izaba la señal para el *Hércules* y el *Destino*, dirigí mis pasos hacia la cámara del comandante. Pero no llegué hasta ella porque ya Laborde corría en dirección contraria.

—¿Qué sucede?

—Hemos quedado sin gobierno, señor. La rueda gira con entera libertad.

—¡Me cisco una y cien veces en...!

Siguió a la carrera sin acabar la frase, hasta alcanzar el alcázar. Pero nada se pudo comprobar en aquellas horas. O mejor debería decir, que no se intentó para no forzar una maniobra que en poco beneficiaba. Porque la situación del buque no era comprometida, a suficientes millas de costa, y no merecía la pena arriesgar cuerpos y efectos durante la noche. Una vez el buque al paio, quedó casi aproado a la mar, lo que nos elevaba en crestas como un manteo de feria sin mayor contratiempo. La situación se discutía en el alcázar entre comandante, segundo y contra maestre primero.

—¿Habrán partido los guardines, don Nicasio? —Laborde hablaba con voz recia.

—No lo aseguraría, señor. Es más, no lo creo. La rueda se mueve con entera libertad, pero llega a alcanzar los topes con claridad. Eso significa que

los guardines se encuentran ahí. Debe haber sido la pala del timón o lo que de ella quede.

—Esperemos que no haya partido la pala al completo —medió Vigodet en lo que más parecía un ruego.

—Bueno, señores, parece que atravesamos por una condición un tanto delicada —afirmaba el comandante—. Y demos gracias a los cielos porque no sufrimos temporal de barbas ni se nos presentan las piedras de la costa silbando a sotavento. Don Nicasio, ¿cree que podremos aligerar una espadilla^[63] de fortuna, en el caso de que se haya desprendido la pala?

—Por supuesto que podemos intentar la espada, señor —aseguraba el contraamaestre con severa convicción—. El maestro carpintero puede clavar unos cuarterones^[64] a la verga de respeto del juanete mayor y equilibrarlo en fuste. No obstante, me cuesta creer que hayamos perdido la pala al completo. En fin, cualquier medida sería, una tarea de mimbres y flores, para la que necesitamos unos factores que en estos...

—Que no se dan en estos momentos —remató Laborde con decisión—, como son disponer de suficiente luz para que se pueda trabajar a popa con el bote y personal colgado en guindola desde el coronamiento. La situación al paio es aceptable por ahora, si no aumenta el viento y la mar. Así que esperaremos a disponer de luz suficiente. Mientras tanto, preparen en cubierta todo el material que puedan necesitar.

—Muy bien, señor.

No tuvimos más remedio que quedar mano sobre mano y mirando a los cielos en silencioso ruego, para que no empeoraran las condiciones ambientales. Y bien sabe Dios que se trataba de una de las situaciones más desesperantes que se pueden atravesar en la mar, como cuando el viento deja a las velas caídas en suspiro. En ese particular aspecto nos sonrió la suerte, porque las aguas se mantuvieron en marejada de cuajo y el viento en frescachón sin más alzadas. De esta forma y con extraordinaria lentitud fuimos atravesando las horas, hasta que comenzó a clarear el horizonte con las primeras luces del alba.

Antes de dar bote alguno al agua, se decidió comprobar el sistema de gobierno a la vista por medio de una guindola largada desde el mismo coronamiento. Y por ella se deslizaron carpintero y contraamaestre con extrema facilidad. Se les oía discutir desde el extremo de la toldilla, aunque no fuéramos capaces de reconocer sus palabras. Pero pronto sonaba el silbato de don Nicasio, para que los marineros y grumetes alistados a la hiena

cobraran desde cubierta. En pocos minutos, ambos aparecían junto al comandante, que les entró por derecho sin perder un segundo.

—Vamos, don Nicasio, largue por su boca —apremiaba el comandante.

—Como todo lo que le sucede a esta fragata, señor, hemos sufrido una nueva avería, que jamás he observado en mis muchos años de mar —sonreía con cierta condescendencia—. La pala del timón se ha desprendido por completo de sus goznes y se mantiene en cuelgue. Por milagro divino los guardines han aguantado el tirón sin media merma. Toda la fortaleza que le falta a las maderas parecen depositadas en los metales.

—¿La pala ha saltado de sus goznes? ¿Cómo es posible? —preguntaba Laborde con incredulidad—. ¿Acaso han faltado las dos retenidas?

—Nada de eso, señor —entraba ahora el carpintero con algunos nervios—. La hembra superior de la pala ha desaparecido con el trozo de madera donde se asentaba. Y la inferior siguió su camino.

—¿Desaparecido?

—Quiero decir, señor, que las piezas donde las hembras se asentaban en firme han cedido, posiblemente por pudrimiento, especialmente en la superior. Y lo estimo así por la experiencia vivida con las maderas del buque. El caso es que deberemos enclavar unas hembras nuevas al resto de la pala. Bueno, en primer lugar sanear el linde de la pala hasta encontrar madera resistente y pasar después a enclavar las hembras que, por supuesto, deberemos fabricar a bordo. No serán de bronce como las originales, pero el herrero puede aparejarlas de fortuna para que resistan hasta llegar a Puerto Cabello.

—¿No es demasiada presión para los guardines en esta situación?

—Ya lo habíamos pensado, señor —entraba el contramaestre—. Hasta el momento de desencajar la pala para su manufacturación de anclajes, la abrigaremos con una retenida sobre los machos enterizos. De esa forma, quedarán sin presión.

—Lo comprendo y muestro mi acuerdo. ¿Será faena difícil para el herrero?

—Nada de eso, señor. —El carpintero movía los brazos como si se tratara de un juego de niños—. Con dos culebras del adecuado tamaño y un chicote de hierro puede arreglarse la faena. Bueno, siempre que encontremos madera firme en la pala. Se trata del aspecto fundamental que, en verdad, más nos preocupa.

—Comprendo. Pues manos a la obra, señores. Cuanto menos tiempo permanezcamos en esta situación, mejor para la salud del alma.

Los hombres necesarios entraron a la faena. Mientras el maestro herrero seguía al punto las instrucciones del carpintero, que le dibujaba un pequeño perfil de las hembras sobre la misma madera, se decidió largar guardines e izar la pala del timón a cubierta. De esa forma, se podía facilitar el trabajo en gran, medida y llevar a cabo las pruebas necesarias antes de la definitiva instalación. Además, también se conseguía mantener los guardines en plena seguridad. Y aunque no fue tarea sencilla, un par de horas después se trabajaba en la toldilla sobre la pala, buscando madera firme en ella. Era lo que más nos temíamos, dada la escasa confianza depositada en cada, una de las maderas de a bordo. Sin embargo y por fortuna, tan sólo hubo que descarnar poco más de dos pies en la superior y uno en la inferior, que había saltado por presión, de la primera falla.

Una vez reparada en firme la pala a sus perfiles originales, apareció el maestro herrero con la hembra superior. Pero no encajaba al gusto y hubo de ser retocada un par de veces. Porque debía cubrir la función en la pala y, al mismo tiempo, presentar holgura suficiente para que pudiera atravesar el pinzote macho y girar sin oposición de cuerpos. Y la misma faena debió llevarse a cabo con la pieza inferior. Con estos trabajos llegamos a las últimas horas de la tarde, por lo que la función definitiva tuvo que aplazarse hasta la siguiente mañana. La mar y el viento se mantenían en condiciones aceptables y el nivel de agua en la sentina disminuía, al descender la fuerza de las olas sobre las amuras.

Tras una nueva noche al paio, con el *Hércules* y el *Destino* a la vista en facha recogida, a un cable de distancia, amaneció el día que debía ser definitivo. Se volvió a instalar la guindola en el coronamiento, por la que se hizo descender la pala con todas las precauciones posibles y retenidas en dos niveles. También se dio la lancha al agua, por si fuera necesario su concurso. Por fortuna, la pala encajó en los machos sin problema y solamente al engrillear los guardines, se produjeron algunos desajustes iniciales que fueron reparados con facilidad. Llegó el momento decisivo, cuando se ordenó girar la rueda para comprobar *in situ* que reaccionaba el sistema de gobierno en su conjunto. Y lo hizo de forma primorosa, sin merma alguna.

Una vez recogidos la lancha, guindola y cabos sueltos, se largó el aparejo a tientos y con precaución, al tiempo que se ordenaban diferentes ángulos de timón. Volvió a responder a la perfección, ahora con la presión que la mar produce en la pala. Una prueba más superada, aunque en los corazones las heridas dejan cicatrices en poso que van aumentando el gorullo. Retomamos la navegación, ciñendo de nuevo al límite de la bolina. Y como era de esperar,

la entrada de agua a bordo aumentaba proporcionalmente a la fuerza con que las olas se encapillaban a proa. Pero ya los cuerpos se habían hecho a esa condición, al punto de llamarnos la atención si no se escuchaban los mácheteos de las bombas en su funcionamiento.

Todavía necesitamos de cuatro singladuras más para arrimar la proa a la entrada de Puerto Cabello. En teoría, regresábamos a nuestro apostadero en olor de multitudes, tras una operación de guerra exitosa por más. Sin embargo, en el fondo de nuestros corazones no cabía más espacio que no fuese para la continua observación de cada tabla de la fragata *Ligera* y pensar si acabaría por pudrirse también, como tantas otras a bordo. Personalmente, me encontraba desencantado cuando pensaba en el futuro. Porque ¿qué podíamos esperar realmente? ¿Perder la fragata *Ligera* bajo un temporal y que el personal acabara intentando salvar la vida en jangadas de fortuna? ¿No sería más sencillo arrumbar hacia el arsenal de La Habana, ahora que todavía sería posible aguantar la mar y mostrar con claridad al capitán general el real estado de las cosas en Puerto Cabello? Naturalmente, se trataba de preguntas sin respuesta posible. Porque era consciente de que jamás tomaría esa medida don Angel Laborde. Como repetía con insistencia, deberíamos sacar el máximo provecho a la fragata *Ligera* hasta su último suspiro.

17. El lago de Maracaybo

De nuevo en nuestro querido apostadero de Puerto Cabello y fondeados en firme con dos anclas, el comandante ordenó lo que todos estimábamos como necesario e imprescindible. Se debía revisar a fondo la reparación de emergencia llevada a cabo en la pala del timón y comprobar si los males afectaban más allá. Se desencajó todo elemento móvil del sistema de gobierno del buque, para llevar a cabo un minucioso examen de cada una de sus partes. Y como asegurara el maestro carpintero y el contraamaestre primero, los metales mostraban una muy superior calidad a las maderas en el buque de nuestros pesares.

Aunque algunos elementos firmes no mostraran la debida fortaleza, condición general a bordo, no alcanzaba la avería más allá de lo que en la mar se había estimado. Y para sorpresa general, no fue necesario modificar los elementos contruidos por el maestro herrero. Pero no a causa de que escaseara el bronce, sino porque se comprobó la fortaleza de la reparación hecha en fortuna y a ojo de perfil. Se trataba de una muestra más del formidable trabajo que eran capaces de efectuar a bordo los oficiales de la Real Maestranza y sus directos colaboradores, un cuerpo maltratado por la administración y cuya escasez complicaba el correcto funcionamiento de los arsenales, tras un siglo de esfuerzo y dedicación para elevar su preparación.

Además de ofrecer un ligero descanso a la dotación y solicitar los víveres necesarios para rellenar el cupo de las tres unidades, nuestro comandante entró en una época de vacas flojas y permanente agitación mental. Y no me refiero a las pobres características de la fragata *Ligera* y las negras predicciones que muchos efectuaban, sino a las expectativas que el general Morales creaba a su alrededor y las formas de conducta con las que se conducía. Al contrario de la ponderación mostrada durante meses por el general Latorre, que siempre intentaba razonar y escuchar las opiniones contrarias de sus colaboradores con atención, incluso variando su inicial

parecer en ocasiones, su relevo emitía una primera y única decisión sobre cualquier problema, que pasaba a ser inamovible aunque aparecieran los herejes con escobas mojadas en ronda de sangre. Pero también sobre la conducción de la guerra en todos sus aspectos, incluido el naval, operaciones a realizar y estrategia general. Muchos de sus hombres más cercanos opinaban con cerrada sinceridad, que no parecía conocer a fondo el verdadero estado en que se movían las nubes por las diferentes provincias, como si el tablero de juego donde se entablaban las fichas se le hubiera escamoteado de un revés.

Como un primer y aclaratorio ejemplo, puedo indicar que no se recibió a bordo de la fragata *Ligera* notificación alguna del general, en el sentido de felicitar al personal bajo sus órdenes tras el éxito alcanzado en las operaciones que se remataron con la conquista de la península de Paraguaná y la plaza de Vela de Coro, así como la adquisición de abundante material de guerra. Porque se habían conseguido unos objetivos muy por encima de los inicialmente planificados, con buenos rendimientos en todos los sentidos. Se trataba de una norma habitual que, además, debía redundar en los expedientes personales de sus subordinados. Al menos y por su parte, don Ángel Laborde sí que lo hizo para con los suyos, aunque se tratara solamente de una felicitación oficial en pliego para quienes dependían directamente de su mando.

Aunque las noticias alcanzaban nuestros oídos con cierta sordina por diferentes conductos, especialmente a través del segundo y el silente permiso del comandante, pude comprobar el verdadero estado de las cosas cuando el general Morales requirió la presencia del comandante Laborde para una reunión con su estado mayor y jefes de los cuerpos. En principio, se trataba de una más de las juntas informativas que se llevaban a cabo. El objetivo era el de analizar la operación proyectada para el siguiente mes, que ya Morales había decidido al punto en su cabeza y con todo detalle. Y digo que las comprobé con mis propios ojos, al recaer sobre mi persona para aquella reunión el encargo de ayudante de jornada y secretario, una responsabilidad que nuestro comandante solía variar entre los oficiales más jóvenes.

La reunión tuvo lugar en la sala del Cabildo, cedida por el Gobernador en su propio edificio, al encontrarse la del castillo de San Felipe en reparaciones de fosca. Y allí se congregaron bajo el mando del general los miembros de su estado mayor, jefes de las diferentes divisiones, comandante naval del apostadero y comandantes de los buques de la división naval surtos en puerto. Como apoyo visual se habían desplegado dos mapas de gran tamaño. En el

primero aparecía toda la costa de Tierra Firme tierra adentro, con las acotaciones geográficas de cada una de las provincias. En el segundo trípode se desplegaba una en particular para la provincia de Maracaybo, con las partes aledañas de sus lindes con las de Coro, La Guajira y Santa Marta.

Como llegamos a la sala con algunos minutos de anticipación, fieles a la norma que dicta: cinco minutos antes de la hora fijada es la puntualidad del militar; mi comandante departía en corrillos con algunos jefes del Ejército de forma amistosa. No debemos olvidar que los de azul, como nos denominaban cariñosamente a los miembros de la Armada, eran con diferencia los de menor empleo presentes. Sólo es necesario tener en cuenta que, por parte del Ejército y aparte del general, aparecían brigadieres y coroneles en su mayor parte, mientras que, en la Armada, su máxima representación era la del capitán de navío Laborde, de un empleo equivalente al de coronel y más moderno en antigüedad a todos los demás. No obstante y sin aportar una mota de adorno pelotero por mi parte, puedo asegurar que, cuando don Ángel Laborde tomaba la palabra en alto, solían escuchar con atención hasta las ranas del estanque.

El general don Francisco Tomás Morales hizo su entrada en la sala casi a la carrera. Se trataba de un hombre achaparrado, de escasa estatura, hombros caídos en cuarentena y aparejado en carnes redondas. Sin embargo, el cuadro general no encajaba con su rostro afilado y un tanto macilento, así como unos ojos negros, grandes y ligeramente hundidos que, al menos para mí, no concedían la necesaria confianza. Como hábito nervioso de comportamiento, atusaba los espolones de su bigote con enérgicos tirones de forma permanente, lo que aumentaba el estado nervioso de quien se enfrentara con sinceridad a sus dictados. Y sin mayor preámbulo ni bienvenida de sencilla cortesía hacia los presentes, se lanzó al ruedo con su idea central bien enclavada en la sesera.

—Buenos días, señores oficiales. Les ruego que tomen asiento con rapidez. No debemos perder uno solo de nuestros valiosos segundos. Comenzaremos por la cuestión vital que nos mueve en estas fechas. Y no es otra que las operaciones diseñadas para las próximas semanas.

Morales miró en su derredor para comprobar asentimientos de cabeza que no se producían. Sin embargo, de forma inesperada aprovechó la circunstancia el capitán de navío Laborde, para lanzar unas palabras en clara acción de retranca.

—Perdone que me adelante al tema central de la reunión con unas pocas palabras, señor general. Antes de entrar en faena definida desearía felicitar en nombre de la Armada a las fuerzas del Ejército que tomaron la localidad

rebelde de Vela de Coro. Mostraron un valor y una decisión dignos del mayor elogio, hasta conseguir la rendición de una plaza defendida por fuerzas claramente superiores, en dos jornadas solamente. Ha supuesto un magnífico éxito para nuestras armas y un duro golpe para la moral de los rebeldes.

—Permítame también en justa y debida correspondencia, señor general — intervenía el coronel Mombudio sin ofrecer tregua—, que como mando superior de la operación agradezca las palabras del capitán de navío Laborde. Y asimismo, deseo liberar los mismos elogios hacia las fuerzas navales, sin cuya decisión y apoyo incondicional en el combate no habríamos podido salir airosos.

—Vamos, señores, dejemos de una vez estos juegos de parabienes y elogios en ida y vuelta, para entrar en el tema central que nos ocupa — Morales entonaba con sonrisa torcida y un tono ligeramente desabrido, que no cuajó al gusto general.

—Puedo asegurarle, señor general, que no intentaba por mi parte en ningún momento, entrar en juegos de flores ni bombos inmerecidos —insistió Laborde con seriedad, y tono decidido—. Creía necesario elogiar a sus fuerzas tras el clamoroso éxito de la operación, muy por encima de lo programado. Al mismo tiempo y como supongo que afectará a las operaciones en preparación, debo comunicarle que, en estos momentos, la fragata *Ligera* se encuentra en situación de inoperatividad. Y por ahora desconozco cuándo podrá quedar de nuevo alistada para salir a la mar.

La mirada de Morales hacia Laborde no presagiaba encantos de gloria sino, más bien, fuegos a la contra. No obstante, preguntó con cierta desgana.

—¿Se refiere a la pequeña avería sufrida en el timón de la nave? Creía que había sido reparada en escaso tiempo y sin peligro alguno para la fragata.

—Bueno, señor, comprendo sus palabras porque no sois hombre de mar. Si el grave accidente en la pala del timón no supuso peligro inmediato para la fragata bajo mi mando, fue debido a que nos encontrábamos a suficiente distancia de tierra y la mar se mantenía en cuerdas de bondad. En caso contrario, el hecho de que un buque quede sin gobierno puede propiciar su inminente pérdida. Es cierto que se reparó la avería a bordo en un tiempo más que aceptable, dos jornadas solamente, pero de forma provisional, con el objetivo de llegar a puerto cuanto antes. Una vez aquí, he ordenado que se desmonte todo el sistema de gobierno y la avería quede reparada con la necesaria solidez y seguridad.

—Le recuerdo, comandante Laborde —Morales endurecía el tono de su voz—, que solamente el general en jefe puede decidir que una determinada

unidad pase a la situación de inoperatividad. Y especialmente en el caso de la fragata *Ligera*, por ser la más importante de la división, naval bajo mi mando.

Si el silencio flotaba en la sala a cuajo de nubes, ahora se podía cortar con el cuchillo en tajada, dura. Las miradas de los asistentes se movían del general Morales al comandante Laborde y viceversa con grave expectación.

—También yo le recuerdo con todo respeto y subordinación, señor general, que solamente el comandante de un buque puede decidir cuándo su unidad se encuentra en disposición de salir a la mar con la necesaria seguridad. Y en el caso de la fragata *Ligera*, bajo mi mando por explícito nombramiento de Su Majestad don Fernando VII —recalcó Laborde las últimas palabras con especial entonación—, en estos momentos no puede salir a la mar bajo ningún concepto. Lo decía para que lo tenga en cuenta con vista de las operaciones que parecen proyectadas, siempre que en ellas tomen parte las unidades navales.

El general Morales acarició sus mejillas como si dudara, de las palabras que debía ofrecer a continuación, listaba seguro de que algunos de los presentes debían pensar que se encontraba dispuesto a sacar el rebenque, y lanzarlo con fuerza a la cara de mi comandante. Sin embargo, tras pensarlo unos segundos, se decidió a continuar en la línea inicial.

—Bien, señores, entremos de una putañera vez en el tema que realmente nos interesa. —Morales tomaba unos pliegos en la mano, desgranando el primero a la vista—. Tras comprobar que las fuerzas rebeldes no ofrecen la fortaleza que estimábamos en un principio, lo que ha quedado expuesto con extrema claridad tras la fácil conquista de la localidad de Vela de Coro y toda la provincia de Paraguaná, he decidido centrar todo el esfuerzo de guerra, tanto de hombres como de buques —miró hacia Laborde con decisión—, en la provincia de Maracaybo. Es mi intención apoderarnos de la capital de la provincia, de su lago y de todo el territorio a su alrededor, hasta las mismas bocas del río Magdalena. Debemos dejar claro a las fuerzas enemigas que no nos mantenemos sitiados y que somos capaces de reconquistar todo el terreno perdido, si así nos lo proponemos. Además, no podemos olvidar el efecto negativo que puede presentar en los rebeldes el hecho de entrar precisamente en esa provincia, Maracaybo, cuyo levantamiento hizo que murieran los acuerdos suscritos por Bolívar y nuestro general Morillo.

—Debemos recordar, señor, que Bolívar comenzó las hostilidades después de rechazar el ofrecimiento de Zea, para crear una confederación americana independiente, que presidiría nuestro Señor don Fernando —declaró el coronel Guardia.

—Bueno, no vienen al caso por ahora los devaneos llevados a cabo por nuestros políticos. También se rumorea la llegada de comisionados de nuestras Cortes, para tratar con los insurgentes sobre un definitivo acuerdo. Pero ya sabemos que los liberales se mueven en el filo de la navaja y al gusto propio. Los muy ilusos estimaban que con el regreso al constitucionalismo, se darían por zanjadas las luchas independentistas —Morales desgranaba estas últimas palabras con inequívoco tono despectivo, que mucho decía de sus opciones políticas—. Pero volviendo al grano gordo de la cuestión y de acuerdo a mi enunciado, trasladaremos a la mayor brevedad el grueso de todos nuestros efectivos hacia el golfo de Maracaybo.

Se hizo un silencio denso, más propio de anochecida en camposanto. El general recorría los rostros de sus hombres en círculo, como si intentara adivinar sus pensamientos o comprobar la sorpresa general ante una decisión desconocida para la mayor parte de los asistentes. Y como nadie elevaba su voz en ningún sentido, con una alargada sonrisa se vio obligado a confirmar sus palabras.

—Parece que esta decisión les ha pillado con el paso cambiado al tranco largo, señores. Deben comprender que se trata de una importante oportunidad para cambiar el sesgo que tomaban las actividades en Tierra Firme desde hace un par de años.

—La sorpresa que producen sus noticias son ciertas, señor —intervino el coronel Guardia—. En ese caso, entiendo que dejaríamos Puerto Cabello desprotegido por tierra y mar durante un elevado periodo de tiempo. Le ofreceríamos un objetivo muy sencillo a los rebeldes. Y la pérdida de esta plaza podría acarrear peligrosas...

—No perderemos Puerto Cabello, coronel. Los rebeldes se encontrarán enfrascados en ocupaciones más importantes y alejadas bastantes leguas de esta plaza.

—Me gustaría preguntarle, señor general —comenzó Laborde con extrema suavidad—, cómo piensa transportar tal cantidad de hombres con su artillería, municiones y pertrechos hasta el golfo de Maracaybo.

—Bueno, comandante Laborde, no es mi idea realizar un traslado masivo en un solo intento. En estos momentos disponemos de tiempo suficiente. Los cuatro buques que forman la división podrán llevar a cabo las navegaciones necesarias.

—Las navegaciones necesarias, que serán muchas, si no se fleta la colaboración de algunos buques mercantes. Y mantener el aprovisionamiento de dichas fuerzas en un escenario dominado globalmente por el enemigo no

será tarea sencilla. —Laborde mesaba sus mejillas a imitación del general, como si pensara profundamente en las palabras que había escuchado—. En primer lugar, señor general, estoy de acuerdo con los recelos expuestos por el coronel Guardia. Los rebeldes disponen de más hombres y más armamento que nosotros, desplegados en estos momentos por demasiado territorio. Sin embargo, no cesan en 1.ª misión de formar nuevos cuadros y conjuntar voluntades partidarias. Pero les sería fácil centrar el esfuerzo en Puerto Cabello, que se perdería con rapidez. Y no debemos olvidar que se trata del único puerto seguro para nuestros buques. Pero me parece que ha olvidado lo que le comenté sobre el verdadero estado de la fragata *Ligera*, un importante detalle que no debe ser conocido por las fuerzas rebeldes.

—¿Su verdadero estado? ¿Se refiere a su fragilidad y escasa robustez? Según tengo entendido, así se encuentran casi todas las unidades de la Armada.

—Siento decírselo, señor general, pero estimo que sus conocimientos profesionales en el ámbito naval dejan, mucho que desear —Laborde comentaba, con tono ligeramente jocoso—. Se equivoca de parte a parte. La debilidad que presentan los buques adquiridos en Rusia, sin la aprobación ni conocimiento de ningún miembro de la Real Armada, es mucho peor que las del resto. De los cinco navíos y seis fragatas acopiadas de Rusia en mala hora, solamente dos o tres fragatas se mueven todavía sobre las aguas y con perchas de cristal. Ya me gustaría a mí disponer de la fragata Sabina o del navío Asia por ejemplo, en estas aguas. Aunque sea triste reconocerlo, la fragata *Ligera* se va descomponiendo poco a poco. Ahora mismo, fondeada en aguas tranquilas, debemos picar las bombas de achique a periodos regulares. En pocas palabras, entra agua en la sentina, aún en estado de beatitud, y hay que evacuarla. Pero cuando toma la mar del través hacia proa, el nivel de líquido embarcado sube de forma alarmante. Por desgracia, sigue creciendo en cada nueva navegación que afrontamos. Y alcanzará más pronto que tarde niveles de extremo peligro. Siento que no se haya incorporado una carta náutica con la costa de Tierra Firme para que comprendan correctamente la situación naval. En estas aguas dominan casi en permanencia los vientos de componente de levante. Por esa razón, se denominan como islas de Barlovento, a las situadas en dicha dirección. Salvo periodos cortos y en épocas determinadas en las que aparecen soplos del sur o del noroeste, encontraremos esos vientos de levante que hemos citado, casi en permanencia. En tales condiciones, el trayecto hasta el golfo de Maracaybo será de unas cuatrocientas millas con vientos a favor y escasa dureza de olas a

proa. Todo ello siempre que no entremos en temporal, desde luego, que podría ser el fin definitivo de la fragata *Ligera*, Sin embargo, el necesario tornaviaje en cada una de esas navegaciones que menciona será una nueva y dura prueba. A base de bordos en barlovento, la distancia puede llegar a doblarse y siempre con mares que aumentarán la entrada de agua en la fragata de forma considerable. Sinceramente y por desgracia, no creo que la *Ligera* aguante esta operación al completo, tal y como la propone.

—Bueno, al menos no ha de abrir fuego ni sufrir pérdidas a bordo.

—Creo que eso es lo de menos en estas circunstancias a las que me refiero, señor. Pero le recuerdo que durante el combate nocturno en defensa de Puerto Cabello sufrimos elevadas pérdidas, unas mermas que no han sido repuestas. Y también en el ataque conducido contra Vela de Coro de hace pocos días, al intercambiar fuegos con un bergantín que apoyaba el flanco norte de la ciudad. Como complemento y según las noticias que acabo de recibir de su estado mayor, las fuerzas rebeldes bajo el mando del titulado como comodoro Daniells, superan las treinta unidades. En mi opinión, aumentará sus fuerzas hasta que las considere capaces de barrer a nuestra división. No soportaríamos un ataque con solo dos buques.

—Creo que son cuatro, comandante.

—Bueno, si cuenta como unidades de fuerza a la goleta *Morillo*, con una dotación de dos marineros y cuatro grumetes, y un solo cañón de armamento, y el paquebote mercante *Destino*, creo que se equivoca profundamente, señor general. La división naval del apostadero de Puerto Cabello cuenta en estos momentos con la insignia izada en la fragata *Ligera*, que dispone de una dotación de 167 hombres al día de hoy, poco más de la mitad de los que le corresponden por el reglamento de tripulaciones y guarniciones, y las peligrosas características que les acabo de exponer. La segunda unidad de guerra es el bergantín *Hércules*, con una proporción de dotación similar. Por fortuna, este último es de buenas características, muy velero y con capacidad de soportar acciones alargadas. Pero solamente es un bergantín, con escaso armamento. Le recuerdo, señor, que hemos desembarcado por su orden los artilleros...

—He decidido que no volverá a embarcar ningún miembro del Ejército en las unidades de mar. Si lo permití en la anterior ocasión, fue porque ya se lo había prometido el general Latorre y no debía entrar en contraórdenes a tan escasas fechas de la operación. Pero entiendo que no es su misión.

—Debo estar equivocado, señor general, pero hasta ahora entendía que la misión del Ejército y la Armada era cooperar entre sí para conseguir un fin

común. Al igual que desembarcamos nuestros soldados y marineros cuando se necesitan en el frente de tierra, pueden hacerlo los artilleros de sus fuerzas en los buques, dada la escasez de hombres que padecemos. Ha sido una conducta habitual a lo largo de nuestra historia. Si disponen de víveres y municiones en Puerto Cabello, es gracias al transporte efectuado por nuestras unidades. Eso es lo que entiendo por mutua colaboración.

—No me gustan sus palabras, comandante Laborde, ni el tono empleado en ellas —Morales apretaba los puños con fuerza sobre la mesa.

—Pues en mi opinión, señor, no puede ser más respetuoso el tono que empleo, de acuerdo a mi conducta habitual. Jamás se me ha llamado la atención en ese sentido. Entiendo que debo ser sincero y exponerle la verdadera situación en que se encuentran las fuerzas bajo mi mando, así como mi opinión sobre sus planes futuros. Con dos buques en disposición de combatir, no soportaríamos un mediano ataque de las fuerzas rebeldes. Ni siquiera podemos cubrir la artillería de las dos bandas en combate, por falta de personal.

El general Morales comenzó a dudar de nuevo, al tiempo que su cara tomaba un color rojizo que nada bueno presagiaba. Se decidió por continuar.

—Bien, dejemos las discusiones bizantinas que a nada conducen. Como les digo, mi estado mayor comenzará a preparar el plan de ataque a la ciudad y lago de Maracaybo, que llevaremos a cabo a la mayor brevedad. Ya les alcanzarán los detalles en cuanto nos sea posible. ¿Alguna pregunta más?

—En cuanto me sea posible, señor general, le comunicaré cuándo deberá encontrarse lista la fragata *Ligera* para salir a la mar.

—Si en la fecha prevista su fragata no se encuentra en disposición de navegar, comandante Laborde, lo harán el resto de los buques bajo mi mando.

—Será bajo su responsabilidad y por medio de orden firmada de su mano, dirigida a mi autoridad, que esas unidades salgan a la mar sin la protección de la fragata *Ligera*. Se trata de una medida que encuentro muy peligrosa y le desaconsejo por completo. Y en tal sentido, le contestaré por la misma vía con mi firma.

—¡Yo tomaré la decisión!

El general Morales elevó su cuerpo al salto, produciendo que su asiento cayera en golpe hacia atrás. Muchos dudaron con cierto temor de los pasos que seguiría a continuación. No obstante, se decidió por abandonar la sala, sin pronunciar una palabra más, pero bufando espuma por la boca como percherón en máximo esfuerzo. El resto de hombres quedó en silencio, como si se hubiese producido una inesperada hecatombe. Algunos dirigían la

mirada hacia los planos expuestos, como si todavía esperaran, alguna indicación más de los planes de ataque previstos y explicación de las fuerzas rebeldes que se podían esperar en aquel escenario de guerra. Por fin, fue el brigadier Deforte, oficial más antiguo en ausencia del general, quien levantó la sesión.

—Doy por finalizada la reunión, señores. Ya les llegarán..., ya nos llegarán los detalles de esta operación sobre Maracaybo.

Es fácil imaginar el ánimo con el que regresamos a bordo de nuestros buques, tras la tensa y desabrida reunión a la que habíamos asistido. Todos mirábamos de reojo a nuestro comandante, como si esperáramos algún especial comentario por su parte. Sin embargo, nada decía ni mostraba especiales sentimientos en el rostro. Piel a su costumbre, silbaba una cancioncilla marinera para sus tripas, como si hubiésemos llevado a cabo un agradable paseo por los Prados. En el fondo, todos admirábamos su resolución y valentía, al no dejarse achantar por ese general al que, en mi interior, comenzaba a odiar con todas las fuerzas. Habíamos cambiado muy a malas el camino seguido de forma excelente hasta el momento. Y como ha sido norma en tantos lances guerreros de nuestra historia, pensamos que la disfunción entre los mandos del Ejército y la Armada empeñados en una misma misión solamente podía acarrear el mayor de los desastres. Con este ánimo tomamos la falúa del comandante en el embarcadero, para regresar a la fragata *Ligera*.

* * *

A partir de la reunión en la que habían saltado las chispas del herrero contra la cara, no volvió a coincidir el capitán de navío Ángel Laborde en una reunión de trabajo y análisis con el general Francisco Tomás Morales. Todas las indicaciones le llegaron a través de los coroneles Mombudio o Guardia. Y en la misma forma, nuestro jefe enviaba por escrito al estado mayor las notificaciones que afectaban a la operatividad de los buques. Una situación que no redundaba en beneficio de nadie, pero entablada así por quien mandaba de forma un tanto prepotente y sin escuchar más opinión que la de sus propias tripas. De esta forma, cuando se consideró ensamblado de nuevo el sistema de gobierno y comprobado a conciencia en la fragata *Ligera*, al tiempo que se repasaban una vez más las posibles entradas de agua y las mesas de guarnición del palo mayor, que se desencajaban con peligrosa

periodicidad, Laborde ofreció al general la situación de buques listos para salir a la mar.

Pero todavía Morales maduraba sus planes, que ya parecían casi definidos. Y mientras se acometía la decisión final, se ordenó a la división llevar a cabo un transporte de víveres adquiridos en Curazao, porque ya se notaba la falta de material de boca en la plaza y las necesidades para el acopio de alimentos con vistas a las operaciones en Maracaybo aumentaban de forma notable. Y la llevaron a cabo todas las unidades disponibles, incluida la goleta *Morillo*, para abarcar la mayor cantidad posible de carga. Como el trayecto era corto y la mar se presentó en cohorte de damas, no sufrió la fragata *Ligera* más que el habitual aumento de entrada de agua, que no se había conseguido rebajar en una pulgada.

El comandante Laborde nos reunió en la cámara a todos los oficiales de los cuatro buques, cuando entrábamos en la segunda quincena de octubre. La razón era, como después supimos, haber recibido por fin las instrucciones detalladas de las operaciones a realizar sobre la provincia de Maracaybo. Don Ángel Laborde nos recibió a la cabecera de la mesa con una gran sonrisa en sus labios, como si fuera a concedernos la mejor de las noticias. Pero como ya lo conocíamos lo suficiente, nos temimos lo peor.

—Bien, señores, quiero ponerles al corriente de las operaciones que deberemos llevar a cabo en las próximas semanas o un periodo de tiempo que solamente los ángeles serían capaces de desvelar con certeza. Tal y como habrán escuchado en rumores más o menos ciertos, se van a emplear cuantos elementos de guerra se encuentran a disposición en esta plaza, en Paraguaná y Vela de Coro, en la operación denominada oficialmente como de Maracaybo. También les supongo al día de mi opinión personal sobre estas disposiciones. En primer lugar, contemplo el peligro de que perdamos Puerto Cabello, nuestro puerto de referencia y plaza casi inexpugnable, si no se mantiene defendida con el monto de las fuerzas actuales. Y aquí podríamos continuar, hasta que se concreten las conversaciones entre los mandos insurgentes y comisionados de las Cortes. Incluso sería una baza a presentar en la mano, sin haber sido expulsados definitivamente de las costas de Tierra Firme. Pero, bueno, no divagaré más en posibilidades de turcos y entraré derecho al saco.

Laborde se miró las manos, como si dudara del camino a seguir. Creo que se pedía a sí mismo cierta tranquilidad de ideas y no dejarse llevar por los pensamientos que carcomían su espíritu. Volvió a sonreír en falsete, antes de continuar.

—Para que no mal interpreten mi postura, les comunicaré mi confianza y certeza de que podemos triunfar en la provincia de Maracaybo. Pero será posible gracias al efecto sorpresa y la dificultad que presentará para los rebeldes trasladar al escenario suficientes fuerzas. Pero ese dominio inicial se vendrá abajo más pronto que tarde, porque no será fácil defender tanto territorio con unas fuerzas menguantes y sin recibo de socorros, mientras el enemigo las agrupa y aumenta. Por desgracia, llegará el momento de que Puerto Cabello sea muy difícil de defender. Pero en cuanto a lo que nos afecta directamente en esta operación, el traslado de todas las fuerzas del Ejército, con su artillería, munición y pertrechos, va a constituir una prueba muy dura para todos pero, como pueden imaginar, especialmente para la fragata *Ligera*. No deseo escamotearles la verdad, por lo que he de exponer claramente mis temores ante el futuro de la fragata. Dependeremos al ciento de las condiciones de mar y viento, especialmente en los tornaviajes hacia Puerto Cabello. Pero ya saben mi determinación a exprimir el jugo de esta fragata hasta que no rezume una sola gota de la sentina. Por favor, señores, pueden interrumpirme si les entra alguna duda de tono.

—¿Emplearemos las cuatro unidades? —preguntó el comandante de la goleta *Morillo* con rapidez.

—En efecto. No quiero dejar nada en Puerto Cabello que podríamos no encontrar a la vuelta. Además, aunque de muy poca ayuda guerrera, en la goleta podrá embarcar personal en situación de transporte. Porque es mi idea, si las condiciones de mar y viento parecen favorecer el primer convoy, que carguemos personal y armamento hasta alcanzar la tapa de la regala. Es cierto que he sugerido al general a través de su estado mayor —nueva insinuación de Laborde con tono irónico— la posibilidad de fletar algún buque mercante en Curazao, para aliviar un poco nuestro esfuerzo. Pero la verdad es que ni siquiera se me ha contestado a tal sugerencia, que podíamos haber concertado en nuestro último crucero de acopio de víveres. Bueno, debo reconocer que a través de conversaciones particulares he sabido que se intentarán fletar dos mercantes, aunque no sé por qué conducto.

—También será arriesgado navegar quinientas millas, con las unidades cargadas a besar las aguas, señor —comentó el comandante del bergantín *Hércules*.

—Ya lo sé, Somoza. Pero intento, si nos es posible, reducir el número de tornaviajes que deberemos llevar a cabo con brisotes a la contra. Pero no crean que, con ese traslado inicial, acabará la función negra para nuestras fuerzas. En primer lugar, deberemos mantener cien ojos a la llegada y el

botafuego en la mano. Ya saben que el lago de Maracaybo es centro de reunión permanente de unidades corsarias y contrabandistas, que son tratadas con excelsa benignidad por los mandos rebeldes, a los que ayudan en su tráfico. Así que, cuando alcancemos la zona y el lago por primera vez, es muy posible que los malditos salgan de estampida. Intentaremos largar la mano sobre alguna unidad que merezca la pena porque, en general, se trata de elementos de muy pequeño porte. Será necesario comprobar qué unidades rebeldes se encuentran fondeadas o guarecidas en el lago, aunque parece que utilizan su base principal a poniente de las bocas del Magdalena. Con posterioridad, deberemos cruzar de forma permanente sobre la punta de la Macolla, en previsión de esfuerzos navales enemigos, que son de esperar. Cuando Daniells estime que puede dar el zarpazo definitivo, lo intentará.

—Y será necesario mantener permanentes convoyes de víveres y municiones para cuatro o cinco mil hombres, señor —comentó el teniente de navío Vigodet—. Porque no les será fácil vivir sobre el terreno.

—Desde luego, lo que no es causa menor. Deberemos afrontar un duro trabajo y de forma continua. En fin, señores, debemos apretar los pernos y dar la cara avante, como siempre hemos hecho. De esta forma, quedaremos listos para salir a la mar en cuanto nos embarquen los hombres y pertrechos que hemos de transportar. Ya hemos realizado una lista inicial, que les entregaré a los comandantes de cada buque al finalizar esta reunión. Sin embargo, no la den por definitiva, que puede variar en escasa monta.

Aunque se elevaron algunas preguntas sobre detalles particulares, todo el pescado se había vendido en la feliz lonja de las ideas. No obstante, debo señalar con sinceridad que la moral no se elevaba sobre las galletas en demasiadas cuartas, especialmente a bordo de la fragata *Ligera*, cuyo personal continuaba intentando proteger al máximo los elementos que se consideraban de mayor fragilidad. Sin embargo, no podíamos alejar de nuestras cabezas la imposibilidad de atajar por completo la entrada de agua en niveles peligrosos. Y debimos rendirnos cuando el maestro buzo y los carpinteros, tras una última inspección, afirmaron sin dudar que se trataba de un problema general en cuanto a la fortaleza en sí misma de todas y cada una de las tablas existentes bajo el forro de cobre.

Dos días antes del señalado para embarcar las fuerzas del Ejército, recibimos una agradable sorpresa. Se nos dio aviso de la presencia de tres buques mercantes, que facheaban sobre bozas por fuera de piedras, para pasar posteriormente a fondear a escasa distancia de la *Ligera*. Aunque ninguna noticia habíamos recibido al respecto, resultaba que habían sido fletados por

personal del general Morales. Y como es lógico, pensamos en el absurdo de que se hubiera hecho sin conocimiento alguno del capitán de navío Laborde, que podía orientar en tal sentido. De todas formas, se trataba de una excelente noticia, que en mucho aligeraba las necesidades del transporte encomendado a la división. Porque si dos de ellos mostraban líneas de paquebotes de carga con panza vacuna, el tercero se abría en lujo como una fragata mercante de muy generoso porte. Los tres mostraban pabellón holandés, por lo que supusimos que habrían sido fletados en la isla de Curazao. Como es natural, los planes de embarco fueron vueltos de tripas con extrema rapidez, aligerando las necesidades expuestas en un primer análisis para los buques de la división. Y a ojo de buen plumero, calculó nuestro jefe que con dos navegaciones al completo, se podía trasladar el grueso de las fuerzas, siempre que aquellos mercantes recalaran por segundas en la misma faena.

Tres navegaciones redondas a la zona de operaciones llevó a cabo la fragata *Ligera*, convoyando el transporte de las fuerzas en los mercantes, así como la propia carga en nuestros buques. Pero en principio, los traslados se realizaron hasta la zona sur de la provincia de Paraguaná y Vela de Coro, que se convirtió en una magnífica cabeza de puente. Y aunque el movimiento de nuestras tropas podía observarse durante dos semanas, cuando llevamos a cabo la operación definitiva, nos sorprendió comprobar las escasas fuerzas rebeldes que se movían alrededor del lago. El éxito del general Morales sobre los rebeldes fue absoluto, quedando en dominio de la provincia de Maracaybo, sin alargar de momento las faldas de sus fuerzas hasta el río Magdalena. Es obligado reconocer que se restableció la autoridad real, derrotados los separatistas por todas partes y ocupadas las posiciones estratégicas que podían consolidar el dominio.

Según me comentaron con posterioridad algunos amigos del estado mayor, pocas campañas se podían haber visto en América tan penosas en la ejecución, sin que el general aceptara observación alguna de sus subordinados, pero con un éxito tan rápido y brillante. Se había acoplado la suerte que debe acompañar a todo general con estela de fuego. Ahora solamente quedaba por esperar que se pudiera sostener aquel dominio en permanencia, lo que todos veíamos con cierta expectación nada positiva. Porque no eran pocos los que opinaban que se debía regresar a Puerto Cabello, tras la derrota infringida, y mantener solamente los puntos de fácil defensa.

En cuanto a la parte puramente naval de la operación, también la suerte general se amadrinó a la empresa. Aunque estimáramos que los corsarios y

contrabandistas habrían escapado de la laguna con anterioridad a nuestra entrada, o bien sufrieron falta de información o confiaron demasiado en la falsa enseña británica, que todos ellos mostraban a popa. Cuando intentamos el paso con el bergantín *Hércules* y la fragata *Ligera*, no podíamos conocer con claridad la presencia naval en el lago, por hallarse oculta al abrigo de la punta de Palmas. Y una vez emprendido el paso del Tablazo, no pudimos atravesarlo y salir de él en la primera jornada porque calmó el viento a cero. Incluso durante la tarde, se alzó una brisa del sur muy propia del lago y contraria a nuestra derrota. Como además menguaba la marea, Laborde decidió que ambas unidades fondearan cercanas al bajo del Cascajal. Al menos, pudimos reconocer el desemboque del Tablazo, que encontramos desembarazado aunque se hubiesen levantado por los enemigos todas las balizas que tanto ayudan a la navegación por tan angostos pasos.

Por fin, en la jornada siguiente conseguimos meter cabeza en el lago, un maravilloso escenario que encontré hermoso y azul como un mar tropical. Una vez rebasado el bajo del Atravesado, comprobamos con cierta felicidad la presencia de unas veinte unidades, tanto corsarias como rebeldes. Las propias de los secesionistas no eran más que flecheras, algunas de porte respetable, así como piraguas rondas del país, faluchos y guairitos. En general, unidades de escasa diligencia, movilidad y poder ofensivo. Las barrimos al fuego como un plumero escalpa las virutas. Por parte corsaria, apresamos más de diez unidades, que acoderamos en conveniencia junto al Casal, para decidir su futuro uso, al tiempo que las dotaciones eran expulsadas a tierra. Pero faltaba la guinda a la torta. Y tal se nos presentó al comprobar, junto al bajo del Cascabel, una hermosa goleta, nueva, muy velera y de respetable porte, nombrada como la *Cóndor*.

Dada la escasa sonda existente donde se había refugiado la *Cóndor*; el capitán de navío Laborde ordenó al bergantín *Hércules* que le entrara con los cuernos en alto y a fuego bravo de metralla, intentando no dañarla en exceso. Ya conocen que una de nuestras preocupaciones era la de intentar acopiar unidades a la división, y aquella goleta se aparecía a los ojos con tintes de gloria. Y bien que mostraron su valor el teniente de navío Somoza y sus muchachos, reforzada su fuerza con poco más de veinte hombres de la fragata *Ligera*. Tras la primera andanada, disparada a escasa distancia, respondió la *Cóndor* con energía y nutrido fuego. Porque la bastarda se encontraba armada, como luego supimos, con un cañón de a dieciocho nada menos en crujía, así como dos carroñadas del mismo calibre a las bandas y dos cañones cortos, parecidos a nuestros obuses de a ocho. Por gracia de los cielos, no brillaban

sus artilleros en las técnicas del disparo. Porque sus dos andanadas, en especial las correspondientes al cañón de cruja con bala rasa de a dieciocho, salieron hacia los aires como codornices en vuelo. Solamente necesitó el *Hércules* tres andanadas más para que se rindieran. Pero sin arriar pabellón ni otra gracia oficial. Porque su comandante, que resultó ser un tal George Samuel Pilot, escapó en el bote con rapidez hacia tierra con más de veinte hombres, mientras cerca de sesenta se rendían y quedaban como prisioneros en un principio. Y para desgracia de los huidos, fueron apresados más tarde por nuestras fuerzas en tierra.

La empresa fue considerada como un éxito rotundo. Pero sin tiempo para ordenar las presas e intentar dotar a la goleta Cóndor con personal propio y alistarla como nueva unidad de la división, recibimos a bordo enérgica y expeditiva orden del general Morales. A la mayor urgencia, la fragata *Ligera* debía trasladarse hacia Veía de Coro, para llevar a cabo un transporte de víveres y municiones. Debo señalar que ya los mercantes holandeses habían sido despedidos, por lo que no quedaba más remedio que entrar a la brega. Al mismo tiempo, se habían recibido avisos de que una fuerza naval rebelde, bajo el mando del comodoro Daniells, cercana a las treinta unidades, se dirigía hacia el golfo.

El capitán de navío Laborde comprendió que debíamos llevar a cabo el transporte con la máxima urgencia, para desplegarse posteriormente en la banda occidental de la península de Paraguaná, con objeto de esperar la fuerza enemiga. Y si era posible, con todas las fuerzas a disposición que, en bulto, hicieran desistir al comodoro rebelde. De esta forma, salimos del lago con ciertas dificultades, mientras dejábamos al comandante del *Hércules* con severas instrucciones para que ordenara todo el material acopiado y dotara a la goleta Cóndor con suficiente personal, incluyendo los rebeldes que solían pasarse al bando realista en la primera ocasión.

Debo aquí consignar el importante apoyo que supuso en todo momento el pilotaje de don Martín Rebollar. Retirado del servicio y con vivienda propia en Vela de Coro, había ofrecido sus conocimientos al capitán de navío Laborde cuando habíamos tomado la ciudad. A pesar de su avanzada edad, se consideró de mucho interés en la expedición al interior del lago, cuyas aguas, bajos y detalles conocía de memoria, factor de la máxima importancia para llevar a cabo el complicado y peligroso marinaje de los buques por las bocas del lago. Y como era habitual, nuestro piloto don Matías tomaba buena nota de cada una de sus observaciones. De esta forma, una vez fuera del lago y con libertad absoluta de movimientos, arrumbamos al norte cuarta al oeste.

Porque el viento regresaba a entablarse del nordeste y fresco de fuerza. Necesitábamos un bordo generoso, para doblar la península de Paraguaná y arribar a Vela de Coro, donde debíamos cargar los elementos ordenados con tanta urgencia.

La suerte que nos había favorecido por troneras hasta el momento, se tornó negra de luces y en escape. Conforme progresábamos hacia el norte, el viento se recostó de levante, lo que entendimos como buena medida para aligerar nuestra derrota. Sin embargo, cuando anochece y nos encontrábamos leste-oeste con la punta de la Macolla, se nos echó encima un viento frescachón tendido al sudeste, que aumentaba su fuerza con muy malos humores. El comandante lo vio venir, con ese especial sentido que disfrutan quienes mandan buque en la mar.

—No me gusta la salsa una ligera mota, segundo. Y menos el color que toma el horizonte a barlovento. Como nos metamos en temporal abierto...

—Como última opción a la mano, señor, podemos aproar en retorno hacia el sur de la península de Paraguaná, aunque ya hemos avanteado demasiadas millas hacia el norte y nordeste. Como puede suponer, ha aumentado la entrada de agua de forma notable.

—Ya me lo figuraba. También yo he pensado en la posibilidad de regresar y buscar socaire en algún punto cercano extremo del Ronzal. Pero si nos dejamos caer hacia el sur, creo que tampoco allí encontraríamos el refugio apetecido, si entramos en temporal abierto. Y esa condición me temo. Además, daríamos por perdido el esfuerzo. Debemos intentar doblar la península, antes de que esta mar nos descabece.

—Es posible que todo quede en un sucio cascarrón, sin elevar la cresta, señor.

—Dios lo quiera, segundo, pero mucho lo dudo.

Seguimos navegando hacia el norte, hasta que caímos al nordeste con intención de rebasar el extremo septentrional de la península de Paraguaná. Por desgracia, el viento y la mar no pensaban ofrecernos tregua alguna. El sopro cascarrón nos saltó a la cara con visos de entrar en temporal de orden en cualquier momento. Como comprobamos que la menor entrada de agua se producía con rumbo norte y olas en corte por la aleta, continuamos con esa proa, temerosos de forzar una sola cuarta más a estribor. Pero había que intentarlo tarde o temprano y, por fin, cuarenta millas al norte de la punta Román, Laborde decidió llegado el momento.

—Crucemos los dedos por derecho y revés, señores. Vamos a ver cómo se comporta nuestra querida gacela con la marejada gruesa entrándonos por la

amura. Pero sin forzar la mena en exceso. Si vemos que el agua sube por más, será necesario capear al norte.

—Que la Patrona nos largue el cable, que necesitaremos sin falta —
entonó el segundo a la baja con una sonrisa quebrada.

—Mejor con dos cables.

Cayó la fragata *Ligera* con abierta facilidad, aunque desde el primer momento comenzaron a batirnos las olas sin misericordia. Y no lo estimen como aprensión a un temporal que, en mayor o menor medida, todos habían sufrido en ocasiones anteriores. Porque se trataba de entrar en olas negras de guarda, con una fragata cuyas posibilidades de resistencia estimábamos muy escasas. Y fue en estas putorronas condiciones, entrados en la noche, cuando comenzó el verdadero sufrimiento de las ánimas, ese que consiste en intentar sobrevivir y ganar a la mar el envite definitivo.

18. Lucha a muerte

Aunque no hubiéramos entrado todavía en temporal de orden y causa cierta, la fragata *Ligera* comenzó a encapillar olas de muy respetable tamaño, salpicando espuma en bolsas redondas hacia las bandas. Y entiéndase que, en circunstancias normales, con una fragata de normas medianas, dichas olas no nos habrían preocupado en exceso. La peor sensación se producía cuando la proa bajaba en machete cercenero contra las aguas y se producía el gemido de dolor, ese llanto de las maderas que tan fácil se puede reconocer desde cualquier situación en el buque. Porque ese dolor también lo sufríamos tripas adentro, al considerar el estado del casco bajo el forro y lo que tales efectos podían suponer para la entrada de agua a bordo, un dato que cada hora y de forma permanente nos ofrecía el contraamaestre de guardia.

Como es habitual en tales momentos, todas las miradas se dirigían hacia el comandante, en quien cristianos y paganos encomiendan sus almas a bordo de cualquier buque, cuando la mar abre la boca con dientes de fuego. El capitán de navío Laborde no mostraba cruces en recorrida por su rostro, es cierto, aunque presagiaba el futuro con bastante detalle. Y digo esto porque, como supe meses más tarde, antes de salir a la mar desde Puerto Cabello para dar avance con la operación en aguas del golfo de Maracaybo, había escrito al ministro de Marina con amplio y detallado informe anejo. En dicha confidencia, predecía al punto menor lo que sucedería en la operación y futuros movimientos por tierra y mar, así como de forma particular a la fragata *Ligera*. Y para dar veracidad a sus palabras, le hacía respetuosa recomendación de su familia, por si acaso perdía la vida.

Cuando entré de guardia de alba a las cuatro de la mañana, con el primer vistazo lanzado hacia las aguas pude comprobar que la situación había empeorado todavía más, tanto de viento, como de mar y esperanzas. Me acerqué hacia popa para escuchar al comandante y al segundo, en conversación de análisis sobre las posibilidades que se nos abrían.

—Creo sinceramente, señor, que no aguantaremos mucho tiempo si mantenemos esta proa. Debemos abandonar, por ahora, la idea de progresar una sola milla hacia Vela de Coro. Aunque en ritmo somero, la entrada de agua aumenta de forma progresiva.

—Concuerdo al ciento con su opinión, segundo, por mucho que me duela. No nos quedará más solución que arribar suficientes cuartas, hasta tomar una proa en la que se reduzcan los machetazos y, en consecuencia, la entrada de agua. Aunque debamos adoptar rumbos que nos alejen del objetivo. Así que no perdamos más tiempo ni arriesguemos más de lo necesario.

Caímos a babor en arribada con caña fuerte para disminuir el trance de tomar la mar por el través, hasta quedar con las gigantescas olas por la aleta y, en ocasiones, de empopada larga. Como es lógico imaginar, la tensión disminuyó en la sección de proa de forma significativa aunque, a veces, las crestas blancas nos levantaran la popa en correntía de duendes y el bauprés se calzara a las profundidades con excesiva violencia. Y como todo parecía señalar desde horas antes, debimos adoptar el aparejo de capa^[65], preparado al punto por el contra maestre. Porque ya el temporal se cerraba por momentos con una mar ampollada, que barría palos y cubiertas desde el sudeste. En consecuencia, la *Ligera* se alejaba todavía más de la costa de Tierra Firme. Y parecía fuerte el efecto en la derrota, porque el viento y la mar nos hacían abatir a pasos agigantados. De esa forma, con sufrimiento continuo y una mar que nos escalaba las almas sin misericordia, corrimos a la capa durante dos jornadas completas, sin que el maldito sudeste se rebajara una mota en el duelo. Y no deben olvidar que dos jornadas completas en tales condiciones marcan rúbricas en las venas, como si se tratara de años de hondo sufrimiento.

Bien saben los dioses y los hombres de la mar que todo llega en esta vida sobre las aguas, bien sea al tiento duro o la suave caricia. Por fin, en la tercera singladura de olas blancas, cuando rendía una guardia de alba que anunciaba un nuevo día con mar sucia y cielos desconchados en gris, recibimos dos noticias de diferente orden. Porque si, por un lado, parecía que el viento cuadraba a menos y descendía el poder de las olas a la vista, el contra maestre llegaba a la carrera hasta el alcázar con el rostro arrebolado, para ofrecernos lo que podía significar el mazazo de muerte. Al contemplar su rostro presentí lo peor, aun antes de que pronunciara una sola palabra.

—Señor comandante, ha crecido por cientos la entrada de agua en la sentina. Y sin andarse con escalas intermedias, sino al tronco repentino. He ordenado sin dudar, lo que espero apruebe, poner en función todas las

bombas. Pero aun así, no estoy seguro de que podamos controlarla en su necesaria medida.

—¿Qué entrada de agua estima, don Nicasio? —preguntó Laborde con tono de voz pausado.

—Pues a ojo de perfil, le diría que más de doscientas pulgadas por hora. Y ya sabe que no suelo entrar en exageraciones de bulto.

Cuando escuché aquella cifra, sentí un rumor de tornillos calientes por todo el cuerpo. Porque estaba convencido de que no podríamos evacuar tal cantidad de agua, aunque una legión de endemoniados se pusieran manos a la obra sobre todas las bombas. Y ya se notaba tal condición en los movimientos de la fragata, que tomaba la mar con mayor pereza y peores respuestas.

—¿Ha dicho más de doscientas pulgadas? —Laborde abrió los ojos al palmo—. Por todos los mártires de la agonía en piadoso coro. Se trata de una cifra difícil de creer, nostramo. Porque a la contra, parece que la mar y el viento bajan de fuerza.

—Precisamente, señor, la avalancha se ha producido cuando comenzaba a calmar el viento. Los carpinteros intentan buscar una razón, aunque presentimos la posibilidad de un madero aventado o desprendimiento de tablas podridas, especialmente en la zona de proa.

—Hay que intentar encontrar el problema, o se nos hará de noche en pocas horas.

Tras una ligera conversación del segundo comandante con Laborde, el teniente de navío Vigodet, acompañado de contra maestres y carpinteros, bajaban cubiertas en busca de una posible razón que se pudiera corregir. Sin embargo, cuando ya funcionaban todas las bombas de achique a bordo a fuerza de machotas, regresaban al alcázar con el rostro avinagrado. El segundo fue contundente.

—No conseguiremos encontrar una razón concreta, señor, que justifique el desastre, aunque recorramos todas y cada una de las chazas del buque. La entrada de agua es enorme y no podremos controlarla durante mucho tiempo. Pero tampoco se ajusta a una cuaderna determinada, en la que hincar el diente. Más me inclino a creer que se trate de un problema general de fondos, que se ha corrido como la peste por toda la parte de proa.

—Convoque junta de oficiales, segundo.

—Enterado, señor.

Una vez todos los oficiales a su alrededor en el alcázar, no fue necesario explicar la razón que imponía la junta porque todos se habían enterado de las peores noticias con rapidez. Escuchamos con extrema atención las palabras

del comandante, que se nos dirigía con tristeza y preocupación, como quien se encuentra cerca de perder al hijo más querido.

—Bien, señores, la situación, como queda a la vista, es muy alarmante. No sé cuanto tiempo seremos capaces de soportar estas condiciones tan adversas. Porque nuestros hombres no deberían aguantar tal ritmo de trabajo. Debemos tomar tierra a la mayor brevedad, si se nos concede a la mano tal posibilidad. Para colmo de males, hemos abatido muchas millas hacia el norte, demasiadas. ¡Don Matías! —se dirigía hacia el piloto.

—Mande, señor comandante.

—¿Cuánto estima que hemos abatido? ¿A qué distancia nos encontramos de la tierra más cercana, aunque se trate con base en punto de fantasía^[66]?

—La costa meridional de la isla de Santo Domingo debería encontrarse a unas cien leguas^[67] aproximadamente, señor. En cuanto a puertos de Tierra Firme, aproximadamente una distancia similar a Puerto Cabello o Vela de Coro.

Pero en caso de decidir una dirección, le recuerdo que embarcaremos menos agua a rumbos de componente norte y mar por la aleta.

—Coincido al ciento con la opinión expuesta por el piloto, señor — intervenía el segundo—. La costa de la isla de Santo Domingo puede presentar nuestra única salvación, en caso de que consiguiéramos alcanzarla. Si virásemos de nuevo hacia el sur, no sé lo que podría suceder. Bueno, si es que la situación es capaz de empeorar.

—No quiero ni pensar en las palabras que lanzará el general Morales, al comprobar que no regresa la fragata *Ligera* hacia sus dominios. —Laborde sonreía con un rictus de cierta desesperanza y entonación a la baja—. Y por los cojones del mico verderón, no será porque no se lo anuncié. Bien, señores, al grano y por derecho. Creo que no nos queda más función que dejarnos llevar por la mar con el aparejo que nos sea posible largar, elevar unos rezos a la Patrona y esperar alguno de sus muchos milagros. Pero nada de rendirse sin batir fuegos hasta que se mantenga la mínima llama, hemos de salvar esta fragata *Ligera*, que nos ha sido encomendada por Su Majestad. ¿Alguna consideración en contra?

Se hizo el silencio, al tiempo que la fragata metía la proa con un machetazo tremendo, que nos hizo respingar extremidades a los presentes.

—Segundo, que quede anotada la decisión del consejo de oficiales, en cuanto a la necesidad de mantener la proa hacia el norte, en espera de que nos sea dado alcanzar la costa de Santo Domingo, el consejo la considera como la única solución que parece abrirse como posible en nuestro negro horizonte.

En cuanto a ustedes, señores oficiales, les ruego a todos que mantengan la serenidad y no demuestren mayor preocupación. Animen por largo y con alegría a nuestros hombres. Y que a todos los que son relevados en las bombas les entreguen abundantes alimentos de rancho en frío y generosas jarras de ron.

De aquella forma, comenzó un reto trazado sobre las aguas a vida o muerte. Porque de eso se trataba, como lance de armas definitivo. Y en mis carnes se repetía la función en maléfico doblete. Porque ya con el navío Alejandro 1 había vivido una situación parecida, aunque no tan desesperada como aquella. Mientras el viento se rebajaba algunas cuartas de la estadía del ventarrón, la mar, siempre en respuesta lenta, todavía saltaba en blanco alrededor. Seguí cubiertas abajo al teniente de navío Cárdenas, para comprobar cómo nuestros hombres se dejaban el alma en las barras, a machetazos dados con el alma. Los relevos en las bombas se rebajaron a periodos de quince minutos, si se quería conseguir algún beneficio.

Para mis adentros, estaba seguro de que algunos hombres pensaban en la fabricación de jangadas^[68], pero nadie se atrevió a pronunciar aquella maldita palabra en alto. Comprobé la presencia del aventurero a mi lado, compuesto como caballero de lanza y sin aparentar nerviosismo alguno en sus ademanes. Por el contrario, se mantenía preparado para entrar a las bombas, como si con su especial corpulencia fuese capaz de arrojar toda el agua almacenada de un guatón.

Aunque cifrábamos bastantes esperanzas en que el viento y la mar descendieran a cuerdas de bonanza y que tal situación rebajara el necesario esfuerzo, no nos concedieron los dioses una sola oportunidad. Porque el viento maldito se alzó de nuevo hasta alcanzar rachas atemporadas. Y en maléfica conjunción, descargaba chubascos a intervalos irregulares, lo que todavía aumentaba más la entrada de líquido a bordo, por mucho que se aferraran en mantas las escotillas. Escuché las palabras de Cárdenas a mi lado.

—Menos mal que estos jodidos barcos rusos paridos en la miseria, de las cuatro bombas de reglamento, incorporan dos con doble émbolo. Por fortuna son de fabricación inglesa. Se trata de un lujo que pocos de nuestros buques amparan. Gracias a ellas no nos hemos marchado a los fondos todavía, porque son capaces de achicar casi el doble de líquido por sus caños. A usted con un solo brazo no le es posible entrar al tajo, Leñanza, pero los oficiales debemos dar ejemplo.

El teniente de navío Cayetano Gramas, un asturiano de brazos poderosos y manos capaces de matar a una mula de una puñada, al comprobar la debilidad de un grumete alistado a una de las bombas, lo apartó con afecto para entrar al brazo. Y bien que atizaba el machetazo, al tiempo que arengaba al resto de los hombres con alegres comparaciones de curvas femeninas.

—Me cisco una y mil veces en los huevos de esos malditos rusos, que fabrican buques con maderas podridas. Pueden estar seguros de que no dejaremos que la fragata *Ligera* nos traslade a los infiernos. Dicen que en los reinos del dios Neptuno, esperan a los navegantes mujeres de pechos opulentos, caderas firmes y maneras regaladas, pero prefiero dejar esos placeres para otra ocasión. Ya nos encontramos más cerca de tierra y a ella llegaremos si batimos estas palancas como hombres.

También al aventurero, una vez despojado de su casaca corta, entró a la rueda con un poderío digno de admiración. Fiel a su mutismo habitual, no elevaba una sola palabra, pero apretaba el palancón arriba y abajo como un gigante en faena.

Los ejemplos de Cárdenas y del aventurero fueron seguidos con rapidez por el resto de oficiales con renovada ilusión. De esa forma pareció que se elevaba en algunas cuartas la moral de la dotación, que se encontraba casi rendida en los fondos. Y la verdad es que la actuación del personal de a bordo, de capitán a paje de escoba, fue digna de elogio y ejemplo para toda una institución. Posiblemente, el hecho de haber sacado adelante cruceros de treinta y cuarenta días con las bombas de picar en la mano, hacía que la práctica en su uso hubiese alcanzado la máxima perfección. Porque no sólo la fuerza bruta brillaba en la ocasión, sino la moral de hierro de unos hombres dispuestos a salvar la fragata que suponía su morada y su vida, aunque sus tablas no lo merecieran.

Atravesamos aquella primera jornada de agonía con vaivenes de muerte y vida en las ideas, así como una moral cambiante por momentos. Porque en ocasiones parecía que descendía el nivel de agua, aunque no se tratara más que de una vana ilusión que, no obstante, quedaba truncada cuando el contramaestre sondaba con la pica y cantaba las pulgadas. También por momentos y en acuerdo a los bandazos a los que nos forzaba la mar, el agua nos salpicaba hasta las rodillas, con expresiones de cierre en muchas bocas. Como no deseaba mantenerme en simple observación, con el brazo derecho apretaba el extremo de la palanca, para beneficiar la acción general de la bomba en un acto más teórico que práctico. Pero es cierto que, en tales momentos, no se puede despreciar ni el gramo de arena a favor.

En la mañana siguiente, el aspecto exterior de la fragata era penoso por más. Cubrí inspección de ronda con el segundo y comprobamos que la proa se desmoronaba, así como toda la parte de la obra muerta cercana a las amuras. Y créanme cuando utilizo dicho verbo porque, en efecto, se desmoronaba bajo nuestros ojos. En vista de la información, el capitán de navío Laborde decidió atortorar la gacela de un costado a otro, desde la proa hasta el combés, porque se estimaba que la mayor cantidad de agua se introducía por las tablas de proa. Y por todos los cristos crucificados en la pasión, no estimen que exagero una mota en mis observaciones. El comandante, incansable, también ordenó desplazar seis cañones de la batería principal de proa hacia el centro, y hacia popa los cuatro estibados en el castillo. Cualquier posible medida que pudiera rebajar las nubes negras, se acometía con renovado espíritu, como si en ella se cifrase la salvación eterna.

De esta forma, lanzados a esta lucha a muerte y con la fragata encharcada de agua en todas sus cubiertas, el viento y la mar nos batían sin misericordia una jornada y en la siguiente también. Sin embargo, acaba por brillar el sol aunque la rumazón se enquiste en torcida sin vuelta. Entramos en el cuarto día, que ya asemejaba un año de vida en el mismísimo infierno, cuando el vigiador cantó con las primeras luces la voz tan esperada en todos los sufridos pechos. Y si esa divina palabra suele alegrar los corazones en todo hombre de mar, en nuestro particular caso ofrecía esperanza de una vida que estimábamos perdida.

—¡Tierra! ¡Dos cuartas a estribor!

Pareció que la mar y el viento respondían en beneficio al grito del grumete izado en la cofa del palo mayor. Porque el soplo comenzaba a rendir bases y la mar entraba en lo que estimamos como inminente planchado. Sin embargo, la fragata pesaba como el demonio y sus movimientos se ralentizaban como gabarra del Guadalquivir. Escuché la conversación del comandante con el piloto.

—No reconozco esos perfiles, piloto.

—Tampoco yo de momento, señor. Pero si no he fallado demasiado en la fantasía del punto, juraría que nos encontramos ligeramente a barlovento de la isla Vaca. Y a pocas millas de distancia la estimo.

—Esperemos a que levante la luz y los rayos aparten esa boria. Parece que la mar se plancha con extrema velocidad.

—¡Bendita sea la Patrona, que nos ha salvado de momento! —exclamó el piloto, alborozado.

—Agradecemos a Nuestra Señora del Rosario los favores recibidos, desde luego. Pero no cante victoria todavía, don Matías, que nos falta camino por recorrer.

En efecto, la mar quedaba en llana como bandeja de plata y el viento menguaba hasta quedar en una ventolina muy suave, con lo que la fragata no sufría movimiento alguno de balance o cabezada. De esta forma, se ordenó largar todo el aparejo disponible para reconocer la costa con la debida precisión. Pero si tras establecer la medida de los tortores, la entrada de agua había disminuido ligeramente, no sucedía lo mismo al quedar la mar pacífica, señal de que teníamos razón y todo el problema se centraba en los fondos.

El hecho de mantener la costa al alcance de la mano y Puerto Luis a escasas millas a sotavento, se corrió por toda la dotación como reguero de piedras preciosas. Y como era de esperar, tales noticias animaron a la dotación para mantener la presión sobre las bombas de picar y que la moral se elevara hasta las nubes. Porque hay pocos sentimientos más felices en esta vida que dar la espalda a la muerte cuando la ves venir de cara con la guadaña presta en la mano. No obstante, debemos tener en cuenta que a las acciones de las bombas, se acoplaban las benditas manos de los profesionales que las reparaban de continuo. El esfuerzo de las máquinas era tan abrumador, sin olvidar su permanente empleo en los últimos ocho meses, que las guarniciones acababan por saltar y de forma especial las superiores, que debían ser reemplazadas con rodajas de madera. Al mismo tiempo partían los manubrios, que también se reparaban con extraordinaria rapidez por los carpinteros en faena de fortuna. La bomba sencilla de estribor, de menor caudal, acabó por declararse inútil y los vientos que afloraban en los caños de las restantes se consiguieron corregir, precintándolos y arreatándolos^[69] con buen meollar de fábrica.

Con la playa de arena a la vista, el comandante reunió junta de oficiales en el alcázar por segunda vez. Y pocos podían suponer sus intenciones que, con una honradez profesional digna de todo elogio, sometía al criterio general.

—Señores oficiales, como pueden observar, nuestros penosos esfuerzos de tantos días ofrecen una recompensa bien visible. —Señalaba con la mano hacia tierra—. Pero ahora se nos abren dos posibilidades muy distintas, que quiero someter a su consideración. Por una parte, lo más sencillo y rápido sería arrumbar a Port Louis y asegurar en firme las vidas de todos nuestros hombres.

Sin embargo, no puedo asegurar un aceptable futuro para ellos en tierra, porque deberíamos ponernos bajo la dominación de los negros de la parte

occidental de la isla de Santo Domingo, llamada Haití. Ya habrán escuchado que en esa tierra no se mantiene ningún criterio de humanidad internacional, ni convenio con reinos europeos. Hasta sería posible que nos encadenaran en inhóspitas prisiones, cercanos o entrados en la más pura esclavitud. Por mi parte, intentaría proseguir un poco más hasta alcanzar el puerto de Santiago de Cuba, a unas ciento cincuenta millas de distancia. Ya sé que puede ser muy arriesgado, aunque la recompensa mereciera la pena. Pero quiero saber su opinión.

—Lo que entienda como mejor diligencia y así la ordene, señor comandante, será obedecida por todos a bordo sin rechistar —contestó el teniente de navío Clemente Cárdenas con fuerza de maza—. Por mi parte, tampoco deseo quedar bajo la dependencia del Gobierno y habitantes de Haití. Me ofrezco a seguir en la labor de las bombas durante veinte horas más, si es necesario. La mar y el viento parecen estar de nuestra parte y la distancia a Santiago es aceptable, tras todas las millas que hemos sufrido hasta ahora.

—Pero no se confundan, señores. La entrada de agua apenas ha disminuido y las bombas se encuentran en sus últimas boqueadas.

El sentir general de todos los oficiales se tradujo en unánime acuerdo con la idea de nuestro comandante. Sin embargo, Laborde entró en una petición desusada y que comprobaba por primera vez.

—Creo que nuestros hombres también deberían ofrecer su opinión, pues a ellos les exigiremos un supremo esfuerzo cuando ya no les queda una onza de energía en el cuerpo. Por favor, que los hombres libres de servicio se congreguen aquí en el alcázar a la mayor brevedad.

Menos el personal alistado a las bombas en aquellos momentos y los de guardia en los palos, se congregó la tripulación y guarnición de la *Ligera* en la cubierta desde el alcázar hacia proa. Algunos miraban hacia los oficiales con cierto recelo, como si se esperaran alguna medida negativa para sus vidas. Y volvió a entrar el comandante Laborde voz en alto, con precisa información sobre la situación del buque y arengas de vuelos por la extraordinaria labor llevada a cabo por la dotación al completo hasta el momento.

Creo oportuno recordar aquí que, desde nuestra llegada a Tierra Firme, más de dos años atrás, todas y cada una de las almas a bordo solamente habían recibido mes y medio de sus sueldos. Y aunque dudara en mi sesera sobre la respuesta que aquellos hombres medio desnudos y de músculos trillados podían ofrecer, concedieron la razón al comandante y se conjuraron en un último esfuerzo para llegar a tierra española. Como extraordinario colofón, dieron generosas y espontáneas voces de ¡viva la nación! y ¡viva el

Rey! En mis adentros pensé que se trataba de una verdadera lástima, que don Fernando VII no mereciera una sola onza de aquel cariño y apasionado fervor de sus leales súbditos.

Una vez tomada la decisión, la fragata *Ligera* aprobó en conveniencia para atravesar el estrecho cuadrado entre la isla de Santo Domingo y la de la Jamaica. Intentábamos progresar hacia el norte, con derrota firme hacia la ciudad de Santiago en la isla de Cuba, población hispana más cercana. Sin embargo, una vez doblado el cabo Tiburón a suficiente distancia, por el paso que se ofrece con la isla Navaza y con proa al septentrión puro, se nos vino encima un nuevo mal. Porque los dioses de la mar no parecían desear el definitivo final de nuestros padecimientos. El viento cayó a cero hasta dejar las velas en caída de suspiro.

Y para nuestra desgracia, como ya habíamos comprobado, tal situación no rebajaba la entrada de agua a bordo en una sola pulgada.

Aprovechando la circunstancia, se echaron al agua los maestros buzos y el herrero en nueva inspección, que también este último entraba al pulmón bajo la superficie con destreza. De regreso a cubierta y con rostros asombrados, informaban de que en la mura de estribor y a unos catorce pies bajo la línea del agua, habían descubierto un agujero por el que don Juan Dorado podía meter uno de sus poderosos brazos sin encontrar la menor oposición. Pero también explicaban que todas las cabezas de los tablones exteriores inmediatos al alefrís^[70] se encontraban podridas y hechas fango, así como varias tablas del aforro^[71] levantadas y aventadas. Don Juan, alentado con su permanente tenacidad y espíritu emprendedor, solicitó permiso para introducir por el agujero pelotones gordos de masilla y estopa, hasta dejarlo cerrado. Se lo permitió el comandante aunque sospechara, como en realidad sucedió, que tal medida no evitaría una sola gota de líquido en su entrada.

Como todos continuaban pensando en posibles soluciones, se intentó una que ya se probara con mala mar sin resultado positivo. Pero el guardián don Evaristo Andrade defendía que en estado de máxima quietud de las aguas podía ser positivo. De esta forma, se tomó una vela de sobremesana y se ciñó por debajo de la quilla, abrazando el pie de roda, el tajamar y las amuras. Para ello fue necesario el uso de andariveles de fuerza, hondas y palanquetas^[72]. Debo reconocer que tampoco se esperaba éxito apreciable con esta vieja solución. Sin embargo y para sorpresa general, así como especial orgullo del guardián, con tal medida se consiguió disminuir la entrada de agua en más de la mitad, lo que produjo algún alivio en los miembros de la dotación y un relajamiento de función en las bombas con el necesario descanso ampliado.

De ahí que sacara la conclusión de que, como obraba de común el comandante Laborde, se deben escuchar las opiniones de todos, aunque se estimen poco versadas o en bocas de personal subalterno poco preparado.

Dos días después, que ya la experiencia tortuosa se alargaba más allá del infinito, se levantó una brisa suave que nos permitió continuar avante en nuestra derrota de salvación. Pero en negativa consecuencia, comenzó a aumentar la entrada de agua, de forma que al día siguiente se encontraban las tres bombas disponibles de nuevo a machota dura y sin concesiones. En esta última jornada, hasta ocho de los diez hombres rebajados de esfuerzos en la enfermería, se ofrecieron en voluntaria pasión para entrar a la rueda. Y como ya merecíamos de los cielos alguna recompensa, aquella misma tarde distinguimos el castillo del Morro y, poco después, abordábamos la ría que conduce a la bella ciudad de Santiago de Cuba. Un par de horas después, fondeábamos cerca del puerto.

Pero no crean que con esta llegada a puerto, se calmaron las necesidades perentorias a bordo. Bien es cierto que ya no clamaban a tono de salvación las almas de tantos hombres, en gritos silenciosos de querencia a una vida que se podía perder en cualquier momento. Pero el comandante Laborde no estaba dispuesto a dilapidar un buque puesto bajo su mando. Y para aclarar hasta la mena más sencilla, exponía sus argumentos con precisión. Defendía la opinión de que, siendo tan escasos los buques a disposición en la Real Armada, se debía dar hasta el último aliento para no permitir que la *Ligera* cayera a los fondos. Y nadie dudaba de que tal situación acontecería, en cuanto cesaran las bombas su funcionamiento durante unos minutos. Como todavía se consideraba la entrada de agua, una vez en el fondeadero, sobre las ciento cincuenta pulgadas a la hora, se volvió a dar la vela de sobremesana con nuevos andariveles y plomadas, con lo que se redujo de nuevo a unas cien.

Exigiendo un esfuerzo más a aquellos corazones de bronce que seguían sus órdenes como una piña sin fisuras, en los dos próximos días se pusieron en tierra con el permanente barqueo y faena de aparejos a bordo toda la artillería, cureñaje, maderas de respeto, balerío, pólvoras, víveres y todo lo que pudiera ofrecer peso adicional. Para desesperación del comandante, el agua continuaba entrando como ría perversa, en una media de ochenta pulgadas, lo que daba una idea del estado que se podía prever en los fondos.

Ante tales adversidades, se remolcó la fragata *Ligera* hasta la ensenada de los Cocos, para rematar la operación varándola en fango suelto y sin peligros. Pero aun así continuaba el putorrón líquido entrando varas adentro. Los

maestros mayores del apostadero de Santiago, con un ingeniero a la cabeza, llegaron en auxilio. Y una vez reconocido el buque con suficiente atención, prestaron su opinión inequívoca de que la fragata *Ligera* no sería capaz de volver a prestar servicio jamás, y ni aun moverse una sola yarda del lugar de varada. Laborde, resignado, decidió que cesaran los trabajos en las bombas, el martirio al que se había sometido a tantos hombres durante meses, especialmente en las últimas semanas. Y como si se tratara de página escrita en el libro negro del destino, al día siguiente daba la fragata el través, si bien, después de haber sacado de sus cubiertas hasta el último lingote del enjunque^[73]. Allí acabaría por deshacerse en maderas sueltas. Y ese fue el triste final para una fragata de la Real Armada, que había prestado muy efectivos e importantes servicios a pesar de sus pobres y calamitosas características.

Pero ya mis ojos no llegaron a observar tan triste estampa, con la fragata *Ligera* tumbada a la banda sobre el fango en la ensenada de Cocos, mientras exhalaba sus últimos estertores. Y no me arrepiento de que la diosa Fortuna me escamoteara una escena con tan luctuosas sombras. Como las desgracias se amadrinan una a otra en severa consecuencia como cabo de ayuste, cuando todavía era necesario picar las bombas en el último día, bajé para animar a los hombres en su penosa función. Y la diosa negra de la mar se cebó contra mí a fuerza de tenaza. Porque, como de costumbre, tomaba el extremo del machete superior, al tiempo que narraba a los extenuados hombres escenas de gloria y futuras recompensas. Fue el momento en el que el madero superior de banda volvió a faltar, siendo lanzado como una ballesta hacia el lateral. Y ahí se encontraba el pecho del joven alférez de fragata Francisco Leñanza para parar su recorrido. Sentí un impacto tremendo en la parte superior del pecho y del cuello, que me lanzó a las tinieblas por derecho y sin llegar a atravesar nubes negras o blancas en su derrota.

Mientras el capitán de navío Laborde elevaba partes e informes en los que elogiaba los extraordinarios méritos y servicios rendidos por encima de cualquier medida de cada uno de sus hombres, con recomendaciones de mesadas extraordinarias y merecidos ascensos, de nuevo dormía el sueño de los justos en el hospitalillo del apostadero de Santiago, bajo los cuidados de un cirujano llamado Aurelio Montariz. Desperté un día después con el torso vendado con tanta fuerza, que casi me impedía la más débil respiración, al tiempo que sentía un fuerte dolor en el pecho, cuello y mandíbula. Y según me comunicaban, había disfrutado de mucha suerte. Porque solamente habían partido varias costillas, una de las cuales me oprimía y dificultaba la

respiración. También el cuello y la parte baja del rostro habían sufrido con el golpe, de forma que debía ingerir alimentos líquidos por inmovilización de los huesos de la mandíbula, para que se consolidaran y fuera posible su rehabilitación. Se me recomendaba de forma obligada reposo absoluto y verlas venir.

Aunque el capitán de navío Laborde pedía honores y prebendas para todos sus hombres, que descansaban de forma más que merecida en el apostadero de Santiago tras un terrible sufrimiento de semanas, para él pedía solamente... solamente una fragata con la que reemplazar a la *Ligera* y regresar cuanto antes a las costas de Tierra Firme. En mensaje dirigido al capitán general de la Habana, responsable jurisdiccional de aquellas costas, exponía la situación actual tras la operación llevada a cabo en Maracaybo. Pero también le dejaba claro el miedo a que se torciera la situación más pronto que tarde, lo que podía conllevar la pérdida de todo lo ganado e incluso de la importante plaza de Puerto Cabello, y señalar de esta forma el fin de la presencia española en aquellas provincias venezolanas.

Aunque no lo expresara en su informe, en verdad que se consideraba necesaria la presencia del comandante Laborde en las aguas de Tierra Firme, cuyo solo nombre inspiraba temor a los aventureros, corsarios y rebeldes. Y como prueba aclaradora, en el tiempo que se mantuvo nuestro comandante en Santiago y La Habana, los corsarios alargaron sus correrías hasta la misma isla cubana, en cuyas costas rindieron a la corbeta María Francisca de veintidós cañones, batiéndola con otra corbeta y tres bergantines a un mismo tiempo. Pero aumentaban su osadía al punto de pasar a bloquear la isla de Puerto Rico, desde Aguadilla hasta el apostadero de San Juan, por medio de una división del comodoro Daniells compuesta por dos corbetas de fuerza, un bergantín y cinco goletas.

Por fin, tras mucha brega de folios y petición apoyada en irrefutables datos, el capitán de navío Laborde conseguía que el capitán general de Cuba, teniente general Gastón, le concediera el mando de la división naval compuesta por la fragata Sabina, bajo el mando del capitán de fragata Chacón, y la corbeta Ceres. Todo ello sin cesar como comandante del apostadero de Puerto Cabello y unidades allí alistadas. Esta decisión de la superior autoridad establecía con claridad, la categoría personal que presentaba don Ángel Laborde para todos en aquellas aguas. Porque se mantenía en el empleo de capitán de navío muy moderno, pero nadie puso en duda que se trataba del hombre ideal para continuar al mando de las unidades de la Armada en las aguas de Tierra Firme.

Sin esperar un día de más, con su insignia izada en la fragata Sabina, donde se encuadraban de forma voluntaria muchos de los hombres de la *Ligera*, Laborde arrumbaba directamente a levantar el bloqueo de Puerto Rico. Y lo conseguía al primer intento tras doloroso combate, en el que sufría elevadas bajas y destrozos a su bordo. Pero sin tregua ni descanso, aproba su fuerza hacia Puerto Cabello, para levantar de inmediato el bloqueo al que los rebeldes sometían la plaza por mar. Y en la acción apresaba las corbetas María Francisca y Zafiro, esta última insignia del comodoro Daniells, que la había abandonado sin caer detenido. Posteriormente, se dirigió a Maracaybo donde, por desgracia, se escribió otra historia negativa para las armas de España.

Puedo asegurarles sin pasión, por los fidedignos datos que llegaron a mi persona en la capitanía general de La Habana, que no desmereció el capitán de navío Laborde en dichas acciones una sola pulgada, más bien al contrario. Pero al mismo tiempo, otros, como el general Morales, ofrecían la peor de las caras, que nos llevaron a anular toda presencia en las costas de Tierra Firme. Porque además de Maracaybo, se acabó perdiendo el bastión de Puerto Cabello. Y en esta última acción se pudieron amadrinar gestos de incompetencia y escaso valor, al triunfar el ataque del caudillo rebelde Páez desde las colinas sobre una plaza considerada como inexpugnable. Con estas acciones, se cerraba al completo la presencia española en aquellas tierras.

En cuanto a mi magullada persona, fui trasladado a La Habana, donde ingresé en un hospital de mayores tintes dirigido por las hermanas hospitalarias. Para el bien de mi cuerpo, los cirujanos coincidieron en que se habían tomado las oportunas y necesarias medidas en el hospitalillo de Santiago. Sin embargo, recomendaban inmovilización absoluta de cuatro semanas y un adecuado restablecimiento posterior. Cuando el capitán de navío Laborde vino a visitarme con las buenas nuevas de los mandos concedidos, le pedí continuar bajo sus órdenes.

—Bien sabe Dios que se trataba de un ruego elevado con el corazón. Así lo comprendió quien siempre sería para mí un inolvidable comandante.

—Ya ha entregado suficiente de su persona en esta empresa, Leñanza. Un brazo y casi la vida en el último minuto, cuando todo se daba de mano. Deberá descansar en necesaria convalecencia por un periodo mínimo de seis meses. Pero quiero que sepa para su satisfacción personal que sois uno de los ascensos propuestos que han sido aceptados y elevados por el capitán general. Así que espero verle muy pronto enjaretado de alférez de navío, mudando la charretera de hombro^[74]. Nos veremos en España.

—Pero, señor, prefiero quedar en las costas de Tierra Firme y continuar...

—Cada momento de nuestra vida, Leñanza, nos muestra un camino que no podemos ni debemos evitar. —Elevaba su mano para hacerme guardar silencio—. Le repito que habéis sido un ejemplo para toda la dotación y me siento muy orgulloso de haberos tenido bajo mis órdenes. Ya cruzaremos derrota más adelante, que nuestras carreras se amadrinan y separan de continuo. Descanse y recupérese a fondo. Será repatriado a España y se le concederá licencia por enfermedad y necesaria convalecencia. Además —ahora Laborde mostraba sonrisa de cuadro—, así podrá charlar de nuevo con aquella jovencita que le hacía brotar espuma por los poros de la piel. Nos volveremos a ver, Leñanza, y de nuevo mi más sincera enhorabuena por el ascenso que se le conferirá en pocos días.

—Gracias a usted, señor comandante. Vos sois quien más lo merece. No olvidaré su espíritu y consejos.

Después de apretar mi mano con sentido afecto, el capitán de navío Laborde abandonó la habitación. Quedé de nuevo en una vacía y poco deseada soledad, que en poco abanicaba mi alma. Y como si se tratara de una rápida recorrida por las páginas de un libro, por mi cabeza pasaron a empellones las imágenes de las escenas vividas desde que embarcara en la fragata *Ligera*, más de dos años atrás en el puerto de Cádiz, hasta la llegada al puerto de Santiago de Cuba, jamás olvidaría aquellas maderas podridas que, sin embargo, conformaron una fragata que dio todo de lo que era capaz y mucho más en defensa de los intereses de España.

19. La quinta de Santo Antonio

Me instalé durante meses en una estación de plena y entera felicidad, sin que una sola nube de color incierto flotara a mi alrededor, ni dudara en momento alguno del rumbo que debía imprimir a la nave de mi vida. Me maravillaba comprobar lo bien que, en tal estado, se acoplan el cuerpo y el alma en una misma talega, con el riesgo de llegar a estimar que pasa a ser la situación normal en nuestras existencias. Y tanto se alargaba esa venturosa estadía, que me creía sumergido en un maravilloso y profundo sueño del que, sin embargo, acabaría por despertar en cualquier momento. Parece difícil creer que el amor en su más absoluta extensión, como cúpula de cristal acoplada de lleno y en redondo por todo el horizonte, aparezca al golpe y sin haberlo buscado. Posiblemente, se trataba de una especial concesión entregada desde otro mundo en debido merecimiento, aunque peque de inmodestia espiritual con esta última declaración.

Tras mi oficial presentación al ministro de Marina, jefe de escuadra don Juan Javat y Aztal, y la entrañable conversación mantenida con el teniente general don Cayetano Valdés y de Flores en el palacio de Montefrío, marché con mis criados Beto y Guanche hacia las Extremaduras, con objeto de cruzar la raya de Portugal y penetrar en el terreno que estimaba preñado con los cielos más azules del universo conocido. Albergaba tripas adentro sentimientos tan especiales y acogedores que se abrían los poros de mi piel como troneras de cañón en avance, mientras por el cerebro desfilaban imágenes ya vividas que, por supuesto, deseaba repetir una y mil veces.

Aunque los sentidos me urgían el ánimo en correntía de pasos al pensar en el puerto de destino, tomé con suficiente tranquilidad el camino que, desde la Corte, se dirige hacia las Extremaduras. De esa forma y haciendo noche en Talavera de la Reina y Trujillo, en la tarde de la última jornada descubrimos la ciudad de Badajoz en el horizonte. No obstante, he de mencionar que cuando, poco antes, atravesamos el pequeño caserío de Lobón, fui consciente

de que a menos de seis leguas hacia el sur dejaba nuestra querida hacienda de El Bergantín, metida en tierra de Barros y cercana a la localidad de Santa Marta. Y como siempre ha sucedido a todos los miembros de la familia Leñanza, se trataba de misión imposible no recordar la existencia de aquellas tierras, que tan gran influencia habían ejercido en nuestra sangre, con extraordinario cariño y rendida nostalgia.

Conseguí encontrar una espléndida posada en la bella ciudad de Badajoz donde, por gracia de los cielos, pude dormir plácidamente. Deseaba reposar músculos, para entrar en el Reino vecino al día siguiente con fuerzas renovadas. Claro que colaboró de firme en la empresa de entrar en dulces sueños haberme regalado los sentidos con una comida cuajada de buenas carnes y un inolvidable vino cubierto de tres o cuatro hojas, que trasegué por mi garganta por largo y con extremo placer. En la mañana siguiente seguí al punto las indicaciones de Leonor, en respuesta a mi recado de pronto arribo. Cruzamos la raya portuguesa al traspasar el puente romano marcado sobre el río Guadiana, en las mismas faldas de la capital extremeña. A escasa distancia, a una legua larga y antes de entrar en la plaza fortificada de Elvas, tomamos un camino de rueda hacia la izquierda en dirección a Gramicha, pequeño caserío que cruzamos poco después. Continuamos por la misma vereda, que ahora mostraba demasiadas roderas en aumento hasta que, dos leguas más tarde, pudimos observar un cartel de cuadro que jamás olvidaré por el golpe que supuso en mi corazón. En una tabla de madera se leía la frase tan esperada, trazada a mano: Quinta de Santo Antonio.

Metimos cabeza por el nuevo camino, cuando ya en los lindes de mi alma comenzaban a hurgar los duendes a ritmo de bombardas. Y poco gustaba a los animales de tiro aquella vereda angosta y con piedras falsas de ribera, por la que nos deslizábamos con vaivenes de peonza. Continuamos con exigencias rebajadas, hasta recorrer poco más de media legua, momento en el que advertimos al frente dos picachos de fábrica, similares a los mojones del Reino castellano, unidos por baldas de forja en las que podía leerse el nombre de la quinta. Apenas los habíamos atravesado, cuando atisbamos en el horizonte, tras una pinada de roques, dos figuras en dura cabalgada hacia nosotros. Y si hasta el momento me era difícil mantener los nervios bien enjaretados a las brasas, casi reventó la carnaza cuando pensé que podía ser Leonor quien avanzaba varas hacia nosotros. Pero pronto comprendí que se trataba de dos hombres y que uno de los jinetes mostraba las hechuras propias del joven Marco casi con seguridad. Detenido el carruaje a mi orden, descendí de él al tiempo que las dos cabalgaduras llegaban a nuestra altura.

Marco, vestido de forma impecable con el atuendo campero que llamaban a la portuguesa, saltó de su animal con extraordinaria agilidad. Sin dudarlo un segundo y con las más sinceras muestras de alborozo en su cara, vino hacia mí para tomarme en un fuerte abrazo, como si se tratara del padre muy querido al que se añora en la distancia por largo tiempo.

—Bienvenido seáis ahora y por siempre a la quinta de Santo Antonio, señor duque de Montefrío. Haceros a la idea de que os encontráis en tierra propia con todo derecho. Es un inmenso honor para los Almeida que nuestro valeroso salvador y jefe de escuadra de la Real Armada acuda a estas tierras portuguesas.

—Por favor, Marco, deja tanto formalismo a la banda, que hemos corrido mucho mundo juntos y con experiencias de todo tipo. Además, soy yo el agradecido por la invitación cursada.

—Así lo establecimos tras los maravillosos días que atravesamos en la hacienda de Santa Rosalía. Espero que podamos quedar a su altura, misión nada sencilla. Especialmente en cuanto a los trofeos cinegéticos que, según espero, podrá cobrar. —Marco sonreía con extremo placer.

—El momento más importante y emotivo de la caza, cuando la carne propia se abre en cruces, es el lance de muerte, amigo mío. Lo demás es un simple añadido, que decora el cuadro sin mayor importancia. Por cierto, espero que la familia se mantenga en buen curso y entrada en salud de bienes —aquí ladraba en falsete de luces, porque sabía bien que su madre, Leonor, y él formaban toda la familia directa.

—Así es por la gracia de Dios, señor. Mi madre, fiel a su norma habitual, se encuentra impaciente porque esperábamos su arribo sin certeza plena para el día de ayer o el de hoy. Pero, por favor, sigan mis pasos al ritmo que estimen pertinente. Deberemos avanzar todavía una legua más para alcanzar la mansión de la quinta.

Debo aquí anunciar que nunca supe exactamente si con la palabra quinta los portugueses se referían a la casa o palacete central de la hacienda, o a toda ella en general, a pesar de las explicaciones poco aclaratorias que recibí en diversas ocasiones. Pero también en España se emplea dicha palabra, caída bastante en desuso, cuyo origen se ceñía al quinto que se debía entregar al Rey de los productos recolectados en la hacienda. El caso es que, en aquella ocasión, seguimos las cabalgaduras de Marco y de un tal Ricardo, capataz de la quinta de Santo Antonio, hombre fuerte y noble donde los haya, cualidades que descubrí cuando acabé por tratarlo y conocerlo.

Lo que se podía entender como un recogido palacete campero se nos apareció de improviso, una vez atravesada la mancha espesa de alcornoques en la que debimos recorrer poco más de cien varas. Y la explosión que produjo en mi vista fue la de un blanco avasallador, que relucía bajo los rayos del sol como un espejo brincado contra la cara. Y no miento una mota si aseguro que se me apareció en una primera impresión como una gigantesca ermita, hasta confundir una de sus torres con el adecuado campanario. Pero ya la emoción interna se elevaba a tal altura, que solamente mantuve el foco dirigido a la figura que presentía situada en la parte baja de la escalinata de acceso. Y no era fácil distinguir los perfiles al detalle, porque la profusión de árboles abría y cerraba la espita de la visión hasta volverme casi loco. Deben recordar que, al disponer de un solo ojo, la capacidad de visualizar se dificulta con las estimaciones en la distancia, eso al menos me aseguró el cirujano ferrolano que lo vació a la brava antes de coserme los párpados. Sin embargo, en las últimas varas de aproximación distinguí a la perfección la silueta de Leonor, que movía los brazos extendidos con evidente nerviosismo.

Cuando el carruaje se detuvo frente a la empinada escalinata, rodeada en cresta con macetones blancos preñados de flores rojas, un sirviente enjaezado con librea verde se acercó para abrir el picaporte y desplegar el estribo. Marco se había situado junto a él, mientras su madre quedaba un tanto rezagada en misión de recomendada guarda, y el resto del servicio cubría a las bandas el recorrido. De nuevo me abrazó con fuerza el joven, como si no nos hubiéramos saludado todavía, al tiempo que elevaba las palabras de cortesía, con una frase añadida que me hizo sonreír a escondidas.

—Bienvenido a la quinta de Santo Antonio, señor duque de Montefrío. Espero que recordéis a mi madre, la señora Leonor de Almeida.

—Por supuesto que la recuerdo. —Sin poder apartar la vista de su rostro, me acerqué a ella para besar su mano, un contacto inicial que revolvió mis sentimientos al compás con extrema dulzura. Y más todavía al escuchar el tono emocionado de su voz.

—Es un verdadero placer que hayáis aceptado nuestra invitación para visitar esta sencilla quinta de Santo Antonio, señor de Leñanza. Mucho hemos de agradecer a vuestra persona y no sólo por habernos salvado la vida en Africa a mi hijo y a mí —entonaba en alto para que fueran escuchadas sus palabras por el servicio—. Por favor, acompañenos.

La farsa parecía continuar a paso largo, pero ahora con tintes más elevados todavía. Y por mi parte moría por encontrarme con Leonor en la intimidad, abrazarla, besar su boca y acariciar ese cuerpo que tan bien conocía

hasta el último poro de su piel. Pero fiel a las normas, que acabarían por saltar tarde o temprano, seguí sus pasos hasta un saloncito recogido y acogedor, donde tomamos asiento y un ligero refrigerio. Puedo declarar con toda solemnidad que allí comencé una nueva vida, aunque se tratara de la segunda parte de esa nueva era emprendida en la hacienda de Santa Rosalía meses atrás. Porque a partir de aquel momento, el placer se desparramó en felicidad por los cuatro puntos, para caer sobre mi alma a chorro de escotillón.

Puedo reducir mi vida en Santo Antonio con una breve explicación, porque en escasas ocasiones saltamos los lindes impuestos para cada día. Por las mañanas cabalgábamos en compañía de Marco, que nos concedía entera libertad, o me dedicaba a la caza con el joven que tanto cariño me había tomado. No eran comparables las piezas a disposición con las de Santa Rosalía, por supuesto, pero el joven realizó los mayores esfuerzos y preparó los mejores aguardos posibles, con los que rendimos piezas de tono alto. Almorzábamos los tres, dábamos un paseo vespertino, para acabar la jornada, tras la cena, en la habitación que me habían asignado, situada al extremo del pasillo donde se situaba la alcoba de Leonor. Y al igual que en Santa Rosalía, esperaba el silencio y la absoluta oscuridad para trasladarse hasta mi cama, un rumor de pasos y sedas que me anticipaba el mayor de los placeres. Volvimos a enloquecer con la pasión elevada hasta los cielos y más allá, como si entráramos en lances de amor carnal por primera vez en nuestras vidas. Y si en los primeros momentos llegué a sufrir porque la situación en que corría nuestra vida se dejara notar en demasía, Leonor tapaba mis labios para ofrecerme tranquilidad.

—Nada ha de suceder, Santiago. Ya te dije en Santa Rosalía que poco o nada me importan lo que algunas voces malignas y preñadas de envidia quieran largar por sus repugnantes bocas. Nos amamos y estamos juntos, ese debe ser el único fin que debemos perseguir.

—Ya sabes que comprendo y apruebo letra a letra cada una de tus palabras, Leonor. Al menos, juro por Dios que lo intento. Pero incluso a veces, la presencia de Marco me produce cierta...

—No has de preocuparte una sola brizna por Marco ni dudar de su actitud. Ya no es el jovenzuelo que conociste en Lorenzo Marqués, sino todo un hombre. Ha vivido los horrores que tan bien conoces en Africa bajo la bota del monstruo de su padre, y si todavía ambos disfrutamos de la vida es gracias a ti. Te quiere como si fueras un segundo padre, porque a través de ti se abrió a un nuevo mundo en el que goza a pleno pulmón día a día. Sabe de nuestro

incontenible amor y lo aprueba sin torcer el gesto una pulgada, al punto de asegurarme que no sería justo que nos separáramos.

—Pero no puedo mantenerme en esta quinta toda la vida, amor mío. Y bien que me gustaría, no lo dudes. He considerado como posible solución...

—¿Qué has pensado ahora, mi amor? Cuéntamelo con todo detalle, siempre que se trate de noticia grata. —Leonor urgía la continuación, al tiempo que atrapaba mis palabras con su boca pegada sobre la mía, sin dejar de acariciar mi cuerpo—. Me parecerá bien, siempre que no nos obligue a una separación.

—Ya te expliqué que, a unas quince leguas de aquí, poseo una hacienda llamada El Bergantín, a la que dispensamos especial cariño en la familia. Fue adquirida por el administrador de mi padre con el dinero heredado del suyo, tras su penosa muerte en epidemia. En ella se casaron mis padres y también yo pasé temporadas muy dichosas. Creo que no debo alargar mi estancia en esta quinta más de un mes. Pero una vez atravesado ese tiempo, podemos pasar a El Bergantín donde nadie sabrá de nosotros.

—Me parece una idea magnífica.

—Pero debes conocer un detalle importante, amor mío. Esa hacienda es un tanto particular y con distintas normas al resto de las posesiones de la casa. No encontrarás allí suntuosos salones ni servicio palaciego en momento alguno. Desde el primer día, mi padre deseó que se mantuviera en esa mansión una vida campera llana, razón por la que es cuidada solamente por un matrimonio fiel, Ambrosio y Felicia, ayudado por sus tres hijas. Y he mantenido las normas impuestas años atrás. Con los criados particulares que nos acompañan nos amoldamos.

—Me parece una idea genial. Seguro que ese ama cocina manjares propios de una reina.

—No lo dudes. Los guisos de Felicia han sido famosos en mi familia durante años. —Una idea entró de puntillas en mi cerebro y me hizo dudar antes de continuar—. Aunque te parezca buena la idea de movernos hacia esa hacienda extremeña, no sé si..., bueno, no quiero que Marco se vea obligado a acompañarnos como...

—Aunque ya te dije y repito una vez más, que nada me importan las habladurías de moscas pardas, como he pensado en ti cada día desde que nos separamos, he considerado mucho las diferentes posibilidades que se nos abren. Pasar juntos a esa hacienda de la que hablas no supondría inconveniente alguno. Por el contrario, me parece una magnífica oportunidad al alcance de nuestra mano y a tan escasas leguas de Santo Antonio. Pero

como dices, no podemos obligar a Marco a que actúe de carabina permanente, porque debe vivir su propia vida. Sin embargo, tengo una prima que no es muy inteligente... Vamos, que nació bien pero sufrió posteriormente algunas enfermedades, que le dejaron con ciertas deficiencias. Me tiene especial cariño y pasa muchas temporadas con nosotros. Posee una quinta a escasa distancia de Santo Antonio, aunque en realidad se la lleva Marco y nuestro capataz porque la pobre no da más de sí. Pero si la invitamos a esa hacienda extremeña, nos acompañará muy gustosa y cubrirá el expediente a la perfección. De esa forma, podremos trasladarnos de un sitio a otro, como gitanos trashumantes en riña de carretas. —Leonor reía, divertida, al tiempo que se abraza a mí en la cama—. Pero es exactamente igual, mi amor. Solamente quiero estar a tu lado.

—También yo, Leonor. Nada me preocupa lo que suceda en el resto del mundo.

—Bueno, con sinceridad, a mí sí que me preocupa un detalle que no debo soslayar. ¿No deberás prestar servicios en pocos meses? Tampoco quiero que abandones tu carrera en la Armada por mi culpa.

—Mira, Leonor, mi carrera en la Armada no presenta caminos de gloria o de un mínimo placer en la situación actual. Mucho he sufrido por haber rendido servicios con la mayor entrega y lealtad. Y tan sólo porque rozaba el nivel político junto al ministro, sin haberlo solicitado ni desearlo. No quiero dedicarme a la política, que parece ser la encomienda principal y casi única a la que se dedican casi todos los generales españoles en estos días. Prefiero quedar al margen de ese rifirrafe nacional que, estoy seguro, acabará por reventar en rieras de sangre. Pero deberé presentarme regularmente por la Corte para mantener en orden los asuntos de mi casa, saludar a la familia y, al mismo tiempo, presentarme al ministro de turno para renovar mi permiso de excedencia voluntaria. Si la Armada retomara un camino que estimo perdido, sería el momento de decidir. En mi actual empleo, podría ser nombrado comandante general de la escuadra. Pero para nuestra desgracia, no disponemos de escuadra. Es así de sencillo. Y no deseo pasar a Indias, a desempeñar cargos que, en la actualidad, son meramente políticos.

—Bien, no te preocupes ahora. Dejemos pasar el tiempo, que acaba por mudar todos los colores del arco iris. Si te alcanza la ocasión y crees que debes presentarte para ocupar el puesto que estimes oportuno, sabes que me tendrás a tu lado allá donde vayas.

—No lo he dudado un instante, amor mío. Y bien sabe Dios que no me considero entrado en pecado. Por el contrario, solamente sufro por no poder

ofrecerte la dignidad que, como legal esposa mía, merecerías y de esa forma...

—No insistas en un tema que dejamos de lado hace meses, Santiago. Sufres por mí en ese particular sentido y no puedo consentirlo. Soy consciente de que jamás podremos unirnos en lo que se denomina oficialmente como santo matrimonio, aunque muchos no sean muy santos precisamente. Por mucho que no exista para nadie en España, Beatriz será tu mujer oficial mientras viva, queramos o no. Y ese tipo de mujer es capaz de sobrevivir a los elefantes. Pero considero nuestro amor unido por una santidad muy superior, aunque estas palabras pequen de herejía.

—Pues también yo debo ser hereje confeso, porque concuerdo al ciento con ellas.

—Bueno, basta de conversaciones que hemos repetido mil veces y a ningún puerto nos llevarán. Acaríciame de nuevo muy lentamente.

Volvimos a hacer el amor, ahora con más pasión si cabe, con los dos cuerpos entrelazados en ese amor impuro que, para nosotros, rebosaba de pureza celestial. Pero no se trataba de un tema que nos preocupara. Y a decir verdad, la situación que vivíamos nos ofrecía ciertos perfumes de complicidad y menosprecio a las normas establecidas que, en su momento y con la necesaria ponderación, pueden alargar el placer de los sentidos más allá de lo que estimamos como posible. Me sentía plenamente feliz y enloquecía al comprobar que Leonor también rebosaba de vida plena. ¿Qué más podíamos pedir?

* * *

Una tarde, tras dos semanas de benéfica estancia en Santo Antonio, acudimos en el carruaje a la quinta de Sao Luis, propiedad de la querida prima María Margarida. Y en efecto, pude comprobar en pocos segundos que la pobre debía haber padecido alguna enfermedad grave en los primeros años de su juventud, que la había dejado con los sentidos a media entrada. Aunque hermosa de aspecto, cara redonda juvenil de bellos rasgos, cabello rubio en cascada y con una figura atractiva, era al hablar cuando se le apreciaba esa falta de punto, lo que corroboraba al marcar algunas de sus opiniones. Hija única de un primo del padre de Leonor, se habían encontrado muy unidas desde la niñez y, más todavía, tras el regreso de Leonor de Africa. Además, ambas pasaban gran parte del año en las quintas colindantes, razón que aumentaba el contacto.

Margarida, como la llamaban habitualmente en familia, quedó extasiada cual niña en función de teatro cuando Leonor le narró con los mayores detalles, algunos amplificados al gusto del momento, las acciones llevadas a cabo por mi parte a bordo de la fragata Proserpina en la costa africana del mar de las Indias. Y entró en suculentos detalles cuando le expuso mis especiales labores para rescatarla de las garras del degenerado capitán Silveira y salvarla de la muerte. También ponderó la valentía de su hijo Marco y su compenetración conmigo, al punto de apreciarme como un nuevo padre. Se confirmaba sin duda la admiración de Margarida hacia mi persona, así como su deseo de recibir más y más noticias sobre mis peligrosas aventuras en la mar, lo que le fui dosificando con la debida norma. Por fortuna, nada preguntó sobre mi situación familiar, aunque me encontrara preparado para contarle una milonga payera sin mayor compromiso.

Aquella misma tarde, pocas horas después, a Margarida le pareció excelente la idea cuando, como dicho al paso y de forma casual, las invitaba a ambas para girar visita a mi hacienda extremeña de El Bergantín. Alegué que me debía trasladar para resolver ciertos asuntos. De esta forma, quedaba trazado el plan para un próximo futuro sin exclusas en el camino.

Cuando llevaba cinco semanas en la quinta de Santo Antonio, decidimos cambiar el escenario de nuestros amores. Tras exponerle a Marco nuestro plan, que le pareció muy adecuado, me despedí para marchar con Barbate y Guancho en dirección a la hacienda de El Bergantín y preparar la llegada de las señoras. Y me llevó escaso tiempo regresar a Badajoz para tomar el camino de Zafra, a cuya mitad se abría la localidad de Santa Marta. Como remate, desde ahí hasta la hacienda apenas restaba una legua de distancia. Llegué a la conclusión de que, saliendo a hora temprana desde la quinta, se podía llegar a las tierras de Barros en las primeras horas de la tarde.

Como no esperaban mi llegada, tanto Ambrosio como su mujer, Felicia, se extrañaron a fondo de la repentina presencia, condición muy poco habitual en mi conducta. Pero, una vez recuperados de la nueva, la festejaron con muestras de inmensa alegría. Deben tener en cuenta, que ya se sobrepasaban los dos años, desde que apareciera por última vez en la hacienda algún miembro de la familia. Pero allí se mantenía el querido Cuartel, como denominara cariñosamente mi tío Santiago la casa de la hacienda. Sin esperar mucho tiempo y al paso, avisé a Ambrosio y Felicia de que, en tres o cuatro días, llegarían dos señoras invitadas. Y para que no entraran en excesivas cavilaciones de peso, les hablé con claridad, conocedor de su inquebrantable lealtad hacia mi persona.

—Quiero que sepáis que, una vez enviudado de la señora Eugenia, con la que gocé en estas tierras de semanas inolvidables, volví a matrimoniar con una joven de Nueva España. Pero con la necesaria discreción, debo deciros que nos abandonó y regresó a su tierra para siempre —aunque Felicia abría la boca en desmayo, continué—. De esa forma, soy un hombre soltero pero oficialmente casado por ley, y así seguiré posiblemente hasta mi muerte. Sin embargo, una de las dos señoras cuya visita os he anunciado supone algo muy... muy especial para mí. Llegará acompañada por una prima para guardar las normas, la señora Margarida, que tiene dificultades para hablar de corrido y a veces no encuentra las palabras adecuadas. Ya lo comprobaréis con prontitud. Pero se trata de una buena persona y de noble corazón. Y en cuanto a la señora de Almeida, doña Leonor, puedo deciros que es viuda y le salvé la vida en África, cuando mandaba una fragata. Precisamente, nuestro querido Okumé fue quien debió dar muerte al marido en mi presencia, un degenerado ladrón que pensaba tomar muchos millones de pesos del Gobierno español. Pero no le dolió a la señora Leonor el duelo porque, gracias a ello, salvó la vida y quedó en libertad para regresar a Portugal, recuperar sus bienes y comenzar una nueva vida. Espero que comprendáis lo que os quiero decir.

—Por Dios santo y bendito, señor —entró Felicia, mientras restregaba sus manos contra la falda—, que más parece una aventura de lances caballerescos como las que se narran en las ferias. No merece el señor tales reveses, dada su bondad natural, pareja a la de su padre, que Dios guarde en su seno.

Fue Ambrosio quien respondió con rapidez y su clásica lucidez de entendederas.

—Mire, señor, en esta hacienda se hará por siempre jamás lo que vos mandéis. Sabemos la especial confianza que nos concedéis con esos comentarios, al igual que hacía su señor padre, persona inigualable que jamás olvidaremos. Ni mi Felicia ni yo comentaremos nada de lo que nuestros ojos vean, ni diremos una sola palabra de lo que nuestros oídos escuchen. Todo quedará entre estas paredes. Y bien sabéis que daremos nuestra vida por esa señora Almeida, si es persona tan especial para vos.

—Muchas gracias, Ambrosio. Siempre estuve seguro de vuestra devoción y afecto por mi persona. Ahora necesito que Antoñito dé aviso a don Melquíades de mi presencia en la hacienda, para que acuda cuanto antes.

Acudió don Melquíades a mi llamada en la siguiente jornada. Y ya calzaba el pobre tantos años, que se ayudaba en el andar por medio de un cayado y necesitaba de gruesas lentes en los ojos. Llegó acompañado de su

hijo Manuel, que tomaba a su cargo las responsabilidades del padre. Le tenía especial aprecio a aquel hombre, que tan bien se había portado con mi padre en momentos de grave dificultad, incluso siendo uno de los testigos en su boda con mi madre. Como administrador directo, me puso al día de los asuntos de la hacienda, que llevaba con exquisita probidad y elevado beneficio. Por último, le anuncié la llegada de unos invitados, sin ofrecer particular detalle, pero exigiendo un mayor abastecimiento de géneros desde la cercana localidad de Santa Marta.

Cuatro días después me dieron aviso de que un carruaje de luces tomaba la vereda de la hacienda desde el camino de Santa Marta. Y como ya me urgía la prisa por reencontrarme con Leonor, como si hubiera transcurrido un año desde nuestra separación, salté a lomos de Moro, mi animal favorito, para cabalgar en su dirección. Llegué a su altura poco después, saludándolas con extrema cortesía, mientras Margarida aplaudía muy contenta por su nueva experiencia. De esta forma, mientras cabalgaba a su lado llegamos al Cuartel, donde Simona, la hija mayor del matrimonio, las acompañó a sus habitaciones. Ya les había avisado de que en El Bergantín no disfrutarían de extraordinario servicio sino de una vida muy campera y llana, pero auténtica de las tierras de España. También Margarida se sintió entusiasmada con tales circunstancias, como si se tratara de un especial regalo.

De nuevo mi vida regresó al más puro disfrute. Y, si cabe, aumentado en muchas onzas debido al extremo cariño que profesaba a aquellas tierras metidas en el alma de la Extremadura española. Por fortuna, Margarida era muy buena amazona y recorrimos las cien caballerías que componían la hacienda de El Bergantín. Como esperaba, debí explicarles que una caballería comprendía unas sesenta fanegas de extensión y se trataba de una antigua denominación, usada desde la Edad Media, que correspondía a la porción de tierra que se concedía a los caballeros que habían contribuido a la conquista o colonización de un territorio. Una buena extensión con buenas tierras de labranza y extraordinaria dehesa. Y si mantenía alguna duda sobre la postura que adoptaría Margarida, se esfumó en pocas horas. Porque la querida prima gustaba y disfrutaba con todo, lo que en parte era envidiable porque mantener una vida sin preocupaciones, debe ser la estadía más apetecida por los ángeles blancos.

El trasiego nocturno de cuerpos entrados en llamas de pasión se facilitaba bastante en el Cuartel, porque mi alcoba se encontraba situada junto a la de Leonor. Bueno, mejor sería decir que así lo dispuse, aunque no fueran muchas las posibles variables a escoger. Y ni siquiera nos ocupábamos de que una de

las camas quedara con sus cobertores sin tocar u otras preocupaciones que tanto en Santa Rosalía como en Santo Antonio debíamos mantener. Aquella bendita tierra nos ofreció una libertad mayor y puedo jurar por la salud de mi alma que, en tales condiciones, habría continuado por el resto de mis días. Porque la libertad eleva el alma hasta las más elevadas alturas en cualquier trance de nuestras vidas, y mucho la añoramos cuando acaba por escapar de las manos.

De esta forma, nos entregamos por completo a lo que bien podía calificarse como divino carrusel, pero no de jinetes en rondos de alarde y manejo de fustas al aire, sino de amor y felicidad sin límites. Y lo denomino como tal porque nos mantuvimos durante meses en recorrida por aquel triángulo dorado. Comenzamos a relevar la quinta de Santo Antonio y la hacienda de El Bergantín, pero como el trío formado con Margarida se había hecho fuerte y con una relación muy consolidada, aunque la prima no llegara jamás a comprender el fin perseguido, también entró por derecho propio en el itinerario la quinta de Sao Luis. Y en ella llegamos a atravesar hasta ocho semanas sin variación de escenario. Los meses pasaban como singladuras alargadas y nos dejábamos llevar por el viento, que parecía soplar siempre en la misma y bendita dirección.

Con Beto y mi hermana Rosalía mantenía correspondencia periódica. Y como si comprendieran que no me encontraba en situación de recibir noticias de corte, centrábamos los comentarios en temas de salud y curiosidades sobre la vida de los jóvenes. Y aquí puedo entrar en el único capítulo que a veces me mortificaba. Porque si algo extrañaba de mi vida real era la ausencia de la pequeña María, sus besos y abrazos, condición que aumentaba cuando su precioso rostro recalaba con fuerza en mis pensamientos. De Pecas había recibido un recado desde Puerto Cabello, donde todo le marchaba popa al viento y entrado en fiebre de honor. Por tal razón y cuando ya nos encontrábamos metidos de lleno en aquel año de 1821, que pocas dulzuras parecía aparejar a la historia de España, comencé a sopesar las posibilidades de un necesario regreso.

Debía ceder a alguna de las generalidades a las que mi vida familiar obligaba, sin olvidar el mayorazgo que detentaba. Por esta razón y tras pensarlo con detenimiento, decidí que debía regresar a la Corte para visitar a la familia, repasar los asuntos de la casa de Montefrío y recabar noticias sobre el curso cierto de los acontecimientos sufridos en España. Pero no me crean a cero completo de conocimientos. Don Melquíades, a quien recibía de forma regular cuando me encontraba en El Bergantín y nos abastecían desde Santa

Marta, se encargaba de contarme los sucesos más importantes ocurridos en las últimas semanas. Y como absolutista acérrimo, protestaba por alto contra los desmanes de la política liberal. Pero hasta esos comentarios resbalaban por mis hombros sin dejar huella. Es bien cierto que la felicidad plena borra las roderas del cuerpo y del alma.

Cuando comenté a Leonor la necesidad de partir hacia la Corte, me temí una reacción negativa o un excesivo dolor en la mujer que tanto amaba. Porque en el fondo de nuestras almas, no contemplábamos como posible una sencilla separación. Por el contrario, no pareció asustarle tal medida porque, con su sano entendimiento, entró en la solución perfecta sin pensarlo dos veces.

—Nada hemos de sufrir por tu necesidad de pasar a Madrid, querido mío. Creo que se nos abren dos posibilidades con claridad, mi amor. Podría pasar a la residencia de mi primo Ernesto, como llevé a cabo en la ocasión anterior. Todavía se mantiene como ministro plenipotenciario del Rey de Portugal en la corte española. Pero, posiblemente, sería más sencillo que me invitaras al palacio de Montefrío. Una visita de cortesía. —Volvía a sonreír con picardía.

—Pues no había pensado en dicha solución, pero me parece estupenda. ¿Llevaríamos a Margarida en nuestra compañía?

—No sería necesario, aunque posible. Te advierto que Marco me ha comentado en alguna ocasión su deseo de regresar a la Corte española porque la ciudad de Madrid le encanta. También los saraos de las casas nobles le apetecen. Seguro que le gustará acompañarme.

—En ese caso, podría adelantarme en algunos días, pocos, por supuesto —la besé con rapidez en la boca—, y preparar en orden vuestra llegada.

—¿Crees que tu hermana Rosalía...?

—Mi hermana es de fuertes convicciones morales, religiosas y sociales, porque así fue educada y nada en la vida la forzó a ampliar sus horizontes. Pero te quiere mucho y acabó por comprender nuestra situación. Por encima de todo, desea mi felicidad y sabe lo mucho que he sufrido en ese aspecto sentimental. Sé que no aprueba nuestra relación en lo más íntimo de su conciencia, pero jamás mostrará rostros ni comentarios a la contra. Pero si quieres reforzar la situación a la llana, podemos invitar también a tu prima Margarida.

—Tienes razón. La pobre se volvería loca de contento, estoy segura, jamás ha salido de Portugal, salvo las excursiones a El Bergantín. No es necesario, pero creo que bien lo merece.

—Pues no se hable más. Y por supuesto, si a Marco le apetece, que se una al séquito. Creo que a tu hijo, además de los saraos madrileños, le atrae alguna de las jovencitas que conoció en su última estancia.

—Pues mejor que mejor. Pero no creas que me pillan por sorpresa tus palabras. Presentía que lanzarías ese deseo muy pronto. Sé que quieres abrazar a tu hija María, lo que es comprensible. En el próximo viaje a Portugal, deberías traerla contigo.

—Tienes razón. La verdad es que ha sido tan natural separarme de la familia a lo largo de mi vida, que encontré dicha situación como habitual.

—Aquí también disfrutará. Bueno, se trata de una niña que crece por momentos. Ya debe haber superado los doce años, ¿no es así?

—No exageres, querida. Apenas cuenta con diez. Pero le queda poco para abrirse a la vida. La verdad es que Rosalía ha sido su verdadera madre.

—Has tenido suerte con ella. Quiero decir que, con una vida tan complicada, parece una niña extraordinaria y de un magnífico corazón. Y pronto revolotearán los moscones de la Corte a su alrededor.

—Por favor, vida mía, no me hagas sufrir todavía. Han de pasar algunos años.

No lo pensamos más, que así de ejecutivos nos movíamos en nuestra nueva vida. Y de acuerdo a la decisión tomada, en la semana siguiente iniciaba el traslado hacia la Corte con mis dos criados. Aunque me separaba de Leonor, rascaba poco el dolor porque sabía que se trataba de una ausencia de escasos días. De esta forma, contemplé el paisaje extremeño y castellano desde el carruaje con el pecho inundado de felicidad, una situación mental a la que me había acoplado sin resquicios.

20. De nuevo en la Corte

También disfruté a morro largo cuando aparccí en la entrada del palacio de Montefrío y me sentí inundado por el cariño de la familia, como si arribara al hogar tras una larga y azarosa navegación a indias. Rosalía lloraba de placer, mientras la niña María tomaba mi cintura y se apretaba a ella con especial fervor, como si no deseara separarse de mi persona una sola pulgada en lo que le restaba de vida. Y sentí una emoción profunda al enfrentar su preciosa cara, que ya apuntaba a la de una maravillosa mujer. Además, había crecido mucho en estatura y adquirido formas propias de su género, ese estirón que se aprecia de forma especial en las niñas cuando se acercan a la edad de mujer entera. Pero más todavía me impresionaron sus palabras cuando, con los ojos llorosos y su mejilla pegada a la mía, entonó las primeras palabras.

—Padre, ha de prometerme que no volverá a separarse de mí nunca más. Quiero acompañarlo allá donde vaya, ya sea por mar o por tierra.

La separé unas pocas pulgadas para enfrentar su cara, que ahora sonreía con cierto desmayo. Y le largué lo que estimé como una promesa de ley marcada sobre los santos evangelios.

—No te separarás nunca más de mí, querida María. Me acompañarás allá donde los vientos me lleven.

—¿Pero me lo promete?

—Te lo prometo, niña mía.

María expuso su felicidad en alto grado, como si de aquella forma nuestras vidas se hubiesen unido en rúbrica por chicote fino. Y bien, que lo pensaba en mis adentros, que ya la niña dejaba de serlo y la presencia del padre podía ser importante.

Regresé a una normalidad familiar que, como comprendí en escaso tiempo, también añoraba sin ser consciente de ello. El pequeño Santiago, hijo de mis hermanos, deseaba sentar plaza en la Real Compañía, aunque todavía le quedaran algunos años para intentarlo. Pero pronto entré en conversaciones

serias y jugosas con Beto y Rosalía, cuyos rostros mostraban una y mil preguntas que preferían no realizar. Debía sentar las bases del futuro y a dicha empresa me lancé con decisión.

—Quiero adelantaros, antes de responder a vuestros requerimientos, que soy el hombre más feliz del mundo, hermanos. Estoy convencido de que es la meta que debemos perseguir por siempre. Y si algo me pesa ahora, es haberme separado de vosotros durante tanto tiempo, especialmente de la pequeña María. Pero en mi próximo viaje hacia Portugal o Extremadura la llevaré conmigo.

—¿Piensas regresar a la raya portuguesa muy pronto? ¿Todo corre por buena vereda, hermano? —Comenzó Rosalía con visible esfuerzo de palabras—. Quiero decir que si tu vida con esa...

—Mi vida con Leonor no puede ser más completa y de mayor felicidad, Rosalía. Nos vemos obligados a disfrutar de una existencia un tanto diferente a causa de ciertos convencionalismos, es cierto, pero llevamos la situación con bastante acierto.

—Seguro que ya se correrán las voces...

—Rosalía, dejemos ese aspecto por fuera de una vez y para siempre —hablaba a mi hermana con especial cariño, pero sin evitar cierta autoridad—. Poco o nada nos importan esas voces, te lo aseguro. Y a Leonor menos que a mí. Por fortuna, en las quintas de Santo Antonio y San Luis, así como en nuestra querida hacienda de El Bergantín, no debemos acudir a recepciones ni mantener vida social alguna.

—Fue una suerte que la prima Margarita entrara en el asunto como una más del grupo —dijo Beto—. Fía supuesto un apoyo formidable. Bueno, ya te he comentado en repetidas ocasiones que dispones de todo mi respaldo en vuestros amores, sean lícitos o no.

—También el mío, hermano, aunque en el fondo de mi alma sienta ciertos...

—Vamos Rosalía, deja esas mojigaterías cicateras, más propias de ursulinas, a las bandas, por favor —insistía Beto, como si se tratara de un tema trillado mil veces entre ellos.

—Comprendo muy bien tus sentimientos, hermana —dije, al tiempo que la tomaba por la mano—. Y mucho te agradezco el esfuerzo que haces.

—Te quiero mucho, Santiago, y por tu felicidad sería capaz de comprometer la mía.

—No exageres la nota, querida esposa —entraba Beto en tono de chanza.

—Por cierto, debo avisaros de que en unos cuatro o cinco días llegarán Leonor, su hijo y la prima Margarida. Una sencilla visita de cortesía a unos buenos amigos españoles. —Les sonreía en adorno.

—¿De visita? ¿Aquí al palacio de Montefrío? —preguntó Rosalía, entrada en primeros nervios—. Pues hemos de preparar las habitaciones, acordes a su categoría. Pero, Santiago, aquí en la Corte no os será tan fácil pasar desapercibidos en vuestras...

—Rosalía, te repito que no nos afectan las voces malparidas que surjan bajo las alcantarillas, si es que aparecen. Además, no pensamos llevar una vida social de saraos y recepciones aldía. Paseos, vida llana y continuar con nuestro amor. No pedimos más. Pero sin escándalos ni acciones de fuerza, te lo aseguro. Os gustará la prima Margarida, aunque ya os comenté por escrito sus... sus limitaciones.

—No te preocupes una mota, Santiago —entraba Beto con decisión—. Podréis disfrutar de la vida en esta villa sin mayores problemas. También en Madrid se puede llevar una existencia recogida y sin moscones de turno alrededor. Y si algunas voces suenan a la baja, allá ellas con sus penas. Son muchas las situaciones parejas a la vuestra que se viven en la Corte y todos las aceptan, cuando se trata de personajes relevantes. Y tú lo eres por derecho propio. Ninguna llega a necesitar de lances de honor.

—Lo supongo.

Creo que la vida se animó en el palacio familiar muy por alto. Los niños mostraban su alegría y Rosalía preparaba con cierto placer la llegada de los invitados. Hasta Barbate mostraba su regocijo al encontrar de nuevo a Silviana, una de las mozas de la casa con la que mantenía requiebros y punzadas de pasión, aunque jamás me lo hubiese comentado. Pero deseaba entrar con libertad en conversaciones con Beto, lo que pude conseguir en el segundo día cuando, fiel a nuestras costumbres, tomábamos varias tazas de café tras la colación matinal a primeras horas de la mañana.

—¿Cómo corre tu vida profesional, Beto? Tenía esperanzas de que te hubieran concedido el mando de alguna fragata, como deseabas.

—Y por todos los cristos, que muy cerca estuve de conseguirlo, mientras se mantuvo el ministro Javat en la secretaría, Estaba pronto a recibir el mando de la fragata Casilda que, en unión de los navíos San Julián, San Pablo y Algeciras, se pensaba enviar a Indias con fuerzas del Ejército en transporte. Cuando todavía algunos estimaban que nos encontrábamos a tiempo de abortar el desastre de la rebelión en nuestras provincias americanas. No obstante, la drástica reducción del presupuesto de Marina aprobado en las

Cortes, deshizo el plan embastado con mimbres. Además, los cambios en el Gobierno se producen con demasiada rapidez, sin posibilidad de establecer un proyecto medianamente serio. Ahora se encuentra a la cabeza de la Armada el oficial de secretaría don Francisco de Paula Escudero, equiparado a la categoría de vicealmirante, y perdí la ocasión de mandar la fragata Casilda. Lo tenía casi conseguido con Vázquez Figueroa y con Javat, pero aquí todo se mueve al gusto del puto secretario de turno. Una verdadera mierda. Porque de nada sirven los informes que aparecen en los expedientes personales, aunque sean con chorros dorados a favor. Mierda y más mierda.

—¿Has dicho vicealmirante? ¿Qué quieres decir al nombrar ese empleo?

—Es mucho lo que te has perdido mientras andabas en correntías de amores por la raya portuguesa, amigo mío. Ya te pondré al día.

—¿Y has nombrado a don Francisco de Paula Escudero? Vaya por Dios, ya debe calzar bastantes años este navarro con fama de empecinado. Coincidió con mi padre en las lanchas cañoneras, cuando se mantenía el gran sitio de Gibraltar, allá por 1781.

—Por su avanzada edad, es muy posible. ¿Lo conoces mucho?

—Para tu desgracia, prácticamente nada. Me crucé con él en la secretaría, cuando andábamos bajo la bota del ministro Vázquez Figueroa. Me reconoció y pasó a narrarme algunas aventuras sobre mi padre, atravesadas en su compañía, cuando atacaban la Roca durante las noches en el gran sitio de Gibraltar. Eran del mismo curso y ambos coincidieron en el Colegio Naval de Cartagena. Se mostró muy amable conmigo. Sé que a partir del empleo de capitán de fragata, pasó al Cuerpo de Secretarios del Ministerio de Marina. Después de desempeñar la secretaría del Consejo Supremo del Almirantazgo, Fernando VII lo nombró ministro del propio Consejo, cargo equivalente entonces al de ministro de Marina. Cuando se suprimió el almirantazgo como pataleo absurdo y caprichoso de don Fernando, Escudero pasó a formar parte del Consejo Supremo de Guerra en representación de la Armada. Eso es todo lo que puedo decirte, pero jamás lo he tratado a fondo.

—Pues a joderse tocan.

—Puedo intentar hablar en tu favor. De todas formas, he de presentarme a su Autoridad y renovar mi situación de excedencia. Dejaré caer las promesas de Vázquez Figueroa y Javat sobre tu mando de una fragata, por si acaso surtieran efecto.

—No creo que sirva de nada, aunque no sea malo lanzar semillas al campo. La estrella que se amadrinó a mi trasero cuando senté plaza de

guardiamarina, debía encontrarse cansada. Los mandos ya han sido seleccionados para los seis próximos meses.

—Bueno, cuéntame lo principal que ha sucedido en la Armada y en España durante tanto tiempo.

—Mucha leña por cortar y no toda de roble. Como recordarás, las primeras decisiones que tomó el Gobierno constitucional fueron la disolución y licenciamiento del ejército expedicionario, que debía pasar a Indias, y el desarme de la escuadra bajo el mando del jefe de escuadra Mourelle de la Rúa. Bueno, se trataba como todos sabíamos de una escuadra fantasma, que solamente en los papeles existía. No obstante, su oficial supresión significó el pase a situación de cuartel o reemplazo, como ahora se denomina, a un gran número de jefes y oficiales que, en estos días, no son capaces de mantener una miserable puchera diaria en sus familias. La disolución de ese Ejército y la liberación de los mercantes preparados para el traslado, fueron las mejores noticias que los rebeldes indianos podían recibir. Ahí se firmó la pérdida de las Indias para España, aunque algunos me llamen derrotista. Por desgracia, al quedar casi sin fuerzas navales, los corsarios indianos del norte y del sur pasaron a bloquear nuestras costas peninsulares con inigualable osadía. E incluso nos hicieron presas a la vista de los puertos, aunque te cueste creerlo. Una verdadera vergüenza como jamás podíamos pensar. Fue entonces cuando se decidió enviar escuadra o división bajo el mando del capitán de fragata Laborde hacia las aguas de Costa Firme, en cuya fragata insignia embarcara tu hijo Pecas.

—Hasta ahí llega mi información con cierto detalle, porque recibí recado de Francisco con todas las explicaciones.

—Pues con objeto de paralizar la legión de descontentos e impacientes, se comenzó a trabajar en una nueva organización de la Real Armada. Una más, aunque se comentara que con esta se establecerían las bases definitivas de una moderna Marina.

—No lo creería nadie.

—Por supuesto. Además, se propició que quien se considerara con suficientes conocimientos, elevara por escrito sus ideas particulares a los diputados que componían la Comisión de las Cortes. Se podían haber centrado en el trabajo final de don Antonio de Escaño, sobre el plan de reforma de la Armada. Pero ni siquiera llegó a nombrarse. Ya te puedes figurar la cantidad de novedades que aparecieron en los noticiarios, una cantidad de trabajos que, en mi opinión, apenas se tuvieron en cuenta. Y algunos avanzaban memorandos que formaban volúmenes de numerosos

pliegos. Puedo destacarte uno muy conocido como Dictamen de las Comisiones de Marina y Comercio para abolir la Ordenanza de Matrículas, con el reglamento que la debe sustituir. Pero también otras disquisiciones elevadas por el Director del Real Observatorio de Marina de San Fernando, o de una Junta de Comisarios sobre evolución de los presupuestos y muchas más de toda índole.

—¿Se sacó adelante la nueva organización?

—En efecto, aunque todavía resten flecos por amoldar en firme. La verdad, dudo que sirviera para algo la observación de tanta sugerencia, si es que realmente llegaron a leerlas. La Comisión tenía formado un juicio muy firme desde el primer momento, lo que se transparentó con claridad en sus preliminares. Y sin mayor esfuerzo, defendió sus artículos uno a uno en el pleno de las Cortes, donde fueron aprobados casi por aclamación. Pero debes tener en cuenta que a los señores diputados de las Cortes los problemas de la Armada les pasan cuernos arriba, sin tocarles uno solo de sus cabellos. De esa forma, se aprobó un proyecto que imitaba al ciento, tanto en fondo como en forma, a la constitución de la Marina británica que, es cierto, hemos tomado casi siempre como referencia por los excelentes resultados que les ha ofrecido. Sin embargo y en mi opinión, no se trata solamente de un problema naval sino de política nacional, porque todo se encuentra interrelacionado. Pero aquí parece que cada liebre corre por su vereda.

—Bueno, cuéntame los puntos principales de esa nueva organización.

—En primer lugar, se restablece con el mayor boato el Consejo Supremo del Almirantazgo, con todo lo que tal institución apareja de la mano. Un nuevo intento que, sin embargo, en esta ocasión podría fructificar porque se le conceden amplios poderes y atribuciones. Y en un punto que te afecta, se reducen a siete los empleos o categorías de los oficiales de guerra o del Cuerpo General, como han de denominarse oficialmente a partir de ahora. Se instauran los empleos de almirante, vicealmirante y contralmirante, todos de faja^[75], equivalentes a los anteriores de capitán general, teniente general y jefe de escuadra. Eso quiere decir que, en estos momentos, eres el contralmirante Santiago de Leñanza.

—Me gusta mucho más el de jefe de escuadra. Más español y más sonoro. No sé por qué diablos hemos de adoptar siempre voces extranjeras, cuando disponemos de las propias, con más historia y categoría que aquellas.

—Así pensamos muchos. Pero has de joderte, amigo mío. A continuación aparecen los empleos de capitanes de navío y de fragata, tenientes primeros y segundos. De esta forma, se han suprimido los empleos de brigadier por la

parte de arriba, y los de alférez de navío y teniente de fragata por abajo. Dicen que, con estos cambios, se aligerarán de forma notable las promociones. No lo creo en absoluto.

—Tampoco yo. No reside ahí el problema. Pero, en ese caso, ¿qué será de mi hijo Francisco?

—No le afecta de momento porque seguirá de alférez de fragata. Aunque no está muy claro si desaparecerá este empleo. Son tan malos los componentes de la comisión, que sus trabajos denotan falta de claridad. Por el contrario, eran muchas las opiniones sobre qué hacer con los brigadieres. Y aún no está decidido del todo. Hay quien opina que deben encuadrarse directamente como contralmirantes, pero como no han recibido la ordenación real como oficiales generales, otros opinan en contrario. Dicen que los que componen la mitad superior de la escala de brigadieres recibirán la faja y pasarán al empleo de contralmirante, mientras la mitad baja quedan como capitanes de navío de primera o en situación de «posible ascenso».

—¿Posible ascenso? Qué estupidez.

—Concuerdo contigo. Otro aspecto importante ha sido el que afecta a los oficiales de mar. Y se trataba de cuestión muy importante, por ser la pieza fundamental a bordo de nuestros buques. Los hasta ahora denominados como oficiales de mar de pito^[76], formados por los contramaestres primeros y segundos, a los que se les suman los guardianes primeros y segundos reunificados como contramaestres terceros, formarán el cuerpo llamado como oficiales de marinería. Y encuentro muy positivo que estos hombres, corazón vital de todo buque, queden por encima de los que se encuadraban hasta ahora en la clase de oficiales de mar.

—¿Y el resto de los oficiales de mar?

—Esos pasan a denominarse como oficiales de mar de sueldo temporal. Otra acepción estúpida y poco sonora. Se aduce que podrán llevar a cabo sus tareas en la mar o en tierra. Y ahí entran los carpinteros, calafates, veleros, armeros, toneleros, despenseros, herreros, buzos, sangradores y el resto. Vamos, los oficiales de la Real Maestranza, más otras habilidades necesarias.

—Estoy de acuerdo contigo en que se trata de un cambio a mejor, aunque el nombre del segundo grupo sea demasiado largo y un poco peyorativo. Como tú dices, siempre hemos pensado que los contramaestres no merecían encontrarse encuadrados en una escala con despenseros y sangradores, por ejemplo.

—En efecto. Por su parte, los oficiales mayores quedan regulados por especificaciones propias de su servicio. Se han refrendado en los artículos

necesarios para pilotos, constructores, cirujanos y capellanes.

—¿Y los comisarios?

—Bueno, como hijos de la santa virtud que son, el Cuerpo del Ministerio se autorregulará de acuerdo a sus propios oficiales.

—No me extraña.

—Y ahora nos encontramos en el momento culminante de la jornada, porque se han aprobado los presupuestos. El de Marina entre ellos.

—No quedará un real ni para comprar unos frascos de láudano.

—Más o menos. Pero debemos reconocer que se hizo un estudio serio de las necesidades, incluso teniendo en cuenta los adeudos, que son de órdago y manta. Y de esa forma se llegó a un monto mínimo y necesario, teniendo en cuenta una fuerza naval de veintisiete buques, de ciento cuatro millones de reales. Pero entrada la comisión a discusión en las Cortes, quedó reducido el monto a setenta millones, de los que diez deberán ser satisfechos por las cajas de la isla de Cuba con destino a los servicios de América.

—¿Veintisiete buques armados para atender a la guerra en los dos hemisferios, así como las necesidades propias en la Península e islas adyacentes? Por todas las vacas morunas, que suena a miseria.

—Es una miseria en realidad. Pero no creas que se aceptó por las buenas. El verdadero problema es que el número de veintisiete buques pareció excesivo a los señores diputados. Y por esa razón, se anuló el envío de la división que te mencionaba con la fragata Casilda y los tres navíos. Pero no quedaron ahí las reducciones.

—Entrarían a saco de burro en el apartado del personal. Pero ahí sí que debemos reconocer la necesidad de una notable reducción. Porque sufríamos un cupo notablemente sobredimensionado, como cuando manteníamos una fuerza naval de cincuenta navíos y más de trescientas unidades a flote.

—Es cierto, pero nunca los extremos son buenos. Ni se puede pasar del ciento a la nada al golpe. Hay que pensar en los que pasan a quedar extinguidos y sus familias. Como apartado final tras innumerables discusiones, se decidió que de almirante a teniente deberían quedar solamente cuatrocientos noventa y cuatro oficiales.

—Por Dios, me parece un tanto ridículo. Se trata de un número menor al de capitanes de navío, cuando sentamos plaza en la Armada.

—Así es. Además, se ha suspendido la admisión de guardiamarinas hasta nueva orden, que se aventura larga en el tiempo. Y tal situación puede afectar a mi hijo pequeño. Pero como era necesario recortar y meter la tijera hasta en las sayas del altísimo, se ha ordenado el cierre inmediato de los talleres de

instrumentos de precisión, las oficinas de venta de libros profesionales y supresión de las imprentas de Marina.

—Pues navegaremos con la ballena jodida. Será necesario comprar tablas y diarios en Inglaterra, para que nuestros buques puedan salir a la mar o pasen a navegar por latitud. Regresaremos a los primeros años de la guerra al francés, cuando Ruiz de Apodaca compraba las tablas en Londres.

—Más o menos. En mi opinión, sería necesario que el ministro permaneciera tiempo suficiente para llevar a cabo una política global y firme de la Armada, hasta que el Almirantazgo se haya rodado. Pero con tanto cambio es tarea imposible. Porque cada uno se mueve atado a sus compañeros de Gobierno, que lo presionan.

—Bueno, Beto, y qué me dices del sistema. Quiero decir que si el sistema constitucional se afirma.

—España es una jaula de grillos locos, Santiago. El sistema constitucional se afirmaría fácilmente, si un mediano porcentaje de los españoles pensara en España, antes que en sus propios principios y deseos. Además, lo primero y principal es que don Fernando presenta dos caras de forma continua. Por mucho que haya jurado la Constitución y alardee de sus prerrogativas como Monarca constitucional, desde el primer momento labora contra el sistema liberal.

—Era de esperar. Supongo que se sentirá apoyado firmemente por los absolutistas.

—Apoyado por las castas privilegiadas, absolutistas, los grandes nombres del Ejército y, de forma muy especial, por la Iglesia, que incendia las ideas desde los púlpitos, al punto de alentar muchos de los pronunciamientos que se producen contra el nuevo régimen. Hasta ahora se van conteniendo los pronunciamientos y fracasan, aunque suponga un desgaste permanente. Pero también los liberales exaltados establecen trabas a las ruedas. No comprenden que deberíamos transitar con más fluidez algunos años, hasta que la situación se tranquilice. En fin, aunque peque de pesimista, que lo soy, creo que esto acabará por saltar por los aires.

—¿El sistema de monarquía constitucional? ¿Quién puede tener fuerza para conseguirlo? ¿Los pronunciamientos de militares absolutistas? No lo creo.

—No me refiero a esos grupos sin coordinación, que saltan en cualquier punto de la nación. Me refiero a las potencias extranjeras.

—¿Las potencias extranjeras?

—Pero si el propio Fernando VII es quien dirige solicitudes en dicho sentido, aunque las niegue a batientes. Un amigo mío, secretario en la embajada del Rey Católico en París, me comunicó hace pocas semanas que don Fernando había enviado al duque de Fernán Núñez como embajador especial ante la Corte de París. Y parece que brujulea día y noche para que Francia intervenga a favor de que nuestro Señor recupere la libertad absoluta de movimientos. No olvides que, para nuestra desgracia, en Europa todo se mueve en el más puro absolutismo, con excepción de Inglaterra. Y olvidaba que Vargas Luna ha sido nombrado embajador en Nápoles, otro pájaro tan absolutista como Fernán Núñez o más. Aunque no lo parezca, son muchos los hilos que puede mover don Fernando a la tapada y se dedica a ello desde el primer momento. Sé que es muy duro decirlo de nuestro propio Monarca, pero don Fernando es más falso que Judas y nos llevará de nuevo al absolutismo y al desastre.

—Sí que es duro escuchar esas palabras, pero concuerdo contigo. En mis carnes lo he sufrido. Sin embargo, no estimaba tan mal el panorama. ¿Crees que las potencias europeas intervendrán en España?

—Mira, Santiago, para colmo somos idiotas. Porque no contentos solamente con las medidas tomadas en España, algunas claramente contra la voluntad real, se ha producido cierto contagio político a Portugal, Nápoles, Sicilia y Cerdeña. Incluso se envió una división naval a Nápoles, para exteriorizar nuestro apoyo a esos movimientos que en Europa entienden como revolucionarios, f in cualquier momento nos saltará la china contra los ojos y acabaremos más ciegos que Sansón, pero sin sus fuerzas.

—Creo que debía haber continuado en Portugal, sin escuchar noticias de ningún tipo. Como dice el refrán, ojos que no ven, corazón que no siente. Pero me preocupa especialmente mi hijo Francisco. Nada sé de sus últimas correrías en la fragata *Ligera*.

—No debes preocuparte por él. En esa edad de joven oficial nada le afectará. Y menos todavía si se mantiene por aguas antillanas. Aunque todo parece un tanto revuelto en cualquier escenario de las guerras indianas, aparecieron en la Gaceta algunos triunfos muy sonados del capitán de fragata Laborde. A lo mejor el joven Pecas nos llega ascendido al empleo de alférez de navío.

—¿En la Gaceta? ¿Guardas los ejemplares?

—Por supuesto. Los tienes todos en tu escritorio. Pero olvidemos por unos días las tribulaciones españolas, que tu amor portugués llegará en escaso tiempo. Debemos conseguir que se sienta a gusto en el Palacio de Montefrío y

en la vida madrileña. De esa forma, podríais alargar vuestra estancia en bastantes meses.

—Esa es mi idea.

Me presenté al nuevo ministro de Marina, Escudero, que volvió a reconocermme con afecto. Charlé unos minutos con él, solicitando mantenerme en la situación de excedencia voluntaria. Como era habitual, alabó mis servicios y me ofreció un puesto a su lado, que rechacé con cuidada respuesta. Aproveché la dulzura de sus palabras para hablarle de Beto y de su injusta situación, así como la mala suerte que lo perseguía. Me prometió tenerlo en cuenta para futuras promociones de mandos, aunque por el tono de su parla deduje que se trataba de palabras escritas en la superficie de las aguas.

Aproveché mi estancia en la secretaría para elevar pregunta sobre la situación de don Cayetano Valdés. Y me alegré al comprobar que había conseguido salir de la grillería madrileña y pasar a su querida ciudad de Cádiz, donde había sido nombrado Gobernador y jefe político. Se trataba de la única noticia buena que recibía desde mi arribo a la Corte. Pero ya mi cabeza se movía en otros derroteros, al pensar que en la jornada siguiente u otra más tarde, volvería a encontrarme con Leonor. La estampa de su rostro en mi cerebro era capaz de borrar las acciones de los exaltados y de los Apostólicos como por encanto.

* * *

Aunque lo dudara en principio, mi ánimo se elevó hacia los cielos al comprobar que la llegada de Leonor, Margarida y Marco a la villa de Madrid se tradujo en un éxito rotundo. Y me refiero, como es lógico pensar, al trasiego de nuestras vidas que quedaban empañadas en el diario acontecer sin mayores obstáculos. Por su parte, Marco comenzó a asistir a fiestas en la Corte y, como presumía, a cortejar a una jovencita que ya le lanzara las primeras puyas en su anterior visita. Precisamente se trataba de la hija menor de un capitán de navío, Modesto Alpuente, casado con una marquesa de ojos atravesados y cuerpo doblado por bies, que no atraía miradas salvo de extrema condolencia hacia el marido. Al menos, disfrutaba de una llamativa fortuna y era muy agradable al trato, lo que debía compensar los demás infortunios al caballero. Y como Marco aparecía apadrinado por mi persona y añadía su parentesco con el ministro portugués, se le abrían las puertas de par en par.

Leonor y yo regresamos con fuerza a nuestras tareas amorosas. Pero no estimen que ceñíamos el placer diario a las veladas nocturnas, por mucho goce que nos aparejaron. Porque también disfruté por alto mostrándole los tesoros de la villa cortesana y de sus alrededores. Pronto comprendí que la Corte es capaz de engullir, como infinito galpón, los denominados como pecados mundanos con maravillosa glotonería. Y como siempre aparecíamos con Margarida, su hijo y mis hermanos, la situación no levantaba recelo alguno entre los pensamientos viperinos que suelen alzar las alfombras.

La única nota desagradable que se abrió en mi vida por aquellos días fue el recado recibido de mi hijo Francisco desde Puerto Cabello, en el que me narraba el combate nocturno mantenido en defensa de la plaza y la consiguiente pérdida de su brazo izquierdo. Sufrí al pensar en el dolor de la amputación, como si me hubieran sajado el propio brazo. La noticia hizo llorar de forma desconsolada a Rosalía y a Leonor, como si se tratara del fin de sus días. Y trabajo me costó que comprendieran por blanco y negro que se trataba de un lance habitual en los hombres dedicados a la guerra, como había sido mi caso con el ojo perdido o el de mi padre con su mano de madera. Y como el joven mostraba orgullo por la condecoración corporal que representaba la pérdida, también me enorgulleció en ese especial apartado como hombre de mar.

Sin embargo, me movieron a profunda tristeza los detalles que me comentaba sobre las pobres características de la fragata *Ligera* y el resto de unidades que componían la división, únicas fuerzas navales de España en tan importante escenario. Por otro lado y para tranquilidad de mi alma, parecía ser cierto todo lo que del capitán de fragata Labórde había escuchado. Mucho me alegraba que mi hijo sirviera bajo un hombre de aquellas cualidades.

Por su parte, el joven Beto se mantenía de guardiamarina, embarcado en el guardacostas San Marino, con base en el puerto de Cádiz. En realidad, se trataba de una goleta de escaso porte, que navegaba noche y día con la misión de dar aviso de los posibles corsarios indianos, que se acercaban a la costa andaluza meridional. Una buena escuela de mar y guerra, sin duda. Aunque el joven comentaba la posibilidad de su ascenso al empleo de alférez de fragata, según comentarios corridos en la secretaría, podría ralentizarse bastante dicha promoción. Se pretendía que los jóvenes entrados a la mar se mantuvieran en la estadía de guardiamarina, durante más años de lo habitual hasta el momento.

Aunque no lo teníamos previsto, más bien al contrario, comenzamos a asistir a recepciones oficiales y algún sarao suelto. Pero no por nuestro gusto,

bien lo saben los dioses negros, sino por la necesidad de presentar a Marco en el terreno que deseaba pisar. Quedaba claro a la vista que su amor por la joven Lucrecia aumentaba a ritmo de bombardas. Porque se le ampliaba la sonrisa a las bandas cuando se encontraba cerca de ella. Y como parecía que no desagradaba a la jovenzuela, más bien al contrario, y que sus padres tampoco veían mal dichos amores de su quinta y última hija, todo parecía correr en bondad de voluntades.

Entramos en el año de 1822, que movería nuestras vidas al retortero más negro sin mengua. Unidos los Leñanza y los Almeida, celebramos las habituales fiestas navideñas en el palacio de Montefrío como una sola familia. Y en esta ocasión, a las clásicas comidas y golosinas españolas de esos entrañables días, se añadieron determinadas especialidades portuguesas de la mano de nuestras invitadas. Precisamente allí apareció la sorpresa monumental. Porque si Margarida se mostraba parca en palabras y concreción de ideas, se desató como una extraordinaria cocinera. Explicaba con detalle a las mujeres de la casa cómo debían trajinar perolas para preparar sus habituales ovos moles, otros dulces con mucho coco y los habituales platos de bacalao, que preparaban con diferentes salsas. En conjunto, desplegamos unas fiestas muy ibéricas, que coparon al límite nuestros deseos.

Para colmar el vaso de la más absoluta normalidad, cuando rematábamos los últimos días del año, Marco propuso una idea que nos llamó la atención.

—Creen ustedes que podríamos... —aunque se dirigía a todos en general, no apartaba la vista de mi cara.

—Continúa sin miedo, Marco —le animé a proseguir—. Ya sabes que puedes hablar como si te encontraras en casa propia.

—Pues... como saben he asistido a diversas fiestas y recepciones en las últimas semanas, bastantes por cierto. Lucrecia y su madre me preguntaron si se pensaba celebrar alguna en el palacio de Montefrío. La verdad es que no supe qué contestar.

Habituado a la resolución rápida, no lo dudé un segundo. Decidí que esa oportunidad podía significar la muestra, que todavía le faltaba a la casaca de relumbrón. ¿Por qué no abrir los salones del palacio de Montefrío y, de esa forma, presentar a nuestros amigos portugueses en sociedad? ¿Qué mejor manera de oficializar su visita por los caminos más delicados? La verdad es que la historia de mis actuaciones en la costa oriental africana al mando de la fragata Proserpina y el rescate de los Almeida se había corrido como la pólvora, lo que causaba rendida admiración hacia mi persona y extremo cariño por madre e hijo. Por fortuna, nadie recordaba a Beatriz ni elevaba una

inoportuna pregunta en tal sentido, como si hubiera dejado de existir para la sociedad cortesana. Piel a estas premisas, me lancé sin dudar.

—Por supuesto que ofreceremos una recepción en el palacio de Montefrío. Y de las de orden. Pero con una sola condición, Marco.

—¿A qué os referís, señor?

—Debe ser obligatoria la asistencia de la joven Lucrecia Alpuente, acompañada, por supuesto, por sus padres y hermanas.

—Bueno, señor —el granate inundaba el rostro de quien se había convertido en un mozo de excelente planta—, no me importaría. Lucrecia es una buena...

—¿Amiga quieres decir? ¿O quizás amiga íntima? —medió Beto con soniquete de feria.

—Pues algo así o... o quizás un poco más.

De esta forma, preparamos la recepción en el palacio de Montefrío a conciencia para el octavo día del nuevo año. Al elegir esa fecha, no entorpeceríamos las formalidades religiosas, cívicas y militares de la Santa Epifanía. Enviamos invitaciones a la mayor parte de la sociedad establecida en la Corte, con la más alta aristocracia abriendo frente. Incluso solicitamos rendida súplica a los miembros de la Real Familia, como era obligado, aunque se esperaba que, en todo caso, enviaran en representación algunos personajes segundones en grado menor. Debo declarar que las señoras impusieron normas militares y todo el servicio a bordo del palacio se movió sin pausa como entrados en torbellino de aguas duras. Y bien saben los cielos que no negué nada de mi parte, por lo que debí abrir la bolsa a boquera ancha. Bien es cierto que no llevábamos a cabo acción parecida en bastantes años, y ya era hora de que la casa de Montefrío destacara en la Corte como se merecía.

El día de la recepción comenzaron a llegar los invitados en muy elevado número. Porque muy pocas comunicaciones fueron rechazadas por algún motivo concreto, incluso nos llamó fervorosamente la atención que el mismísimo infante don Carlos apareciera acompañado con su esposa, María Francisca de Braganza, un detalle que supuso el éxito definitivo de la sesión. Y con un encanto especial de Leonor, que pudo conversar varios minutos con su conterránea. Para mi regusto personal, nadie miraba hacia Leonor con ojos torcidos ni elevaba pregunta alguna de doble sentido, actitud tan habitual en las matronas cortesanas, que a dicha empresa dedican todo su entusiasmo. No obstante, la única piedra de color incierto saltó por donde menos la esperaba. Y fue mientras mantenía particular conversación con Enrique Nolasco de Matos, primo en segundo grado de Leonor y ministro plenipotenciario

portugués ante la Corte de Su Majestad Católica. Se trataba de un caballero completo en todos los sentidos, con quien había discutido en algunas ocasiones sobre las posibles repercusiones del movimiento constitucional español en el cercano Portugal, donde parecía ejercer cierta influencia. Sin embargo, mucho me extrañó y llamó la atención el giro que tomó nuestra conversación, en un momento en el que nos movíamos en soledad.

—Quiero serle sincero, señor duque de Montefrío. Me produce un gran placer la amistad que ha nacido entre mis primas y mi sobrino, con vos y los miembros de su noble familia.

—Bueno, señor embajador, mi amistad con su prima Leonor y su hijo nació hace bastante tiempo y a muchos miles de millas de distancia. A veces se viven experiencias que dejan una huella muy profunda.

—Es cierto. Comprendo la rendida y ajustada admiración que le profesan. De forma especial, salvó a Leonor de una espantosa muerte o situaciones de peor tinte. No obstante...

Quedó el embajador a medio camino y pensativo, como si no se atreviera a consumir las ideas que le rondaban por la cabeza. Como la moscarda volaba por mi sesera con susurros grises, me temí que entrara en pastos aconchados y reventara la fuente.

—Sin embargo... —lo invité a proseguir—. ¿Algo le preocupa de su familia quizás, señor embajador?

—Pues veré, señor duque, aprovechando la intimidad del momento, me sinceraré con vos. Quiero con mucho fervor a mi prima Leonor aunque, la verdad, la he tratado muy poco. Bien sabéis que la pobre ha sufrido terribles experiencias y ahora se encuentra muy feliz. Pero... no sé... ¿No creéis mucho más..., mucho más favorable que tanto ella como Margarida y el joven Marco vinieran a vivir en nuestra residencia?

—También con sinceridad, señor embajador, estimo que sus primas gozan de edad suficiente, para decidir dónde desean vivir y en qué condiciones.

—Por supuesto. No quiero que malinterprete mis palabras. —Se le notaba ligeramente nervioso, como si deseara cancelar el tema emprendido cuanto antes—. No es que encuentre la situación poco adecuada, ni mucho menos. Pero son demasiados los meses...

—Todo dependerá de sus deseos y, quizás con mayor importancia, de los de Marco. —Quise cortar la naranja al cuajo cuanto antes—. Parece muy enamorado de esa jovencita, Lucrecia Alpuente. Y los padres de la joven ven con buenos ojos tales amores, Creo que se resiste con fuerza a abandonar Madrid.

—¿Ah sí? —Parecía como sí le hubiesen apartado una pesada carga de los hombros en un solo segundo—. Nada sabía al respecto.

—Pues se aprecia con claridad a bastante distancia. —Sonreí al tiempo que dirigía la mirada hacia los dos jóvenes—. Esa joven es hija de un compañero de armas. Me parece que Marco entiende que a mi lado puede serle más fácil mantener la relación.

—Por supuesto.

Quedamos en silencio durante algunos segundos. Los dos éramos conscientes de por dónde se movía la aguja y, por fortuna, pareció quedar convencido.

—De todas formas, señor duque, quiero informarle de que me tiene a su disposición en todo lo que..., en todo lo que pueda ayudarle. Ya le digo que aprecio mucho a Leonor y solamente pienso en su felicidad. Deseo por encima de todo que nada le salpique a la contra. Espero que me comprenda. Y llegado el caso, me tendría preparado para apoyarles en cualquier tarea, aunque mi esposa piense de forma absolutamente distinta.

—Entiendo sus palabras al punto y se las agradezco como merecen, señor embajador. Nadie más interesado que yo en la felicidad de su prima y en que nada perturbe su vida.

Se apartó por fin con una sonrisa de plena tranquilidad en el rostro, al tiempo que golpeaba mi brazo con afecto. Creí entender que se había visto obligado a entrar en un tema que no deseaba, pero había encontrado una salida digna. Sin embargo, las meditaciones quedaron cortadas, al comprobar que don Carlos se acercaba a mí con su esposa en posible despedida.

—Una recepción muy agradable, Montefrío. Le agradezco en mucho la invitación.

—Señor, para la casa de Montefrío ha sido un gran honor recibir a vuestras Altezas y disfrutar de vuestra compañía.

Contestó con las palabras habituales de cortesía, mientras tomaba a su mujer en dirección al carruaje que esperaba en la plazoleta, con las armas de España en las portezuelas. Había sido la primera vez que un miembro de la real familia acudía al palacio de Montefrío, desde que me había hecho cargo del mayorazgo. Y aunque no se tratara de persona excesivamente alegre y amable, siempre le reconocí el detalle para con los míos.

Debo reconocer que quedé feliz tras mi encuentro con el embajador portugués. Porque una vez entrados en vereda, me había temido lo peor y podía saltar la liebre mala donde menos se esperaba. Por gracia de los cielos, ambos habíamos superado el trance sin problemas añadidos. Por lo demás, la

vida continuó a nuestro alrededor al mismo ritmo de felicidad. Pocas semanas después, Marco nos declaraba la formalidad de sus amores con la señorita Lucrecia Alpuente, con gran alegría por nuestra parte. Ahora disponíamos de una razón más, y de mucho peso, para mantenernos en la villa madrileña.

Entramos al galope en 1822. Y bien que nos descascarilló las ruedas en el avance general. La rumazón se acercaba por nuestra popa a ritmo de danza y no la vimos llegar hasta que descargó sobre nosotros con toda su furia.

21. La Santa Alianza entra en escena

Aunque aquel año de 1822 se rajó por esteras verderonas en su conjunto, debo señalar que, en sus primeros meses, gozamos con alguna buena noticia, o lo que entendimos en dicho sentido. En el mes de abril, fue elevado al cargo de ministro de Marina nuestro buen amigo Jacinto de Romarate. Por una parte, tanto Beto como yo confiábamos mucho en su profesionalidad, rigor y capacidad. Pero al mismo tiempo, mi cuñado veía llegado el momento de que alguien lo impulsara avante con el necesario favor en su carrera. Porque ya se sabe que es difícil levantar cresta en la carrera de las armas, sin padrinos que fustiguen en las secretarías. De esta forma, tras dejar pasar algunas semanas para que se asentara en el cargo, le giramos visita de cortesía cuando ya brotaba la primavera en la villa madrileña.

A pesar de nuestros temores, no necesitamos ni un segundo de espera en situación de recibo, para ser introducidos en el gabinete de Jacinto de Romarate. Y ya de entrada, se fundió en un fuerte e interminable abrazo a Beto, con las clásicas exclamaciones lanzadas entre dos buenos amigos y compañeros que no se encuentran en mucho tiempo. A continuación, me ofrecía otro a mí, antes de señalarnos asiento a su lado.

—Vuestra visita supone la primera alegría de la mañana. Bueno, la primera en varios días, podría decir sin entrar en error. —Sonreía de buen humor, con su habitual vitalidad—. Verles de nuevo retrotrae mi memoria a los inolvidables sucesos que atravesamos en aquel maravilloso escenario del Río de la Plata, aunque los sufriéramos bien dentro en las tripas. Cómo podríamos olvidar, Pignatti, nuestros días de incansable lucha contra los rebeldes y, por qué no decirlo, contra nuestro poco querido jefe, el capitán de navío de la Sierra.

—No me lo nombre siquiera, señor ministro, por favor, que entro en convulsiones satánicas sin remisión. No quiera estropearme el día.-

—Pues debo felicitarle porque, según tuve conocimiento fidedigno, en el consejo de guerra posterior fuisteis el único miembro de la Armada con valor suficiente para denunciarlo a la cara.

—Denuncia sin resultado alguno. El muy culebrón salió de la sala con la frente por alto y sin mengua en su expediente personal. Una vergüenza de gigantesco tamaño para la institución.

—Bueno, así se han cocinado siempre en nuestra patria esos consejos, que más se asemejan a burlescas representaciones de feria. Una asignatura a la que jamás concedimos la debida importancia. Cuándo aprenderemos a sacar la verdad en dichos juicios, aunque sea con tintes negros. Mucho hablamos de imitar a la Armada británica en su organización, pero nada queremos saber de ese particular aspecto. El que la hace debe pagarla, aunque se trate de nuestro hermano de sangre.

—Concuerdo al ciento, aunque dudo de que llegemos a conseguirlo algún día.

—Si le soy sincero, Jacinto —entraba por mi parte en sinceros—, no me gustaría estar en su piel. Se ha metido de lleno en la boca del dragón. Y para colmo de males, sin una simple espada al cinto.

—Soy consciente de tal situación y no le sobra razón. Pero Osorio dimitió tras un mes en el cargo y no pude negarme por diversos motivos. Cuando mucho elevamos la voz en continua protesta por los males que atravesamos, no es de ley aliviar la carga de los hombros cuando nos ofrecen la ocasión de remediarlos. Esa es, al menos, mi sincera opinión. Pero tampoco me veo muchas semanas sentado en este sillón. Está por resolver todavía la crisis a causa de los sucesos del mes de julio pasado, y supongo que arrastrará con ella a todo el Gobierno. Además, las sociedades secretas parecen jugar un papel importante a través del Ayuntamiento de Madrid y la Masonería se llevará el gato al agua cuando se forme el nuevo Gabinete. Por desgracia, el régimen se radicalizará todavía más, con lo que preveo muy malos augurios para España.

—¿No seremos capaces de llevar a cabo una transición del Antiguo Régimen al nuevo, sin que caigamos en la ciénaga una vez más? Qué poca inteligencia demuestran los jefes políticos de algunos partidos —clamé de nuevo contra el desierto.

—Poca o ninguna —corroboró Romarate—. Y conste que se han enfocado dos problemas seculares con ciertas garantías de éxito. Mejorahl es, como todo, pero con una cimentación aceptable. Bueno, el primero, la cuestión agraria, ha quedado maltrecha y deberá ser renovada una vez más.

Pero se han trazado las primeras líneas del camino. Y por otro lado, el problema religioso, que nos toma en pinza sin remedio.

—Se comenta que se ha llevado a cabo una desamortización tremenda.

—No es para tanto y ya sabéis que no soy exaltado, ni mucho menos. Por ejemplo, en marzo del año pasado se suprimieron doscientos ochenta monasterios, colegios y hospitales. Sin embargo, más de una tercera parte de los clérigos abandonaron los hábitos de forma voluntaria, ante las muy aceptables condiciones que se les ofrecían. Y el conjunto del gasto al que se han elevado las indemnizaciones y pensiones correspondientes a los exclaustrados supone una carga tremenda para las arcas del Estado. Sin duda alguna, desamortización y secularización constituyen aspectos fundamentales en la obra reformista de las Cortes, pero nos ha puesto a la Iglesia, una institución con un tremendo poder en España, en contra y de forma belicosa. Y don Fernando...

—Y don Fernando aprueba de mala gana los decretos, mientras apoya a la iglesia en sus manifestaciones absolutistas porque así le conviene.

—Más o menos. Como miembro del Gobierno, no puedo entrar en ciertas sinceridades, que podrían ser consideradas innobles y faltas de la necesaria lealtad hacia Su Majestad. Pero cuando se produzca la crisis del Gobierno, que llegará muy pronto, me temo que el nuevo equipo se lance de la mano de los exaltados.

—¿Y esa Regencia de Urgel de la que se habla?

—No creo que sea de preocupar. La acción aislada de las partidas realistas, dominantes a lo largo de 1821, crearon dificultades al nuevo régimen constitucional. Pero se hallaban muy lejos de suponer una amenaza política real. Todos los escapados de las partidas por Cataluña, Aragón y Navarra, pasados a Francia o cercanos a ella, intentaron unificarse. Según, algunos, llegaron a conjuntar más de tres mil hombres, aunque con armas para unos cientos solamente. De ahí nació esa regencia con más bombo que real peligro, al menos en mi opinión. Se han reunido a su sombra los que se esperaba: Eguía, Mataflorida, Eroles, O'Donell, el inquisidor general, el obispo de Pamplona y otros muchos apostólicos declarados. Lo que sucede es que el triunfo al tomar Seo de Urgel, les ofreció renovadas esperanzas y, especialmente, una base territorial de la que carecían hasta entonces, así como la posibilidad de desarrollar políticamente su movimiento.

—Dicha regencia sería reconocida por todos los absolutistas.

—Sin excepción porque suponía un centro político de oposición al régimen y a escala nacional. También nos perjudicó de cara a Europa, al

hacerse público que existía realmente un movimiento interno contra el régimen, lo que se había ocultado por el Gobierno cuidadosamente gracias al uso constante del término facciosos.

—¿Y Francia?

—Pues por raro que parezca, no le hace caso a la regencia de Urgel. Y mucho nos temíamos la posición que podía ocupar. Sin Francia, carecían de empréstito y fórmulas financieras aceptables. Además, una vez que se retire la división Navarra, a los miembros de la regencia solamente les quedará el camino del exilio en Francia. Se mantienen problemas militares en Cataluña y Aragón, pero no hemos estado exentos de tales movimientos desde que se creó el nuevo régimen.

—¿Y qué sucede con la Armada, Romarate? ¿Jamás saldremos de esta terrible miseria en la que nos encontramos? —pregunté para entrar en el tema que más nos interesaba.

—¿Qué queréis que os diga? La sensación más triste y desoladora que sentí al ocupar esta mesa puedo reducirla a que, en pocos días, comprendí que nada era posible hacer, salvo maravillosos memorandos, nuevas organizaciones y otras mil labores, importantes sin duda pero que no percibe la gente de a pie. En primer lugar, intento que todos aquellos que han quedado en la putañera calle tras la drástica reducción de personal, aunque les ofrezcan diferentes apelaciones, puedan mantener una pensión digna. Y así se lo he explicado a mi compañero en Hacienda, que parece comprenderlo. Mucho más nos debe preocupar el futuro de esas familias, que la situación económica de los eclesiásticos exclaustros. ¡Hasta ahí podíamos llegar! En fin, creo que lo conseguiré. Pero el presupuesto no alcanza ni para los tacones. Como un ejemplo más, puedo decir que los miembros de la división que manda el capitán de fragata Laborde de forma extraordinaria en Tierra Firme ha recibido menos de dos pagas en dos años. ¡Eso no es posible! ¡Que dejen de cobrar los ministros durante ese periodo y comprueben en sus carnes cómo malvive la familia sin mesadas!

—En esa división se encuentra mi hijo Francisco. A bordo de la fragata *Ligera*.

—Pues acabo de tener conocimiento de que dicha fragata acabó por perderse en Santiago de Cuba, deshecha de maderas. Bueno, parece faena milagrosa que pudiera alcanzar ese puerto desde el golfo de Maracaybo, en el estado de ruina y fondos abiertos que se encontraba. Pero, espere un momento, Leñanza. Creo recordar un dato que...

Romarate se movió hacia su mesa donde, tras buscar entre un elevado montón de pliegos, apartó uno con decisión. Tras leerlo con detenimiento, se amplió la sonrisa en su rostro.

—Precisamente su hijo, el alférez de fragata Francisco de Leñanza, ha sido ascendido al inmediato empleo de alférez de navío por los méritos contraídos en combate, etc. Le ofrezco mi enhorabuena como padre del mozo. Parece que la sangre tira hacia la misma estera. Supongo que sabrá que hace meses...

—Perdió un brazo en la defensa nocturna de Puerto Cabello. Me lo explicó de su puño y letra. Para su bien, se trataba del izquierdo. Pero se siente orgulloso por su situación.

—Así es. También sufrió un accidente cuando maniobraba con un solo brazo sobre las bombas de picar. ¡Vaya un rapaz valiente y con los huevos bien enjaretados por corto! Será repatriado a la mayor brevedad, con seis meses de licencia para conseguir su necesario restablecimiento.

—¡Ha sufrido un nuevo accidente! No conocía ese detalle. ¿Se encuentra herido de gravedad?

—Preocupó su situación en los primeros momentos, pero la superó con facilidad. Debe ser fuerte de cuerpo y espíritu. Salió adelante con unas costillas rotas y la mandíbula partida, entre otras magulladuras. Pero parece que estos Leñanza son de hierro. —Volvió a sonreír, divertido—. Llegará a Cádiz en algunos meses, cuando consiga embarcar en una fragata o un navío de tornaviaje hacia la Península.

—¡Válganme los cielos! Atacando las bombas de picar con un solo brazo. Estoy muy orgulloso de este pequeño oficialillo. Es un valiente. —Me sentía emocionado hasta las barbas por mis propias palabras.

—Y de mi mando, qué. No demos más vueltas a la ronda y entremos en temas de suficiente fuste —apostilló Beto por derecho y en voz alta, dada la confianza que lo unía con Romarate.

El ministro, tras observar el rostro de mi cuñado, se sintió atacado por una risa repentina difícil de sofocar. En cuanto le fue posible preguntó a Beto, al tiempo que golpeaba su hombro con afecto.

—¡Una salida habitual en don Adalberto Pignatti! ¿De qué mando me hablas?

Beto debió explicarle con cierto detalle las promesas de Vázquez Figueroa, así como las de Javat, que se vieron truncadas por la llegada de Escudero al ministerio. Y no lo dudó Romarate en su respuesta.

—Bien que mereces ese mando, Beto. Y lo tendrás, por los témpanos de las aguas heladas. Te juro que la primera fragata cuyo mando quede vacante será para ti. Bueno, siempre que me encuentre todavía sentado en esta mesa filibustera.

—Que no sea una fragata rusa, por favor. —Beto sonreía ahora, divertido—. Creo que todavía queda alguna por ahí, dando bandazos y podrida de maderas.

—Te he prometido la primera. Ya veremos la gacela que te toca en el sorteo.

—Bueno, aunque sea rusa la acepto de mil amores. Pero cambiando el tercio, esa posibilidad de adquirir unidades en arsenales extranjeros... —comencé mi pregunta, que fue zanjada por la respuesta del ministro.

—Nada de nada porque no disponemos de un solo real. Así de claro, amigo mío. Intento ampararme en que se ha decidido aumentar los puestos de trabajo en nuestros arsenales, única forma de ofrecer trabajo en Ferrol, Cartagena y Cádiz, para plantar la quilla de dos o tres nuevas fragatas. Pero en verdad que no sé si lo conseguiré. Y debo reconocer que el plan no es mío sino de Javat, un proyecto muy detallado que quedó envuelto en manta tras su relevo. Lo he reactivado y presenta muchos visos de poder salir adelante. Por desgracia, será necesario utilizar bastante material británico, pero se trata de un primer paso. Debemos recorrer un camino parecido al que llevaron a cabo Jorge Juan y Ulloa en el pasado siglo. Los ingleses nos han ofrecido crédito y apoyo técnico en ese aspecto. Y no es sencillo, porque don Fernando no goza de crédito personal alguno en toda Europa. Es duro decirlo, pero se trata de la pura y vergonzosa verdad. Incluso los rusos todavía nos bombardean con peticiones de pagos insatisfechos por su putorrón escuadra negra. Pero por todos mis antepasados que rinden pena en el camposanto, que no pienso gastar un solo real en ese truculento negocio, más propio de truhanes. Que se apañen con él los que entraron en la fraudulenta negociación.

—¿Y qué me dice del peligro que supone la presión extranjera hacia el régimen constitucional?

—Pone el dedo en la llaga, Leñanza. Porque ahí se nos presenta el verdadero caballo de batalla. Nada menos que la Santa Alianza, que Satanás ampare en sus fuegos, y sus posibles movimientos. Muchos no parecen comprenderlo, pero será el peligro definitivo para el nuevo régimen, si no conseguimos tranquilizar a don Fernando y que deje de enviar emisarios a los monarcas europeos, en protesta por lo que entiende como su triste situación.

Si por desgracia sufrimos crisis de Gobierno y las sociedades secretas y la masonería consiguen colocar a sus compañeros exaltados en los ministerios, puede suceder cualquier desastre. En fin, ya veremos si disponemos en España de las suficientes luces como para sortear esos peligros, aunque soy pesimista y me temo lo peor.

—Bueno, algún día deberá sonreímos la suerte —alegué para elevar la moral del grupo, caída hasta el sollado—. ¿No somos la nación elegida por Dios?

—Ya me gustaría comprobarlo.

—Bueno, pero sin olvidar mi mando de una fragata, ministro. Eso es más importante que la Santa Alianza y demás monsergas.

—Por supuesto, Beto.

Abandonamos la secretaría de Marina con el ánimo tendido a medias aguas. Porque habíamos recibido manta negra contra la cara, aunque descollara alguna perla entre el aceite. Y por encima de todo, era Beto quien se mostraba exultante, ante lo que consideraba como momento decisivo de su carrera, Confiaba en Jacinto Romarate al ciento y la verdad es que no le faltaba razón.

Pero no todo en esta vida entra por vereda de luces, aunque así lo hayas programado. Digo esto porque antes de cuatro meses, se produjo la esperada crisis de Gobierno, sin que mi cuñado hubiera recibido el mando prometido. Y aunque Beto elevara blasfemias cerradas hacia los cuatro puntos cardinales, no debíamos culpar a Jacinto Romarate. La verdad es que el pobre ni siquiera había contado con tiempo suficiente para armar su mesa. Además, es necesario recordar que apenas contábamos en aquellos días con cinco o seis fragatas de fuerza. De las rusas que habían conseguido navegar, la fragata Viva tocaba fondo en el puerto de La Habana por entrada masiva de agua, y la misma situación padecía la Mercurio en el arsenal de La Carraca. De esta forma, finiquitaban sus vidas los últimos ejemplares de la maléfica escuadra rusa adquirida personalmente por don Fernando al zar Alejandro, que colapso las últimas esperanzas de la Real Armada y de mantener en nuestro poder las provincias indianas.

Tal y como nos había avanzado Romarate en negra posibilidad, las sociedades secretas y la masonería ganaron la partida con claridad y se formó un Gobierno donde predominaban los ministerios exaltados. Quedaba constituido por San Miguel en Estado, Fernández Gaseó en Gobernación, López Baños en Guerra, Egea en Hacienda, Navarro en Justicia, Vadillio en Ultramar y don Dionisio Capaz y Rendón en Marina. Pero ya les adelanto que

sin pertenecer el miembro de la Armada al grupo político nombrado, se convirtió en un títere utilizado por los demás. Para colmo de males y como me comentó un buen amigo entrado en dichos avatares al punto, la mayor parte de los ministros en cuanto a mérito y reputación, ni a la mediana alcanzaban, mientras otros, si pasaban por personas de mérito, no parecían idóneos para los importantes cargos a que estaban destinados.

De todo eso y de mucho más tuve conocimiento cuando, en una tarde lluviosa y fría del mes de noviembre, me reuní en el café del Llano con un compañero de promoción gaditano, el capitán de navío Alfredo Meneses. Llegó en compañía de don Antonio Alcalá Galiano, también gaditano e hijo de quien fuera gran marino y mártir de Trafalgar, el brigadier don Dionisio Alcalá Galiano. Político avezado, escritor y uno de los promotores del alzamiento del teniente coronel Riego, pasaba por exaltado aunque mostraba ideas muy claras en su cabeza. Tuve ocasión de acabar por conocerlo muy bien y llegué a la conclusión de que se trataba de un hombre con un carácter marcado por la mezcla entre la sinceridad y la nobleza de ánimo, pero también de enorme temeridad sentimental. No obstante y en contra de algunas opiniones, siempre estimé que obraba en defensa de sus ideas sin malicia política alguna.

—Aunque don Fernando alegue, embutido entre tonos de tristeza, que se ha visto obligado a nombrar a los nuevos ministros, cuyas figuras he apoyado firmemente —comentaba Alcalá Galiano con su habitual sinceridad—, las malas lenguas, que tantas veces aciertan, entienden que nuestro Señor contempla con buenos ojos el nuevo Gobierno. Sencillamente, porque lo cree capaz de originar una situación interna suficientemente convulsa, que provoque de una vez esa intervención extranjera que persigue desde hace muchos meses, aunque la niegue. Y esas mismas voces propalan que el Monarca se encuentra a día de hoy en conversaciones muy avanzadas, para conseguir el fin anhelado por él mismo y su cohorte absolutista.

—Sea cierto o no —entré en la discusión—, lo cierto es que por primera vez desde que se asumió la monarquía constitucional, alcanza el poder la facción exaltada del liberalismo.

—Eso es irrefutable. Y por los poetas ciegos de mi tierra, que ya era hora, amigos míos. —Sonreía por lo bajo Antonio—. Porque los que llamáis como exaltados, conseguimos dar la vuelta a la torta y conseguir el éxito del nuevo régimen.

—Creo que olvidas, Antonio, el peligro que corremos. Debemos recordar que, con anterioridad al pronunciamiento de Riego, el sistema legitimista

impuesto a los pueblos del continente europeo casi en su totalidad creó para su seguridad una internacional de monarcas que acabó por denominarse como Santa Alianza, cuyos servicios no han sido requeridos oficialmente hasta ahora por ninguno de los firmantes. En el proceso revolucionario, cuya primera etapa quedara compuesta por la Revolución y el Imperio, la victoria final y decisiva había caído de parte de los defensores del Antiguo Régimen, quienes intentaron con mayor o menor radicalismo retrotraer la situación al *statu quo* ante, es decir, al Antiguo Régimen absolutista. Y lo consiguieron. Por tal razón, la importancia del éxito del pronunciamiento de Riego no recae solamente en la responsabilidad de los que lo dirigieron, donde tú destacas muy por alto, y en la formación de un Gobierno liberal, sino en el hecho de constituir el primer asalto victorioso a la fortaleza del llamado legitimismo.

—Desde luego. No me cabe ninguna duda al respecto. Y con todo orgullo lo considero un clamoroso éxito del pueblo español. Don Fernando juró la Constitución y no tenemos porqué dulcificarla día a día, como algunos desean. ¿A qué viene tanta monserga de paños blandos y tisanas de luto? Ya somos mayorcitos, señores míos. La voz del pueblo es irrenunciable.

—Ya que se refiere a los liberales moderados —intervine con cierta pasión—, creo que no sería dañino dar pasos a pequeño y sin crear peligros innecesarios. Y no me refiero a ofrecer tisanas de luto noche y día, sino a manejar la cabeza con cierta sabiduría. Quien mucho abarca poco aprieta. Y se están jugando que regresemos al más duro de los absolutismos.

—No estoy de acuerdo. ¿Por qué hemos de modificar una Constitución, que los españoles se dieron a sí mismos a pleno pulmón? ¿Para agradar a un Monarca mentiroso y falsario, que brujulea día y noche contra esa carta magna, que ha jurado ante los santos evangelios? ¡Porque la ha jurado, señores!

—Otro problema que se ha creado es el del posible contagio a otras naciones europeas, Antonio, situación que aplaudís y fomentáis —declaró Alfredo para salir por otra vereda—. Portugal siguió el ejemplo español y en dicha nación se ha constituido una junta provisional, que establece como ley fundamental del Reino la Constitución española de 1812. Pero poco después comenzaba la insurrección en Nápoles, que habéis apoyado sin fisuras, incluso con presencia naval de unas unidades que tanto se necesitan en otros frentes. Y al día siguiente, se proclamaba en Avelino la Constitución española como norma básica de su sistema político. Y como era de esperar, de Nápoles se extendió el movimiento al resto de la península italiana. De pronto, España y su texto constitucional se han convertido en el centro y modelo de los

revolucionarios europeos. Pero ahí debemos centrar la diana, Antonio, si en algo te interesa mantener este nuevo Régimen. Porque nos habéis convertido en los auténticos revolucionarios europeos, una enfermedad contagiosa como la sarna, y eso, posiblemente, no sea aceptado por las potencias absolutistas de la Santa Alianza.

—En efecto, se ha tratado de una inesperada y espontánea extensión del movimiento español, que incluso ha llegado a influir en algunos políticos rusos que laboran contra el absolutismo de su Zar^[77] —postulaba Alcalá Galiano con entusiasmo—. Se trata de un inmenso honor, del que deberíamos sentirnos orgullosos.

—Perdona que te lo diga, Antonio, pero a veces, a pesar de tu innata inteligencia, me pareces un iluso —comentaba Alfredo con una sonrisa de bonanza en su cara—. En España necesitamos menos honores y más tranquilidad, esa que lleva consigo el progreso y el pan a los hogares. Esa situación de la que te sientes tan orgulloso, ha planteado a la Santa Alianza la necesidad de ejercitar las competencias señaladas en su carta fundamental. Todo depende, según, sus propias declaraciones, de que don Fernando pueda controlar lo que en otros pueblos europeos se define claramente como revolución.

—¿Revolución has dicho? —Antonio Alcalá Galiano se desesperaba en la discusión, masajeando sus manos con extrema fruición—. Pero cómo cojones se puede denominar revolución a un régimen de monarquía constitucional, que mantiene todos los derechos de su Rey. Están locos quienes así opinan o medran a favor de su propio negocio, una condición muy española. Porque los franceses deben recordar que en España se mantiene un Monarca a la cabeza de la nación. Nada de guillotinas ni de terror.

—Pues según dicen, en la Santa Alianza se mueven peones avante día a día. Y conforme pasa el tiempo, con mayor fuerza e influencia.

—Ya lo sabemos. Desde octubre de 1820 se han llevado a cabo diversas reuniones de los miembros de la Santa Alianza, para estudiar la situación española y calibrar los posibles movimientos que se les abren a la mano. Pero no olvidéis que, en verdad, el problema de don Fernando es la pérdida de prestigio personal entre el resto de monarcas europeos, a causa del brutal sistema represivo y autocrático que estableció a su regreso a España. Sabemos con certeza, porque mantenemos buenos informadores —de nuevo aparecía la picara sonrisa en su boca—, que don Fernando se ha dirigido con diversos memorandos a Luis XVIII, al zar Alejandro I y a otros monarcas. Intenta que por medio de la fuerza le alivien de la situación que sufre, y repito sus propias

palabras. Incluso estima nuestro Señor en unos cincuenta mil hombres la cantidad necesaria para poner orden en España. Os advierto que defiendo la opinión de que, con esas cartas en la mano, deberíamos derrocar a don Fernando por traición a la Constitución jurada y relevarlo por otro príncipe de sangre más honrado y sincero. Pero las cosas se encuentran peor de lo que imagináis.

—¿Alguna nueva noticia? —preguntó Alfredo.

—Bastantes y ninguna buena. Os comentaré algunas un tanto reservadas, aunque serán públicas en pocos días. Las grandes potencias europeas, y me refiero a las de la Santa Alianza, decidieron, como primera medida, entregar notas diplomáticas simultáneas dirigidas al Gobierno español. En ellas exigen por derecho y a la brava una reforma del texto constitucional. ¡Las potencias extranjeras se lo exigen al pueblo español! Y si no hacemos caso a sus exigencias de forma inmediata, amenazan con pasar a la invasión armada, prevista en el Tratado de Verona del 22 de noviembre, que confiaba a Francia la misión de liquidar militarmente el régimen constitucional español. Por fortuna, la Gran Bretaña opina en contra y alega que, hoy por hoy, la situación española no se encuentra deteriorada al punto de permitir una intervención extranjera. Pero es la única voz que clama en el desierto europeo, plagado de insolente absolutismo.

Quedamos sin palabras ante aquella información que desconocíamos. Y de una gravedad terrible, que azotaba nuestros cerebros. Por mi parte, no me sentía cercano a los liberales exaltados de ninguna forma, pero me hervía la sangre al comprobar la intromisión de esas potencias en asuntos puramente españoles.

—¿Cómo han reaccionado las Cortes a esas notas intimidatorias? —le pregunté con cierto temor.

—Con el orgullo y honor del que presumimos, las Cortes españolas han mostrado su tremenda indignación en todos los tonos y estilos posibles. Pero no lo entendáis como posición de los llamados exaltados, sino de todo español liberal y de buen corazón. Estas intromisiones de los monarcas extranjeros en la política nacional, que nada pintan en los asuntos internos de España, han conseguido que los liberales de todas las tendencias acabemos unidos en un solo cuerpo. Por primera vez se unen criterios, lo que parecía cuestión imposible. Un rotundo éxito de la Santa Alianza.

—¿Y qué se piensa hacer?

—Pues el ministro de listado, San Miguel, de acuerdo con el parecer del Gobierno en pleno, remitió la semana pasada los respectivos pasaportes a los

representantes diplomáticos de Prusia, Austria, Rusia, Francia y Nápoles. Al mismo tiempo, se han expedido notas a dichos Gobiernos, en las que se expone con meridiana claridad la legitimidad de nuestro sistema político. Pero es más, también se les expone que debían haber condenado el golpe de listado producido por Su Majestad don Fernando en Valencia, a su regreso de Francia en 1814.

—Una reacción muy orgullosa y aceptable para todo español, Antonio. Un orgullo que nos ha cegado en demasiadas ocasiones a lo largo de nuestra historia. Pero veo muy fea la situación —dije, un tanto anonadado por las noticias recibidas.

—Más que fea, señor mío —declaraba Alcalá Galiano—. La decidida respuesta española a la intromisión extranjera y la subsiguiente retirada de embajadores de la Corte ha sido seguida la semana pasada por un terrible discurso de ese mequetrefe engolado que reina en Francia como Luis XVIII, con ocasión de la apertura de sus cámaras. Y esta información que os ofrezco todavía no se ha entregado a la prensa. En su indigna perorata, el Rey gabacho anuncia que cien mil franceses se encuentran preparados para avanzar, invocando al Dios de San Luis para conservar el trono de España a un nieto de Enrique IV. Por los cojones del buitro, que son de ordago y pata llana sus jodidas palabras. El mismo Rey francés alude en su disertación, como objetivos políticos de la prevista intervención, a que Fernando VII quede en libertad para, dar a sus pueblos instituciones que no pueden recibir sino de él solo y las cuales, asegurando el reposo de España, disipen las fundadas inquietudes de branda. Conseguido esto, cesarán las hostilidades. ¿Qué os parece? ¿Por qué esos putos gabachos no nos dejan vivir en paz y libertad de una vez? Nos han jodido durante siglos como falsos aliados, enemigos tapados que nos invadieron de forma indigna, y ahora nos salen con esta patochada. Qué razón tenía mi padre, cuando alegaba que todo lo malo nos ha llegado siempre desde el norte de los Pirineos.

—Nada de patochadas, Antonio. Eso quiere decir que los franceses piensan invadirnos en escaso tiempo. Vamos, que se nos presenta a la puerta de la casa una nueva guerra contra los gabachos —declaré, asombrado—. Ruina sobre ruina y hambre sobre hambre.

—Desde luego. No puedo negarlo. —Alcalá Galiano parecía encantado con la idea—. Pero no sufráis demasiado. España es una gran, nación, que sabrá valerse de sus propios hombres.

—Una gran nación que se encuentra en la ruina más absoluta y dividida en mil opciones políticas, sin la necesaria unión —comenté a la baja.

—No seáis pesimistas, por favor, Con ese espíritu no se puede ganar combate alguno. Si Bonaparte no pudo con nosotros empleando más de trescientos mil soldados en permanencia, no lo conseguirán, ahora con cien mil. Ya las Cortes trabajan en la necesaria activación, de ejércitos, para hacer frente a la posible invasión. No obstante, algunos políticos británicos, con Wellington y Stuart a la cabeza, intentan mediar para evitar este desastre que puede correrse como la gangrena a toda Europa. Pararemos los pies a esos que ya denomina el Rey francés como los cien mil hijos de San Luis. Mejor sería denominarlos como los cien, mil jodidos hijos de Satanás.

—Otra guerra significaría el fin definitivo y sin paliativos de nuestra presencia en las Indias —comenté con abierto pesimismo—. Pero no pensando en futuros largos, sino en muy pocos meses. Y pasaremos a ser una nación de tercer o cuarto orden.

—Mire, Leñanza —Alcalá Galiano se dirigía a mí con extrema seriedad por primera vez—, nuestra única opción en las Indias consiste en llegar a alcanzar acuerdos puntuales con los diferentes caudillos, que capitanean los movimientos independentistas de norte a sur. De esa forma, podría ser posible mantener una ligazón moral o material de España con sus antiguas colonias, aunque no nos guste llamarlas así. Con el simple empleo de la fuerza y casi nula Armada, nada conseguiremos más que desangrarnos poco a poco.

—Es posible que se deba tener en cuenta de una jodida vez que se necesitan buques y soldados. De acuerdo en que no existe Armada. Pero si el presupuesto se le rebaja día a día, cada vez la situación será peor. Ahora mismo no somos competentes siquiera para defender nuestras costas de los corsarios. Mucho os preocupáis de la situación europea y no sois capaces de atender a la barriga propia.

—Partimos de posiciones muy distantes, Leñanza. Por mi parte, di por perdidas las Indias hace mucho tiempo.

Regresé al palacio de Montefrío aquella tarde con la moral rematada al filo de los tacones. Pero por encima de todo, sufría una profunda compasión por mi patria, por España, y por su futuro, que atisbaba tan negro como las profundidades del Infierno. ¿Cómo se pensaba resistir a las fuerzas francesas, soldados preparados con magnífico armamento, ahora apoyados desde dentro por las columnas realistas? Y qué sucedería si don Fernando volvía a ejercer todas sus capacidades y de nuevo aplicaba el más tiránico absolutismo. Pensé en mi hijo Francisco, que regresaría a España para reponer fuerzas y curar heridas. ¿Qué sería de sus ilusiones y proyectos? Pero también el cerebro intentó analizar mi propia situación con Leonor, que ya se movía con

suficientes impedimentos. Guerra y sangre. Una vez más, se regarían en rojo las tierras de España.

22. Movimientos

Entramos en las fiestas navideñas con el ánimo encogido a las bandas y escasas esperanzas en el corazón, al menos por mi parte y la de Beto. Aunque las mujeres se barruntaran signos de tormenta política y ruido de sables, solamente nosotros nos encontrábamos al día de la verdadera y trágica situación que atravesábamos. No obstante, decidimos esperar a que finalizaran las jornadas felices de diciembre y enero, sin enturbiar la vida familiar. Con escasas ilusiones a la contra, esperábamos que, de un momento a otro, la bombarda reventara contra caras y cuerpos.

Marco había marchado a Portugal a principios del mes de noviembre, para resolver algunos asuntos de la casa Almeida, aunque regresaba con rapidez al palacio de Monte frío antes de que celebráramos la Natividad de nuestro Señor. Pesaba la familia en su ánimo, sin duda, pero pesaba posiblemente más la figura de la joven Lucrecia y los amores concedidos. Margarida no pensaba en separarse de su prima Leonor en ningún momento, y continuaba disfrutando de la regalada vida cortesana española, apegada a su sencilla y cómoda felicidad. No obstante, una vez entrados en el maléfico año de 1823, un año para grabar entre orlas negras en la historia de España, creí llegado el día y la hora de explicar a las mujeres la verdadera situación que se nos podía echar encima en cualquier momento, y las soluciones a tener en cuenta.

Como es sencillo conjeturar, una vez conocido en las Cortes el infame mensaje del Rey francés dirigido al Parlamento, se comenzaron sin pérdida de tiempo los preparativos para hacer frente a la inminente invasión. Así opinaban un gran número de diputados mientras algunos pocos, más optimistas y con escasa visión real del problema, todavía estimaban poco posible que se tomara por parte de Francia una postura de fuerza de tal envergadura. Pero los más sensatos exigieron y consiguieron forzar la situación. El ministro de la Guerra, López Baños, solicitó una leva en reemplazo inmediato de treinta mil hombres, así como el trasvase al Ejército

de los destinados a la milicia activa. Pero también exigía la movilización de los cumplidos, la suspensión de licencias absolutas y la introducción por cualquier medio de armas y pertrechos. Este conjunto de peticiones y otras de menor rango fueron aprobadas por casi unánime parecer, en la misma sesión del 5 de febrero en que fueron solicitadas.

Si se tiene en cuenta que, por aquellas semanas, fuerzas absolutistas y Liberales luchaban en Brihuega con resultado incierto, sin que Mina pudiera ejercer dominio, es posible comprender la honda preocupación de muchos, tanto en el Gobierno como en el pueblo con suficientes conocimientos de la verdadera situación. Porque nadie pensaba en un esfuerzo nacional común y patriótico para repeler la entrada de las fuerzas francesas que, por el contrario, serían bien recibidas por aquellos que aspiraban a que don Fernando recuperara todos sus poderes sin control alguno.

También consiguió López Baños una agrupación de los efectivos en cinco ejércitos, de acuerdo con el plan establecido en su ministerio. El primero de operaciones, en Cataluña, quedaría bajo el mando de Mina; el segundo de operaciones en Navarra, Aragón y Valencia con Ballesteros a la cabeza; el primero de reserva en Castilla la Nueva y Extremadura con el controvertido La Bisbal al mando; el segundo de reserva en Castilla la Vieja, Asturias y Galicia con el antiguo infante de Marina Morillo al frente. Como última medida, se ordenó a Villacampa la formación de un Ejército sobre la base de las fuerzas establecidas por Andalucía.

A pesar de tan rimbombante despliegue, como me barruntaba la verdadera realidad de la situación que se traslucía en España, en acuerdo con Beto creímos llegado el momento de exponer las cartas sobre la mesa en el palacio de Montefrío. Tras explicar a las mujeres y a Marco el verdadero estado de las piezas en juego sobre el tablero peninsular, pasé a establecer lo que entendía como acciones inmediatas a tomar.

—Con toda sinceridad, entiendo que las tropas francesas atravesarán España sin demasiado esfuerzo opositor. Por el contrario y como muchos prevén, encontrarán complacencia y generoso apoyo de bastantes fuerzas y estamentos. Supongo que el Gobierno, conforme avancen los gabachos hacia el sur, acabará por trasladarse a la ciudad de Cádiz para establecerse allí como reducto final, al igual que sucedió en la guerra anterior contra los franceses. Beto y yo debemos cesar en la situación de reemplazo e incorporarnos de inmediato, que así ha sido ordenado. Por tal razón, creo que lo más sensato —ahora me dirigía directamente a Leonor— es que regreséis a Portugal, antes de que los caminos y veredas se llenen de fuerzas militares en desordenado

movimiento. Por nuestra parte, Beto y yo solicitaremos del ministro incorporarnos de inmediato en Cádiz, con lo que nos mudaremos con la familia a nuestro querido palacete de la calle de la Amargura. Y si estimamos posteriormente que Cádiz no es ciudad segura, enviaremos a Rosalía y los niños hacia la hacienda de Castellar de la Frontera, suficientemente cercana.

—¿Marchamos?

Preguntaba Leonor con voz angustiada. Comprendí que, en realidad, su pregunta se ceñía a una separación de mi persona que no estimaba posible. Pero no se atrevía a declarar por alto lo que todos sabían. No obstante, por mi parte entré con verdades sin temor alguno.

—Hemos de separarnos por mucho que nos duela, Leonor. La verdad es que, por desgracia para España, supongo que don Fernando recuperará todos sus poderes y dará comienzo a un periodo muy negro en nuestra historia. Nuestro Señor es persona muy rencorosa y mantendrá bien guardados en la sesera, lo que entiende como ofensas recibidas. Es difícil prever sus posteriores reacciones, aunque podemos pensar en lo peor. Y llegado ese momento, no sé en qué situación quedaremos los que nos hayamos situado en defensa del Gobierno legítimo, como va a ser nuestra postura y la de todo español de bien. Pero por si acaso, he decidido tomar algunas medidas que estimo necesarias.

—¿Medidas? —preguntó Rosalía con un tono de voz casi inaudible.

—Así es. Ante notario y justicia pienso hacer mañana mismo deposición legal de todos mis títulos, honores, bienes y propiedades a nombre de mi hijo Francisco. De esa forma, la familia entera quedará resguardada para el futuro. Porque no sabemos las reacciones que se pueden llegar a producir en un momento determinado de éxito absolutista, pero podemos maliciarlas si recordamos las que tuvieron lugar en 1814.

—¿Cómo? Pero, Santiago, no puedes hacer... ¿Y si Francisco sufre alguna...? —Rosalía hablaba con el alma en la boca y el temor reflejado en su rostro.

—También lo he previsto con todo detalle, hermana, en un codicilo anejo. Si Francisco sufre algún decisivo revés en su tornaviaje hacia la Península o con posterioridad, que Dios no lo permita, María pasaría a detentar todo lo cedido por mi parte a su hermano. Y tú, Rosalía, quedarías como tutora y administradora legal hasta su mayoría de edad. Pero deseo que toméis mis palabras con entera claridad. Porque todo lo que os acabo de exponer no son opiniones, sino medidas que hemos de abordar de forma inmediata. En

cualquier momento pueden entrar en España las fuerzas francesas a través de la frontera, y todo se complicaría sobremanera.

—No puede ser. No puede ser —Rosalía repetía la frase una y otra vez, como si no pudiera creer lo que acababa de escuchar. Por fin, se acercó a Beto hasta abrazarse a él entre sollozos.

Se hizo el silencio más absoluto, mientras sentía un profundo dolor en el pecho. Comprendí que Leonor se encontraba con los ojos prestos al llanto, unas lágrimas que apenas podía contener. Con el apoyo de Marco, conseguí apartarnos de la escena y hablar con la necesaria privacidad.

—Leonor, querida mía, ya sé que será muy duro. Pero es del todo necesario.

—Pero, Santiago, no deseo separarme de ti. Antes prefiero quedar... ¿Por qué no podemos pasar a Cádiz con vosotros?

—Sería peligroso y no me perdonaría que os pudiera suceder cualquier daño. La ciudad de Cádiz ya fue bombardeada por los franceses en la anterior Guerra de la Independencia y ahora se dispone de mejores piezas de artillería. Marco debe regresar con vosotras dos. También él sufrirá por la separación de su amor, aunque le será más sencillo. La verdad, no creo que pase mucho tiempo hasta que me sea...

—¿Qué te puede suceder? Si te colocas claramente al lado de las fuerzas del Gobierno, arrostrarás las iras de los absolutistas y del Monarca en persona. No eres un cualquiera y tu presencia como jefe de escuadra y duque de Montefrío se dejará notar. Tú mismo has dicho muchas veces que para nada te identificas con ninguno de los bandos de forma clara y...

—No me identifico con claridad en la lucha política, desde luego, aunque sé donde debo posicionarme una vez alcanzado el momento de la verdad. Ese momento ha llegado y debo decidir. No puedo mantenerme al margen, lo que consideraría como una infame cobardía. En Cádiz intentaré ponerme bajo las órdenes del teniente general don Cayetano Valdés.

—¿De Valdés? En ese caso, acabarás arrestado en un castillo durante años o... algo peor. ¿Por qué no vienes con nosotros a Portugal? Allí no correrás peligro alguno, mi amor.

—No es posible en absoluto, Leonor, y lo sabes. Amor mío, una cosa es intentar mantenerme al margen de la contienda partidista española, como he hecho hasta ahora, y otra bien distinta dar la espalda al deber y ofrecer la blanda cuando nos atacan desde Francia. No puedo hacerlo de ninguna forma.

Leonor se aferró contra mi pecho, cuando ya las lágrimas brotaban con facilidad en interminable reguero. Tan sólo emitía suspiros entrecortados.

—No debes preocuparte demasiado, vida mía. La situación se aclarará para bien o para mal en escasas semanas —mentía ahora con cierta dificultad—. No durará mucho nuestra separación. Volveré a ti en cuanto me sea posible.

Leonor no contestó a mis palabras que, en verdad, conformaban solamente un conjunto de sencillos deseos por mi parte. Continuaba aferrada a mi pecho con pernos de fuerza, mientras mantenía los sollozos entrecortados. Por fin, escuché sus palabras como si llegaran a mis oídos desde muy lejos.

—No puedo perderte, Santiago. Moriría una vez más y creo que la vida me debe...

—Calla y no digas eso. Nos quedan muchos años de felicidad por delante.

De esta forma y tras algunas escenas desgarradas, preparamos la separación para cuatro días después. Beto y yo conseguimos audiencia con el ministro, que nos concedió pasaporte para Cádiz con rapidez y sin casi elevar una sola cuestión. Y parco en palabras, respondió a mis preguntas con sencillos monosílabos. Tan sólo repetía, una y otra vez, que la situación se tornaría muy difícil y hasta peligrosa para el Gobierno. Pero lo decía como si representara un papel de mero espectador, sin percatarse posiblemente de que formaba parte de un Gobierno liberal exaltado, que podía ser el último con carácter constitucional.

La separación de Leonor fue de extrema dureza. Porque a la ausencia del ser querido, ahora se sumaba la incógnita del futuro y lo que podría suceder en lo que, en verdad, se traducía en guerra pura y dura. Pero conseguí que acabaran por trepar al carruaje y los animales salieran a la carrera hacia la raya portuguesa. Solicité a Marco el cuidado de su madre. A la contra, el joven también me pidió que lo mantuviera con noticias fidedignas, aunque su querida Lucrecia partía con sus padres a una hacienda que poseían en el Reino de Valencia, y esperaban quedar al margen de los acontecimientos.

De esta forma, un día después de la marcha de nuestros amigos portugueses, iniciábamos la dura y larga bajada desde la Corte hacia las Andalucías. Nos movíamos con la familia al pleno, los criados personales y un carruaje repleto de baúles y valijas de pandero. El silencio se mantuvo durante las dos primeras jornadas a tabla entera y solamente se veía cortado en ocasiones por las preguntas y risas de la pequeña María, a quien toda novedad excitaba. El futuro se nos abría preñado en velos negros y a golpe de maza, por lo que todavía nos costaba asimilar la realidad que debíamos enfrentar de cara.

* * *

Cuando, una vez llegado al Palacio de Gobierno gaditano, penetré en la sala de trabajo del teniente general de la Real Armada don Cayetano Valdés, nombrado Gobernador, capitán general y jefe político de Cádiz, lo encontré avejentado y entristecido. Sufrí la impresión de que en los dos últimos años había caído sobre sus hombros una manta de tristeza y desesperanza. Aunque abandonó su asiento para llegar hasta mí y abrazarme, la sonrisa de su rostro no parecía sincera sino forzada al momento. Lo conocía muy bien y hasta me creía capaz de leer sus pensamientos.

—¡Cómo me alegro de verle de nuevo, Santiago! Una cara leal y amiga en un momento oportuno. Y no puedo decir eso todos los días.

—Ya supongo su verdadero estado de ánimo, señor. Como siempre, quedo a su servicio y órdenes. Ya veo que, de nuevo, se encuentra en este palacio a verlas venir.

—La verdad, Santiago, que cuando conseguí abandonar la jaula de grillos en que se había convertido la Corte, esperaba este destino en Cádiz como un preciado obsequio, concedido a un guerrero necesitado de descanso. Pero nada más lejos de la realidad. Regresan las nubes negras sin remedio. —Repasó sus manos con detenimiento, lanzados sus pensamientos a muchas millas de distancia—. Qué torpes pueden ser los seres humanos, cuando se les ciegan las luces del cerebro.

—¿A qué se refiere en concreto, señor? ¿A los exaltados, quizás?

—Por supuesto, aunque la falta de inteligencia parece haber cubierto en manto espeso la esfera nacional. Se reían cuando en las Cortes clamaba en persona por un acercamiento al Monarca. Insistí una y mil veces en que debíamos dulcificar la Constitución en el sentido que nuestro Señor deseaba. Ya llegaría el momento de conseguir los frutos del árbol, pero poco a poco y a la chita callando. Han querido construir una torre de Babel en una semana. Y lo que algunos vaticinamos como posible desastre, lo tenemos ya frente a la cara —don Cayetano agrió el tono de voz al concluir—. Y por culpa de ese conjunto de necios botarates, regresaremos en pocas semanas al más duro y represivo periodo absolutista.

—¿Cree, señor, que no se nos abre posibilidad alguna de triunfo contra...?

—¿Posibilidades reales de triunfo contra las fuerzas de la Santa Alianza? Ninguna, desde luego. Muchos no acaban de advertir que no luchamos solamente contra cien mil hombres, aunque así lo estimen en sus cerrados cerebros. Personalmente, creo que las tropas francesas atravesarán España en

desfile más propio de parada militar. Pero si consiguiéramos vencerles, llegarían muchos más con el mismo objetivo, y no solamente gabachos. La Santa Alianza tomó una decisión en firme y España no puede combatir a Europa entera. Nuestro orgullo nos ciega a tal punto, que somos incapaces de ver lo que se encuentra a cinco pies de distancia.

—Al menos, señor, la Gran Bretaña, con el duque de Wellington a la cabeza, se mantienen claramente en contra de la intervención francesa.

—Hablé con Wellesley, un buen amigo, cuando fondeó en esta bahía dos meses atrás, una escala en su viaje hacia Nápoles. Me comentó que George Canning intentó disuadir al vizconde de Chateaubriand para que no invadiesen España. Intentarán forzar la posición política al máximo, pero no llegarán a amenazar. También ellos andan con severos problemas políticos.

—En ese caso, ¿nos damos por derrotados?

—Nada de eso, que no es nuestro estilo, aunque caigan chuzos de fuego en punta. Lucharemos porque hemos de defender a nuestra patria contra las tropas extranjeras que la invaden. Se trata de nuestra obligación. Pero don Fernando acabará por retomar todos los poderes, sin duda alguna. Ojalá me equivoque, pero estoy seguro de que llevará a cabo una terrible represión. Lo digo porque lo conozco bien.

—Supongo que el Gobierno reculará hacia el sur y acabará entre las murallas de Cádiz.

—Estoy plenamente de acuerdo, aunque nada se haya decidido ni proyectado en concreto. Porque mucho se discute y protesta en las Cortes, pero pocos planes serios se llevan adelante. Parecen cotorras sin lustre en las plumas. Hay que esperar a ver cuándo atraviesa la frontera el duque de Angulema con sus hombres. No obstante, el Gobierno se retirará hacia el sur con las Cortes en pleno, estoy seguro. Posiblemente hacia Sevilla en un primer paso. Pero, por favor, no pensemos en posibles comparaciones con el año 1810 y siguientes.

—Bueno, señor, será una situación parecida.

—Bien me gustaría creerlo, Santiago. No olvides que, en aquella ocasión, la bahía y sus alrededores se encontraban dominados por la escuadra inglesa, que nos apoyaba como aliados. Por el contrario, ahora llegará una escuadra francesa de mediano o pequeño porte, que no necesitan más, para dominar estas aguas sin que podamos oponer resistencia. No necesitarán disparar los obuses Villantfoys de siete pulgadas desde el bajo de la Cabezuela. Dispararán desde sus barcos a escasa distancia y podrán arrasarse la ciudad de Cádiz, San Fernando y el arsenal de La Carraca a su antojo. Además, no

dispondremos de ciento veinte lanchas cañoneras para defender el triángulo mágico por caños, ríos y canalizos. Será un desastre absoluto, Santiago. Un desastre sin paliativos. ¡Estúpidos! —Valdés parecía seguir pensando en los exaltados, sus enemigos políticos—. Lo que tanto esfuerzo había costado conseguir, fue arrojado por la borda en un abrir y cerrar de ojos. Pero, fíjate, Santiago. Hasta fueron capaces de enviar una fuerza naval a Nápoles en apoyo de los revolucionarios, cuando tanto necesitábamos aquellos buques transportando soldados y armamento hacia las Indias. ¡Querían exportar nuestra experiencia política a toda Europa! ¡Imbéciles! ¿No comprendían que, de esa forma, nuestro régimen, una monarquía constitucional aceptada en principio por los europeos y por el pueblo español, sería considerado como un simple movimiento revolucionario? ¡Estúpidos del carajo! ¡Imbéciles!

Por fin, el general decidió tomar asiento, mientras señalaba con la mano el sitio a su lado para mí. Sin embargo, se mantenía con su cabeza en movimiento hacia las bandas, con claros signos de desamparo. Tras unos segundos de silencio, pareció regresar a la realidad. Me mostró una sonrisa desvaída.

—Perdóname, Santiago. Me he desahogado contigo, pero llevo varios días conteniendo las amarras del alma y no podía aguantar una pulgada más. Es triste comprender que lo hemos perdido todo.

—Comprendo perfectamente sus sentimientos, señor, y le concedo toda la razón.

—Bueno, olvidemos durante algunos minutos la situación que sufrimos, si nos es posible. Cuéntame algo de ti. ¿Qué haces por aquí?

—Cuando tuvimos conocimiento de las medidas tomadas por el ministro López Baños, acudí con mi cuñado, Pignatti, para hablar con el ministro de Marina. Solicitamos el pase a la situación de actividad y que nos concediera pasaporte hacia Cádiz. Le pareció bien.

—A ese incapaz todo le parece bien, aunque se limite a observar las moscas en vuelo. El Gobierno exaltado lo ha utilizado de mala manera y aún no lo ha comprendido. Pero, bueno, ¿qué piensas hacer?

—Lo que me mandéis, señor. Como jefe de escuadra, bueno, o contralmirante como ahora...

—No hagas caso de esa necedad. No admito que me llamen vicealmirante. Soy teniente general de la Real Armada y tú para mí sigues siendo un jefe de escuadra.

—Pues como tal, señor, no sé qué puesto puedo ocupar. He pensado en la posibilidad de quedar a sus órdenes una vez más. Puede emplearme en el

puesto que estime oportuno. Como enlace con el Ejército o...

—Pues no es mala idea que quedés a mis órdenes directas. Necesito hombres inteligentes y de confianza a mi lado, lo que no sobra. Ya pensaremos en qué puedes trabajar. Serán muchos los frentes que se nos abran, conforme transcurran los días.

—¿Estima que las fuerzas francesas atravesarán la frontera pronto?

—En cuanto el duque de Angulema haya emprendido las necesarias precauciones. Todos los franceses recuerdan bien las experiencias sufridas en la guerra anterior. En primer lugar, se encuentra tomando contacto con las columnas y partidas absolutistas que, para vergüenza española, lo apoyarán sin resquicios. No creo que disgregue su fuerza una pulgada. Pero no son cien mil hombres, como pregonaba en su ridículo comunicado el Monarca francés. En realidad, si son ciertas las noticias que nos han llegado, Luis Antonio de Borbón, duque de Angulema y generalísimo del Ejército francés, cuenta con más de ciento diez mil infantes, veintidós mil jinetes y ciento diez piezas de artillería con sus trenes en perfecto estado.

—Una fuerza poderosa.

—Con lo mejor del Ejército francés, al que la dinastía restaurada sé quiere ganar, cuestión nada sencilla. Y Luis XVIII sabe bien que depende de ellos para su sostenimiento. Han tenido en cuenta todos los detalles. Con buen criterio, han separado del mando a ciertos generales que, en España, podrían provocar recuerdos poco gratos. Incluso entre los soldados absolutistas. Y han colocado a la cabeza a Luis Antonio de Borbón, un príncipe de sangre. También intentan que les funcione el sistema de aprovisionamiento y las tropas no deban saquear los territorios en busca de recursos, como suele ser táctica habitual en terreno enemigo. Una medida que les granjeó el odio de España entera en la anterior guerra. Un banquero de dudosos antecedentes ha colaborado al ciento en la empresa. Ha destacado agentes propios, dispuestos a comprar al contado y plata todo lo que, a su paso por los territorios españoles, deban adquirir. Y no olvidemos que, una vez en tierra hispana, serán apoyados por el llamado como Ejército de la Fe.

—¿Ejército de la Fe? Nada he escuchado al respecto, señor.

—Españoles absolutistas, que se creen portadores de la verdad cristiana. ¡Como si los liberales fuéramos una pandilla de malditos herejes! Ahí entra en todo su esplendor la labor de zapa de la Santa Madre Iglesia. Aunque presumen de poseer más de treinta mil hombres, quedarán en tres columnas solamente y bastante empobrecidas. La división vascongada bajo el mando de

O'Donell, la de Navarra con el conde de España a la cabeza y, por último, la de Cataluña con el barón de Eroles sable en mano.

—Pero, según tengo entendido, señor, el ministro de la Guerra ha ordenado formar cinco ejércitos con fuerza muy poderosa, capaz de oponerse al avance francés. Eso, al menos, se comentaba en la secretaría de Marina.

—Paparruchas y planes trazados en pliego, que saltan posteriormente como la espuma en el agua. Todos los preparativos aprobados en las Cortes han sido poco eficaces y, por desgracia, casi contrapesados por las partidas absolutistas. Estas partidas han aumentado de forma considerable en las últimas semanas, en vista de la inminente invasión francesa. Se trata, en muchos casos, de simples oportunistas al olor del triunfo y el futuro beneficio, como es fácil suponer. Por ejemplo, la semana pasada, Sempere, que había formado una numerosa partida en tierras del Reino de Valencia, ha podido conquistar Segorbe y Murviedro. Aunque se hable de que las fuerzas constitucionalistas superan los ciento veinte mil hombres, no es cierto. Y no se debería mentir al pueblo de esa forma. De entrada, cincuenta mil deben quedar ocupados en la guarnición de las plazas fuertes. El cuerpo de Ejército más numeroso y mejor organizado es el de Mina en Cataluña. Pero no creo que alcance siquiera los veinte mil hombres. Ballesteros, que no superará los quince mil, comprende demasiada extensión de territorio y no acaba de organizarse y recibir el armamento necesario.

—¿Y don Pascual Morillo? Lo conocí en Tierra firme cuando sufrió el terrible incendio a bordo de su navío insignia, el San Pedro de Alcántara.

—Lo recuerdo. Morillo es un valiente, sin duda, aunque a veces peque de alocado. Pero apenas manda sobre tres mil hombres en Castilla y no le espera una labor de gloria. Aunque peor situación ha sufrido La Bisbal. Parece ser que, en pocos días, ha conseguido formar un Ejército de más de doce mil hombres en Madrid. Pero a base de atropellar a romanos y cartagineses, así como obtener recursos en manta negra y a fuerza de vejaciones. Al menos, no se le puede negar que ha mostrado una actividad incansable. Y Villacampa, aquí en Andalucía, ya veremos qué puede reunir, pero no confío nada en sus posibilidades. Le comuniqué que, en mi opinión, han de primar las defensas de Sevilla y Cádiz.

—Muy mal me lo pinta, señor.

—Muy mal se nos presenta la torta, Santiago, y ya veremos si le podemos hincar el diente sin perder alguna pieza. —Valdés sonreía ahora con sinceridad, al tiempo que me tomaba por el brazo—. Pero lo que más me duele es la suprema estulticia del ser humano. Todos esos hombres

preparados para la lucha, tanto de nuestro bando como de los absolutistas, debían encontrarse en el Río de la Plata, en Chile y el Perú, en Tierra Firme y en Nueva España para asegurar nuestras provincias americanas a la Corona. Y en vez de eso, nos entretenemos con fuegos de muerte y odio concentrado entre hermanos, una pandilla de hermanos sin cerebro ni una onza de sentido común. Bueno, dejemos las protestas y denuedos a la banda, que de nada sirven ahora. A partir de mañana te quiero a mi lado. Entrega tus documentos a mi mayor general. Ya te daré trabajo, no te preocupes. Por cierto, ¿y tu cuñado?

—Se ha presentado en la capitanía general del departamento. Creo que lo van a asignar a las lanchas cañoneras.

—Pues deberán fabricarlas primero. Nada podrán hacer si aparece una escuadra enemiga con dominio en la bahía, que lo hará más pronto que tarde. Bueno, a ver si el pobre consigue ese mando tan perseguido, aunque no se mueven las flores en dirección al ramo.

Tras despedirme del general y aclarar mi situación militar en el detall de la mayoría general, salí a la calle con el sofoco bien metido en el alma. Porque si llegaba a Cádiz con escasas esperanzas marcadas en el futuro, la cueva negra se agrandaba por momentos en sudario de muerte. Pensaba mucho en Leonor, en mis hijos y en el futuro tan escaso de esperanza que se nos abría por delante. Por fortuna para la tranquilidad del alma, había arreglado todo el proceso legal y ya no disponía de títulos ni de fortuna propia, aunque se tratara de pura teoría. Al menos, tal situación aumentaba mi paz interior, situación que mucho necesitaba. Pero de nuevo era llegado el momento de ofrecer la cara, aunque fuera para recibir una buena coz de garañón en los ojos.

* * *

Comencé a trabajar al lado de don Cayetano Valdés de sol a sol, una experiencia recobrada que impulsaba mis pensamientos muchos años atrás. Bien es cierto que tocábamos las flores del plumero sin entrar de lleno en la figura o, al menos, así lo entendía con cierto desánimo. Porque los rumores corrían por la sede del Gobierno provincial a la velocidad del rayo, algunos contrapuestos al ciento entre sí, de forma que resultaba misión casi imposible centrar los esfuerzos en una común dirección. Por tal razón, don Cayetano Valdés decidió tomar la peor de las suposiciones y centrarnos en la futura defensa de Cádiz, punto al que, en su opinión, llegaríamos en muy pocas

semanas. Pero incluso en este particular aspecto se perdía el aliento con facilidad, sin mejorar una sola pulgada en el avance. Todo el esfuerzo del Gobierno de la nación se rendía en las tropas que, teóricamente, debían parar a los franceses en su invasión de España. Y por nuestra Santa Patrona, que depositábamos escasas esperanzas en su posible resistencia.

Menos mal que la vida nos ofrece alguna rosa sin espinas de vez en cuando. Y por gracia de los cielos, a veces los dones aparecen cuando más se necesitan en el fondo del alma. Llevaba una semana escasa en la ciudad de Cádiz cuando se me abrieron las luces blancas en el cerebro de par en par. Tuve conocimiento en la mayoría general de que el navío Asia acababa de fondear en la bahía, en tornaviaje desde La Habana. Supuse que a su bordo podría aparecer embarcado mi hijo Francisco, por lo que salí de estampida hacia el muelle de barqueo. Y como si se tratara de visión recalada mil veces en los pensamientos, en la distancia distinguí a un menudo alférez de fragata con la manga izquierda de su casaca cosida en percha. Sin dudarlo, me dirigí hacia él a la carrera.

—¡Francisco!

—¡Padre!

Nos fundimos en un abrazo interminable. Y puedo jurar, por los dioses más sagrados, que pocas veces en mi vida he sentido una emoción parecida. Porque si la estampa de quien para mí todavía era un niño me producía un inmenso orgullo, también el dolor aparecía al comprobar la pérdida de su brazo. Y no se trataba de muela partida en primera ocasión, que muchas veces había, comprobado la muerte junto a mí de guardiamarinas más cercanos a la teta materna, que a los combates de sangre. Pero se trataba de mi hijo querido y aferrado a él me mantuve con los pensamientos perdidos en el más allá. Por fin nos separamos. El joven sonreía, ufano y orgulloso, aunque comprendí que todavía se le entrecortaba la respiración.

—¿Cómo te encuentras, hijo mío? Te veo un poco necesitado de aire. ¿Marcha en orden la recuperación de esas costillas maltrechas?

—Perfectamente, padre. Me cuesta ligeramente respirar a fondo, pero es debido al fuerte vendaje que todavía abarca todo el pecho. Sin embargo, ya muevo la mandíbula con fuerza y puedo masticar carnes duras, lo que he comprobado a bordo del navío Asia.

—Muchos recuerdos me traen a la cabeza esas maderas. Pero lo primero que debes hacer es cambiar la charretera de hombro. Quiero darte mi más clamorosa enhorabuena por tu ascenso al empleo de alférez de navío.

—¿Ya es oficial mi promoción? —Sonreía con evidente placer—. Me lo comentó mi comandante, el capitán de navío Laborde, cuando todavía me encontraba rendido en cama. Pero, la verdad, no confiaba mucho en los manejos de las secretarías.

—Me lo dijo el ministro de Marina, Jacinto de Romarate, en persona cuando me presenté a él. Y te han concedido seis meses de licencia por convalecencia y necesaria recuperación física.

—Es cierto que todavía me muevo con alguna flojera de piernas y me canso con escaso esfuerzo. Pero según he escuchado a bordo del Asia, las cosas por aquí se mueven mal y puedo...

—Lo único que puedes hacer, hijo mío, es partir hacia la hacienda de Castellar de la Frontera con la tía Rosalía, tu hermana María y el primo Beto. Cádiz puede convertirse en un foco muy peligroso en pocas semanas, con bombardeos sobre la ciudad. Mientras dura tu convalecencia, quedaré a gusto si el resto de la familia se encuentra a tu lado. No puedes prestar servicio en las condiciones que te encuentras. Has de reponerte, que ya llegarán tiempos mejores.

—¿Mudarnos a Castellar de la Frontera, padre? —Oscureció el semblante al pronunciar la frase.

—Es la hacienda más cercana y así no nos separaríamos demasiado. Pero me parece que albergas otras ideas en la sesera.

—Pues, la verdad, padre, que preferiría...

—Habla sin miedo, Francisco.

—Preferiría pasar el periodo de convalecencia en la hacienda de Santa Rosalía.

—¿En Santa Rosalía? Se trata de un viaje mucho más alargado y no sé si sería prudente. Es posible que no te sienten bien tantas leguas en carruaje.

—Si he soportado cuatro semanas de navegación a bordo del Asia, con mar dura en bastantes ocasiones, superaré ese trayecto. —Volvía a sonreír de plena felicidad, antes de entrar en palabras serias—. Os lo pido por favor, padre. Necesito pasar a Santa Rosalía.

Comprendí que algún asunto desconocido para mí flotaba en el ambiente. Y como sabe más el nostramo viejo que el joven guardián sobre la maniobra, presumí algún asunto de amores por detrás del cortinón.

—¿Acaso alguna hermosa moza se mueve cerca de aquellas tierras?

—Acertáis de lleno, padre. Me comprometí con una joven maravillosa, Rosario Muñoz. Su familia fue una de las que consiguieron escapar de Caracas tras el desastroso combate de Carabobo y, posteriormente, evacuadas

por nuestra división de La Guayra. Ella me cuidó en Puerto Cabello, tras perder el brazo. Semanas después los transportamos con otras familias a San Juan de Puerto Rico. Supongo que habrán llegado a España hace algunos meses. Y pasarían a una hacienda que poseen cerca de Cehegín, aunque en otra dirección a la de Santa Rosalía.

Sentí cierta envidia al comprender los sentimientos de mi hijo, entrado en los maravillosos placeres del primer amor. Pero no se puede parar la mar cuando se levanta en olas blancas.

—De acuerdo. Pasaréis todos a la hacienda de Santa Rosalía. Convenceré a tu tía como me sea posible. Pero antes debemos hablar en privado, largo y tendido. Son muchas las noticias que he de trasvasarte.

—Lo que diga, padre. Supongo que habrán abierto el palacete de la calle de la Amargura.

—Así es y allí debemos dirigirnos. Di le a Pepillo que cargue tus pertenencias en el carruaje.

Una vez en nuestra casa, Pecas me narró con todo detalle los meses transcurridos a bordo de la fragata *Ligera*, las operaciones llevadas a cabo con la división bajo el mando de Laborde, así como las semanas de recuperación inicial en el hospital de La Habana. También me expuso sus rendidos amores por la jovencita Rosario, que le entraban al corazón como agua por torrentera. De nuevo sentí un profundo orgullo, al comprobar que la sangre de los Leñanza se movía con orgullo por alto y el cumplimiento del deber mantenía su pleno significado.

A continuación, fui yo quien tomó la palabra por largo, para exponer a Pecas los sucesos políticos de los dos últimos años y la verdadera y trágica situación en la que España se encontraba. De nuevo el joven habló de la posibilidad de entrar en el servicio de armas, lo que me fue difícil sacar de su cabeza. Pero debía llegar al punto culminante y lo hice, tras entregarle los poderes especiales firmados en la notaría con beneficio pleno para su persona. No le gustó al joven que hubiera depuesto todos mis títulos y bienes.

—¿Por qué lo habéis hecho, padre? ¿De verdad es necesario? No obstante, vos continuaréis siendo el duque de Montefrío, aunque esos papeles aseguren lo contrario. Además, ¿qué os puede suceder? Nada habéis hecho que menoscabe vuestro servicio en la Real Armada.

—Hijo mío, si sucede lo que muchos esperan, España pasará a sufrir un periodo de represión terrible, a pesar de las promesas que, según se comenta, ha establecido don Fernando con las potencias de la Santa Alianza. Pero nuestro Señor, por duro que sea decirlo, es muy dado a no cumplir una sola de

sus palabras ni promesas. Al ser depositario de todos los bienes y títulos de la casa, salvamos con seguridad el patrimonio. La situación de convalecencia a la que debes recurrir de forma obligatoria viene al pelo. Espero que lo comprendas.

—¿Qué harás con..., quiero decir si Leonor...?

—Nada sabemos de lo que nos puede deparar el futuro, hijo mío. Pero es decisión firme seguir con nuestro amor, aunque sea por fuera de toda ley civil y eclesiástica, que poco nos importa. Sé que puede ser fuerte para ti el hecho de aceptar...

—Ya sabéis, padre, que contáis con mi favorable opinión en todo momento. Ya lo comentamos antes de mi marcha hacia las Indias. Lo merecéis más que nadie. Y ella también.

—Muchas gracias, hijo. Tus palabras me hacen mucho bien en estos momentos.

—Por cierto, padre, olvidaba un detalle que puede ser importante. Bueno, eso me pareció en un principio. Cuando solicité audiencia para despedirme del capitán general de La Habana, el teniente general Gastón, me hizo entrar en su despacho. Además de ofrecerme generosas palabras por mi valor y esas cosas que se suelen decir, me entregó un recado cerrado en doble lacre para vos.

—¿Un recado para mí en doble lacre del capitán general de La Habana?

—Bueno, no se trata realmente de un recado de su parte. Se trata de un informe o algo parecido enviado por el virrey de Nueva España, el teniente general Ruiz de Apodaca, conde del Venadito, para vos. Y viene calificado de muy reservado en sellos rojos y solamente para vuestros ojos.

Al escuchar aquellas palabras, sentí un miedo muy superior al que puede representar una andanada de un navío de tres puentes. Porque al escuchar Nueva España y un recado muy reservado para mí, sospeché lo peor. La figura de Beatriz, la criolla que sembrara en negro mi vida, se hizo patente como una tormentosa revelación. El general Ruiz de Apodaca, que me dispensaba especial fervor, se encontraba al tanto de mi situación familiar con la moza californiana porque de mi mano lo había informado. Y si me llegaba ahora recado en tales circunstancias, no podía ofrecer noticias de halago precisamente. Cuando Pecas regresó de su alcoba con los pliegos cuadrados y lacrados en la mano, los tomé al tiempo que sentía un extraño calor en mi extremidad.

Sopesé aquellos pliegos en la mano, para comprobar que no se trataba de un ligero informe. Y de nuevo el miedo se apoderó de mi alma. Sin saber por

qué, la figura de Leonor entrada en llantos se hizo presente en mi cerebro con extraordinaria nitidez. Porque de lo que contuvieran aquellas cuartillas, podía depender en alto grado el futuro de mi vida. Y en el fondo del alma, no podía esperar buena nueva alguna de quien había odiado y odiaba de tal forma a las diferentes generaciones de la familia Leñanza. Cerré los ojos durante algunos segundos. Mi hijo, consciente de lo que podían significar aquellos pliegos, salió en silencio para dejarme en soledad en el gabinete de trabajo. De nuevo se apareció la estilizada figura de Beatriz de Lastra y Moncada entre brumas grises de dolor, tras varios años de no haber pensado en ella ni un solo segundo. Bien sabe Dios que no sentía nada hacia su persona, ni siquiera odio o un mínimo resentimiento. Pero no podía olvidar que todavía se trataba de la verdadera señora de Santiago Leñanza. Comencé a descalzar el lacre con manos temblorosas, en busca de lo que el destino me deparaba.

23. Beatriz de Lastra y Moncada

Necesité de muchos segundos para partir con el viejo descaldador de plata los sellos embadurnados en un color rojo oscuro, cercano al de la sangre en mancha sobre la cubierta de los buques. Pero se trataba de una acción muy consciente y deliberada al ciento por mi parte. Porque, en verdad, deseaba ralentizar al máximo la maniobra y alcanzar lo más tarde posible el definitivo momento de entregarme a la lectura. Cuando acabé de descalzar los lacres, en los que imperaba con especial relieve el sello del virrey de Nueva España, extendí los pliegos en plano abierto sobre mi escritorio. Y me asustó de entrada el tamaño de aquel espeso conjunto, que tantas noticias de colores inciertos podía albergar en su seno.

Aunque intentara concederme unos segundos con la mente en vacío absoluto, una defensa más del subconsciente herido y ligeramente acobardado, pronto reconocí la letra de quien fuera mi esposa, esa mujer de la que me enamorara años atrás como un jovenzuelo entrado en lances de amor por primera vez. Una preciosa y hechizadora mujer que, sin embargo, había lanzado contra mi cara y contra mi sangre el mayor conjunto de insultos y denuestos jamás escuchados en boca alguna. Y la doña debía haber practicado en los últimos meses de forma escasa el género epistolar, porque se advertía en el cuerpo de su clásica escritura picuda evidentes rastros un tanto deshilvanados y con regueros de cansancio. Al mismo tiempo y en bloque separado, aparecía la letra menuda, firme y alargada del teniente general Ruiz de Apodaca.

Pensé que las palabras del virrey de Nueva España supondrían la necesaria aclaración al inesperado envío. Porque a dicha autoridad, una vez informado de la verdadera situación del asunto familiar, había encargado en ruego la triste misión de que me mantuviera informado de los movimientos de Beatriz, y de que cumpliera con las exigencias pactadas para recibir una generosa pensión por mi parte. Fue el momento en el que dudé de si debía

atacar en primer lugar la lectura de las palabras de Beatriz o las del virrey Ruiz de Apodaca. Una nueva lucha interna, que no encontraba en mi pecho fácil solución. Por fin, creí llegado el momento de la verdad y la necesidad de tomar el toro siniestro por los cuernos, aunque me atravesara el alma con sus pitones de parte a parte. Decidí leer lo que parecía una misiva en corte de mi oficial esposa. Y a dicha tarea me lancé con los pies encastrados en lastre de plomo. Al menos y por fortuna, no comenzaba el pliego inicial como en la anterior ocasión, cuando se marcaba en lindes el odio más concentrado hacia mi persona. Pero ni odio ni cariño, porque tan sólo encabezaba la misiva con mi nombre y sin adjetivo alguno acoplado en detalle de mera cortesía.

Santiago De Leñanza:

No temas ahora, al atacar la lectura de estos pliegos que escribo con esfuerzo. Porque no recibirás en esta ocasión declaraciones de odio concentrado, feroces insultos o vilipendios gratuitos por mi parte, como llevé a cabo en la anterior comunicación que te girara a la hacienda de Santa Rosalía. Nada más lejos de mis deseos en estos momentos de gravedad, que he de afrontar sin remedio.

Detuve la lectura durante unos segundos, para intentar descifrar aquellas primeras frases. Me encontraba sorprendido al máximo por el tono conciliador de quien solamente solía largar bichas y culebras en saco grueso contra mi persona. Pensé que la joven debía atravesar problemas comerciales o deudas acumuladas, y acabaría por solicitar plata de una forma u otra, aunque el duende comenzara a tamborilear con fuerza en la campana. Decidí retomar de lleno la lectura.

Cuando llegué a Nueva España y acabé por desplazarme a mi querida California, el odio que sentía por ti y por tu entera familia no había decrecido una sencilla pulgada. Aunque se tratara de condición difícil de conseguir, había aumentado si cabe en su nivel, tras las que consideraba como indignas maniobras llevadas a cabo contra mi persona. Me sentía engañada de nuevo y martirizada hasta el límite de los clavos por los miembros de tu sangre, al haber sido expulsada de España con malas y denigrantes artes. Por tal razón, mantenía bien embridadas y preparadas en la sesera algunas acciones con las que pensaba causarte el mayor de los dolores y, al

mismo tiempo, hacerte pagar una pequeña fortuna. Aunque el virrey Ruiz de Apodaca, quien te mantiene en gran estima, me avisara, a través de uno de sus ayudantes, de las condiciones impuestas en este obligado exilio y los peligros que el desorden de mi vida acarrearía, sabía que podría sortearlos a la brava y sin mayor esfuerzo, si utilizaba el cerebro que Dios me ha otorgado, Sin embargo, dos factores vinieron hasta mi vida para trastocar todo de norte a sur.

Una vez en California y aunque el movimiento de tropas realistas y patrióticas por la zona era incesante, con cambios demasiado rápidos en el escenario de la guerra, conseguí recuperar mi muy amada hacienda de San Luis. Y no fue tarea sencilla, puedes estar seguro. Debí prometer lo divino y lo humano, especialmente a los mandos de las fuerzas que denomináis rebeldes o insurgentes, de forma especial a un comandante llamado Ambrosio Cartama. Como puedes imaginar; dada mi facilidad en el trato con los hombres, me convertí en su amante con rapidez lo que mucho facilitó que San Luis volviera a ser una de las haciendas más envidiadas de la provincia, liste comandante, se abría como viejo cascarrabias y con malos humores, pero conseguí manejarlo con mis encantos y llevarlo por una vía más o menos plácida.

El primero de los factores que vino a cambiar mi vida de forma inesperada y al golpe fue la aparición en San Luis del ama Francisca. Se trataba de la buena y querida mujer que me criara en la niñez a la que amaba con ternura. Entrada en el tema por derecho, me explicó con todo detalle que había sido expulsada de nuestras vidas por mi madre, al oponerse con vehemencia a, que mi querida progenitora comentara y mantuviera aquel lavado de cerebro que convirtió mi juventud, y adolescencia, en una, obsesión plena contra Francisco de Leñanza, tu padre, y el resto de la familia. Porque sabes bien que en ese odio feroz establecí las bases de mi propia, existencia.

Como te decía, el ama Francisca, muy avejentada y con escasos años de vida por delante, se presentó en San Luis de la noche a la mañana. Aunque mi madre la hubiera declarado como persona desleal y con malas intenciones, por mi parte

siempre la había querido con el corazón, como a un miembro más de la familia. Y al reencontrarme con ella en aquel estado de absoluta soledad que sufría, me dejé caer en sus brazos como una niña, desvalida que busca un pecho sincero en el que acomodar su existencia. Pero mi gran sorpresa se produjo cuando Francisca me expuso la verdadera, razón de que fuera expulsada por mi madre de nuestras vidas y de la hacienda en la que se había movido durante toda su vida. Había discutido una y mil veces con ella sobre la verdad de sus relaciones con Francisco Leñanza.

Ya te digo que se trataba de una monumental sorpresa. Según Francisca, plena de sinceridad y amor hacia mí, tu padre fue en todo momento un hombre de honor que se enamoró locamente de mi madre. Pero sin el empleo de malas artes y bastarda seducción que le sospechaba, en base a las narraciones de mi progenitora. Por el contrario, se había tratado de un cebo tendido en malparido complot por el Gobernador, amante oculto de mi madre, para que tu padre llevara a cabo determinadas acciones navales por las Altas Californias. Vamos, que Francisco Leñanza había sido la víctima engañada y no al contrario, como siempre había supuesto. Por fin y según las explicaciones detalladas de Francisca, el Gobernador había expuesto la verdad a tu padre antes de enviarlo de regreso a España. Pero resulta que mi madre, finalmente, se había enamorado con locura de tu padre y ahí comenzó la necesidad de quedar viuda. Vuelan serias dudas sobre la mano que acabó con la vida de mi padre, así como la marcha a España de mi madre para conseguir el triunfo deseado.

Como puedes imaginar, comencé negando de plano todo lo que, espantada, escuchaba de labios de Francisca. Entendía que su truculenta historia se debía a una especie de venganza, sin posible defensa de la gran mujer que me había engendrado. Alegaba, en contra de sus opiniones, que no podía creer capaz a mi madre, incluso en el lecho de la muerte, mintiendo de esa forma a su única hija. Que me quería demasiado como para engendrar en mi joven cerebro aquel odio irracional que, sin embargo, se convirtió en el eje de mi vida. No obstante y poco a

poco, las palabras de Francisca, a veces demostradas con declaraciones de otras personas al servicio de la casa, comentaron a calar muy hondo en mi alma. De esta forma, acabé convencida de que, sencillamente, mi pobre madre había perdido la razón mientras sufría aquella terrible enfermedad, que acabó con su vida a tan temprana edad. Y tal reconocimiento significaba que todo el odio preñado en mi alma hacia los Leñanza se basaba en una entera falsedad. Constatar este hecho me avergonzó y, al mismo tiempo, ofuscó como no puedes imaginar.

No creas que, una vez conocida la verdad, dejara de odiarte. Porque el sentimiento establecido en mi pecho era de tal magnitud, que no se podía doblar la hoja al cuarto en la primera lanzada. Sin embargo, decidí desfacer por completo las maniobras que mantenía preparadas con detalle contra tu persona y familia. Prefiero no comentarlas siquiera, para evitarme la vergüenza y por el bien de mi alma. Mientras intentaba olvidar a la familia Leñanza, dediqué todos los esfuerzos posibles a procurar engrandecer mi hacienda. Y fue muy fructífero el primer año con la ayuda de mi amante, el viejo comandante Cartama. Sin embargo, me dejó preñada el muy bribón. Menos mal que, experta en tales lances, aborté del ser no querido. Una maniobra similar en todos sus pasos a la que llevé a cabo en Madrid con el ser que habías engendrado en mi vientre. Poco a poco, San Luis se convirtió en una hacienda próspera, especialmente en 1821, un periodo de tiempo en el que volvimos a encontrarnos bajo la bota del virrey Ruiz de Apodaca, que pasaba a sangre a todo aquel que se oponía a sus designios.

Por desgracia, que así lo siento ahora, los patriotas regresaron con fuerza hacia la zona de Monterrey. Y para mi propia, ruina, comentaron a esquilmar la hacienda con peticiones de granos y carnes, que no podíamos satisfacer de ninguna forma. Intenté convencer a un capitán en base a mis siempre útiles encantos de mujer, pero el muy sacamantecas me utilizó como una maldita prostituta de manejo pronto y escape barato. Se llamaba Enrique Bornes y lo odié con fuerza demencia, casi tanto como a ti. Pero ya sabes que, fraguó mis

venganzas con suficiente, tino. Acabé con su vida sin que nadie llegara a sospechar de mi, persona. Y el muy bigardo sufrió lo suficiente, antes de abandonar esta tierra para siempre. Nada conseguía aparte de mi propia sensación de felicidad, porque fue relevado por otro balandrón de similar pelaje, de quien conseguí alguna prebenda en mis sesiones nocturnas de amor. Pero la triste realidad es que comentamos a pasar todo tipo de penalidades. Quedé sin trabajadores porque solamente dejaron a mi lado a las mujeres y los hombres entrados en edad, estos tan reviejos que apenas se sentían capaces de montar a lomos de yegua caponera.

El segundo factor que entró en concurso fue el más triste y definitivo. Después de todo, es el que me ha forzado a escribirte estos pliegos con tremendo esfuerzo. Y no solamente me refiero al mental, sino al físico. Hace unos seis meses noté el primer síntoma, un ligero ahogo, al que no ofrecí demasiada importancia. Pero se mantenían y aumentaban en fuerza con el paso de los días, a pesar de los cuidados que me prodigaba Facunda, mi buena, santera. Sin embargo, la noticia más alarmante fue la de comentar a perder la visión, en un ojo, el izquierdo, por el que en estos días apenas distingo las sombras. Y si puedo atacar estos pliegos es gracias al derecho, que todavía entra en danta. Fue el momento en, el que, decidí, pasar a la, ciudad de Monterrey y visitar al cirujano Meléndez un anciano que ya tratara a mi madre de sus males y me dispensa, especial afecto. Fue el momento de la terrible y cruda verdad Resulta que todo arrancaba de unos bultos que me brotaron en uno de tos pechos y que desencadenó el imparable mal que, según asegura el galeno, se ha corrido por todo mi cuerpo. El viejo Meléndez fue muy sincero porque así se lo pedí. En resumen puedo decirte que me muero a chorros y que solamente me quedan de vida unas pocas semanas. Sufro ahogos terribles que, a veces, me dejan sin posibilidad de mover un solo dedo y con la obligación de mantenerme en la cama durante días. Te ahorro otros detalles más tétricos de mi estado actual, que incluso me avergüenzan. Pero era llegado el momento de escribirte, antes de que la flojera de fuerzas me lo impidiera. Supongo que mucho te alegrará la noticia que acabo

de ofrecerte. Porque, gracias a ella, volverás a ser un hombre libre y te habrás quitado de encima la lacra de quien fuera tu esposa. Además, podrás unirte de nuevo en matrimonio y engendrar más hijos, una de tus mayores pasiones. Bueno, la verdad es que creo conocerte lo suficiente, para pensar que sentirás un deje de tristeza al escuchar mis penas. Estoy segura. Porque eres un hombre bueno, no puedo negarlo. Y aunque te sea difícil de creer, en estos días en los que me despido de la vida, siento mucho haberte causado tanto mal sin que tuvieras culpa alguna en ello. Es cierto lo que lees, un arrepentimiento en toda regla. Pero no tiene solución y ni siquiera el perdón me llegaría a tiempo de consuelo.

Duermo muy mal desde hace varias semanas. Algunas noches me despierto y te veo en el salón de las conchas en la hacienda de Santa. Rosalía, mientras lees la terrible misiva que te envié y en la que destilaba un odio insensato, salvaje y difícil de comprender, ahora que entiendo haber recuperado la cordura. Te pido perdón, Santiago, con la mayor humildad, una virtud de la que no he gozado jamás. Soy consciente de que no lo merezco y comprendería tu desprecio, porque me lo he ganado a plumón de perdiz. Sé que jamás podrás recordarme sin odio, lo que es fácil de imaginar. Sin embargo, ya me sentiría feliz si dejara, de existir en tus pensamientos. Me conformo con que no aparezca un rictus de dolor y odio cada vez que pienses en Beatriz de Lastra y Moncada, una pobre mujer que ha hecho el mal a lo largo de casi toda su vida.

Ahora llega el momento más duro. Así lo entiendo porque he de solicitar un importante y decisivo favor de tu parte. Y mucho cuesta, pedir a quien has ofrecido látigo de fuego solamente. Sé que no me encuentro en disposición, de requerir nada de tu parte, pero conozco muy bien tu noble corazón y a él apelo con todas las fuerzas de las que dispongo, que no son muchas. Ódiame cuanto quieras, Santiago, pero por el gran Dios que he mantenido apartado de mi vida, hasta ahora, concédeme este ruego que te elevo con la mayor sumisión y llaneza. Hace año y medio conocí por primera y única vez el verdadero amor, o así lo entendí. Me rendí loca en amores por un teniente de Dragones llamado Isidro María Pestacaz un

aragonés noble y bueno que también se enamoró de mí. Quise quedar embarazada de él para dejar algún rastro de humanidad de lo que ha sido mi vida. Y en efecto, hace seis meses, cuando el mal ya debía carcomer mis entrañas, di a luz a un hermoso niño, al que legalicé con el nombre del padre.

Como la mala suerte parece perseguirme desde el día de mi nacimiento, resultó que Isidro María no era verdadero patriota sino un realista infiltrado entre los rebeldes. De esta forma, cuando nos faltaban escasos días para contraer matrimonio, lo que pensaba realizar con nombre falso si era necesario, fue descubierto y fusilado en escasas horas. Por primera vez en mi vida lloré de forma desconsolada. Un sufrimiento más al triste saco de acaecimientos, que componen mi tenebrosa existencia. Pero el niño nació con buena salud, un chiquillo precioso que ha conformado los únicos momentos de cierta felicidad en mi vida. Pero sufro cada día al comprender que quedará solo en el mundo, sin fortuna mínima que lo pueda sacar adelante.

Por la querida y sagrada Virgen de Guadalupe, Santiago, nada pido para mí sino para él. Si alguna vez disfrutaste de placer a mi lado, en aquellas noches en las que me creías otra persona, no dejes que mi hijo acabe sus días como un inclusero o uno de esos huérfanos que deambulan por las ciudades sin techo ni futuro. Ya sé que no puedo confiar siquiera en que me concedas una mínima petición. Pero se lo pido a tu buen corazón. Bueno, creo que ya no me queda nada más que comunicarte en la talega, ni fuerzas para mantener la pluma en la mano. Pensaba hablarte de que todavía sigo siendo tu esposa, pero siento vergüenza al intentarlo. Pronto quedarás en libertad y podrás olvidarte de esta perniciosa y degenerada mujer, que quiso arruinar tu vida y tu hacienda. Pero por Dios santo y bendito, consigue que mi hijo sea educado en España. Entrégalo a alguna familia por modesta que sea, pero donde pueda crecer y educarse como persona honrada. Decide lo que estimes oportuno, pero por el bien de tu alma, que Dios lo premiará, no te olvides de un alma inocente que no es culpable de las monstruosidades que su madre ha llevado a cabo a lo largo de su vida.

Cuando te alcancen estos pliegos es muy posible que seas viudo nuevamente, una situación que parece perseguirte y que espero no vuelvas a sufrir. Bueno, aunque en este caso particular te suponga un alivio. De verdad, Santiago, que te deseo la mayor felicidad porque lo mereces. Y con toda la humildad posible y la mayor sinceridad que se le ofrece a quien le queda poca vida, te ruego que me perdones. He confesado todos mis pecados y, para mi asombro, no quedó el sacerdote con el ánimo encogido al escuchar una monstruosa vida como la mía. He recibido el perdón de Dios y me gustaría pensar que recibiré el tuyo cuando vuele entre nubes blancas. Y creyendo en la bondad infinita de Nuestro Señor espero y confío en que puedas concederme el ruego que te elevo con mi alma entera entregada. Que nuestra Señora de Valdelagua, a la que sois tan fieles los Leñanza, te conceda el don de la caridad y el perdón en la figura de este niño, hijo de quien fue tu esposa sin merecerlo. Adiós Santiago.

Beatriz de Lastra y Moncada

Me sería imposible explicar los sentimientos que atravesaron mi alma conforme leía aquellos pliegos de letra apretada y excesivamente corrida, conforme avanzaba la escritura de una moribunda. Es posible que pueda ser considerado como sensiblero y de excesiva bonhomía, pero sentí una gran pena por Beatriz en aquellos momentos. Después de todo, se trataba de una pobre y desdichada mujer, que no había encontrado la paz en su vida. Había atravesado una existencia sin alegría y atormentada desde su niñez, con las historias largadas sobre su cerebro por una madre perversa y, posiblemente, entrada en locuras. Como me pedía en los pliegos, recordé los buenos momentos atravesados con Beatriz, que los hubo. Por mi cabeza desfilaron las noches de pasión vividas en Lima, recién casados, y en su innegable atractivo como mujer. La vida siempre nos ofrece la posibilidad de olvidar los rastros negros, mientras los blancos se abren paso con fuerza en el cerebro.

También aquellas noticias abrían un nuevo camino en mi vida. Aunque sea triste considerarlo, la muerte de aquella joven mujer solucionaba al golpe mi irregular situación de amores con Leonor. Porque en mi interior una voz cantaba por alto. Deseaba que le llegara la noticia a la quinta de Santo Antonio y unirme en matrimonio con ella a la mayor brevedad. Pero no debía dejar en vuelo de libertad los deseos y pormenores. En primer lugar porque la

situación que vivíamos en España no engendraba esperanzas de lustre. Pero al mismo tiempo, recordé que me quedaban por leer las palabras del virrey Apodaca, que podían certificar en blanco o negro lo leído anteriormente. Mi desconfianza de Beatriz era tan grande que, confuso, llegué a temer que todo se tratara de una más de sus tretas con intención de morder en sangre Leñanza. Pero era difícil de creer. No podía existir el mal a tan gran altura en el mundo de los vivos. Por tal razón, pasé a leer la misiva del virrey Ruiz de Apodaca, que comenzaba como era habitual en él.

Mi querido amigo y leal compañero Santiago:

Como puedes comprobar; no olvido los encargos personales de mis buenos subordinados y, en tu caso particular, los de un sincero amigo. Desde que recibí tu recado sobre la llegada a Nueva España de tu oficial esposa, Beatriz de Lastra y Moncada, designé a uno de mis hombres de máxima confianza, muy discreto y eficiente, para, que me mantuviera, al día, de sus avatares personales. Tal y como presumías, se estableció en su hacienda cercana a Monterrey, que consiguió recuperar por medios... por medios más o menos acordes a su personalidad.

La verdad, es que, me entristeció sobremanera, saber de tus desgracias y desengaños con esa joven que no merecía ni una mínima atención de tu parte. Pero así es la vida y te había tocado la más negra de las bolas entradas en la bolsa. Como era de suponer, la vida de quien, para tu desgracia, era todavía tu legítima esposa ha sido un tanto descarriada. Bueno, como debo hablarte con la mayor sinceridad, puedo declararte que ha vivido amancebada con algunos cabecillas rebeldes de los que consiguió prebendas para su hacienda. Pero no creo que te extrañe esa conducta de tan mala mujer.

Creo que Dios Nuestro Señor acaba por impartir justicia en esta vida, en más ocasiones de lo que muchos estiman. Y digo esto porque, como leerás en la misiva que la dama en cuestión me ha enviado para que te sea remitida, te expone la realidad de sus últimos años. Y en el colmo de la desvergüenza, solicita un importante favor de tu parte. Puedo asegurarte que Beatriz murió hace dos semanas. Y no te expreso mi más sentido pésame porque no lo entiendo adecuado a la ocasión, que debe moverse en sentido contrario. Ignoro dónde fue enterrada, si es

que alguien le concedió una tumba digna donde descansar por el resto de los días. Pero has recuperado tu libertad, y puedes celebrarlo muy por alto. Esta joven ha encontrado el final que merecía, así de claro debemos decirlo. Para ti no debe ser más que una indeseable pesadilla, sufrida en noche de mantas culebreras, que debes olvidar cuanto antes. Como puedes suponer, aquí en Nueva España toda información sobre su persona ha sido restringida al máximo y ningún comentario sobre, su estado real como señora de Leñanza y duquesa de Montefrío ha sido transmitido.

Queda pendiente el favor que solicita de tu bonhomía y buen corazón. En mi opinión, hay que ser descarada sin posible comparación para solicitar de llano y a la brava un amparo de tal magnitud, precisamente a quien ha intentado martirizar con saña y sin límite. Te recomiendo que lo echés en saco roto y que se avie ese hijo del pecado donde le llegue a mano. Un bastardo más que correrá la vida en manto. No obstante, estoy a tu disposición para los trámites que requieras, aunque estimo que seré exonerado en breves semanas de este compromiso al mando del virreinato de Nueva España.

Por aquí los vientos corren achubascados y, ahora puedo declararlo a las claras, sin visos de posible recuperación. Conseguí muchos éxitos y casi la total, pacificación del territorio en mis primeros años al mando. Por desgracia, en la Corte se olvidaron de nosotros. Y llegados al desastroso 1820, con la entrada de la revolución a espuestas, hemos ido muy a peor. Ya sabes que no coincido con el pensamiento liberal en una mota y estimo que llevamos el camino del infierno, esos estúpidos que nos gobiernan estimaban que con la palabra y las ideas podrían pacificar a los rebeldes indianos y mantener este virreinato para la Corona. Pandilla de decrepitos ignorantes. No comprenden que los cabecillas secesionistas, casi todos bien blanquitos y españoles al ciento, solamente pretenden establecerse en los puestos que ahora ocupamos y gobernar al gusto.

Hace unos meses aparecieron por aquí un grupo de comisionados para entablar conversaciones con los rebeldes y negociar un acuerdo, una solución que hasta los ciegos verían

como imposible. Las instrucciones que traían reflejaban con absoluta claridad el gran error de diputados y ministros en relación con el sentido de la insurrección colonial. Se mantienen en la postura de contemplar una lucha en contra del absolutismo cuando en realidad se trata de pelear por la secesión. Ellos no quieren ser una parte integrante de la monarquía e igual en derechos a todas las partes de esta como le ofrecen los comisionados. Estos estiman que, de esa forma, se les concedería una verdadera independencia, opinión de la que los rebeldes ríen a carcajadas.

Lo predije en su momento y me tomaron por loco. Pero así ha sido. En concreto y respecto al virreinato de Nueva España, el éxito del constitucionalismo ha tenido la insospechada reacción de un independentismo que, sobre todo, intenta impedir el establecimiento de un régimen liberal en estos territorios. Puede parecer absurdo pero es cierto como la vida y la muerte. El plan denominado como de La Profesa prevé la separación política de la metrópoli, en tanto nuestro Señor don Fernando se encuentre despojado de su poder absoluto, un periodo en el que desean que yo personalmente asuma la representación de Su Majestad. Como puedes suponer, me niego a entrar en dichos juegos. Estos conjurados han escogido al coronel Itúrbide como su cabeza representante. Debo reconocer que este militar se ha distinguido de forma notable en la lucha contra los insurgentes bajo mi mando. Sin embargo, cuando le concedí el mando del Ejército del sur para combatir a las partidas del rebelde Guerrero, de forma inesperada declaró la independencia del país sobre la base de un programa político conservador. Para colmo, en las Cortes me responsabilizan de la insurrección, por lo que seré relevado en cuanto llegue de España O'Donojú para desempeñar las funciones virreinales, con el estúpido título de jefe político superior. Preveo que este será el último virrey español en estas tierras, antes de que se separen definitivamente de la Corona. Y también creo que Itúrbide acabará a la cabeza de lo que, hasta ahora, ha sido el virreinato de Nueva España.

Nada más por ahora, querido Santiago. Espero que tu carrera continúe lanzada avante con buena estrella, como de

costumbre, aunque los momentos que vivimos no se aparezcan con filos dorados de futuro. Si me permites un consejo de viejo protector, no te dejes seducir por los cantos de sirena liberales que suenan a veces con música celestial. Aunque nunca has presentado ante mí tus pensamientos políticos, condición que siempre es de agradecer en la vida militar, creo que tu corazón se mueve más cerca de las ideas defendidas por Valdés y Ciscar que de las mías. Con toda sinceridad, creo que te equivocarás si te mantienes en esa senda. En fin, que nuestra Señora del Rosario nos ilumine a todos en estos terribles momentos que vive nuestra patria.

Ya sabes que me tienes a tu disposición como siempre, bien sea aquí o, espero que en pocas semanas, en la Península. Y si se te presenta alguna encomienda importante para estas tierras, dirígete sin dudarle al coronel de Artillería Álvaro Mendizábal, un hombre de mi entera confianza que, estoy seguro, continuará trabajando con mi sucesor. Es persona de honradez absoluta y le daré aviso de que cumpla con tus deseos, si le alcanzan. Recibe un fuerte abrazo.

*Juan Ruiz de Apodaca, teniente general de la Real Armada,
virrey de Nueva España y conde del Venadito.*

Había rematado la lectura de todos los pliegos que, ahora, se encontraban esparcidos y desordenados sobre la mesa de mi escritorio. Regresé a ellos un par de veces, para releer algunos párrafos que no encontraba suficientemente aclarados, de forma especial en el recado de Beatriz. Por fin, Ruiz de Apodaca me confirmaba que había entrado de nuevo en situación de viudedad. Volví a sentir un deje de sincera tristeza que, no obstante, fue reemplazado rápidamente por la necesidad de hacerle conocer la nueva situación a mi querida Leonor.

Pasaba de la pena a la alegría en un vaivén endemoniado, aunque predominara la sensación de júbilo por encima de todo. De esta forma y sin perder un segundo, tomé recado de escribir y pasé a redactar una misiva, dirigida a la quinta de Santo Antonio. Le declaraba a Leonor como en otras ocasiones mi encendido amor, pero ahora acompañado de una especial petición para que se convirtiera en la señora de Leñanza.

Los pensamientos más dispares barrían mi cerebro como martinete sin freno. Comprendía las tribulaciones de Ruiz de Apodaca, uno de mis grandes

protectores en la carrera naval, aunque no compartiera alguna de sus opiniones. Y como había sido norma habitual en mi relación con él, mantenía mis propios criterios a pesar de los suyos, tan distanciados en todo. No obstante y en contra de lo que muchos opinaban, mi actitud demostraba que se podía disentir sin romper la relación amistosa, como parecía norma incontrovertible en la España de aquellos días.

Me mantuve con dudas de todo tipo en la sesera. Sin embargo, creo que había emprendido la decisión desde el primer momento. Y como me encontraba eufórico y lanzado a la carrera de las ideas ciertas, tomé de nuevo la pluma para escribir dos importantes recados. Por una parte, autorizaba a la casa de banca Hijos de Benito de la Piedra para que sufragara los gastos que, en la ciudad de México, les presentara el coronel de artillería don Alvaro Mendizábal, relativos al transporte a España del niño de Beatriz de Lastra y Moncada, acompañado de un ama. Y por otra parte, extendía un nuevo recado, dirigido al coronel de confianza del virrey Ruiz de Apodaca, para que llevara a cabo las gestiones pertinentes que cumplimentaran mis deseos.

No miento una mota si aseguro que, tras doblar en cuartos dobles y lacrar con mi sello los recados escritos, quedé en paz absoluta con el mundo y con mi propia conciencia. Después de todo, no es más que la meta que debemos intentar alcanzar a lo largo de nuestras vidas, aunque a veces sea muy difícil conseguir tal situación. La figura de Beatriz, entrada en nubes de dolor, se desteñía en la bruma del olvido. Pero por otro lado, el rostro de Leonor, sonriente y feliz, iluminaba mi cerebro con teas de gloria.

24. Los cien mil hijos de Satanás

Cuando comuniqué a la familia la muerte de Beatriz y un resumen conveniente de los recados recibidos a través de Francisco, saltó la alegría en la calle de la Amargura como si se hubiese derrotado al Ejército francés en toda línea. Es cierto que mucho significaba en positivo que los designios del Altísimo me hubieran concedido la necesaria libertad, pero me sentía un poco confuso y hasta avergonzado al observar aquellas manifestaciones de desenfrenado jolgorio. Y a tanto llegó el alborozo mostrado por mi hermana Rosalía que, con el rostro arrebolado por la más pura emoción, intentaba forzar saltos de chanclas con mi hijo Pecas, más propios de vulgares bailes de cascabel gordo. Me creí en la obligación de refrenar el tiro, así como establecer un poco de serenidad y cordura entre los míos.

—Por favor, escuchadme todos con un poco de atención. No debemos olvidar que, desde cualquier punto de vista que se observe, es poco encomiable celebrar con cantos y zapateos lo que, en el fondo, no es más que la muerte de un ser humano. Ya sé que la desaparición de Beatriz, ahora al completo de mi vida, abre los horizontes de forma inesperada. De hecho, genera la solución definitiva a una situación sentimental que caminaba por senderos difíciles. Pero debemos ser respetuosos y establecer la necesaria medida en nuestros actos, aunque solamente sea por respeto a una vida perdida.

—Vamos, Santiago, hablas como clérigo enclaustrado entre cruces — protestaba Rosalía entre risas—. También nos alegraríamos si a ese duque de Angulema le picara en un ojo un buitre y muriera con pujos de extremo dolor. Beatriz, esa mala y degenerada mujer, ha sufrido el destino que merecía. Dios ha sido misericordioso con quien mucho lo necesitaba. Vamos, contigo.

—Te agradezco esas palabras como se merecen, hermana. Pero aunque poco o nada nos agrade recordarlo, se trataba de mi legal esposa.

—Para desgracia de todos —medió Beto con decisión—. ¿Acaso has olvidado las acciones que esta execrable mujer intentaba llevar a cabo contra ti y contra toda la familia? Nada menos que producir nuestra más absoluta ruina y dejarnos en el lodo de la ignominia de por vida. Creo que, a veces, pecas de extrema bondad, Santiago.

—Solamente intento equilibrar un tanto las emociones, Beto.

—Emociones fuertes y alegres son las que sentimos ahora, hermano. Por cierto, ¿qué piensas hacer con esa petición de la que nos has hablado? Me refiero al auxilio que te solicita para el pequeño bastardo. Supongo que no se te habrá pasado por la cabeza en ningún momento...

—He dado instrucciones... —Dudé unos segundos, antes de continuar con un tono de voz que no admitiera discusión posible—. No tenéis que explicarme la maldad de Beatriz y todos los detalles que conocemos. Pero ha muerto y que Dios la acoja en su seno, si se arrepintió de sus pecados. En cuanto al niño, he ordenado que, si consiguen encontrarlo, sea enviado a España en compañía de un ama. Creo que era mi deber. Precisamente, esos sentimientos nos diferencian de los animales.

—Mi padre tiene toda la razón —intervino mi hijo Francisco con una seriedad que no le sospechaba—. Olvidemos a Beatriz para siempre, como si no hubiera existido jamás, pero no le neguemos el descanso eterno. No es el papel que debemos jugar. A ese niño le podemos encontrar una familia de acomodo sin mayores complicaciones. La pobre criatura no es culpable de nada, porque ningún pecado ha cometido. Y si Beatriz lo hubiese querido, podía haberlo inscrito oficialmente como un Leñanza.

Se hizo el silencio tras la observación de mi hijo, que mucha razón entrañaba. Sentí orgullo ante su cordura y comprobar que se había convertido en un hombre de los pies a la cabeza.

—¡Cómo has crecido, sobrino! —exclamó Rosalía, al tiempo que observaba la manga vacía.

No sin esfuerzo, conseguí que mi hermana y los niños acompañaran a Francisco en su periodo de convalecencia en la hacienda murciana de Santa Rosalía. De esa forma, abandonaban la ciudad de Cádiz que podía convertirse en blanco continuo de la artillería francesa. Rosalía protestaba por lo bajo, al considerar que se alejaban demasiado de nosotros sin extrema necesidad. Y razón le sobraba porque disponíamos de la hacienda de Las Garitas del Marqués, situada en la cercana localidad de Castellar de la Frontera, que podía ser utilizada con el mismo fin. Pero como sabía de la necesidad de Francisco, que no abrió la boca en la discusión, presioné a todos hasta

conseguir mi propósito. Alegué en falso sobre las carencias de la hacienda gaditana, en comparación con las que encontrarían en la que se hallaba próxima a la villa de Cehegín. Además, resumí en breve las acciones que tendrían lugar, aunque mintiera a fondo.

De esta forma, con las primeras luces del día 2 de abril, los carruajes abandonaban nuestro palacete de la calle de la Amargura. Beto y yo quedábamos en soledad y con un futuro abierto en rendija oscura sobre nuestras cabezas, cuando ya regresábamos hacia el interior, escuché las palabras de mi cuñado.

—Bueno, al menos se mantendrán en plena seguridad. ¿Pero qué será de nosotros, Santiago?

—No tengo la menor idea de cómo se pueden desarrollar los acontecimientos. Y te soy absolutamente sincero. Si como dice el general Valdés, los franceses atraviesan la Península en paseo de carrozas hasta Cádiz, aquí deberemos defendernos. Pero los buques franceses, si llega a estas aguas esa escuadra de la que tanto se habla, podrán barrer la ciudad con su artillería. Y sin oposición alguna por nuestra parte, salvo las escasas baterías instaladas en tierra. Además, habrá que esperar a comprobar la reacción de don Fernando y su infecta camarilla. No creo que acepte acompañar a su Gobierno hacia el sur.

—Pues se le obligará.

—No será tan fácil conducir esa moscarda. Mira, Beto, no nos rompamos la cabeza por adelantado. Esperemos a ver cómo se lanzan las monedas y que la marea nos saque hacia la playa, aunque la arena se encuentre cubierta de guijarros en punta.

—Así se encontrará, no te quepa duda.

Me incorporé al trabajo intenso en el Gobierno provincial, mientras Beto dedicaba todo su esfuerzo en el acondicionamiento de las baterías que se montaban en defensa de la ciudad. La labor que desarrollaba don Cayetano Valdés se aproximaba en mucho a la llevada a cabo por el general Escaño años atrás, al intentar prevenir con tiempo suficiente la futura defensa de Cádiz, un factor que ni el Gobierno de la nación ni los diputados tenían presente.

El tercer día de abril, el duque de Angulema ofreció una proclama que fue rápidamente corrida en reguero por las tierras de España. En ella, intentaba justificar y explicar los motivos de lo que, aunque usara otras palabras, no era más que la invasión de una nación soberana. Lo hacía con las siguientes palabras:

Voy a atravesar los Pirineos a la cabeza de cien mil franceses, pero es para unirme a los españoles amigos del orden y de las leyes, para ayudarles a rescatar a su Rey cautivo, a restablecer el Altar y el Trono, a librar del destierro a los sacerdotes, del despojo a los propietarios, al pueblo entero del dominio de algunos ambiciosos que, proclamando libertad, no preparan sino la esclavitud y destrucción de España.

Calculando el tiempo necesario para que sus palabras calaran en el pueblo español, quien firmaba la proclama como Luis Antonio de Artois, hijo de Francia y duque de Angulema emprendía la marcha del cuerpo expedicionario el 7 de abril. Y ya en la primera jornada alcanzaban la ciudad de San Sebastián, que quedaba bloqueada, al igual que Pamplona. Pocos días después, sus hombres conseguían divisar la línea del Ebro sin encontrar resistencia alguna. Parecía que el grueso del Ejército francés se dirigía hacia el conjunto formado por las fuerzas del general Ballesteros. No obstante, este general, tras un ligero escarceo con el enemigo en los alrededores de Vitoria, se retiraba hacia Valencia, según sus propias palabras para dejar a cargo de La Bisbal la defensa de Madrid. Como era de esperar, su decisión fue muy discutida.

Los franceses se mantuvieron agrupados en grueso hasta que, una vez alcanzada la línea del Ebro y comprobado que eran recibidos de forma entusiasta por gran parte de las poblaciones, Angulema asumió el riesgo de dividir sus fuerzas e intentar ocupar el territorio en el menor tiempo posible. Madrid, mal defendido por La Bisbal, sufría una pequeña conmoción. Porque el impredecible general aprovechaba el momento para lanzar algunas observaciones sobre el mejor sistema político para la nación. Defendía la necesidad de una Constitución, pero diferente a la de Cádiz. Absurda e inoportuna postura, muy acorde con su temperamento y personalidad. Tales declaraciones provocaron una grave escisión de sus fuerzas. Incluso una gran parte de la oficialidad le negó la obediencia debida, lo que acabó por obligarle a resignar el mando de su Ejército en las manos del marqués de Castellanos. Y tales acontecimientos tenían lugar cuando ya los franceses cruzaban por Somosierra.

Algunos días antes, el Gobierno, al no considerarse seguro en Madrid, había resuelto trasladarse a Sevilla con las Cortes. No gustó en nada tal decisión a don Fernando, que así lo demostró por las claras pero sin oponer resistencia. Mucho deseaba el Monarca la llegada de Angulema a su altura,

aunque es de ley reconocer que también cundía tal deseo en los realistas y en otros muchos que, sin pertenecer a partido alguno, sólo buscaban el fin de las conmociones y la intranquilidad.

Una vez en Sevilla, el Congreso declaraba la guerra a Francia el 29 de abril, lo que se entendió como una decisión excesivamente tardía. Muchas voces alegaban que tal medida debía haber sido tomada de forma inmediata, una vez conocida la invasión de las tierras de España. Sin embargo, la progresión de las tropas francesas se mantenía a ritmo vertiginoso e imparable, aunque se presentara resistencia en determinadas ciudades, como la de Mina en Barcelona. Por su parte, Angulema, al conocer la retirada del Rey a Sevilla, formaba dos columnas que bajo las órdenes de Bordesoulle y Bourmont, con un total de quince mil hombres, debían marchar sobre la bella ciudad andaluza. La primera a través de Despeñaperros y la segunda por tierras de Extremadura. Ambas divisiones debían reunirse en la última semana de junio, a orillas del Guadalquivir.

Mientras por toda España dominaban y progresaban sin excesivos obstáculos las fuerzas francesas, reunidas las Cortes en Sevilla con el nuevo Gobierno presidido por Calatrava, intentaban galvanizar la resistencia de los españoles. Y siguiendo el modelo bélico impuesto en la Guerra de la Independencia, creaban de nuevo las guerrillas, cuyas consecuencias se habían sufrido en carnes propias durante los diez últimos años. El 25 de abril aprobaban un decreto, por el que se autorizaba a todos los jefes militares con mando para formar partidas de guerrilla o cuerpos francos, una autorización extendida a los particulares en los territorios ocupados por el enemigo. Y para sorpresa de muchos, se creaba en absoluta novedad una Legión liberal extranjera, en la que admitir a todos aquellos ciudadanos del mundo en defensa del pensamiento liberal. Un intento que estimaban primigenio y glorioso pero que, en la práctica, no llegó a fraguar en una mínima realidad.

Por aquellos días, el general Valdés me envió de comisión a la ciudad de Sevilla para que hablara con el presidente Calatrava y le expusiera, de su parte, los razonamientos que aconsejaban el traslado inmediato del Gobierno a la ciudad de Cádiz, donde se debían concentrar los esfuerzos de defensa. Aunque se trataba de una opinión que crecía por momentos, la categoría de don Cayetano Valdés podía ejercer de aglutinadora en forma decisiva. Pero mi mayor sorpresa fue la de encontrar a Antonio Alcalá Galiano, que se movía entre los miembros del Gobierno y los diputados como si se tratara de un máximo representante en la sombra. Bien es cierto que muchos lo consideraban como tal sin ánimo de error. Aunque nuestra amistad fuera

ligera y solamente de encontrarnos en unas pocas ocasiones, me ofreció un efusivo abrazo, antes de interrogarme.

—Me alegro de verle por estas tierras, Leñanza. Ya sé que os mantenéis con extrema fidelidad al lado del general Valdés, lo que mucho dice de su lealtad. ¿Qué os trae a esta bella ciudad sevillana, que se ha convertido en una jaula de grillos?

Tras exponerle las opiniones del general Valdés y la necesidad de entregar un recado de mi jefe al presidente Calatrava, expuso su opinión sin careta.

—Concuerdo plenamente con el general Valdés, aunque nos distancien algunos conceptos concretos sobre la política a seguir. Pero no ha de preocuparse porque ya se encuentra la manteca servida. Esa misma idea y necesidad de traslado se la comenté a los miembros del Gobierno que, tras escuchar la opinión de una Junta de generales, han considerado imprescindible abandonar Sevilla por no ofrecer la oportuna seguridad.

—Parece que en esta ocasión ha coincidido plenamente con el general Valdés. ¿Y qué opina Su Majestad? —pregunté con interés porque eran muchos los rumores que corrían en esa dirección.

—Pues el Gobierno en pleno le expuso en el día de ayer a don Fernando la necesidad de un nuevo traslado, en este caso hacia Cádiz. Y como les había adelantado a mis compañeros, Su Majestad ha respondido que, como individuo particular, no tendría inconveniente alguno en trasladarse. Pero que como Rey no se lo permitía su conciencia. Y para mayor descaro, cuando el presidente trató de insistir en la necesidad de su mudanza, contestó con su prepotencia habitual: he dicho. De esta ridícula forma, dio por finalizada la audiencia. Todos sabemos que está deseando abrazar a su primo Angulema, pero podía mostrar un poco más de fidelidad al sistema que se han otorgado los españoles. Ya lo he repetido en diversas ocasiones durante los últimos años y casi nadie me ha escuchado. Fernando VII debía haber sido declarado traidor a la Constitución, extrañado y relevado en su cargo por otro príncipe de sangre.

—No estoy de acuerdo en absoluto con esa opinión, Antonio. También habría sido posible mediar ante Su Majestad con un poco de mano izquierda y la suficiente medida, para que don Fernando se encontrara más cómodo con la nueva situación.

—Escucho los pensamientos del general Valdés en vuestra boca. —Sonreía de buen humor—. Bueno, ahora no es momento de discutir sino de unir las pocas fuerzas disponibles y salvar los muebles, aunque la situación no pueda presentarse con peor cara.

—En ese caso, ¿qué pensáis hacer respecto a la postura adoptada por Su Majestad?

—Por mi parte lo tengo muy claro. Fie recomendado al Gobierno que, de forma inmediata, considere que su negativa se debe a un estado de transitoria enajenación, lo que hace necesario la creación de una Regencia que supla las funciones del Rey. Y como primera medida, se ordene el traslado de Su Majestad, de la Real Familia y de las Cortes hacia Cádiz.

—¿Una Regencia?

—Mire, Leñanza, le aseguro que la entiendo como la medida más suave y conciliadora que podemos adoptar. Ya le he expuesto las que personalmente llevaría a cabo. Pero le repito que es momento de unir voluntades y la creación de una Regencia puede contentar a todos.

—¿Y quiénes formarían esa Regencia? —pregunté con cautela porque el duende ya rezongaba por alto.

—Creo que ya supone quién será el principal de sus miembros. —Antonio volvía a sonreír con su gracejo habitual—. Fie propuesto al Gobierno que la Regencia se encuentre formada por los generales de la Real Armada Valdés y Ciscar, así como el del Ejército Vigodet. Soy consciente de que algunos liberales muy moderados encontrarán esta medida lesiva contra los derechos de Su Majestad, pero es muy bonito hablar de lienzos dorados sin encontrar soluciones. Y los franceses cabalgan a tranco largo en nuestra dirección. Mi querida ciudad de Cádiz sabrá defenderse, estoy seguro, como ya lo hizo contra las tropas del mariscal Soult.

—Por desgracia, Antonio, la situación no es comparable ni de lejos. Además, eres inteligente y lo sabes.

—Es posible. Pero no podemos perder la esperanza, única arma verdadera que nos queda en la mano.

Una vez llevada a cabo la encomienda con el presidente Calatrava, que me confirmó una a una las palabras de Alcalá Galiano, regresé a Cádiz a la mayor velocidad que podían soportar los animales. Y entré al galope tendido en el gabinete de don Cayetano, que en aquel momento despachaba con el general Burriel.

—¿Qué sucede, Santiago? ¿Han entrado los franceses en Cádiz? —Intentó una sonrisa forzada, que quebró a medio camino—. ¿Hablaste del asunto con Calatrava?

—Por supuesto, señor. Pero ya andaba todo el tocino bien cocido en la perola. Y precisamente, de la mano de Antonio Alcalá Galiano.

—¿De Antonio? No me extraña porque es quien manda en la sombra. Y poco me gusta esa golosina.

Expuse al general los acontecimientos habidos en la ciudad de Sevilla. Tan sólo ofreció un ligero respingo, cuando comenté la conversación mantenida por el Gobierno con el Monarca, así como la solución aportada por Antonio Alcalá Galiano, aceptada en pleno por Calatrava y sus ministros.

—¿Su Majestad incapacitado por enajenación? ¿Y formar una Regencia? Por los cielos nublados, que no es momento para regencias ni greguerías de ese tipo. Y desde luego, no pienso aceptar mi puesto en dicha institución, sin la conformidad de don Fernando.

—Pues parece que el pleno de las Cortes lo ha decidido con escasos votos a la contra. El decreto se encuentra firmado por el Gobierno, señor.

—Me pondré en contacto inmediato con Ciscar y Vigodet. Te repito que no pienso aceptar el cargo de Regente sin la expresa anuencia de Su Majestad.

No lanzaba palabras en hueco don Cayetano. De la misma opinión fueron los otros dos generales nombrados como regentes. Aquella misma noche, cada uno a través de persona de su entera confianza, enviaban nota privada a Su Majestad en la que expresaban su decisión de llevar a cabo inmediata renuncia, si no contaban con el beneplácito de su real persona. Y no esperaba don Fernando porque, a regreso de postas, los tres regentes recibían la real notificación. Su Majestad les rogaba que aceptaran el cargo. Textualmente, ordenaba al general Valdés que no renunciara a su nombramiento como regente porque, en ese caso, daría pie a que las Cortes nombraran en su reemplazo a algún enemigo de la Corona, en lugar de a un fiel servidor como él.

Quedó don Cayetano relativamente feliz con la respuesta del Monarca aunque, conocedor de la persona, dudara de sus verdaderos sentimientos.

—No debería dudar jamás de la palabra de Su Majestad, Santiago. Y a ti solamente lo comunico, por la confianza máxima que te concedo. Pero poco o nada fío de él. Lo creo capaz de enclaustrarme en el castillo de Alicante de nuevo y, en esta ocasión, de por vida, por haber aceptado el puesto de Regente.

—Ya sé, señor, que no es de fiar un pelo nuestro Monarca, y perdone que eleve una crítica semejante. Pero no puede llegar a ese extremo.

—¿Qué no? Por favor, Santiago, don Fernando puede llegar a ese extremo y mucho más.

Las Cortes de Sevilla quedaron disueltas, para ser convocadas en Cádiz para el día 15. Su Majestad sorprendió a todos al declarar que, una vez

nombrada la Regencia, aceptaba el traslado. De esta forma, una vez mudados a Cádiz y por acuerdo de las Cortes establecidas, los regentes reintegraron a don Fernando en sus poderes constitucionales. La comisión del Gobierno, un nuevo ministerio donde destacaba el general Osorio en Marina, comunicaba a Su Majestad la decisión tomada. Y el Monarca, que ya se sabía ganador de la batalla decisiva, respondió con un irónico: Pues qué, ¿no estoy loco? En el primer pleno de las Cortes, también se decidió nombrar al teniente general don Cayetano Valdés como Gobernador político-militar de Cádiz y comandante en jefe de las fuerzas en defensa de la ciudad. Al mismo tiempo, don Cayetano nombraba al mando de la línea al general Burriel.

Por fuera del Ejército de reserva, no permanecían al alcance de Cádiz más fuerzas que las que formaran el segundo Ejército de operaciones. El general Ballesteros lo había conducido desde el Ebro hasta Granada, pasando por Valencia, sin efectuar combate digno de mención. Pero en contacto con el general francés, Ballesteros suscribió un acuerdo de suspensión de hostilidades sobre la base del mantenimiento de la fuerza y del terreno que ocupaban los españoles, a cambio de admitir la Regencia establecida en Madrid por el duque de Angulema. Una Regencia en cuyo Gobierno ocupaba la cartera de Marina don Luis María de Salazar. Sin embargo, tal medida no fue aceptada por las plazas fuertes del distrito, como Cartagena y Málaga. En general, se mantenía en la España liberal un batiburrillo de acciones independientes, con cada general convertido en rey de taifa, lo que en poco colaboraba al bien común.

Como era de esperar, los franceses centraron todo su esfuerzo bélico en Cádiz, con objeto de liberar al Monarca cuanto antes. Por tal razón, llevaron a cabo un mantenimiento de posiciones en el resto de los escenarios. Porque en verdad era allí, en la isla gaditana, donde se jugaba la partida decisiva. Aunque el Gobierno y las fuerzas leales intentaran renovar el espíritu de defensa numantina de los años de la guerra anterior, no se saldó la iniciativa con un mínimo éxito. La salida en fuerza que se intentó el 16 de julio acabó en estrepitoso fracaso. Y un mes después, se presentaba ante las murallas gaditanas el duque de Angulema, dispuesto a liberar personalmente al Monarca español.

Cádiz, bloqueada por mar y tierra, sufrió de nuevo los efectos de las bombas, que retrotraían a muchos habitantes de la ciudad a diez años atrás. Mientras tanto, los ingenieros gabachos trabajaban en las paralelas que permitieron el asalto final y triunfante del Trocadero, que tuvo lugar en la noche del 30 de agosto. Y desde esta posición, que jamás llegaron a ocupar

las tropas napoleónicas, se dominaba el bombardeo de todo el perímetro gaditano, al tiempo que se mantenía expuesto a la artillería de la escuadra francesa bloqueadora, compuesta por tres navíos, once fragatas y dos corbetas. Y es de reseñar que entre las tropas francesas combatían españoles absolutistas, mientras que la fuerza naval del almirante Duperré era apoyada por fuerzas sutiles armadas en Sanlúcar de Barrameda, mandadas por el brigadier Diego Butrón y el capitán de navío Juan Ángel Michelena, fieles legitimistas que cooperaron en el bombardeo de la ciudad por los franceses durante el mes de septiembre.

El hecho de haber fracasado en el Trocadero hizo cundir el desaliento de los defensores a troneras, desde los soldados hasta los ministros del Gobierno, que ya no procuraron más que salir del paso honrosamente por medio de negociaciones. El Gobierno decidió utilizar los servicios del general Álava quien, acreditado por don Fernando, se entrevistó personalmente con el duque de Angulema. Sin embargo, la respuesta del príncipe francés se redujo a exigir como condición previa a cualquier negociación la libertad de don Fernando. Le espetó de forma bronca las siguientes palabras: Yo no puedo tratar de nada sino con Vuestra Majestad, solo y libre.

Por mi parte y al lado del general Valdés, trabajábamos sobre papeles lanzados al viento. Nuestra moral quedaba resquebrajada al ciento, con el ánimo encastrado a la baja. Porque desde el primer momento éramos conscientes de que todo estaba perdido. No obstante, mucho indignó al general Valdés recibir en la mañana del día 26 una nota del mayor general del Ejército sitiador, que decía:

Puerto de Santa María. 24 de septiembre.

Señor Gobernador: Su Alteza Real el príncipe generalísimo me ha ordenado intimar a V. E. que le hace responsable de la vida del Rey, de la de todas las personas de la familia real, igualmente que de las tentativas que podrían hacerse por sacarla. En su consecuencia, si tal atentado se cometiese, los diputados a Cortes, los ministros, los consejeros de Estado y todos los empleados del Gobierno cogidos en Cádiz serán pasados a cuchillo. Ruego a V. E. me avise el recibo de esta carta. Suyo afectísimo. El mayor general Guilleminot.

Al acabar de leer la misiva en mi presencia, el general Valdés saltó del asiento como si le hubiese picado una serpiente de cascabel en el trasero. Con la cara

enrojecida por la indignación y la vergüenza, aquel hombre pausado y tranquilo reventó pólvoras sin medida.

—Pero, qué cojones se habrá creído este maldito gabacho. ¡Me intima a preservar la vida de mi propio Rey, a quien defendería con mi propia vida!

—Poco se puede esperar de este engolado y prepotente príncipe, señor. — Ganas me dan de recordarle a ese jodido bufón que en España no hemos guillotinado jamás a un Monarca. Y no puede establecer la misma condición a su querida patria. Le contestaré ahora mismo.

Valdés se acercó a la mesilla en la que reposaba el recado de escribir, para tomar sobre la marcha la pluma y comenzar a correr letras a velocidad sobre el pliego. Como me leyó la misiva y la corregimos en algunos puntos, puedo recordarla:

Cádiz 26 de septiembre, a las doce menos cuarto de la mañana.

Señor General: Con fecha del 24 recibo hoy una intimación que V. E. me hace de orden del serenísimo señor Duque de Angulema, en que constituye responsables a todas las autoridades de Cádiz de la vida de S. M. y real familia, amenazando pasar a cuchillo a todo viviente si aquel peligrase. Señor General, la seguridad de la real familia no depende del miedo de la espada del señor Duque ni de ninguno de su Ejército; pende de la lealtad acendrada de los españoles que habrá visto S. A. el señor Duque bien comprobada. Cuando V. E. escribía la intimación era el día 24, día después en que las armas francesas y las españolas que estaban unidas a ellas hacían fuego sobre la real mansión mientras los que V. E. amenaza sólo se ocupaban en su conservación y profundo respeto. Puede V. E., señor General, hacer presente que las armas que manda le autorizan tal vez para vencernos, pero nunca para insultarnos. Las autoridades de Cádiz no han dado lugar jamás a una amenaza semejante, y menos en la época en que se la hace pues cuando V. E. la escribió acababan de dar pruebas bien positivas de que tienen a sus reyes y real familia más amor y respeto que los que se llaman sus libertadores; ¿o quiere S. A. que el mundo diga que la conducta ordenada y honrosa que tuvo este pueblo cuando las armas francesas lo atacaron era debida a un sobrado miedo hijo de una intimación que V. E. hace de orden de S. A.? ¿Y a quién? Al pueblo más

digno de la tierra dirigiéndola, y ¿por quién? Por un militar que nunca hará nada por miedo.

Soy de V. E. afectísimo. Cayetano Valdés.

Una vez firmado y rubricado, Valdés lacró el pliego en cierre noble. Tras llamar a su ayudante de campo y hacerle entrega de la nota para que fuera expedida con la máxima urgencia hacia las líneas francesas, se dejó caer en su butaca.

—Estos franceses son tan innobles, que estiman a todos los seres humanos como de la misma calaña. Así se pudran en el infierno.

Quedé anonadado ante aquellas palabras. Porque jamás las había escuchado en boca de don Cayetano con tal desprecio. Pero cambió su rostro en cuartos, para regresar a la medida.

—Creo que esto se acaba, Santiago. Una nueva esperanza perdida para España. Demasiadas esperanzas truncadas en el camino. Para colmo, esta misma mañana he sabido que hace un par de días la escuadra francesa hizo capitular el castillo de Santi Petri, una pésima noticia.

—También me han comentado, señor, que comienzan a aparecer los primeros síntomas de sedición en nuestras filas. Pero a cara destapada y sin que se les intente parar como es debido.

—Porque todos saben que hemos llegado al final del camino. Supongo que el Gobierno aceptará las exigencias del prepotente príncipe francés.

—¿Rendición?

—Lo hablé ayer con el Gobierno. Se trasladará a Su Majestad hasta el Puerto de Santa María en un par de días, al tiempo que se disuelven las Cortes. Por cierto, ordena que preparen como es debido la mejor falúa, esa que se alistó por si Su Majestad pensaba utilizarla para llevar a cabo un paseo marítimo. Y yo mismo la gobernaré.

—Quedo enterado, señor. Espero que me permita acompañarle en el último acto.

—Por supuesto, Santiago.

—¿Cuándo...?

—En primer lugar, Su Majestad ha de firmar un decreto de orden político y con ciertas promesas de perdón y olvido. Se le ha mostrado y le ha parecido encomiable, según sus propias palabras. Espera un momento, que lo tengo a mano. —El general abrió el cajón principal de su mesa, para extraer sobre ella un pliego alisado—. Dice don Fernando y lo firmará con su sello.

Si la necesidad exigiere la alteración de las actuales instituciones políticas de la monarquía, adoptaré un Gobierno que haga la felicidad completa de la nación, afianzando la seguridad personal, la propiedad y la libertad civil de los españoles. De la misma manera prometo libre y espontáneamente, y he resuelto llevar y hacer llevar a efecto, un olvido general, completo y absoluto de todo lo pasado, sin excepción alguna.

Don Cayetano dejó caer el pliego sobre la mesa, mientras dirigía la mirada a través del ventanal con infinita tristeza y los pensamientos perdidos muchas millas allá. No pude refrenar la lengua y entré a tono por el saco abierto.

—¿Cree de verdad en esas palabras, señor?

—Con toda sinceridad, y quiera Dios que me equivoque, no creo ni una sola, Santiago. Por el contrario, apuesto el pellejo a que Su Majestad ordenará encarcelar o expatriar a todos los liberales que se hayan destacado en la lucha política durante los tres últimos años. Y no debo ser el único que sospecha de su conducta. Porque más de uno y de dos ya preparan las valijas para salir en carrera hacia Inglaterra.

—¿Qué pensáis hacer...?

—¿Yo? Por Dios y su Santa Madre, que no pienso hacer absolutamente nada excepcional. Me nombraron Gobernador de esta plaza y al frente de ella seguiré, hasta que sea relevado. Una vez más, no tengo nada de lo que avergonzarme. Solamente he cumplido con mi deber, aunque en la pasada ocasión, tal cumplimiento me llevara al castillo de Alicante durante seis años. Pero si acaso te preocupa tu propia...

—Nada me preocupa, señor —atajé sus palabras con lo que estimaba como debida decisión—. Tampoco yo pienso adoptar ninguna medida por fuera de lo que estipulan las Reales Ordenanzas. Me mantendré a su lado hasta que lo estime oportuno.

—Muchas gracias, Santiago. Nunca he dudado de tu fidelidad.

El día 29 por la tarde, una vez firmado el decreto político, don Fernando notificó a las Cortes su decisión de trasladarse al Puerto de Santa María con la real familia. Una vez enterado, el general Valdés le envió aviso de que, bajo su mando, la falúa se encontraba preparada para cuando lo considerara oportuno. Y todavía nos mantuvo en duda nuestro Señor una jornada más porque, hasta el día siguiente, no se recibió su respuesta, de que en la mañana del primero de octubre embarcaría para cruzar la bahía y encontrarse con el duque de Angulema.

Todo indicaba el fin y la caída definitiva de las hojas. Habíamos recorrido un esperanzador pero corto camino, es cierto, sembrado de espinas por propios y extraños. España se lanzaba hacia una nueva incógnita, aunque fueran muchos los que vaticinaban horas de miseria y dolor.

25. La palabra del rey

Amaneció el día 1 de octubre en la bella ciudad gaditana con firmes promesas de sol radiante, cielos azules, escaso viento de levante y calores extremos. Pocas horas después, las aguas en la bahía cuajaban en plata, como si la mar se encontrara dispuesta a recibir a las reales personas sin molestias añadidas. Por fin, picaban a Santo Sacrificio de meridiana las campanas de la iglesia de Santiago, cuando el teniente general don Cayetano Valdés y yo, ataviados con la uniformidad de gala que se exige en presencia de Su Majestad, nos movíamos por el muelle gaditano junto a la escala real, convenientemente alfombrada para la ocasión. Como la temperatura aumentaba por momentos, entendimos como acertada la medida de haber erigido junto a la escala real un catafalco de lona gruesa, de los llamados como de campaña, adornado con bandas de terciopelo azul en las que resaltaban las armas de Su Majestad.

También en la falúa, exquisitamente empavesada para la ocasión, se situaba un toldo protector en su centro a modo de tienda regia, con asientos reservados para Sus Majestades y la real familia. En conjunto, se habían alistado doce marineros por banda para la necesaria boga, uniformados como jamás había observado a miembro alguno de la marinería española. Un antiguo contramaestre de ceremonia con pito de plata a la mano, otros dos a proa y popa, y dos cabos de mar completaban la dotación de la embarcación que debía transportar a nuestros Señores hasta el Puerto de Santa María.

Con cierto retraso respecto al horario previsto, observamos en la distancia el carruaje real, seguido por otro de parecidas características. Por fin, llegaban a nuestra altura, momento en el que don Fernando saltaba a tierra con cierta agilidad y se dirigía por derecho hacia nuestra posición. Adelantamos los tres pasos de norma, al tiempo que nos destocábamos en ordenada cortesía, con inclinación de reverencia.

—Quedo a las órdenes y rendido servicio de Vuestra Majestad —comenzaba Valdés con toda naturalidad—. Cuando así lo deseéis, Señor, os

será posible embarcar en la real falúa.

—Muchas gracias, Valdés. Ya veo que lo has preparado todo con tu habitual pulcritud y eficiencia.

Don Fernando le ofreció a quien todavía ejercía de máxima autoridad en la ciudad un ligero abrazo, mientras restallaba en su boca una sonrisa de inmensa felicidad y, posiblemente, de incontestable triunfo. Y antes de que Valdés me presentara en orden, ejercía las mismas palabras de oficio por mi parte. En respuesta, Su Majestad apretaba mi mano con abierta confianza. Se giró como una peonza, antes de lanzar sus palabras en orden.

—¿Embarcamos?

—Cuando lo deseéis, Majestad. Con vuestro permiso, el jefe de escuadra Leñanza les esperará a bordo, por si fuese necesaria ayuda de brazos.

—En ese caso, adelante con la maniobra —dijo en un tono eufórico difícil de disimular.

Salté a bordo con rapidez. Y cuando me preparaba para auxiliar el embarque de Su Majestad, don Fernando tomaba la falúa al salto con cierto peligro, momento en el que se desplegaba el pendón real desde el piquito. Pero cerca estuvo de acabar desequilibrado con el balance producido en la embarcación. Bufó en protesta, como era habitual en su persona cuando algo no le cuadraba en derechas.

—¡Maldita sea! Estas embarcaciones son odiosas. Poco me gustan los artefactos que no son capaces de mantener la necesaria y permanente horizontalidad.

Auxilié en el embarco a Su Majestad la Reina y al resto de la real familia, que tomaron asiento en los sillones establecidos para las augustas personas. Por último, el general Valdés saltó sobre la borda, para acercarse a Su Majestad.

—Señor, cuando lo ordenéis, comenzaremos la boga para cruzar la bahía.

—Vamos, vamos, Valdés, aligera el paso. Quiero llegar a tiempo del almuerzo.

Don Cayetano se situó a popa con la caña firmemente prendida en la mano, mientras por mi parte tomaba posición a su lado. Tras mover la cabeza en dirección al contramaestre primero, un cabo de mar separaba la amura de babor de la falúa del muelle por medio de un bichero fabricado con asta de madera noble y gancho de plata. Y cuando ya la proa caía con suavidad hacia fuera, se armaban remos en maniobra de luces, para comenzar la boga bajo el ritmo que el contramaestre marcaba con el pito. Don Cayetano metió la caña para caer a estribor y enfocar hacia la bahía.

No parecía muy a gusto nuestro Señor en aquella su primera y única navegación. Aposentado en la butaca regia, se afirmaba a ella con excesiva fuerza de manos, como si temiera ser lanzado hacia las aguas en cualquier momento. Y no podía quejarse del estado de la mar, planchada a cuajo como si se tratara de especial rogatoria. Tan sólo un ligero viento de levante parecía alzar sus crestas poco a poco, pero no conseguía más que beneficiar los cuerpos taladrados por el sudor. Valdés, por su parte, no movía un solo músculo de su cara, con la mirada fija en la proa y en el punto de destino. Intentaba corregir el rumbo por la posible corriente y el ligero abatimiento.

La real falúa se vio acompañada a su alrededor en el trayecto por un elevado número de bateles aparejados a la latina, engalanados de pico a plan con banderolas de todas las ciales y colores. Como es fácil imaginar, se trataba de personajes de la aristocracia, que festejaban la presencia de Sus Majestades con aplausos y vivas incesantes. Asimismo, tronaban los cañones de la plaza en salva repetida, que eran contestados en ordenanza por los buques del almirante Duperré, fondeados a escasa distancia de las murallas.

Debo reconocer que se me hizo eterna la navegación. No estoy seguro, pero debió alargarse en más de sesenta o setenta minutos, un periodo de tiempo que entendí como un año de estancia en penoso cautiverio. Y en poco colaboraba Su Majestad que, cuando nos encontrábamos a medio camino en plena bahía, espetó al general en la distancia.

—¡Valdés!

—¡Mande, Señor!

—¿No pueden estos hombres remar con mayor vigor y energía? A este paso no llegaremos jamás.

—Lo que ordene Vuestra Majestad. Había pensado, Señor, en un ritmo que no levantara gotas de agua y fuera el más cómodo para su real persona.

—Nada, nada, aumenta el trote.

A una señal de Valdés, cuyos tristes pensamientos podía descifrar en su rostro, el contramaestre aumentó ligeramente el ritmo de la boga. No obstante, comprendí que lo disminuía posteriormente a una ligera señal de quien patroneaba la embarcación, en vista del excesivo esfuerzo que se solicitaba a los hombres, un trabajo más propio de galeotes. Cuando nos acercábamos a la escala real preparada con todo esmero y acicalado detalle en el Puerto de Santa María, observamos una tienda engalanada, donde esperaba un nutrido grupo de personajes. Y cuando ya era posible distinguir figuras con suficiente exactitud, comprobé la presencia del príncipe francés y algunos generales, así como relevantes personajes españoles entre los que destacaba el

duque del Infantado. Cuando comenzamos la maniobra de atraque, todos prorrumpieron en sonoros aplausos y vivasy, sin embargo, entendí que Su Majestad mantenía los pensamientos prendidos en el más allá, como si planeara con detalle las medidas que pensaba tomar de inmediato, una vez recuperados sus absolutos poderes.

Cuando se dio por finalizada la maniobra de atraque, el general Valdés y yo desembarcamos con rapidez al muelle para auxiliar a las augustas personas. Mientras don Cayetano ofrecía su mano a don Fernando, que en esta ocasión la tomaba con fuerza sin dudarle, una vez en tierra era el propio Monarca quien, tendía su propia, mano para auxiliar a su Majestad la Reina. Fue el momento en el que Valdés le ofició de nuevo en norma de ordenanza.

—Quedo de nuevo a las rendidas órdenes de Su Majestad y a todo lo que ordene a mi humilde persona.

—Muchas gracias por tu profesionalidad, Valdés. —Ahora don Fernando le ofreció un apretado abrazo, antes de continuar—. Ha sido una suerte contar en todo momento con tu inalterable lealtad.

—Quedo a los pies de Vuestra Majestad, que Dios guarde muchos años.

En escasos segundos, don Fernando se vio cumplimentado por el duque de Angulema, a quien nuestro Rey se abrazaba como si acabara de ser aliviado por su genio de los fuegos eternos. A continuación, los abrazos y demostraciones de efusivo amor palaciego se reprodujeron durante algunos segundos, mientras nos manteníamos junto a la falúa sin que nadie nos ofreciera un sencillo saludo. Pero el general Valdés lo tenía muy claro y ordenó embarcar en la falúa sin pérdida de tiempo, para regresar a Cádiz. Me concedió el mando de la embarcación, mientras tomaba asiento sobre la borda a mi lado. Tras las últimas palabras recibidas de Su Majestad, parecía disfrutar de la conciencia tranquila, aunque bien sabía yo lo que pensaba de la real persona. Pero creo que se encontraba en paz con su propia filosofía de vida, al haber cumplido con su deber en todo momento y con una elevadísima lealtad hacia su Rey.

Atracados en Cádiz, desembarcamos para dirigirnos a pie hasta el edificio de la Gobernación. Una vez allí, don Cayetano me invitó, junto con otros tres generales de su máxima colaboración y confianza, a un ligero refrigerio en su propio gabinete. Hablamos con entera sinceridad y tranquilidad, sin atacar temas delicados, como si diéramos comienzo a una nueva etapa de nuestras vidas. Pero por todos los dioses de la mar, que nos encontrábamos a millas de distancia de la realidad.

Como supe más tarde, nada más deshacerse de los abrazos y besamanos cortesanos que solían agobiarlo, don Fernando solicitó encerrarse en sala privada con el canónigo Sáez, que lo esperaba al punto. Y de entrada lo nombraba ministro universal, mientras se producía su nuevo asentamiento en la Corte como Rey absoluto. Pero sin pausa y con extrema rapidez, con fecha de aquel mismo día primero de octubre, firmaba un decreto que declaraba nulos y sin ningún valor legal todos los actos *del Gobierno llamado constitucional*. De esta forma, el estado de las cosas políticas regresaba a como se encontraba en 1820, es decir, a 1814 o, lo que es similar, a 1808. Se mantenía fiel en la idea de que el tiempo no transcurría oficialmente entre los periodos que consideraba negativos. Valdés se afirmaba a los pocos días en la Gaceta extraordinaria de Madrid, se abría una nueva y venturosa época de la España restaurada. Pero como muchos preveían, lo que se inauguraba era una nueva época de dolor, lágrimas y sangre por medio de una mano arbitraria, injusta e insensible a las promesas y compromisos adquiridos.

Pero al tiempo que firmaba aquel decreto público y en la misma reunión mantenida con el canónigo Sáez, don Fernando firmaba con extrema rapidez otros decretos de carácter reservado. En el primero de ellos condenaba a la pena de muerte en la horca, sin posible revisión, a los tres individuos que habían compuesto la efímera regencia del 11 de junio. A pesar de que tanto Valdés, como Ciscar y Vigodet hubiesen aceptado sus puestos con la real anuencia, se les condenaba a la más dura de las penas, como si se tratara de los peores enemigos de la monarquía y de la patria. Y con efectos de confiscación inmediata de sus bienes, a todos los diputados que los habían nombrado. Se trataba solamente de un primer aldabonazo. Porque de esta forma, comenzaba una época terrible de condenas a muerte, persecuciones, extrañamientos, proscripciones, y encarcelaciones, que durarían hasta que el odiado Monarca rematara el resto de su vida.

Habíamos decidido retirarnos del gabinete del general Valdés y bajaba por las escaleras para tomar mi carruaje, cuando recibí aviso urgente por medio de un soldado de correo. Debía presentarme con la mayor brevedad ante el general Bourmont, entrado en Cádiz para mandar sobre las fuerzas de la plaza. Acudí con presteza, mientras barruntaba malos augurios en la cabeza. Me recibió en la mansión que había tomado para su uso personal aquel mismo día. Creí reconocerlo ligeramente, pero lo encontré preocupado.

—Por favor, pase y tome asiento a mi lado, general Leñanza.

—Muchas gracias, general.

—No me recordará, pero nos conocimos en Madrid en una recepción ofrecida por el ministro plenipotenciario francés, hace más de cinco años. Me invitó posteriormente al palacio de Montefrío pero, por desgracia, hube de regresar a Francia con rapidez.

—En ese caso, encantado de saludarle de nuevo, general Bourmont.

—Le extrañará que le haya hecho venir con tanta urgencia, pero ha sido de todo punto necesario. Y no es tarea sencilla, exponerle cierta información que he de pasar a sus manos. Verá, general Leñanza, me considero un hombre de honor y no puedo aceptar las noticias que me acaban de llegar desde el Puerto de Santa María.

—¿Noticias recibidas desde el Puerto de Santa María? ¿Sobre qué tema?

—Comenzaba a preocuparme en alto grado la seriedad a la que había mudado el rostro de mi anfitrión—. ¿Qué sucede, general?

—He tenido conocimiento por fuente inequívoca y de todo crédito, una información que no debe poner en duda, de una noticia..., una noticia alarmante. Resulta que entre los decretos que ha firmado Su Majestad don Fernando VII nada más llegar al Puerto de Santa María, en uno de ellos se incluye la pena de muerte en la horca, de forma inmediata e irrevocable, para los generales Cayetano Valdés, Gabriel Ciscar y Gaspar Vigodet, con motivo de haber formado parte de la Regencia.

—¿Cómo? —Esperaba alguna noticia de fuerte calado, pero no podía sospechar siquiera aquella barbaridad—. No es posible, general. Los tres generales a los que alude solicitaron la venia de Su Majestad para aceptar el cargo. Y yo mismo he leído un recado escrito personalmente por don Fernando, en el que ruega, al general Valdés que acepte el puesto de regente, para que las Cortes no nombren a otro general que se posicionara en su contra, y no con la fidelidad que siempre don Cayetano le ha demostrado. Es imposible que...

—Ya conocía esos detalles, que han colaborado en mi decisión —me cortó Bourmont con rapidez—. Además, he leído personalmente el decreto firmado por Su Majestad a las Cortes sobre el perdón general que, por lo visto, no piensa cumplir en ninguno de sus apartados. Verá, general Leñanza, no puedo admitir que, bajo mi jurisdicción, se cometan tales arbitrariedades con quienes considero como compañeros de armas. Bueno, la verdad es que admiro profundamente al general Valdés, a quien conozco personalmente. He hablado de este asunto con el almirante Duperré, al mando de la escuadra, que comparte por completo mi parecer y proyectos. Los tres generales deben embarcar en un buque francés de inmediato. He designado al general conde

de Ambrugeac para que avise con extrema urgencia a los generales Ciscar y Vigodet. Debéis acompañar al general Valdés al navío insignia del almirante Duperré, para que salga inmediatamente con destino a Gibraltar. Y le aconsejo que lo acompañe, señor duque de Montefrío. Nada bueno se diligenciará sobre su conducta, puede estar seguro. Se ha significado de forma notable junto al general Valdés, y tal hecho le puede acarrear la peor de las penas.

—El general Valdés no aceptará abandonar la ciudad de Cádiz bajo su mando, hasta ser relevado.

—El Rey ha firmado un decreto que deja sin valor legal los actos del Gobierno constitucional, que nombró al general Valdés como Gobernador político-militar de esta plaza. En estos momentos soy yo quien ejerce el mando sobre la ciudad. Además, debe hacerlo con rapidez si quiere preservar su vida.

—Lo conozco bien, general, y sé que no lo hará. Bueno, como yo también yo deseo que salve la vida, podríamos conseguirlo solamente de dos formas...

—¿Cuáles?

—Por medio de arresto o de engaño. Me inclino por la segunda solución, aunque me vea involucrado en lo que puede ser considerado como una impresentable fullería. Sin embargo, una vida vale mucho más, especialmente la de tan importante personaje. Puedo comunicarle de su parte que lo espera el almirante Duperré a su bordo para conferenciar con él en urgencia. Y una vez allí, que se le mantenga arrestado, incomunicado o lo que sea necesario. Supongo que será trasladado a un buque menor, para el traslado a Gibraltar.

—Eso supongo.

—En ese caso y con su permiso, general Bourmont, le transmitiré personalmente al general Valdés esos presuntos deseos del almirante Duperré. Por favor, envíele aviso de que llegará a bordo del navío insignia en mi compañía y que se encuentre al tanto del proyecto.

—Me parece una idea magnífica. Espero que embarque con él hacia Gibraltar.

—Lo acompañaré hasta el fin del mundo si es necesario, general.

Mientras regresaba a tranco largo hacia el edificio de la Gobernación, escribí unas pocas letras en un papel rodado con destino a mi cuñado, en las que le explicaba el curso de los acontecimientos. Asimismo, le notificaba que, en caso de no aparecer por el Gobierno o por el palacete de la calle de la Amargura, debía suponerme en Gibraltar. Sin embargo, dentro de mi cerebro solamente bullía una frase de forma repetida: don Cayetano Valdés, don

Gabriel Ciscar y don Gaspar Vigodet habían sido condenados a muerte en la horca por el Rey Fernando VII. En aquel mismo momento hice la señal de la cruz sobre mi pecho y me juré en sacrosanto empeño que jamás consideraría como mi Rey y Señor a tan infame personaje.

* * *

El general Valdés y yo fuimos recibidos por el almirante Duperré en la cámara de su navío insignia, con toda deferencia. Y me había costado un denodado esfuerzo convencerlo de que debía asistir a la llamada, entendiéndola más como una invitación de cortesía entre autoridades, que ya no se encontraban en bandos enfrentados. Por gracia de los cielos, don Cayetano no se malició jugada alguna por mi parte. El almirante le abrió sus brazos con elegancia y sentido afecto.

—Mi querido general don Cayetano Valdés. Hace más de tres años que no nos encontramos. Sed bienvenido a bordo de mi buque insignia.

—Le agradezco la invitación, almirante. Hace algunos años departimos como viejos amigos. Ahora, por el contrario, he debido defenderme de sus bombas.

—Así hemos corrido gran parte de nuestras vidas, general, pasando de aliados a enemigos y viceversa. Pero no nos queda más remedio que obedecer. Debemos olvidarlo una vez más. Para bien o para mal, todo ha terminado. Mucho siento que nos hayamos encontrado situados en bandos opuestos durante algunas semanas.

—Todavía soy el Gobernador político-militar de esta plaza. Por tal razón, almirante, debería haber sido yo quien le recibiera en mi residencia.

—Me es muy doloroso comunicaros, general Valdés, que ya no sois Gobernador. Su Majestad vuestro Rey ha firmado en el Puerto de Santa María, nada más pisar tierra, un decreto que declara nulos y sin ningún valor legal todos los actos del Gobierno constitucional. Y entre ellos se encuentra vuestro nombramiento. Por otra parte, ha concedido plenos poderes al general Bourmont —señaló hacia su figura, situada de pie a mi lado—, para tomar el mando en la plaza.

Quedó un poco cortado don Cayetano, que miraba al almirante Duperré y al general Bourmont de forma alternativa y con cierto recelo.

—En ese caso, deberé ser relevado por el general Bourmont, una vez me entreguen su oficial nombramiento. Hasta ese momento, continuaré...

—Creo que debemos tomar asiento, general. He de comunicaros algo muy importante. Pero antes debo ejercer con la necesaria cortesía. ¿Os apetece beber un vaso de vino? ¿Y a vos, general Leñanza?

Asentimos ambos con agradecimiento, al tiempo que tomábamos asiento junto a los dos franceses. Paladeó con gusto Valdés de la copa, mientras su rostro mantenía claros signos de interrogación.

—Un vino excelente, almirante. Pero desearía pasar cuanto antes a ese asunto tan importante que debe comunicarme.

—El hecho de hacerle venir, amigo Valdés, y espero que me permita este trato de confianza, ha sido necesario para salvarle la vida. Además del decreto mencionado, don Fernando VII ha firmado otros particulares con extrema premura. En el primero de ellos, se condena a muerte en la horca a los tres generales que formaron la Regencia. Condena urgente e irrevocable. Tanto el general Bourmont como yo estimamos la medida como infame, por lo que hemos decidido ponerle el necesario remedio.

—¿Condenado a muerte? ¿Los tres regentes? —Se giró hacia mí, sorprendido, como si de repente cayera en la realidad—. ¿Sabías eso, Santiago?

—Sí, señor. Pero ya le expuse al general Bourmont, que me dio urgente aviso, que os negaríais a abandonar la sede del Gobierno, sin ser relevado. Deberá perdonarme, señor. Es la primera vez que miento a un superior y mucho me duele que sea a vos precisamente. Pero solamente intento salvar su Vida.

—¿Qué pretende realmente, almirante? —Ahora Valdés se dirigía a Duperré con cierta dureza.

—Pasaréis de inmediato a la fragata *Aurore*, donde ya se encuentran los generales Ciscar y Vigodet. He ordenado que en cuanto embarquéis, dé la vela hacia Gibraltar, donde deberéis desembarcar.

—No he hecho nada de lo que pueda avergonzarme, ni por lo que puedan enjuiciarme, almirante. No pienso abandonar mi oficial puesto en el Gobierno, como un simple forajido, y a bordo de buque extranjero, al amparo...

—Os recuerdo que ya no tenéis destino oficial, amigo mío —el almirante francés se dirigía a su colega con extrema dulzura—. Además, como os conozco y esperaba una respuesta parecida, os aseguro que no permitiré que abandonéis este navío. El general Bourmont y yo nunca nos perdonaríamos que subierais al patíbulo, lo que se produciría con extrema rapidez, si no nos

es dado evitarlo. Podéis consideraos arrestado, si de esa forma se beneficia vuestra conciencia.

—Os recuerdo que no disponéis de jurisdicción para ordenar mi arresto.

—Bueno, eso es relativo. Especialmente cuando vuestra vida se encuentra en juego.

* * *

Comenzaban a caer las luces de aquel primer día de octubre de 1823, cuando a bordo de la fragata *Aurore* abandonamos la bahía de Cádiz. En ella nos habíamos encontrado con Ciscar y Vigodet. Esperaba que entre ellos se generalizara la crítica hacia don Fernando con palabras gruesas. Por el contrario, apenas se saludaron e intercambiaron unas pocas palabras sin importancia. Valdés quiso salir hasta el alcázar y lo acompañé en silencio. Dirigió la mirada hacia Cádiz, como si allí hubiese dejado una parte importante de su vida. Era consciente de que no regresaría a España en mucho tiempo, si es que el deseado retorno llegaba a producirse alguna vez. Sentí una enorme tristeza por él y por mí.

Porque en verdad, me sentía sometido a una parecida situación, aunque no hubiese sido condenado todavía.

—No sabe cómo siento haberle engañado, señor. Mucho me temía que se negara y llegaran las fuerzas a prenderle, antes de que fuera posible abandonar la ciudad. Bien sabe Dios que he creído hacer lo correcto.

Don Cayetano Valdés necesitó de bastantes segundos para contestar. Por fin, se giró hacia mí con lentitud. El gesto de su cara se dulcificó, al lanzar las primeras palabras.

—Eres un buen hombre y un magnífico subordinado, Santiago. Siempre lo he pensado y lo sigo pensando. Mi esposa e hijos te agradecerán la acción que has llevado a cabo. Pero no debías haberme seguido. Podías haber permanecido en Cádiz.

—El general Bourmont me aseguró que también yo acabaré entre rejas, si no se decide una medida peor contra mi persona, por haberme significado claramente a su lado. De todas formas, aparecen en escena otros factores de mayor importancia. Cuando tuve conocimiento de su sentencia, decidí acompañarle y no regresar a España mientras don Fernando se mantuviera en el Trono, señor. Y pienso cumplirlo. Ya sabéis que en Portugal..., que en Portugal me esperan y allí centraré mi vida de momento.

—Cásate con esa mujer. Por lo que me has contado, serás un hombre feliz.

—Eso espero, señor. La muerte de mi oficial esposa en California me permitirá contraer matrimonio con Leonor de Almeida, la mujer que amo. Por fortuna para los miembros de mi familia, antes de abandonar la Corte delegué legalmente todos mis títulos y bienes en mi hijo Francisco. Porque supongo que seguirán acciones de despojo y confiscación de bienes, contra todo aquel que se haya declarado en lo que Su Majestad entiende como bando enemigo. Tengo la conciencia tranquila.

—Por supuesto que has de tenerla. Has cumplido siempre con tu deber, sin haberte significado de ninguna forma en el nivel político. El hecho de que te hayas mantenido a mis órdenes, nada condenable puede ofrecer. Pero mi caso es muy distinto en todos los sentidos. Incluso he abandonado Cádiz sin nada que...

—Ordené a su criado Rafael que metiera en una bolsa lo más imprescindible y se encuentra en su camarote. En cuanto a posibles necesidades en Gibraltar, ya sabe que puede contar conmigo...

—No será necesario, Santiago. Ya me las arreglaré. Sin embargo, te lo agradezco.

No dormí un solo minuto durante aquella larga noche, que recuerdo con verdadero espanto, cual vigilia de penados. Habían acaecido tantos sucesos importantes en tan pocas horas, que mi cerebro se veía colapsado de ideas, imágenes y deseos. Cuando se produjo el relevo de la guardia a medianoche, se retiró el general Valdés a su camarote. Sin decirme una sola palabra y entrados en casi absoluta oscuridad, me ofreció un apretado y sentido abrazo, que consiguió emocionarme hasta los tuétanos. Retomé la posición contra la borda, dirigiendo la mirada entre las tinieblas hacia el más allá. Supuse que debíamos navegar en las cercanías del cabo Trafalgar, allí donde el entonces brigadier don Cayetano Valdés, al mando del navío *Neptuno*, había luchado con extremo coraje y valor contra los ingleses. Toda una vida entregada a la Real Armada en defensa de su patria, con permanente fidelidad a un Rey que no lo merecía. Recordé las palabras del famoso cantar, que tanta sabiduría encerraban: *Dios, que buen vasallo, si hubiera buen señor...*

26. Una nueva vida

Me mantuve en la plaza gibraltareña durante un par de semanas solamente. Sin embargo, me sentía reconcomido por los nervios y sujeto a un febril deseo de emprender viaje, para arribar cuanto antes a la capital portuguesa de Lisboa. Y no eran pocos los recuerdos que la simple visión de la Roca traía a mi memoria. Contra la fortaleza en la que, para vergüenza propia de todo español, todavía ondeaba el pabellón británico en el pico del castillo, había luchado mi padre en repetidas ocasiones. Y entre sus calles había permanecido inconsciente y cercano a perder la vida durante demasiados días, hasta ser rescatado de las manos del enajenado monje por su cuñado en arriesgada misión. Pero también yo había marinado lanchas cañoneras en aquel escenario, cuando despuntaban los primeros años de mi carrera en la Real Armada, justo antes de salir despedido por los aires tras reventar la santabárbara del navío de tres puentes *Real Carlos*. Por tal razón, sentía una oquedad profunda en el alma, al comprender que ahora la podía considerar como tierra de salvación.

Las autoridades británicas nos trataron con la máxima deferencia desde el primer momento, lo que mucho decía a favor de su generosa hospitalidad y la categoría personal de los personajes que acompañaba. El Gobernador en persona nos recibió y ofreció hospedaje adecuado al rango y condición, así como otras consideraciones personales y muestras de cortesía dignas de todo agradecimiento. No obstante, era profunda la tristeza que anidaba en el pecho de aquellos tres hombres, que se sentían traicionados hasta la fila más íntima por su Señor. Con el mayor esfuerzo y por todos los medios a mi alcance, intenté que el general Valdés elevara el espíritu en las necesarias cuartas, una empresa harto difícil por aquellos días. Intenté explicarle que la vida debía continuar sin posible enmienda y que su familia lo necesitaba más que nunca. Porque solamente contaba con cincuenta y seis años de edad y se mantenía en excelente estado de salud. Por su parte, el entrañable amigo y compañero de

tragedias, teniente general don Gabriel de Ciscar, sufría de gota intermitente pero mantenía buen aspecto a sus cincuenta y cuatro años.

Mientras preparaba la necesaria documentación para pasar a Lisboa, el general Valdés llevaba a cabo parecidas gestiones pero, en su caso, con meta impuesta en la ciudad de Londres, donde debería llegar su familia directamente desde Cádiz. Allí había decidido iniciar un exilio que consideraba, según sus propias palabras, alargado y, quizás, definitivo. Y se trataba de cuestión difícil rebatir sus males augurios, aunque se emplearan todo tipo de argumentos. Por el contrario, don Gabriel de Ciscar, sin haberes propios a disposición, lo que mucho decía de su honradez tras haber ocupado de forma repetida los más altos cargos de la nación, decidió permanecer en Gibraltar. Y si allí pudo sobrevivir con modestia y frugalidad, fue gracias a una generosa pensión de doce mil chelines, que le otorgó su buen amigo y admirador el duque de Wellington, al conocer su penosa situación. El general del Ejército Gaspar Vigodet, de penosa memoria entre los que lucharan durante los últimos días de posesión española en el Río de la Plata, decidió buscar amparo de exilio en Francia.

En los primeros días de mi estancia gibraltareña, había enviado varios recados con la necesaria urgencia. El primero de ellos tomaba vientos hacia Portugal. Le comunicaba a Leonor mi situación y la intención de pasar a Lisboa en la primera oportunidad que se abriera, con cualquier medio a la mano. Por otra parte, remitía otra misiva a mi hijo Francisco, rogándole que la familia permaneciera en paz y tranquilidad, hasta que me fuera posible regresar a la patria. También les comunicaba mi intención de unirme con Leonor en matrimonio, condición que les sería fácil de suponer, así como las necesidades de equipaje que debían enviarme hacia la quinta de Santo Antonio a la mayor brevedad. Por último, escribí unas pocas palabras a mi cuñado Beto, preguntando por su situación y planes futuros.

Cuando arribé a Lisboa, sin planes trazados y con la intención de tomar posada hasta que me fuera posible contactar con Leonor, recibí la feliz sorpresa de encontrar a mi amada portuguesa esperándome en la maravillosa ciudad del Tajo. Con esa habitual inteligencia que Dios le había otorgado en el nacimiento, movió sus influencias cerca de la embajada británica, hasta que recibió la confirmación de mi llegada a bordo de la fragata *Exeter*; una inolvidable deferencia de la *Royal Navy* para con mi persona. Y como pueden imaginar, se produjo una explosión de felicidad, que mucho necesitaba mi alicaído espíritu. Una vez en la intimidad que nos concedía su mansión

lisboeta, nos besamos como dos jóvenes enamorados. Y sin poder refrenar el paso, le lancé la pregunta que ella esperaba.

—¿Quieres casarte conmigo, Leonor? Pero antes de que contestes, piensa bien que ya no soy duque, ni conde, ni administro una...

—Calla, bobalicón de calzas largas. —Volvió a besar mis labios con su habitual pasión, antes de continuar—. Ya sé que, a través de cierta casa de banca gaditana, puedes continuar gestionando los hilos de tu patrimonio en la distancia. Nadie puede engañar a Leonor de Almeida. —Reía, rebosando felicidad por todos los poros de su cuerpo—. Pero no te será necesario mientras te mantengas a mi lado. Debes recordar que vas a unirte en matrimonio con una de las mayores fortunas portuguesas. Precisamente, gracias a las hábiles gestiones llevadas a cabo por Marco, acabamos de vender nuestras últimas posesiones africanas a un barón británico. Y mi inteligente hijo, que te espera con los brazos abiertos en Santo Antonio, lo ha conseguido a un precio que no podíamos soñar siquiera.

—¿Eso quiere decir que me aceptas y te casarás conmigo?

—Bueno, creo que las últimas semanas sufridas en Cádiz y los días transcurridos en Gibraltar han desequilibrado tu sesera en completo estrago, querido mío. Por supuesto que quiero ser la señora de Leñanza y unirme a ti para siempre. Aunque, bien pensado, debería ponderarlo con detenimiento, porque pareces hombre peligroso en esa estadía. —Leonor esbozó una mueca de falsa prevención—. Has enviudado por tercera vez en muy pocos años.

—No sucederá en esta cuarta experiencia, puedes estar segura. La que va a ser mi esposa ha demostrado su fortaleza por tierras africanas y acabará conmigo.

—No lo dudes.

—¿Dónde y cuándo deseas que celebremos el matrimonio, querida?

—Pues, la verdad, me gustaría que nos uniéramos en una ceremonia muy íntima. No sé los planes que discurren por tu alocada cabeza y si piensas en esperar la llegada de tu familia a...

—Creo que coincidimos al ciento en las intenciones, amor mío. Nada de esperas. Ya avisé a mi hijo de que me uniría a ti en cuanto llegara a Portugal. Bueno, condicionado a que me aceptaras —mentía entre sonrisas—. Francisco no podrá separarse de la hacienda de Santa Rosalía, donde ha establecido y comunicado su oficial domicilio de convalecencia, en algunos meses. Todavía no sé en qué situación se encuentra Beto, pero estoy seguro de que lo pasarán a situación de cuartel. No parece momento adecuado para que, en unión de Rosalía, lleven a cabo un largo viaje. También yo pensaba en

una ceremonia íntima y, de esa forma, sacralizar nuestra unión, circunstancia en la que no soñábamos siquiera pocas semanas atrás.

—Una gran verdad. Estimaba que viviríamos de tapado y bajo cobertor por el resto de nuestros días. Pero Dios Nuestro Señor ha sido generoso con nosotros y, con sinceridad, creo que lo merecíamos por largo. En cuanto a la boda, me alegro de que coincidamos por completo. En ese caso, le diré a Marco que lo prepare todo, tal y como habíamos trazado de antemano. Nos uniremos en matrimonio en el recogido oratorio de la quinta de Santo Antonio, para lo que ya solicitamos el oportuno permiso eclesiástico. Oficiará un sacerdote muy amigo de la familia. Solamente asistirá Marco, mi prima Margarida y una vieja amiga de la juventud, María da Graga Cabral, a la que dispenso especial cariño. Me he reencontrado con ella por casualidad en estos días de espera, aquí en Lisboa, y pienso invitarla. Bueno, si te parece bien.

—Todo lo que hagas me parecerá bien, mi amor.

Permanecemos en la capital portuguesa durante dos semana más, obligados por las solicitudes oficiales que debí elevar a las autoridades. Y fue importante el apoyo de Leonor, porque no veían en principio con buenos ojos la presencia de cabezas liberales en sus tierras. Pero al mismo tiempo, disfrutamos del encuentro y de nuestro apasionado amor, aunque la mansión lisboeta de los Almeida se encontrara cerrada y envuelta en lonas de protección. Por fortuna, todo se soslayó con inesperada rapidez en los dos últimos días y pudimos partir hacia levante, en la que llamaban como camino de Extremadura.

Sin embargo, la gran sorpresa se produjo cuando, en base a las peticiones lanzadas hacia Santa Rosalía, llegaba mi criado Barbate con abultados baúles a la quinta de Santo Antonio. Mi hermana debía haber empacado hasta la última pañoleta de servicio. Y ya sufría al entender que debería entrar en la sagrada faena con ropaje de préstamo y almoneda. Fue Leonor quien me ofreció la guinda que faltaba en la torta.

—Ha llegado tu criado Barbate con baúles en una cantidad más propia de príncipe de sangre.

—Habrás sido cosa de mi hermana. Les solicité los enseres de mayor uso solamente.

—Pero debes saber que, a tu petición, añadí una muy especial por mi cuenta, en misiva particular cursada a tu hermana Rosalía. Creo que, en caso contrario, te habría faltado un detalle importante para que nuestra boda te resultara de entera felicidad.

—¿Un detalle? No te comprendo, querida.

—Pues aquí tengo una pequeña sorpresa para ti, mi amor.

Leonor descorrió un grueso cortinaje que mantenía en la mano, dejando a la vista la figura de mi hija María. La jovencita, que se mantenía encantada de seguir el juego, salió corriendo en mi dirección hasta abrazarse a mi cintura, como solía hacer de forma desesperada. Bien sabe Nuestra Señora de Valdelagua que me emocioné como un niño. Y en verdad que pensaba reclamar su presencia más adelante, porque entendía que la jovencita debía criarse con su nueva madre y conmigo. Pero al comprobar su presencia allí a mi lado, me sentí completamente feliz. Abracé a Leonor con todo el amor que le profesaba.

—No sabes como te lo agradezco, amor mío. Soy el hombre más afortunado del mundo.

—Soy una mujer con suerte en este aspecto, porque la pequeña María me quiere mucho. Bueno, no tan niña, que ha cumplido ya los doce años. Es una mocita preciosa que, en poco tiempo, mudará en mujer de arrebatadora hermosura. Debe mantenerse a nuestro lado.

—Mil veces gracias, querida mía.

Matrimonié con Leonor de Almeida el undécimo día del mes de noviembre del año del señor de 1823, nefasto año para las armas de España, pero de inmensa felicidad en mi nueva vida. Tal y como habíamos planificado, la ceremonia tuvo lugar en el precioso oratorio familiar de la quinta de Santo Antonio, erigido bajo la advocación de Nuestra Señora de la Concepción, con los escasos invitados seleccionados. Todo refulgía en oro a mi alrededor, o así lo entendía en aquellos momentos. Si Margarida mostraba su extraviada pero fuerte belleza, la amiga María Gracia galopaba en altura con unos ojos negros que clamaban al cielo. Marco se había convertido en un gran señor, que deseaba unirse con urgencia en matrimonio con la joven española Lucrecia Alpuente, y lo haría en cuanto se relajasen las estaciones en la Corte española. Y por último, aparecían las dos mujeres más importantes de mi vida. Por una parte y situada a mi lado, Leonor me cautivaba como siempre con la simple mirada y el roce de su mano. Pero es necesario reconocer que la joven María dejaba a todas las demás a muchas millas de distancia. Porque mi hija crecía en multiplicación de belleza día a día, sin barrera posible.

Tan sólo echaba en falta la presencia de mi hijo Francisco, la sangre de los Leñanza que continuaba la labor impuesta muchos años atrás. Pero lo suponía feliz y contento, entrado en amores por tierras murcianas. Y estaba seguro de que el jovenzuelo no esperaría mucho tiempo, para unirse en matrimonio con

la mujer que amaba. Porque así nos habíamos conducido siempre los de mi sangre. Acababa de cumplir los dieciocho años solamente, pero es bien sabido que cada año atravesado en la mar conforma cinco de vida en experiencia. Habría que pensar en ello porque mucho gustaría de apadrinar ese enlace si, como presumía, se llevaba a cabo.

Aunque, por aquellos días, tuviera conocimiento de que se había ordenado mi entrada inmediata en prisión, en nada me afectó por esperarla. Al igual que otros muchos militares y civiles, en tal situación de pérdida de libertad debíamos permanecer, hasta que se aclararan las conductas y hechos llevados a cabo durante los tres años del Gobierno constitucional. Como fue norma en la aberrante y torticera conducta de don Fernando, se encerraba a las personas hasta que demostraran por fueros su inocencia. Se habían formado comisiones militares y se procedió a un sistema de depuraciones, que se distinguieron por su manera expeditiva e implacable de eliminar a cualquier persona que se considerara mínimamente sospechosa en su conducta. Pero puedo jurar en honor de ley, que sonreí al leer la noticia, porque la tomé como broma lanzada sobre las aguas. Por fortuna, ninguna medida se tomaba contra mi cuñado Beto que, por orden del ministro de Marina, pasaba a situación de cuartel o de remplazo, otra condición esperada.

Dice un refrán portugués que todo viento malo se ve seguido por la ventolina favorable y una generosa cosecha. Vieja sabiduría del noble pueblo lusitano, sin duda. Porque mi vida se estableció en la más feliz de las estadías, sin posible final a la vista. Aunque Leonor y yo nos hubiésemos dispuesto a afrontar carros y carretas de oficio por mantener nuestro amor para siempre, se veía ahora impulsado al haber sacralizado nuestra unión de forma definitiva. Y aunque ya la madurez había entrado a sazón cierta en nuestras vidas, celebramos aquellas primeras semanas de vida conyugal plena como dos adolescentes, que reciben los mejores vientos jamás solicitados a los dioses. Mi vida se abría en luces de oro, al tiempo que la querida patria entraba en un túnel de horror absoluto.

* * *

Nos manteníamos más de dos meses en la hacienda de Santa Rosalía, cuando recibí la noticia largamente esperada que ensanchó mi pecho a las bandas. Y bien que me había preocupado la insistencia en las negativas respuestas recibidas hasta entonces, cuando preguntaba por la presencia de la familia Muñoz Rueda en su predio cercano a la villa de Cehegín. Porque, en teoría,

pensaba que se encontrarían allí con suficiente antelación a mi llegada. Y a tal punto se elevó mi preocupación, que estimé como posible un naufragio o desgracia parecida en su traslado desde San Juan de Puerto Rico hasta cualquier puerto peninsular. Pero por gracia de los cielos, fue el párroco de la iglesia de Santa María Magdalena quien me ofreció la noticia del arribo de la familia, lo que concedió la respiración que comenzaba a faltarme, y no por causa de las costillas doloridas.

Como ya los nervios me atacaban de enfilada y por cuarterones, mucho debí frenar los sentimientos para esperar los días que la tía Rosalía me recomendaba con su habitual sabiduría. Me explicó una y otra vez que la familia de mi amada necesitaría un tiempo mínimo para asentarse en una casa, posiblemente cerrada durante años. Por tal razón, aguanté dos semanas completas, en las que hervía mi sangre a borbotón de espuma, al pensar que Rosario se encontraba tan cerca y todavía no podía visitarla. Pero transcurrido el plazo, envié inmediato recado a don Salustiano Muñoz Rueda por medio de mi criado Pepillo, solicitando permiso de recibo en su hacienda, que llamaban Las Madagañas.

Tres días de angustia sin fin debí soportar, hasta que recibí la oportuna respuesta del padre de Rosario. Y llegó un momento en el que dudé de que mi presencia fuera grata al caraqueño. Incluso llegué a pensar que los favores se olvidan en la vida tarde o temprano, aunque sean en ejercicio de salvación de las vidas propias. El duende comenzó a roer mis entrañas con pensamientos de rechazo a causa de la falta de mi brazo y mil referencias de parecido calibre. Y como el fauno cierra sus garras a tenazón, se entabló en mi cerebro la creencia de que Rosario habría encontrado otro hombre, al punto de olvidar sus promesas de amor hacia mi persona. Por estas razones, debí leer una y mil veces el ligero recado en el que don Salustiano Muñoz me anunciaba el placer de recibirme en la hacienda familiar, en la tarde del siguiente día para tomar un refrigerio.

Fue llegado el momento de entrar en nueva ronda de dudas y vacilaciones, que parecían haberse amadrinado a mi vida en oleada continua. Porque la tía Rosalía me recomendaba para la visita, la utilización del carruaje noble con las armas de la casa de Montefrío grabadas en sus portezuelas. Alegaba que se debía demostrar la posición propia desde el primer encuentro. Sin embargo, me parecía menos ostentoso y más acorde a la ocasión, aparecer a lomos de Selim, el hermoso animal hijo de aquel otro con el mismo nombre, que el general don Antonio Barceló ofreciera en especial obsequio a mi abuelo Francisco. No me encontraba todavía al ciento de mis fuerzas, pero en avance

había practicado lo suficiente para comprobar que podía tomar el animal sin ayuda y con una sola mano, así como descabargar en el mismo sentido.

A lomos del purasangre Selim, que mostraba un pelo negro y brillante como las bocas del infierno, me presenté en la hacienda Las Madagañas a la hora ofrecida. Y debí refrenar el paso del animal, que tendía a lanzarse por trancos largos con facilidad y sin exigirlo, porque la distancia desde Santa Rosalía se trazaba en menor medida a la supuesta. Vestía el uniforme pequeño de cortesía, pero con la charretera brillando en el hombro derecho, indicación de mi nuevo empleo de alférez de navío.

Una vez traspuestos los picachos que marcaban el linde noble de la hacienda, debí atravesar un alargado paseo de parras en corona, hasta abordar una plazuela de piedras sueltas donde destacaba una fuente con cinco chorros de agua. Desde su parte central arrancaba una escalinata hacia un pequeño pórtico, que ofrecía el acceso formal a la vivienda. Pero una vez alcanzado el punto de recibo, la encontré vacía, sin que nadie esperara mi presencia como marcan las normas elementales. Dudé algunos segundos, antes de descender del animal con soltura. Por fortuna, sufrí aquella situación un tanto desoladora durante un par de minutos solamente, momento en el que un criado y don Salustiano apresuraban pasos en descenso de la escalinata hacia mi posición.

—¡Don Francisco de Leñanza, alférez de fragata de la Real Armada y duque de Montefrío! Perdonadme que no esperara en situación de recibo, pero mi santa esposa siempre consigue retrasarme, además de elevar mis nervios hasta la cabeza. Sed bienvenido a esta hacienda de Las Madagañas, señor.

Me ofreció un abrazo que no pude rechazar, aunque apretara en exceso a quien no conocía de largo. Pero mis pensamientos se trazaban en otra dirección, y poco me importaban los detalles. No obstante, quise aclarar un par de puntos que estimaba de cierta importancia.

—Ascendí al empleo de alférez de navío, don Salustiano. Y, por favor, aunque por determinadas causas que puede suponer, el ducado de Montefrío haya recaído sobre mis hombros, reservo tal título en exclusiva para mi padre, al menos en voz.

—Lo comprendo, caballero. Pero pase, por favor, la familia espera para saludarle.

Tras atravesar un recibidor de llano, torcimos a la derecha para desembocar finalmente en un salón privado de regular dimensión. Pero ya mis ojos se cerraban de otros detalles porque, junto a la madre y las tres hermanas, aparecía Rosario con un mohín de gracia en su boca. Y nada más ver su rostro, se calmaron las aguas mantenidas en agitación durante semanas.

Regresé a la mayor felicidad, conforme la sangre serenaba su carrera y charlaba con mayor confianza. Les expuse mis temores al comprobar su tardanza.

—Mucho me extrañó la excesiva tardanza en el arribo de vuestra familia, que esperaba con anterioridad al mío.

—Sufrimos un temporal terrible, Francisco —explicaba el padre con movimientos bruscos de sus brazos—. Y no le exagero una miserable pulgada al asegurar que estimé llegado el momento final de nuestras vidas. Un temporal parecido o superior a cuando rompimos el palo en la fragata *Ligera*.

—Una experiencia espantosa, Francisco —entraba Rosario con su habitual informalidad, que nada me importaba en aquellos momentos—. Además..., además, no estabais a bordo para tranquilizarnos.

—El caso es que el capitán del buque debió largar al agua parte de la carga —continuaba don Salustiano, lanzado en la narración que debía haber expuesto mil veces desde entonces—. Pero nos desviamos bastante y acabamos por tocar el puerto de San Miguel en las islas Azores. Allí nos fue necesario tomar posada franca, porque la fragata mercante debió entrar en reparación durante cinco o seis semanas. Por fin, arribamos al puerto gallego de La Coruña, un detalle más que tampoco habíamos previsto. Y como se habían perdido parte de nuestros bagajes, mi esposa decidió pasar por la Corte para adquirir algunas cosas, especialmente vestuario para las jovencitas. Pero, por favor, ¿qué deseáis tomar?

—He preparado una limonada con especias blandas de la que mucho presumo —dijo Rosario sin despegar la inicial sonrisa de su boca.

—Me encanta la limonada con especias, especialmente si estas son blandas —contesté a la banda, porque jamás había probado tal bebida.

El resto de la tarde se abrió en tonos celestiales. Me mostraron parte de la hacienda, e incluso me fue dado pasear con Rosario por los parrales coronados, acompañados solamente por Esmeralda, la segunda hija de la familia. Y por encargo de mi amada, la hermana salía en carreras a suficiente distancia. En tal situación podíamos regresar a la mutua confianza. Tras exponerle las lesiones sufridas y el periodo de necesaria convalecencia, entró en feliz sonrisa.

—Eso significa que estarás aquí medio año, muy cerca de mí. Me parece fantástico, aunque haya sido a causa de un accidente.

—Pues al comprobar que no llegabas a nuestra cita, llegué a creer que habrías encontrado otro amor.

—¿Otro amor? —exclamó en visibles muestras de protesta en su rostro—. ¿Cómo podéis decir algo así? ¿Acaso no confiáis en mí? Por Dios bendito, Francisco, que no sabes lo que te he extrañado. ¿Has dicho seis meses de convalecencia? ¡Es fantástico!

—Bueno, es posible que no debiéramos separarnos por nunca jamás.

—¿Cómo? No te comprendo.

—En Puerto Cabello tu padre, tras aceptar nuestro compromiso, habló de una necesaria espera, antes de que pudiéramos unirnos en matrimonio. Alegaba la excesiva juventud en ambos. Pero no debes olvidar que el próximo mes de noviembre, el día 16 con exactitud, cumplo dieciocho años.

—Y yo cumplí los dieciséis el mes pasado.

—Ya lo sé y esperaba celebrarlo a tu lado. Por esa razón —extraje una bolsa de tafetán rojo que llevada escondida en la falsa de la casaca—, he traído conmigo este... este pequeño presente...

Abrí con cierto nerviosismo el cierre de la bolsa, para extraer un anillo de oro que engarzaba una hermosa turquesa, del mismo color de sus ojos. Lo inserté en su dedo anular, que me ofreció sin dudarlo, a la vez que comprobaba el ligero temblor de mis manos.

—Este sencillo y modesto anillo presenta, sin embargo, un especial significado para nuestra familia. Pedí permiso a mi padre para emplearlo en el día oportuno, que estimo llegado. Con él se prometió mi abuelo Francisco con la que sería su esposa, mi abuela Cristina.

Rosario lo observó con detenimiento, mientras giraba su mano y se ampliaba la sonrisa de felicidad en su boca. Pero sin poder esperar un segundo más, largué la andanada definitiva.

—¿Quieres casarte conmigo, Rosario?

Rosario exhibió una sonrisa de plena satisfacción. Y sin dudarlo un segundo, me tomó de la mano.

—¿Acaso lo dudas?

Besé la mano que me ofrecía, como el náufrago se aplica al cuenco de agua. Pero el corazón me pedía más y, en un inesperado arrebató, acerqué mis labios hacia sus mejillas. No obstante y para mi sorpresa, Rosario me ofreció directamente sus labios, tras comprobar que nadie merodeaba en las cercanías. Mi piel tomó vida propia al sentir sus labios en roce con los míos. Se separó con rapidez.

—Estamos locos.

—Me entusiasma esta locura.

—Regresando a tus deseos, querido, ¿cuándo piensas que sería...?

—Una vez cumplidos los dieciocho años, en el empleo de alférez de navío, y tú con dieciséis, estimo que podríamos unirnos en matrimonio aprovechando esta licencia de la que disfruto. Por eso te decía que no debíamos separarnos jamás.

—¿Casarnos antes de seis meses?

—¿Demasiado pronto?

—Si por mi fuera, me unía a ti hoy mismo, Francisco. Pero habrá que preguntar a mis padres. Mi madre alegrará, porque ya me lo ha adelantado, necesidades de ajuar y mil complicaciones más.

—Ya lo había pensado, querida. Hablaré con tu padre ahora mismo.

Esta vez fui yo quien acercó mis labios a los suyos. Y ejercí más fuerza en la ocasión. Por desgracia, la estridente voz de Esmeralda, a quien odié con todas mis fuerzas en aquel instante, se dejó escuchar demasiado cerca. Pero ya la vertiente estaba cruzada y me sentía completamente feliz.

Regresé a Santa Rosalía en vuelo de cometa, como si a Selim le hubieran aparejado alas y rastreras en los costillares. Me consideraba el hombre más feliz de la tierra. Sentía que mi padre no se encontrara allí, para disfrutar de mi felicidad. Pero estaba seguro de que me concedería su bendición para unirme a Rosario, lo que ya me había adelantado en la ciudad de Cádiz, cuando le expuse mis planes. Ni una sola nube gris aparecía en los cielos. Y en aquella placentera situación llegué a Santa Rosalía, sin apenas sentir el movimiento del animal bajo mi cuerpo.

Epílogo histórico

La actitud seguida por don Fernando VII, una vez aposentado en la Corte con sus plenos y absolutos poderes, aparejó a su costado uno de los periodos más turbulentos, oscuros y deleznales de nuestra historia. Dio comienzo a una inacabable serie de proscripciones y fusilamientos, que no presentó final rendido hasta su muerte el 29 de septiembre de 1833. Era de esperar tal proceder en quien, con escasas dudas, demostró ser el personaje más ruin, rencoroso y felón de los monarcas que disfrutaron del trono católico. Un alargado periodo, la llamada como década absolutista o década ominosa, que sumió a España en el terror y la hizo bajar suficientes escalones, hasta no presentar una mínima relevancia en el concierto mundial.

En principio, don Fernando disfrutó de su posición en el trono gracias a las guarniciones francesas que se mantuvieron en las principales ciudades españolas para mantener el orden, y a la gendarmería que cuidaba las comunicaciones con Francia. Tal situación se fue prorrogando año tras año, con un enorme sacrificio pecuniario para el país. En el primer convenio que se firmó entre los reyes de España y Francia, para concretar la indemnización por los gastos ocasionados por el Ejército de ocupación, firmado en Madrid el 29 de enero de 1824, se declaró el Gobierno español deudor de treinta y cuatro millones de francos. Pero más tarde, el 9 de febrero, se concretó un nuevo acuerdo, para, establecer las condiciones que afectaban a la permanencia de las tropas francesas. Se estableció un monto de dos millones de francos al mes, sin contar los gastos propios del acuartelamiento, provisiones, hospitales, transportes, reposición de armamento y mil detalles más. Dichos convenios se fueron prorrogando hasta el 30 de diciembre de 1828, en cuya, fecha, se reconoció por los conceptos expuestos una deuda total de ochenta millones de francos. España se mantenía invadida por tropas extranjeras, aunque en esta ocasión con apoyo de la Corona y de una

significativa parte de los españoles, al tiempo que se empleaban unas sumas que tanto se necesitaban en otros conceptos.

El ministerio de Marina recayó de nuevo, como dado negro de la suerte, en las manos de don Luis María de Salazar. Se trataba de un oficial que contaba con escasos apoyos en la institución y, por el contrario, desplegaba autoridad sospechosa a las clases inferiores por las ideas vertidas en las cartas que había dado a luz bajo el seudónimo de *Patricio Vitoriano*. Debió trabajar en condiciones de terrible austeridad, con una situación del erario público angustiosa. Se vio obligado a cercenar los haberes generales y suprimir entre los cuerpos particulares los menos precisos, medidas que, como es fácil comprender, le supusieron odiosidad y censuras sin fin. Como nueva y famosa innovación, suprimió las academias y compañías de caballeros guardiamarinas, siendo sustituidas por un Colegio real y militar, que debería establecerse en la ciudad de San Fernando o en el Puerto de Santa María con sesenta plazas.

Por fortuna, Salazar dio un paso importante al llevar a efecto los planes trazados por sus antecesores, en cuanto a construcción naval. Porque tras dieciséis años sin que se plantara la quilla de un buque en un arsenal, en 1824 se construía y botaba en El Ferrol la fragata *Lealtad*, de cincuenta cañones. En 1825 salía a flote la nombrada como *Iberia* y, un año después, la *Resolución*, todas del mismo porte. Por desgracia, el sistema utilizado para su construcción fue el de asiento o contrata, lo que significaba un clamoroso retroceso a los tiempos de mayor penuria, en la primera mitad del siglo anterior.

En cuanto a los principales personajes aparecidos en esta obra, don Cayetano Valdés debió mantenerse en el extranjero durante diez años de forzado exilio. La mayor parte de ellos los entretuvo en Inglaterra, donde fue tratado con la mayor consideración y deferencia, aunque llevara a cabo viajes por Francia y Portugal. A pesar de que la Reina María Cristina firmara la amnistía de los liberales en octubre de 1832, pocos meses antes de la muerte de don Fernando, esperó don Cayetano al mes de septiembre del año siguiente para regresar a España. Para remediar las injusticias y, en mayor grado, congraciarse con los liberales en su lucha con los absolutistas que apoyaban a don Carlos, la Reina Regente le nombró capitán general del departamento marítimo de Cádiz. Poco después, era elevado al empleo de capitán general de la Armada sin abandonar el cargo que desempeñaba. Y por último, de acuerdo con las disposiciones del Estatuto Real de la Rosa, Prócer del Reino. No pudo disfrutar mucho tiempo de tales honores, porque el 6 de febrero de 1835

fallecía en la cabecera del departamento marítimo, San Fernando. Sus restos reposan hoy en día en el Panteón de Marinos Ilustres de la ciudad que le vió morir.

La suerte corrida por don Gabriel de Ciscar no se movió pareja a la de su compañero de ideario político. Quien fuera considerado como el primer matemático español de su tiempo, se mantuvo en la plaza de Gibraltar gracias a la mencionada pensión de su amigo y admirador el duque de Wellington. Ayudado por las rentas de algunas de sus muchas publicaciones científicas y profesionales, vivió el resto de su vida de forma muy ajustada y austera. Cuando llevaba dos años de exilio, envió un memorial al Rey en el que solicitaba regresar a España sin cargos. No obtiene como respuesta más que un desdeñoso silencio. Por desgracia, no pudo disfrutar de la amnistía liberal, ni comprobar la muerte del Monarca que lo traicionara, porque perdió la vida en la misma plaza gibraltareña el 12 de agosto de 1829, siendo enterrado en el cementerio católico del Peñón. También sus restos reposan hoy en el Panteón de Marinos Ilustres de San Fernando.

En cuanto a don Ángel Laborde, por el levantamiento del bloqueo de Puerto Cabello y apresamiento de dos corbetas enemigas, acciones mencionadas anteriormente, le fue concedida la Cruz pensionada de la Real y Distinguida orden española de Carlos III. Y rematadas en negro las operaciones españolas en Tierra Firme, regresó a La Habana donde fue nombrado segundo jefe del apostadero. Pero sin abandonar en ningún momento las acciones de mar. Porque en 1824 salía al mando de una división naval, para perseguir a las fuerzas enemigas y socorrer en dos ocasiones a los heroicos defensores del fuerte de San Juan de Ulúa, que se negaban a capitular. A pesar de mantenerse en el empleo de capitán de navío, fue nombrado en 1825 comandante general del apostadero de La Habana. Pero siguió en la mar al mando de diversas divisiones, con acciones por las costas de Nueva España, hasta la capitulación definitiva del fuerte de San Juan de Ulúa, último baluarte español en el virreinato de Nueva España. Y no continuó con su brillante carrera, porque este oficial de valor extremo y máxima abnegación volverá a aparecer en nuevos volúmenes de esta colección. De forma especial cuando, en el empleo de jefe de escuadra, se le nombraba para desempeñar la cartera del ministerio de Marina, sin poder ocuparlo a causa de determinadas cuestiones de orden político, cuando se entraba en periodo de guerra por las acciones planteadas por el partido carlista.

Ya conocen los lectores habituales de esta Saga Marinera Española, mi intención de novelar en forma amena y divertida los principales momentos de la Real Armada a lo largo de dos siglos, sin apartar a la banda los hechos menos afortunados. Nuestra historia es inamovible y debe ser conocida tal y como se produjo. Me encuentro en una fase en la que no puedo mostrar gloriosos descubrimientos, batallas memorables, ni siquiera el día a día trabajoso de lo que supuso el mantenimiento del imperio ultramarino. Hace ya algunos volúmenes que entré en un periodo de nuestra historia que produce tristeza. Pero debo seguir adelante.

Hay quien opina que, a lo largo del siglo XIX, una vez cruzado el penoso combate de Trafalgar, aparecen pocos temas de interés en nuestra historia naval. Discrepo completamente de quien así opina, posiblemente por desconocimiento. Además de la parte marítima de la Guerra de la Independencia, en la que he empleado varios volúmenes, y de las acciones de nuestras unidades navales en las guerras de independencia americanas, aparecerán, las guerras carlistas, las operaciones en el Pacífico contra Chile y Perú, las operaciones en el norte de África, así como el mantenimiento de la soberanía en Cuba y Filipinas, que se culminó con el desastre de 1898. Y todavía resta el siglo XX, hasta que deba centrarme en nuestra Guerra Civil de 1936. Mucha manteca marinera que cortar sin duda, y a ello me dedicaré en los siguientes ejemplares.

Como es mi intención desde el primer momento, continuaré con el mayor rigor histórico y marinero posible, aunque escuezan en el orgullo propio algunas actuaciones de nuestros antepasados. Podemos estar tranquilos porque la obra llevada a cabo por los hombres de mar españoles en el mundo ha sido tan fabulosa, que apenas puede quedar desmerecida por algunos detalles negros, existentes en todas las Marinas del mundo con mayor o menor profusión. Lo que sucede es que la mayor parte de los autores de novela histórica marítima de otros países pasan de costado por tales hechos y perfilando el cuerpo. Ni siquiera los comentan, como si jamás hubiesen existido. Allá ellos con su conciencia histórica.

Luis Delgado Bañón
Cartagena, 22 de agosto de 2011

Notas

[1] Se refiere al capitán general de la Armada bailío frey don Antonio Valdés y Fernández-Bazán Quirós y Ocio, caballero de la insigne orden del Toisón de Oro y Gentilhombre de Cámara de Su Majestad con ejercicio, nombrado como secretario de Marina e Indias por Carlos III a los treinta y tres años de edad. <<

[2] La faja era distintivo de los generales. En la Real Armada correspondía a los empleos de jefe de escuadra, teniente general y capitán general. <<

[3] Mar de las Indias, posteriormente denominado océano Índico. <<

[4] Cuando los guardiamarinas ascendían al inmediato empleo de alférez de fragata, comenzaban a utilizar las charreteras en el uniforme como distintivo del grado. Estos lucían una solamente sobre el hombro izquierdo, mientras los alféreces de navío lo hacían en el derecho. <<

[5] Así aparecía en cartas y mapas el golfo de México durante los siglos XVII, XVIII y XIX. <<

[6] Los primeros descubridores denominaron como Tierra Firme o Costa Firme a la parte del continente meridional de América bañada por el mar de las Antillas, en oposición a las islas de este mismo mar. Se empleó durante varios siglos, y aún hoy no se halla del todo en desuso para designar la costa de la Venezuela actual. <<

[7] Actuales océanos Atlántico y Pacífico. <<

[8] A bordo de los buques de la Armada se entiende por árbol al palo o mastelero. Y como árbol maestro, al palo mayor. <<

[9] Camino que hace todo buque, ya sea por uno o varios rumbos, para trasladarse de un puerto a otro. <<

[10] La charretera tenía forma de pala, que se sujetaba al hombro por medio de una presilla, de la que pendía un fleco. Las de la Armada debían ser de trencilla de oro, con un fleco ligero de un decímetro de largo. En las Ordenanzas aparecían con el nombre de alamares hasta 1785. <<

[11] A la escuadra rusa se la denominó a su llegada a Cadiz como los buques negros, a causa de la pintura reglamentaria de la Marina Imperial. <<

[12] En efecto, se trata del primer discurso de la Corona en nuestra historia, con el que se iniciaba la tradición política de informar al país sobre las líneas fundamentales del programa de gobierno del Gabinete. <<

[13] Se refiere al capitán general de la Armada don Antonio Valdés y Fernández Bazán, nombrado como secretario de Marina e Indias por Carlos III. <<

[14] Real Isla de León, antiguo nombre de la ciudad de San Fernando. <<

[15] Nombre que se aplicaba a una clase de contra maestres, inferior a la de primeros y segundos, la cual se subdividía del mismo modo. Acabaron por ser refundidos y asimilados como terceros contra maestres, dentro de los Oficiales de Mar. <<

[16] Denominación general de todo tronco enterizo de un árbol. Su aplicación general es en piezas de arboladura, vergas, botalones, palancas, etc. <<

[17] Bombas para achicar el agua de las sentinas. <<

[18] Plantillas utilizadas por los carpinteros para formar los planos de las embarcaciones. <<

[19] Llámase mesa de guarnición al conjunto de tablones empernados en los costados desde el frente de cada palo hacia popa, para sujetar en ella y abrir con mayor ángulo de ataque la obencadura del palo correspondiente. De su fortaleza dependía la seguridad de la arboladura. <<

[20] Se refiere a don Francisco J. Rovira Fernández de Mesa, teniente general de la Armada, comisario general y comandante principal del Real Cuerpo de Artillería de Marina. De su mano salieron diseños de nuevas piezas con gran acierto y probada eficacia, así como numerosas obras para el uso de la artillería a bordo de los buques. <<

[21] Se denominaba combate a tocapenoles cuando los buques se encontraban a tan corta distancia que los extremos de las vergas (penóles) podían tocarse entre sí. También se utilizaba para expresar, en general, un combate a muy corta distancia. <<

[22] Conjunto de pipas, botas, cuarterolas, toneletes, toneles y barriles en los que se almacenan líquidos a bordo de los buques. <<

[23] Tratamiento que se otorgaba en la Real Armada a los guardiamarinas y aventureros. Todavía se mantiene en vigor en la Escuela Naval Militar. <<

[24] Hoy llamados como océanos Atlántico, Pacífico e Índico. <<

[25] Debe entenderse como doce nudos o millas por hora. <<

[26] Se entendía por Mayoría General lo que, hoy en día, se denomina como Estado Mayor. <<

[27] Arriba y clara, voz que se da desde proa al observar el ancla salir a superficie sin impedimentos añadidos. <<

[28] La escala de los vientos en esos años corría, de menor a mayor fuerza, por calma muerta o chicha, vagajillo, ventolina o fresquito, fresco (de todas las velas), frescachón (aparejo sin juanetes), cascarrón (rizos a las gavias), ventarrón (sólo mayor y trinquete) y temporal (trinquete y capa). <<

[29] Se denominaba como tomar el punto a calcular la posición del buque en la mar. Cuando esta operación se deducía de la observación de astros, se llamaba punto de observación. Cuando se hacía en base a los rumbos y distancias recorridas, corregidas por vientos y corrientes, se nombraba como punto de estima o de fantasía. <<

[30] Ocho cuartas o noventa grados. <<

[31] Paraje marítimo donde hay fondo a propósito para que los buques aguanten con seguridad al ancla. <<

[32] Se entiende por fachear a poner la embarcación en facha, a bracear unas velas en contra de otras si se dispone de más de un palo, o largando escotas para disminuir la marcha o hacerla detener. <<

[33] Canoas de generosa eslora y armamento portátil en sus bordas, capaces de embarcar elevado número de fusileros. En Tierra Firme solían gastar aparejo de goleta o tarquina, con remos auxiliares en ocasiones. Se empleaban como unidades de apoyo y escolta en operaciones cerca de la costa. <<

[34] Así se denominaban estas islas en las cartas náuticas de 1816. En la actualidad se conocen como de Bonaire, Curaçao y Aruba. <<

[35] Buque de pequeño porte aparejado como goleta, sin gaviás, muy rasa y fina de líneas. <<

[36] En el penal de las Cuatro Torres del arsenal gaditano de La Carraca acabó sus días tras cinco años de prisión quien fuera motor del movimiento independentista por Tierra Firme, Francisco de Miranda, general y político venezolano. <<

[37] Galones. <<

[38] Hasta finales del siglo XIX, en cartas, derroteros y notificaciones oficiales aparecía la ciudad de La Guaira escrita como La Guayra. <<

[39] Fondear. <<

[40] Se dice que un buque garrea cuando el cepo o las uñas del ancla no se agarran o se desprenden del fondo, con lo que el buque se desliza arrastrándola con él, sin conseguir el fin perseguido de mantenerse en un punto firme. <<

[41] Se denomina como mascarón o figurón de proa a la figura tallada que se sitúa por timbre o empresa en lo alto del tajamar, cuando no es la del león clásico en los buques de la Real Armada. <<

[42] Se entiende por andar al movimiento del buque sobre las aguas. También, se le denomina como marcha o pies y vela. Buen andar debe comprenderse como buena velocidad. <<

[43] El viento noroeste es denominado como maestral en el Mediterráneo. Y de forma especial como suzaña en la costa andaluza oriental. <<

[44] Aunque, en teoría, sea una de las especies de capa, para mantenerse sin avanzar, también se entiende por quedar al paio cuando el buque queda sin movimiento por falta de viento o maniobras propias con las velas, similares a fachear o quedar en facha. <<

[45] Cuando dos unidades se amadrinaban en la mar o en puerto, debían protegerse los costados que se golpeaban entre sí. Si las protecciones eran de quita y pon, manejadas desde las respectivas cubiertas, recibían el nombre de defensas, normalmente formadas por maderos blandos o bolsas de cajeta. Pero si se trataba de cintones de madera, fijos, recibían el nombre de posteleros o varaderas. <<

[46] Se entiende, por a la lumbre o a la lumbre del agua cuando se refiere a la línea de flotación. <<

[47] Aunque en el uso vulgar signifique llevar más arriba algo que se encuentra en cuelgue, se entiende más comúnmente en la mar como elevar, hacer subir más en el propio sentido lo que ya se encontraba vertical. Tal es la acepción para los casos de guindar los masteleros, etc. <<

[48] Palo mayor. <<

[49] Llevar un palo con la inclinación adecuada hasta dejarlo arbolado. <<

[50] Cabria o grúa de dimensiones gigantescas y a cantil del mar, que se utilizaban en arsenales y puertos para carga, de elementos pesados o arbolar los buques. <<

[51] Brisa atemporalada, con mucha mar y fuertes chubascos, que suele reinar en las costas de la América septentrional durante algunas estaciones del año. También se denominaba a bordo como brisa carabinera. <<

[52] Se entiende por tezar, tesar, atesar o entesar, y en voces antiguas como atiesar o arridar, al hecho de cobrar de un cable o cabo cualquiera, que laboreo o trabaja de algún modo, hasta ponerlo rígido más o menos, según los casos y necesidades. Verbo de empleo muy habitual en tezar las jarcias o tesar la bandera (se refiere a su driza). <<

[53] Se denomina obra viva a la parte del casco del buque bañada por las aguas, y obra muerta a la situada sobre la superficie. <<

[54] Embarcación de cualquier tipo y tamaño, dispuesta con diversas materias combustibles e inflamables, para darle fuego cuando se estimara conveniente e incendiar buques enemigos, normalmente fondeados e incapacitados de maniobra. Antiguamente se denominaba como bajel de fuego. <<

[55] Apelativo un tanto despectivo con el que fueron bautizadas las lanchas cañoneras por los británicos en sus primeras incursiones contra la Roca. Cuando comprobaron sus efectos, dejaron de reírse de aquellas lanchas que tanto dañaron la ciudad y alarmaron a la guarnición, que apenas podía dormir con tranquilidad. <<

[56] Puertorriqueña. <<

[57] Joven que embarcaba en los bajeles de guerra como aspirante o meritorio, para optar al primer grado en el servicio de la Armada. No gozaba de sueldo ni uniforme, pero sí de alguna gratificación para la mesa. Debía alternar con los guardiamarinas, recibiendo como ellos el tratamiento de caballero. También utilizaban esta apelación los oficiales que intentaban desfacen hechos poco valerosos en sus expedientes personales. <<

[58] A diferencia de otras marinas, en la Real Armada, salvo excepciones mínimas, la escultura situada a proa bajo el bauprés presentaba la figura de un león rampante, como representación de las Armas de Su Majestad. Solamente en el caso de que no figurara el león, dicha pieza recibía el nombre de mascarón, mascarón de proa o figurón. <<

[59] Bienvenido a bordo, señor. <<

[60] Se denomina como navegar en conserva cuando dos o más embarcaciones lo hacen juntas, para auxiliarse o defenderse. <<

[61] Cuando se apresaba, una unidad naval en la mar, por encima del pabellón propio se izaba el correspondiente al buque apresado. <<

[62] Aunque, en teoría, se trate de una de las especies de capa para que el buque se mantenga sin avantear, también se entiende por quedar al paio cuando el buque queda sin movimiento por falta de viento o gobierno. <<

[63] Aunque su acepción habitual es la de un remo a ser utilizado en botes como timón, también se emplea dicha palabra para explicar el timón provisional cuando se pierde el principal del buque, normalmente formado por una verga de respeto con tablas, cuartones, etc. Antiguamente se conocía por espada. <<

[64] Se llama cuartón al madero que resulta de aserrar longitudinalmente en cruz una pieza enteriza. <<

[65] Se denomina capa, capear, en capa o a la capa cuando se dispone el aparejo de forma que el buque ande poco o retroceda lo inevitable, aunque se produzca un generoso abatimiento. Si es por causa de temporal, se utilizan velas recias o apropiadas en altura y situación. <<

[66] Se denominaba como tomar el punto a calcular la posición del buque en la mar. Cuando esta operación se deducía de la observación de astros, se llamaba punto de observación o punto astronómico. Cuando se hacía en base a la estimación de los rumbos y distancias recorridas, corregidas por vientos y corrientes, se nombraba como punto de estima o de fantasía. <<

[67] La legua, marina, también llamada como la de veinte al grado, equivale a tres millas o a 5555,55 metros. <<

[68] Balsas que se forman con los masteleros, vergas, botalones y cualquier pieza de madera del buque para salvar al personal en un naufragio. <<

[69] Se entiende por reata a bordo de un buque al conjunto de vueltas espirales y continuas en contacto y bien apretadas, que se ofrecen a un palo u otro objeto semejante con un cabo, de grueso proporcionado al intento. En consecuencia, arreatar es la acción de formar reatas. Dícese también en antiguo como reatar y arriatar. Por desgracia, se trata de una más de las muchas palabras de nuestro riquísimo lenguaje marineró, utilizado con profusión por los hombres de mar a lo largo de los siglos, que no aparecen en el diccionario de nuestra Real Academia de la Lengua. <<

[70] Conocido como alefrís o alefriz, y en lo antiguo como escarba, escorba y gressa, se refiere a la cavidad, ranura o canal angular que se hace de forma longitudinal en la quilla, roda y codaste, para que en ella encastren los cantos o las cabezas de los tablonés. <<

[71] Se entiende por aforro o forro el conjunto de tablones con el que se cubre el esqueleto del buque, tanto exterior como interiormente. También recibe tal nombre el conjunto de planchas de cobre con que se recubría posteriormente el forro de madera, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII. <<

[72] Se denomina palanqueta a una barra de hierro ochavada, que por uno y otro extremo remata en una base circular del diámetro de la pieza artillera. Se disparaba a corta distancia contra los aparejos del buque enemigo. <<

[73] Lastre más pesado, que se sitúa como capa primera en el fondo de la bodega, compuesto de galápagos de plomo, lingotes de hierro, etc. <<

[74] Los alféreces de fragata incorporaban como distintivo del grado una charretera en el hombro izquierdo, mientras que los alféreces de navío lo hacían en el derecho. <<

[75] La faja era distintivo de los oficiales generales. En la Real Armada correspondía a los empleos de jefe de escuadra, teniente general y capitán general. <<

[76] Porque utilizaban en su uniformidad un pito de plata colgado al cuello, también llamado antiguamente como chifle por su semejanza con el cargador de pólvoras, con el que impartían las órdenes de maniobra y llevaban a cabo las pitadas de honores a bordo. <<

[77] Los llamados posteriormente, en diciembre de 1825, como decembristas.
<<